

Paul Feval

LAS ETAPAS
DE UNA CONVERSIÓN



Apostolado de la Prensa

10850

The image shows a book cover with a repeating pattern of stylized flowers in octagonal pots. The pattern is printed in a dark color on a light background. In the upper left corner, there is a small rectangular label with a scalloped edge, containing the handwritten number '10850' in black ink.



fibre
c
100
100

3013

20

LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN

II

~~198~~

17646

R. 132560

Lecturas recreativas del Apostolado de la Prensa.

LAS ETAPAS

DE

UNA CONVERSIÓN

DE PAUL FÉVAL

TRADUCCIÓN DE

D. ANTONIO DE VALBUENA

B.P. BURGOS
N.R. 132.560
N.T. 118.220
C.B.

20432

❖
VOLUMEN II
❖



MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
7—San Bernardo—7

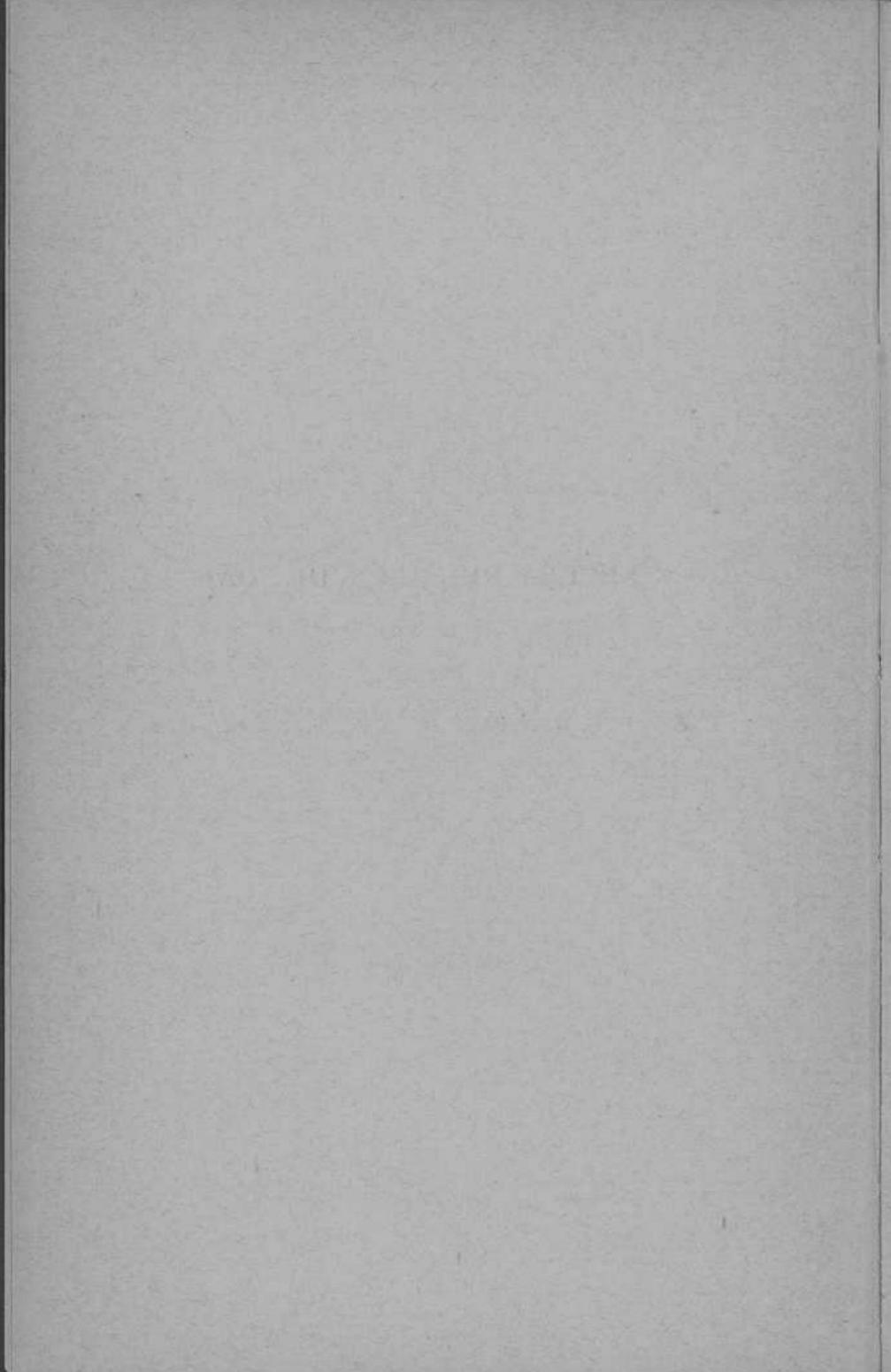
1911

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Tipografía del Sagrado Corazón, San Bernardo, 7.

TERCERA RELACIÓN DE JUAN

LA PRIMERA COMUNIÓN



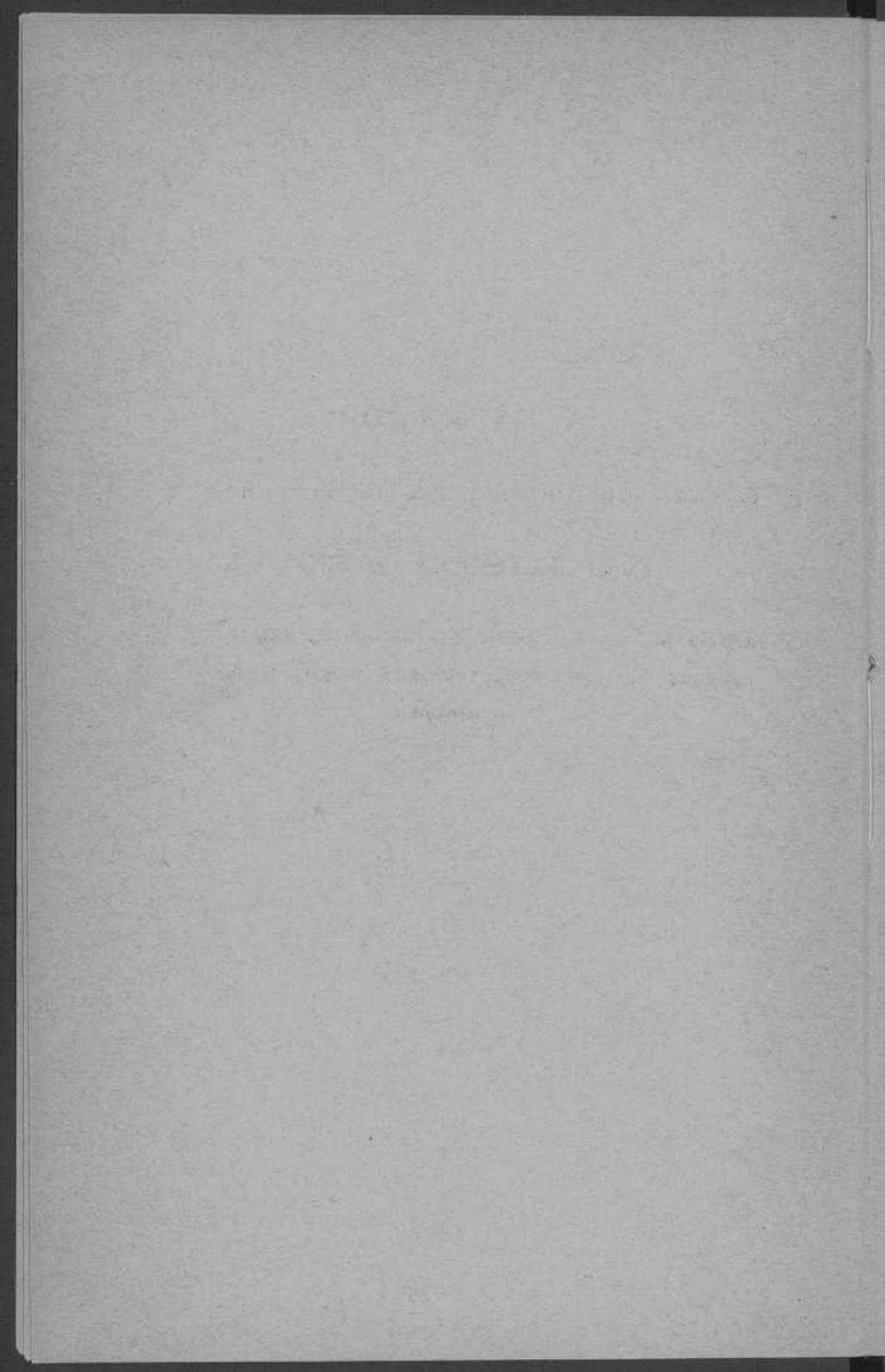
Á LA MEMORIA

tiernamente querida de mi hermano mayor

AUGUSTO FÉVAL

*dedico la segunda parte de esta obra, cuyas primeras
páginas me han proporcionado tantos y tan buenos
amigos.*

PAUL FÉVAL.





LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN

LA PRIMERA COMUNIÓN

...Dios sólo es quien á pesar mío ha salvado mi juventud... Dios no me hablaba entonces nada al corazón, aunque es verdad que tampoco yo le hubiera oído. Pero hizo algo más que eso... me asistió, me ayudó, me escuchó y me llevó de la mano; todo en tiempo oportuno y según las necesidades.

ESTA vez Juan tenía un auditorio completo. No era ya como en la *Muerte del padre y Pedro Blot*, que me contaba no ha mucho á mí solo. Ahora, á más de los niños suyos y míos, cuya petulante curiosidad le aguardaba, estábamos una media docena, por lo menos, de personas mayores: mis hermanas, mi mujer y yo, un buen amigo mío, sacerdote agregado á nuestra parroquia, que abrigaba contra los predicadores laicos un si es no es de benigna desconfianza, y dos vecinas, madre é hija, que habían venido casi como á un espectáculo. La madre iba á Misa mayor alguna vez que otra, y con eso se quedaba muy satisfecha; la hija, más religiosa todavía á causa de su talento de pianista, amaba á Dios musicalmente en los delirios sonoros de Gounod.

Juan estaba sentado en el banco, en el fondo del comedor, frente al público; yo estaba hacia la extremidad del mismo banco á manera de asesor, ó á manera de ujier ó agente de policía. Los demás estaban colocados al azar; las vecinas se hallaban vestidas con su poco de lujo, ó cuando menos de espejo.

Y Juan, también; porque hay cierto vestido interior para los que van á hablar; éste cambia según el medio en que el discurso se desarrolla. Aquí el orador da cierta afectación á su fisonomía; allá la salpica de gravedad y de candor; un poco más adelante la desenmascara doctamente á lo Mirabeau; un poco más abajo todavía la desgrena para asustar á los simples, y allá á lo último del todo, en la profundidad horrible en donde se corrompe el arroyo de nuestras rabias, la eriza como un escobajo de ulagas, bueno para revolver brutalmente y hacer echar espuma á las emulsiones del cieno.

Juan estaba muy contento; se le conocía. La idea de contarnos por extenso la más querida etapa de la ruta que le había conducido á Dios le encantaba, porque sentía, sin que pretendiera ocultarlo, un verdadero placer en que le escucharan.

Por punto general, todo hombre dotado de una fuerza siente en sí la necesidad de utilizarla. La Providencia lo quiere así.

Las falsas vocaciones, las ambiciones ridículas, las «pretensiones», para emplear esta palabra necia que parece no decir nada y que caracteriza, sin embargo, una de las más terribles enfermedades de nuestra naturaleza humana en la época actual, son el reverso de esta buena cualidad y el mal de este bien.

Id á las reuniones donde se pide la palabra, y allí veréis á qué excesos de inverosimilitud grotesca puede llegar la necesidad de hincharse, la pretensión llevada al estado de enfermedad contagiosa. Allí cada cual enseña con imperturbable serenidad lo que no sabe, y los más ignorantes son los que se muestran más empeñados en ejercer de profesores. Hay allí delirio de vanidades, borrachera de egoísmo, orgía de sandeces. Sería cosa de desternillarse de risa, si no fuera cosa de morir de vergüenza.

Tanto era lo que á Juan le gustaba hablar, que su espaciosa frente se nos presentó radiante de gozo entre la sombra del emparrado. Su mirada acariciaba á los niños como el cazador acaricia á su presa. Quiero acordarme de mí mismo y de lo que pasaba por mí en aquellos momentos, y me cuesta no poco trabajo reconstituir mi propia impresión, porque Juan me dominaba por entero. No veo bien más que á Juan.

Y, sin embargo, se me figura que experimentaba ante él un sentimiento de respeto en el que entraba cierta parte de condescendencia y hasta un poco de compasión. Sí, yo creo que me felicitaba á mí mismo por lo bajo, de la satisfacción que proporcionaba á aquel pobre amigo, en primer lugar escuchándole, y luego proporcionándole oyentes.

Creo haber presentado en toda mi vida bastantes síntomas de naturaleza artística, pero acá en el fondo de mi sér siempre ha habido un burgués completo, lo cual constituye el castigo de los poetas. He conocido muchísimos poetas enemigos de los burgueses, pero no me he encontrado ni uno sólo en quien el elemento

burgués no se divirtiera en penetrar bajo el elemento poesía de la manera más humillante, más cómica y más persistente.

Diríase que el énfasis mismo del anatema fulminado por los poetas contra la burguesía, les atrae esta venganza de Júpiter Prudencio: ser burgueses hasta lo sublime.

Pues bien; contemplando yo los numerosos y bellísimos niños de que era padre, todos reunidos, tan felices, tan contentos, tan bien vestidos, tan gordos, tan sonrosados, tan limpios, y, allá entre ellos, aquellas dos criaturas infelices que pertenecían á Juan, los niños Facio y Berta (1), tuve como un ataque de gratitud... no ciertamente para con Dios, sino para conmigo mismo, que *no debía nada á nadie* (me acuerdo mucho todavía de esta fórmula), y que sin patrimonio alguno al hacer mis primeros ensayos, con sola mi pluma, había llegado á crearme una posición desahogada, casi una riqueza, alrededor de aquella pequeña enjambre amadísima.

Paseaba yo la mirada por *mi* jardín, tan hermoso y tan fresco, y la levantaba luego hacia *mi* casa, sonriente y bella, donde *mi* mesa de escribir producía tanta renta como un opulento dominio.

¡Pobre Juan! Había estado en tan buena situación como yo, sólo que en el tiempo de su prosperidad le había faltado la *prudencia*, en tanto que yo... ¡Ah! yo no era tampoco un especulador ni un hombre de ne-

(1) Berta y Facio son dos personajes de la segunda narración de Juan, titulada *Pedro Blot*.

gocios; me hubiera enfadado hasta encolerizarme con cualquiera que me hubiera llamado especulador ú hombre de negocios, puesto que despreciaba de todo corazón á los notarios; pero yo era *prudente*, me lo confesaba á mí mismo, y la prueba estaba en que era dichoso.

No llegaba quizá á decirme así, en crudo: «Juan ha tomado á Dios como un brebaje contra la desesperación que ha seguido á su ruina; yo ya tendré tiempo de pensar en esas cosas cuando tenga necesidad de un medicamento parecido».

No, de una manera formal, ciertamente que no me decía yo esas cosas; pero ese era el pensamiento que se exhalaba de la íntima satisfacción que tenía de mí mismo, y que llegaba del todo á enternecerme... ¿Y creéis que tan tupida y grosera vanidad no atrae el castigo?

Bien poco tiempo transcurrió desde aquel día al en que fuí herido como Juan, aunque quizá no de la misma manera, y en que yo también á mi vez hube de llamar á Dios. En mi conversión, también, como en la de Juan, trabajaron los muertos, mis queridos muertos; pero en la mía hubo además una viviente para ayudarles, y la humilde santidad que venía siendo desde hacía mucho tiempo la atmósfera misma del ángulo más recóndito de mi casa, al fin se apoderó de mí como un contagio bendito...

¡Ah! yo me he puesto á contar la conversión de Juan por no contar la mía propia, y porque hay en mi conversión cosas dulces, bellas y modestas que no son más, y que mi pluma heriría sin hacer más que desflorarlas. De esta parte de mi conversión respetada por

mí no pondré nada en este libro, nada absolutamente. La que fué el corazón y el alma de mi felicidad es, después de Dios, el alma y la vida de mi desgracia—si es que puede llamarse desgracia esta dulce alternativa de trabajo ferviente y de oración incesantemente recompensada, que reemplaza para mí un poco de ambición curada ya en el olvido, un poco de ruido apagado en el silencio, y algunas ventajas materiales perdidas y apenas lloradas.

Yo no he visto, en verdad, como Juan, la dispersión de mis amores; yo tengo en torno mío á mis hijos todos, excepto uno, que nos es más querido por su mismo error, y que Dios nos volverá, movido de nuestras ardientes oraciones. Tenemos abnegación y confianza. Nos estrechamos los unos contra los otros y nos amamos más y más en el agradecimiento de nuestros corazones hacia Aquél cuya bondad sin límites ha transformado en riqueza nuestra ruina.

De vez en cuando, no digo que no, al hablar del pasado se deslizará, se ha deslizado ya alguna vez, á través de la elocuencia de los recuerdos de Juan, algo de los recuerdos personales míos.

Me ha sucedido, en alguna ocasión que otra, equivocarme de santidad y oír, cuando el padre y la madre de Juan hablaban por mi pluma, oír, digo, y reproducir el eco de otras dos voces para mí mucho más queridas.

¿Es posible, acaso, remover y agitar las flores de la memoria sin que se exhale de ellas algún perfume?...

Mas no por eso es menos cierto que esta es la vida de Juan, no la mía, y no añadiré ya más que una sola

palabra necesaria respecto á mí mismo; y es que he adquirido el derecho de escribir la vida de Juan cumpliendo la condición que el mismo Juan me tenía impuesta: yo soy ya un católico práctico.

He entregado al corazón de mi Dueño divino mi corazón y mi cuerpo, mi muerte y mi vida. Me he convertido absolutamente, y en toda la extensión de la palabra; de un lado, hasta la ambición de sufrir y de morir por mi Dios, y del otro, hasta la gloria de ser su esclavo. Á lo menos todas las horas de todos los días le pido á mi divino Dueño que así sea, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.



Donde Juan no alcanza gran éxito ante el público que le escucha. — La rama viviente del tronco muerto.

Juan comenzó de esta manera:

—Voy á contaros mi primera Comunión, ó más bien los acontecimientos sencillísimos, pero conmovedores y marcados con el sello de la Providencia, que prepararon y acompañaron mi primera Comunión.

¿Os acordáis bien de la *Muerte del padre* y de todos los que estábamos en aquella primera comida servida en nuestra casa en pleno duelo? Apuesto á que no habéis olvidado á la buena Juliana, ni á Olivier, nuestro médico y nuestro amigo, que debía ser mi compañero de catecismo según la predicción de mi padre, y que se daba tan poca prisa á tomar el camino de la parroquia.

¿Qué tenemos todavía en punto á personajes? En primer lugar, aquel diablejo de María de Moy, desmangañada, larguirucha, fea (y tan bonita, sin embargo, cuando quería), con su caballo que andaba, del que yo no hice uso jamás, porque no me dejaba el orgullo.

María va á desempeñar un papel de primera importancia en nuestra nueva historia; porque mi madre

había ido á dar las gracias á la anciana señora de Moy por la hospitalidad que me había dado en un día cruel, y se habían hecho muy amigas. Mis hermanas también se encariñaron con la señora de Moy, y me solían regañar diciéndome que hubiera debido ser más agradecido para con María por haberme regalado el caballo de máquina, que valía lo menos ocho duros. Ambas á dos, Luisa y Ana, tomaron muchísimo afecto á aquella «niña grande», como la llamaban ellas, y con su contacto María se hizo un poco mejor, aunque sin dejar por eso de tener el diablo en el cuerpo...

—Esa era mi abuela, ¿sabes?—le dijo aquí Berta á Facio con orgullo.

—Lo creo—replicó Facio,—pues que, según dice, tenía un diablo en el cuerpo.

—En cuanto á Carlos—prosiguió Juan—(y espero que no habréis olvidado al *juicioso*, al *mojigato*), no había de permanecer al lado nuestro. Le habían nombrado sustituto del procurador del rey á doce ó quince leguas de nuestra ciudad, en un tribunalucho de primera instancia, donde reunía unos 6.400 reales por todos gajes. Al anunciárnoslo el señor presidente de la Audiencia, había hecho entender á mamá que toda una vida de reconocimiento no sería bastante á pagar semejante beneficio.

—Nuestro infortunado compañero—había dicho el señor presidente en su estilo majestuoso—había prestado á la administración de justicia francesa, en la medida de su capacidad, servicios que no me corresponde calificar ni pesar ahora; pero debo hacer constar que las familias se exageran á sí mismas casi siempre el

valor de... de esos servicios: la naturaleza lo exige. No me refero á nadie en particular; es una observación general. La magnífica posición que hemos obtenido, contra todo lo que debía esperarse, para nuestro joven abogado (éste era Carlos), debe ser considerada sobre todo como una recompensa colectiva concedida por una elevada benevolencia al excelente espíritu de nuestro tribunal. Tengo la satisfacción también de anunciar á usted al mismo tiempo, señora, que á pesar de la falta de dos meses y siete días para los treinta años de servicios que se exigen para obtener viudedad, nuestra influencia ha conseguido del ministerio en favor de usted el señalamiento de una pensión anual de 180 pesetas. No se la debía á usted de justicia; pero es notorio que nuestro desgraciado compañero no tenía bienes heredados ni adquiridos, y la situación angustiosa en que deja á su familia excita naturalmente el interés en el fondo de los corazones generosos. No me dé usted las gracias; nada de agradecimiento: yo se lo suplico á usted, señora. He obedecido á un sentimiento honroso, y encuentro en mi propia satisfacción la recompensa.

Pronunciado este discurso con aire de protección y de indulgencia, el señor presidente se retiró ocultando en los bolsillos las dos manos como temiendo que se las besaran á la fuerza.

Y á la verdad, el poquito de amargura que yo pongo en todo esto es mía, exclusivamente mía: mamá, por su parte, guardó al señor presidente hasta la muerte la gratitud más sincera, y á no dudar legítima.

Cinco meses hacía ya que faltaba mi padre cuando Carlos fué nombrado sustituto del procurador del rey. Y todo este tiempo hacía que estábamos literalmente sin recursos. El escaso dinero que servía para sostener nuestra vigilia diaria nos venía por Carlos. ¿De dónde lo sacaba? He sabido más tarde que el doctor Olivier, que estaba bien lejos de ser rico, y el Sr. Jamond, nuestro cura, que era muy pobre, anduvieron á porfía entonces sobre quién había de adelantar las exiguas cantidades estrictamente precisas para el sostenimiento de nuestra casa.

Mamá no hubiera podido vivir si hubiera sabido que estaba de tal modo contrayendo deudas. No adivino yo de dónde se figuraba ella que pudiera Carlos sacar lo poco que la llevaba; su propio dolor la absorbía toda, y el temor en que estaba sin cesar de que pudiera faltarnos lo necesario la ocultaba todas las demás cosas. Una vez que creía estar sola con Carlos, la oí que le decía:

—¿Cómo quieres que haga yo nada con eso? Tú no sabes lo que es el gasto de una familia. Acuérdate que tu padre te encargó que no fueras demasiado económico con nosotros.

Entonces Carlos se retiró sin saber qué responder, y yo me acerqué á consolar á mamá, que me decía suspirando:

—Es bueno, en el fondo es muy bueno; pero... ¡ah! este *juicioso*... ¡Qué bien le conocía su padre!

Mis hermanas sabrían quizá lo que había en el asunto; pero yo nada sabía, y miraba á Carlos de través porque me parecía que humillaba á mi madre. Estoy

hablando, por supuesto, de los días que precedieron á su entrada en funciones como sustituto.

Carlos, como también mis hermanas, había pasado la juventud ayudando á papá, copiando papeles para el procurador. Mis hermanas bordaban por la noche. Una de las cosas que me han inspirado más codicia en mi vida era el reloj de plata de Carlos: por cierto que le vendió en dieciocho francos. No había querido aceptar los ofrecimientos del señor Jamond, porque todo lo que había en el bolsillo de aquel dignísimo sacerdote pertenecía á los pobres. Nuestro misterioso banquero era efectivamente el doctor Olivier, y no es decible hasta qué punto tenía miedo de ser descubierto.

—No se trataba de daros una broma, Juanito—me decía cuando al fin llegué ya á conocer el secreto,—sino que tu mamá, de haberlo sabido, me hubiera tomado inquina.

Ya veréis luego al desnudo el corazón precioso y tan original que latía en el pecho de este amable descreído. En el tesoro de mi memoria está el doctor á la misma altura y en el mismo predicamento que los más amados y los más venerados.

No creo que yo fuese muy malo, pero era porfiado y algo amigo de llevar la contraria; y como había llegado á descubrir que la historia de su primera comunión profetizada por mi padre le turbaba al doctor y le impacientaba, siempre le estaba machacando con ella. No se atrevía él ya, como en otra ocasión, á amenazarme con desertar de casa y no volver á parecer por allí, porque éramos para eso demasiado desgraciados; pero

discutía conmigo y trataba de hacerme callar dándome sentimiento.

—No vales nada, Juanín—me decía.—Tú eres el único en casa que no eres devoto, y andas siempre alrededor de mí como espía del Santo Oficio. En punto á primera comunión, piensa en la tuya, porque la verdad es que el señor Huet el coadjutor no está del todo contento de ti.

—Tú eres el que me estorbabas de ser bueno—le respondía yo;—porque como yo sé perfectamente que no haré mi primera comunión sino contigo, no me doy prisa á prepararme mientras tú no te vayas también preparando.

Por toda contestación me estiraba una oreja y se refa.

Con ninguna otra persona en casa me hubiera yo atrevido á hablar de esta manera tan ligera. Eramos Olivier y yo hasta cierto punto como dos cómplices. Yo no valía nada: en eso tenía él razón; era muy cierto. La violenta emoción religiosa que había yo sentido á la cabecera de papá había dejado en mí como una contusión, pero el lado tierno y amoroso y bello de aquella desolación había ya desaparecido, y no conservaba yo más que el aborrecimiento de nuestra desgracia.

El ver á mamá siempre pálida, con los ojos enrojecidos de llorar, ella que era antes tan alegre, me exasperaba. Nuestra pobreza, de que yo me formaba ya una idea terrible y humillante, me daba también muchísima cólera.

Hablábase mucho en aquel tiempo, en que todavía reinaban los Borbones, de la política de Enrique IV,

consistente en hartar y engordar á sus enemigos, dejando ayunar á sus amigos. No es hoy para mí cosa probada, ni mucho menos, que Enrique IV tuviera esa política; creo, por el contrario, que el hambre canina de los hugonotes fué la que levantó semejante acusación contra él; mas, verdadera ó falsa, yo revolvía la misma acusación contra Dios. La prosperidad de los incrédulos me sublevaba como una injusticia. A veces me parecía que Dios había engañado la última hora de papá, prometiéndole falsamente que su Providencia tendría cuidado de todos nosotros, y como que argüía á Dios con aquella muerte sonriente que había elevado mi corazón tan alto.

Todo aquello no llegaba muy allá seguramente: mi pensamiento arisco murmuraba, y no llegaba á la blasfemia, porque todo en mí era entonces muy pequeño; pero ya era yo una grana de escéptico, como lo he dado bien á conocer más tarde. No tenía indicios de grandeza en el alma, ni audacia ni ternura en el corazón, y no hay más remedio que volver siempre á la frase del doctor Olivier: yo no valía nada...

Detúvose aquí Juan repentinamente. Dos de mis hijos se habían ya dormido. Mi mujer miraba distraída á otra que se entretenía en limpiar el ruedo de su vestido, que era de vistosas franjas deshilachadas. Berta y Facio, encarnados como dos amapolas, sin pestañear, sin decir nada y con un heroísmo salvaje, se pellizcaban el morcillo del brazo hasta sacarse sangre.

—¿Es decir—exclamó Juan riéndose,—que se quiere que lleguemos pronto á la doctrina? No deseo yo otra cosa; pero en la historia de uno que no vale nada hay

que estar en todas partes más á menudo que no en la iglesia. Entremos en ella, sin embargo. La cátedra de la doctrina, preparatoria para la primera comunión era aquel año muy numerosa. Y había muy buena gente, así entre los niños como entre las niñas. Yo por mí no estaba del todo á la cola... como, por ejemplo, el señorito Facio y la señorita Berta, á quienes voy á poner á pan y agua en mesa aparte mientras los demás comemos, si no paran pronto de jugar á hacerse daño uno á otro. Item, la señorita Berta vendrá inmediatamente á ponerse junto á mí, aquí á la derecha, y el señorito Facio, á la izquierda... ¡Y, silencio!... No siempre sabía yo bien la lección, es verdad, pero cuando menos era de esperar, de tiempo en tiempo, me daba por aplicarme y me ganaba una preciosa estampita para dar un alegrón á mi madre. ¡Tenía la pobre tanta necesidad de ser algo consolada!

María, la «Niña grande», como la llamaban mis hermanas, era el mismo demonio. En la doctrina la habíamos puesto además otro mote: la llamábamos la *Girafa* por su prolongada estatura treshijada, y es verosímil que fuera yo mismo el que la hiciera el regalo de este sobrenombre. Cuando el vicario Sr. Huet iba á denunciar con todas las precauciones que le dictaba su misericordia, alguno de los frecuentes altares que hacía María, la buena señora de Moy, su pobre abuela, solía llorar á la sombra de las gafas. Era opinión general que yo podía mal que bien ser admitido en montón con los demás, usando conmigo un poco de indulgencia; pero á la *Girafa* no se veía medio de admitirla: todo el mundo la veía ya de antemano reprobada en el

examen, si es que se la dejaba llegar allá sin expulsarla.

—Oye, oye—la dijo Facio á Berta por detrás de la espalda de Juan,—oye las notas de aquella malvada de *Girafa*.

—¡Papá, papá, por Dios!—exclamó Berta hecha un mar de lágrimas;—tú puedes decir mal si quieres de la pobre mamá, pero Facio que no lo diga.

Y Juan la estrechó contra su corazón sonriéndose con tristeza.

—¡Pobre alma mía!—murmuró;—¿cómo he de decir yo mal de ella? Cuando seas grande sabrás lo que un poeta muy inteligente y muy malo ha dicho la única vez que por casualidad no mentía: «Los hombres se ríen por no llorar...»

—¿Y las mujeres?—preguntó Berta.

Nuestras dos vecinas, la madre y la hija, habían subrayado con una sonrisa de personas inteligentes que están al cabo de todo la especie de cita que yo había hecho de Beaumarchais. La pregunta de Berta sonó agradablemente en sus oídos como una de esas frases de teatro que los cultivadores del género *bufo* suelen poner en boca de los infelices niños ó niñas condenados desde su más tierna edad á excitar las malas pasiones de los otros, y á sufrir en sí mismos antes de los quince años las experiencias más mohosas del boulevard. Nuestras dos vecinas estaban ya descontentas de haber venido; hallaban á Juan feo, mal vestido, vulgar y hasta con facha de bedel ó pertiguero; pero no lo daban á entender, porque al fin y al cabo la función era gratis. Juan no parecía hacer de ellas caso ninguno, y continuó.

—Voy diciendo sencillamente lo que yo era. Había cogido aversión á la *Girafa* porque nunca se mostraba conmigo traviesa como con los otros, lo cual me humillaba. Desde el regalo del caballo grande que andaba, conocí yo que tenía ella lástima de mí, y aun de toda mi familia. Pues bien; si alguna cosa me ha dado horror en mi juventud, ha sido que me tuvieran compasión. Para sufrir la compasión de los demás es necesario ser muy fuerte, ó muy taimado, ó muy bueno.

No acierto á expresar la impaciencia que sufría al encontrarme con aquella niña larguirucha, elegante, inquieta, poniendo en sus ojos enormes mucha más compasión de la que era menester para que me dieran ganas de pegarla. Se revolcaba entre el polvo y hacía diabluras con sus vestidos nuevos, y muy bonitos para mi gusto, que no la duraban más que una semana, en tanto que los de mis hermanas las duraban eternamente. Detestaba yo su mal humor, y sus alegrías me insultaban. Había en el fondo de todo esto por mi parte algo de orgullo, algo de enfermedad y no poca envidia.

Pero aquí hubo de sumarse esto otro. Una vez oí á Juliana que decía en su *patoá* á no sé qué comadre de la vecindad:

—Si ahora fuese como en el antiguo régimen, antes de Robespierre, cuando se casaban juntos los niños y las niñas, tan pequeños que no me llegarían á mí á la atadura de la liga, lo cual se hace todavía en los países cálidos, bien seguro, querida mía, que esa feotona de *Girafa* pediría á su abuela que la comprara á nuestro Juanín para casarse con él.

Y la comadre respondió con burlona sonrisa:

—¡Cáspita! ¡Y que sería un bonito negocio también para tus amos, amiga Juliana, porque la flacucha esa tiene buen dote, y su abuela cuando se muera la dejará bien abrigada.

No creo haber sentido tamaña indignación en mi vida. Y no era precisamente que me ofendiera la grosería del lenguaje. En mi pueblo natal, en los salones como en las cocinas, se atormenta á los padres ancianos hablando en sus barbas de la herencia que van á dejar cuando se mueran, con una sencillez llena de desvergüenza, y yo estaba acostumbrado á oír hablar ese lenguaje en todas partes, excepto en nuestra casa, donde no había herencia ninguna, y por tanto, ninguna *esperanza*, como dice la ferocidad de los herederos. Me sublevaba únicamente la idea de que se pudiera traficar con mi persona y unirme contra mi voluntad, por un abuso monstruoso de poder, á María de Moy, mi bestia negra. Mi madre y mis hermanas bajaban casi todos los días á visitar á la señora de Moy, cuya salud iba por momentos debilitándose. ¿No era aquello ya un síntoma y hasta una amenaza? En aquellos conciliábulos, ¿de qué otra cosa podía tratarse? De seguro que andaban amasando ya mi matrimonio de dinero para la época en que fuera posible...

¡Ah! pero no; yo no quería en manera alguna y me opondría... Me gustaba la vida de muchacho. Dejaba yo contento á la *Girafa* su opulencia y pretendía conservar mi libertad, y paré mejor deslindar y resguardar las posiciones, dejé de darla los buenos días cuando la encontraba en la escalera.

Quejóse ella desde el día siguiente, y me riñeron en

casa; pero yo continuaba en mi sistema: me impusieron castigo, y resolví sentar plaza de marino. Allá en mi tiempo todavía los periódicos no enseñaban á los niños de once años cómo habían de arreglárselas para suicidarse.

Pero aún no me parecía bastante poner toda la anchura del Océano entre mí y aquel odioso matrimonio.

Comenzaba el mes de Abril, y mamá principió á hacerle la maleta á Carlos, que decididamente iba á dejarnos para entrar en sus funciones de sustituto. Mis hermanas andaban que no sabían lo que las pasaba, y hubieran querido ponerle en su equipaje todo lo que había en casa; y, sin embargo, aquella singular desconfianza de que he hablado ya varias veces se hacía lugar aun en medio de las tristezas de la separación. La famosa palabra egoísta no se había pronunciado ciertamente, y esta otra palabra mojigato no pertenecía al vocabulario de nuestra familia; mas con todo, yo oí una vez á Luisa decir á Ana:

—¿Tú no sabes? Al «juicioso» no se le olvida nada: se lleva todo un cajón lleno de postres.

Y se refan las dos á todo trapo; Luisa añadió:

—¡Pero siempre ha de andar con sus tapujos! Ha puesto el cajón en el cuarto oscuro detrás de las maletas.

—Todos tenemos nuestros caprichos—dijo Ana, un poco más caritativa.—Y el cajón huele á chocolate, y á chocolate bueno.

La víspera de su marcha, Carlos me llevó con él á dar un paseo. Había un sitio que á papá le gustaba

mucho: estaba al final de un camino verde y frondoso, bordeado de un lado por un talud muy alto coronado de andrinales, acebos y espinos, que formaban una espesa sebe, de entre la que salían los troncos de una fila de encinas podadizas. Por el otro lado del camino corría una especie de foso bastante ancho, en donde el agua se dormía bajo una capa regular y uniforme y como barnizada de esas hojitas acuáticas que llaman ocas, y en otras partes lentejuelas. Al otro lado del foso había una gran pradería, marcada en el centro por una mata de salgueras circundando un lavadero.

A la conclusión del camino corría un arroyuelo, sobre lecho de arcilla azulada, sembrado de piedras y guijas, que se refían por entre las hierbas largas y delicadas, abandonadas como una cabellera al impulso del agua. No había nada tan hermoso como aquella corriente límpida, mostrando, á través de las anémonas flotantes, piedrecillas sonrosadas á que el gris azulado de la arcilla servía de engaste.

Al otro lado del arroyo que yo había enturbiado tantas veces para echar á andar en él mis molinos de niño, se elevaba el terreno en suave pendiente, formando una especie de colina triangular cubierta de césped muy espeso, pero igual y raso como el terciopelo. Las ovejas de la casería vecina se encargaban de esquilmarle, y una docena de enormes castaños, cuyas viejas raíces se descubrían y levantaban como las rodillas de un hombre sentado en la hierba, daban toda la sombra que era necesaria cuando el sol calentaba demasiado.

Llamábase aquel sitio la dehesa del «Brelut»; la ca-

sería del mismo nombre estaba tan próxima, que se oía desgranar el trigo y varear las manzanas, pero no se la veía por causa de los bojs que la circundaban, exhalando su olor acre, y más sombríos que cipreses.

Aquel era el paraje escogido por nuestro padre para hacer allí la casita querida que todos los pobres se pasan la vida edificando en sus sueños, sobre todo aquellos que no han de ver nunca su casa construída aquí en la tierra.

No he conocido yo, fuera de los soldados alistados por voto de pobreza en la milicia de Nuestro Señor Jesucristo, no he conocido al cristiano perfecto que no desee nada aquí abajo. Ni aun el mismo Carlos era tampoco este cristiano, puesto que tenía á mi madre y á nosotros de que cuidar. A no ser por mi madre y por nosotros, Carlos hubiera seguramente buscado lejos del mundo el oculto manantial donde apagar su sed ardiente de amar y de sufrir; pero nosotros, y sobre todo mamá, le ligábamos al deber humano con un lazo que no era posible romper.

Aquel «egoísta» nos sacrificaba en silencio el más caro deseo de su corazón, y buscaba á Dios, á quien hubiera hallado de seguro más en grande y más á gusto en la soledad, le buscaba en nosotros á través de las mezquinas necesidades de la existencia.

Le hemos visto tildado de avaricia; ya le veremos bajo el peso de más graves acusaciones; y aun os prevengo que llegará la hora en que inevitablemente le tomaréis odio, no por sus vicios imaginarios, sino por su real y verdadera virtud. Carlos es el honor, pero es

también la piedra de escándalo de mi narración, y no me hago yo ilusiones en este punto.

Figuraos á Tartufa-ángel, es decir, figuraos un ángel que se cubriera con el nombre y la piel de Tartufa, un hombre honrado, más que un hombre honrado, un héroe, un santo, un mártir — y pido perdón á todos estos pequeños, hasta al *señorito* Facio y á la *señorita* Berta; pero todas estas cosas pesadas es de absoluta necesidad decirlas.—Figuraos este supuesto hipócrita, franco, leal y puro como el oro, difamado y aplastado bajo el oprobio de la calumnia, y aceptando el inmerecido ultraje sin tratar siquiera de formular una justificación que desdeña; figuraos, repito, un santo, un verdadero santo, mojado, hollado y escarnecido, en hábito de Tartufa, lo cual es mucho menos raro de lo que parece... ¡Qué grandeza no hay en el fondo de este pensamiento! Pero al mismo tiempo, ¡qué tesoro hay también de fría inverosimilitud y de fastidio! Horacio, el talento brillante, y Boileau, el notario del Parnaso, y todos los apreciables atenienses que no quieren á Aristides en Atenas, os dirán unánimes que Tartufa se salva bajo el punto de vista del arte y bajo el punto de vista de la moral (ateniense) por sus mismos vicios, que harían de él un pillo gracioso si su hipocresía no hiciera de él un pillo sublime.

La liebre es la base de toda lebrada, y el vicio el fondo de todo poema.

En buena y «libre» crítica no se les puede pasar la virtud más que á los héroes bastante afortunados para disculparla por medio de crímenes.

Así, os suplico, señoras y señores míos, que miréis á Carlos como un inconveniente en que mi historia se ha enredado de una manera fatal, y peor todavía, como un desafío lanzado mal de mi grado á vuestra paciencia.

Y añado en mi descargo y mi abono, que Carlos, ese personaje odioso á fuerza de perfección, no es nuestro héroe. El héroe de esta historia soy yo, y estoy bien seguro de que nadie nunca me acusará de haber llevado la virtud más allá de los límites admitidos.

Había en medio del cerro de la dehesa de Brelut una gran cepa arrancada, unida todavía al suelo por una raíz, una sola, larga y delgada como un hilo, y que bastaba para conservar á aquel trozo de madera enorme, y al parecer inerte, una misteriosa vida. En efecto: una ramita salía de entre la corteza ya seca y resquebrada, y mostraba tres ó cuatro de esas yemas gruesas, lustrosas y llenas de savia que anuncian desde fin de Marzo la renovación de la hoja de los castaños de Indias. Me acuerdo que Carlos, al llegar, miró con atención la rama. Nos sentamos sobre la cepa y proseguimos la conversación comenzada por el camino.

—Cinco ventanas de fachada—me decía Carlos sonriéndose tristemente;—la entrada por el camino verde, con un hermoso puentecillo sobre el arroyo; el jardín al Oriente, cerrado por una sencilla sebe, para no tapar del todo los castaños; pero hay sebes hermosas que valen tanto como un muro. El cercado hubiera hecho una punta aquí atrás, porque papá quería dejar dentro los bojs. Su cuarto hubiera mirado á los bojs.

»En la planta baja, salón, comedor, cocina y lavade-

ro, porque mamá deseaba tener donde hacer la lejía y colar la ropa; en el primer piso, cuatro habitaciones; en el segundo el cuarto de Juliana y los graneros... ¡Ah! yo conocía perfectamente la casa. ¡Me la había edificado papá tantas veces!

»La última vez que vinimos aquí era en otoño. Habíamos hablado un poco del negocio de Sicard, y mucho de ti, pues papá siempre estaba pensando en ti. Tu primera comunión le preocupaba hasta tal punto, que le dije:

—Padre, todavía falta un año para eso, y acaso dos: yo no hice la mía hasta los doce años.

—Y la hiciste muy bien — me respondió.—Si no hubiéramos tenido tanta necesidad de ti en casa, tú serías cura, y muy buen cura. Muchas gracias. Ya sabes tú por qué te doy las gracias... Pero Juanín es un pobre chiquillo nervioso y exaltado, lo contrario de tí: se parece á Ana, ¡pobre hija mía! No quiero decir que no tenga buen corazón, pero su imaginación trabajará mucho, y Dios no suele entrar por las vías ordinarias en los que son de esa manera. Todo depende de su primera comunión.»

Al llegar aquí, Carlos me estiró suavemente una oreja creyendo que no le atendía, y se engañaba, por cierto.

—Yo haré bien hecha la primera comunión — le dije.

—Así lo espero—me contestó con gravedad.

Después continuó:

—A medio camino, el día aquel de que te voy hablando, papá estaba cansadísimo; porque le andaba ya

rondando el accidente. Véale yo cómo le corría el sudor por las sienes, y me decía:

—Si pudiera llegar hasta la dehesa, te enseñaría una cosa.

•Y seguimos andando sin volver á hablar ya de tu primera comunión. A papá le costaba gran trabajo andar por más que se apoyaba en mi brazo, y varias veces le propuse volvernó á casa, pero siempre me respondía:

—No, no; quiero enseñarte una cosa.

•Por fin llegamos, y se dejó caer sobre esta cepa, en el lugar mismo en que ahora estamos tú y yo, limpiándose con ambas manos el sudor de la frente.

—¡Mira, mira eso!—me dijo con aire de triunfo.

—¿El qué?—le pregunté yo, que no veía nada.

•Y tocó con la punta del bastón ese débil tallo en que ves ahora brillar esas yemas bajo su gomosa envoltura, y que ostentaba entonces dos hileras de hojas de castaño de la india, anchas y vigorosas como son siempre las de los renuevos.

—¡Calla!—dijo yo;—es verdad, la cepa tiene vida.

—¿Y cómo te explicas eso?

—Seguramente que no es milagro—le respondí sonriéndome.

—Te equivocas—me respondió papá muy serio,—es efectivamente un milagro. Vamos á ver: busca la razón de semejante vida en este muerto, encuéntrala, ó arrodíllate!...

—Yo, Juanín—prosiguió Carlos,—me hubiera de buena gana arrodillado en el acto; nada podía papá exigirme más á mi gusto; ¡se está tan bien arrodillado!

¡De rodillas es únicamente como yo me he sentido alguna vez orgulloso, libre, grande! Pero en aquella ocasión comencé á registrar el tronco por obedecer á papá, cuyo mandato me parecía un capricho de niño.

»La cepa estaba lo mismo que la ves ahora, perfectamente despegada del suelo, y sostenida de un lado por esa piedra y del otro por esta rama serrada que completa su perfecto aislamiento. Tú puedes verlo ahora Juanín, como yo lo ví entonces. Cuando acabé de mirar el tronco por todas partes, dije:

—En efecto, es una cosa sorprendente.

—No—me respondió papá con extraordinaria emoción,—es una cosa muy natural, pero que figura á mis ojos un milagro adorable: el lazo bendito é indisoluble establecido por la primera comunión entre el alma del niño y la divinidad de Jesucristo.

»Y diciendo esto, apartó con el pie una espesa mata de malvas que crecían á la extremidad de la cepa y me mostró la raicecilla velluda, semejante á una cuerdecilla deshilachada, que estaba unida por un extremo al tronco mutilado y á la tierra por el otro...»

Detúvose aquí Juan repentinamente, y se le arrasaron los ojos de lágrimas. Pasó un instante, y le temblaba la voz cuando continuó de esta manera:

—¡Pobres hijos míos! ¡Ojalá pudierais comprender ahora esta imagen mejor que yo entonces!... Y sin embargo, algún tiempo después tuve la dicha de hacer una buena primera comunión, cuyo aroma embalsama todavía mis recuerdos... Y un día, después de toda una larga vida mal empleada, sentí que aún estaba unido al corazón de mi Dios por aquella raíz misteriosa que

nada puede romper. Yo había atravesado largos años de rebelión y de incredulidad, me había extraviado lejos, muy lejos de mi fe querida, y había estado largo tiempo como una cepa arrancada y despegada del suelo que la alimentaba.

Pero subsistía el lazo invisible bajo la mata, y me prestaba sin sentirlo la partecita, el átomo de savia que basta para evitar la muerte eterna.

Y aun cuando puede decirse con propiedad que el día de la misericordia pudo la gracia reverdecer en mí y florecer y fructificar, yo no estaba muerto del todo: un hilo me ligaba á la vida... ¡Oh divino Señor! ¡Glorificado sea vuestro Corazón por encima de los cielos! Vos habéis vuelto á entrar por ese estrecho conducto dentro de vuestro indigno siervo; vos, cuya inmensidad no es el mundo capaz de contener: ni mil mundos. ¡Jesús maravilloso, bondad indecible, hacia vos elevo mi alma! ¡Oh Dios adorado! Salvador eterno, vos me habías provisto de un talismán soberano: yo llevaba dentro de mí ese viático en flor, esa bendición indeleble que traspasa la vida como el otro viático traspasa la muerte. Las pruebas y los sufrimientos de mi vejez son dulces porque he conservado la sagrada vacuna de vuestro amor, inoculada entonces en mis venas; y mi última hora será bella por la gracia de mi primera comunión.



El presupuesto de Carlos.

Decía Juan las cosas de este género con una vehemente y sublime pasión, que conmovía las almas en sus fibras más íntimas. Todos estábamos conmovidos, y hasta las vecinas lo estaban á su manera. Comprendíase bien que juzgaban éstas á Juan desde un punto de vista de teatro, y que le encontraban muy bueno dramáticamente. Los menos afectados eran Facio y Berta, morrillos pelados sobre los cuales rodaba diariamente la obra de aquella elocuencia sin penetrar en ellos más que lo que el curso constante de un arroyo suele ablandar las piedras de su lecho.

Juan les miraba con el rabillo del ojo, porque para ellos era principalmente para quien hablaba.

Mis dos pequeñuelos, que iban también á la doctrina, vinieron á abrazar á su madre con los ojos bañados en llanto. Juan prosiguió:

—Es indudable que Carlos había preparado y traído expresamente para mí aquella anécdota ó parábola de la cepa arrancada y de su misterioso conducto de nutrición, la raicecilla oculta entre las malvas. Yo lo conocí en seguida y esperaba un sermón; pero Carlos no predicaba nunca sino abriendo el libro de su cora-

zón por la página más á propósito. Allí leía lo que quería.

Era todo lo contrario de mí, que estoy predicando siempre ¡ay me! de palabra mucho más que con el ejemplo.

Permanecimos sentados una media hora en aquel lugar consagrado por el recuerdo de nuestro padre, en medio de aquel paisaje tan sencillo que hacían sonreír los rayos del sol de primavera. Quedóse luego á un lado la primera Comunión, y ya no se habló más que del largo viaje, fijado para el día siguiente.

Carlos se separaba de nosotros triste, pero resuelto; se llevaba cierta inquietud acerca de la salud de mamá, pero era hombre de esa resignación cristiana que hace todo lo posible por cumplir con su deber y deja lo demás en manos de la Providencia.

Comenzó en seguida á exponerme su plan de vida en su nueva situación, las dificultades que preveía y las esperanzas que abrigaba. Su cariño para conmigo era dulce, pero grave al mismo tiempo y casi paternal. Le gustaba elevarme por encima de mi edad, consultándome de improviso sobre casos de conducta, y aun de conciencia, que parecían no estar á mi alcance.

En materia de educación no creo que tuviese sistema; pero la rectitud excelente de su pensamiento valía por todos los sistemas juntos, y sin conocer las ideas de los educadores célebres *inventaba* las poquísimas cosas buenas que se hallan acá y allá esparcidas en sus voluminosos escritos, como Pascal inventó, á lo que se dice, la serie de las proposiciones geométricas antes de haber abierto á Euclides.

No teníamos nada, absolutamente nada; así me lo confesó rotundamente por primera vez.

El señor Sicard, el de la quiebra, que nos había cogido nuestros pobres 1.500 francos, había salido libre del todo, ó poco menos, gracias á la caridad de papá, y había vuelto á montar no sé qué industria, ó acaso varias, y se construía su gran hotel no lejos de nuestra casa. Los que habían tratado de aplastarle durante la desgracia, hacían ahora cola delante de su puerta para obtener que se dignara aceptar su dinero, porque una quiebra casi vale crédito, tanto en provincias como en París.

No comprendía yo muy claramente entonces esa ley extraña, sin la cual, según aseguran, el comercio moriría de languidez; esa ley que declara que el hecho de cerrar una caja en las barbas de los acreedores, extingue todas las deudas; no tengo la pretensión de comprenderla mucho mejor ahora; pero al fin poco importa que yo la comprenda ó no la comprenda. La ley tiene sus misterios, como la fe, y las mismas gentes que rechazan los adorables misterios de la fe se aprovechan con frecuencia de los ruines y bajos misterios de la ley.

Sicard nos había cogido el dinero á nosotros, que no teníamos más, no nos lo había vuelto, tenía luego él muchísimo dinero, y, sin embargo, no nos debía nada; he aquí el misterio de la ley. Y un día que Sicard nos envió una liebre de las que había cazado, la ciudad entera se enterneció ante su magnanimidad, pues era buena prueba de que no nos guardaba rencor alguno.

—Con cien francos al mes—me dijo Carlos—podréis siquiera comer pan en casa.

—¿Y nada más con ello?—le pregunté, no sin sobresalto, porque era yo un poco goloso.

—Casi nada más—me respondió.

—¿Y tenemos esos cien francos?

—Espero podérselos dar.

—Pero entonces, ¿cómo nos arreglábamos antes de tener esos cien francos que tú nos des?

—Pedíamos prestado en la esperanza de que yo sería nombrado sustituto; ahora que ya he sido nombrado, eso ha concluido.

—Y entonces, ¿vas tú á devolverlo?

—Sí — me replicó sonriéndose; — ¿quieres que te ajuste mi cuenta?

—Sí que quiero.

Y comenzó á asentar cifras en seguida como si fuera un hombre enteramente dedicado al cálculo, que sin querer se le desborda la aritmética por todas partes.

—Tengo de sueldo 1.600 francos—me dijo,—y debemos poco más de 800 francos. El total de mi retribución, dividido por doce, da para cada mes 133 francos con 33 céntimos, y una fracción infinitesimal de que prescindo en la práctica. De esto, 100 francos para mamá.

—Y para ti 33 francos.

—Y 33 céntimos, sí.

—Más la fracción infinitesimal...

—Para mis gastecillos particulares, sí...

Pues bien; vais á asombraros, pero debo confesarlo: yo no lo encontraba del todo mal distribuído. No tenía yo la menor idea del valor del dinero, ó mejor dicho, daba yo al dinero, que tan escaso andaba siempre en

nuestra casa, un valor desproporcionado. La suma de 33 francos y unos *suses* más para gastar cada mes, me parecía gruesecilla.

Carlos adivinaba esto muy bien, y respondió á mi pensamiento diciendo sencillamente:

—Es cierto, sí, tengo bastante. Tendría hasta de sobra si no fuera por la casa; pero ya te acuerdas de lo que decía papá: es de rigor que los magistrados se respeten; yo tengo que estar, pues, bien alojado. He hallado un retretito en el fondo de un patio que no carece de apariencia. Hay allí tres gradas que forman como una especie de escalinata. Me le dejan por 120 francos al año, para lo cual hay que quitar 10 francos todos los meses de mis 33.

—¡Ah!—dije yo.—Diez francos... no te quedan ya más que 23. No había pensado yo en la casa.

—Es muy natural—me respondió;—no se puede pensar en todo. Hay además un equipaje de ropa que también requiere ser respetado; no quiero yo tener un equipo brillante, pero calculo que necesitaré, para conservar la ropa y reponerla, otros 10 francos al mes.

—¡Diantre!—dije yo.—¡Otros 10 francos más!

—Si se puede hacer con menos—me dijo Carlos con mucha formalidad,—tanto mejor. Quedan 13 francos y los céntimos al mes para el lavado, la comida y los gastos imprevistos.

—¡Cuántas cosas hacen falta!—murmuré con un profundo suspiro.

Porque ya iba yo empezando á comprender que el haber de Carlos no constituía ni con mucho una opulencia.

Aquí todo el mundo, comenzando por las amas de casa, y hasta los niños, han de tachar mi relación de inverosímil. A la edad que tenía Carlos no se forja nadie ya semejantes ilusiones. Vivir con 22 *suses* cada día, siendo fiscal sustituto, aunque fuera en una ciudad de tercer orden muy escondida, es un delirio extravagante.

No digo que no; pero debo añadir en seguida que también he visto en el circo Olímpico gente valerosa, atrevida y diestra que hacían muchas cosas que parecían imposibles.

A esas cosas se las llama en francés *tours de force* (ejercicios de fuerza).

Carlos hizo su *tour de force*, y vivió como había dicho, no ya algunos meses, sino algo más de dos años, y durante todo ese tiempo me pasaba á mí lo que estoy contando, una pitanza de estudiante de siete *suses* por semana. Y debo confesar delante de todos, hasta del señorito Facio inclusive, que yo tenía el valor de recibirla.

No estaba Carlos muy gordo ni andaba muy elegante, pero estaba bueno y le veíamos siempre deconte y limpio. Su carácter había cambiado. Cuando venía á vernos, á pie, andándose sus quince leguas de noche por conservar su rango y ahorrar al mismo tiempo el precio de la tartana, llenaba la casa de alegría...

Pero no he concluído la relación sumaria de nuestra conversación en la dehesa de Brelut, humilde incidente, en verdad, pero cuyos pormenores, tan indiferentes en apariencia, conservo grabados en lo más hondo del corazón.

Sin medir todavía perfectamente las dificultades de

su *tour de force*, comenzaba yo, ya lo he dicho, á conjeturar que seguramente Carlos no había de estar allá sobre un lecho de rosas. Concebí la idea vaga de que por sus 13 francos no podría tener siquiera una regular comida, pues por lo que hace á lo que él llamaba «imprevisto», así como el lavado, eran á mis ojos puras bagatelas. No había para mí de importante más que el gasto ordinario de la mesa, y le toqué esa dificultad en dos palabras.

—Eso está arreglado—me respondió.—Para eso es para lo que he hecho ya dos veces viaje allá. La criada de la señora que me alquila mi *palacio* en 120 francos me suministrará un buen plato de sopa todos los días. Esta será la base de mi comida.

—¿Y después?...

—Después... llevo un cajón...

—Con pasas, higos y chocolate...

—¿Le has abierto?

—No, pero le he olido, y nuestras hermanas también.

—¡Tenéis excelentes narices!—dijo Carlos echándose á reír.—Higos, pasas, chocolate, de todo eso hay allá; ¿pero no habéis percibido nada más?

—No... á no ser un poco de olor á mohoso.

—¡Eso es lo principal! Eso es lo que hace que haya yo tenido el cajón muy en cuenta.

Ocurrióme una sospecha que me oprimía el corazón.

—Es algún otro postre, ¿no es verdad?—le dije por fin.

—No—me replicó Carlos, que no mentía nunca;—es la comida; así no tendré que proveerme allá más que

de pan. Ya sabes tú que no soy gran comedor... Me gustan las golosinas.

Conocí perfectamente la ironía resignada que se escondía en esa palabra; mas como la idea de comer únicamente postres, no me hubiera á mí desagradado en aquel tiempo, no puse objeción alguna... Ahí tenéis, por ejemplo, á la *señorita* Berta... Yo apuesto á que no desearía otra cosa que mantenerse de higos.

Y la niña Berta, de esta manera interpelada, contestó con desdén:

—Pero no enmohecidos siempre, como los del colegio.

Nuestras dos vecinas del mundo «artístico» de Menilmontán quisieron hallar en esto una «frase»; pero estaban visiblemente desanimadas. Aquel Juan no las hacía delirar y soñar. Le faltaba prestigio y armonía. No había en él poesía que pudiera acompañarse con el piano. Yo, al menos, estaba asegurado en la estimación de las personas bien vestidas que hacen la *gloria*; se me habían dedicado romanzas, y mi fotografía se hallaba en los escaparates, á causa del *Bossu*, del que decían los periódicos que había sido representado cuatrocientas veces como drama y se habían vendido cuatrocientos mil ejemplares como novela.

Ellas no le habían leído; pero ¿para qué querían leerle? Allí estaban las cifras. Basta con *El Fígaro* ó *La Linterna*, según las estaciones y los temperamentos. ¿Quién ha leído á Voltaire más que en los chistes de los almanaques?

Nuestras vecinas se indignaban, y lo confesaron al día siguiente, de que un autor como yo, *serio*, es decir,

que está ganando mucho dinero, se tomara el trabajo de escuchar allí, á la vista y á ciencia y paciencia de todo el boulevard, á aquel viejo de camisa mal almidonada, que contaba una insípida y desabrida historia de unos provincianos infortunados que ni siquiera acababan de morir de hambre.

Juan sufría el contragolpe de esta aleación introducida en su reducido público; se revolvía con cierta especie de mal humor buscando la transición decisiva que había de ponerle de lleno en el asunto, y estaba yo viendo el momento en que su fantasía, virando á impulso del viento, como de costumbre, iba á lanzarse en mitad de otra historia. Por fortuna mi Luisito vino á llamarle al orden.

—Dí, Juan—le preguntó en voz alta é inteligible, á pesar de las señas de silencio que le hacía su madre,—¿no vas á acabar de hacer nunca tu primera Comunión?

—Verdad es que estamos todavía lejos—contestó Juan;—pero ya verás más adelante, patriarca Luis, que la dehesa de Brelut estaba enteramente en el camino de mi parroquia. Cuando tú seas viejo, á tu vez, quizá, te acuerdes del cenador en que estamos y me veas aquí, como yo me acuerdo ahora de la cepa, y como yo veo allí á mi pobre Carlos sentado en el mismo sitio en que se sentaba mi padre, y ocupando su lugar con tanta verdad que mi dolor les confunde en el mismo respeto.

No diré ya nada más de la aritmética de Carlos; vosotros, chiquitines, no sabrías apreciar las dificultades del problema que él resolvía con tan humilde temeridad, y por otra parte vuestros padres y sus amigos se quedarían con la sospecha de que exagero.

Seguramente hubiera hecho yo mejor en presentar el caso de Carlos así, en globo, á saber: diciendo que Carlos, de un sueldo de 1.600 francos, nos pasaba 1.200 francos al año y se quedaba con 100 francos por trimestre para satisfacer, lejos de su familia y de sus amigos, las exigencias de su posición de magistrado joven. Pero me he dejado arrastrar por la necesidad que tenía de mostrar en Carlos la grandeza tan fácil de desconocer de esos sacrificios hechos, por decirlo así, debajo de tierra; de esas virtudes pobres y deslucidas que Dios ama, estoy seguro de ello, más que á todas, en lo infinito de su justicia; porque no solamente son virtudes ocultas, es decir, exentas de recompensa aquí abajo, sino que además, si por suerte se las descubre al pasar, son feas de aspecto para el gusto de los hombres, ridículas, casi detestables, capaces de merecer para las almas que las poseen la acusación de cálculo, de ruindad, de avaricia, de egoísmo y de hipocresía y todo.

Alguna de estas acusaciones no faltaba quién hacérsela á Carlos allá por fuera, y lo peor es que, no alguna, sino algunas también, se le hacían dentro de casa. ¿Te acuerdas tú, mi amigo Luis, tan cachigordo y tan guapo rapaz como eres, salvo el orgullo, la pereza, la rabieta, la golosura y los demás pecados capitales, que vendrán con el tiempo si la primera Comunión no te defiende contra ellos como un talismán bendito, te acuerdas del susto enorme que te pasaste en el otoño último una tarde que te revolcabas al lado mío sobre el césped de la pradera? ¡Vaya si te acuerdas! Ya te has puesto colorado... Y eres valiente, sin embargo, según

dices; pero habías sentido deslizarsete por entre los dedos un cocarrajo enorme y horroroso. Un «cocarrajo muy sucio», según tú dijiste. Le hicimos prisionero por apagar tu sed de venganza; los niños, iguales en esto á los hombres, todo lo perdonan mejor que el haberles metido miedo. Tú querías matar al horrible bicho, y yo le salvé la vida; pero consentí en enjaularle á pesar de su inocencia. Su jaula no era de hierro, como la del monte de San Miguel, construída para aquel primer ministro que había tenido la desgracia de ponerle á su rey la carne de gallina. Esta era una cajita de cartón que agujereamos con un alfiler para que tu cautivo pudiese respirar. Tú le llamabas tu cardenal de la Balua porque acababa yo de contarte la historia de Luis XI; y al día siguiente por la mañana, apelando á tu clemencia, obtuve la libertad del cardenal. No me río, ya sabes; había también púrpura en nuestra jaula, donde el día antes habías encerrado á tu enemigo á oscuras; púrpura y oro y zafiros y esmeraldas. Tan pronto como abrimos la caja vimos correr por el césped, doblando apenas las puntas de la hierba, al bicho feo que tú decías, vivo, alegre maravilla de la creación: al escarabajo esmaltado de azul y oro reflejando el sol como una piedra preciosa, pero sin otra ambición que la de oscurecer y apagar en su agujero los rayos de su pobre gloria.

Tal era Carlos, á quien el mundo no conocía; ni los que le despreciaban ni los que le amaban. Las últimas palabras de nuestro padre descubriéndole de repente con la clara mirada de los que ven ya más allá de la vida, le habían iluminado para nosotros un instante; pero él, que no quería aureola, se había refugiado bien

pronto en la oscuridad de su sombra, y fácilmente en casa nos hicimos cómplices de su humildad... Todo esto no es divertido, ¿verdad, hijos míos? Ni siquiera sé si será útil, porque nada hay que pueda reconciliar al mundo con la santa humildad. La humildad es la bestia negra del mundo, que la persigue hasta la muerte.

Quiero, no obstante, añadir un postrer detalle para que se vea cuán lejos estaba yo de admirar la conducta de mi hermano Carlos, yo que le debía tantísimo cariño y que, en efecto, le quería con ternura. Tornó la cuestión de nuestros 800 francos de deuda, no me acuerdo cómo, y preguntaría yo, sin duda, la manera cómo habíamos de pagarlos, porque Carlos me respondió:

—Para eso están ahí los 180 francos de la pensión de mamá.

—¡Ah, ya!—exclamé yo.—Entonces es decir que ya no eres tú quien paga nuestras deudas.

—Seguramente que no—me replicó Carlos sonriéndose;—y es mejor que sea mamá quien las pague, porque así *no me deberéis nada*.

Yo tomé la cosa al pie de la letra sin mala fe, ni malignidad, ni agradecimiento. El razonamiento de Carlos me parecía tan sencillo y tan claro como la luz del día... La pensión de mamá pagaba las deudas. ¡Pobre mamá! ¡Ella que no tenía más que eso!... Carlos, que adivinaba mis pensamientos, me dió unas palmaditas en la mejilla acariciándome, y se calló.

Comprendo perfectamente que un carácter de esta naturaleza es intolerable. Echa á perder el oficio de los

que se desviven por alcanzar la estimación ó el cariño de los hombres.

Al tomar de nuevo el camino verde para volvernos á la ciudad, me dijo Carlos, que me lo decía todo:

—Mamá se alegraría de verme casado.

—¡Calla, es verdad!—le repliqué yo;—tú tienes ya edad para eso, y si la joven con quien te casaras estaba bien acomodada, sería un alivio para la pobre mamá.

Carlos me miró como asombrado.

—¿Dónde has pescado tú semejantes ideas?—murmuró.—Porque en nuestra casa á nadie has oído hablar así.

Y como yo me pusiera colorado sin casi saber por qué, continuó diciéndome con tono cariñoso:

—También será preciso que tú te dediques á alguna cosa, como todos, Juanín. ¿Te gusta el comercio?

Por el pronto esta pregunta hirió mi orgullo en lo vivo, y no me digné responder siquiera.

—Mamá—continuó Carlos,—es el más generoso corazón que yo conozco.

—¿Crees que tú la quieres más que yo?—exclamé llorando de vergüenza.—¿Tengo yo la culpa de que los vecinos hablen ya de sacrificarme?

—¡Sacrificarte!—repitió Carlos, cuyo asombro crecía por momentos.

Yo quedé como embarazado. Me pesaba ya haber dicho aquella palabra imprudente, y no sabía cómo salir del paso.

Será menester que os diga, porque vosotros solos quizá no cayérais en ello, que aquella alusión al casamiento de Carlos me había suscitado de repente el

pensamiento del mío, de mi propio casamiento. Carlos estaba, por supuesto, á cien leguas de esta imaginación ridícula.

—Si de ti mismo te saliera formalmente la idea de hacerte cura...—comenzó á decir prosiguiendo en su intento, que era tranquilizarme.

Pero no dejé yo ni siquiera concluir la frase, y exclamé en un estallido de indignación vanidosa:

—¡Ah, claro! ¿Por quién me tomáis á mí todos? Seré oficial de Marina, y de aquí no me apea nadie. Ese era al cabo el fondo oculto de vuestro pensamiento: tramáis un complot para meterme en el Seminario. El señor Olivier no lo tolerará... Y por de pronto, yo no quiero ya volver más á la doctrina... está dicho.

Nos habíamos parado. Yo sollozaba entre los brazos de Carlos, que trataba de calmarme. Todos tenían conmigo mucha indulgencia, y me trataban con mucho mimo por lo quebrantado de mi salud, que no se había repuesto nunca del todo después de nuestra desgracia.

—Pero ¿qué tienes? ¿qué tienes?—me preguntaba Carlos todo asustado ya.—¿Quién habla de meterte en el Seminario?

No se ya cómo se aclaró aquel *quid pro quo*, ni por qué estudiada manera llegué á explicar que mi terror de ser *sacrificado* traía origen de las habladurías de nuestra Juliana, que me había revelado el peligro en que estaba de verme casado tan temprano, como allá, bajo el antiguo régimen, ó como en los países cálidos, con la *Girafa*, mi enemiga. Mas lo que sé es que toda la gravedad de Carlos no pudo hacerse fuerte contra aquella confesión mía.

El verle reír á carcajadas era cosa muy rara, y por eso quedé yo tanto más desconcertado y aturdido. Sin embargo, Carlos recobró bien pronto la formalidad, y me dijo con su bondad ordinaria:

—No tienes razón ninguna para temer, Juanín; pero tienes razón en mirar como una acción poco honrosa el casarse por el interés. Ni tú ni yo nos casaremos por el interés. Por lo que á ti toca, falta todavía mucho para que llegue el tiempo de pensar en eso; pero yo, como tú mismo has dicho, es cierto que ya tengo la edad. Yo hubiera hecho muy buen cura, así lo creo al menos, y confieso que ese ha sido siempre mi deseo. Pero eso no puede ser porque tengo otros deberes, y gracias sean dadas á la infinita bondad de Dios, ni me quejo ni murmuro. Con todo, no estaría muy dispuesto á casarme ni me haría gracia, porque no tengo nada en el mundo que me ligue más que los deberes de que te hablo. ¡Ni por el mayor dote del mundo! Y si por un lado no me casaría jamás con una mujer por su fortuna, por otro lado no me es dado casarme, no debo casarme con una mujer sin fortuna. Papá me solía llamar el juicioso y el sabio cuando se burlaba de mí; pero toda mi sabiduría y todo mi juicio se hallan no pocas veces en gran embarazo. ¿Te figuras la cara que pondría mi familia si la sirviera todos los días uno de mis higos ó un granito de mis pasas secas á la hora de comer?...

Aquí abracé á Carlos cordialísimamente, porque estas palabras aclaraban para mí la situación mucho mejor que todos los cálculos.

—¡Pobre Carlos!—le dije,—¡pesamos mucho sobre tí!

Pero Carlos me cogió alegremente en los brazos, y me dijo:

—¡Qué importa! ¿Y la Providencia? Se me figura que no piensas en ella demasiado, Juanico mío; y aun voy creyendo que no harás todavía tu primera Comunión en esta primavera. Yo volveré acá dentro de dos meses sólo por ti, y entonces veremos.

—Eso es—le respondí,—ya veremos. Tú sabes que no soy capaz de dar un disgusto á mamá; pero también el pensar cómo amaba á Dios el pobre papá me desanima. Dios es demasiado grande seguramente, y yo demasiado pequeño; y tengo miedo de que no voy á poder nunca amar á Dios como es debido.

Llegamos en esto á la puerta de nuestra casa, y me hizo una caricia diciéndome:

—Cuando la mandan á tu camarada María de Moy trabajar, contesta:—*No puedo aprender, porque no sé...*

—¡Ante todo—exclamé,—la *Girafa* y yo no somos camaradas!

—Ella se hará buena y tú también te harás bueno; pero eso es precisamente, que ella no sabe que lo que la mandan es que aprenda. Si no fuera necesario aprender antes de saber y para saber, sería uno doctor antes de ir al colegio. Oyeme bien Juanín: el amor de Dios es un don, el más precioso de todos los dones; pero es también una ciencia, y como ciencia se aprende, y es además un remedio, y como remedio se compra. Se conoce que los pretextos para no amar á Dios son bastante raros, porque uno mismo es el de que se suelen servir los viejos y los niños. Ayer, sin ir más lejos, me hablaba Olivier lo mismo que tú hablas

ahora, y lo mismo que le dije á él, voy á decirte: Nadie es demasiado pequeño para amar á Dios, y es tanto mejor por eso que el divino corazón sea inmenso, porque así puede contener bastante ternura para contrarrestar la inmensa ingratitud de los hombres. Cada uno ama á Dios como puede. Se comienza con lo que se tiene. Dichoso ya el que deletrea en la tristeza humilde de su alma la primera palabra del libro en que está escrita la gloria de Dios. Se comienza á amar á Dios cuando uno se queja de que no puede amarle...

Carlos volvió á abrazarme otra vez, me dió un beso muy apretado y se subió á hacer la maleta, porque se había de marchar al día siguiente muy de mañana.

—¿Podré yo decir que no entendía nada de todo aquéllo? No. Algo entendía, seguramente, pues que experimentaba en mí un vago y mal definido encono. Yo quería mal á alguno. ¿A quién? No lo sé. El beso de Carlos me había dejado todo emocionado, y sin embargo, quizá era contra él contra quien yo estaba montado en cólera... á menos que no fuese contra Dios.



III

De mi amigo Adolfo y de una mala acción que yo hice.

—Al día siguiente por la mañana, antes de estar despierto—prosiguió Juan,—sentí que me abrazaban en la cama, y creí que sería mamá. Era yo muy perezoso, y solía mamá emplear este medio, no siempre con buen éxito, para hacerme levantar. Sumido como estaba en mi somnolencia, oía ruido como de ir y venir.

De repente me vino el recuerdo de la marcha de Carlos, y de un salto me senté en la cama, exclamando:

—¿Eres tú el que me has abrazado? ¡Espérame, Carlos! Voy á acompañarte hasta la diligencia.

Porque Carlos no debía hacer el viaje á pie por esta vez. Por respeto á su posición era menester que hiciera en diligencia su entrada oficial en la ciudad adonde iba, ciudad que no era capital de provincia, pero tenía sub-prefectura.

Nadie me respondió, pero ví á mamá que hacía media sentada á los pies de mi cama. Tenía los ojos encendidos y arrasados en lágrimas, lo cual era muy frecuente en ella desde la muerte de mi padre.

—Ya se ha marchado—me dijo—hace más de media

hora. No quiso despertarte. Tus hermanas le han acompañado hasta el parador de los coches, y Juliana llevaba el saco... el saco que usaba tu padre cuando iba á presidir las sesiones de la Audiencia fuera de la capital. Todo lo que era de tu papá es de Carlos ahora...

Y era esto muy cierto, más de lo que podáis figuraros, pues que Carlos usaba los trajes anticuados de papá, lo que le daba un aspecto singular y raro.

—¿Y porque él se ha marchado es por lo que lloras?—la pregunté.

—No—me respondió mamá,—ya sabía yo que tenía que marcharse; lloro por lo que me ha dicho de ti.

—¿De mí?—exclamé yo.—¡Si hemos estado ayer todo el día juntos, y no me ha reñido!

—Es que Carlos suele guardarse la mayor parte de las cosas para sí sólo. Pero á mí me ha dicho: «No hay que apurar demasiado á Juanín para su primera Comunión este año. Es todavía muy niño. La primera vez que yo venga yo le interrogaré á fondo, y quizá no sea el señor Huet quien le rechace en el examen».

El señor Huet era el vicario que nos explicaba la doctrina. Un alma buena, un hombre sencillo y piadoso, pero un poco dado á juzgar blanco cuando el señor Jamond, que era el párroco, juzgaba negro. Esto no le quitaba de querer entrañablemente y respetar al señor Jamond, que á su vez le quería mucho. El señor Huet había sido vicario de un pueblo; mostrábase cordial é indulgente conmigo, como con todo el mundo, pero no me atendía de cerca ni cuidaba de mí gran cosa á causa de la gran amistad que el señor cura tenía con nuestra casa.

—Este chiquillo—decía—tiene un pico de oro, y eso que no ha salido de su casa.

La idea de que Carlos pudiera ser más severo para conmigo que el mismo vicario señor Huet, me irritó mucho.

—¡Es muy niño! ¡es muy niño!—repetía yo muy enojado.—Entonces ¿por qué me cuenta todos sus secretos?

Mamá me preguntó con cierta vivacidad:

—¿Es decir, que tiene secretos?

Después, viendo que yo no respondía, porque me estaba ya pesando de mi jactancia, añadió:

—Yo por mí ni siquiera sé si tiene secretos. Tu padre me lo decía todo. Tengo más miedo á Carlos que nunca tuve á tu padre.

—¡Ah, yo miedo, no!—exclamé.—Pero la verdad es que nunca le conoceremos del todo á fondo. Nadie podrá querernos como él nos quiere.

Mi madre me estrechó contra sí y me besó, murmurando:

—A la edad que él tiene no sería todavía capaz de hablarme como tú lo haces. Hubiera sido un excelente cura... ¡Y no vayas á creer que me quejo de él, Juanín! Es una verdadera bendición de Dios el tener un hijo como nuestro Carlos; pero se llega una á olvidar de que es su madre á fuerza de respetarle... y de admirarle también, al pobre hijo mío, porque no tiene ninguna de las debilidades propias de su edad... ni de ninguna edad. «Es más viejo que nosotros», me solía decir tu padre. Y veces hay que yo no me atrevo á decir lo que pienso delante de él. Es bueno, es más que bueno, y yo doy muchísimas gracias á Dios de tenerle; mas con

todo, en los primeros días, cuando la pena me volvía loca, mejor lloraba yo con el Sr. Jamond que con él, y hasta con Olivier y todo... Excepto la tarde aquella en que creí morirme, y en que él me cogió en sus brazos, *mandándome* que tuviera valor por tus hermanas y por ti. Aquella tarde me pareció que su ternura entraba dentro de mí como vigor y fortaleza mientras me oprimía contra su pecho...

Creí yo que iba á continuar; pero volvió á proseguir su labor, y la dije:

—Papá no le ha visto bien sino á la hora de su muerte.

Estas palabras mías la llenaron otra vez los ojos de agua.

—¡Aquél, aquél lo era todo!—murmuró.—¡Ah, sí, ha muerto! ¡Todo ha muerto para mí! ¡Le busco mil veces cada día creyendo hallarle!... Roguemos por él...

El elástico que estaba haciendo se la cayó al suelo, porque había cruzado las manos temblorosas en ademán de enviar su oración y sus lágrimas al cielo, y decía con todo el fervor de su fe:

«Desde lo profundo de mi pena he clamado á Vos, Señor; Señor, escuchad mi dolorido acento. Que vuestros oídos atiendan á los ayes de mi súplica. ¡Si reparáis, Señor, en iniquidades! ¡ah, Señor! ¿quién podrá parecer delante de Vos?...»

Ambos estábamos de rodillas: ella junto á mi cabeza, yo sobre la cama, y parecíame ver á aquél que nos había querido tanto de rodillas también, muy por encima de nuestras cabezas, á los pies de Dios, inclinado hacia nuestra oración, en tanto que mamá acababa

los versículos magníficos y tiernos del salmo *De profundis*, diciendo al Padre celestial:

«... Mas en Vos está la propiciación, y sé que no habéis de faltar á vuestra alianza. Mi alma descansa en la palabra del Señor; mi alma espera en el Señor. Desde la primera luz del alba hasta la noche, espera ¡oh pueblo fiel! en tu Señor. Porque tu Señor es la misericordia, y en él está la redención y el perdón abundante. El es el que rescatará...»

—¡Ya quedan embarcados!—gritó una de mis hermanas en la habitación contigua.—¡Ya quedan embarcados Carlos y su cajón de postres!

—Hemos puesto nosotras los pañuelos corriendo agua—dijo la otra;—pero él, por supuesto, no ha llorado ni una lágrima.

Y entraron con los ojos mojados todavía, diciendo las dos á un tiempo:

—Con todo eso, es él mucho mejor que nosotras.

Decían esto con toda franqueza y de todo corazón; pero era demasiada verdad. Y también es mucha verdad que la ausencia de Carlos no produjo en nuestra casa el vacío que hubiera producido la marcha de cualquiera otro de nosotros.

Siempre me acuerdo de Juliana cuando tengo que expresar alguna de aquellas cosas que pasaban entre nosotros, y que no se decían. A la primera comida, Juliana puso los platos para servir la sopa delante de mamá, y dijo:

—Nuestro señorito Carlos estará ya á estas horas llegando á su nueva casa de allá. Pero me parece que no sentirá gran pena de no estar con nosotras, porque

aquél se halla bien en todas partes como tenga el rosario.

Nadie la respondió una palabra; pero todos pensamos en nuestro padre, que estaba como un alma en pena en cuanto no nos tenía consigo, y cuya llegada de uno de sus viajes periódicos inundaba de alegría la casa.

Cuando mamá nos hubo servido la sopa y Juliana hubo salido fuera del comedor, yo, que tenía como un peso sobre el corazón, revelé el secreto del famoso cajón, que no era de «postres, sino de comida». Mamá hubo de ponerse mala de emoción, y la sentí estar sollozando toda la noche.

*
* *
*

Hacia últimos de Enero la anciana señora de Moy, nuestra vecina, cayó gravemente enferma, y corrió el rumor entre la gentecilla que acudíamos á la explicación de la doctrina de que la *Girafa* se había convertido para obtener la salud de su abuela.

En todos los países sucede la misma cosa y se emplea la misma frase. Acontece con ciertos niños, que van á la doctrina por algún tiempo sin sentir el efecto de las instrucciones piadosas que diariamente reciben; pero luego de repente, y á la hora menos pensada, comienza á brillar la luz de la verdad en ellos: experimentan muy en pequeño (si puede haber algo pequeño, sea lo que quiera, en las cosas de Dios) el gran choque de San Pablo, derribado en mitad de su mal camino.

Y es, en efecto, una verdadera conversión. No tienen

estos niños todavía pecados graves que expiar, pero tienen infinidad de pecadillos menudos; y por otra parte, aun cuando tuvieran aún menos pecados, la iluminación de que hablo debiera todavía llamarse conversión, porque torna ó convierte aquellas almas jóvenes é ignorantes hacia Dios, á quien acaban de entrever y concebir de repente... ¿Todos los que estáis aquí estáis convertidos?

Esta pregunta, hecha por Juan á quema-ropa se dirigía, aparte de Facio y Berta, á dos de mis hijos: mi hijo segundo, que estaba ya retrasado para su primera Comunión, y mi segunda hija, que, por el contrario, anticipaba un poco la época acostumbrada.

A mi mujer y á mis dos hermanas las gustaba mucho oír á Juan, pero no siempre aprobaban todo lo que decía. Mis pobres hermanas le encontraban alguna que otra vez «de mal tono». Mi mujer, menos severa bajo ciertos aspectos, desconfiaba no poco de sus arrebatos, y más de una vez la había visto yo casi escandalizada. Como ella no ocultaba nunca sus impresiones, Juan, puesto francamente en el banquillo, tenía entonces que justificarse y defenderse por lo que hacía á las formas.

Algunas de estas conferencias íntimas, cogidas al vuelo, hubieran aclarado más de una cuestión delicada. Yo rara vez tomaba parte en la discusión, y Juan hablaba sólo ó poco menos, como siempre, pues que mi mujer se limitaba á expresar con sobriedad sus dudas ó sus amonestaciones.

A la pregunta de si todo el mundo estaba allí convertido, mi mujer contestó con una mirada de desapro-

bación, y estrechó contra sí á su hijo, que se había puesto muy colorado; mi hermana mayor, que atusaba el pelo á mi hija pequeña, dijo con dignidad y como subrayando la frase:

—Estoy bien segura de que *hasta* Facio y Berta *son los que deben ser*.

—¡Ah! no—exclamó Juan;—de ninguna manera. Bien lejos de que nadie sea aquí lo que debe ser, yo estoy seguro de que la *señorita* Berta y el *señorito* Facio son un par de malos parroquianos. Yo espero que les llegue la gracia de ser alumbrados interiormente, y trabajo como un negro porque les llegue; pero hasta el presente no veo en ellos brillar nada. El *señorito* Facio no ha abrazado todavía á su mamá Magdalena, llorando como debía; y en cuanto á la *señorita* Berta, me ha puesto una cara como un lobo cada vez que he tratado de hacerla entrar en razón. Dios misericordioso no ha hecho todavía su visita á esta casa; yo lo lamento.

Pero habéis hecho muy bien vosotras en llamarme al orden, porque no se trata aquí de los niños y las niñas que están presentes: se trata de María y de mí. Yo no estaba todavía convertido; lo que había únicamente era que me inclinaba hacia lo bueno, porque María hasta entonces se había inclinado á lo malo, y ya estaba yo pensando en enmendarme por no estar al mismo lado que ella.

Decidido completamente á esto, ya podéis figuraros el deplorable efecto que en mí produjo su conversión: en seguida se me llenó la cabeza de ideas facciosas y rebeldes. Acontecióme cruzarme con ella en la esca-

lera la noche misma del día en que había sabido yo su mudanza. No había ella tenido tiempo todavía de poner su manera exterior de ser en armonía con su nueva formalidad y prudencia. Sus cabellos continuaban espantados, y su vestido daba todavía testimonio de recientes cabriolas; pero iba tiesa como un palo, con los ojos bajos y con paso del todo grave. Se me exaltaron los nervios sólo con verla, y al pasar junto á ella dije á media voz, quitándome la gorra:

—¡Buenas noches, señorita *Girafa*; no irá usted contando que no la he saludado á usted hoy!

La criada que la acompañaba hizo un ademán como para pegarme, y la oí refunfuñar entre dientes:

—¡Mal parroquiano!

Sentí con esto un vivo movimiento de orgullo, en tanto que la pálida mejilla de María se había tornado roja como la grana.

—De esta hecha, me dije yo volviendo á ponerme la gorra en la cabeza, ya está el casamiento enteramente roto, y desafío á cualquiera á que vuelva á amasarle.

Mas no bastaba todo esto; desde el momento en que la *Girafa* invadía el sendero de la virtud, no podía yo permanecer en él ni un solo instante más, y resolví abandonarle con estrépito.

Tenía yo por amigo á un muchacho muy guapo llamado Adolfo, cuyo apellido no he de decir porque ha llegado con el tiempo á ser un personaje. Era más guapo que yo y más fino, y también iba á decir mejor que yo, porque Dios le había dado la ternura expansiva y la simpatía del primer movimiento, cosas que yo jamás he tenido. Debía, durante su vida, amarlo todo

y hacer traición á todo, sin malicia, por supuesto, sin conciencia, y sobre todo sin remordimientos; por gusto, por ocasión, por ambición, por vocación. Era el cálculo encarnado, sin que nadie se diera cuenta de de ello, ni aun él mismo: mentía rara vez y engañaba siempre.

Jamás criatura humana pareció tan tierna. Tenía el brillo untuoso de los cuchillos que han cortado manteca, y su corazón de piedra de río así barnizado parecía derretirse á medida que se os deslizaba por entre los dedos. Me quería mucho, según él decía, y me daba á mí casi vergüenza de no corresponderle bastante.

Pasaba yo el día con él, y me acuerdo que me predicaba muy cuerdamente. En mi pueril tarea de obrar siempre de otra manera que María, proyectaba yo asustar á la vecindad con la audacia de mis travesuras, pero sin que el ruido de la cosa llegara hasta mi madre.

Adolfo era también de los que iban á la doctrina y de los que estaban más fuertes. Todavía vive, y hasta goza de muy buena salud. Los crímenes cometidos por él en el curso de una larga existencia fueron numerosos, pero tan *naturales* y cometidos con tanto desembarazo, que el mundo no se ha enojado por eso, viéndole á él sonreír siempre. El mundo le ha dado todo lo que quería. Lo quería todo, y todo lo ha tenido; pero no se ha servido de todo, porque no basta para eso el apetito, son menester dientes y estómago.

Llegó un día, corriendo los años, á matarme mi última esperanza aquí abajo, á mí, que era su más antiguo y su mejor amigo. Con esta puñalada, mortal según los

pensamientos de la tierra, hizo de mí el cadáver aquel á quien Dios dice eternamente: «Levántate y anda».

A él debo el dolor que no se sufre más que una vez, porque, una de dos: ó ese dolor nos derriba al fondo del abismo que la Escritura llama la muerte, y que es la verdadera muerte, ó bien nos resucita ya invulnerables.

Hace ya mucho tiempo que le he perdonado.

Adolfo me preguntó—y este recuerdo le conservo muy preciso y exacto—*¿para qué iba á servirme mi travesura?* y cuando yo le respondí que era para *hacer rabiar á María*, se encogió de hombros.

Con una claridad singular y una paciencia que era su naturaleza misma me demostró, sin contrariarme ni herirme, que mi proyecto era impracticable. ¿Qué podía yo intentar en materia de escapatorias, si estaba decidido á detenerme ante cualquier cosa que pudiera causar disgusto á mi madre? Mis dos hermanas me acompañaban á la doctrina, un día una y otro día otra. Imposible faltar á una sola clase del colegio sin que mi madre fuera de ello avisada por el profesor, que era muy amigo de casa. Sucedería, pues, lo siguiente: que la pobre mamá tendría en seguida conocimiento de mis travesuras, mientras que, por el contrario, María probablemente no llegaría á saber una palabra. Y luego podía yo estar muy tranquilo, porque la *Girafa* ¡se iba á fastidiar y á cansar tan pronto de ser buena!...

No quedé convencido, y á otro día por la mañana todavía me andaba devanando los sesos en buscar qué género de escándalo podría emplear que, por un lado,

espantase á María, y por otro, no llegara á oídos de mamá, cuando estalló como una bomba otra noticia: la profecía de Adolfo se realizaba al pie de la letra; la *Girafa* abandonaba de pronto el sendero del deber.

Después de veinticuatro horas de una conducta irreprehensible, María de Moy había tirado un atlas á la cabeza de la superiora del colegio, había insultado á un profesor de música, había pegado á sus compañeras y había llamado al vicario señor Huet... no, no diré la palabra, porque la *señorita* Berta sería capaz de no olvidarla.

Esto produjo una especie de revolución en la casa, por más que todo el mundo se lo estuviera esperando; el carpintero de abajo, que era un librepensador, detenía á las gentes á la puerta para contarlas la historia, y Juliana vociferaba en el pasillo.

—La pobre señora no ha tenido tampoco mucha suerte en su vejez á pesar de ser tan rica. Esa grandísima desvergonzada ha sido ya despedida de tres colegios, y ahora ha dejado tuerta á una señora anciana con uno de sus libros en lugar de estudiar lo que contiene dentro. El tratar á un señor cura como ella ha tratado al señor Huet, es cosa feísima, y yo misma no tendría cara para hacerlo después de quince años que hace que estoy en la parroquia.

En cuanto yo tuve conocimiento del suceso, tomé, naturalmente, mi resolución. Tocábame oponer un acto de sumisión solemne á la sublevación de mi enemiga. Fui á casa del señor Huet y le manifesté que, en presencia de los nuevos ultrajes de que el clero era objeto en nuestra ciudad, yo renegaba de mi indiferencia, re-

suelto y decidido como me sentía á pelear bajo la bandera de la Iglesia hasta la muerte.

Había en todo esto mucho de niñería, pero no de esa que hace amables y buenos á los niños. Ya hablaré luego del señor Huet, que ocultaba un admirable buen sentido bajo las apariencias de la más extremada simplicidad. Era el confesor de mi amigo Adolfo, á quien estudiaba trabajosamente como un libro escrito en lengua desconocida. Adolfo no se burlaba de él nunca.

Creo yo que el señor Huet adivinó en seguida mi situación, á lo menos en confuso. Sin embargo, me pellizcó cariñosamente el carrillo en señal de aprobación, y me dijo que mi resolución era la de un buen cristiano. Yo le encontraba, con todo, algo frío; pero nuestro buen cura el señor Jamond, que entró por casualidad en aquel momento, quiso saber el motivo de mi presencia, y me colmó de elogios en cuanto se le hube manifestado.

—La buena sangre no puede mentir—exclamó enternecido, como siempre que se acordaba de mi padre;—bien sabía yo que mi Juanín no haría su primera Comunión confundido en montón con los otros. Es menester, mi querido señor Huet, que me atienda usted á este ángel de Dios y me le anime para que pueda llevar á su madre el primer premio; todavía tiene tiempo de ponerse á la cabeza de todos los que van á la doctrina. ¿Queda convenido?

—Convenido—respondí yo en lugar y en nombre del vicario, que se sonreía dulcemente.

—¿Ve usted esto?—dijo el señor Jamond encantado.

—Sí, sí—replicó el señor Huet;—el rapaz no es más

negado que cualquier otro; pero los tenemos ya que están muy fuertes en la doctrina, y no es eso sólo, sino que los tenemos también muy piadosos.

—Eso no le hace—dije;—yo seré el más fuerte en doctrina y el más piadoso, todo á un tiempo.

—Si Dios quiere y nos ayuda con su gracia, ¿no es esto, Juanín?—añadió el señor Jamond, como para prevenir ó evitar la lección severa que estaba ya asomando á los labios del señor Huet;—pero dinos algo siquiera de lo que te ha lanzado tan repentinamente al buen camino. Has hablado de escándalos hace un momento y de enmienda laudable y honrosa; ¿no habrá sido la conducta de la vecina María de Moy la que te haya abierto los ojos?

Yo bajaba la cabeza sin responder. Aquella frase, en definitiva, colmaba mis deseos, puesto que no había ido yo allí sino á provocarla. Atended bien, niños, que la hipocresía es el gran pecado mortal que contiene á la vez el odio, la mentira y el orgullo. Puede también cometerse hipocresía en el silencio.

—Tú no has querido denunciar á tu amiguita, y has hecho bien...

El vicario tosió. Parecía como que no me miraba, y continuaba sonriéndose con una sonrisa de bondad que á mí me parecía maliciosa porque me infundía remordimiento. El señor cura continuó:

—Tenemos hartos que hacer con ella; es una mala cabeza...

—¡Pero un corazón de oro!—interrumpió aquí el señor Huet.—¡Ah, picarilla!

Esta salida fué para mí un golpe terrible. Apostaría

yo á que todos los cismas y las tres cuartas partes de las herejías han tenido por origen esta calidad particular del odio, que se llama la envidia. Lutero era un borracho perdido, y Calvino, un sanguinario tirano; pero su pecado, su crimen, no fué simplemente la apostasía. La rebelión es siempre hija del orgullo, y el día en que Lutero, ó Calvino, ó Enrique VIII, ó cualquier otro criminal dotado de poder, para desgracia suya, oye alabar la virtud de un humilde, aquel día toma las armas contra Dios.

Había dado la hora de ir á clase, y me dirigí hacia el colegio; pero toda la calle abajo iba interiormente acusando al señor Huet de «injusticia». Esta es la palabra de los niños que se van pervirtiendo, como «libertad» es la palabra de las sociedades que viven esclavas del error, y «traición» es la palabra de los soldados cobardes y derrotados. Calculaba yo que, como la señora de Moy era muy rica, debía de sobornar con dinero al señor Huet para sufrir la insolencia de la *Girafa*, y decir además por añadidura que tenía un corazón de oro.

Hay que notar que nuestra Juliana estaba también hasta cierto punto en aquella misma idea. Juliana tenía mucha devoción; pero su inquina contra todos los que eran más ricos que nosotros envolvía también en cierto modo al clero parroquial. Profesaba al clero una veneración entusiasta, que no era incompatible ni con la desconfianza ni con la malevolencia, y mi padre solía divertir mucho en otro tiempo al señor Jamond refiriéndole, con el exquisito talento de imitación que él tenía, las conversaciones que traía Juliana cuando

volvía del mercado. Sabía ella por menudo todo lo que entraba en la casa cural; y cada vez que la criada de algún vicario compraba un triste pollo, Juliana establecía un cálculo que probaba tan claro como la luz del día que en este mundo «todos los bocados finos son devorados por los buenos de los señores curas».

Y al fin Juliana todavía no era más que una pobre criatura ignorante; pero yo he conocido de esas palomas montiscas, abrevadas en lo que queda de vinagre en el hondón de la cuba jansenista, que infestan las parroquias, y que reconviene á su propio cura sobre la moral, las conveniencias, el buen tono, la teología, la liturgia... ¿eh? ¡y ainda más!—

Juan exclamaba de esta suerte porque mis dos hermanas y mi mujer habían tosido todas tres á un tiempo.

—¡Bien, bien!—añadió,—comprendo ese triple golpe de tos que no deja de tener elocuencia; pero es que yo no soy sólo un ferviente católico, soy también un clerical acérrimo. Para mí los curas de nuestras parroquias son los últimos sostenes del orden social; les quiero tanto, que, no contento con combatir al lobo que les acecha en lo espeso del bosque, quisiera también ahuyentar las moscas que les pican. El jansenismo no está tan del todo muerto como generalmente se cree; vive todavía, no dogmáticamente, pero de hecho, en ciertos rincones de murmuración, cuyo hedor aleja á los indiferentes, repugna á los creyentes y encanta á los incrédulos.

Os concedo que este particular no interesa demasiado á nuestros hijos. Lo que hay es... y no hay por qué no deba decirse, lo que hay es que es triste ver que la mala fe de nuestros enemigos pudiera imputar á la vi-

ril y enérgica virtud de la Iglesia, á su espíritu elevado, á su corazón expansivo, esas emanaciones que salen del cadáver mismo de la bestia aplastada por la Iglesia. La gazmoñería es al candor lo que la hipocresía es á la virtud, y es menester enseñar, aun á los niños, que al lado mismo de la clara fuente, que es la fe católica, apostólica, romana, un celo que nada hay que autorice suele formar charcos cuya agua estancada no siempre es buena. Nada de pequeñas iglesias. No hay más que la Iglesia.

Los niños, como las personas mayores, deben saber á ciencia cierta que esas fuentecillas al lado del gran manantial, no sirven. En religión no hay más que una ley, que es la ley enseñada por el Catecismo; ni hay más que una autoridad, que es la autoridad representada por el párroco sometido á su Obispo, sometido á su vez á la autoridad de nuestro Santísimo Padre el Papa, sometido á Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que vive y reina con Dios Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre, por todos los siglos de los siglos.

Y todo esto es verdad, confianza y caridad. Y nada de esto es odio, ni es escrúpulo, ni rigorismo impío, ni criminal restricción.

Ya no estamos en aquel tiempo en que los hipócritas de Port-Royal apuñalaban á los santos por la espalda con estas dos solas palabras: *devoción fácil*. Los santos hoy día mueren de espaldas á la muralla. Se les hiere por delante. ¡Mal haya el que pone un escándalo entre Jesucristo y las almas! ¡Todo es fácil en Jesucristo, y por la gracia de Jesucristo; todo es fácil, y llano, y derecho, y alegre, hasta el martirio!

IV

La prueba de que mi visita al señor Huet era una acción mala, es que al salir de su casa quedé turbado; en lugar de ir á clase hice toros por la primera vez en mi vida, lo cual también se llama «correr la escuela».

Traté de arrastrar conmigo á Adolfo; pero no quiso seguirme, y vituperó, por el contrario, mi escapatoria, que no servía para nada.

Era verdaderamente Adolfo un niño muy exacto en cumplir sus deberes, y de una formalidad notable. Yo no me acuerdo de haberle visto hacer nada malo. No tenía ninguno de los defectos de nuestra edad: no era ni goloso, ni mentiroso, ni reñidor, ni holgazán.

Más tarde su enfermedad moral había de ser la ambición, una ambición implacable, pero de una especie particular, y en cierta manera platónica.

Nunca tuvo sed; fué de costumbres tranquilas, más que tranquilas, austeras; no amó nunca el lujo; no tuvo sentimentalismos artísticos, y si alguna vez se le acusó de alguna calaverada, era que él mismo había comprado la maledicencia, de igual modo que compran otros la alabanza; porque llega una hora en que la ausencia completa de todo vicio perjudica al adelanta-

miento de Catilina, y necesita entonces el reclamo de la inmoralidad.

En este siglo, que ha visto seres tan extraordinarios como los hermanos siameses, el hombre pez, las hermanas negras con un solo estómago para dos cabezas y cuatro piernas, etc., quedará Adolfo quizá como el monstruo más imposible y más curioso que pueda proponerse á la admiración de los venideros.

Catilina león, Catilina lobo, y aun Catilina hiena, le tienen horror, y por el contrario, muchos hombres de bien le han querido. Ha comido con príncipes. En las barracas de la feria política le han dado un nombre horroroso y encantador: la serpiente-tórtola.

*
* *
*

Con la negativa de Adolfo corrí yo la escuela solo enteramente, vagando al azar por la ciudad y buscando ocasión de hacer daño; lo cual, para los niños educados como yo en ciertas familias buenas, no es cosa tan fácil como pudiera creerse á primera vista. Para predicar es preciso saber. Mi escapatoria, pues, no tuvo apenas lances ni aventuras; al volver una esquina vi al doctor Olivier que venía hacia mí; y como solía hablar él de los eclesiásticos con alguna ligereza, mi primer movimiento fué abordarle para quejarme amargamente de la injusticia del señor Huet, corrompido por las dádivas y larguezas de la señora de Moy; pero representáronseme entonces delante de los ojos la sotana raída del buen sacerdote y sus zapatos enormes con hebillas de hierro... y ¡lo flaco que estaba!... Así es que

me dió vergüenza, ó mejor dicho, desconfié de ser creído ni aun por el pagano Olivier.

El señor cura Huet lo daba todo á los pobres. Tenía una de esas figuras... Los niños razonan mal, ¿sabéis? pero ven claro... Yo estaba todavía encolerizado, pero no creía ya en los motivos de mi cólera.

Hice una curva para evitar el encuentro del señor Olivier, y bajé hacia el puente casi á carreras, como si alguno me hubiera perseguido. Por allí era por donde siempre salíamos de la ciudad Carlos y yo á dar nuestros paseos por el campo. En el arrabal, un carro-matero que no podía subir sacudía á los caballos con salvaje furor, y juraba que daba miedo. Me dió lástima de sus bestias, y sobre todo de él. Nunca me había ocurrido compadecerme más que de las bestias en casos análogos. Dije para entre mí un *Ave María*, como mamá tenía costumbre de hacerlo cuando oía blasfemar. Quedé maravillado de lo que hacía, y traté de reirme.

Pero no pude. Estaba triste, y más bien tenía gana de llorar. Buscaba manera de irme muy lejos y de no ver á nadie.

Allá no es como en París; al fin de los arrabales comienza en seguida la campiña. La primera casa que se mostraba á la derecha de la calle, detrás de una sebe de espinos recortados, sobre los que descollaban unos tilos con la copa en forma de bola, conforme al estilo favorito de los burgueses de la restauración, pertenecía á un compañero de papá; un pobre hombre á quien yo no quería nada porque estaba rico, y sus hijos daban lección de esgrima. Yo pasé toda la infancia deseando dar lección de esgrima y de patines.

Volvióme con esto el mal humor, y me duró todo el tiempo que fui á lo largo de la cerradura de espinos. Después no volví á pensar más en ello. Estaba muy buen día: el sol sonreía en un cielo sereno y despejado. Los árboles movían apenas sus nacientes hojas; los taludes laterales del camino olían mucho á violetas, aunque no se las veía. Por cierto que me piqué los dedos por coger una rosa silvestre que el viento balanceaba en la punta de una zarza garamitera, y se me vino á la boca uno de los juramentos del carretero. Una labradora que volvía del mercado con sus ollas de leche vacías sobre la cabeza, me dijo:

—¡Qué feo está en un señorito tan joven el jurar así!

La respondí una grosería, y mirándome más atentamente, exclamó:

—¡Calla! ¿Usted no es de casa de Juliana? Pues hoy no es jueves ni domingo; yo la diré que anda usted corriendo la caravana en lugar de ir á la escuela.

—¡Yo soy el amo de Juliana!—la dije con indignación, y cogí una piedra para tirársela.

¶ Ella continuó su camino riéndose.

¶ Luego pasó la diligencia. Un perro iba muy crespo ladrando detrás de los caballos, y le tiré mi piedra, mientras miraba á la imperial, donde iba un viajante de comercio fumando en pipa. Hubiera yo querido fumar y viajar. Ya se sabe lo que sucede, me dije: los que bullen y se mueven hacen fortuna: María de Moy puede empobrecerse... Puedo yo marcharme muy lejos, volver muy rico, con una gran capa con embozos de pieles, y burlarme de ella... ¡Ah, no! Desde el momento que la ví pobre dejé de odiarla,

Había un camino hondo á la mano izquierda. Importábame poco ir acá ó allá; no tenía otro punto ni otro fin que no ir á parar á la dehesa de Brelut por causa de la cepa, que me asustaba aquel día como un sermón. El camino hondo aquél conducía allá en derechura, pero le tomé diciendo entre mí: volveré por los campos.

Y, en efecto, al llegar á la extensa pradería donde estaba el lavadero, quise volverme; pero había por allí acederas, que se destacaban medio encarnadas entre la hierba verde, y me entretuve cogiendo y comiendo. Además, me gustaba oír cantar los cucos y contemplar los jacintos, que dejaban colgar sus campanillas hasta casi tocar en el agua.

Había que saber además si era yo capaz de saltar el foso del camino verde, todo bordado de lentejuelas. Conforme tomaba yo carrera para saltar, saltó también una rana, hiriendo y estremeciendo la verde envoltura. Todo era allí verde, el camino, el foso, la rana y hasta una *señorita* alada que revoliteaba en zig-zag reflejando el sol en la esmeralda de su esbelto continente.

Salté perfectamente sobre la hierba del opuesto lado, y de ello quedé tan orgulloso, que me fuí aproximando á la cepa donde la ramita de castaño de Indias estaba llena de hojas. La última vez que yo había estado allí era la víspera de la partida de Carlos. Agitábanme el corazón latidos de verdadera ternura, y ciertamente que no estaba yo acostumbrado á eso. Me arrodillé delante de la mata de malvas, y me puse á mirar la raicita oculta. ¡Ah! Sí, aquello era todo un sermón. Na-

die había allí conmigo, pero papá me hablaba; hubo un momento en que le ví sentado en el sitio de Carlos removiendo las malvas con la punta del bastón para mostrar el oculto lazo que conservaba la vida en el tronco muerto.

—Juanín, Juanín—me decía mi corazón, de donde realmente salía la voz de papá;—hace ya mucho tiempo que no eres bueno. Tú harás llorar á tu madre, y yo lo veré. ¡Tú, sin embargo de que fuiste el último á quien conservé cerca de mí y á quien mostré mi sonrisa! Mira en redor tuyo y busca la pobre casita que quise edificaros sobre la tierra. No la hallarás. Dios me la ha negado, así como la alegría de verte crecer y de verte hombre. No he llegado á tener ni mis añosos castaños, que tanto me entusiasmaban, ni mis queridos bojs, ni mi arroyuelo, y aun he tenido que dejar lo que tenía á tus hermanas, y á ti, y á mi mujer, que era mi corazón. Tú estabas allí, tú puedes decir si Dios mismo no vino á buscarme con las manos llenas de gracias... Juanín, Juanín, yo soy el que he dicho á Carlos la parábola del reverdecimiento de la cepa. No lo olvides nunca: el Dios que vino y que me prestó su pecho para ser la almohada de mi buena muerte, era mi primera Comunión, era el Dios de amor que baja en la Eucaristía... Juan, pobre Juan, tú tienes ya odio porque tienes orgullo. ¿Por qué te quieren más en casa que á Carlos, que es todo abnegación y que no tiene orgullo? Vuélvete pronto al colegio y ve á confesarte esta misma tarde, y pide perdón á todos los que has ofendido...—

Había puesto yo la cabeza entre las manos y escu-

chaba todo esto con el corazón tan oprimido, que padecía ya una verdadera agonía física. Me levanté y tomé el camino de la ciudad, escoltado por las carcajadas de tres ó cuatro pobres soldados que se habían parado á mirarme y se divertían conmigo creyendo que adoraba la ramita de castaño de Indias. Lo cual no dejaba de ser algo cierto.

Llegué á la escuela bañado de sudor y á tiempo precisamente para que me dejaran encerrado; pero no me sublevé lo más mínimo. Estaba dispuesto á la contrición y llamaba á la penitencia. Cuando volví á entrar en casa por la tarde, me encerré con mamá y me puse á sollozar en su regazo. Pedí confesarme con el señor Huet, precisamente para mejor expiar mis crímenes, cuyo alcance exageraba, sin duda, pero que analizaba, sin embargo, con una precisión asombrosa. Se lo dije todo á mamá, hasta las habladurías de Juliana á propósito de mi casamiento con María, y mamá se mantuvo seria.

El señor Jamond había salido, momentos antes, de nuestra casa, donde acababa de contar mi visita á su vicario con grandísimos elogios; de suerte que mi madre se volvía loca por consolarme, y no comprendía una palabra de mis arrepentimientos. Al fin concluyó por enfadarse cuando yo la dije que tenía vocación de irme con los trapenses.

—¿Quién me ha dado á mí hijos como éstos?—exclamaba.—Tengo á Carlos, que es un alma de chopo, y á ti, que eres la misma pimienta. Todo el mundo está contento de ti, y si quisieras no habría otro como tú en toda la parroquia. No irás á confesarte con el señor

Huet, que es muy buena persona, pero que no viene á nuestra casa fuera de la visita de año nuevo. ¿Qué será cuando tengas veinte años, si ya comienzas á darme desazones con tu casamiento cuando no levantas todavía más que esta mesa? Seguramente creo que estás loco. Esto da compasión. ¡Y dicen que tienes talento! Vete á tu cuarto á pedir á Dios; ¡es una vergüenza que ese Adolfo vaya delante de ti en la doctrina!...

Me levanté contristado para obedecer; pero mamá volvió á cogerme y me estrechó contra su corazón.

—Ya no os quiero como antes—continuó.—Desde que ya no está *el*, falta la mitad de mí en la tierra. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Acaso se olvida él de pedir allá arriba por nosotros?

Y pasando de un pensamiento á otro, como hacía casi siempre, añadió:

—Y todo eso no es una razón para ser malo con María de Moy. ¿Te parece que está bueno llamarla *Girafa* en la escalera? ¡Tu papá, que era tan agradable con las señoras! Un joven instruído puede sacar de eso mucho partido siempre, es cierto; ahí tienes á Carlos. Pues es menester antes instruirte, y tu media beca no llega nunca. Estamos muy mal, muy apurados. ¡Ah! tú no tienes por qué temer; si eres abogado ó aspirante de marina, aun cuando sea de aquí á diez años, y quieres pedir á María en matrimonio, ya verás cómo eres bien recibido. Mas no dejes entrever ahora estas locuras, porque pasarías por inocente, que es peor que ser un perdido, quiero decir para el mundo... Y á propósito: el señor Jamond dice que ese Adolfito se conduce muy bien, por más que su familia deje mucho que de-

sear. Puedes andar con él, si quieres; pero él es rico: no aceptes nada de él, ni dulces ni otra cosa cualquiera que tú no puedas devolverle. ¡Tú eres hijo de un magistrado!

Y me abrazó. Parecióme que quería rezar. La emoción mía, en que los nervios tenían mucha más parte que el corazón, se había calmado. Me marchaba sin haber vaciado el fondo íntimo de mi conciencia. Carlos me hubiera escuchado mejor; no porque me quisiera más que mi madre, sino porque hablaba menos.

Al entrar en mi cuartito de estudio ví á Adolfo á una ventana de la casa del cambiante de enfrente. Me hizo señas de que bajara, y me dispuse á bajar. No podía estar solo.

Ya es hora de decirnos quién era esta familia de Adolfo, que «dejaba bastante que desear» según mi pobre madre. Adolfo era sobrino de nuestro vecino el cambiante, á quien Juliana cantaba las verdades tan rudamente. Nunca le llamaba más que Roboam, porque estaba convicto de judería en la pública opinión del mercado. Su parentela no estaba admitida en la buena sociedad de las comadres vendedoras; donde Juliana, á pesar de lo extremadamente módico de su compra diaria, ocupaba un lugar de primer orden.

Adolfo no participaba de aquel disfavor popular. Teníasele por un buen muchacho, elegante pero nada orgulloso. Andaba siempre bien provisto de todo gracias á su tía la cambiante, madama Roboam, pequeñita y rechoncha como una bola, con aire de jovencilla, muy codiciosa, pero muy dadivosa al mismo tiempo

para su sobrino, porque tenía puesta toda su vanidad en elevarle á señor.

El cambiante, aún más ávido de ganancia que su mujer, era mucho menos dadivoso; como que de vez en cuando había disputas en la tienda sobre si Adolfo costaba ó no demasiado caro. Adolfo lo sabía, pero no se incomodaba. Jamás descubrí en él ni sombra de odio contra su tío, ni rastro de agradecimiento para su tía. Les hacía halagos y caricias á los dos, y también al perro, corpulento y fiero animal que ladraba á todo el mundo menos á él.

La familia, por supuesto, tenía su apellido, como vosotros y como yo; pero aparte de que yo no quiero escribirle aquí, la costumbre del barrio era llamarlos Mr. Roboam, Mma. Roboam y Adolfo Roboam, por dar gusto á Juliana.

Monsieur Roboam era, como Mma. Roboam, gordo, bajo, rollizo, colorado de carrillos, amarillo de pelo y extremadamente frío. El perro, gordo y amarillo también, se le parecía de una manera pasmosa. A éste era al que Juliana reconocía como hijo de la familia; Adolfo no era más que sobrino. Tenía Juliana un modo especial de espantar los perros que encontraba en la calle; cada vez que largaba un puntapié al guardián de la tienda de enfrente le decía:

—¡Tómame esa merienda, hijo de Roboam!

Y si pasaba alguien que lo pudiera oír, añadía:

—¡Vete á prestar á los otros perros al cuatro por ciento á la semana!

Aquellas pobres gentes sebosas, esclavas de su tráfico, más fuertemente encadenadas que los presidiarios,

quizá no merecían el odio salvaje que les profesaba nuestra Juliana. Al fin y al cabo no hacían más que su oficio; eran una familia de roedores; habían cavado su madriguera en nuestra ciudad natal como los ratones en un queso, y ronchaban de lo mejor que podían. He hablado de ellos principalmente para mejor hacer resaltar á mi amigo Adolfo, que era como una fruta hermosa é inesperada de aquel árbol de rapiña.

Hoy en París tenemos usureros elegantes; pero en provincias la usura es tan sórdida como dañina. En aquel tiempo no eran muy conocidos, especialmente en el Oeste, los jóvenes y resplandecientes caballeros de la sanguijuela que deslumbran hoy en nuestros bulevares. La oficina de Roboam esgañaba sin ruido á algunos desgraciados y ocultaba en la cueva sus regulares ganancias; mas no tenía apariencia ninguna. Mostraba de venta cubiertos, timbales y algunos objetos de iglesia que allí se estaban, siempre los mismos. El dependiente, colorado y cuadrado como un ladrillo, no los limpiaba nunca. Si acaso la criada, bastante más ancha que alta, inquietaba alguna vez el polvo con un plumero roído hasta el mango. Adolfo solía decir que su tía no daba permiso para sentarse en el sofá de miedo de gastarle.

En aquella tenducha gris, cuyos cristales aparecían deslustrados por una especie de moho, la plata estaba siempre tomada y el oro sin brillo.

Así estuvo todo hasta el momento en que el Señor Sicard recobró su libertad gracias al humilde heroísmo de mi padre.

Tan pronto como Sicard se vió fuera de la prisión

volvió á entregarse con ardor al tráfago de los negocios, que era su vida. Debía algunos escudos al bueno de Roboam, y precisamente á instancia del bueno de Roboam se le había declarado en quiebra. Los quebrados no olvidan esto nunca. Vuelven invariablemente la espalda á los que les han tratado con misericordia; pero no parece sino que una cadena misteriosa les amarra á la mano despiadada por la que fueron arruinados.

Esa mano es mano de negocios, mano ganchuda, dedicada al robo y que sabe el oficio. El quebrado respeta esa mano y no desea más que estrecharla, y si es necesario, besarla.

En cuanto se vió libre Sicard, se fué á casa de Roboam, y hablaron en intimidad con la mano puesta sobre el... bolsillo. En seguida de esta conversaci3n la tienda de Roboam cambi3 completamente: el alma de Sicard haba entrado en ella. Madama Roboam compr3 un baleo nuevo y costoso y un plumero que tena plumas, y M. Roboam hizo á la derecha de la tienda un cuartito limpio donde los primates de mi ciudad natal se acostumbraron á ir entre dos luces á hablar de negocios.

La «Casa» se encarg3 de recibir y ejecutar 3rdenes de Bolsa, y ella misma fu3 una especie de Bolsa fraudulenta, donde se recibían frescas las noticias de precios por despachos de Parí. Y las familias empezaron á temer á aquel cuartucho, igual que á las chirlatas donde los chicos escapados del colegio van á perder su dinero y su salud.

Al contrario, los viejos incorregibles, siempre tan numerosos en provincias, que acechan los medios de

arruinarse en el juego de trampas, tomaron gran afición al saloncillo y le frecuentaban y le procuraban clientes. Allí acudieron especuladores bobos, jugadores fracasados y clientes de la lotería, que aún vivía; allí acudieron hasta criados y obreros. Y Roboam llegó á comprar buenas fincas con el dinero de los imbéciles, que murieron en la miseria.

Se execró severamente á los imbéciles, y muy bien hecho; pero Sicard se echó coche otra vez, lo cual le atrajo la admiración de los despreocupados, levantando al mismo tiempo verdadero escándalo entre el pueblo honrado, que al fin se encolerizó contra él, como luego veremos.

Tal era la atmósfera en que vivía mi amigo Adolfo, flor de su tiempo, dulce, amable, inteligente, con un sentido muy recto á su manera, y hasta una especie de corazón; pero poseído desde su infancia por la idea de SUBIR que tiende á reemplazar en nuestras sociedades modernas toda religión y toda moral.

Esta idea es un abono que hace crecer de repente á ciertos hongos colosales, tanto que desde lejos se les toma por grandes árboles; pero que corrompe la masa humana hasta en sus más íntimas profundidades, mata el derecho, hace las revoluciones, y si algún día por fortuna los hombres sinceros llegan á sorprender á Tartufa político y á ahorcarle y á quemarle, no se encontrará nada más que esta idea entre las cenizas de ese holgazán condenado, de ese obscuro vil.

El vicario Huet y el alma de Adolfo.

Admiraba yo á mi amigo Adolfo, y ciertamente que había por qué admirarle. A pesar de la atmósfera en que vivía, ganaba todos los premios en la doctrina, así como era también el primero en todas las clases del colegio. Ejercía sobre mí una influencia extraordinaria, y que no me fué nada perjudicial, al menos en su origen, porque él era mucho más formal que yo, y su finura nativa le preservaba contra esa imprudencia, tan común en los muchachos, de dejar traspasar el olor de los secretillos feos que pueden rodearles. Adolfo lo veía todo, lo comprendía todo, y puede decirse que estaba hasta cierto punto enterado de todo, y era cómplice de todo, pero no descubría ni mostraba nada; y en lugar de jactarse, por ejemplo, de ser sobrino de un «banquero», título á que el bueno de Roboam tenía tan terrible derecho, me dejaba burlarme, con el desenfado propio de nuestra edad, de la tienda ahumada donde jamás se vendía cosa ninguna, y de las piezas de platearía inamovibles que se ennegrecían tras de lo enlutado de las vidrieras.

Era elocuente de nacimiento, siempre conmovido, pero siempre calculador, de tal manera, que su sangre

fría se aprovechaba de su ternura crónica, maravillosamente comunicativa.

Y habéis de notar que no os hablo de él cuando fué hombre: os hablo de él cuando era niño. Jamás he visto tan temible facultad de engañar. Hacía comedia con la misma facilidad con que uno respira; hasta tal punto, que yo casi no sé si hacía comedia. Su emoción era real hasta cierto punto. Sentía vivísimamente lo bello, hasta en las cosas de religión, cuyo sentido no alcanzaba yo entonces; amaba las nociones elevadas, y se entregaba á ellas hasta el momento en que desde el fondo mismo de su alma, la parte precoz y desgraciadamente práctica de su inteligencia lanzaba esta pregunta terrible: «¿Para qué sirve esto?»

Esta pregunta, por supuesto, quedaba incontestada, y no pasaba de ahí.

Mucho tiempo anduve empeñado en descubrir el doble mecanismo que trabajaba en el corazón y en el espíritu de mi amigo Adolfo, y las primeras veces que llegué á entreverle no creí en él. Estaba aquello, no solamente muy por encima de su edad, sino también muy por encima de mi alcance. Sin embargo, si él tenía su vocación de hombre *que debe subir* á los más altos puestos, vocación ya perfecta y muy caracterizada, yo tenía también la mía, ó al menos el germen de la mía, que era la infatigable curiosidad del pintor de costumbres. Miraba yo por instinto más allá de los actos y á través de las palabras. Mis asombros mismos robustecían mi paciencia, y cuando creí al fin en la increíble máquina de calcular que veía funcionar en el cerebro de mi amigo Adolfo, estaba yo ya bastante

fuerte, es decir, bastante deteriorado moralmente para no dejar de admirarle, sino, al contrario, admirarle más y mejor.

Pero esto fué ya mucho tiempo después de nuestra primera Comunión, y si os ocupo desde ahora con estas cosas, es para advertiros que estáis en presencia de una larva de Tartufa, y que os será dado ver un día ú otro á esa larva pasar por sus diversas metamorfosis, huevo, gusano ú oruga, crisálida con ó sin capullo, mosca, mariposa ó zángano, escritor, tribuno, filósofo, charlatán, maniquí, pero siempre Roboam, y, en fin, hombre de Estado codicioso, impotente y estéril... ¡Pero de talento ¡ah, eso sí, de talento!... ¡Y de audacia! ¡Y de teatro!

El señor Huet quería mucho á Adolfo, y no tenía en él confianza.

—Tú—le decía riéndose, pues que conversaban juntos como buenos amigos;—si no fueran menester más que buenas disposiciones para entrar en el paraíso, tú serías un gran santo. No tienes mal corazón, te hago ye llorar cuando quiero, y sabes el Catecismo mejor que yo. Sólo que...

Y aquí se detenía moviendo la cabeza.

—Sólo que ¿qué?...—preguntaba Adolfo, no sin tristeza, pues entonces todavía tenía interés por entrar en el paraíso.

—Pero el señor Huet no lo sabía ó no lo quería decir; lo cierto es que no acababa nunca la frase.

Una vez Adolfo y él bajaban por la iglesia, donde no quedaba ya nadie. Yo había vuelto á entrar después de la doctrina huyendo de un chaparrón que caía, y por

temor de mojarme el traje, porque mamá decía que una mojadura gasta más el paño que dos semanas de uso estando seco, y yo conservaba todavía por lo menos esto de bueno, que temía más que á todo disgustar á mi madre. El señor Huet y Adolfo se detuvieron á la puerta, que estaba abierta; caía la noche; yo estaba oculto para ellos por lo columna en que estaba la pila del agua bendita. Desde allí oí decir á Adolfo:

—¿No quiere usted decírmelo?

Me figuré en seguida que se trataba todavía del famoso «sólo que...» Y como quiera que el señor Huet no respondía nada, Adolfo añadió impacientándose, lo cual era extremadamente raro en él, que era el más dulce de los niños:

—Tiene usted miedo de enorgullecerme; pero usted cree que no tengo el alma formada como los demás.

Estoy viendo todavía la mirada que el señor Huet echó sobre él, mirada en que el asombro llegaba á ser verdadero espanto.

—¡Enorgullecerme!—repitió el vicario dando un paso hacia atrás.

—¿Entonces es decir que usted me juzga muy malo?—preguntó Adolfo.

Ya sabéis que el señor Huet era campesino. Cuando le costaba trabajo decir alguna cosa, volvía á tomar por un momento su lenguaje de aldeano. He conocido á mucha gente que hace lo propio.

—¡Ay, rapaz!—le respondió después de un momento de silencio;—tú tienes seguramente un alma, pues que todo el mundo tiene la suya. Yo creo la tuya, hijo mío,

blanca como la leche; pero saberlo á punto fijo es imposible; allá adentro no se ve ni gota.

A todos nosotros nos pasaba algo de lo que á Adolfo. El señor Huet, por más que no fuese muy tierno, nos hacía llorar cuando quería y cuanto quería. Su palabra era muy sencilla, pero al mismo tiempo muy difícil, y sus vacilaciones y reticencias hubieran podido pasar por habilidades oratorias por lo enérgicamente que subrayaba con ellas lo que quería hacer entrar en nosotros. Estaba lleno de cuentos y consejas, y los contaba con mucha gracia. Las cosas del amor divino le arrebatában. Hubiérase dicho que tenía entre sus toscas manos de campesino los sagrados corazones de Jesús y de María. Mi padre y él se habían conocido poco. A mi padre la gustaban los curas muy literatos; y el señor Huet era de los que miran con razón al arte pagano, idolatrado por las «personas de gusto» con exclusión del gran arte cristiano de la Edad Media, como á uno de los disolventes más poderosos de nuestras modernas sociedades.

—¡Predicad la pureza!—les solía decir á los que eran bastante eruditos para leer á Ovidio de corrido, y discutir sobre las costumbres del Olimpo.

Muy suave, por lo demás, y muy ilustrado director de las conciencias, esparcía en torno suyo el calor de la esperanza. Nuestro párroco le miraba como á un guía seguro en materia de teología.

Muchos años después le ví morir en París, donde había venido á pedir al emperador Napoleón III una pensión para la madre de uno de los niños discípulos suyos en la doctrina, viuda de un marino que mataron

en Méjico. Adolfo, que era entonces muy poderoso en los ministerios, como miembro influyente de la oposición, le prestó su apoyo muy de grado.

—He tenido muchísimo placer en volver á verle— me decía el señor Huet;—todavía es encantador.

—¿Y qué piensa usted ahora de él?—le pregunté.

—¡Ah, hijo mío!—me respondió;—en eso estamos enteramente lo mismo que antes: hay que observar mucho, porque allá dentro no se ve ni gota.

Expiró en la casa del señor Cura de Santa... en el barrio de Saint-Germain, donde había encontrado buena amistad y tierna acogida. Si yo hubiera podido convertirme en aquella época (1863), él me hubiera convertido, porque había aprendido á quererle desde hacía mucho tiempo, y su palabra exhalaba para mí el perfume querido de los recuerdos. El era quien me había casado, algo contra su gusto, más de veinte años antes con aquella María de Moy que «tenía un corazón de oro», y él podía hablarme también de Carlos, á quien había juzgado mal por un instante, cosa que les había pasado á otros muchos.

Carlos en su lecho de muerte, beatificado ya desde este mundo por su grande amor y su heroica paciencia, había asombrado á los que le admiraban, y había deslumbrado á los que le menospreciaban.

El señor Huet pensó con rectitud y habló con franqueza hasta lo último. No era entonces más hablador que antes. La última noche me decía:

—Aparte del padre de usted, á quien yo no conocía muy bien, pero cuyos actos me ha certificado el señor Jamond, he visto tres personas en mi vida que son

tres santos á quien ya venero, salvo el superior juicio de nuestra Madre la Iglesia, que son: el doctor Olivier; el hermano de usted, Carlos, y el mismo señor Jamond. El primero me hace reir cuando me acuerdo de él. Era peor que los niños chiquitos. Al principio no podía sufrirme, y esta fué la causa de que viniera á confesarse conmigo. A fuerza de no quererme me adulaba. Los señores de la fábrica le acusaban de ser gastrónomo de los finos, y es verdad que conocía perfectamente lo bueno, pero no hacía más que pasarlo junto á la nariz. Todos los días primeros del mes compraba por adelantado el pan cotidiano para las cuatro semanas, y lo partía en treinta zoquetitos cuadrados, que colocaba en la alacena. Me veía yo obligado á *prescribirle* de tiempo en tiempo un plato de sopa y una cucharada de cocido como medicina. Pero esto no quitaba que Petra, su cocinera, tuviese muchísimo trabajo, porque tenía que hacer la olla para veinte familias, sin contar los estofados y asados, que eran para nosotros los vicarios y para los curas forasteros que llegaban. Tenía por su casa 5.000 francos de renta de tierras, y no daba de ello más que el sobrante de la renta á los pobres y á las cofradías durante la vida de su sobrino, á quien no quería desheredar; mas cuando hubo perdido á su sobrino, que se murió tísico, no tardó más que cuatro años en *comerse* todas sus tierras á pesar de haberle valido 130.000 francos. Para lo cual necesitó gastar 32.500 francos por año, que es muy bueno.

A su muerte tenía veintisiete suses en la gaveta, y debía cuarenta y siete francos al panadero. El señor Obispo fué á verle y adoptó sus pobres.

El domingo siguiente decía su Ilustrísima desde el púlpito de la catedral: «Aquel hombre, puro como recién bautizado, y más blanco que el candor de los niños, se creía un criminal en el fondo de su humildad; daba su fortuna y hasta su pan á los desgraciados; gastaba veinte horas de cada día en el cumplimiento de su deber, en la oración y en obras piadosas, y ha exhalado su alma diciendo al Maestro del deber, de la caridad y de la oración: ¡Tened piedad de mí, Dios mío! No he trabajado bastante, no he dado bastante, no he orado bastante: tened piedad de mí!»

El lugar en que moría el señor Huet era un gabinete muy aseado, con ventana á un jardincillo contiguo á los grandes jardines de un ministerio. Había mandado salir á la Hermana de la Caridad que le cuidaba, y nos quedamos él y yo solos. Su inteligencia estaba tan despejada, y era su voz tan clara, que no podía yo figurarme que estuviera á punto de morir. Me dijo y me repitió varias veces que á la mañana ya no le encontraría, pero yo no quise creerlo.

Me hizo reír dos ó tres veces hablándome de la pobre mamá y de mis hermanas, á quienes acusaba de querer llevarse á nuestra casa la parroquia. Mi hermano Francisco era capitán retirado, y reemplazaba á Carlos en la casa, siendo su alegría. No atreviéndose ya á vivir hecho un pagano en medio de aquella gente, Francisco se había hecho galicano, por hacerse lo menos cristiano posible, y rompía lanzas contra nuestro viejo Olivier, ya convertido, cuyo ultramontanismo era el asombro del barrio. Mi madre y mis hermanas estaban por Olivier, y aún le encontraban tibio; pero Julia-

na sostenía á Francisco por su prevención contra los jesuitas, de los cuales había aprendido nuevos horrores en el mercado.

—¿No fueron ellos los que asesinaron á Enrique IV?— decía Juliana.—¿Y no son ellos los que quieren desprestigiar y destituir al emperador para poner en su lugar al Papa? Pues eso no debe hacerse, según yo entiendo.—

Andaba ya Juliana á vueltas con sus setenta años; pero un día que los redactores de un periódico radical quisieron armar un escándalo en la procesión del *Corpus* de nuestra parroquia, se arrojó sobre ellos á pañadas, y perdió la cofia en la refriega.

—No importa—dijo al volver, desplegando con orgullo el paño de la espalda de un gabán, cogido por ella al enemigo;—no importa, este pavo ya puede buscar su cola, con la cual voy yo á hacer gorras para los niños de la Caridad, y bien calientes...—

Pero todo esto no creáis que es del último día. Hacía ya una semana que pasaba yo las tardes con el señor Huet. No os impacientéis de que vaya desgranando todo este pobre rosario de recuerdos.

Cuando se metió la niebla aquella tarde, tuvo una opresión más fuerte. El pensamiento de Adolfo le acosaba.

—Allí irá á parar—me dijo de repente, apuntando con el dedo á la veleta del ministerio, que se divisaba entre los árboles.—Yo sabía perfectamente de quién me hablaba.—Por ir allí es por lo que lo ha hecho todo, lo hace todo y lo hará todo. Es el astuto de los astutos, la astucia andando; trabaja como un negro para hacerse

con toda la corteza del pan, ¡él que ni siquiera puede comer la miga! ¡Ah, miseria, miseria! ¡Qué tonto es el mundo, hijo mío! Usted, por la gloriécilla vana, zurce y respuntea con la pluma á la izquierda del buen camino; pero no me da cuidado: usted volverá, estoy bien seguro, por las oraciones de su madre, por las de Carlos, y por las de Olivier también, pues todos tres están ante las plantas del divino Dueño, y le dicen: «Aquel inocente ha manester que se le hiera; la demasiada felicidad le adormece; envíadle el otro ángel, el verdadero, el buen ángel, el ángel de los grandes dolores...»

Y yo exclamaba:

—¿Quiere usted callarse, amigo mío? ¡Pues si el Señor le oyerá á usted!...

Era ya tarde. Me levanté para marcharme, y él me abrazó sonriendo, y me dijo:

—Y sin embargo, hijo mío, sucederá así.

Al volver á entrar en mi habitación iba yo pensando en Adolfo, que demolía la casa del gobierno para colarse en ella á través de los escombros. Aquellos escombros habfan de ser la Francia desmenuzada. Los tiempos eran entonces tranquilos. Los *hombres de bien*, empeñados siempre en no ver más allá de sus narices, veían maniobrar á los Adolfos, y se decían: «Ese es un oficio como otro cualquiera».

Pasé la noche en la Opera, donde Adolfo producía sensación. Se dignó hablarme, y me anunció que había encontrado al fin el medio de doblar los salarios de los obreros, disminuyéndoles al mismo tiempo á la mitad las horas de trabajo. Ya comprenderéis que él mismo no creía de esto una palabra. ¡Qué delicioso joven!

Al día siguiente, cuando llegaba yo á la casa rectoral de Santa... el señor vicario Huet acababa de partir para un mundo mejor. El cuarto tenía olor á cera y á incienso, como los oratorios. La Hermana de la Caridad estaba allí todavía, y me dijo:

—Ha orado hasta el fin, y también hasta el fin ha estado hablando. Esta mañana ha hecho reír al señor Cura de Santa... con historias y cuentos de su país. Tomó alimento á las ocho, á las nueve se durmió. Un poco antes de las once se despertó muy campante pidiendo el Viático. Al pronto creí que se burlaba; pero me dijo: «Vete á prisa, hija mía.» Nunca me había tuteado, y dudé si me conocía. Corrí á la sacristía, se hizo como él deseaba, y luego el señor Cura se quedó aquí hasta el momento en que el buen sacerdote ha cesado de amar á Dios en la tierra para ir á conocer la gloria del cielo. En el reloj sonaba una media.

—¿Y no había hablado de mí?—la pregunté.

—Sí por cierto—me respondió la Hermana;—pero no mucho. Solamente había dicho: «Ese no me da cuidado; hizo muy buena primera Comunión... ¡Ah, lo malo es que no se ha ido solo; pero, en fin, Dios lo ha permitido!... Yo creo que esto es todo lo que dijo de usted; pero en seguida se volvía al otro.

—¿A Adolfo?

—Sí. Ese Adolfo le bullía en el corazón.

—¿Y habló también de su primera Comunión?

—Sí; pero no dijo que ese Adolfo la hubiera hecho bien. Ni mal, tampoco. A ese era al que más quería de los que iban á la doctrina en la ciudad donde usted vivía, y las tiernas almas que había llevado á Dios en

el largo trascurso de treinta años se le aparecían todas, todas: las veía pasar como las cuentas de un rosario, todas menos una. Y oraba y se le saltaban las lágrimas á fuerza de desear con ardor hallar aquella alma entre las otras. Y concluyó por decir: «¡Dios mío, Dios mío, ¡Jesús, Dios mío, que habéis muerto por todas las almas! ¿dónde está aquélla?... Yo no la veo ni en vos ni fuera de vos...»



VI

Triunfo de Adolfo.—Cuchillo puntiagudo.

He contado más minuciosamente quizá de lo que era menester el fin del señor Huet, porque el recuerdo de aquel hombre excelente y el recuerdo de mi primera Comunión son en mí inseparables; y también por causa de Adolfo, á quien la Providencia había llamado desde aquel lecho de muerte, conduciéndose él allí, como en todas partes, decente y políticamente, cordialmente casi. La buena Hermana no expresaba todo el pensamiento del señor Huet, y el mismo señor Huet no formulaba su pensamiento completo á propósito de aquella cosa que se le huía y que podía ser el alma de Adolfo. El señor Huet hubiera temido blasfemar preguntándose si Adolfo tenía verdaderamente alma.

Allá por los días en que el genio de Goette dió vida á ese colosal diabético, al doctor Fausto, la química, todavía en mantillas, podía ya producir el homúnculo, el Tartufa-muñeco que tenía una caricatura de alma en un cuerpo fabricado. Goette se volvió pagano, es decir loco á fuerza de jugar con estas enfáticas bagatelas.

El cura Huet se limitaba, como muchos otros, á bus-

car el alma del homúnculo moderno, y á no encontrarla. Tartufa-amable ejercía sobre él esa seducción que arrastra ¡ay mé! y engaña á muchas pobres conciencias. No se veía ni gota en aquel espíritu de dulzura y de mentira, tierno á la vez é inexorable, vencedor y desgraciado, montado á manera de un reloj dotado de vida, cuya clave sería una concupiscencia grotesca, pero terrible, y sobre todo impotente, residuo corrompido de aquello que antes se llamaba ambición. El cura Huet no conocía más que la ambición de otros tiempos: el sentido actual y práctico de la palabra *subir* no se le alcanzaba; no le había encontrado nunca en su diccionario latino, por más que Catilina, el patriota carnicero de la patria, haya sido anterior á Jesucristo.

Pero Catilina, precisamente por la fecha en que vivió, tenía la disculpa de la monstruosa república romana, madre del imperio aún más monstruoso. ¿Cómo Adolfo, reducción comercial y prudentemente recortada de Catilina, puede resistir todavía después de la inmensa franqueza de Jesucristo? ¿Y qué decadencias no han sido menester para que el crimen épico de Bruto haya podido descender hasta las burguesas abyecciones de la pesca de carteras?—

Aquí Juan se interrumpió bruscamente, y dijo:

—¡Dominó! Ya se han ido.

Todos volvimos los ojos hacia él, y le vimos palmo-tear con sus descarnadas manos, y tenderse de risa.

—Esto es un triunfo completo: he puesto á las vecinas en plena derrota.

Tratábase de nuestras dos pobres señoras, la madre y la hija, que habían venido á casa expresamente para

oirle. Habíanse estado oyéndole con modo, y no sé yo por qué á Juan se le habían puesto entre ceja y ceja.

Tenían, es verdad, cierto aire un tanto «artista»; tenían la debilidad de tomar por el lado musical todas las cosas, y vivían de la ilusión de que pertenecían al mundo elegante; pero eran, con todo, unas almas buenas. Juan también tenía sus defectos.

Cuando se le hubo calmado un poco su alegría, continuó:

—Á mí me gusta todo, menos la ópera cómica. Me es imposible remover los más íntimos recuerdos de mi corazón en presencia de *Madama Angot*. Si esas señoras hubieran permanecido ahí, en lugar de abordar yo mi primera Comunión, hubiera concluído por cantar *La Marsellesa*. Pero ya no están ahí. Vamos adelante:

En nuestros exámenes de doctrina, mi amigo Adolfo fué puesto delante de todos, y con justicia; tanto más cuanto que el señor Huet le hizo preguntas difíciles; hubiérase dicho, al oír las preguntas, que se trataba de un examen de teología. Á todos extrañó sobremanera aquella severidad excesiva, que se atribuía á la mala fama de los Roboam. Aun después de las victoriosas respuestas de Adolfo, continuó visiblemente en dudas el señor Huet; y eso que en punto á conducta, Adolfo también tenía notas superiores.

Formóse entre las personas piadosas un partido que tomó á Adolfo bajo su protección, cosa que debía reproducirse más tarde en el curso de su carrera de hombre público. Le ha sucedido á Adolfo, efectivamente, ser sostenido contra Dios por los mismos servidores de

Dios, á quienes engañó siempre con una facilidad maravillosa.

Por lo que hace á mí, fuí descartado de los que habían de comulgar, no sólo por falta de instrucción suficiente, sino también por no mostrar las disposiciones necesarias. También esto era de justicia. María de Moy, la *Girafa*, fué rechazada de buenas á primeras, y admitida después á sufrir segundo examen por consecuencia de una carta que ella sola, y de tapadillo, escribió al señor Jamond.

Toda mi vida he sido yo un poquito envidioso: este es mi vicio capital; pero no creo haber envidiado nada tan bajamente como el éxito extraordinario de aquella carta de que habló durante tres días la ciudad toda. El señor Jamond la llevaba á todas partes, y la enseñaba á todo el que quería verla. Estaba escrita á la diabla, en esa letra gorda y fea de las niñas desaplicadas, compuesta de palos desiguales, torcidos y rotos que se mezclan y se confunden como una insurrección de espinos; había en ella borrones, tachaduras, y cinco faltas de ortografía: cinco. Me acuerdo de una de ellas: catecismo estaba escrito con dos tt. Mas parece que la carta era conmovedora, llena de sinceridad, y que respiraba como una necesidad sencilla de poseer á Dios, pues que al bueno del señor cura se le saltaban las lágrimas leyéndola, y todos los que la oían leer se reían y lloraban á un mismo tiempo.

—¡Qué corazón!—decían.

—¡Ah, si mi Juanín tuviera un corazón así!—suspiraba mi madre.

Y mis hermanas repetían:

—¡La verdad es que María, nuestra niña grande, tiene bien hermoso corazón!

Corazón, corazón, corazón; no se oía más que eso; y la buena señora de Moy, que el día antes daba todavía compasión á todo el mundo á causa del diablejo de su nieta, se convertía de repente en una abuela célebre por su felicidad y su dicha.

Ya no sabía yo decir exactamente lo que era la famosa carta, que se resume en mi recuerdo en la promesa de todos los niños: «No lo volveré á hacer»; pero esto lo decía con aquella verdad extraordinaria, con aquel fuego, con aquella vida que era el alma misma de María, y que yo había de admirar más tarde. Mi opinión de entonces estaba bien distante de la admiración; la expresaba yo con esta frase: «¡Qué tonta!» Y pronunciando esta frase me rebujaba en el orgullo que sentía de ponerme en frente de todos.

El hecho de no haber sido admitido á la Comunión, no entraba por poco en este orgullo mío; había oído además á Juliana, cuando estaba segura de que no la oía nadie de la familia, decir al carpintero liberal que yo tendría «carácter». Y verdad es que añadía hablando de la *Girafa*:

—Lo que es á mí no me entra. Esas muchachas testarudas, cuando las da por tener corazón, son peores que las santurronas.

Entendíase, pues, bien, que lo que yo tenía era «carácter», y lo que tenía María era «corazón».

¿No habéis notado que en el uso popular, la misma palabra puede significar blanco y negro? Ordinariamente para Juliana, tener corazón quería decir no ce-

der jamás y morder la mano que á uno le estrangula. Ese corazón le tenía yo; y parece que eso mismo era tener carácter. El señor cura Huet había dicho hablando de María, que tenía un «corazón de oro», y esto valía casi una definición; pero yo no quería que María tuviese nada bueno, y me refugiaba con mi vanidad en este pensamiento constante: «Yo no pongo más que una *t* en la palabra *Catecismo*, y no pido favores á nadie.»

La tarde de aquel día me fuí á casa de Adolfo, mi oráculo, cuyo triunfo en el examen no parecía haberle puesto más orgulloso. Ya conocía él la carta de María, y me dijo:

—Está perfectamente urdido. Esa grandullona sabe mucho más de lo que yo creía.

—¿Está, pues, el saber mucho en escribir una carta llena de defectos?—exclamé yo.

—No—me respondió Adolfo,—no está en escribir con faltas el saber mucho; está en engañar á todo el mundo, incluso al señor cura.

—¿Es decir, que tú crees que todo eso es apariencia?

—¡Claro!

—Pues todos repiten la cantinela de que tiene corazón, de que...

—Eso no quita.

—Entonces, ¿qué es lo que viene á ser el corazón?

Adolfo jugaba con el alfilerito de oro que su tía, madama Roboam, le había prometido si ganaba en la doctrina el primer premio de la parroquia, promesa que acababa de cumplirle. Contrajo ligeramente sus labios una fina y dulce sonrisa, que me hace estremecer de frío cuando la recuerdo.

—Eso es apariencia—me dijo.

—Pero ¿apariencia de qué?

Mostróme entonces todos sus dientes, que los tenía, por cierto, muy blancos, y me dijo:

—¡Caramba!... La abuela es rica como un indiano. Seguramente la habría ofrecido algo si sabía bien en el examen...

Ya no pregunté más. Había llegado al dintel del mal.

No hay un solo niño, sea cualquiera la familia en que viva, que no pase diariamente por entre esas cosas falsas, miserables y ruines. Tal es el mundo. Y tan raras son las personas honradas sobre la tierra.

A la mañana siguiente, mamá se vino á hacer media junto á mi cama. Cuando desperté la ví enjugarse los ojos con el pañuelo: estaba llorando sobre mí á lágrima viva. Quiso amonestarme con dulzura, y la respondí mal, muy mal del todo, por primera vez en mi vida. Yo por mí no quería *aparentar*. Poco después eché á paseo á mis hermanas, que trataban de hacerme atender á razones.

Era aquello una insurrección declarada, y tanto más peligrosa cuanto que no había en el fondo ninguno de esos pecadillos de que los niños se arrepienten con facilidad porque tienen un nombre y una forma.

Yo no tenía nada de qué reprenderme, nada al menos de que pudiera darme cuenta exacta, ni aun la pereza, pues que trabajaba y me aplicaba mucho en el colegio. Y por otra parte, mi conciencia engañada y ofuscada se aplaudía muy positivamente por la rectitud de mi conducta, en el fondo de la cual no había, según pensaba yo, sino el temor de ser hipócrita. No es nada

bueno para nadie que sea tan débil y tan vanidoso como yo, el estar sólo con tres mujeres, aunque sean las mejores del mundo. Me hacía falta papá; bien lo había él presagiado. Y la ausencia de Carlos era el colmo de mi desgracia.

Pasé las fiestas de la primera Comunión en el más completo aislamiento, porque despreciaba á mis compañeros los reprobados, y huía de los otros. Adolfo mismo me faltó de repente á causa de los deberes y los honores que llovieron sobre él aquellos días. Gracias á la boga que él alcanzaba, los Roboam experimentaron un alza considerable. El alfiler de oro de la rechonchita de Adolfo era una gran especulación.

Adolfo fué el encargado por el señor Huet de hacer el extenso análisis que debía leerse en la distribución de los premios ante los padres, es decir, en público ó poco menos, en el jardín de la casa Rectoral. Tenía realmente derecho á esta distinción por su primer premio. El asunto era «la caridad.» El señor Huet le había mandado ser sencillo y hablar con el corazón. Adolfo era muy sencillo por naturaleza, con la sencillez de un niño que había de ser hombre de gusto y gran comediante. No tenía ciertamente el mismo corazón que María, ni nada parecido, pero sabía ya entonces calentarse en frío sin fatigarse, enternecerse á voluntad tocando cierto resorte, *aparentar*, en una palabra, y aparentar tanto cualquier cosa, ó aparentarlo todo, con una facilidad que parecía tener algo de prodigio.

La concurrencia era muy buena y muy piadosa. El orador estuvo sobrio, elegante; el niño estuvo hábil y conmovedor. Olivier, que estaba junto á mí, me dijo:

«¡Si fueras tú!...» Pensaba, sin duda, en mamá. Nuestros curas, y en general toda la gente buena, experimentaban escuchando á mi amigo Adolfo un placer mezclado de cierta inquietud, y se reprendían por este último sentimiento.

En cuanto á mí, yo estaba enteramente maravillado como si presenciara un espectáculo. Mi emoción no me tornaba ni hacia la caridad ni hacia Dios, y acechaba á María de Moy para medir hasta qué punto podía desagradarla y disgustarla aquel triunfo que hundía su triunfo siete estados bajo tierra.

¡Pobre María! Había recibido en la morada de su corazón al Dios querido que llama á los niños. Era demasiado dichosa en aquel momento y estaba demasiado poseída de su dicha para poder envidiar á nadie en el mundo. Sus ojos cerrados miraban á Jesús dentro de sí misma, lo cual hacía que su semblante apareciera todo resplandeciente. Por la primera vez en mi vida me era imposible encontrarla fea.

María no pensaba en nadie, y menos en Adolfo, que fué festejado á la salida y recibió las felicitaciones de todos con una modestia y un candor superiores á todo elogio. Todo el mundo preguntaba dónde había adquirido aquellas maneras de señorito, afables á la vez y reservadas. Hubo señoras, verdaderas señoras, que llegaron hasta dirigir la palabra á la familia Ro-boam por amor á aquel precioso niño; y Juliana, la misma Juliana, parada delante de la puerta, moviendo la cabeza con aire de importancia, le incensaba en voz alta é inteligible, diciendo al mismo tiempo á sus comadres por lo bajo:

—Esto no quita de que esta raza, padre, madre y chiquito, haya sido creada y enviada al mundo para clavar á Dios en la cruz. Este ahora es muy mono, queridas mías; pero en cuanto tenga edad para clavar, él clavará de seguro.

Volví de allí abrazado con Adolfo, y á pesar del orgullo que experimentaba yo por mi intimidad con aquel favorito del momento, como le había visto poco en aquellos últimos días, me estaba temiendo algunas observaciones á propósito del éxito desgraciado de mi examen y de mis malísimas notas. Otros niños, aun cuando no tengan malicia, hieren con frecuencia á los vencidos, jactándose de sus propios adelantos fuera de propósito; pero Adolfo era el más cómodo de los amigos: nunca jamás hablaba de otro como no tuviera en ello algún poquito de interés personal. Estos amigos no molestan ni dejan de ser útiles.

Por otra parte, para él todo suceso ya verificado huía á distancias increíbles, á menos que pudiera sacar de él algún provecho. Había ya concluído con su primera Comunión y con las emociones tan recientes de su triunfo. Su memoria era muy buena; pero no poseía ese bolso particular, que muchas veces es el corazón mismo, donde el común de los mortales guarda como una preciosidad eso que se llama «el recuerdo».

Comprendí en seguida perfectamente, que para él nuestros asuntos de la parroquia pertenecían ya á la historia antigua. Tenía ya otra cosa en mientes, sólo que me hubiera costado gran trabajo el adivinar cuál fuera. El día antes me había anunciado sin vanagloria (no la tenía), pero con placer, que su tía y su

tío, movidos por lo que se decía en la ciudad sobre su inteligencia precoz, habían tenido consejo á propósito de él, y habían resuelto enviarle á París, donde están los *educadores* de hombres grandes, como en Normandía están los criadores de bueyes gordos. No habíamos tenido tiempo de hablar; pero ¡cuánto deseaba yo estar en lugar suyo! ¿Quién es capaz de saber por qué París atrae tan violentamente, aun á aquellos que no tienen idea ninguna de sus criminales goces, ni de los tesoros intelectuales que puede allí remover á manos llenas la juventud estudiosa?

Ciertamente que á mí no era la pasión por el estudio la que me llamaba. Yo quise volver de nuevo la conversación hacia París; pero Adolfo me dijo:

—¿Es verdad que va á volver tu hermano Carlos?

—Le esperamos esta semana—le respondí;—¿tienes deseo de verle?

—No... Pero parece que está muy fuerte en Derecho.

—Yo lo creo—exclamé.—¿Has oído hablar de él?

—Sí... El señor Sicard tiene un primo abogado en Loudan, que conoce mucho á tu hermano, y dice que es un excelente sustituto.—

No quisiera yo hacer creer á estos niños que haya en Francia una subprefectura llamada Loudan; pero habiendo menester de dar un nombre á la residencia de Carlos, escojamos este nombre de Loudan.

Adolfo continuó:

—Ese primo abogado se llama Bertin-Sicard. Por cierto, que se va á ver obligado á marcharse, porque ha rehusado admitir un duelo.

—¿Es decir, que es un cobarde?—exclamé.

—No lo sé—me dijo Adolfo.—Es una barbaridad el batirse; al menos yo lo encuentro una barbaridad.

En nuestra ciudad, y por dondequiera en los alrededores, era la gente muy batalladora. Diariamente había duelos entre realistas y liberales. Una de las glorias que yo pensaba adquirir cuando estuviera en edad competente era la de ir *sobre el terreno*.

—¿Tú no te batirás?—le dije á Adolfo.

—¡Oh!—me respondió con aire distraído,—hay muchas barbaridades que yo haré cuando convenga.

Y añadió sin transición:

—¿Sabes? Yo no quiero ya ir á París.

—¡Calla!—le dije,—¿por qué?

—Lo mismo puede uno hacerse hombre aquí que en París.

—Yo creía que pensabas estudiar comercio, lo más elevado del comercio.

—Yo quiero estudiarlo todo é ir al picadero y tomar lecciones de armas. «Mi gordo» (así llamaba siempre á su tío, y á su tía «mi gorda») ya no me negará nada de hoy arriba. Le estaba mirando hace un instante, cuando me aplaudían, y veía que aquello le hinchaba; ha habido condesas que le han dado los buenos días sólo por mí, lo mismo que si yo hubiera inventado la pólvora. Es fabulosamente rico, ¿sabes?

Era la primera vez que me hablaba de estas cosas; y antes que yo pudiera responderle, continuó bajando la voz un poco:

—«Mi gordo» está amenazado de muerte repentina, es infalible; ya se lo ha dicho el médico. Tiene un pri-

mo de allá del Anjou, que lo heredaría todo, pues que yo no soy más que sobrino de «mi gorda».

Le miré y tenía los ojos húmedos como cuando leía su análisis sobre la caridad.

Mentiría si dijera que quedé penosamente impresionado; mi infancia había corrido en casa de un magistrado, donde se hablaba á boca llena de todo lo que es ó puede ser materia de un proceso. En mi provincia, por otra parte, es cosa tan natural prever la muerte de las personas á quienes se ha de suceder, como discutir sobre las cosechas. Creo yo que entre nosotros es donde se ha inventado la palabra sublime *esperanza* para expresar de una manera clara y concisa los sentimientos de ciertos herederos con respecto á sus parientes.

Con todo, sentí un ligero escalofrío en la piel cuando Adolfo añadió con aquella misma voz tan tierna con que me acababa de electrizar el corazón en el jardín de la casa Rectoral:

—Si yo supiera bien el Derecho, podría decir á «mi gorda» cómo había de arreglárselas en caso de una desgracia, para levantarse con todo, y entonces más tarde todo vendría á parar á mí.

Se enjugó los ojos y nos despedimos.

Yo tenía un poco de aprensión de volver á entrar en casa, porque me había marchado á la fiesta desde por la mañana solo y á mis aventuras, negándome á acompañar á mamá y á mis hermanas, á quienes el señor Jamond había procurado colocar en buen sitio delante del estrado. Desde que salté de la cama había respondido mal á mamá, y Olivier, que por casualidad se en-

contró allí, había tomado precipitadamente la puerta por no verse obligado á ponerme en relaciones con su bastón. Lo que yo temía más que nada, después de toda aquella semana de disgustos, de mala conducta y de mal corazón, era la llegada de Carlos, con que mis hermanas me amenazaban á cada paso. Contaba yo los días que me separaban de esta llegada; aún me faltaban cinco, y tenía tiempo de preparar mi sumisión. Di una vuelta por la ciudad para no entrar en casa sino á la hora justa de cenar, y subía, por fin, la escalera con el corazón un tanto oprimido de temor, si no de arrepentimiento.

Al abrir, sin embargo, la puerta del comedor, volví á tomar el aire arrogante con que salí á la mañana, y que solía dejar mientras estaba fuera, pues que todo el mundo decía á mamá que yo era la dulzura misma. Juliana estaba poniendo la mesa. La hallé una figura muy especial. Canturreaba la querrela de *Enriqueta y Damon*, que se sabía de memoria de punta á cabo, con sus ochenta y tres estrofas. En el cuarto de mamá se me figuró oír risotadas, cosa rara en la casa; y cosa todavía más rara, había cinco cubiertos sobre la mesa.

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí?—me dijo Juliana, que dejaba de tutearme cuando no estaba contenta de mí.— Buena vergüenza me ha hecho usted pasar hoy; todo el santo día me ha estado preguntando todo el mundo por esas calles: «¿Es verdad que el señor Huet ha despachado al niño de casa de ustedes? Eso es lo que sucede cuando se educa á los muchachos con demasiado rigor. No todos han de ser santos de nicho como el señorito Carlos el de Loudan... y después de éste, aquél,

y después el otro... ¡Ah! ¡Lo que he tenido que oír de esto! Y esto es fastidioso y aburrido para una persona como yo, á quien no la gusta charlar... Si yo fuera lo que tú, iría ahora mismo á la señora y la pediría perdón de rodillas como un buen niño.

Tomé el tono más arrogante que pude, y la respondí:

—Tú méteme en la cocina... ¿Tenemos compañía para cenar esta noche?

Ordinariamente no era menester, tanto para que se pusiera en jarras; pero no se enfadó por esta vez: tenía más bien gana de reirse.

—Sí, sí—me respondió,—tenemos compañía; un buen mozo de veras, á quien habían tomado por un polluelo debilucho; pero se ha hecho gallo... y que conoce perfectamente nuestra cocina.

No sabía yo todavía con toda seguridad si me equivocaba en lo que estaba pensando, pero ardía entre dos luces: sentíame al mismo tiempo dichoso de poder abrazar á mi hermano, y seriamente inquieto porque en aquel instante mis culpas me parecían enormes, y Carlos, cuya llegada presentía, tomaba para mí la figura de Júpiter tonante. Sin embargo, le tenía yo tan verdadera afición, que la alegría se sobrepuso en mí á la inquietud y al temor, los ojos atravesaban la pueria, y todo mi corazón se avalanzaba al cuarto de mamá, donde creía encontrarle; estaba ya arrepintiéndome y próximo á pedir gracia, cuando Juliana tuvo la mala idea de añadir:

—Eso es, eso. ¡Ponte de rodillas y cruza las manos!... ¡Anda, hijo mío!...

Inmediatamente mi orgullo se encrespó en torno mío como las saetas de un puerco-espín.

Al mismo tiempo, y para colmo de mi desgracia, en medio de una gran explosión de alegría, se abrió la puerta del cuarto de mamá y apareció en el dintel mi hermana Luisa. Ésta era la que más mal me había tratado desde que estaba yo en plena insurrección. En cuanto me divisó, exclamó sin parar de reírse:

—¡Justo! En hablando del ruín de Roma... ¡Aquí está el señorito!

Ergúfme todo lo que pude, que no fué mucho, porque no era muy alto; pero cada uno hace lo que puede. No tenía yo siquiera la talla de Facio, y era cien veces más malo que él...

—¡Ay! — exclamó Facio como humillado, — ¡cien veces!...

—Ahora lo verás—replicó Juan.—Luisa no me podía ver, es cierto, por el daño que hacía yo á mamá disgustándola. Había ya contado mis pecadillos á Carlos, y luego añadió medio riendo, medio enfadada:

—No somos aquí más que mujeres, y el «señorito» tiene falta de azotes; es un malvado, ven pronto y estírale las orejas de firme.

Jamás había puesto yo los pies en el teatro, ni había leído jamás una línea de novela; pero era ya, sin embargo, un mal novelista y un mal comediante, porque en el momento que oí los pasos de Carlos que venía, me apoderé de un cuchillo de la mesa.

En aquellos tiempos los hacían con mucha punta.

—¿Quiéres dejar eso ahora mismo?—me dijo Juliana.

Mi ademán amenazador la hizo retroceder hasta el

opuesto extremo del comedor, desde donde exclamó temblando:

—¡No se fíen ustedes, que está rabioso!

Yo blandía en tanto mi cuchillo, y cuando Carlos pasaba el umbral de la puerta, dije gruñendo y rechinando los dientes con furor esta frase, que debía haber oído en el colegio:

—¡El primero que trate de acercarse á estirarme las orejas, es hombre muerto! ¡Nadie se arrime!

Estaba loco rematado. Sonaron tres agudísimos gritos de mamá y de mis hermanas, que trataron de detener á Carlos; pero él se las desasíó, y sentí que me levantaba en brazos.

—¿Qué es esto, Juanín?—me dijo con la boca posada en mi mejilla.—¡Juanín querido! Papá te está viendo. Y ¿te parece que mamá está sobrada de felicidad y de ventura?

No hubo más que esto. Yo me deshacía en lágrimas y ahogaba á mi hermano á fuerza de abrazarle. El cuchillo se había caído al suelo, y tenía la punta un poco enrojecida; no había yo herido con él á mi hermano, ¡ah, no! pero me había picado un poco á mí mismo al lado izquierdo del pecho...



VII

Los amigos de la misa primera.—El habilitado de pelo de ratón.

No era más que como la picada de un alfiler. La mano de Carlos había detenido el golpe; pero se pasó un gran rato sin que nadie pensara en cenar. Todo el mundo había tenido miedo, excepto Carlos, y todos habían quedado trastornados. Yo no puedo decir que tuviera voluntad decidida de cometer un suicidio; pero no puedo tampoco decir que no. Todo comediante se engaña un poco á sí mismo. Hay en mi vida cierto número de actos que no veo ahora sino á través de una especie de niebla. Lo he dicho y lo repito: yo creo que estaba loco, lo cual debe ser frecuente entre los que atentan contra su vida; pero creo también que en lo más recio de aquel ataque de rabia ocasionado por mi vanidad de niño, hinchada y alta como el orgullo de un hombre, había tenido intento de asustar á nuestra pobre familia y ser tenido por un precoz malvado.

La pobre Luisa había pronunciado la palabra malvado. Yo era, sin haberlo sospechado todavía, un bandido en ciernes. Hay ideas que no conviene sugerir á los desventurados que lo subordinan todo á la ostentación, hasta la propia conciencia.

Juliana fué naturalmente la que vino á meternos de lleno en el asunto, porque siempre hacía este papel en la casa. Mientras limpiaba el famoso cuchillo, cuya punta tenía la poca sangre que se necesitaba para tener un poquito de encarnado pálido la servilleta, dijo con el más solemne de sus movimientos de cabeza:

—¡Vaya si el nene tiene carácter!

Y como nadie la respondía, añadió:

—La primera vez que venga el señor cura, habré que decirle que traiga un granito de incienso y agua bendita para *desorcizar* el comedor, porque esos que tratan de quitarse la vida están excomulgados; ya se sabe.

—Cállese usted—la ordenó mamá, que me había puesto sobre las rodillas para ver de calmar las convulsiones de mis sollozos.

Mis hermanas estaban arrodilladas una á la derecha y otra á la izquierda de mamá, y las oía yo perfectamente murmurar:

—¡Qué chico! ¡qué chico!

Carlos, colocado de pie detrás de mamá, se inclinaba sobre los hombros de ella, y decía acariciándome:

—¡Hola, Juanín! ¿Ves cómo te estiro las orejas?

Le cogí una mano y se la besaba, mientras que Juliana seguía refunfuñando:

—¡Está bien! me callaré. Ya sé que no se me paga para hablar; pero lo cierto es que una desgracia nunca viene sola, y cuando comienzan á suceder desgracias en una casa, no se sabe cuándo concluyen. En casa de los Dufresne, aquí al lado, en el núm. 9, en lo interior del patio, estaba todo tan tranquilo el otro año, que no

se sabía si vivían. Y después de Todos los Santos, tres entierros seguidos, y el hijo oficial estropeado en el polígono, y la señorita mayor que la dejó plantada el novio á la puerta de la iglesia, como quien dice, y el fuego que se les encendió en la chimenea, que fué menester tirar cinco ó seis tiros y hacer subir á los bomberos... Voy por la sopa.

En cuanto se marchó Juliana comenzó como una especie de concierto:

—¡Pobre Juanín! ¡Desgraciado Juanín!

Pero Carlos exclamó con una voz arrogante que yo no le había oído nunca:

—¡Á ver si me le dejáis en paz! Traigo buenas noticias, y es preciso que las sepáis; al paso que yo las llevaré mejores á Loudan; por ejemplo: la de que bien pronto van á pasar las cosas de distinta manera en esta casa, porque Juanín ha expelido al demonio malo que tenía en el cuerpo. Nunca creí yo que hiciera su primera Comunión este año. Este chico es del siglo más que ninguno de nosotros, porque el siglo entra en las casas piadosas á través de las puertas cerradas. Por un lado es mejor. Así conocerá al siglo, y cuando llegue el tiempo, sabrá combatirle.

Todavía le falta un buen rato que andar para llegar á hacer la primera Comunión; y una vez hecha la primera Comunión, es decir, bien hecha, no estará todavía á medio camino. Papá bien sabía todo esto. No estamos en la tierra para pasear cómodamente y cada uno á sus anchas por carreteras llanas y bien construídas, y si yo, por la gracia de Dios, voy siguiendo derecho por mi camino, ¿quién sabe si será porque no

me siento con fuerzas para ir á campo traviesa?... Ya está aquí Juliana con su sopa; ahora á comer y callar, ya hablaremos en los postres.

Nadie comió mucho aquella tarde, como no sea Carlos, que tenía, según decía él, las doce leguas de camino en las pantorrillas; las otras tres leguas las había hecho á caballo en un rocín, de que hablaremos pronto. Mientras Juliana estuvo allí para servirnos, hablamos muy poco, excepto Carlos, en quien no sólo la voz, sino toda la persona, me parecía cambiada. Al volver yo á casa, momentos antes, me había dicho Juliana hablando de él: «Un buen mozo de veras». Y esta era, en efecto, la pura verdad; aquel día mucho más que antes.

Carlos había sido siempre un buen muchacho, de estatura bastante alta, miope, un poco cargado de hombros, de rostro afable y distraído, coronado de cabellos rubios y rizados. Vestíase mal, y todo lo que se ponía parecía tener aire de Seminario. Aquel día se le había enderezado la cabeza, y á pesar del cansancio de lo que él llamaba su paseo, se mantenía recto y erguido. Nada se había modificado su traje (porque el presupuesto que ya conocemos continuaba siendo el mismo), pero parecía que le llevaba de otra manera.

Tengo que volver á citar á Juliana para decir que miraba á Carlos con curiosidad, y rezungaba sin dejar su metáfora de un momento antes: «¡De la noche á la mañana, el que teníamos por un pollo enclenque, se ha vuelto gallo!...»

Así era efectivamente, y el gallo cantaba muy alto. Todo el mundo lo conoció tan bien, que muy pronto

la horrible impresión producida por mi aventura del cuchillo puntiagudo se fué borrando poco á poco ante tan agradable sorpresa. Estábamos todos animados por un sentimiento de bienestar que nos provenía de Carlos, y concluimos por no hablar más que de Carlos.

Juliana adivinaba perfectamente que Carlos tenía alguna cosa muy íntima que comunicarnos, y se despepitaba por saber lo que era, haciendo todo lo posible por sacarle las palabras de la boca. Carlos aquel día precisamente no deseaba otra cosa más que hablar, sólo que decía lo que quería y nada más.

Juliana estaba de lo más impaciente: daba vueltas alrededor de Carlos como una leona; á cada instante se la veía hacerse muchísima fuerza para no exclamar:

—Algo más hay que eso... ¡Vamos! ¿Y la señorita?

Porque todo el mundo olfateaba el noviazgo; hasta yo mismo, aunque apenas estaba en mí después del crimen, veía á «la señorita» en la bonancible sonrisa de mamá, toda pálida todavía por la terrible emoción que yo la había causado; la veía en las alegrías un poco afectadas de mis hermanas, y la veía, sobre todo, en la algarazosa arrogancia, completamente desusada, de nuestro Carlos.

Parecíame que hasta hubiera podido asegurar si era rubia ó morena.

Juliana hizo los imposibles por prolongar su servicio más allá de todos los límites conocidos, con un esmero y una destreza consumados; pero en vano: mientras ella estuvo allí no vino la señorita. Carlos, que estaba alegre como unas castañuelas, entretuvo agradablemente el tiempo contándonos la historia de su rocín,

y alargándola todo lo necesario para hacerla durar hasta que concluyera de servir Juliana.

Aquel rocín, del que Carlos, jinete demasiado novicio, conservaba bien crueles señales, pertenecía á la misma señora que le había alquilado en 120 francos al año el *chateau* con escalinata. El rocín servía á la buena señora para engancharle á la tartana cuando se iba á su preciosa casa de campo, situada en el camino de Laval, á tres cuartos de legua de Loudan.

—¿Tiene una hija esa buena señora del rocín?—preguntó Luisa cuando Carlos llegó á este pasaje de su relación, y bien sabe Dios que hizo esta pregunta afectando la más completa indiferencia.

—No—respondió Carlos.

—¡Te está bien empleado!—exclamó mamá sonriéndose dulcemente;—paga una prenda, Luisa.

A Juliana la faltó poco, al oír á mi hermana, para dejar caer la pila de platos que llevaba entre las manos.

Yo por mí creía que hubiera sabido preguntar de una manera más certera si no hubiera sido por el cuchillo puntiagudo, que estaba junto á mí como un remordimiento. La vanidad iba volviendo á apoderarse de mí poco á poco. No era ya contrición lo que sentía, sino cierto disgusto de no haberme pinchado un poco más fuerte, para tener al menos una verdadera mancha de sangre en la servilleta. Hubiera yo querido sentir algo de humedad por el pecho abajo; pero la herida estaba ya curada sin esperanza.

—No somos más que muy buenos amigos los dos—continuó Carlos,—es decir, la señora de Boisbreant y yo.

—¿Esa es la señora del rocín?—se arriesgó á preguntar Anita.—¿La dueña de la casa?

—¡Vamos, dejadle hablar!—dijo mamá.

—Sí—respondió Carlos á mi hermana pequeña,—es la mejor de las mujeres, ¡y tan servicial y tan amable! ¡Ah, y luego no podéis figuraros lo que es un señor sustituto en Loudan! Así es que está ella orgullosísima de tener en su casa al señor sustituto, y eso que es viuda de un comandante de caballería, que hasta creo que era medio vizconde. A más de que es muy piadosa, y me encuentra todas las mañanas en la primera misa.

—¡Ah! muy bien—dijo mamá, pensando en el asunto.—Pero si es que no tiene ninguna hija...

—¡Será acaso una sobrina!—dejó escapar Juliana, sin poder ya contenerse.

Mamá la miró de través, y mis hermanas se refan medio tapándose la cara con la servilleta.

—Ello es que esta mañana me dijo—continuó Carlos,—que quince leguas era mucho para un magistrado. Y anadió: «Cójase á *Luasó* para las tres primeras leguas, y luego ya no le quedan á usted más que doce». *Luasó* es el jaco.

—¿Es decir, que hace lo que los gatos ese rocín—dijo Anita,—que se vuelve él sólo á casa?

—Esa es la dificultad que yo la puse—respondió Carlos;—pero ella me replicó: «Ahí está su amigo de usted, Bertín, que le acompañará á usted á las ancas, y volverá el jaco».

Aquí fué donde yo dije la primera palabra después de mi pecado.

—Ese Bertín, he oído hablar de él hoy mismo—dije;—es el abogado Berto Sicard.

—¿Cómo Sicard?—exclamó mamá.—¿Es pariente de aquel hombre?...

—Sí—dijo Carlos con voz apacible;—es primo y es muy buen muchacho, que no está rico ni es muy afortunado...

—Porque no ha querido batirse en desafío—volví á decir yo—le chichean y le apuntan con el dedo en Loudan, y Carlos le ha tomado bajo su protección.

—¡Vamos!—dijo Carlos,—aquí tienen ustedes á Juanfn que ha vuelto á encontrar la lengua que se le había perdido, y no deja de decir verdad en el fondo. Yo le he tendido la mano al pobre Bertín, lo primero, porque es un hombre honrado, y lo segundo, porque me acordé de papá, que hizo más todavía por el otro Sicard; y, en fin, porque es menester ser mucho más valiente para no aceptar un desafío, que para batirse. Esta es mi opinión, aun prescindiendo de la ley cristiana, que prohíbe el duelo.

No había allí más que corazones cristianos, excepto el mío, y sin embargo las palabras de Carlos produjeron un silencio glacial. El duelo es una preocupación que tiene sus raíces en lo más profundo de la debilidad de los hombres, y sobre todo de las mujeres.

Mamá dijo de allí á un rato:

—El duelo es un pecado gravísimo.

Y mis hermanas repitieron:

—Un pecado gravísimo, ciertamente.

Juliana, que pasaba entonces por detrás de mí, murmuró por lo bajo:

—Con todo, cuando te den un bofetón, vuelve dos si puedes, hijo mío.

—Pues bien—continuó Carlos;—se hizo lo que la señora de Boisbreant había dicho. Bertín me acompañó tres leguas sobre el rocinante, que ya no podía más, y no sé cómo se habrá visto para volverle hasta casa.

Con esto rechazaba el plato vacío que le ponía Juliana, y como si aquello hubiera sido una señal, mamá dijo con un tono que no admitía réplica:

—Ya puede usted irse, Juliana, ya no la necesitamos á usted.

Juliana buscó todavía á la desesperada algún pretexto para quedarse; pero no habiéndole encontrado, cerró de golpe la puerta á mano vuelta al salir, y Carlos dijo:

—¡Pobre Juliana! Y después de todo, es la que ha acertado: ¡es una sobrina!

—¡Ah!—exclamaron mis hermanas las dos á la vez. Y luego hicieron toda esta granizada de preguntas:

—¿Es guapa?

—¿Cuántos años tiene?

—¿Es morena?

—¿Tiene talento?

—¿Es buena?

—Y no tendrá el acento de Loudan, ¿verdad?

Tengo que deciros que el acento de Loudan es célebre. Cuando se juntan á hablar tres personas de Loudan, cree uno estar oyendo á una bandada de patos.

Creía yo estar ya perdonado, y me atreví á hacer *cua, cua, cua...*

—Ya ves cómo está—dijo mamá,—¡se pone insoportable!

Carlos se sonrió, y me hizo con el dedo una cariñosa amenaza. Y á mí sólo fué á quien respondió, de todos los que le habían preguntado.

—Tú la verás, Juanín, y la oirás hablar, y la que-rrás.

—¿Pero es de veras?—dijo mamá con la voz ya un poco temblorosa.

—¿Y va muy adelantado?—añadió Luisa con aire de formalidad é importancia.

—¡Zorruco!—añadió Ana.—No nos ha dado á entender ni una palabra en sus cartas.

—Es muy natural—dije yo, dándome aires de doctor lo menos.—¡Es tal fácil y puede por tan poca cosa descomponerse un matrimonio!

Esto no era harina de mi cosecha, pero lo había oído repetir mil veces. En provincias, aun entre las familias donde no hay quien se case, ni hay nada que heredar, las personas que hacen visitas hablan siempre en ellas de casamientos, cuando no hablan de herencias. Estaba yo, pues, tan fuerte en este punto, que pregunté en seguida:

—¿Y tiene buena dote?

Apenas pronuncié estas palabras, mamá me flechó con los ojos, y mis dos hermanas se pusieron encendidas de indignación; pero Carlos continuaba sonriéndose, y me respondió:

—En parte, sí.

—Más vale—dije yo sin desconcertarme,—porque tú no estás en posición para casarte con cualquiera que no tenga más que esperanzas.

—Es verdad—dijo Carlos.

—¡Vaya, vaya!—exclamó Luisa;—¡es que está fastidioso ese chiquillo!

—¡No se ha visto cosa igual!—dijo Anita.—Apenas nos atrevemos á hablar nosotras las mayores, y el *señorito*, que ni ha hecho siquiera su primera Comuñón, corta, y juzga, y perora... Lo que es yo le mandaría á la cama.

—¿Tú?...—quise yo decirle...

Pero ella me interrumpió para aplastarme con este último golpe:

—No nos asustas con tu cuchillo, ¿sabes?

Mamá, que era la bondad misma, la riñó un poco; pero luego me dijo:

—Mira, Juan, querido mío, la verdad es que Carlos ha hecho mal en hablar delante de ti...

—¡Bueno!—exclamé yo;—me van á echar de aquí como á Juliana. Pues es que yo no soy criado...

—Y detrás de ti irán tus hermanas—continuó mamá.

—¡Sí, claro!—protestaron Luisa y Ana.—¡Ya no falta más sino que nos manden á nosotras á la cama al mismo tiempo que á Juanín!...

—Vuestro hermano ha debido hablarme á mí lo primero—dijo mamá.

Antes de dejarla acabar la frase, Carlos estaba ya junto á ella, doblado por la mitad y besándola la mano. Nunca le habíamos visto hacer este movimiento tan gracioso y tan tierno, que hallábamos nosotros un poco caballeresco.

—Si obré mal—dijo,—perdóname, mamá—y lo decía con una voz tan dulce como no se lo habíamos oído nunca.—Crefa que no tenía necesidad de consul-

tarte, por lo mismo que no tengo más voluntad que la tuya. De todos modos, no soy yo quien ha de decidir, sino tú. Papá nos ha dejado á todos bajo tu cuidado, y á mí más que á los otros: por lo mismo que soy el mayor, estoy obligado á obedecerte más y mejor si cabe que los otros.

Mamá se le colgó del cuello á Carlos, y vimos resplandecer su sonrisa por entre las lágrimas, mientras balbucía:

—¡Oh! ¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios! No hay un corazón como el tuyo, Carlos... ¡Tengo el mejor de los hijos!...

Detrás del grupo que formaban mi madre y Carlos, Luisa y Ana y yo nos abrazábamos también, porque sentíamos todos necesidad de querernos mucho. Carlos continuaba, pero más alegre...

—Que se queden todos aquí con nosotros. ¡Hace ya tanto tiempo que no les he visto! Me hallo muy bien en Loudan, no tengo por qué quejarme; pero las primeras semanas no podía acostumbrarme á no teneros conmigo. Cuando estaba fuera buscaba nuestra calle, y la puerta de nuestra casa. Cuando entraba en casa, antes de encender el quinqué, me decía: ¿Será verdad que por más que llamara, mamá no podría oirme? Y ahora todavía, todas las noches ¡ah! y todas las mañanas también, os busco. No está muy lejos ese pueblo; pero ¿qué más lejos había de estar, aunque estuviera en el fin del mundo, si no podemos hablarnos ni vernos?

¿Os sucede á vosotros lo que á mí? Había sobre todo una hora en que siempre me acordaba de vosotros. No he dejado jamás de rezar la oración por la noche

y por la mañana, como lo hacíamos acá todos juntos y con lo misma voz; rezaba alto, y se me figuraba que me respondíais vosotros, que estabais allí alrededor de un crucifijo, que nos veía á todos arrodillados á sus pies; y allí estaba también papá: nadie faltaba allí. Todo se encuentra hablando con Dios, que escucha las súplicas de toda la tierra y el cántico de todos los cielos.

Sentóse junto á mamá, cuyas dos manos cogió con las suyas. Así yo me hallaba á su lado, y mis dos hermanas al otro lado de mamá, cuando continuó:

—Mira, mamá, para ti es para quien hablo; no tengo que dar cuentas á nadie más que á ti; pero todo lo que voy á decirte puede decirse delante de las chicas, y aun delante de nuestro querido Juanín...

Y ved por qué — se interrumpió aquí el mismo Juan — cuento yo también delante de los niños y delante de las muchachas esta escena, vieja ya, de más de cincuenta años, pero cuyo recuerdo ha quedado en mí tan vivo y tan puro. Si alguna cosa os disgusta en mis palabras, interrumpidme; os suplico que me interrumpáis; pero estoy seguro de que no me interrumpiréis, porque nuestro Carlos tenía á la vez el candor de los niños y la modestia que los grandes cristianos como él practican tan escrupulosamente como las doncellas más angelicales. De sus palabras, como de sus pensamientos, que ofrecía de continuo á los ojos de Dios, no hay que velar nada, absolutamente nada. Oid lo que dijo dirigiéndose á mamá:

—La sobrina de la señora de Boisbreant tiene diecinueve años, es huérfana de padre y madre, y habita cuándo en casa de su tía, cuándo en la de su tío y pa-

drino el señor Loirier, antiguo pagador del departamento de la Mayenne, que es muy viejo, igual que su mujer. Estos Loirier tienen una finca cerca de Laval, y allí viven. La joven se llama Clemencia Loirier, tiene 5.000 francos de renta por sus padres. Es bonita y no sé si tiene talento; pero me parece dulce y buena; tiene el pelo castaño claro y los ojos azules. La he hablado dos veces, una en presencia de la señora de Boisbreant, y la otra delante del señor Loirier.

—¡Qué gracioso de chico!—dijo mamá, en tanto que nosotros escuchábamos sin respirar apenas.—Todo eso es claro, y exacto, y natural... ¡Habrías hecho un excelente notario! Pero vamos á ver: ¿cómo entiendes la palabra *hablar*? ¿Quieres decir conversar simplemente?

—No—respondió Carlos;—he querido decir hablar, como se habla cuando se trata de matrimonio...

—No es posible—le interrumpió Luisa;—decías ha poco que mamá decidiría...

—Y lo digo aún. Esas dos entrevistas han sido por mí dedicadas á establecer bien mi propia posición, tanto para con la joven como para con el señor Loirier pues la señora de Boisbreant conocía ya mis asuntos se lo había dicho yo todo el día de su primera pregunta.

—¿Qué pregunta?—le dijo mamá.

—Me refiero al día en que por primera vez la señora de Boisbreant trató de informarse de mí acerca de si tenía yo intención de casarme.

—¡Bueno!—dijo mamá, cuyo asombro creciente envolvía ya cierta dosis de desconfianza;—¿y tú que la respondiste?

—Yo la respondí que sí, con tal que hallara un partido que me conviniera bajo todos aspectos.

—¡Anda!—dijeron mis hermanas.

—¡Bah!—dijo mamá,—¡qué diantre de muchacho! ¿Y qué dijo la señora de Boisbreant?

—Pues entonces fué cuando me habló de su sobrina.

—¿Es decir, que todavía no la conocías entonces?

—No, porque estaba en Laval en casa de sus tíos los de Loirier.

—¿Y después?

—Después la señora de Broisbreant me dijo que Clemencia llegaba al día siguiente.

—¡Ah!

—Que ella la había escrito una carta muy larga para prevenirla...

—¿De qué?

—De que estaba yo allí.

—¿Antes de hablarte y todo?

—El día antes, sí.

—¿Y después?

—Y después la señora de Boisbreant me convidó á comer para ver si yo la gustaba á la joven.

—¡Perfectamente!

—Y si ella me gustaba á mí.

—¡Dios mío!—dijo mamá estupefacta y no muy tranquila;—¡eso es toda una historia!

—¡Nada, que le han pedido su blanca mano en toda regla al bueno de Carlos!—dijo Luisa.

—¡Pero dejadle hablar!—exclamé yo; porque no dejaba yo de conocer en mi calidad de oyente de todas las conversaciones, las mil y una pequeñas diplomacias

matrimoniales que estaban como flotando en la atmósfera de nuestra ciudad, y la sencillez de la aventura me gustaba por el contraste. Yo encontraba todo aquello encantador por lo mismo que no había allí ninguno de los cumplimientos acostumbrados.

—Esto no es más que el principio—repuso Carlos.

—Á partir de ese paso—dijo mi madre,—las cosas han debido de ir ya muy de prisa.

—No mucho.

—Pero esa señora de Boisbreant parece que tiene mucha confianza en ti.

—¡Oh, lo que es en cuanto á eso, completísima!

—Y sin embargo, no nos conoce.

—No... había oído hablar de papá.

—Eso algo es; pero no todos los hijos salen parecidos á su padre.

—Es que por lo que hace á mí—dijo Carlos con cierta gravedad,—me conocía ella mucho.

—¿De qué?

Carlos se puso algo colorado, y respondió:

—Somos amigos de la misa primera.

—¡Ah!—dijeron todas.

Y en todos los labios se dibujó una sonrisa muy benévola, eso sí, pero un poco... cómo lo diré, un poco teñida de protección. Esta palabra no explica bien todo mi pensamiento, pero si fuerais un poco más lejos y llegarais á la palabra *burla*, por ejemplo, sería ya del todo pasar de lo cierto. No había más sino que la antigua desconfianza no estaba muerta. Nadie había tranquilo del todo más que yo, con todo de ser el *espíritu fuerte* de la familia.

Desde la dolorosa y verdaderamente cristiana emoción que había experimentado á la cabecera de papá, esta era la primera vez que mi corazón se apegaba por sí mismo á un pensamiento de religión. Yo mismo quedé asombrado, porque aquellas palabras, «somos amigos de la misa primera», lo mismo podían haberme hecho reír.

Pero no; muy al contrario. Sentí una opresión en mi conciencia, que me recordó, aunque muy en pequeño, el dolor lleno de delicias que me había consternado cuando velaba á papá y quedé como deslumbrado por su postrer sonrisa.

Y ¿sabéis por qué? Era aquello muy vago, y fué también muy fugitivo; pero comprendí por un instante la fuerza del lazo que une en Jesucristo la piedad de las almas cristianas. Mi imaginación, que había de extrañarme tan á menudo, me sirvió por aquella vez al menos. Ví la iglesia de Loudan por la mañana casi desierta, y delante del blanco mantel extendido á lo largo de la balaustrada que cierra el presbiterio, unos pocos fieles arrodillados, ocho ó diez, siempre los mismos, para repetir con el sacerdote, en el momento de la Comunión, las humildes y magníficas palabras del Centurión, que decía: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada; pero dí sólo una palabra y quedará sana mi alma...» Les ví como os veo ahora á vosotros; no había más que mujeres, aldeanas y criadas en su mayoría; un solo hombre, muy joven, y una sola señora de bastante edad...

Y estos dos últimos se conocían, como os digo, como convidados habituales y ordinarios de la Mesa de los

ángeles donde tenían siempre puesto el cubierto; se conocían como se conocen una madre y un hijo, y se querían y tenían confianza el uno del otro porque estaban alimentados con el mismo pan y vivificados por el mismo Dios... ¡Ah, sí! ¡Esto pensaba yo! Por la segunda vez en mi vida el suave perfume del amor celeste me penetraba de improviso; me causa no poca satisfacción el acordarme de ello y el decirlo. Tenía yo un átomo de dulce devoción en el fondo de mi indiferencia levantisca, y mi sonrisa enternecida se mojaba con lágrimas, porque sólo allí, en aquella atmósfera cristiana, comprendía yo debidamente el pacto discreto de los Agapes, la cadena que une en el corazón del divino Dueño, sin que ellos mismos se den cuenta, á sus silenciosos convidados, *los amigos de la misa primera*.

—Antes de ver á la joven—continuaba entre tanto Carlos, que hacía su relación á conciencia,—me informé, por supuesto, de la señora de Boisbreant, sin perjuicio de las noticias que había de darme el señor Loirier, que llegaba al día siguiente acompañando á su sobrina.

Clemencia, al decir de su tía, se ha educado, parte con las Madres Agustinas de X... cerca de Laval, y parte en el convento de la Adoración de Loudan. Es muy piadosa, bastante instruída, sabe un poco de música, y es casi una notabilidad en la pintura de acuarelas. Uno de sus cuadritos adorna la pared de la habitación que yo llamo mi sala; representa un árbol, una cruz en una división de caminos y una pobre que está comiendo sentada en las gradas de piedra de la cruz, con el rosario colgado del brazo. Yo no soy muy inteligente

en la materia; pero la que ha puesto aquel pan sazonado con la oración entre los labios de la pobre, tiene buen corazón seguramente. Clemencia ha sido ya solicitada en matrimonio varias veces...

—¿Y ella te gusta?—le preguntó mamá.

—¡Oh, sí, muchísimo!—respondió Carlos, cuyos ojos brillaban con luz extraordinaria.

Estaba como en el banquillo de los acusados, rodeado de gozosos enemigos. De la derecha y de la izquierda se cruzaron sobre él miradas centelleantes.

—¡Ah! ¿sí, de veras?—repitió mamá, vuelta por un instante á sus alegrías de otro tiempo.

—Lo ha dicho con entusiasmo—añadió Luisa.

—¡Y mira cómo se arregla ya mejor el pelo!—hizo observar Anita.—¡Se ha sacado la raya!

—¡Bah, bah! Carlos—exclamé yo,—aquí no hay nadie más que yo que sea formal. Ibas diciendo que la joven ha despreciado ya muchos partidos. ¿Sabes por qué?

—Porque no la convenían, Juanín — respondió Luisa.—El formal entre nosotros siempre será Carlos, el juicioso, que va á tener que escoger entre todas las herederas de la provincia... ¿Conocemos nosotras alguno de los pretendientes desairados?

—Uno sólo, Bertín Sicard.

—¡Y tú has ido precisamente á escoger á ese por amigo!—dijo mamá.

—¿Y por qué no? El pobre necesitaba de mí.

—¡Está bien; pero ten cuidado! Esa raza no es buena, y yo, si fuera lo que tú, tendrías miedo...

Carlos la interrumpió dándole un beso, y dijo con

aquella mezcla de firmeza y de dulzura, en donde no entraba jamás un átomo de orgullo:

—Yo no tengo miedo más que de obrar mal. ¿Y quién, mamá mía, es más generoso que tú? Bertín, por más que su petición no haya sido oída, va todos los días á la casa, lo cual prueba en favor suyo...

—¿Te parece?...—dijo Luisa.

—Por otra parte, es dulce y amable, de vida arreglada é inclinada naturalmente á la religión. Yo puedo serle útil... Cuando la señora de Boisbreant concluyó de contestarme, la dije: «Por lo que á mí hace, mi situación está dicha en pocas palabras: yo no tengo nada, y con mi sueldo estoy sosteniendo á mi familia...» Ella me interrumpió para hacerme observar que este lado de la cuestión pertenecía principalmente al señor Loirier, hombre prudente y muy entendido en negocios. «Yo he tocado ya—añadió—esa cuestión en breves palabras en mi carta de cuatro carillas, y Clemencia me ha contestado que ella llegaría con su tío, al cual le gustan mucho los magistrados».

La señora de Boisbreant me dijo al dejarme: «Ya comprende usted que Clemencia tiene á los Loirier, que son ricos para este país, y á mí, que estoy bastante bien acomodada. Lo que yo quería saber era si por parte de usted no había obstáculo alguno».

Yo creía estar medio soñando cuando oí esto—prosiguió Carlos;—pero la dije que no sencillamente; y cuando la señora de Boisbreant se fué, me busqué distracción estudiando un proceso que estaba sobre la mesa. Después, cada vez que me interrogo sobre el particular, no encuentro en mí sino una idea bien neta

y bien clara: la de hacer la voluntad de Dios; mas primero es menester conocerla, y mi vocación al matrimonio me parece muchas veces bastante dudosa.

—Eso es lo que á mí me asusta—dijo mi madre;—yo no quiero que te sacrifiques por nosotros.

—No, ni yo tampoco—replicó Carlos con cierta viveza;—al menos de esa manera. El matrimonio es un sacramento. Bien podéis estar tranquilos: no me casaré yo por vosotros, por quienes daría tan contento mi vida... El fin del matrimonio cristiano no es ese; es más grande que todo eso. Pero sigamos:

Llegó el día siguiente. En la misa primera la señora de Boisbreant me hizo señas como de tener que hablarme. La esperé á la salida, se me acercó y me dijo: «Han andado de noche. Al señor Loirier le gustan los sustitutos: irá á ver á usted á las diez, dándose un paseo».

No sé yo si el señor Loirier se dió un paseo, porque hacía un tiempo horroroso; pero lo cierto es que fué á verme, y que el paraguas que llevaba quiso inundar mi antesala, á pesar de haber allí sitio á propósito para colocar mi escobón de codejos, gordo como un haz de trigo. Es un hombrecillo muy chiquito, de pelo gris de rata, cortado en forma de cepillo, delicado y vivaracho. Creí que iba á colárseme por entre las piernas para entrar; pero cuando levantó para fijarlos en mí dos hermosos ojos claros y francos, que le ocupan la mitad de la cara, vi que también era un amigo. ¡Y qué amigo! Este me quería dos veces: como cristiano y como sustituto.

Aun antes de sentarse, ya me dijo con una voz dul-

cecita y discreta, y en un bello estilo clásico que posee:

—En medio de nuestras ruinas nos queda el clero, la magistratura y el ejército, tres columnas que sostienen todavía el edificio vacilante de nuestra civilización. La lluvia de esta mañana es buena para los trigos, muy buena. Respecto del matrimonio, hay que descartar al clero, que casa á los demás y no se casa... ji, ji, ji, ji... Trato á finas veras de dominar mi inclinación á las bromas, pero con todo, algunas veces me arrastra... Ya está usted provenido, ya lo sabe usted. No hablemos, pues, más que de los militares y de los magistrados... Muchas gracias, con mucho gusto.

Estas últimas palabras respondían al ofrecimiento que yo le hacía del sillón de mi despacho mostrándosele. Se sentó, yo cogí una silla, y continuó:

—Los militares suelen tener vicios, ya me entiende usted; esto, generalmente, no afecta al corazón, pero siempre es desagradable; y luego andar de guarnición en guarnición... yo no admito esta vida para una joven. He sido pagador y conozco á las militares... ji, ji, ji; usted me dispense, ya le he dicho á usted que la broma es mi flaco. Me empeño en echar de mí la inclinación natural, y vuelve á galope. Yo puedo estimar á los oficiales, pero la idea de ser su tío no me seduce por causa de los traslados. Tenemos además á los señoritos ricos que no hacen nada. Nadie me gana á respetar la propiedad, tan violentamente atacada en nuestros días. ¿Tengo acaso traza de jacobino?... ji, ji, ji, la inclinación... A galope vuelve. Pero no será un pecado mortal el reirse un poco... No por cierto, no, yo no soy un jacobino ni

por asomo. Solo que tengo pasión por la ortografía; la botella me da miedo, la baraja también, y hasta la pipa. No me atrevería yo á decirselo á cualquiera; pero oiga usted: en la semana última recibí una carta autógrafa de un vecino allí del campo, perfumada con el olor de la pipa, en la que manifestaba la intención de *esthablezersen*, escrito así con *t, h, z* y una *n* al final, con nuestra Clemencita. Me hizo vacilar un poco: un *esthablezimienton* escrito de esa manera, me decía yo, tiene traza de ser mucho más sólido que cualquier otro... ji, ji, ji, dispense usted, yo nací alegre, hace ya setenta y cuatro años, aunque no los represento, según dicen, y moriré alegre lo más tarde posible. Por fin envié al vecino muy políticamente á *esthablezersen* á otra parte sin mala voluntad. Usted no fuma, usted es fiscal sustituto, mi prima la de Boisbreant nos ha escrito un tomo entero acerca de usted y su respetable familia. En fin, usted nos conviene; Clemencia tiene inclinación por usted...

Yo estaba ya sin aliento á fuerza de oírle hablar así, de carretilla, sin punto ni coma; pero me guardaba muy bien de interrumpirle. Aquí, sin embargo, ya no puede menos de sonreír. Él entonces tomó inmediatamente el sombrero, que había dejado en el suelo, y se levantó.

—Usted me lo ha confesado ya, señor mío—le dije;—es usted aficionado á bromas.

—Puede más que yo—me respondió—esta inclinación natural... Pero cuando hablo de broma lo advierto, temeroso de ofender al prójimo. Yo soy así... ji, ji, ji, ¿lo ha notado usted?

—Sí.

—Pues bien, ahora no he hablado en broma al hablar de Clemencia... ji, ji, ji. Cuando he dicho que tenía inclinación por usted... ya comprende usted, ella no tiene todavía la fortuna de conocer á usted, pero allá en casa nos inclinamos á los magistrados. Por lo demás, ya verá usted: al dar las cinco se comerá. Y todo marchará perfectamente, al vapor, si el corazón le llama á usted á eso... Allá antes, en el Instituto, le llamaban á usted el mojigato, ¿no es verdad? Pues á mí también me llaman hipócrita en mi pueblo. Nosotros los hipócritas hablamos á las claras y sin rodeos de cosas que embarazan mucho á los que no son hipócritas. Este es el balance de la situación: mi prima la de Boisbreant 4.500 francos de renta en buenas tierras, y nosotros los Loirier tenemos próximamente el doble. Clemencia reunirá un total... Tengo muchísimo gusto en haber conocido á usted...

Y se deslizaba hacia la puerta corriqueando.

—Pero yo... yo no tengo nada—le dije.

—Sí tal—me respondió volviéndose hacia mí de repente como un gallo.—Su padre le ha legado á usted santos deberes que sabemos muy bien que usted los cumple perfectamente, y no los daría yo por mil escudos de renta... ji, ji, ji; perdone usted, dirá usted que me burlo. Le conocemos á usted al dedillo; la carta de mi prima era larga, muy larga, pero no nos ha cansado ni fastidiado, y usted es fiscal sustituto. ¿Sabe usted? la comida, ¡hora militar! Se dice así porque los oficiales se hacen siempre esperar, menos el día que van á recibir el sueldo... ji, ji, ji; yo he sido pagador... ¡La inclinación natural de uno!...

Cogió su paraguas, entreabrió la puerta lo que se necesitaba para dar paso á una anguila, y se lanzó al rigor del aguacero que continuaba en la calle... ¿Qué decís de esto?

Mamá, á quien Carlos abrazaba al hacer esta pregunta, le dijo:

—Parece un cuento de las mil y una noches. No sabía que acertabas tan bien á remedar.

—Y es que lo tiene todo—apoyó Luisa,—porque hace los gestos, toma las actitudes...

—Parece que se está viendo á ese pagadorín de pelo de ratón.

—Continúa por Dios, Carlos—dijo Ana,—porque es muy divertido todo eso: estoy deseando ya veros á la mesa.



VIII

El frac viejo de papá.

Carlos se reía todo de vernos reir, y respondió al ruego de Ana:

—No deseo yo otra cosa que decirlo todo; para eso estoy aquí. Y poco me importa que sea ó no verosímil, puesto que es verdad.

No había yo comido todavía en casa de mi casera, ni la había hecho nunca visita formal. Había tantos negocios amontonados en las carpetas de mi predecesor, el antiguo sustituto, que desde mi llegada á Loudan no había tenido un instante por mío.

Aquel día, después de la Audiencia, me puse, como de costumbre, al trabajo, que me absorbió bien pronto de tal suerte, que perdí toda memoria de la señora de Boisbreant y de su comida. Iba seguramente á faltar á la hora militar, cuando dieron tres golpecitos en los cristales de mi ventana que da al jardín. «¡Puntualidad!—me gritó el señor Loirier desde afuera.—¡Dicen que es la cortesía de los reyes!... Dispénsese usted... la inclinación natural.»

Y vi su cabecita gris que se alejaba por entre las lilas.

Abrí en seguida el armario, y me endosé mi traje

de ceremonia, ó más bien el del pobre papá. No me le pongo nunca sin sentirme honrado y favorecido, por más que sepa muy bien que hace reír un poco á los que me le ven puesto. Quizá hubiéramos debido arreglar el frac conforme á mi talla; pero esto también hubiera sido gastar dinero, y por otra parte, aquí entre nosotros, ¡las ocasiones en que tenía necesidad de ponerme de frac eran tan raras!... Ahora, en Loudan es otra cosa, y ya he mandado avisar al sastre.

Aquella tarde me vestí y arreglé sin grande cuidado, pues que no hay en mi palacio más espejo que el de afeitarme, en el cual sólo puedo verme la cara y un poco de los hombros. Llegué á la hora justa, y mi timidez natural no me dificultó la entrada. Estaba tranquilo y bien dispuesto, como se debe estar en circunstancias tan graves. Subiendo la escalera hice una breve oración pidiendo á Dios que me asistiese; y bien puedo confesároslo, pues que ya conocéis mis preferencias por otro estado que no es el matrimonio, mi oración imploraba ante todo el socorro celestial contra la desgracia de contraer un lazo que no tuviera la completa bendición de Dios.

Me recibieron como á un presidente de Sala, y mejor todavía. La señora de Boisbreant á la derecha, y el señor de Loirier á la izquierda, me presentaron con una solemnidad singular á una señorita, casi una niña, muy modestamente aliñada, hacia la que me sentí atraído en seguida, no tanto por su hermosísima figura como por la expresión de sencilla bondad que resplandecía en su mirada.

Pero todo hay que decirlo: detrás de ella había un

bribón de un espejo inclinado, en el que me ví de pies á cabeza. No podéis figuraros lo ridículo que me encontré... No hay para qué sostener lo contrario: ¡estaba ridículo con aquel frac, verdaderamente ridículo! Me dieron ganas de reir, así como suena; pero al mismo tiempo me puse á batir los ojos porque me asomaban las lágrimas á los párpados. ¿Sabéis por qué? Mi primera mirada al caer sobre el espejo había encontrado el frac, y debajo del frac había visto al pobre papá...

Todo esto sin que yo hubiera pronunciado todavía una palabra, y todos me preguntaron al mismo tiempo con aire consternado, hasta la señorita Clemencia, que habló solamente con los ojos:

—¿Pero qué tiene usted, señor sustituto, qué tiene usted?

Porque para entonces ya las lágrimas me corrían por el rostro.

Yo no sabía qué responder, y esto sí que no es cosa fácil de contar; no sé si mis ideas de matrimonio me habían hecho presumido de repente, mas es lo cierto que la gana que me dió de reir de mi propio talante había pasado como un relámpago. Por entre aquellas lágrimas que de lo más hondo del corazón contra mi voluntad me salían, miraba en el espejo, no ya sólo la memoria querida de papá, sino también el extraño personaje que estaba yo con aquella vestimenta demasiado ancha, demasiado corta, con unas mangas de donde salían mis puños largos, largos hasta no acabar nunca...

—¿Y qué dijiste?—le preguntó mamá, que trataba

todavía de sonreír, pero cuya voz alterada denunciaba una verdadera angustia.

A mí me corría el sudor por las sienes, y en cuanto á mis hermanas, tenían bajos los ojos y unos semblantes enteramente trágicos.

Aun en la gente de más humilde posición hay tesoros de orgullo, y renunció á expresaros de qué manera tan violentamente exagerada sentíamos el compromiso de Carlos. Aquel desdichado frac oprimía nuestros corazones como un remordimiento, y aquellos puños ¡oh! aquellos puños crueles los veíamos salirse de las mangas largos, largos, deshonrando á toda la familia.

—¿Y qué dijiste, qué dijiste?—fué nuestro grito unánime.

—¡Dios mío! ¿Qué había de decir?—respondió Carlos, que era el único que no había perdido su serenidad.—Yo creo que en esos casos no hay que andar en rodeos; dije sencillamente la verdad, á saber: que nosotros no éramos ricos, y que yo solía llevar los trajes de papá, y como no me miraba el espejo todos los días, acababa de representármeme de improviso en el espejo la imagen de aquel hombre querido, de mi padre muy amado que llevaba otras veces aquel pobre traje... y que por cierto no estaba con él tan ridículo como yo.

—¡Ah!—dijo mamá cubriéndose el rostro con las manos.

A mí se me inundaron los ojos de lágrimas. Ana se echó en brazos de Luisa.

—No me acuerdo ya bien de las palabras que em-

pleé — prosiguió Carlos temblándole ya la voz un poco; — pero cuando concluí de explicar el caso ya no era yo el que lloraba, para que veáis si son buena gente. Me rodearon, como ahora vosotros, con los ojos bañados de lágrimas, y el pobrecito señor Loirier me abrazó...

Mamá le estrechó contra su corazón.

— ¡Precisamente! lo mismo que tú me abrazas ahora — continuó Carlos cubriéndola de besos, — y á fe que yo también le abracé de todo corazón; y cuando nos sentamos á la mesa podéis creer que éramos ya casi una familia. En seguida me vino esta idea y comencé á pensar que papá nos estaba mirando...

— Y hacía más. ¡Yo lo creo! — dijo mamá. — ¿No conoces que anda mezclado en todo eso? Vuestro padre pide á Dios, y Dios le escucha seguramente.

Por un instante la emoción adormerció la curiosidad. Después ya no sé quién de nosotros preguntó:

— ¿Y por fin se habló del casamiento?

— ¡Pues claro! — respondió Carlos; — allí no se perdía el tiempo. Estábamos todavía en el cocido, cuando... ¿Te divierte esto á ti, Juanín?

— Tengo miedo de que todo eso vuele y se escape — repliqué. — Nunca creo que he querido á nadie tanto como á esa familia de Loudan.

— La verdad es — dijo Luisa moviendo la cabeza con desconfianza — que eso es demasiado bueno.

— Para que el castillo se venga abajo — replicó Carlos — bastará que la reina le sople.

— ¿Y yo soy la reina? — dijo mamá.

— Se lo he dicho bien claro allá á todos: «Mamá es la señora en nuestra casa».

—Y habrán debido reirse un poco de ver un niño tan grande como tú.

—Ni poco ni mucho: no se han reído; la señora de Boisbreant guiñaba el ojo al señor de Loirier, que se frotaba las manos de satisfacción. Los dos estaban como dos profetas que miden y comparan el mérito respectivo de sus antiguos oráculos. Los dos, triunfantes, acariciaban y repetían esta misma cantinela: «¿Qué te había dicho yo? ¿Qué es lo que yo te había dicho?» ¿Y sabéis la idea que me ocurrió entonces?...

—Pero ¿y tu señorita Clemencia? —interrumpió Anita.

—¡Vaya! —dijo mamá. —Ana no sabrá nunca escuchar.

—Es que —repuso mi hermana pequeña, —es que vosotros no habéis notado esto: esa señorita no ha desplegado todavía los labios. ¿Si será muda?

—¡Justamente! —exclamó Carlos.

—¡Ay, es muda! —dijimos nosotros á coro con una desolación inconsolable.

—No, no es muda; pero esa fué la idea que me ocurrió. Hacía falta alguna cosa por el estilo para que el sentido común pudiera explicarse aquella aventura.

—¿Es decir, que hay alguna cosa?

—¿Qué es lo que hay?

—¡Dí pronto!

Todo el mundo hablaba á la vez. Carlos respondió con serenidad:

—No hay nada, que yo sepa. Clemencia no es habladora, es verdad, pero tiene una vocecita muy dulce, con la que dice, cuando quiere, palabras muy discretas.

No se la oyó demasiado aquel día. No hablaba apenas más que con su mirada, muy franca, muy noble y muy modesta, en que yo leía como en un libro. Sin embargo, rodando la conversación de una manera general sobre el matrimonio cristiano, el señor Loirier me llamó «mi sobrino», por descuido; Clemencia se puso colorada, y me pareció notarla en sus pupilas un rayo de alegría fina y discreta. Después, sobre una pregunta que me hicieron, como yo comenzara á responder que el mismo Jesucristo había fijado los límites de la ternura conyugal, mayor que toda otra ternura, pero inferior al amor sin límites que el alma debe á su Criador, dijo ella: «es verdad».

Mi madre hacía signos de aprobación con la cabeza, pero confieso que en sus ojos se pintaba cierto asombro. Luisa, que se estaba conteniendo de hablar hacía un rato, exclamó:

—¡De todos modos, sois de lo más gracioso del mundo los de Loudan! Estoy ya deshaciéndome por ver á esa maravilla en pequeño, y á tu tío el de pelo de ratón, y á tu buena señora la de la misa. En Loudan ¿miagan los gatos como acá? Nos tienes que llevar á tu *palacio*.

—Los Loirier tienen coche—respondió Carlos,—pero nosotros, no. ¿Quién había de pagar la diligencia? Ellos son los que vendrán á ver á mamá, según me lo han prometido.

—¿Con la niña? ¿Con la sobrina? ¿Con Clemencia?—preguntamos todos á la vez.

—Se supone—dijo Carlos.—No van á dejarla sola en casa.

Hubo aquí un rato de silencio, y en este silencio se sentía no sé qué que parecía un malestar ó una incomodidad inexplicable. Carlos nos miraba á unos después de otros, y no perdía nada de su serenidad.

—¡Vamos!—dijo;—os he preguntado qué os parece de todo esto, y es tiempo de que me contestéis. ¿Qué me dices tú, mamá?

Mamá tosió.

—¡Psch!—dijo Carlos,—eso no me parece bastante claro. ¿Es eso lo que te parece?

La tos se extendió á Ana y á Luisa.

—No lo tomemos á broma—dijo mamá.

—Eso digo yo—repuse en tono severo.

Y Carlos añadió con dulzura y seriedad á la vez:

—Haríamos muy mal en tomarlo á broma.

Inmediatamente todo el mundo se puso serio, y mamá me dijo:

—Ven á abrazarme, Juanín; no hay aquí nadie formal más que tú. Tus hermanas tienen la cabeza al revés, y el muy juicioso de tu hermano no ve que nosotros tenemos el mismo temor que él: hallamos eso demasiado bueno. Nos burlamos sin burlarnos, como el bueno del señor Loirier. Lo que yo pienso, lo que á mí me parece, á mí, que soy la reina, es esto, atiende: Esa gente, Carlos querido, tienen traza de ser una nidada de santos, pero te hacen el amor.

—Eso salta á la vista—dijeron Ana y Luisa á un tiempo.

—Pues de seguro que no es por mi riqueza—dijo Carlos.

—Ni por tus atractivos, inocente—continuó mamá,—

puesto que la niña no te había visto nunca; ni por el traje de tu pobre padre querido, que no te está bien. Tú eres la bondad misma, como él, y tienes como él claro talento. Le estaba yo viendo reaparecer en ti cuando contabas la historia del frac en el espejo. ¿Quién sabe? Quizá será por él por lo que te quieren, pues su recuerdo embalsama como el de los bienaventurados, y puede muy bien hacer milagros; pero yo creería más bien, así como tú, que es por la *misa primera*. ¡Se va haciendo eso tan raro! Y los cristianos tienen perfecto derecho de contarse y de buscarse... Y luego, tu casi tío el pagador te ha dicho la verdad riéndose: los sustitutos son buenos partidos. Es cosa corriente en nuestro país que los modestos apuntamientos de un relator valen justos y cabales seis mil reales de renta.

—Esto es la herencia de papá—murmuró Luisa.

—Y cuando Carlos nos pintaba el retrato del pagadorcito al principio de su relación—dijo Ana,—parecía que era el pobre papá el que hablaba; nuestro Carlos cada día se parece un poco más á papá.

Y diciendo esto se le echó al cuello, y nosotros todos le rodeamos estrechándonos contra él, porque era la pura verdad. Había heredado á papá, era nuestro padre, y yo sentía crecer el respeto en medio del cariño que le tenía.

Se desenredó de nuestros abrazos, y prosiguió cogiéndola las dos manos á mamá para cubrírselas de besos:

—Ya creo que sabes bastante, mamá mía—continuó,—por lo que hace á la familia en que había yo de entrar. En cuanto á noticias é informes del estado de sus cosas, el señor Huet, el vicario, ha estado de

preceptor en casa de la señora de Boisbreant allá antes de morirselo su hijo, y además nuestro Olivier es de Laval. Ya me habló de él el señor Loirier, diciéndome que es de muy mal ejemplo el que un descreído como él tenga tan buen corazón.

No vine á veros inmediatamente después de aquella famosa comida, porque quise informarme yo también por mi parte, y conocer más á aquellos que pueden llegar á estar tan cerca de vosotros. Son buenos, son sencillos, son honrados hasta lo sumo. Yo creo, como vosotras, que papá está á los pies de Dios. Yo creo también que Dios escucha su oración y nos protege. Ayer la señora de Boisbreant me dijo que ya era tiempo de obtener el consentimiento de mi reina, y he venido.

Mamá abrió los labios para responder. Pero Carlos la interrumpió y la dijo:

—¡Ah! no, ahora no. Tú reflexionarás, hablaremos solos los dos, verás al señor Jamond, al señor Huet, á Olivier... He querido hablarte primero delante de todos estos queridos míos para que todos pidan á Dios consejo. La voluntad de Dios es la que yo quiero hacer. Mis hermanas hallarán que soy un novio de hielo, y acaso tú también, mamina, pero bien puede ser que estéis equivocadas. ¿Acaso no os he amado y no os amo mucho á vosotros, sin dejar de amar á Dios muy por encima de vosotros? No me volveré á marchar hasta el jueves. El miércoles iremos todos juntos á la primera misa, y á la vuelta la reina nos dirá: «Sí quiero» ó «No quiero». Y conforme á lo que ella diga, haré yo.

Y nos pusimos de rodillas para rezar las oraciones de la noche.

IX

Historia de un incendio.

Cuando nos hubimos retirado los dos á nuestro cuarto, me dijo Carlos:

—Acuéstate y duérmete pronto, Juanín, porque mañana nos hemos de levantar muy temprano y hemos de ir á sentarnos sobre la cepa aquella en la dehesa de Brelut. Papá estará allí. Yo te disculparé, que bien lo necesitas por tus maldades; porque has sido malo, malo. Todas las cartas que me llegaban de acá me hablaban mal de ti; hasta las de Olivier. La señorita Clemencia te conoce ya muchísimo. Y tiene mucho deseo de quererte; pero tiene miedo de no poder quererte, porque no vales nada.

—¡Bah, bah; esa es la misma frase del doctor!— Y sin duda que mi vanidad acariciada se traducía en mi acento, pues que Carlos me replicó riéndose:

—¡Vayal ya estás contento. Todos se engañan en lo que piensan de ti, pobre Juanín. Tú vales mucho, pero te mueres por pasar plaza de calavera...

—¡Sí, porque tú lo digas!...—exclamé yo, encendido ya en cólera.

—No te enfades; esa es la enfermedad de todos los niños, y de muchas personas mayores.

—Has dicho que me duerma, ¿sabes?—dije yo temiéndome un sermón; — pues me duermo. Buenas noches.

—Buenas noches, Juanín; entrega el corazón á Dios.

No sin disgusto rompía yo la conversación de esta manera. Bien hubiera querido hacerla recaer sobre Loudan y hablar del futuro matrimonio, de la anunciada visita de Clemencia, etc. Cosas todas que me interesaban extraordinariamente; pero el temor al sermón fué más fuerte, y me quedé callado como un muerto.

Costóme algún trabajo dormirme. La presencia de Carlos me producía una turbación saludable, y la prueba es que ya me arrepentía de lo pasado, cosa rara en mí, y formaba la resolución de aventajar á Carlos en todo, y no así poco á poco, sino de un golpe y desde el día siguiente. Parecíame esto cosa fácil, y como por encanto me hice diligente, sumiso, irreprochable, formando las dilicias de todos los que me querían. Mecido en estos excelentes pensamientos, veíame ya recibiendo, con más modestia todavía que Adolfo, las felicitaciones y enhorabuenas de toda la ciudad, maravillada de la perfección con que analizaba (porque es de saber que ya para entonces había obtenido todos los premios en la clase de doctrina, y leía como Adolfo mi análisis en el jardín de la casa rectoral), cuando creí escuchar la voz de Juliana, que pronunciaba muy bajito, pero distintamente, su apreciación favorita: ¡el chico tendrá carácter! Lo cual se acomodaba perfectamente á mi sueño. Sólo hallaba mal el que Juliana se expresara junto á mí con aquella familiaridad enojosa; pero aquel carácter que saltaba á la vista de una simple criada

parecíame que había de darme mucho poder para el bien, así como hubiera hecho de mí un hombre temible en el mal si no hubiera felizmente cambiado de rumbo. Aún era tiempo.

—Pan y manteca como de ordinario—dijo en este momento Carlos con voz bien perceptible.

Entreabrí los ojos, era de noche, estaba oscuro, y reconocí que no me hallaba en la distribución de los premios, sino en la cama. ¿Con quién hablaba Carlos? Con Juliana, sin duda. ¡Era tan curiosa!... Había invadido nuestro dormitorio bajo pretexto de saber qué quería Carlos para desayunarse; pero con la esperanza de trabar conversación. Iba yo coordinando todo aquello con gran trabajo de inteligencia, cuando de repente me ocurrió la idea de que no fuese nuestra Juliana, sino más bien aquella señora de Boisbreant, que estaría allí, tan lejos de su casa y á aquella hora tan desusada, continuando su papel de engatusadora. Proponíame ya ir á prevenirselo á mamá, cuando Carlos exclamó revolviéndose en la cama:

—¿Quieres dejarme en paz?

Entonces ya comprendí que no hubiera hablado así á la señora de Boisbreant. Y en efecto, fué Juliana la que replicó con voz cariñosa:

—Para una vez que usted viene, mejor será que le haga á usted sopa, señorito Carlos.

Y seguidamente añadió:

—Después del tiempo que hace que estoy en casa, no parece que es muy de razón el no decirme nunca nada de ninguna cosa. ¿Vamos á tener una señorita, sí ó no? Y si á usted le gusta más, puedo hacerle á

usted una buena taza de café, el niño también lo tomará...

—Pan y manteca—repitió Carlos inflexible.

Ya estaba yo despierto, pero continuaba soñando. Refame de la estratagema inventada por la rabiosa curiosidad de Juliana, y la cantaba á media voz: «pregunta, pregunta...» Al mismo tiempo, cogiendo por los cabellos una ocasión favorable de prestar un buen servicio á mi amigo Adolfo, pregunté á Carlos los medios honrados y legales que habría que emplear para que la rechoncha y pequeñita señora Roboam pudiera quedarse con todo cuando el señor Roboam se muriera de repente.

El estado intermedio entre la vigilia y el sueño sembrado de fantasmas y concepciones imperfectas, lleva consigo incoherencias de esta índole, como cualquiera ha podido experimentar; pero en mi caso había todavía más: sentía yo una especie de inquietud calenturienta, me rovolvía entre las mantas como un pez sobre las ascuas, y me escondía y me tapaba la cabeza con las sábanas para que la señora de Boisbreant, que para mí todavía estaba allí en un rincón, no pudiera verme. Figurábame que alguno la habría contado la historia del cuchillo puntiagudo, y me daba muchísima vergüenza, tanto más cuanto que también se me figuraba que el señor Loirier, galopando en su caballito y cubierto con el paraguas, me pedía perdón de haberse burlado de mí y continuaba riéndose. Mi casamiento prematuro con la *Girafa* le divertía de una manera extraordinaria. El desafío fracasado de Berto Sicard, que me había impresionado tanto, venía mezclado con to-

das estas cosas, y la señorita Clemencia pasaba delante de mí sobre dos ruedecitas, como una muñeca muy pintada y aliñada, diciendo con una vocecita de flauta: Yo desde luego quiero un sustituto. Y Juliana gritaba por la ventana al carpintero francmasón de enfrente: «Los señores son unos ingratos; mejor será pedirles la cuenta, si es que no quieren enterarme de sus negocios.»

Estaba el cuarto lleno de fantasmas en que yo no creía, pero que me oprimían y me hacían gastar esfuerzo considerable para poner en razón todas aquellas extravagancias. Estaba bañado de sudor y tiritaba.

—¿Por qué lloras, Juanito?—me preguntó la voz soñolienta de Carlos.

Quise responderle, y no pude. El perro de en frente, el hijo de Roboam, se me agarró al pecho formando allí una pesadísima carga, mientras que Adolfo se pavoneaba sobre un carro triunfal con la cabeza erizada de plumajes. Me tiré de la cama y corrí hacia el río, que pasaba por debajo de nuestra calle, para apagar allí el fuego que me abrasaba...

Era el sarampión que me estaba entrando. A la mañana, cuando Carlos quiso despertarme para dar nuestro paseo á la dehesa del Brelut, me halló atravesado en la cama destrozada enteramente, con la cara encarnada como una amapola. El delirio, que me había durado toda la noche, persistía en las mismas condiciones. Para mí la casa toda estaba llena de gente de Loudan. Veía sus caras extravagantes aparecer medio encubiertas, y luego desaparecer, y aparecer de nuevo. Allí estaban, allí estaban... Todo lo que Carlos había contado la noche antes danzaba delante de mí bajo mil formas.

El doctor Olivier, á quien habían llamado, vino á eso de las nueve. Carlos no se había separado de mi cabecera, ni mamá tampoco, ni mis hermanas. La pobre mamá me lloraba ya, y repetía por lo bajo: «¡Tiene demasiada imaginación! ¡No le criaremos!» No me pesaba el tener mucha imaginación, pero la idea de morir de eso no me hacía gracia, y cuando nuestro buen párroco, el señor Jamond, llegó á su vez muy apresurado, le dije al oído:

—Ande usted; usted puede alcanzarme una curación milagrosa; no le ha de pesar á usted. Desde hoy rompo con mi pasado para comenzar una vida nueva, y prometo poner un freno á mi imaginación.

Con la mirada interrogó á Olivier, que le respondió riendo:

—¡Digan ustedes todavía que mi amigo Juan no está adelantado para el tiempo que tiene! ¡Explora el terreno como una persona mayor!

Y después añadió hablando en serio:

—¡Afuera todo el mundo! Le están ustedes dando calor y viciando el aire. Esto no es más que una ligera enfermedad de la piel que va á purgarle y á hacerle mucho bien en definitiva. Por lo demás, no corre ni sombra de peligro.

—Me persuado de eso fácilmente—dijo el señor Jamond;—pero lo que él me decía hace un momento era de todos modos muy cuerdo; es menester que se haga un buen muchacho de los pies á la cabeza.

Mamá y toda nuestra familia rodeaban al doctor, y yo dije:

—Vaya, Olivier, ¡á mí no se me engaña! He visto

perfectamente al señorete de pelo de ratón detrás de ti cuando has entrado.

—Ya le explicaremos á usted eso, amigo—le dijo mamá con misterio.

—¡Canario!—exclamé yo impaciente.—Es el tío de Laval, el padrino á quien pertenece la casa de campo. El rocín de la tía se llama *Luasó*; van todos á la misa primera y hacen el amor á los sustitutos.

—¡Bueno, bueno—dijo Olivier,—ya es bastante! Apuesto á que se trata de mi respetable amigo Loirier; me ha escrito una gran carta en la que rebosa el sustituto y apenas habla más que del sustituto. Ya hablaremos de eso. Esta es una familia de la edad de oro. Tómense ustedes la molestia de marcharse de aquí todos y todas, hasta el sustituto inclusive. Después me enviarán ustedes á Juliana...

—Es que—dijo mamá—cuando alguno está enfermo ya no hay Juliana. Yo soy la que le asisto con estas señoritas.

—Entonces será usted, señora, la que volverá por aquí dentro de diez minutos. Entretanto, desfilen por la izquierda, paso redoblado...

—¡March!...—exclamé yo completando la idea del médico.—Ya no es el señor Jamond el que hace aquí los milagros, sino este pagano de Olivier. Está cogiendo mi enfermedad con la mano y se la va á llevar en el bolsillo.

Olivier tenía, en efecto, la mano sobre la parte ardiente de mi cabeza, sintiendo yo con ello grande alivio. Cuando todos se hubieron marchado me ordenó guardar silencio; pero comenzó él á hablarme, y me

hizo reír. Mamá, que volvió á entrar al cabo de un cuarto de hora, me halló adormecido y bastante en calma. Quiso comenzar inmediatamente á hablarnos de Loudan y del casamiento. La pobre mujer estaba tan preocupada con aquel pensamiento, que por él se olvidaba de mi calentura, que á la verdad no era muy fuerte. Olivier la dijo:

—Carlos es hoy día un buen muchacho y de esperanzas. Se habla mucho de él en la Audiencia, donde puede decirse que ha caído en gracia. ¿Por qué tanta prisa de casarle?

—Si encuentra un buen partido...—dijo mamá.

—Lo que es el que ha encontrado es muy bueno... demasiado bueno.

—Apuesto á que quiere usted decir demasiado devoto—exclamó mamá, dispuesta, como siempre, á enarbolar el estandarte de su fe.

—¡Chist!—dijo Olivier—no vaya usted á despertármeme. Nuestro Juanín tiene un sarampión de nada, que se le quitará en un soplo; pero tiene una cabeza que nos puede dar mucho que sentir, y unos nervios delicados como los de una condesa vieja. Quería decir únicamente lo que he dicho, y lo que repito, que el partido es demasiado bueno. Hay muchos que le codician. Estoy enterado de ese asunto al dedillo; no es usted quien ha comenzado, ni Carlos tampoco; pero si se pone á amar, lo hará á las mil maravillas.

—No tiene traza de ser muy fogoso—dijo mamá riéndose;—á más de que si ama á su mujer, tanto mejor.

—A saber—dijo Olivier;—no estamos todavía en el día siguiente de la boda.

—Ahí tiene usted—replicó mamá con viveza;—es usted tan bueno, que de puro bueno es malo. Usted estaría contento si le tomáramos todo su dinero en lugar de pagarle la deuda, y si usted pudiese casarse en lugar del pobre Carlos...

—¡Ah, eso no!—exclamó el doctor soltando la cajada.

Yo me eché á reir también, diciendo para mis adentros:

—Si me cuidan así no han de molestarme mucho las drogas.

Olivier continuaba diciendo muy alegre:

—Son ustedes la perla de las familias. Si yo tuviese veinte años menos, haría la locura de pedirla á usted á Luisa en matrimonio.

—¿Por sacrificio?

—Amiga mía, no tengo talento si se trata de ustedes. Soy químico, y al analizar la humildad cristiana, he solido hallar mucho orgullo.

—¿A quién se lo cuenta usted, amigo mío? ¡Ay de mí!

—¿Se ríe usted?

—¡No, no!

—Pues sus hijas también tienen su parte.

—Para dar y guardar, y hasta Carlos...

—¡Ah, yo no sé! Bien lo quisiera, pues quizá por eso mismo es por lo que yo quiero á ustedes tanto; yo que no profeso la religión enemiga de orgullo. El orgullo de ustedes es bueno.

—No hay orgullo bueno—dijo mamá.

—Sí, por cierto; el que nosotros los mundanos llamamos honradez, delicadeza, honor.

Mamá no respondió, porque siendo ella del mundo casi por entero, tenían sobre ella estas palabras un imperio victorioso. Olivier la cogió la mano y se la puso sobre mi frente, añadiendo:

—He aquí el mejor montoncito de orgullo de toda la casa. Bien lo sabe ya él, que me escucha y no se enfada porque se lo diga, sino al contrario. Lo que yo quisiera es que pudiera partir con Carlos, al menos en ciertos casos. Carlos ha de ser atacado, estoy seguro de ello; pero ¿tendrá todo el orgullo necesario para defenderse?

—Tendrá—dijo mamá—la protección de Dios.

Y luego, cortando esta conversación que la desagradaba, añadió:

—La cabeza de nuestro Juanfn tiene ya mucho menos calor que antes.

Entonces Olivier la llevó hacia el otro extremo del cuarto, y dejé de oír lo que hablaban.

Yo recordaba todo esto de una manera muy clara, pero sólo después, mucho después. Aquel mismo día cuando desperté, y en los días siguientes, no conservaba ni el menor recuerdo.

Estuve en la cama una semana ó cerca. Mi sarampión era muy benigno, y no me daba otra molestia más que las precauciones que había que tomar para evitar los refriamientos. No tuve que tomar sino algunas tazas de agua bien azucarada. Se hacía en casa todo lo que yo quería, y en realidad de verdad fué aquélla una de las semanas más divertidas de mi vida. La casa estaba en perpetua fiesta con motivo de la aurora que despuntaba por la parte de Loudan. Cada

cual había puesto una trompeta á su alegría; no se hablaba ya del asunto, al menos en voz alta; pero la boda estaba, puede decirse, en la atmósfera. El bueno del señor Loirier y la señora de Boisbreant, y Clemencia, no se apartaban de nuestro pensamiento. Nos burlábamos de ellos un poco, porque esto era ya de familia; pero no por eso dejábamos de quererlos mucho. Yo alcancé un éxito estrepitoso cuando conté mi sueño de la primera noche en que aquel fantasma demasiado repugnante, mitad Juliana y mitad señora de Boisbreant, había venido en medio de las tinieblas á atormentar á Carlos para saber si había de desayunarse con sopas ó con café con leche, mientras el padrinito de pelo de ratón cloqueaba colgado de un armario, y la bella señorita Clemencia, transformada en muñeca, viajaba sobre dos ruedecitas. Por supuesto, que estas tonterías no se decían delante de Carlos.

Carlos prolongaba sus vacaciones únicamente por mí, puesto que le había bastado un día sólo para completar los informes que había venido á buscar. No había más que una voz respecto á aquellas excelentes familias de Loudan y de Laval, de quienes Olivier hablaba mejor todavía, si cabe, que el señor Huet.

Como me estaba prohibido hablar mucho, y también leer, había sido promulgada una ley por el doctor, que conocía admirablemente mi insaciable apetito de historias. Todo el que entraba á verme debía contarme una historia. Los cuentos edificantes, que eran la especialidad de Carlos y de nuestro buen Párroco, no estaban prohibidos; mas en tesis general se encargaba sobre todo á los visitantes que procuraran alegrarme.

Olivier y mis hermanas cumplían este encargo superabundantemente. Mamá, que era segura para comenzar muchas historias á la vez y perderse en ellas, nos suministraba intermedios, y se salvaba siempre por tener que atender á los quehaceres de casa cuando la madeja del argumento se iba embrollando ya sin esperanza. De todas estas narraciones que encantaron mi semana de enfermería os haré gracia, por supuesto, excepto una, que se halla estrechamente unida al drama de que mi primera comunión fué la peripecia final.

He debido decir que nuestro catequista, el señor Huet, no era antes muy familiar en la casa; el proyecto de entronque con sus amigos de Loudan le había acercado á nosotros, por lo cual vino á verme y me preguntó riéndose si el dejo amargo del examen no entraba por algo en mi enfermedad. Parece que mi respuesta debió ser de su gusto, pues me dió un buen apretón de manos y anunció á mi madre que para el año siguiente íbamos á ser él y yo un par de amigos.

—Rapaz—me dijo en seguida en su lenguaje especial,—me he figurado que no escuchabas apenas mis instrucciones.

—Sí, por cierto—repliqué yo,—siempre había en ellas muy bonitas historias.

—¡Eso es! Tú escuchabas las historias; pero lo que iba antes y después y alrededor de ellas, aquí te quería yo coger... ¡Vamos á ver! ¿Sobre qué prediqué el domingo antes de la hora de retiro?

—Sobre que Dios lo conoce y lo sabe todo desde la eternidad.

—¡Muy bien!—dijo.—¿Y qué historia conté?

—No sé decir á usted.

—¡Muy bien! ¿Te dormías, eh?

—Es verdad; pero no me dormiré cuando usted cuente la de hoy.

—¿Cómo la de hoy?

Ana ó Luisa, no me acuerdo ya cuál de ellas, le explicó la consigna del doctor, y el señor Huet soltó el trapo á reír, diciendo:

—¡El rapaz! Ha traído muy bien la transición, y eso que no ha entrado todavía en la retórica. ¡Vaya, pues, la historia! Precisamente tengo una fresquita de esta mañana; acaba de llegar de Loudan...

Todos hicimos esta exclamación á un tiempo: «¡Ah, de Loudan!»

—Precisamente — continuó el señor cura. — Y es verdad que Carlos, tu hermano, está ahora por allá... Mas antes de comenzar es preciso que me digas lo que has retenido de mi plática.

—Le está prohibido hablar—objetó mamá temiendo mi ignorancia. Pero yo empecé:

—Pues bien, usted ha dicho una cosa sobremanera extravagante.

—¡Señorito Juan!—exclamó mamá un tanto alarmada.

—Quiere decir que le ha causado asombro, hija mía—dijo el sacerdote.

—Usted ha dicho—continué yo—que nada sucedía sin licencia de Dios.

—Es claro...

—...Y sin servir á algún designio de Dios.

—Seguramente,

—Pues cuesta trabajo creer eso.

—Hay que creerlo, sin embargo.

—¡Cómo! ¿Todo... todo?

—Todo, hasta las cosas más pequeñas.

—¿Hasta la historia que va usted á contarnos?

—¡Ah, bribón!—me dijo el buen sacerdote amenazándome con el dedo,—¡cómo sabes escaparte por la tangente! Pues bien, sí, hijo mío, hasta la historia que voy á contarte... Y más de uno de entre los que están aquí presentes reconocerá, quizá, antes de morir por qué he venido yo á esta casa, precisamente hoy, á repetir una anécdota de que no sabía la primera palabra ayer tarde.

En este momento entró Carlos.

En boca de cualquier otro las últimas palabras pronunciadas por el señor Huet hubieran tomado cierto sabor de énfasis profético, pero el señor Huet era con seguridad el más sencillo de los hombres. Inmediatamente comenzó su historia de esta manera:

—La cosa se presenta á las mil maravillas. Aquí está el señor sustituto, que quizá sepa mucho más que yo; él me corregirá si me engaño... ¿Conoce usted, Carlos, el barrio que llaman de Ville-en-Bois, allá en Loudan?

—Perfectamente.

—¿Y la casa que llaman de la Chenu?

—Sí, señor—dijo Carlos con menos seguridad.

—¿Y al famoso señor Robert?

—También, muchísimo: es mi presidente en la Conferencia de San Vicente de Paúl.

—¡Perfectamente!... Pues bien, figúrate, Juanito mío, que ese señor Robert es un buen cristiano, muy rico y

bastante original, que posee todo ese barrio de Ville-en-Bois (ciudad de madera, casas de madera.)

—Y por cierto que ese barrio no aumenta gran cosa sus rentas—dijo Carlos.

—No, porque es caritativo, y la Ville-en-Bois, compuesta de unas cincuenta viviendas, no le produce más que cien suses al año. Las casas son de tablas, á excepción de una vieja torre que fué molino de viento, y que parece una catedral en medio de todas aquellas cabañas. La torre y las barracas están arrendadas uniformemente en dos suses al año cada una por escritura en toda regla: todos los arrendatarios son pobres.

—¿Y para qué esos dos suses?—pregunté yo.—Ese buen hombre debe estar loco.

—No, no está loco, pero conoce la ley. Quiere alojar á sus pobres gratis, y no quiere perder la propiedad de su terreno, destinado para un hospicio, que será construído con el tiempo. Tu hermano mayor te explicará lo que es la prescripción, que yo por mí no acierto casi á distinguirla del robo, y puede ser que dejara escapar alguna tontería. Siempre sucede que cuando los inquilinos vienen á traerle sus dos suses, un sus por San Miguel, y otro por San Juan, este señor Robert les da á cada uno un pan de cuatro libras, media azumbre de sidra, una escudilla de sopas, una vedija de lana y un par de madreñas, como que el alquiler queda pagado, y ellos se marchan libres y satisfechos. ¿Es esto cieto, señor sustituto?

—Es la pura verdad—respondió Carlos.

—Está bien; yo también soy propietario en Loudan. Ayer ha venido mi arrendatario á traerme la renta:

ciento veinte francos justos y una carretada de cepas para el invierno, con más la historia por añadidura. Yo quemó las cepas...

—Y derrocha usted el dinero en obras de caridad— dijo Olivier, que entraba entonces.—Yo apuesto á que la historia de usted es la de un joven de Loudan. ¿Sabe usted su nombre?

—Sé que es un juez...

—Nada de eso, es un abogado... Pero ¿dónde está Carlos?

—Ya no está en su sitio—respondió mamá;—y acababa de entrar y ya se ha vuelto á salir.

—El caso es—continuó Olivier—que de seguro habría ya salido de Loudan cuando el incendio.

—¿Qué incendio?—preguntamos todos á la vez.

—Cedo la palabra al doctor—respondió el señor Huet.

—¡Ah, no, no!—exclamé yo.—Olivier es quien nunca sabe bien las historias y estorba siempre á los otros de contarlas. No tiene igual para curar á la gente; pero es lo único que sabe hacer. Al señor Huet, al señor Huet.

Hablaba yo debajo de la boca de Olivier, como quien dice, pues que estaba él en ademán de abrazarme. Me amenazó con estirarme las orejas, y el buen sacerdote dijo:

—Yo volveré por aquí de tiempo en tiempo, si no incomodo; todos ustedes lo merecen: bien me lo había dicho el señor cura. El rapazuelo se explica, aunque parece otra cosa. Le tengo señalado un buen puesto para el año que viene. He aquí ahora lo del incendio.

El martes último, á la media noche, se oyó el grito de fuego en los alrededores de la Villa-en-Bois. El cuartel está lejos; los bomberos están en desorden y tienen la bomba descompuesta; era la torre del antiguo molino la que se quemaba. Juzguen ustedes del susto general y de la confusión que cundiría entre aquella multitud de desgraciados, moradores todos de casas de tablas. La torre está ocupada por una pobre mujer llamada la Chenu, que es tanto como decir una salvaje que mete miedo á sus vecinos. Instalóse allí un día, hace ya mucho, sin pedir permiso á nadie, con una niña, hija suya, que llevaba á la espalda. Es viuda de un labrante de mármol de entre Laval y Loudan, que era refractario al orden, y que se mató el infeliz con el último tiro de su escopeta después de haber estado haciendo fuego á la tropa toda una mañana. Tiene ella medio perdida la cabeza. Por la mañana baja de la torre con la niña, que va de puerta en puerta por la ciudad pidiendo rebojos de pan, y cuando la han dado ya lo suficiente, se reune con su madre, que la vuelve á meter en la torre. Ya no se las ve más hasta el día siguiente.

La mujer es alta y gruesa; la niña es menuda. Oyé-sela llorar algunas veces por la ventana, que siempre está abierta, y la gente cree que la pega su madre; pero nadie ha podido ir á verlo, porque la Chenu ha tapiado la puerta de abajo á piedra y lodo para que no puedan entrar los gendarmes. Por todas partes se la figura ver los gendarmes.

Entra ella y sale por la ventana, valiéndose de sus llares ó colgadero, que es un gran varal en que ha

hecho muezcas con la navaja. Por lo demás, cuando la Chenu no pega á su hija, se la come á besos y á caricias, y mi inquilino me decía: «Es como las lobas cuando acarician á sus lobines».

La primera idea que se ocurrió á todo el mundo, fué que la Chenu habría puesto el fuego adrede. ¿Pero por qué? ¡Pregunta! ¡Vaya usted á pedirle la razón al que no la tiene! Los vecinos de alrededor de la torre la llamaron á grandes voces, porque sabían bien que la viuda no había salido. Las llares pendían, en efecto, del techo de la torre y muy lejos del suelo. Nadie respondió.

Los incendios en la paja, como aquél, van muy de prisa. Mientras que se buscaba un medio de subir á la torre, comenzaron á caer pavesas encendidas. En un abrir y cerrar de ojos todo el mundo estaba ya ocupado en echar agua sobre las chabolas más próximas para evitar un incendio general. En aquel momento el gancho de madera que sostenía en el alar del techo la pértiga de madera tallada quedó carbonizado, y las llares vinieron al suelo sin que el fuego las hubiera tocado.

Un antiguo sereno de ciudad, llamado Roaul, llegaba con su escala de socorro. Era el primero que llegaba de los representantes de la autoridad. En cuanto oyó hablar de la niña arrimó la palanca tallada contra la pared de la torre y subió por ella. Se le gritó que tuviera cuidado, pues la viuda del cantero apareció entonces á la ventana, que vomitaba ya fuego y humo. Tenía los cabellos erizados y chamuscados por la llamas, y se reía con la siniestra sonrisa de los locos.

Roaul estaba ya á medio camino cuando levantó la cabeza, y preguntó:

—Buena mujer, ¿dónde tiene usted á su hija? La viuda se enfureció inmediatamente sin más que por ver alguno encaramándose por sus llares; cogió la parte superior del varal para derribarle, porque siempre había prometido que derribaría á cualquiera que pretendiera subir á su casa; pero mucho más se enfureció cuando distinguió el uniforme del sereno.

—¡Ah, malvado!—decía.—Gendarme, tú eres el que has matado á mi marido. Y despegando violentamente el varal de la pared, le hizo perder el equilibrio y caer con el antiguo soldado de la paz, que dió con la cabeza contra los cantos de la calle. Los vecinos corrieron á socorrerle, y decían en su indignación: «¡Dejarla que se abra la grandísima loca!»

Pero en esto comenzó á oirse una voz débil que salía de hacia el interior de la torre, y que pedía socorro, y las mujeres dijeron:

—Es la chiquitina que se ahoga.

Los hombres volvieron á empinar las llares, y todo el mundo gritó:

—Vecina, vecina, déjenos usted que salvemos á su niña.

La Chenu estaba toda negra, desmelenada y destrozada, á la ventana, donde se agitaba la desgraciada como un demonio.

—Yo os arreglaré como al gendarme—exclamaba meneando las llares, de manera que nadie se atrevía á ponerse sobre ellas.

Sólo el viejo sereno, el gendarme, como la loca de-

cia, volvió á agarrarse á las muezcas del varal en cuanto recobró el movimiento en los brazos y en las piernas. Véfasele la frente ensangrentada al resplandor del incendio, y se tambaleaba, pero subía. Estos hombres son los mismos en todas partes, ¿sabéis? en Loudan como en donde quiera; y los pobres ciegos á quienes sirven, y á quienes socorren, y á quienes salvan, les llaman ladrones y les detestan, y les matan en todas partes como en Loudan.

Yo por mí no acierto á decir cuán grande es mi respeto hacia estos mártires del deber, que se asemejan á los soldados de Jesús, y á Jesús mismo, pues que su heroísmo jamás obtiene recompensa ninguna en este mundo, sino la pobreza, el ultraje y los golpes. Conozco algunos de éstos que no rezan, que no saben rezar, ¡cosa asombrosa! ó á lo menos lo creen así; pero se engañan: la oración brota de su trabajo, que no tiene recompensa en la tierra.

Dios les visita á tiempo, y en cuanto dicen de palabra, ó aunque sea no más de pensamiento, «Padre nuestro», ya basta para que Dios les tenga por hijos queridos... Dispéñseme usted, señor doctor.

—¡Anda!—le dije yo á Olivier,—te está bien empleado. Olivier no dijo una palabra, y eso que hubiera podido responder, sin mentir, que él era demasiado hombre de bien para aborrecer á los gendarmes; pero se calló, y el señor Huet continuó:

La chiquilla gritaba. Roual se desasíó de entre las manos de los que no querían dejarle subir, y se abrazó á las llaves para intentar de nuevo el escalamiento. Apenas había subido cuatro ó cinco brazas, cuando la

viuda, que le acechaba, le hizo de nuevo perder el equilibrio; pero esta vez no cayó de tan alto como antes, y su caída pasó casi desapercibida entre el rumor de cincuenta voces que gritaban: «El señorito ha entrado».

La loca, que tenía todo el cuerpo inclinado afuera de la ventana, entendió estas palabras y se enderezó como queriendo comprenderlas, mientras que la muchedumbre daba la vuelta al antiguo molino, detrás del cual había una escalera empinada, una verdadera escalera de dos piernas con sus banzos atravesados.

Entonces pasó una cosa por entre el fuego y la silueta de la viuda: «El señorito, el señorito», gritaban.

La viuda se volvió como una leona, y se avalanzó á él; pero era ya tarde. Aquel á quien llamaban el señorito, y cuyo nombre siento mucho no poderos decir ahora, llegaba ya al pie de la escalera llevándose á la chiquilla en brazos.

Todo esto había pasado en muy pocos minutos, puesto que el toque á rebato sonaba en las dos parroquias, y los gritos de alarma que se oían á lo lejos por todas partes no habían traído todavía ni un soldado, ni un funcionario público, ni siquiera había todavía ningún burgués de los barrios del centro. Todo pasaba entre los pobres habitantes de la Villa-en-Bois, y algunos medio aldeanos del barrio de Laval, que cae hacia el río.

Las mujeres se apoderaron de la niña y la rodearon de cuidados. La loca aullaba y maldecía en medio del fuego. Sólo el anciano guarda, ciego y estropeado por su segunda caída, é incapaz de subir al asalto, preguntó:

—Pero y á la loca, ¿se la va á dejar abrasarse allá arriba?

El señorito desconocido, que estaba bebiendo un trago de agua y refrescándose la cara con el pañuelo mojado, respondió muy bajito:

—Ya voy á subir á buscarla.

Y no hubo medio de impedirle que subiera. No tenía trazas de ser muy fuerte, pero lo era, por lo visto, puesto que se abrió calle derribando á derecha y á izquierda á cuantos trataban de detenerle mostrándole á la Chenu, que, llegando al paroxismo de la rabia, se imaginaba estar sosteniendo un sitio formal contra los gendarmes, y lanzaba al vuelo, á guisa de proyectiles, todo lo que la venía á la mano.

—Es tentar á Dios—le gritaban;—ya ve usted que está furiosa.

Pero él había ya subido la escalera en media docena de zancadas, y abordaba la ventana.

Porque aquello fué un verdadero abordaje. La mujer, afortunadamente, no tenía armas; pero era mucho más robusta que él. Se le apoderó de los dos brazos á las primeras de cambio, y teniéndole así sujeto por el cuerpo, en lugar de tirarle abajo le metió para adentro por la ventana. Abajo, cuando él entró así en el fuego, se escuchó un gran grito, á que siguió profundo silencio... ¿Qué tal, eh? ¡Chiquillo, si haría calor!

—¿Y después—exclamé yo,—y después?... ¿Nadie subió á socorrerlos?

—Caramba—dijo el señor Huet,—yo por mí no estaba allí, y mi inquilino no ha hecho mención de que ninguno subiera. Dice él que el señorito y la destorni-

llada comenzaron á luchar á la ventana de una manera que daba espanto. Las grietas de la torre, por debajo de ellos, dejaban salir llamaradas que serpenteaban por la pared; y encima de ellos estaba el techo como un sombrero todo hecho un ascua, que soplaba y avivaba el viento de la noche.

El señorito cayó debajo, y la loca se enderezó cantando su triunfo.

—¡Chenu, buena mujer—exclamó el viejo guarda, que trataba de encaramarse por la escalera á pesar de sus anteriores batacazos,—no mates al que ha salvado á tu hija!—

Dios es muy bueno, Juanín; la loca oyó este grito, y un rayo de luz penetró en la noche de su razón.

—¡Mi niña!—exclamó.—¿Dónde me la han puesto? Y si os devuelvo á este hombre, ¿me la entregaréis?

Un prolongado y angustioso grito fué su respuesta, pues aquel minuto fué largo como un día entero.

—Sí, sí, sí, Chenu; se te entregará.

La Chenu desapareció de la ventana y tornó á aparecer en ella trayendo al señorito en los brazos como él había traído á su hija. Y así bajó la escalera.

Una vez pasado el acceso de furor, la Chenu se convertía en una pobre palurda sin malicia ninguna. El señorito no estaba herido ni quemado, pero había perdido el conocimiento por la asfixia. Mientras la Chenu bajaba por la escalera, el techo de la torre se hundió, lanzando un chisporroteo enorme, y fué preciso que todo el mundo se pusiera en obra para mojar las cabañas bajo la lluvia de pavesas encendidas que caían. Hubo cuatro ó cinco barracas que empezaron á arder;

pero en esto llegaban los soldados y los bomberos que faltaban, y el sub-prefecto, y todo el mundo se formó en cuerda para traer agua, y después... á fe mía que no se más adelante.

—Pero ¿y el señorito?—pregunté yo.—¡Esta historia no concluye!

—Puede ser que dure todavía—me respondió el señor Huet, levantándose;—cuando se buscó al señorito ya se había escabullido; los hombres de esa índole no acostumbran á esperar cumplimientos y parabienes.

—¿Pero nadie le conocía?—preguntó Luisa.

—¿Y por qué decía usted que era un juez?—añadió mamá.—Mi pobre marido, que era tan cuidadoso, solía ir siempre corriendo á los incendios, y volvía de allá, bien lo sabe Dios, con el lodo hasta el cuello.

—Hijos míos—replicó el señor cura Huet,—escudriñarme cuanto queráis, yo no me he callado nada, ni os he mentado tampoco, os respondo de ello. Mi arrendatario de Loudan, cuando me lo contaba, tan pronto decía «el señorito» como «el juez». Vamos á ver, señor doctor, puesto que usted sabe otra versión, díganosla usted en dos palabras antes que yo me marche.

—Yo no guardo rencor á nadie—respondió Olivier alegremente—por todos cuantos ultrajes se me hacen aquí en mi calidad de pecador. El señor vicario ha contado muy bien la historia. Yo por mí la sabía por un carbonero del bosque de Loudan que adolece de reumatismo, y que viene á consultar á mi casa los días de mercado. Confieso que no me acordaba ni del nombre de la loca, ni del nombre del guarda, ni de ningún nombre. Hasta dudo si he sabido nunca el de mi clien-

te el carbonero. Sólo estoy seguro de que habló de un abogado... y hasta de un abogado que debía estar en esa posición en que uno se arrojó al fuego para dar prueba de valor delante de todos...

—Entonces, ¿sería Bertín Sicard?—dije yo.

—Quizá, eso mismo se me ha ocurrido á mí; pero...

En lugar de concluir la frase movió la cabeza, y añadió:

—Hacía falta Carlos para que nos dijera la última palabra. ¿Va á volver?

—Se va á marchar mañana—dijo mamá,—y anda ahora lleno de encargos; va á llenar él solo la diligencia con los paquetes que lleva á esas señoras. Todo el día se le pasará corriendo.

Na se habló más sobre este asunto, y yo comencé á pedir otra historia en redor del corro.

Cuando Carlos volvió á entrar estaba ya oscureciendo. Venía con sus compras, que todos quisimos ver. A nuestras preguntas acerca del incendio, respondió: «No conozco mucha gente en Loudan».

Y mudó de conversación.

Aquella noche se cenó al lado de mi cama y con mucha alegría, porque estaba yo del todo mejorado. Las compras de Carlos habían sido favorablemente juzgadas por mis hermanas. Ya podéis figuraros que no eran cosas de mucho brillo: la señora de Boisbrent era de las que van á la misa primera, y estaba ofrecida á vestir de negro; la señorita Clemencia, menos oscura y menos madrugadora, era económica, y los poderes conferidos á Carlos fijaban el precio de la vara. Luisa dijo después de examinarlo todo:

—Jamás hubiera creído que el juicioso tuviera tan buen gusto. No tendrá necesidad de nosotras para comprar las vistas.

Esta palabra, que suena tan alegremente en las familias ricas, produjo entre nosotros un poco de frío. Mamá suspiró con tristeza, y no pudo menos de decir:

—La madre del novio es la de las vistas.

—¡Cál!—dijo Carlos;—nosotros no estamos en ese caso; á más de que yo conozco á un señor Loirier que se pondría en lo que era de razón, si alguno se metiese á comprarle las vistas para la boda de su ahijada.

El consentimiento de mamá estaba ya dado desde el día siguiente al de la llegada de Carlos, cuya estancia se había prolongado, principalmente con motivo de mi sarampión. El sarampión había sido causa también de que casi todos los grandes consejos de nuestra familia se hubieran celebrado lejos de mí, sin que yo pudiera formular la menor reclamación; pero estaba perfectamente enterado de todo, lo mismo que si los presenciara, porque Carlos ocupaba mi mismo cuarto y no había perdido su costumbre de consultarme sus cosas, como si yo fuera un hombre. Este es un hecho, aparte que tenía su origen en la excesiva ternura de Carlos para conmigo. No pretenderé yo erigirlo en sistema; pero es lo cierto que nada eleva el corazón de un niño como la confianza que en él se deposita. No acertaría yo á ponderar bastante con qué concienzuda atención pesaba mi inteligencia el pro y el contra de todo lo que atañía al interés de Carlos. Carecía, sin duda, de experiencia y también de conocimiento, pero tenía la buena fe y el instinto. Carlos me sugería, por otra parte,

sin que ni él ni yo nos pudiéramos dar cuenta de ello, soluciones muy superiores á mis años; el mismo Adolfo no hubiera discurrido con más sangre fría ni con más prudencia que yo.

No hay que reirse; pero daba yo consejos excelentes, que Carlos tenía dentro de sí, es verdad, pero que no se le ocurrían; mucho antes que él sorprendí yo el estado exacto de su corazón; por lo que él me decía, pero mucho mejor que él conocí yo el fuerte y el flaco de la preciosa Clemencia, que para mí corría sobre una tabla con ruedas.

Carlos creía amarla mucho, y no dejaba de reprenderse un poco á sí mismo por ello, por más que este sentimiento fuese enderezado á Dios y envuelto en una piedad admirable; pero la amaba todavía más de lo que él creía, y los ángeles debían sonreír al contemplar el varonil candor de su alma, á la vez tan robusta y tan sencilla.

Los otros no sabían todo esto como yo; yo era el confidente á quien, á decir verdad, no confiaba él secretos de palabra, pero á quien dejaba leer en aquel hermoso y dulce libro, cuyas hojas permanecieron immaculadas siempre.

Nadie ha leído allí por conducto mío, y nadie leerá tampoco en adelante, al menos ciertas páginas que yo hojeé á pesar suyo, y aun á pesar mío, por sorpresa, páginas que yo repaso ahora en mi memoria con amoroso respeto.

Lo que me callo es por desconfianza de poder expresar hasta qué punto nuestro Carlos era una humilde, bella y noble criatura. El mundo le vió y le hizo bur-

la, de miedo de tener que admirarle demasiado. Puede decirse que asustó á todos aquellos que buscan el mal debajo del bien.

Niños, vosotros hallaréis durante el curso de vuestra vida hombres de esos desgraciados y armados hasta los dientes, demasiado conocedores de la vida sin virtud, es decir, de su propia vida, para creer en la virtud, cosa ya de hoy arriba sospechosa al buen sentido público. Pero no son estos hombres la causa de esa desconfianza; eso está hoy en la atmósfera. Las naciones, que tienen reblandecida la columna vertebral, respiran una atmósfera de desconfianza, y Jesucristo nuestro Señor, cuando hubo llenado la Judea de milagros, fué condenado á muerte por los judíos, irritados de no poder descubrir el escondrijo donde seguramente ocultaba su pecado. Nosotros somos los judíos.

Hay que tener pecado; es como el pasaporte para andar por el mundo, y hay que exhibirle. El que no pueda mostrar como disculpa su pecado, está perdido ante nosotros.

Pues bien, yo no quiero decir que Carlos estuviera sin pecado, porque un hombre tal no existe sobre el haz de la tierra; pero de entre todos los hombres que yo he conocido, Carlos era el más puro, y su memoria queda en mí como un perfume que conforta é ilumina.

A la conclusión de la cena, Juliana trajo una fuente de buñuelos que no se la había mandado. Antes de posarla sobre la mesa se paró detrás de la silla de mamá, y la dijo en tono de proclama:

—Esto es para saber si tengo libertad para dar una sorpresa de finura á nuestro señorito Carlos por la cir-

cunstancia del fausto acontecimiento de que no ha habido para mí más que tapujos hasta esta misma tarde, lo cual no quita que yo lo haya adivinado todo como si me lo dijeran, á causa del mucho apego que tengo á la casa.

—¿Qué es lo que dice?—preguntó mamá.

—Buñuelos—respondí yo.

Luisa fruncía el entrecejo, pero mamá se echó á reír olfateando y diciendo:

—¡Y huelen bien! Dala las gracias á nuestra Juliana, Carlos, porque es excusado; á sus años nadie se cura ya ni de la curiosidad ni del apego.

—En cuanto á eso—replicó Juliana—yo tengo los mismos años que la señora, ¡justos, justos!

Y plantó los buñuelos delante de Carlos, que la dijo:

—Mucha gracias ¿sabes? Pero si no te das un nudo en la lengua, conmigo lo has de ver.

—Bueno, bueno—dijo Juliana;—ya han tratado mucho de hacerme hablar en el mercado y en otras partes, pero ¡que si quieres! El carpintero de abajo me ha dicho: «¿Conque ahora ya se casan los capuchinos?» Y perdí media docena de peras cocidas muy ricas por tirárselas á los ojos, eso sí; pero ya las he repuesto de mi bolsillo, y me ha dicho con mucha cortesía que le dispensara; y se las tiré con tanto más gusto, cuanto que también había andado hablando sin fundamento de nuestro Juanín por lo tocante á su primera Comunión, que á nadie le importa nada más que á nosotros: el niño tiene su genio... Por eso, señorito Carlos, si alguna vez se le ha visto á usted no muy grueso, nunca se le ha visto malvado. Y yo todavía quiero mejor á los

que son devotos en demasía, que á los descamisados de Robespierre, ¿no es verdad? Por cierto que si usted quisiera ser muy galante, ofrecería usted esta escultura, que es la de su santo patrón mártir, á la señorita, de mi parte, de parte de Juliana, que les ha educado á todos ustedes, y que está en la familia desde el principio.

Hizo de nuevo la reverencia y alargó á Carlos una imagen de San Clemente, Papa, muy dorada y pintada. Carlos la abrazó y la besó en las dos mejillas. Los demás hacíamos como que nos refamos, pero á todos se nos saltaban las lágrimas. En cuanto á los buñuelos, nunca los habéis comido tan buenos, de seguro. En mi entusiasmo le dije á Carlos al oído:

—¡Ni que fueran de Loudan!



El vaso y el perfume.—La gran noche de Carlos.

La noche de los buñuelos, cuando se hubo acostado todo el mundo, Carlos y yo hablamos en intimidad como otras veces, y yo le prometí formalmente ser bueno. Yo así lo deseaba. No había en mí gran calor ni gran decisión por el bien, y todo esto de la boda y de Loudan me parecía casi como un beneficio directo de la divina Providencia.

Los temores muy naturales de la pobre mamá, y las declaraciones del mismo Carlos en el momento de su primera despedida, me habían dado de nuestra miseria una idea clarísima, que la condición inquieta de mi espíritu sabía encarecer más todavía. No carecimos nunca, sin embargo, de lo estrictamente necesario; pero anduvimos muy cerca, y también es cierto que el barrio comentaba nuestra penuria. Juliana sufría no poco por conservar su dignidad; sostenía batallas campales en el mercado contra los que decían con ayes caritativos que nosotros no podríamos conservar nuestra casa. Porque este es uno de los más terribles síntomas de decadencia. El desamueblar la casa para reducirse á otra más chica es humillar el pabellón, rendirse, y yo anduve una vez á puñetazos en toda regla con un chi-



co del Instituto que me preguntó, «dónde iríamos á escondernos».

No se está bien en provincias para ayunar. En París, á lo menos, se puede vivir en perpetua vigilia sin sufrir compasiones sofocantes y estériles.

Había yo llegado á creer, y quizá no me equivocaba del todo, que los transeuntes me miraban con lástima en la calle. Juliana en estas materias no me daba, en verdad, buenos consejos; tenía ya ella un poco de orgullo por su propia cuenta, pero en tratándose de nosotros, aquel orgullo se centuplicaba.

—No te dejes hollar, chiquito—me decía;—el dar lástima á los demás envilece y no aprovece.

Lo menos que ella hubiera querido que yo hiciese con los que no bajaran los ojos delante de mí, era que les arrancara la lengua. Para ella aún era yo demasiado comedido.

Sucedió sobre este particular una ligera aventura que nos humilló mucho á ella y á mí. No la conté en su lugar oportuno, pues que fué antes de la famosa conversión de la *Girafa*.

Nuestra lechera, que vivía en el campo y surtía los tres pisos de la casa, tenía costumbre de dejar, hacia las cinco de la mañana, sus pucheros de leche en el primer descanso de la escalera, á la puerta de la señora de Moy. Allí había todos los días tres pucheros de leche para ésta, otros tres para los del piso tercero, y uno sólo para nosotros, después de nuestra desgracia.

La pobre mamá, que siempre solía comer de las cosas que no queríamos los demás, tenía, sin embargo, debilidad por una golosina: la gustaba mucho, pero

mucho, la nata, la tela que se forma sobre la leche recién ordeñada, al enfriarse. En vida de papá la hacían siempre el desayuno con la nata de nuestros tres pucheros de leche. Pues bien, aconteció de pronto que, después de haber pasado sin nata varios meses, dió mamá en encontrar en nuestro puchero de leche una porción de nata más abundante que nunca.

Por otro lado, y como en justa compensación, la anciana señora de Moy y los inquilinos del piso tercero, que tampoco aborrecían la nata, se quejaban de no encontrar en sus pucheros más que leche esviriada. Allí había algún engaño. El primero de quien se sospechó fui yo, naturalmente. Pero todos los días, hacia las seis, cuando las criadas salían á recoger la leche, hallaban ya el hurto consumado, y mi reputación de dormicero, sólidamente establecida, era en esta ocasión el mejor abogado de mi honra. Yo no podía ser.

Pero entonces... ¿quién era?

Aún había alguien más dormicero que yo, y era la *Girafa*, que á duras penas se la sacaba de la cama antes de las nueve... Sin embargo, nuestro enemigo el carpintero liberal, que un día se puso al acecho en la escalera al amanecer, inmediatamente después de pasar la lechera, con la vaga esperanza de sorprender á alguno de nuestra casa, vió salir á María de Moy, á las cinco de la mañana, descalza, en camisa, con una preciosa espumadera en la mano, que formaba parte de la famosa batería de cocina con que en otro tiempo había querido exterminarme. El feroz carpintero no hizo mucho ruido ni provocó un escándalo porque trabajaba para la señora de Moy; pero no ocultó tampoco que

había sorprendido á la *señorita* desnatando todas las ollas de leche de la casa, y echando toda la nata en la olla de casa de Juliana.

Este hecho singular, y sin duda alguna reprehensible, tenía origen de la compasión llena de ternura de que la pobre *Girafa* se hallaba poseída para con mamá y con todos nosotros. Se la llamó ladrona en la cátedra de la doctrina, y el señor Huet la aplicó un severo castigo, sin perjuicio de seguir afirmando, cada vez más, que tenía un corazón de oro; pero ni Juliana ni yo la perdonamos el haber querido «hacer una caridad» á mi madre.

He recordado esta anécdota porque Carlos aquella noche hizo la guerra á mi rencor y á mi orgullo. Púsose á explicarme cómo el señor Huet, sin disculpar á María, que se había hecho culpable de una falta real y verdadera, había podido defender su travesura, su ignorancia y su generosidad.

Pero yo le detuve al llegar á esta palabra, y exclamé:

—¡Ah! ¿Conque ahora hay que robar nata para ser generoso y tener buen corazón? ¡Muchas gracias! Pues yo, por de pronto, no quiero que nadie tenga buen corazón para conmigo.

Carlos meneó la cabeza y mudó de conversación. Me habló de Adolfo, á quien él apenas conocía, pero de quien había oído hablar muy bien.

—Ese—le dije yo—no me humilla, porque es mi amigo.

—Yo creo que has hecho muy buena elección—me dijo,—porque no es cosa de poco haber obtenido el primer premio en la doctrina. Tiene traza de ser un

buen muchacho, muy bien educado; pero has de tener en cuenta que es más rico que tú, y que su familia no tiene las mismas opiniones que la nuestra. Yo en lugar tuyo me iría con mucho tiento. Mi boda no me dará grandes rentas: nada podéis tener por verdaderamente vuestro más que mi trabajo. No hablaría yo así á todos los niños de tu edad, pero tú estoy bien seguro de que has de comprenderme; todo lo que nos venga por medio de Clemencia, siempre se parecerá un poco á la historia de los pucheros de leche desnatados en la escalera.

—¡Ah, eso es!—exclamé yo con impetu.—Sí, sí, ya te comprendo... ¡Calla!... Es verdad... ¡No hay nadie honrado más que tú y yo! ¡Quisiera tener aquí, para que te escucharan, á todos los que te llaman santurrón y mojigato!

—Á esos—me respondió él,—amémosles y detestemos nuestro orgullo. El desprecio que de nosotros hacen es nuestro mejor patrimonio ¡No le rechacemos ni aun en el secreto de nuestro corazón!

Mas en este terreno yo ya no le seguía, y casi tenía desconfianza de él cuando hablaba de esta manera. Yo quería el aprecio y la estima para él, que lo merecía tanto, así como para mí y para todos los de casa. Quizá en rigor el común de los pavos hinchados de vanidad, á que se llama «todo el mundo», no están obligados á llegar á la milagrosa abnegación y al santo abandono de esos mojigatos, es decir, de los santos. Ni tampoco se puede racionalmente esperar que haya nunca entre los buenos burgueses, como nosotros, bastante inteligencia cristiana para que las leyes y los usos del mundo reconozcan antes del fin de los tiempos la li-

bertad del heroísmo sobrenatural: el derecho á la imitación de Jesucristo.

En cuanto al grito aquél que acababa de escapárseme en mi entusiasmo egóísta, «no hay nadie honrado más que tú y yo», ved aquí su explicación: Ya os he dicho antes que yo era un malicioso escuchador de conversaciones ajenas, y que en provincias las ventajas y utilidades matrimoniales hacen el gasto en todos los corrillos. Sin tener indulgencia ni medida, estigmatizaba yo con extremado rigor aquella... ¿cómo la llamaré?... aquella fiebre de cálculo, aquella preocupación un tanto desprovista de dignidad, pero llena de aritmética, que arrastra á buen número de personas, por otra parte muy buenas, á confundir el matrimonio con un negocio, y á tomar al joven casadero por un cesante que busca un empleo decente y bien retribuido.

Ciertamente que no razonaba yo mi opinión en estos términos claros y precisos; pero así la sentía, y con tanta más energía y vigor, cuanto que veía muchos ejemplos en que apoyarla. Y después de cincuenta años, tampoco reniego de ella por entero.

Hemos asistido en este siglo á una lucha casi siempre desgraciada: hemos visto decadencias enormes y persistentes; derrotas imposibles y convulsiones extravagantes. No llego á imputar nuestras desgracias públicas á la pacífica industria de los jóvenes que se *casan para vivir*; pero sí digo que ha podido contribuir á nuestros desmayos. Yo he vivido en un mundo y en un tiempo de desaliento político en que gran número de padres, en lugar de dar á sus hijos el arma de los es-

tudios para ganar la vida, les trataban como á hijas, y decían: «Se les casará». Error de sexo. Hay en la Sagrada Escritura la historia de Ruth; pero yo no he leído en ella, ni en ningún otro lado, que un hermano de Ruth, hallándose en la escasez, se casara con la tía de Booz para salir de ahogos.

A cada uno su papel. Hay horas en que Dios mismo da la señal del combate. Para combatir es menester ser hombre. Algunas familias que servían á Dios, en mis tiempos, cometieron, no obstante, una falta grave por no continuar formando hombres. Gracias que aquello fué breve. Sin embargo, cuando llegó la hora del combate se vieron llegar algunos héroes, pero en número demasiado pequeño para conseguir la victoria.

Las cosas han cambiado desde entonces, y se acerca el momento en que todos los puestos de honor se hallen de nuevo bien ocupados. El trabajo ha vuelto á entrar en las familias cristanas. El exceso del mal ha despertado al bien, que se había dormido. El nivel de los pensamientos vuelve á elevarse; se habla todavía de *esperanzas* y de utilidades, es verdad, en nuestras provincias, y aún queda quizá algún rincón donde el matrimonio, cosa santa, es mirado como «carrera»; pero este inocente error tiende á desaparecer. Nuestros hijos saben que su porvenir está preñado de amenazas; y también saben que Dios no protege al que no adquiere ó procura adquirir la fuerza y la habilidad que son menester para protegerse á sí mismo.

Esto es mío sólo. Carlos rara vez tocaba la cuerda de la reprensión; no era severo sino para sí mismo; y aquella noche en especial me habló únicamente de él

y de mí. Estuvimos despiertos hasta muy tarde. Se había sentado sobre la cama, y le veía yo distintamente, por más que había él apagado el quinqué hacía rato. Había luna; Carlos se hallaba enfrente de la ventana, y su rostro se destacaba en medio de un campo de luz. Era como una de esas imágenes piadosas en que un rayo oblicuo descende del cielo hasta el semblante del bienaventurado. Carlos era feliz en aquellos momentos, y daba por ello gracias á Dios. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho; su mirada se dirigía á la altura, y decía:

—Mira, Juanín, no tengo ni temor ni escrúpulos con respecto á mi casamiento: yo no había prometido nada, no faltó, por consiguiente, á ningún voto, y cuando escudriño el porvenir lo hago como si no se tratara de mí, ni aun de ella. Nada hay más sublime que esta paz de las personas que confían en Dios. Yo sé que amaré á la que va á ser la mitad de mí mismo aquí abajo; pero sé que la amaré en Jesucristo, sí, en el Corazón de Jesucristo. Allí está mi descanso. Espero que ha de ser dichosa desde este mundo, y me esforzaré cuanto pueda porque lo sea. Sin embargo, ¿es esto posible? No acierto á pensar en otra cosa desde que soy un joven que va á casarse. ¡Ah! ella me ocupa muchísimo; pido sin cesar por ella; la llevo en mí como una madre lleva á su hijo y no se separa de él. Tengo solicitud, ansia verdadera de su felicidad, y ciertamente debe de ser lícito perseguir aquí abajo la dicha para los que uno ama. ¡Qué digo! ¿La dicha ya? Esperar la dicha en el tiempo de la prueba parece contradecirse... Mas todo esto son sutilezas. Estoy tranquilo y animado por mi

abandono en la voluntad de Dios, y ruego principalmente porque ella tenga también este dulce abandono, que es la verdadera, la única alegría. ¿Qué cosa más apetecible que una confianza tan entera y tan dulce? Mi esperanza tiene alas... Oigo algunas veces una voz que viene del mundo, que se ríe, y que dice: ¡Vaya un novio gracioso, que no ama á su novia sino allá entre sus oraciones! Ella lo sabe: no la he ocultado nada de mi alma... Y con todo eso hay momentos en que me considero todavía como un hombre mundano, un despilfarrado que devora en flor la riqueza de su mies celestial. ¡Ya, ya! ¡Ser dichoso tan pronto aquí en la tierra!... ¡Amar á alguien más que á ti, Juanín; más que á mis hermanas, más que á mamá misma, pues que la palabra de Jesucristo lo permite y lo manda! ¿Seré yo mismo? No me conocería si mi nuevo corazón no estuviera todavía bañado en aquel mismo amor grande, imperecedero...

Escuchaba yo aquella palabra que no me agradaba gran cosa, pero que penetraba en mí como un perfume. Ya os lo he dicho, y es verdad: su ternura tenía alas. ¿Y cómo he podido yo permanecer tanto tiempo apegado al mundo, yo que había visto á mi padre y á mi hermano, yo que había visto al alma de un justo subir al cielo, y había visto al cielo descender al alma de un santo?

—¿Duermes, Juanín?—me preguntó Carlos de pronto;—te estoy fastidiando. De tu primera Comuni3n era de lo que debíamos haber hablado esta última noche. Y yo así lo deseaba; ¿por qué habré hablado de otra cosa? ¡Pobre Juanín! has sido malo para los demás, y

principalmente para ti mismo. Apresúrate á ser bueno; todos necesitamos de ti: mamá, nuestras hermanas y yo. Es menester que te halles cuanto antes en estado de trabajar y en estado de rezar. Yo cuento contigo más que todos, porque precisamente vas á nacer ahora hijo de la Eucaristía, ejerciendo un gran poder sobre la omnipotencia de Dios nuestro Señor. Me hace falta tu oración tal como ha de ser en las horas de aquella preparación angélica, para protegerme contra mi propia dicha, para alcanzar de Dios que aparte de mí este cáliz de alegrías desconocidas, si le han de robar alguna parte de mi corazón, que quiere ser todo para Dios... ¿no te duermes?

—No—le respondí,—bien te escucho. Pero tienes razón en decirlo; eres un novio muy original. A la pobre Clemencia no la faltarán sermones contigo, no.

Carlos se echó á reir.

—Duérmete—me dijo luego.—Si mamá supiera que te tengo todavía despierto, me reñiría. Recemos el *Sub tuum præsidium*, entreguemos el corazón á Dios... y ¡buenas noches!

Creo que debía de ser alrededor de la media noche.

Carlos rezó como había dicho, y le ví, por fin, reclinarse la cabeza sobre la almohada. Yo no tenía nada de sueño.

Cada cual tiene su hora, y á la verdad, yo no sospechaba que hubiese sonado la mía.

—Cuéntame un cuento—le dije á Carlos después de unos breves instantes de silencio.

Era ésta una frase que repetía yo maquinalmente á cada paso en mi enfermedad.

—Estoy cansado—me respondió Carlos,—y tengo que madrugar mañana para marchar; pero no da más: hay una historia que te había de haber contado hace ya mucho tiempo, la historia de un tal Carlos...

—¿La tuya?—exclamé yo.—¿Es decir, que tú tienes historia?

Carlos se tiró de la cama, que era una simple tarima, y se puso á arrimarla poco á poco á la mía.

—¿Qué haces?—le dije.

—Levantarme, ya lo ves. Estamos demasiado lejos uno de otro, y mamá hubiera concluido por oírnos charlar... Sí, ciertamente, tengo una historia.

Volvió á acostarse, y parecía estar muy contento. Cuando se hubo de nuevo echado sobre el cabezal hacia el lado de mi cama, nuestras caras casi se tocaban.

—¡Ea!—me dijo,—el primero que se duerma paga una prenda, ¿quieres?... Una vez, era el Carlos en cuestión, tenía once años, era alumno externo del colegio, con muy buenas notas en la doctrina. Llamábanle ya el juicioso porque nunca había sido castigado. A veces hasta ganaba premios; pero sus padres no tenían muchas ilusiones respecto á él, y una vez oyó á su padre que, hablando de él, decía: «No es carne ni pescado, es un neutro». No comprendió Carlos esta palabra; pero se puso intranquilo, porque desde luego le pareció que no era un elogio.

—Lo que es yo sí la hubiera comprendido—le dije.

—¡Ah! es que de ti nunca hubiera dicho papá que eras un neutro. Yo solía ir á casa de Olivier, y le pregunté la explicación. Olivier se echó á reír, y me respondió:

—Eso no es verdad; tu papá se equivoca. No tienes todavía formada tu opinión, y es eso. Cuando la tengas será menester rajarte el pecho para sacártela de allá.

Y añadió:

—Vamos á ver, Carlitos, ¿tienes ganas de hacer la primera Comuni3n?

—¡Caramba! sí, señor—le respondí.—No ha de estar uno siempre en la doctrina.

Olivier tocó las manos una con otra, y me dijo:

—¡Eso es! ¡Ahí estás tú! Hay que ganar certificados. Por lo demás, llevas ya la escarapela, y con el tiempo llegarás á alistarte entre los tuyos. Esto no puede menos de suceder.

Tampoco entendí nada todavía, lo cual era harto frecuente en mí. Ni siquiera sabía yo que Olivier era incrédulo, ni me cuidaba de ello gran cosa.

En la parroquia no teníamos todavía entonces al señor Huet, que nos vino de su aldea dos ó tres años más tarde. Nuestro vicario catequista era entonces un sacerdote joven, sobrino del señor Jamond, que se llamaba el señor Monin, y al cual le queríamos todos mucho. Era alto, delgado, descolorido y guapo de la cara. Olivier, que era su médico, le prohibía predicar, pero él no le hacía caso. Decíase que estaba enfermo del pecho.

Se decía, igualmente, que hablaba muy bien. Yo por mí, á la verdad, no era capaz todavía de apreciar eso; pero cuando él nos decía la extremada ternura que sentía por nuestro Señor Jesucristo, y cuando al hablar de esto se le inundaba de hermosas lágrimas el semblante, me daba mucha envidia; hubiera yo queri-

do llorar como él, porque me parecía que, aun cuando lloraba, estaba bañado de gozo.

También hubiera querido amar como él; pero no sabía cómo hacerlo, ni esperaba aprender. Tú me has dicho una vez, Juanín, algo parecido, y no eres tú sólo; ese es el gran obstáculo á lo que parece: tú me has dicho que no podías amar á Dios porque *estaba muy por encima de ti*, y porque *El no puede tener necesidad de ti*. Lo mismo estaba yo, aunque sin acertar á explicar con claridad mi pensamiento. Es indudable que los buenos corazones sacan sus afectos de su generosidad. Luego después está el amor propio. Amamos á los débiles por el lado malo y por el lado bueno de la naturaleza humana, por compasión y por orgullo, y para experimentar un sentimiento de compasión para con Dios, sería menester haber perdido la cabeza...

Pero te lo repito, Juanín: esas mismas dificultades me arredraban á mí allá á bulto, sin que me las explicara ni empleara jamás el tiempo en querer comprenderlas. Me aprendía mis lecciones palabra por palabra, escuchaba con docilidad las explicaciones, y no me daba cuidado lo demás.

Yo siempre he sido económico, bien lo sabes. Harto se han burlado de mí en casa por eso. Recogía todo lo que andaba rodando, y para ello cuidaba de pedir permiso, pues que debo decir también algunas de las buenas cualidades que tenía: yo era honrado hasta el escrupulo. En mi cuarto, que era entonces el pasillo oscuro en que tú has dormido tantos años junto á mí, detrás del gabinete de papá, había clavado yo una tabla, á manera de estante, en la que iba colocando toda

clase de cosas: botes de pomada desocupados, cajitas vacías y frascos de agua de olor tirados á las barreduras. Estos objetos de tocador no abundaban precisamente en casa; pero como yo no dejaba nunca perder ninguno, tenía la tabla llena, y el mismo papá entró á verla un día con toda solemnidad, acompañado de nuestras hermanas, que me trajeron cada una un carrrete sin hilo. Papá me ofrecía una botella de tinta, cuya última gota acababa de desocupar en el tintero, y nos reímos un poco.

El señor Monin estaba muy cansado después de las lecciones de doctrina; mas con todo, en Cuaresma, en lugar de irse á descansar, se quedaba un rato y hacía una breve plática á los padres de los niños pobres antes de rezar con ellos la oración de la tarde. Estos sermoncitos, muy cortos é impregnados de caridad familiar y sencilla, tenían cierta reputación por la ciudad. Las señoras acudían á ellos, y hasta los señores; se había hecho casi moda el ir á oírlos. Yo no había asistido nunca á estos sermones, porque en cuanto se concluía la lección me marchaba á cumplir con mis deberes. He tenido siempre gran dificultad para el trabajo.

Una tarde, alrededor de las Pascuas, fuí detenido á la puerta, según salía, por toda la familia, que llegaba con papá á la cabeza á escuchar la plática del señor Monin. Me volvieron adentro de la iglesia, y me senté junto á mamá, á quien oí bien pronto suspirar, y después llorar. Luisa y Ana, que estaban á los dos lados de papá, eran unas niñas; pero tenían la inteligencia más desarrollada que yo, y papá las dijo y las repitió varias ve-

ces: «Este joven llegará á ser todo un orador; todo lo que dice es muy sencillo y muy hermoso».

El presbítero señor Monin llegó á ser algo mejor que eso, llegó á ser un santo; murió al año siguiente en el púlpito, á los veintiséis años de edad, predicando la divina agonía de nuestro Señor Jesucristo en el huerto de las Olivas le noche de la cena. En el momento en que mostraba al Hijo de Maria orando con la faz apegada á la tierra, abandonado de todos aquellos á quienes amaba, apoyó la frente sobre el borde del púlpito y ya no la volvió á levantar. Su corazón había estallado de amor dentro del pecho.

Aquella tarde de que te iba hablando, advertido por las palabras de papá, me acuerdo que hacía yo todo lo que podía por encontrar bello cuanto decía el señor Monin, y no fué enteramente sin fruto. Predicaba sobre la falta de perseverancia; el fondo de su pensamiento se parecía mucho á nuestra dulce parábola de la dehesa del Brelut, la cepa seca que vive misteriosamente por una raíz invisible; y si su argumentación no se apoyaba precisamente en nuestro mismo castaño, que estaba á la sazón en pie y era un árbol robusto cargado de hojas y de flores, presentaba á lo menos la primera Comuni3n santamente recibida como la milagrosa salvaguardia de los corazones cristianos extraviados por los falsos caminos de la vida.

No acertaría yo á referir con exactitud sus palabras, porque él era elocuente y yo no lo soy; pero procuraré dar el sentido que es necesario á mi historia. Decía á su auditorio, compuesto principalmente de madres, y en el que estaban en mayoría las honradas labrado-

ras de nuestros arrabales: «Todas ó casi todas vosotras venís del campo, por más que traigáis ahora el traje de las ciudades: os conozco muy bien; habéis conservado el recuerdo de vuestros juveniles años, el recuerdo de la aldea, de la parroquia, del anciano párroco y de aquel día de sol tan claro y tan ! ello en que ibais con vuestros vestidos blancos, vuestra vela en la mano y vuestra cestita colgada del brazo llena de hinojo, de boj desgranado y de hojas de rosa, y en que vuestras almas, todas floridas también, rebosaban de pureza, de felicidad y de amor. Hay gentes, no lo ignoro, que tienen la desgracia de aborrecer á Dios y de perseguirle. Esas gentes toman con calor la tarea de despojaros de vuestros buenos recuerdos; les arrancan dondequiera que les encuentran, les ahogan y les matan... Pero no es ésta una obra tan fácil. ¿No es así, madres queridas de nuestros muy amados niños? Esos buenos recuerdos son en vosotras persistentes, quieren vivir, se defienden; uno sobre todo, el mejor y el más profundo... ese resiste á todos los esfuerzos, es como el agua de olor que se echó al principio en un vaso enteramente nuevo que se ha estrenado con ella. Puede gastarse en seguida esta agua, se la puede usar á diario, puede evaporarse y secarse, como suele suceder, hasta la última gota, de tal suerte que con el tiempo no quede de ella nada... ¿He dicho que nada? ¡Ah, no; me equivoco, siempre queda algo! El agua se ha ido, pero el vaso conserva el olor aquél que se ha desposado con su virginidad, un olor vencedor de los días, de los meses y de los años, que se ha incorporado al vaso mismo, y que ha venido á ser como su alma, y que no

le deja nunca, nunca, mas que se olvide el vaso en un rincón, mas que se quiebre y se arrojen los cascotes al montón de la basura.

»Así sucede, niñas de otro tiempo, madres de ahora; así sucede con vuestra primera Comunión: está ya lejos de vosotras, muy lejos; se ha evaporado, se ha secado, se ha olvidado, no queda nada de ella, así tal vez habéis podido creerlo; pero ¡abrid el vaso y oled! Abrid el corazón que recibió cuando era joven y enteramente nuevo el penetrante, el divino perfume; buscad, interrogad, aspirad... el perfume está allí todavía, adormecido, pero viviente; y se despierta y despierta al alma entumecida por nuestras innumerables miserias, pecados, pasiones, cuidados, anhelos, penas del pobre, angustias del rico; y se extiende afuera y embalsama el aire en que se desarrolla vuestro penoso y duro trabajo, y le respiráis como una resignación, como un valor... y ¿lo estáis viendo? Nos dais vuestros hijos para que tengan, al llegarles la edad, la indecible alegría que no os faltó á vosotras mismas... y venís con ellos, amadas esposas, tiernas y cariñosas madres; y el perfume arrastra el vaso, el recuerdo llama al corazón, y héos aquí en la casa de Dios, enternecidas, casi subyugadas, porque habéis reconocido aquí el olor, siempre puro, el aliento eternamente joven de vuestra inocencia. Ved aquí todas las cosas de otro tiempo: el altar, y el tabernáculo, y la cera, y el incienso, y el sacerdote, cuya voz resuena bajo las bóvedas, que repiten el eco de los cánticos familiares á vuestros oídos... mientras vosotras lloráis todas lágrimas de ternura, porque vuestra primera Comunión os envuelve y os

opreme como una atmósfera de bendición. ¡Gloria á Dios, gloria á Dios, almas convertidas! ¿Qué importa el intervalo de los días? Eso era ayer, y eso será mañana. Lloráis, luego amáis; el arrepentimiento os devuelve la esperanza en vuestro Padre, que está en el cielo. Prosteraos para implorarle, para darle gracias, para adorar su bondad infinita. ¡Oh almas queridas, embriagaos de ese perfume que no se altera! Ese es el olor mismo, el olor delicioso de los amores celestiales. Glorificad, glorificad á la Hostia, almas curadas; regocijaos, corazones reconciliados; yo os bendigo, yo os perdono en nombre del Dios de la Eucaristía, que no desampara jamás á sus hijos de la primera Comunión».

El señor Monin calló y entonó el *Tantum ergo* para dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Yo estaba conmovido, más que todo por el espectáculo de todas aquellas buenas artesanas que lloraban á lágrima viva, aunque no tanto como mamá. También lloraban algunas damas elegantes, y hasta caballeros, aunque en número bastante exiguo.

Cuando salimos al patio advertí que papá tenía los ojos mojados, pero aun así no podía contenerse de decir alguna gracia.

—¡Bueno! caballero Carlos—me dijo enjugándose los párpados,—yo voy á dar la enhorabuena al señor Jamond por su sobrino. ¡Es un valiente! ¿Has notado bien la comparación?

—Sí, señor; sí—le contesté.

—Yo, si fuera lo que tú, comprobaría la exactitud. Tú tienes en tu cuarto, sobre aquella famosa tabla, algún frasco viejo de agua de olor...

Mis hermanas se estaban ya riendo, por supuesto, y Luisa exclamó:

—El mes pasado le he dado yo una botellita de agua de Colonia, vacía, que andaba rodando por la mesa de mamá desde tiempo inmemorial.

Papá no estaba ya en la conversación; pero yo dije á Luisa.

—No necesito hacer la experiencia, porque ya lo he visto. He olido el frasco, le eché después agua clara, le lavé y nada conseguí: todavía tiene el mismo olor.

Mamá, que iba ya andando, me llamó y me dijo:

—Eres un guapo niño, Carlitos; ya veo que lo has comprendido todo.

—Es verdad, sí—la respondí yo,—y daría todo cuanto hay por hacer una buena primera Comunión.

Mamá me cogió por la mano y empezó á predicarme; pero yo tenía una idea que me preocupaba del todo, y la hice esta pregunta:

—¿Tiene obligación el señor Monin de escucharme si yo le hablo?

—Y se dará por muy contento de escucharte—me respondió mamá;—sólo que tiene mucho que hacer, como es tan caritativo y tan celoso... ¿Qué es lo que quieras saber?

—¡Ah!—respondí yo,—casi no sé lo que quiero saber. Tendría que escucharme mucho, mucho tiempo. Dios puede hacer todo lo que quiere, y no necesitaba de tantas historias para salvarnos. Me parece que había de quedarme mucho más á gusto si alguno como el señor Monin me dijera para qué sirve todo eso.

Mamá lanzó un profundo suspiro, y murmuró:

—¿Qué es eso, Carlines, no estás más adelantado que hasta ahí?

Pasábamos entonces precisamente por delante de la casa en que vivía nuestro joven vicario, y le vimos venir á buen paso por delante de las tiendas sin mirar á un lado ni á otro, y entrar en el portal.

—¿Lo ves—dije á mamá—cómo tiene miedo de que uno se le acerque?

Mamá se asomó á la puerta del portal, y le llamó. El señor Monin vino en seguida. Tenía traza de estar muerto de fatiga. A las primeras palabras, harto embarazosas, de mamá, me cogió por la mano, y me dijo:

—Ven conmigo, amiguito...

—¡No sin que antes le dé yo á usted las gracias por el bien que acaba usted de hacernos á todos!—exclamó papá, que llegaba entonces delante de la puerta.

Pero el vicario subía ya la escalera á grandes zancadas. Levantó el picaporte de una puerta en el tercer piso, y me introdujo en una habitación bastante espaciosa, casi desamueblada, con el suelo de ladrillos, donde una anciana de semblante triste hacía media junto á un velador, en el que ardía una vela. Era su madre, que había ya perdido otros cuatro hijos, todos del pecho, y no la quedaba más que él.

—¡Señor Cural—le dijo en tono de reconvención cariñosa,—ya sabes que yo no puedo, aunque quiera, tomar la medicina por ti; tampoco has vuelto á las cinco á tomar la sopa, como te han mandado. Es un pecado matarse como tú lo estás haciendo.

El sacerdote la besó con ternura y cogió una escudilla de sopas que hervían sobre una lamparilla de al-

cohol. Las comió en un instante, no con apetito, pero con ánimo, con el valor del que desempeña un acto á que está obligado.

—Madre, estaban muy ricas—dijo cuando las hubo concluido.

—Muchas gracias—respondió la anciana señora;—pero estoy segura de que ni siquiera las has tomado, el gusto, ni entiendes de eso gran cosa, señor Cura.

La señora se retiró casi inmediatamente, y me dijo muy bajito al pasar junto á mí:

—No le entretengas mucho tiempo, querido mío; ya ves cómo está, que da lástima.

El señor Monin se había sentado en un sillón de paja al lado de la chimenea, cuya tabla superior estaba llena de libros y de papeles. Se enjugó el sudor de la frente, y me dijo:

—Antes debías ya haber venido á verme, mi amigo Carlitos. Bien veo que se te atasca el carro, pues por lo demás no te falta buena voluntad. Vamos, vacía el saco mientras yo soplo la lumbre. Mi pobre madre tiene razón: estoy muy fatigado, pero es de no hacerlo bastante; dímelo todo como si te hablaras á ti mismo.

Me dió un crucifijo á besar, y comencé inmediatamente. No era aquello una confesión, jamás me confesé con él; pero se lo dije todo, en efecto, muy de grado, y por cierto que debí andar bastante confuso en la relación, pues que me sería imposible acordarme de ninguna de mis palabras. La sustancia era que yo no sabía una palabra, que creía mal, que esperaba poco y que no podía amar nada.

Siempre pienso en Olivier cuando el recuerdo de

aquella hora, tan grande en mi vida, me cruza por la mente. Cuanto más inteligentes son los hombres, siempre que estén en el error de buena fe, tanto más se parece el obstáculo que les separa de Dios á la ignorancia de los niños.

El señor Monin me dejó hablar todo lo que quise. No se bollandaba y tenía los ojos cerrados. Por dos ó tres veces me ocurrió la idea de que le habría rendido el sueño; pero de repente tornó á abrir sus grandes ojos para fijarlos en mí sonriéndose. Yo no ví allí nada de cansancio. Me dijo lo que me había dicho mamá:

—Carlos, hijo mío, no estás demasiado adelantado; pero no te asustes. Yo he estado más atrasado que tú, y otros mejores que yo han despertado más tarde todavía que yo. La fe, la esperanza y la caridad son tres virtudes, es decir, tres fuerzas, y por consecuencia, tres dones sobrenaturales. El hombre no tiene de suyo más que la buena voluntad ayudada por la oración. Todo eso que te lamentas de ignorar lo tienes en el Catecismo, y si leyeres con atención las dieciséis páginas de tu *Compendio de la doctrina cristiana*, allí encontrarías, no la explicación de los misterios, que nadie puede adquirir aquí en la tierra, porque es cosa del cielo; pero sí la historia de los designios de Dios, la historia de su amor, y la gran lucha de su infinita misericordia contra su infinita justicia en favor del hombre, creado primeramente en una condición admirable, y levantando más alto, si cabe, ahora después de su caída. ¿Qué puedo yo decirte? Tú crees en Dios, y en Jesucristo Hijo de Dios, tú has nacido en esta fe que nada ni nadie ha podido alterar en torno tuyo. ¿Para qué

hablarte á ti, como á un incrédulo? Tu mal está en no amar á Dios. Bien, tú sientes la necesidad de amarle, porque tú sabes, porque ya te lo han dicho, que para recibir á Dios en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía es preciso amarle más de lo que amas á tu madre, y esto te desespera. Este es el caso, ¿no es así? Tú eres un guapo niño que acudes al sacerdote encargado de instruir á los niños, y le dices: «Hágame usted conocer á Dios para que le ame». Escúchame:

«En el principio de los tiempos ya existía Dios, y el Hijo de Dios estaba en la gloria eterna de su Padre. Dios crió el mundo y crió al hombre, libre, con la facultad de elegir entre la obediencia y el pecado. La serpiente tentó á la compañera del hombre, la cual tentó al hombre, y ambos á dos cayeron. Dios maldijo al tentador y prometió que su cabeza impura sería aplastada por el talón de una segunda Eva. En el momento en que la mancha original se imprimía en la frente de la raza humana, Dios veía á través de los tiempos á la Madre siempre virgen y concebida sin pecado, de quien había de nacer la redención de los hombres.

»Ahí tienes ya á Dios, tu padre del cielo, ocupado en hacerte bien desde el primer día, y aun antes de todos los días en su eternidad; ahí le tienes preso de ese inconcebible amor por tu alma, amasando él mismo con sus manos el trigo misterioso de tu primera Comunión. ¿Es demasiado grande? Ríndele gracias por su misma grandeza. Este Dios de caridad inmensa é infinita te ha amado á ti, su criatura, hasta el punto de sacrificarte su propio Hijo, que es Dios...

»Mira, Carlos, ¿has oído hablar en el púlpito ó en alguna otra parte de la locura de la cruz? ¿Has oído al menos designar por ese nombre á la muerte de la inmortalidad, maravilla imposible y cierta, eterna como todo lo que es del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿Y no amarías sobre todas las cosas y por encima de todo, y mil veces más que á ti mismo, á tu Criador y bienhechor, que te abruma con un testimonio de ternura semejante? ¿Dirás todavía que está muy distante de ti y muy por encima de ti ese Dios que confunde la sustancia de su sustancia con tu carne y tu sangre?

»¡Que no le conoces! ¡Abre los ojos, abre el entendimiento, abre el corazón! Ya viene: dale paso por entre los labios... ¡Oh! la verdad es que tendrás que decir con el Centurión, dándote golpes en el pecho: «Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada»; pero ¿quién es digno? ¿Y no te responderá el Dios generoso que no niega nada al alma del niño, amada de su inaudita ternura, no te responderá pronunciando la palabra eficaz que crea la virginidad de nuestro corazón y renueva la recta luz del espíritu hasta en la profunda noche de nuestras entrañas? ¡Hijo mío! ¿Qué buscas? ¿Una comparación entre tu Dios y tú? ¡Pero si te ha hecho á imagen suya! ¿Un lazo? ¡Pero si estás ya unido á él por cada fibra de tu sér, y eso que en el punto á que ahora llegamos en nuestra lección, todavía Jesucristo, el lazo de amor espléndido, la viviente cadena de caridad, no ha nacido en el tiempo!...

»Cuatro mil años había esperado el mundo el cumplimiento de las promesas, cuando el ángel Gabriel fué enviado á Hebrón á casa de Zacarías, esposo de la es-

téril que debía concebir al Precursor. Y así se abre la era de la Eucaristía.

»Seis meses después, la Virgen Inmaculada, hija de David, que moraba en Nazaret, sintió también el rumor de las alas del Angel, que la dijo: «Dios te salve, »María, llena de gracia, el Señor es contigo».

»Había sido criada en el templo; estaba desposada con el justo José, también de la sangre de David. Al anuncio temible de su maternidad, la que era la Virgen de las vírgenes, respondió: «Yo soy la esclava »del Señor». «

»¡Hijo mío, querido hijo mío, que este sea el grito de tu alma!

»Y María, en quien estaba ya el germen de Dios, se puso en marcha para Hebrón á través de las montañas. Los dos niños, el Señor y su siervo, se conocieron en las entrañas de sus madres.

»Y Santa Isabel dijo á la bendita entre todas las mujeres: «¿De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi »Salvador me visite? Porque en cuanto he oído tu voz, »mi hijo ha saltado de gozo en mi seno...»

»Y también nosotros, desde el momento que oímos esta voz, la vocación oculta palpita en el fondo de nuestros corazones. ¡Oh torre blanca de David! ¡Oh Madre de la divina Gracia! El cielo y la tierra escuchan el cántico que brotó aquel día de vuestros labios en ondas de alegría celeste: «Mi alma glorifica al Señor, y mi es- »píritu se trasporta de alegría en Dios mi Salvador...»

»Porque ha mirado la humildad de su esclava, y por »eso me llamarán la bienaventurada todas las genera- »ciones.

>Ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso...>

>Este es el canto de María Santísima, Carlos, mi querido hijo, y este es el canto del alma, de toda alma á quien ha visitado el Espíritu Santo. Porque las grandes cosas se perpetúan de generación en generación; porque Jesús es enviado á nosotros como fué enviado á María. ¡Vaso de amor, Madre de toda verdad, María, Virgen María, rogad por nosotros!...

>Hacia seiscientos años que Isaías, hijo de Amós, había dicho: «Una Virgen concebirá y parirá un Hijo». Era la fiesta de las luces. José y María entraron en Belén de Judá, adonde iban por cumplir la ley, y María estaba en el término de su embarazo. La fiesta tenía llenas todas las posadas. La joven madre se albergó en un establo, y allí tuvo lugar esta página tierna y encantadora de la historia, la más grande del mundo: Jesucristo recién nacido, acostado encima de la paja de un pesebre en que comían el buey y la mula...

>Ya sabes tú todo esto, Carlos; pero vuelvo á decirte porque te parecía que Dios estaba muy alto. Mírale aquí bien pequeño, y tan bajo en esta adorada figura de la humildad traída al mundo por la ley nueva, que tendrás que inclinarte hasta el suelo para amarle. Así lo hicieron los pastores á quien se apareciera el ángel, y los Magos que habían visto la estrella en el cielo del Oriente.

>El otro niño, el que había saltado de gozo en el vientre de Isabel á la voz de María, Juan Bautista, ayunaba y oraba en el desierto. Jesús vivía en Nazaret, del trabajo de sus manos, entre José y María. Juan y Jesús no se habían visto nunca. Juan era la voz que

clamaba en el desierto, preparando y allanando los senderos del Señor. «Haced penitencia—decía—porque se va aproximando el reino de los cielos», y administraba el bautismo de agua hasta tanto que el Otro, más poderoso, vino á traer el bautismo del Espíritu y del fuego.

Al encontrarse los dos en las orillas del Jordán. Juan reconoció á Jesús, á quien jamás había conocido; á su presencia se estremeció en sí mismo como se había estremecido á la proximidad de María en el vientre de su madre, y no quería bautizar á Aquel ante el cual no era él digno de arrodillarse para desatarle las correas de sus sandalias; pero Jesús se lo ordenó terminantemente, diciéndole: «Hazlo. Es menester que tú y yo cumplamos de esta suerte toda justicia».

Y mientras Jesús, bautizado, rendía gracias al Padre celestial, se abrieron los cielos dando paso á una paloma, cuyo vuelo se detuvo sobre él, y á una voz que sonó, diciendo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido».

Cuatro hombres han contado la vida de Jesús, larga cadena de milagros que siguieron á este milagro: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, hijo del Zebedeo; y esto es el Evangelio, pues que nada es conocido de los treinta años que vivieron en Nazaret el Padre nutricio, la Madre y el Hijo, dulce trinidad de la tierra que acostumbramos á invocar bajo el adorable nombre de la *Sagrada Familia*. El Evangelio es la historia de las grandes cosas que Dios obró en el seno de María, y que María veía en éxtasis cuando exhalaba el *Magnificat*; el Evangelio es el nacimiento, la vida y

la muerte de la Hostia, y es principalmente el viaje de la Hostia del Jordán al Calvario. Dios cuenta allí, por el órgano de sus santos, aquellas grandes cosas que había anunciado por boca de sus profetas, y que ejecutó en la segunda persona de su augustísima Trinidad para preparar tu primera Comunión, Carlos, pobre niño querido, que no puedes amar á Dios.

»No tengas miedo: tu enfermedad no es incurable; la Hostia que te llama es para ella el soberano remedio. Y el Evangelio, coronamiento nuevo del antiguo tabernáculo, última y espléndida hoja del libro de los siglos, ha sido dictado para tu curación. Las Santas Escrituras, todas ellas prometen la Hostia como el Evangelio la celebra y la adora. Todo ello es Jesús; y no hay nada en todo ello más que Jesús, Dios hecho carne para que los niños vengan á Él, para que tú puedas amarle, Carlos; Jesús el Mesías, Salvador, Hostia, Jesucristo, el Cordero divino, la Ofrenda de amor, el perdón del mundo reprobado...

»¿Lo has comprendido y lo crees? Todo lo que Dios ha hecho desde la caída del primer hombre, figura y sombra del hombre Dios, hijo de Dios, que va á ser Redentor de los hombres, funda, y prepara, y verifica esta gran limosna, la obra maestra de la caridad eterna, tu salvación, hijo mío, y mi salvación; tu primera Comunión y mi misa de cada día; el beso del cielo á la tierra, el grande, el augusto, el inefable, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

»Jesús pasó manso y humilde de corazón, por entre el orgullo y la cólera de los judíos, que conocían que era Dios y se irritaban por sus beneficios, porque el

odio extraño, que ha sido el tormento de las edades modernas, comenzó desde entonces. Es menester que Jesús, la víctima necesaria, sea incesantemente sacrificada, y el sacerdote Caifás, profeta sin saberlo y sin quererlo, expresó en un sentido judaico el misericordioso pensamiento del Altísimo, cuando dijo: «Conviene que un solo hombre muera para salvar á todo el pueblo».

»Pues bien, á la terminación ya de aquellos tiempos de que los Evangelios son la crónica auténtica, el día en que debía comerse la Pascua, víspera de su condenación, de su suplicio y de su muerte, Jesús ordena á sus discípulos preparar la Cena en cierta mansión cuyo dueño no tiene nombre. La carne simbólica del Cordero se llamaba ya *Eucaristia*, «buen amor» ó «buena gracia». Jesús lavó los pies de sus discípulos. Estando para concluir la Cena, tomó el pan, que bendijo y partió después de haber dado gracias, y le ofreció á los doce diciéndoles, pues que había llegado su hora: «Tomad y comed, este es mi cuerpo que se va á dar por vosotros. Haced esto en memoria mía». Y comieron todos, hasta Judas mismo.

»En seguida tomó Jesús el cáliz en que echó vino. Dió gracias y dijo también: «Bebedlo todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será derramada por vosotros y por muchísimos para que sean perdonados los pecados». Todos bebieron, y también Judas, el primero que hizo un ultraje al Santísimo Sacramento, y de quien Nuestro Señor dijo: «Mas le valiera no haber nacido».

»Cuando Judas se hubo salido para ganar sus trein-

ta dineros, Jesús exclamó: «¡Esta es la hora en que el Hijo del Hombre es glorificado!» El adorable misterio que nosotros llamamos la Pasión de Nuestro Señor había comenzado, y Jesús presentía los triunfos de su agonía.

»Predicó por la última vez. Un torrente de ternura y de sabiduría corrió de su corazón por entre sus labios. Entonces nos dejó de sí mismo este eterno retrato: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; confirió el don de los milagros á aquellos que debían ejecutar y cumplir su testamento, y les prometió la venida del Espíritu Santo consolador.

Después, habiéndose cantado el himno, dijo por fin: «Levantaos y vámonos de aquí», y se puso en marcha para el huerto de las Olivas... Carlos, haz la señal de la cruz. La cruz no está aquí todavía, lo que hay aquí es que Jesús-Hostia va á darte su alma en rescate de la tuya antes de entregarte su cuerpo. No iremos juntos hasta la cruz. Tú amarás antes de llegar al Calvario.»

—Aquí—dijo Carlos interrumpiéndose—el señor Monin se persignó, y yo le imité. Después se llevó disimuladamente el pañuelo á la boca. No sé qué cosa me oprimía el corazón, pero yo no amaba todavía, y este no se qué era quizá la mancha roja que los labios del señor Monin acababan de imprimir en su pañuelo blanco.

Todos los niños conocen esta alianza de palabras terrible: «vómito de sangre». El señor Monin vomitaba sangre. Ya sabíamos eso en la cátedra de doctrina, y que sus días estaban contados. Lo que debía suceder, en efecto, más tarde, estaba anunciado de

antemano y repetido con frecuencia entre las personas piadosas que le querían, y nosotros los niños lo tomábamos al pie de la letra: se decía que el señor Monin ponía en grave peligro su vida cada vez que se dejaba llevar en el púlpito de sus arrebatos de amor divino, hablados casi en voz baja, pero cuyas llamas, porque su resuello era un fuego, corrían de corazón en corazón hasta las últimas filas de su auditorio. Estas cosas penetraban profundamente y no se borraban. Nosotros solíamos decir que él «se quitaba la vida».

El señor Monin continuó:

—No estaba yo del todo como tú, Carlos, querido hijo mío; yo amaba ya, pues mi pobre madre, á quien acabas de ver, que era todo mi corazón aquí en la tierra, no había podido impedirme entrar en el Seminario. «Los otros se han muerto—me decía,—no me abandonas tú». Y al oirla se me desgarraba el alma; pero seguí mi camino. Yo quería amar más todavía; tenía una sed ardiente de amar. Mi patrono y abogado es San Juan Evangelista, cuya cabeza reposaba sobre el corazón de Jesús la misma noche de la Cena, que fué la primera de todas las Comuniones.

»Una tarde, meditando durante la Semana Santa, poco antes de ordenarme, rezaba yo á este discípulo predilecto á quien había recurrido con frecuencia para que viniera en mi ayuda; le pedía que me dejara seguirle con el pensamiento por el camino que conduce de Jerusalén al huerto de Gethsemaní. No tuve visión alguna, pero escuchaba en mi memoria el canto del Evangelio según San Mateo, tal como le había oído en la Misa mayor el Domingo de Ramos. Jesús iba delante

de nosotros, como es cierto que fué delante de los apóstoles. ¡No les hablaba ya! Hablaba á su Padre y llevaba consigo aquella tristeza milagrosa que no ha sabido pintar palabra alguna.—¡Oh Dios de amor! decía yo para mí, el oído de este discípulo, que tenía apenas mi edad, y que me ha dado su bienaventurado nombre, escuchó latir vuestro corazón. Yo creo en vuestro sufrimiento infinito, que era imposible, pero que fué desde el momento en que vos lo quisisteis! ¡Dios todopoderoso, hacédmele sentir en lo profundo de mi sér por el nombre de vuestra Madre dolorosa; haced que yo os ame por aquel sufrimiento tanto como os amó María Magdalena! ¡Que mis lágrimas inunden vuestros pies como el unguento de la pecadora, y que sean enjugados por el ardor de mis besos!...

»Y el canto de la Pasión decía á mi recuerdo: «Tomó consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, y comenzó á ser presa de la tristeza, y á anegarse en el dolor. Entonces les dijo: *Trite está mi alma hasta la muerte; velad y orad conmigo...*»

»¡Hasta la muerte, Dios mío, Dios eterno! Hay deseos demasiado vastos para el corazón del hombre, que no podrían verse saciados en la tierra! Miserable insecto como soy, no poseí el secreto del Hijo del Hombre; pero su misericordia me escuchó en la medida de mi humildad, y recibí en mí el reflejo de la agonía divina, que es toda de amor... Arrodíllate conmigo, Carlos, como Jesús se prosterna, la faz contra la tierra, y mira al sagrado Corazón de Jesús muriendo de amor.

»Meditemos. Amor de Dios: *Padre mío, si es posible,*

que se aparte de mí este cáliz; mas, sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como Vos queréis.

» Amor de los hombres, representados aquí por los tres hombres más cordialmente devotos suyos que había en el mundo, y que SE HABÍAN DORMIDO: *¡Así no habéis podido velar una hora conmigo!...*

» ¡Y tres veces, Carlos, entiéndelo bien, tres veces lo mismo! ¡Los Apóstoles fueron despertados y se volvieron á dormir hasta tres veces! ¡Promesa, síntoma, amenaza de incurable ingratitud suministrada por los hombres en la hora misma del sacrificio inaudito consumado en favor de los hombres; abandono de los más fieles de entre los hombres en lo más fuerte de aquella desolación inmensurable, voluntariamente aceptada y sufrida por los hombres! ¡Agonía tal y hasta tal extremo viva y penetrante, que el Evangelio según San Lucas nos muestra al Ángel del Señor acudiendo en socorro de Jesús bañado de sudor de sangre!... ¡Carlos, fijate bien, en socorro de Dios! No ciertamente para calmar la agonía de Dios, sino al contrario, para sostener ¡tarea terrible! en el fondo de aquel sufrimiento íntegro ó más bien redoblado y centuplicado el desfallecimiento inherente á la humanidad de Jesús; en una palabra: para que pudiera beber sin caerse muerto antes de la hora de la cruz el cáliz de sus terrores hasta las heces... Y dijo al fin: *Dormid ya y descansad ahora.*

» ¡Jesús, Dios mío! Entonces ví yo la gloria de vuestro corazón: *¡Hombres, dormid ahora!...* El cáliz de Dios está apurado. Ni una gota de amargura quedaba ya en la copa, ancha y profunda como la ingratitud humana. ¡Ah, me engaño! ¡Quedan las heces, el veneno de las

heces! *Levantaos, vamos, porque ya está cerca el que ha de entregarme.*

»Y esta vez se levantaron. Y el discípulo infiel, el más desgraciado de cuantos han nacido de mujer, vino con el terrible semblante de los sacrilegos que habían de mentir al Santísimo Sacramento en todo el curso de las edades, porque tenía dentro de sí el cuerpo de su Maestro vendido, y hacía traición al amor en un beso...»

El señor Monin se inclinó hasta la tierra y tocaba con la frente en los ladrillos. Cuando tornó á levantarse y me vió deshecho en lágrimas, su pálido semblante se animó y brilló con una claridad extraña. Me arrimó contra su pecho, y me apretó cariñosamente:

«Carlos, querido mío—continuó,—te he dado todo mi tesoro. Jesús dijo á Judas: *Amigo, ¿á qué has venido?* Yo amaba al escuchar esta palabra de amigo, tan vecina del perdón, que llamaba todavía al traidor al arrepentimiento. ¡Yo amaba mucho, oh, mucho!... Amaba más que á mí mismo, como tú vas á amar de hoy arriba, porque Jesús me había abierto, al fin, su irresistible corazón. ¡Jesús, Jesús, adorado Jesús! Yo experimentaba los desfallecimientos de la Hostia, sentía palpitar el sacrificio, mi vocación me levantaba como una ola. ¡Yo amaba! ¡Jesús, oh Jesús mío! ¡Amar, sufrir, amar hasta morir de sufrir! ¡Morir sufriendo largo tiempo, sufrir siempre viviendo sólo de Vos, pan de agonía y de delicias, vino austero y dulce de las delicias y de la muerte! Vos me habéis dicho ¡oh Dios de mi alma! el secreto de este cariño supremo, el deliquio de la fuerza infinita; yo os había visto, doblegaros y

caer bajo la carga innumerable de todos los crímenes de la tierra; había visto á vuestro amor más vasto que ese Océano de culpas, secarle y absorberle. ¡Oh Hijo único de nuestro Eterno Padre, fruto bendito de las entrañas de María nuestra Madre, divino Hermano y divino Maestro, el trabajo de mi nacimiento espiritual estaba cumplido! Vos habfais hecho también en mí la gran cosa. *Magnificat anima mea Dominum*: yo me sentía ya sacerdote vuestro, marchando por el verdadero camino de vuestra cruz... Como tú, ¿no es así, Carlos? como tú sientes en este momento que eres hijo de este mismo Dios muy amado. Yo estaba presto á pisar el Calvario del altar confiando en la santidad de mi primera Misa, ¡como tú estás cierto, Carlos, yo te lo aseguro, de recibir santamente el Pan de la Eucaristía, preparado para ti por tantos milagros, y de no hacer traición á tu amigo celestial en el beso de tu primera Comunión!...»

Yo le abracé llorando y balbuciendo:

—Gracias... gracias... ¡oh! muchas gracias.

El buen sacerdote me apartó de sí suavemente, y ví que se sonreía con una sonrisa de ángel.

—Ahí tienes, ya estás contento, Carlos—me dijo;—contento para toda tu vida, y más allá, pues tu alegría no terminará ni con tu muerte. Ahora marcha, porque va á venir mamá y me va á reñir por haber hablado demasiado. Reza por ella cuando te vayas á la cama... Buenas noches, Carlos.

Su madre estaba allí, en efecto, aguardándome afuera, junto al umbral de la puerta, y la pobre señora me dijo:

—Me le matan...

—¡Madre—exclamó desde adentro el señor Monin,—dele usted la enhorabuena, es dichoso!

*
**

La cabeza de Carlos, según hablaba, se había ido deslizando sobre la almohada, y su boca estaba ya casi tocando á mi oído.

—¿Te has dormido, Juanín?—me preguntó.

—Bien sabes que no—le respondí.

—¿Y hay que darte á ti la enhorabuena?... Tienes los ojos humedecidos, pero no mucho. ¿Eres dichoso como yo lo fui aquella gran noche en que comenzó mi vida?

Me echó el brazo por encima del cuello, y acercó mi frente contra sus labios. Se me saltaron unas lágrimas que me quemaban, y dije por lo bajo:

—¡Cuidado que soy bien duro! Todo eso que me has dicho permanece en torno de mi corazón y me le oprime. ¡Que Dios tenga piedad de mí, pues que yo quisiera recibirle y amarle! Mi noche, la gran noche mía, hubiera debido ser aquella en que la mano de papá se quedó fría entre mis manos, mientras que su otra mano apretaba el crucifijo contra su pecho, y se sonreía mirando al cielo.

Carlos tornó á abrazarme aún más tiernamente. Después se tiró de la cama porque sintió levantarse á Juliana al otro extremo de la casa, y era señal de que habían dado las cinco. El alba naciente nos mostró la ventana gris.

—¡Vivan las noches en que no se duerme—dijo alegremente,—porque no tiene uno el trabajo de desper-

tarse! La mañana está soberbia y me voy á dar un hermoso paseo de aquí á Loudan. Ya tendré tiempo de rezar por ti en el camino, Juanín... Eso ya llegará, ya llegará, no te impacientes, nadie escoge su hora. ¡Quién sabe si te convendrá sufrir y trabajar tú mismo para comprender, ó ver sufrir á alguno á quien tú quieras!... Sufrir todavía mejor que morir... Si tú eres duro, Dios es fuerte...

Se vistió muy de prisa y no pude contenerme de decirle:

—Andas muy á prisa, Carlos; ya sé yo en lo que piensas.

Carlos movió la cabeza sonriéndose:

—Y tú también piensas en ello, Juanín—me dijo.— Reza por mí... pienso en alguien quizá demasiado... Mi camino va á ser encantador bajo este hermoso cielo azul de primavera; pero si hubiera de ser demasiado dichoso al término del camino, no tengas cuidado, que alguna cosa me cerrará el paso; así se lo he pedido á Dios.

Me abrazó de nuevo, y se marchó cantando.



El ratoncito gris.—Clemencia.

No era de creer que la estancia de Carlos entre nosotros, y principalmente nuestra conversación de la noche última, no me hicieran impresión de ninguna especie. Y, en efecto, me hice desde entonces exacto y hasta severo en mis prácticas religiosas.

Tenía buena voluntad de obrar bien, y aun ambición de ser mejor que algunos otros, uno de los cuales confieso que era Adolfo, mi amigo. A mamá se la había escapado más de una vez envidiar delante de mí y para mí las buenas cualidades de Adolfo; y no era necesario más. En resúmen: hubo en mi conducta y en mis tareas un mejoramiento notable; me hice á la vez un buen alumno del colegio y un «niño de la doctrina» tan puntual como instruído.

Parecíame que el presbítero señor Huet me miraba ya con cierta curiosidad, y esto me halagaba. Con frecuencia me daba premios. Nuestro buen cura, el señor Jamond, no cesaba de hacer elogios míos.

—Eso sería muy bueno—solía decir cuando alguien hablaba de mis travesuras,—si no hubiera más que Carlos en el mundo; pero también tiene que haber Franciscos.

Es de advertir que Francisco, mi hermano segundo, acababa de tener un «lance» en el regimiento, y según decían, se «había portado bien». Su adversario se quedó de paisano con un brazo de menos, y Francisco le paga todavía á la hora ésta una pensión á manera de retiro.

—Nuestro Juanín—continuaba el señor Jamond,— será un término medio entre Carlos y Francisco; pero Dios concluirá por tenerles de su lado á todos tres, porque el padre tira por ellos desde arriba.

El lance de Francisco había, naturalmente, causado profunda conmoción en la casa, donde era tiernamente amado. Se le censuraba resueltamente por más que fuera un militar. Mamá nos le recomendó para rezar por él en la oración de la noche en calidad de pecador público, y mis hermanas decían á cada paso y siempre que por cualquier motivo se hablaba de él, que tenía muy mala cabeza. ¡Pero cuánto cariño no había en el fondo de estas censuras! Toda mujer ama el valor y le define lo mejor que puede; la más humilde de entre ellas se deja arrastrar por la gloria, y la ve dondequiera que el mundo la pone. Entre aquellos tres corazones queridos de mamá, Luisa y Ana hubo en esta ocasión muchos pensamientos contradictorios. ¿Dónde no se introducirá el orgullo?

Yo, por mi parte, me solía decidir en pro ó en contra según los casos, porque mi natural era ir contra la corriente. Tan pronto condenaba á Francisco si alguno le defendía con demasiado entusiasmo, como preguntaba á los que le acusaban si querían acaso que mi hermano fuera un cobarde como ese Bertín

Sicard, de Loudan, cuya historia me había contado Adolfo.

En el colegio, si hubiera yo querido apadrinar la calaverada de Francisco, me hubiera realzado mucho entre mis compañeros; pero no quería, pues tanto más rebajado aparecía Carlos en su estima, cuanto más alababan á Francisco. Éste era para ellos un valiente, un calavera de buen género, y Carlos continuaba siendo un mojigato. En el colegio era, pues, donde principalmente afectaba yo despreciar el duelo y la gloria de Francisco.

—Si Francisco os oyera—decía yo,—echaría un jarro de agua en vuestro entusiasmo.

No quiero hacerme más malo de lo que era. El defender á aquellos á quienes la multitud oprimía, se componía muy bien con mi natural, y nada me causaba tanto horror como las cobardes tiranías de la muchedumbre; pero tenía yo también mi vanagloria y una buena dosis de espíritu de contradicción. En el fondo, la locura de Francisco me halagaba, mientras que la fama pacífica y devota de Carlos me fastidiaba y me aburría. Pero me hacía violencia, y me colocaba con valor en el grupo, no muy numeroso, de los convertidos de mi clase; no lo hacía, con todo, sin cierta repugnancia, que es preciso que se me tenga en cuenta; y entre estos convertidos no me distinguía yo ciertamente por mi fervor, ni aun por la conveniencia de mis conversaciones: considerado con relación á ellos, parecía que iba yo á remolque, de mala gana, y como perro por soga; pero enfrente de los otros me sostenía muy firme, y desplegabá con gusto mi bandera aunque no fuera necesario.

Provínome de aquí un honor: los pilluelos de la burguesía liberal comenzaron á llamarme mojigatín, más bien por buscar un diminutivo á mojigato, y por el recuerdo de Carlos, que por mí mismo; pues ni mis amigos ni mis enemigos daban gran importancia á mis accesos de piedad, toda de aparato y como de bandera; pero al fin, lo cierto es que yo me iba inclinando hacia el lado del bien, y allí estaba. Esto es algo, tenedlo por seguro; tres cuartas partes y media de los inconscientes y furiosos soldados del innumerable y siempre creciente ejército de la blasfemia, lo son precisamente por el aire tumultuoso y por lo chillón del uniforme. Van al mal y son del mal por hacerse creer á sí mismos que son personajes terribles que pueden servir para cualquier cosa.

La corriente arrastra. Vamos entrando en el tiempo en que de día en día será más preciso escoger entre las dos banderas. Todos los borregos de Panurgo saltarán hacia la izquierda, unos á causa de algún vicio, otros por algún miedo, no pocos por algún remordimiento, otros, en mucho mayor número, impulsados por algún odio, pero todos sin saber ellos mismos por qué; solamente los pastores del rebaño sabrán por qué saltan. Por cierto que ya hace mucho tiempo que todo convida á saltar á la izquierda, sabiendo por qué. Tityro de Ibetot gana en ello sus gajes de receptor general; Mazagrán gana gloria, trufas, caballos y talegas; la Prusia gana millones, y Voltaire estatuas. Así agonizan las naciones. La Francia de Juana de Arco y de Assas se arrastrará delante de tal cual teje-maneje desvergonzadamente coronado por el éxito, é incensará á

este ó aquel traidor que se haya gloriado de su traición. La Francia de Bayardo no sabrá ya combatir, porque ya no sabrá rezar. Dios es el padre. ¿Qué vale una familia sin padre? *Ubi non est pater nec patria est*. No puede haber patriotismo donde ya no hay Dios.

Andaba yo por mis doce años, iba creciendo y adquiriendo fuerza. Había conocido en la tienda de Ro-boam, el tío de Adolfo, á un inglesito de Jersey, no malo, pero que sabía ya reñir á puñetazos. De él había yo aprendido, ya no me acuerdo cómo, á dar ciertos puñetazos especiales, que á la verdad no he tenido muchas ocasiones de utilizar. Una vez al salir de clase un muchacho llamado Vaucherand, ya grandote, comenzó á insultar y maltratar demasiado á los «convertidos». Era hijo de un pobre diablo de un alguacil cuya desustanciada sopa costaba muchas lágrimas á los tenderillos de nuestra ciudad. Vaucherand tenía travesura y algo más edad que la mayoría de nuestros compañeros. Ya le apuntaba el bozo, fumaba en pipa y bebía sus medias copas, pero no sabía una palabra de ortografía. Ordinariamente no se metía conmigo; pero aquel día me interpuse yo entre él y un niño de la doctrina á quien estaba pegando.

—Oye tú, mojigatín—me dijo,—tu traslineas, ¿sabes? Porque eres hermano de un buen mozo, valiente... Es verdad que también eres hermano de un jesuita. ¿Quieres que se vea á cuál de los dos te pareces?—Y de un revés me quitó la gorra.

Bien creo yo que le tuve miedo, porque era mucho más alto y más fuerte que yo; pero instintivamente tomé postura y le solté un puñetazo de los del inglés.

de Jersey. Fué un puñetazo soberbio. Peguéle á mi pobre Vaucherand, el grandullón, debajo de la barba, y le tumbé de espaldas.

Levantóse jurando; volvió á echarse sobre mí y me pegó con toda su fuerza, pero así, al boleo, como los molinetes de sable, que molestan, asustan mucho y hacen poco daño. Hay que dar de punta. El puñetazo inglés es el golpe decisivo. Yo me tomé tiempo después de parado, y le largué... Pero ya basta de esto, ¿no es verdad, señoras? Era menester, sin embargo, explicaros por qué á partir desde aquel momento fui ya mirado con cierto respeto en el colegio. Todos se burlaron mucho del zanganote de Vaucherand, que tenía la nariz estrujada de un puñetazo, y que gritaba con voz lastimera que yo era un cobarde puesto que sabía batirme. Nadie le llamó ya más que Goliat, en recuerdo de la victoria de David.

Quizá tengáis deseo de saber qué conducta observó mi amigo Adolfo en aquella pendencia. Mas es el caso que Adolfo era de esas personas á quienes la casualidad parece que evita con un cuidado sorprendente las ocasiones de tener que revelar el secreto de su naturaleza. Hubiérale sido allí necesario ayudarme ó abandonarme; pero mi amigo Adolfo no se vió en el apuro de tener que elegir entre los dos términos: la víspera precisamente había tomado la diligencia para París, adonde iba á continuar sus estudios en un establecimiento afamado.

Los Roboam se echaban al mundo.

Al mismo tiempo que á mi mejor amigo, perdía yo también á mi enemigo tentador: María de Moy, la anti-

gua *Girafa*, que era á la sazón una hermosa joven, un si es no es original, pero muy sencilla y muy amable, se había ido también á un convento de Angers, cuya superiora era tía suya. No era fácil que volviera yo á verlos, ni á ella ni á Adolfo, antes de mis veinte años. Creo que fué un bien para mí el estar separado de ellos. Por supuesto, que mi rencor á María desapareció él solo desde el momento en que dejé de sentir en la escalera de casa el roce de su vestido. Y en cuanto á mi amistad con Adolfo, siempre había tenido sus altos y su bajos, pero puedo decir que le ví mucho mejor y con mayor claridad á través de la distancia. Era de esas personas á quienes se maravilla uno un poco de haber querido cuando ya no se las tiene presentes, pero á quienes nunca se puede aborrecer del todo, porque se le meten á uno en el corazón sin sentirlo.

Mucho antes de perdonar á todos, en el ocaso de mi vida, cuando me volví á hacer cristiano, habíame ya despojado de todo pensamiento de venganza contra Adolfo por la profunda, por la mortal herida que me infiriera un día sonriéndose. En vano me había cansado de querer aborrecerle... ¿Habéis tratado alguna vez, en alguna pescata, de coger una anguila que ha escapado de la red y se escurre por entre la hierba? La habréis visto lisa, ondulante y viscosa, dejando en las manos una cosa que se pega...

Entre tanto nuestra casa había cambiado de fisonomía, no de una manera brusca, sino por leves sacudidas felices, la primera de las cuales había sido el anuncio del casamiento de Carlos. No sería prudente contar por menudo todo lo que se dijo y se hizo en aquella

ocasión en nuestra casa; quizá fuera mal juzgado. Para apreciar como es debido ciertas frases íntimas de la vida de la familia, en provincias especialmente, es menester ponerse en el punto, como dicen los pintores, teniendo en cuenta la pureza de las conciencias y la honradez de los corazones. La conciencia puede ser curiosa y el corazón presumido. Entonces no había las tarjetas fotográficas que ahora nos traen dentro de una carta el propio espejo en que la persona á quien deseamos conocer ha dejado su imagen, inactiva, es verdad, y un tanto deprimida, pero exacta. Los apresuramientos extraordinarios de nuestros futuros parientes de Loudan hacían que la joven Clemencia sufriese cierta merma de estimación en nuestro espíritu. Todos nos servíamos de la misma frase para expresar nuestro pensamiento, que hubiera podido revestir las más variadas formas, pero en el fondo nadie se fiaba de Carlos, que no entendía de esto una jota, según la expresión de mis hermanas.

Mamá había dicho: «Estoy segura de que Clemencia es una muchacha excelente»; y mis hermanas repetían: «Es una muchacha excelente». Pero ¿qué quería decir esto? ¿Era yo el más benévolo, ó el menos, cuando veía en mis sueños á la buena Clemencia con unos pelos de semiseda muy rizados, sirviendo de marco á una carita de porcelana? Me habían gruñido por la idea aquélla de la muñeca que andaba sobre unas ruedecitas; pero cada vez que se hablaba del casamiento de Carlos, y bien sabe Dios que se hablaba todos los días, veía yo aquella criminal idea pasear su reflejo por todas las sonrisas.

¡Ah! Eramos muy burlones, no se puede negar; pero os engañaríais si creyeráis que esta burla involuntaria de nuestro espíritu dañaba en lo más mínimo á la estimadísima joven, que era nuestra preocupacion de todos los instantes, nuestro recreo y nuestro ídolo. La queríamos á cuál más, y estábamos hasta celosos por adelantado de las preferencias que pudiera tener, en viniendo, por alguno de nosotros. Todo lo cual no la impedía á mamá estar repitiendo todo el santo día: «Todavía no está hecho, ¿sabéis? Estemos preparados para alabar á Dios si tiene á bien volver á quitarnos lo que nos da».

La segunda felicidad fué, no una herencia, que nunca hemos tenido ninguna, sino una restitución que tenía ciertamente color de herencia. Un amigo de la juventud de papá, que se había enriquecido en el comercio en el Havre, vino á morir. Sus relaciones con papá se habían roto hacía tanto tiempo, que apenas conocíamos su nombre. En sus últimos momentos encargó al sacerdote que le confesó de saldar una pequeña deuda, que databa de más de cuarenta años, y de la que papá jamás nos había dicho una palabra; hasta tal punto la consideraba perdida. La deuda era muy pequeña, pero los intereses duplicaban ya el capital, y por otra parte, ¡se necesitaba tan poco para hacernos creer que éramos ricos!

En fin, tercera sonrisa de la Providencia: se había celebrado una rifa de caridad en la Casa-Ayuntamiento, y mi padre había tomado un billete de veinte suses para ver si le tocaban unos pendientes de azabache que excitaban la ambición de Luisa. El billete no sacó los

pendientes, pero sacó, según la expresión de Juliana, «un marco que no servía más que para estorbar en el desván». Lo que nosotros llamábamos un marco era un cuadro, para que se entienda bien, que el lienzo no entraba para nada en nuestra manera de apreciarle, y que las molduras de madera dorada lo eran todo. Nuestro marco contenía una Santa Cecilia. No sé yo lo que el cuadro podría valer, mas el señor cura le bajó á casa de la señora de Moy, que nos le compró para hacer con él un regalo á la capilla de la Visitación, donde está todavía. El carpintero de abajo dió en decir que estábamos de suerte, y era verdad: un viento de prosperidad parecía que soplaba sobre nosotros. Mi madre había recobrado su salud, Luisa estaba hecha un encanto y Ana se iba poniendo hermosísima. Yo, por mí, era ya un mozalbete que entraba en la edad de transición, y estaba insufrible, como todos los de esa edad. Estaba lleno de pretensiones, quería aparentar gravedad, conservaba algo de la formalidad de Adolfo, mas no usaba de ella con la misma gracia que él, y si me hubiera propuesto desempeñar su papel hubiera resultado detestable.

Ya no me gustaba que me llamaran Juanín. Hacia la mitad del invierno me dieron la cruz en el colegio; era la primera vez, y anduve en mil ceremonias para llevarla. Olivier se burló de mí, por lo cual llegué á odiarle formalmente. Tenía yo muchísimo deseo de llevar la cruz, mas cuando lo conseguí me dió vergüenza.

¡Pobre estación de nuestra vida, en que el niño se ahoga en el ridículo de hacer de hombre!

Ya tenía yo mis opiniones, dos por lo menos. En

casa me inclinaba al liberalismo, porque allí todo el mundo era cristiano. En el colegio me constituía cristiano (la palabra clerical no se había inventado todavía), sin dejar por eso de hacer algunas concesiones, que escogía á mi antojo. Así, por ejemplo, abandonaba á los ataques de los liberales los jesuitas, sin saber absolutamente lo que eran. Y notad bien que en el mismo caso se hallan siempre todos los cristianos de cartón que no se atreven á defender á los jesuitas. Estos ilustres calumniados tienen la gloria de ser un contraste, un graduador de la fe, una especie de sonda infalible. Dejad caer una gota de jesuita en el entusiasmo religioso de los Nicodemus contemporáneos, y veréis cómo se descomponen.

Igualmente abandonaba yo á las burlas de los liberales los milagros, que no parecían ser «de nuestro tiempo». Podía cualquiera entenderse conmigo acerca de otras muchas cosas. Mis adversarios, que no sabían de ellas mucho más que yo, me declaraban hombre de buena fe. Y lo cierto es que por mi parte no había malicia. Tenía yo mi frase favorita, como todos los charlatanes, jóvenes ó viejos; siempre andaba repitiendo, viniera ó no viniera á cuento: «Dios no pide tanto», y hasta me acuerdo que dejé escapar esta frase en una carta que escribí á Carlos.

Carlos no me contestó á ninguna de las mentiras de que mi carta estaba empedrada; pero en posdata me dijo: «Tienes razón, Juanín; Dios nos pide muy poca cosa, fuera de nuestro corazón».

En resumen: todo iba bien, yo me conducía en todo perfectamente; el señor Heut me daba buenas notas en

la doctrina, y debía ser recibido á la Comuni3n aquel año de los primeros, si no el primero; esto no ofrecía ni sombra ni duda.

Allá por el mes de Marzo, una tarde, cuando estábamos en los postres, Juliana abrió la puerta del comedor, y anunciando la llegada de un forastero, dijo:

—¡El ratoncito gris! Yo apuesto á que es él, aunque nunca le he visto; no puede ser otro.

Mamá se volvió á Juliana, encendida de cólera, porque no la gustaban estas familiaridades. Todos nosotros comprendimos en seguida que era la boda que llegaba de Loudan.

Un paraguas mojado entró en la habitación, seguido de la más bonita, la más decente, la más cómica y la más digna figura de vejete que puede imaginarse. ¡Ah! Carlos era un gran pintor. Toda su historia del noviazgo entró allí con el señor Loirier. Nadie se rió, ni yo siquiera, y Juliana fué declarada por unanimidad insoportable.

Al señor Loirier nunca le incomodaba el paraguas, ni aun cuando, como entonces, aquel chisme que parecía ser la más cara porción de sí mismo, vertía el agua á torrentes. Nunca le condenaba á enjugarse solitariamente en el vestíbulo ó en la antesala. Le metió entre las rodillas como á un amigo que necesita calor y afecto, y tiró el sombrero en el suelo. Era aquél un sombrero muy grande, resignado á vivir por el suelo y á sufrir los charcos que hacia el paraguas. No era ni tan amado ni tan considerado como el paraguas, que le protegía por fuera y le oprimía dentro de las casas. Loudan y Laval son dos países de mucha lluvia.

No quiero ocultar que el señor Loirier se llamaba Casimiro, y que atraía la lluvia. Entre las impresiones de tierno y sincero respeto que aquel hombre excelente me ha dejado, está la de la lluvia. Rara vez le ví entrar en alguna parte que no fuera escurriendo agua. No os figuréis en él, sin embargo, un ricuelo mezquino, ni mucho menos un paleta; tenía muy buen trato, y en seguida simpatizó con nosotros, y nosotros con él.

—Ya sé quiénes son ustedes—dijo inmediatamente después de los primeros saludos;—les reconozco perfectamente á todos por los retratos que me ha hecho el señor sustituto; estoy seguro de que también á ustedes les habrá provisto del mío.

—Nos ha hablado de usted, de su corazón...—quiso decir mamá.

—¡Qué buen muchacho! ¡qué buen muchacho! Y de mi paraguas también, ¿no es verdad? Y de que me gusta bromear, ¿saben ustedes? Ustedes me dispensen esta inclinación natural... Pero el caso es que allá le queremos mucho, y quizá no le queramos la mitad de lo que merece. A la señora Boisbreant la tiene vuelto el juicio, pero yo soy hombre de negocios y vengo á hablar con ustedes de negocios.

Diciendo esto paseó su mirada sonriente por el corro, porque todos estábamos formando corro alrededor de él.

—He aquí «la reina»—continuó, dirigiendo á mamá una mirada tan respetuosa y tan afable, que yo estuve para echarle los brazos al cuello todo entusiasmado.—¡Ah, buena señora, cuánto me alegro de ver á usted, y á toda su apreciable familia! Aquí está la se-

ñorita Luisa, que se ruboriza al adivinar que la encuentre todavía más hermosa que su retrato. No tema usted, Luisita, que yo estoy casado hace cuarenta y tres años... ji, ji, ji. La inclinación natural... en seguida. Aquí está Anita, que ha crecido después de la descripción que me habían hecho de ella, y que... Pero no hay que entretenerse en decir galanterías á las señoritas... ¡Calla! ¡Mire usted la sensitiva trocada en botón de rosa! Me tendré que confesar de esto. ¿Qué quiere usted? El caballero sustituto dice que soy un trovador retirado... Y ese es Juanín, el que no quería á la *Girafa*... ¿Quieres venir á darme un abrazo, amigo mío?

Lo hice de mil amores, podéis creerme, y él, haciendo sonar sus labios en mis mejillas, continuaba:

—He conocido á Juliana en seguida, tanto más cuanto que ella se ha burlado de mí al primer golpe... La inclinación natural... Habrá en esto algún pecadillo venial ¿no es verdad? pero no hay gran malicia. Yo también tengo algo poca formalidad... ¡Vamos!... Ahora los encargos... En primer lugar, las afectuosas expresiones de las señoras de Boisbreant y de Loirier, mientras tienen el gusto de visitar á ustedes...

Después Clemencia envía unas estampas á estas señoritas, y un libro de primera comunión á Juanín, que es su amigo á lo que parece. Después el señor sustituto... ¡Ah! Tendría mucho que decir á ustedes del señor sustituto; aún hace de las suyas: pero me ha confesado que ustedes no conocen su primer travesura...

—¿Qué travesura?—fué el grito general.

El señor Loirier quedó cohibido.

—Ahora está constipado—dijo enderezando su para-

guas, que se le había resbalado entre las rodillas,— muy constipado... Vean ustedes, es un buen muchacho, pero es sustituto después de todo, y tiene perfecto derecho á hacer lo que le parece. En cuanto dice «quiero esto, ó esotro», cáspita, nosotros le obedecemos. A más de que ahora tiene escrúpulos, y no nos hace rabiarse poco con eso. No le parece que es bastante rico para Clemencia; pero qué le hemos de hacer, nosotros no podemos desheredarla porque á él se le antoje... El fuerte constipado que tiene ahora no le ha robado...

—¿Pero al fin, usted nos oculta alguna otra cosa?— le preguntó mamá.

—Buena señora—dijo el señor Loirier en lugar de responderla,—¿quiere que hablemos formalmente del todo?

Mamá nos puso á todos á la puerta de la habitación con una mirada significativa, mas nadie tuvo tiempo de obedecer, porque el señor Loirier extendió las dos manos exclamando:

—¡No hay necesidad! ¡no hay necesidad! ¡no hay necesidad! No faltan azufaias para el constipado, ni malvavisco. La señora de Boisbreant le atraca de flor de saúco, de violeta, y le anega en tisanas... Se trata de hacer entrar en razón al señor sustituto con respecto á la cuestión de la dote. Nada más. Clemencia tiene lo que tiene, y no se puede remediar que lo tenga. Pueden quedarse aquí todos sus hijos oyendo lo que hablemos, y aun puede usted, si quiere, llamar á Juliana, que no me desagrada... Me gustan los gendarmes... Ya oí cómo dijo, anunciándome á ustedes al llegar: «¡Es el ratoncito gris!» ¡ji, ji... Pero razonemos. El caso es claro como

el agua. Nosotros buscábamos un sustituto, queríamos un sustituto. Por supuesto, que no había de ser un sustituto cualquiera; sustitutos hay que no valen gran cosa... Conozco yo uno en Labal, que no daría por él lo que costó el bautizarle. Cuando la señora de Boisbreant me escribió que había hecho el descubrimiento de un sustituto de calidad extra, y lo que es más, que le había hecho en la iglesia; y lo que todavía es más, en la misa primera, me fui de un salto á la diligencia de Loudan... Por cierto que mi cuñada, que es ya muy buena amiga de usted, la tiene preparada una partida de tresillo. Mas esto no hace al caso. Yo quería ver y tentar el paño; porque á mí nada se me escapa... Me acuerdo que llegué en un día de lluvia...

Tenía yo entonces á Clemencia conmigo, lo cual me contrariaba un poco, pero aquella era precisamente la época reglamentaria de su viaje.

Ya comprenderá usted que todo esto no me había impedido tomar mis noticias de ustedes. Soy ligero por naturaleza, y hasta frívolo, si se quiere; pero he servido treinta y cinco años en Administración. No hay peligro de que yo me deje llevar de las primeras impresiones, como la señora de Boisbreant. Precisamente yo tenía aquí, en esta ciudad, un pariente, ese loco del doctor Olivier, y verá usted el razonamiento que me hice á mí mismo. «Olivier, me dije, es un jacobino, y me va á escribir contra el sustituto, que no habrá por dónde cogerle: que es un pollo frío, un ñoño, en fin, un jesuita, y entonces le caso con mi sobrina á cierra ojos...» Pero nada de eso. Olivier me ha escrito una carta en la que, después de muchas impertinencias, me

dice que si nosotros los cangrejos, los apagaluces de profesión, nos pareciéramos siquiera de lejos al padre de Carlos, y á su familia, y á Carlos mismo, sería capaz él, Olivier, de acabar sus días en un convento de Capuchinos; y refiere luego la historia de su amigo, el padre de Carlos, con un farsante llamado Sicard, de quien tenemos en Loudan un sobrino, ¡mala grana! Leí yo lo último de la carta con los ojos arrasados en lágrimas, y si hubiera sido menester pedir oficialmente y con toda ceremonia la mano del señor sustituto, como se hace con las señoritas, me hubiera puesto en camino con un par de amigos inmediatamente, yo que no hago caso del mundo, y lo mismo me da que vaya al revés que á derechas... Todos somos del mismo parecer en casa. Así es que cuando el caballero sustituto sale con su canción de la diferencia de fortunas, nos causa verdadera pena.

Tal fué en brevísimo compendio el discurso del bueno del Sr. Loirier. Puso en él todo lo que tenía: mucho buen humor y mucho corazón. No acertaría yo á daros idea de su viva imaginación, de su encantadora delicadeza, ni del real y efectivo valer y aprecio de que gozaban allá en Loudan los sustitutos, en comparación con los demás jóvenes franceses. Quizá no sea ya lo mismo. El progreso ha debido marchitar los sustitutos como todas las demás flores. Por de pronto me han dicho que ya no se atreven á ir á la misa primera.

Todo lo concerniente al casamiento quedó desde entonces convenido entre mamá y el Sr. Loirier, el cual se fué á dormir á casa de Olivier, y desde la mañana siguiente la emprendió conmigo sobre la doctrina. Traía,

acerca de este particular, encargo expreso del caballero sustituto, de avistarse con el vicario señor Huet y preguntarle por mí.

—Rapaz—me dijo éste después de haber conversado con el señor Loirier,—¡también éste es un ángel! Yo no sé dónde vais á pescarles en tu familia. Tú me haces el efecto de una mosca en leche, en medio de todas esas almas blancas. Ya había visto yo á tu «ratoncito gris» allá cuando estuve en casa de los señores de Bois-breant; tiene muy claro talento, aunque no lo parezca, y el doble que de talento tiene de buen corazón. Me he hecho convidar á la boda sin más que con decirle que era el encargado de blanquear al hermano del señor sustituto, que eres tú, ¿sabes?... Pero di: ¿te acuerdas de aquella historia que te conté una noche? La torre aquella del molino viejo que se estaba quemando, la viuda del cantero, aquella desgraciada loca que quería matar á su niña...

—¿La Chenu?

—Sí; y el joven aquél que subió á la torre por salvar á la niña...

—Nada he olvidado.

—Sí, ¿eh? Pues bien, Olivier era el que tenía razón, si se quiere: el joven aquel era efectivamente un abogado, ó por lo menos lo había sido antes de ser otra cosa. Pero verás la novedad: la Chenu ya no está loca. Recientemente ha recobrado la razón en el fondo del río, adonde se tiró desde el puente con la niña en los brazos.

—¿Y acudió Carlos en su socorro esta vez como la otra?—dije yo medio adivinando y medio á bulto.

—¿Carlos?—repitió el señor Huet.—¡Calla! ¿Lo has

acertado tú sólo? Pues yo, á fe mía, que necesité que me lo dijeran... Pues sí; la Chenu había sacado á tu hermano del fuego la primera vez, y le ha sacado del agua la segunda, porque él no sabe nadar. Mira qué historia más rara: tu Carlos va siempre, á su decir, á salvar á la niña, y en definitiva la Chenu se ve siempre obligada á tener que salvarle á él. Esta vez Carlos estaba ya desacordado enteramente, y también la niña; la pobre loca estaba sola con ellos á la orilla del agua, y les calentaba y les hizo revivir á entrambos... No digas ni una sola palabra de esto al señor Loirier, Juanín, pues parece que el santo de tu hermano le ha amenazado con descomponer la boda si anda por ahí zarandeando esas cosas. El mojigato realiza sus heroicas hazañas á la sordina. ¿Has oído algo de un fuerte constipado que dice que tiene ahora? Pues debajo del puente es donde le ha cogido. Seguramente que no es esto asunto de una epopeya; el constipado está á la altura de todo lo demás... Pero lo cierto es que la hija de la Chenu está ya con las Hermanas de la Enseñanza, y la pobre mísera loca, que antes recobraba momentáneamente la razón para blasfemar de Dios, lleva ahora al cuello el escapulario de tu hermano Carlos. Está doblemente curada. Ese descreído de Olivier pretende sostener que el salto del puente al río la ha producido el efecto de una media docena de duchas. Lo cierto y positivo es que ahora es de las que van á la misa primera, y que llora de alegría cuando abraza á su niña en casa de las Hermanas.

Aquí el señor Huet se enjugó una lágrima, y concluyó riéndose:

—Tiene razón tu hermano Carlos en no envanecerse de todas estas cosas. ¡Caerá en el fuego, y después caerá en el agua! Se necesita aprendizaje para el oficio de bombero, y es menester saber nadar para echarse al río.

—No importa—dije yo un tantico picado,—porque el echarse al agua ó al fuego sin saber cómo salir es más valentía, mayor arrojo, y Carlos ha sacado la niña las dos veces.

—Y quizá se necesitaba de todo eso para volver á la razón á la pobre madre—dijo el señor Huet pensativo.— Los valientes, los arrojados no me disgustan; pero creo que mejor quiero á los humildes, porque se abaten y se sacrifican aún más de lo necesario. ¡Ah! Juanín, no eres un gran pecador, pero aun cuando fueras el pecado mismo en persona, tu hermano Carlos, que no es ni nadador ni bombero, te guardaría muy bien de ser ahogado ó quemado por toda la eternidad.

Marchéme yo muy pensativo y dando vueltas á esta idea:

—¡Cuántas cosas son menester para entrar en la gracia y amistad de Dios!

Anchas gotas de agua pintaban el suelo, y pasó sobre mi cabeza una sombra: era el paraguas del señor Loirier.

—Te engañas, Juanín—me dijo éste como si me hubiera estado oyendo;—para entrar no es menester más que llamar á la puerta de Jesucristo: Él abre en seguida, según su promesa.

Estábamos ya junto á casa, y como yo respondiera haciendo con marcado desaliento una alusión á los méritos de Carlos, sin revelar, sin embargo, la reciente

confidencia del Padre Huet, el señor Loirier infló los carrillos y exclamó:

—El caballero sustituto está como el pez en el agua. Se puede vivir muy bien sin tener millones. ¡Mala peste! Ya volveremos á hablar de eso, Juanín.

*
* *
*

Quince días permaneció en nuestra casa, y llegó á tener sobre mí singular influencia. Era un corazón recto, sin pretensiones, mezcla de buen sentido y de candor, indulgente sin forjarse ilusiones. Lo veía todo muy claro, y su «natural», de que renegaba y pretendía apartarse á cada paso, pero en que volvía á caer inmediatamente, daba cierto gracejo á su palabra. No sabía ni herir ni adular; mas á pesar de su exquisita cortesía, cuando había hablado un rato con su alegría vivaz, pero caritativa, cada cual conocía que, suavemente y todo, le había dado en las mataduras.

Bien pronto había descubierto que yo quería tener un grado en la piedad, como en todo, y que mi ambición era el verdadero obstáculo interpuesto entre mí y la gracia, esa gracia divina que viene á los sencillos ella misma y que busca á los niños amorosamente.

—Hace ya mucho que te quiero, Juan—me dijo una vez.—El señor sustituto nos solía enseñar tus cartas, que me daban que pensar. Te acuerdas que le escribiste una vez: «Dios no nos pide tanto», y que él te contestó: «Tienes razón, Juanín, Dios no nos pide nada más que nuestro corazón?» Los dos teníais razón: tú sin saberlo, y él con el íntimo conocimiento que tiene de la verdadera caridad. Dios, soberanamente bueno, no

pide mucho ciertamente á nadie, y no pide nunca nada más de lo que cada uno puede dar. Hay hombres, y hay santos. Todo hombre, es verdad, puede ser santo en la posición en que la Providencia le ha colocado, si tiene en toda su plenitud las gracias y las virtudes propias de su estado; pero esto es raro. Los mismos santos del cielo, en su mayor parte no han sido santos durante todo el tiempo de su vida en la tierra. La Iglesia, haciéndose eco de las palabras de Jesucristo, ha condenado la doctrina que pide demasiado á la humana insuficiencia; y hay que colocar en el número de los más perniciosos enemigos la religión á esos protestantes enmascarados bajo el nombre de jansenistas, cuyo papel, verdaderamente maldito, ha sido desalentar á los débiles por un rigorismo de mala fe. Estos desconfiaban del corazón de Dios, y fabricaban crucifijos en que Jesús moribundo no abría los brazos sino á medias. El Jesucristo nuestro, es decir, el del Evangelio, extiende sus brazos del todo para llamar al mundo entero al pie de su cruz bendita. Ven lo primero al pie de la cruz, mi amigo Juan; éste es el primer paso que hay que dar y el mejor recompensado; ven con tu miseria, ofrece lo que tienes, y nada más, aun cuando veas que ofrece mucho más tu vecino; implora el amor de Jesús como una gratificación celestial que no te es debida. Háblale á Dios con un respeto familiar y lleno de confianza, como hablas á tu madre. Dios consiente todo eso y hasta lo quiere; proponle el trato de entregarte á él sin reserva, en cuerpo y alma, para adquirir un poco de amor, que valdrá para ti muchísimo más que todos los tesoros de la tierra. Yo no sé predicar, ni

tengo misión de hacerlo, hijo mío; pero sé amar un poquitín, mil veces menos de lo que deseo; y cuando he logrado reanimar algún valor decaído, ó arraigar y afirmar alguna fe en nombre de mi Señor y de mi Dios, siento al mismo tiempo toda mi propia nada y la riqueza infinita de la mano que me prodiga el salario. Dios te pedirá quizá algo más que á mí, que he seguido siempre mi pobre taca-taca de cristiano adocenado; pero nunca exigirá de ti lo que le da tu hermano Carlos. Como ese hay uno entre mil escasamente, y si hubiera más, el mundo dejaría de ser mundo. Sé lisa y llanamente buen cristiano, Juan, que esto basta para comenzar y hasta para acabar. Los que se parecen á tu hermano son excepcionales. De su solo bolsillo pagan esos á Dios el tributo de toda una ciudad que les desprecia, ó de toda una comarca que les persigue, lo cual forma parte de su recompensa, que es la de caer armados en la sima de la expiación... ¿Te acuerdas de Quinto Curcio el de la historia romana? No hace falta más que uno de esos para salvar una patria en un día dado, y Jesús Divino salvó á todas las patrias de todos los días y de todos los tiempos en el madero de la cruz... Atención al examen. ¿Qué cosa es caridad, amigo Juan?

Tuve impulsos de responderle: «Es precisamente, buen ratoncito gris, lo que usted está haciendo conmigo»; pero no era aquella ocasión de bromas, y el señor Loirier, en tratándose del Catecismo, era inexorable.

—La caridad—le contesté—es una virtud sobrenatural por la que amamos á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, por amor de Dios.

—¿Y qué es amar al prójimo como á sí mismo?

—Va usted demasiado adelante —le dije.

Y él, que no era mucho más alto que yo, me pasó la mano por la cabeza á contrapelo con un gesto que le era habitual, y me replicó:

—Voy á lo más difícil, y he aquí donde el sustituto, tu hermano, está muy por encima de los mejores que yo he conocido: en el amor del prójimo. Vamos, Juan.

—Amar al prójimo como á sí mismo es desear y procurar uno para él, en cuanto sea posible, los mismos bienes que para sí.

—¿Qué debe entenderse por ese nombre de prójimo?

—Todos los hombres, hasta los enemigos.

—Muy bien contestado, Juan. Como que Jesucristo quiso morir por sus enemigos. Así aquel filósofo antiguo, cuando á su presencia hubo quien negaba el movimiento, echó á andar. La Cruz es la figura del primero y más grande mandamiento de nuestro Padre, divinamente cumplido en su letra y en su espíritu, ¿comprendes?

—De eso trato.

—Vamos, pues, á ver si entre los dos lo comprendemos: hagamos una excursión por el mundo sin abandonar nuestro Catecismo. Los que se niegan á creer, por desgracia suya, desde hace unos cuantos siglos no carecen de pretextos, y los libros que sobre esto han escrito, si se amontonaran unos sobre otros, levantarían más que la torre de Babel; pero en sustancia no tienen más que un motivo verdadero, el odio, que es el egoísmo en su expresión más acabada. No se ven más que á sí mismos, y descargan su furor contra lo que les molesta. Lo que ellos adoran es el montón de sus propias

concupiscencias, á que dan los cariñosos nombres de inclinaciones, necesidades, deberes, y hasta de virtudes. Por eso también la ley universal de los tiempos que ellos han preparado será la de «destruir para gozar».

Por eso el mandamiento divino que condena esa astucia hipócrita é idiota les aleja de Dios y les enfurece. Siendo la vida para ellos la lucha judaica de los intereses, y no siendo nada más, ¿cómo podrían amar al prójimo que les disputa la presa, con tan gran ardor perseguida? Hacen de su sociedad moderna, embrutecida por la decadencia moral y el progreso material, una jauría que muerde alrededor de la carne muerta. Cada perro de esa jauría tiene sus derechos, pero ninguno tiene deberes.

Por eso también para un dogo que se harta hay cien gozquecillos que ayunan, y cien perrillos de lanas que son comidos después de haber sido esquilados. Esto se llama la IGUALDAD. El nombre, por supuesto, ha sido inventado por los dogos para divertir á los gozquecillos y á los perros de lanas. Los dogos, entre tanto, llenos hasta el gañate, quieren digerir con gloria. Y es natural. Les hace falta un palanquín... ¿Y es caro? No: no les cuesta más que otra palabra: ¡LIBERTAD! Con esta palabra han comprado todo un rebaño de esclavos que llevan las andas en toda ceremonia y mecen al sátrapa, cuya gordura está hecha de cien mil flacuras. Entonces viene la tercera palabra, que es la más bonita: ¡FRATERNIDAD! Y entonces se maravillan y asombran á coro el repleto y los devorados.

¿Para qué habían de hacer intervenir á Dios en estas lúgubres majaderías? ¡No son tan tontos! Los dogos han

prohibido tener Dios á los perros gutos y á los de lanas, bajo pena de convertirse en hombres... ¡ji, ji, jil... La inclinación natural... á galope vuelve. Y eso que no es este asunto de reir... Vamos á ver, mi amigo Juan: ¿será prójimo tuyo, y tendrás obligación de amarle, ese desvergonzado farsante que redondea desde hace cien años su panza incansable, comiendo con todas las salsas las tres cosas más nobles de la tierra, la libertad, la igualdad y la fraternidad?

—En cuanto á eso...—dije yo, porque es de saber que yo comprendía todo aquello muy bien, creo que mejor que el Catecismo.

No os he hablado nunca de política, y no pienso hablaros una palabra; pero nosotros en casa estoy por decir que abusábamos un poco de ella. Mis hermanas y yo estábamos en esto muy fuertes.

—No vaciles—exclamó el señor Loirier:—es tu prójimo, tu verdadero prójimo; debes amarle, no ciertamente amar sus mentiras, ni sus hipocresías, ni su impía ignorancia, ni su gula feroz, sino á él mismo, pobre y desgraciada criatura que pierde y condena su alma inmortal por engordar su cuerpo. Ese hombre es nuestro enemigo, querido Juanín, ese, ese es el que nos oprime, el que nos calumnia, el que nos insulta por el dinero, por los placeres ó por el poder. Y ese es precisamente á quien el Catecismo te manda que ames, porque va á caer muerto bien pronto, muerto de indigestión de dinero, muerto por el placer, muerto de poder; nos ha hecho mucho daño, es verdad; ha escanciado veneno á la Francia herida, también es verdad; les ha robado el Dios consolador á millares, quizá á

millones de ignorantes y de afligidos, también es verdad; pero Dios puede alumbrarle todavía y enviarle el arrepentimiento. ¡Ah! ¡Ojalá que así sea! que la misericordia del divino Crucificado le visite, que tenga en una hora bendita el recuerdo de su primera comunión, si la ha hecho; y si ha sido bautizado, que el perfume de su bautismo penetre hasta su alma por entre los malos olores que la rodean. Es nuestro hermano, no ciertamente en la mentira odiosa de su propia divisa, sino en la verdad de nuestra ley, de la ley cristiana, en la fraternidad del Calvario. Es el más desgraciado de todos, porque ha arrancado la mayor tajada de la carne muerta, ha vivido mal por vivir demasiado «buena vida», como suele decirse. Muere en esa buena vida, y no se llevará nada de ella, ni siquiera esa carcajada conocida con el nombre de gloria humana que se burla de los cuerpos muertos. Para con este prójimo muy especialmente, amigo Juan, es para con quien el Catecismo te ordena la caridad. Es tu perseguidor: ruega por él.

Me pellizcó en un carrillo, y añadió:

—El caballero sustituto va todavía más lejos que todo eso; pero á mí me cuesta trabajo seguirle tan adelante. Yo soy de la tierra, y él tiene ya lo menos la mitad de su persona en el cielo.

*
* *

Cuando el señor Loirier dejó nuestra ciudad estaba yo ya casi convertido, en el sentido de que ya no me resistía á nada; él me había conducido á entender bien la doctrina: la verdad de la Religión me subyugaba.

Pero me faltaba aún aquello que es precisamente lo más propio de la conversión infantil, el enternecimiento y el fervor. Adoraba yo á Dios muy de veras y me sometía, rezaba, y rezaba muchísimo, pero no lloraba ni amaba; y eso que todas las historias de la primera comunión, á una con el sentido íntimo de mi corazón, me decían cómo es necesario amar y llorar. Contaba yo á mamá mi gran pena cuando no estaban allí mis hermanas, y mamá lloraba por los dos, por ella y por mí, aconteciéndome alguna vez haber amado á Dios en ella y por medio de ella. Pero estos no eran más que relámpagos.

La víspera del día en que se marchó el señor Loirier hubo un grande acontecimiento. Fuímonos todos en corporación á la llegada del coche de Loudan, á esperar á la señora de Boisbreant y á Clemencia, que se aparearon en la fonda, pero vinieron á comer á casa. El deseo de todos nosotros de ver á la novia de Carlos se había exaltado y había crecido con la espera. La palabra *curiosidad* no diría bastante, porque ya por adelantado sentían mi madre y mis hermanas por aquella joven verdadera ternura. Yo por mí desconfiaba un poco, recordando el sueño aquél de la muñeca con ruedas. Veíala todavía hecha una muñeca, y pensaba protegerla.

He alabado á Carlos como pintor de retratos, y, en efecto, la señora de Boisbreant, hermosa, dulce, discreta persona, de aire distinguido, nos saltó á la vista. «Esta era», como se dice entre artistas. Por sobrio que fuera el boceto que de ella nos había hecho Carlos, no le faltaba ningún rasgo de parecido; pero no sucedía

lo mismo con Clemencia. ¡Ca! ni por asomo. Era cosa de creer que Carlos no se había atrevido á mirarla bien.

Vimos bajar del coche á una joven vestida con la más elegante sencillez; su rostro era encantador, y su fisonomía, que era en verdad muy dulce, era á la vez notablemente expresiva. Su mirada, en extremo graciosa, revelaba al mismo tiempo carácter y talento. Parecióme, en suma, absolutamente diferente y muy superior á lo que esperábamos. Desde el primer golpe de vista, y en cuanto puede un pensamiento de esta índole formularse en la cabeza de un muchacho de mi edad, tuve para mí que no era aquella precisamente la mujer que más convenía á Carlos.

Cuando el señor Loirier hablaba del «señor sustituto», la unción de su acento ponía á Carlos á soberbia altura, y cuenta que en esto debía ser intérprete fidelísimo de los sentimientos de toda la familia de Loudan; la vista de la señora de Boisbreant, con todo de ser tan hermosa y tan excelente señora, y un tipo de condesa de lo más noble y distinguido, no podía contrariar aquella impresión, porque había entre ella y Carlos el lazo de la misa primera, la cadena que liga en Jesucristo dos ardientes piedades la una á la otra que es de diamante y nada la desgasta. Pero Clemencia Loirier era del mundo, tenía el perfume de las reinas de la tierra, y la preciosa aureola de su frente parecía poética más que celestial.

A mí desde luego me gustaba más así. Mis hermanas quedaron asombradas, casi recelosas; mamá no podía menos de estar encantada. El beso que la dió Clemen-

cia fué arrebatador de cariño y de modestia. Podéis estar seguros de que nadie se acordó de ir á ver si llevaba las ruedecitas debajo de los pies. Su entrada en escena fué un triunfo, redoblado por la sorpresa. No se la esperaba así.

He puesto especial cuidado en consignar el sentimiento que todos experimentamos en el corral del parador de diligencias, porque no fué duradero, por más que fuera justo. No se ve claro más que en el primer instante. Clemencia entró en seguida en la familia tan de lleno y se hizo nuestra con tan admirable abandono, que cesamos de verla bien, como sucede con esas páginas que uno aproxima demasiado á los ojos, y que tan cerca ya no se pueden leer.

El afecto que mamá la tomó fué una especie de locura, y Luisa y Ana, en lugar de tener celos de ella, estaban celosas la una de la otra, tratando cada una de ser la más querida de su ídolo. No creáis que es demasiado fuerte la palabra: Clemencia fué el ídolo de nuestra casa, y todavía experimento yo un poco de orgullo al contároslo. Ana y Luisa trabajaron en balde: su favorito era yo.

El libro de primera comunión que me traía venía directamente de París, de casa de Curmer; parece que le estoy viendo: era muy hermoso, con láminas de Overbeck y una encuadernación de marfil en que estaba grabada la Sagrada Cena, teniendo por debajo una dedicatoria en letras de relieve muy floreadas que decía: «A mi hermanito Juan».

¡Ah, hermana querida! ¡Cómo nuestra pobre morada sonrió por ella! Mamá solía decir muy á menudo: «¡Es

demasiado, vamos! ¡esto es demasiada felicidad!» Y allá en la soledad de la noche la oía yo que hablaba á papá y le decía: «Mírala, pero mírala! ya me llama mamá cuando estamos solas... ¡Cómo la hubieras querido!...» Estábamos locos, y no faltaba motivo para ello.

Clemencia continuó siendo mi mejor amiga hasta la muerte; porque ¡ah! ninguno de todos estos de quienes os voy hablando vive ya en el mundo. A la edad que yo tengo, pobres hijos míos, todos los recuerdos son ya de muerte y de luto. Clemencia salió de este mundo en triunfo, como había entrado en nuestra casa. Murió en la de las Hermanas de la Caridad del duodécimo distrito de París, donde estaba de superiora, á los cuarenta años de su profesión. Yo iba á verla cuando mis correrías me llevaban por aquel barrio, siendo yo á mi vez visitador de la asistencia pública, y hablabámos algún instante del pasado, pero principalmente del porvenir y de las almas queridas á quienes debíamos volver á encontrar en el cielo.

Por lo tocante á la doctrina, Clemencia me halló en el punto mismo en que me había dejado el señor Loirier. Por supuesto, que traía sobre este punto especial recomendación de Carlos, y no me faltaban repetidores de sus deseos, porque la misma señora de Boisbreant tomaba también cartas en el asunto. Parecíanse las dos bastante en el corazón, sólo que el de Clemencia era más tierno, y á la vez más elevado, según la humana medida. Por aquel entonces Clemencia pedía á Dios la virtuosa dicha que una imaginación joven y cristiana tiene derecho de anhelar acá en la tierra.

Era buena: su generosidad no tenía límites, pero la delicadeza de su honor contenía cierta dosis de orgullo.

Había traído sus cuadernos de niña y sus planas de análisis expresamente para mí. Los dos discutíamos. Clemencia amaba á Dios con la sentida poesía de su naturaleza, y adoraba las divinas humillaciones de la cruz tanto más ardientemente quizá cuanto las pequeñas humillaciones de la tierra la daban más miedo. Con ella dí yo un paso adelante, porque yo á mi vez también predicaba. No valía, sin embargo, más por eso, pues que precisamente comprendí la humildad tratando de descubrir un rastro, una mancha de orgullo en aquella alma tan cándida y tan bella.

La señora de Boisbreant y Clemencia nos dejaron hacia el fin de la Cuaresma para irse á pasar las Pascuas á Loudan, y quedó convenido que se firmarían los tratos inmediatamente después de su vuelta, que debía verificarse pasados quince días. El señor cura Huet, que vino á visitarnos la víspera de su marcha, las dió las gracias por lo que me habían hecho adelantar en la doctrina. Ahora se interesaba ya por mi casi tanto como nuestro buen párroco el señor Jamond.

—Hemos andado mal por aquí con este rapaz, porque es demasiado bueno todo lo que le rodea. Es de la oposición constantemente, como nuestro diputado, que sirve á su patria pisándola y encaramándose sobre ella: esta es la moda. En fin, con la cruz, el estandarte y toda esta gente que el señor sustituto envía desde Loudan, hemos ido conduciendo al caballero Juan al borde de la gracia, y no falta ya más que un ligero empujón para hacerle caer en ella.

Decía todo esto el señor Huet muy alegre, y muy contentos le escuchaban todos; mas yo no sé por qué sentía una angustia que me traspasaba el corazón. Acordéme de las palabras de Carlos en la sobremañana de la noche aquélla en que me había contado su historia con aquel sacerdote joven, el señor Monin. También él había hablado de un último empujón, si bien es verdad que en otros términos, porque esta palabra no era de su estilo.

En aquel momento la palabra de Carlos resonó en mí, y parecióme oír dentro de mi corazón su voz que murmuraba: «¿Quién sabe si tú también tendrás que sufrir para llegar á comprenderlo? ¿O quizá ver sufrir á alguna persona querida... sufrir aún más que para morir?»

*
* *

Era un jueves de Pasquilla, cosa de un mes antes del día fijado para la primera comunión. Mamá había elegido aquel día para firmar los tratos matrimoniales de Carlos porque teníamos vacación en el colegio, y, por supuesto, yo quería tener parte en la fiesta. Desde la mañana estuvo revuelta toda la casa. Se esperaba á la familia de Loudan. Había comida y casi casi sarao; por lo menos todos nuestros amigos estaban avisados.

A la hora de almorzar llegó, el primero de todos, el señor Loirier, siempre tan exacto. Estaba radiante de gozo, y, por excepción, el cielo, que prometía un día brillante, no le había querido mojar el paraguas. Nos anunció la venida de la señora de Boisbreant y de

Clemencia por el correo de las tres, y la de Carlos un poco más tarde, porque su amigo Bertin Sicart le vendría á traer en una especie de cabriolet que tenía. El señor Loirier no se había detenido al pasar por Loudan. Venía directamente desde Laval, y las noticias que traía estaban tomadas de una carta de Clemencia, fechada el lunes anterior.

Me salí en seguida después de almorzar; porque el señor Loirier tenía que hablar con mamá. Yo tenía «mis nervios», como decía Olivier (que cuidaba mucho de mí en aquel tiempo en que yo estaba cansado y débil porque estaba creciendo), y ciertamente que aquél día no me cogía de susto el estar nervioso, porque era un día que me prometía gran satisfacción y contento. Pensaba ir paseándome hasta la dehesa de Brelut. No huía yo ya de aquel sitio, en que estaba seguro de hallar tristezas muy amadas; por el contrario, era aquella para mí la peregrinación favorita. La rama viva que brotaba de la cepa muerta había crecido, y yo me había hecho un poco mejor, puesto que ya me entretenía largamente con el recuerdo de papá.

Allí principalmente este recuerdo me hablaba del gran acto que iba á ejecutar. Había yo hecho una especie de muro de tierra y de piedras alrededor de la raíz oculta detrás de la mata de malvas, para que algún accidente imprevisto no viniera á destruirla.

Al salir de mi cuarto oí á Juliana que disputaba gritando:

—¡Yo no consiento que se le llame mojigato! Usted hace la rosca y lame los pies al grandísimo Judas del Roboam de enfrente porque tiene, y aquí se insolenta.

usted con nosotros porque no estamos nadando en oro. Si lo vuelve usted á decir, habrá más que palabras.

La puerta de la cocina estaba entreabierta; pude ver á Juliana que acentuaba su invectiva disparando un soberbio puntapié, y me abalancé en seguida á poner paz. Pero el adversario de Juliana no se quejó ni respondió. Era un saco de virutas para encender la lumbre, y pensé que el carpintero libre-pensador de enfrente, después de haber subido las virutas y haber comenzado la pendencia y encolerizado á Juliana, se habría prudentemente retirado. En cuanto Juliana me vió, tomó un tono quejumbroso para seguir diciendo:

—¡Los pollos de cuatro francos y diez suses son como tordos ahora! Bien sé yo que la culpa de esto no la tiene la familia; pero es un fastidio que la paren á una en medio del mercado para decirla:—Vamos, vamos, que la cotorra blanca de Loudan ha enganchado ya al que ha de ser su heredero. ¡Estos jesuítas no se casan nunca más que por los cuartos!—¡Ah! tú también eres jesuíta, ¡eh!—Y luego el carpintero me ha subido el saco de virutas con una semana de anticipación, de ex-profeso, para venir á decirme que nuestro Carlos ha querido hacer una injusticia á uno de allá, á un tal Bertín... á un Bertín Sicard que le ha vuelto á espabilar, como su primo á tu padre.

—Eso no es verdad. Precisamente Bertín Sicard viene hoy á traer á Carlos en su cabriolet.

—¡Ah, sí! ¿Y está eso bueno—exclamó Juliana—después de lo que ha pasado?

—¿Qué es lo que ha pasado?

Juliana estuvo con la boca abierta para contestar, pero no contestó. Estaba encarnada como una amapola.

—Las farsas no me gustan á mí—dijo de repente volviéndose hacia la hornilla.—¡Yo á mi cocina! Bastante desgracia tiene una con estar sirviendo en casa ajena, sin necesidad de recibir insultos á cada paso. Nuestro Carlos será muy dueño de quedarse con los insultos; pero yo, no; á mí me gusta volver dos por uno, para que no me tilden de tacaña. Y ya hay aquí quien lleva á mal el que haya devuelto demasiados esta mañana.

Me salí de la cocina riendo, por más que me sentía ya, como Juliana, inquieto y humillado. Generalmente no había que hacer mucho caso de lo que contaba Juliana, cuyo valor, harto conocido, atraía las riñas y las reyertas como el jarabe atrae á las moscas.

A la puerta del portal de nuestra casa estaba precisamente el famoso carpintero; no era del todo un malvado, pero tenía rencor á Dios porque ha hecho que las horas pasadas en la taberna cuesten muy caras y ningún bien produzcan.

—¿Tiene usted noticias del señorito Carlos, Juanito?—me preguntó con tono burlón.

—Sí—le respondí.

—¿Recientes?

—Muy recientes.

—¿Y buenas?

—¡Muy buenas!

—¡Vamos!... más vale.

Estaba yo ya en la calle, y aunque me pareció oírle reír, no me volví.

Pero sentía el corazón oprimido. Era yo extraordinariamente sensible á la opinión de cualquiera. Traté de ofrecer á Dios la punzada que aquel pobre hombre acababa de inferirme, como todos los días me lo estaban encargando; pero no pude y me desalenté en seguida, según costumbre.

—¡Nunca jamás podré ser humilde! —decía yo para mí.

Y la verdad es que yo no tenía buena disposición para serlo, puesto que he empleado en ello sesenta años, y todavía mi orgullo me está acechando en todas las esquinas.

Entre tanto dirigíame yo hacia las afueras, al campo, y no sabré decir hasta qué punto guardaba rencor al carpintero. ¿Por qué se había reído?... Saliendo por el arrabal, y como pasara por delante de un cafetucho obscuro donde los pilletes del Instituto iban á esconderse los jueves para aprender á beber y á fumar, lo cual para el granujilla constituye la gloria de ser hombre, oí gran tumulto al través de las persianas cerradas. *Goliat*, mi enemigo (Vaucherand el grande), decía á grito pelado:

—Está caliente todavía; es de anteayer. Mi tío ha venido anoche de la feria de Loudan. El tal Bertín no es un fullero como decían. Le van á dar la medalla, y quizá la gran cruz, por haber salvado á una niña del fuego y del agua. Además ha abofeteado bien al jesuíta, ida y vuelta. ¡Plin, plan! Y el jesuíta ha tenido que guardarse la bofetada en el bolsillo con el pañuelo.

—Buena ha estado la burla—dijo otro;—el jesuíta, que creía que Bertín Sicard era un pollo arrecido, se

exhibía y se vanagloriaba en todas partes de ser el salvador de la niña en lugar del mismo Bertín, que no había dicho su nombre por delicadeza.

—¿Y no sabéis—repuso *Goliat*—que el padre del jesuita y de Juan mojigatín, que era juez, había ya hecho otra gran injusticia al otro Sicard, al de aquí?

—Que es una excelente persona—gritaron todos unánimes;—todas las tardes va al café de la Comedia.—

Todavía hoy se me hiela la sangre cuando me acuerdo de aquel día, en que todo mi sér quedó triturado y molido.

Quise apretar el paso, pero las piernas no querían tenerme. Este primer golpe de maza, descargado por la extravagante injusticia de los niños, que son á las veces casi tan malos como los hombres, nos hería hasta en la santa memoria de mi padre, y esto, yo por mi parte, apenas lo sentía. ¡Oh, no; no quiero que forméis de mí equivocada idea! Lo único que había sido herido en mí con inaudita violencia era mi orgullo.

Le habían dado unas bofetadas á mi hermano, y mi hermano, á quien yo quería con todo mi corazón, se las había guardado en el bolsillo. Esta historia era ya ciertamente la fábula de la ciudad, donde la palabra cobarde debía ya correr abrazada públicamente al nombre de mi hermano.

Y no me quedaba siquiera el recurso de dudar. Yo conocía á Carlos. Era un héroe cuyo heroísmo iba precisamente á parar á esas valentías sobrehumanas á que el mundo suele dar el nombre de cobardías. Yo no digo que el mundo en estas materias sea siempre ciego y de mala fe, porque entre los que se tragan el ultraje

hay cobardes, lo mismo que los hay entre los que acuden «al terreno del honor» cogidos de la oreja por las garras de su propia vanagloria, ó bien confiados en su habilidad y destreza en el juego de los espadachines.

No tenía yo miedo que Carlos fuera un cobarde en realidad; sabía, por el contrario, que era valiente é incapaz de retroceder, ni aun delante de lo imposible, en el camino del deber. Era de los que bajan á la hoya de los leones sin alarde y sin susto. Mas no era esto lo que me preocupaba, lo que me abrumaba era mi orgullo. *Estábamos deshonrados.*

Nada sabía yo todavía, á decir verdad, pero lo creía ya todo, y según me alejaba de la ventana fatal del cafetucho tartabaleándome como un borracho, sentía sobre la mejilla el insulto que me quemaba.

Pasé las de Caín para volver á nuestra calle; me crucé en el camino con dos ó tres compañeros, y parecíame que á propósito volvían la cabeza por no verme. El carpintero estaba todavía á la puerta cuando yo iba llegando á ella. Me cogió entre sus brazos, desfallecido como estaba, y me subió la escalera, llena de olor de los guisos de Juliana. Me acuerdo que me decía, porque después de todo tenía muy buen corazón:

—¿Se sabe ya? ¿Se sabe? ¡Quizá no sea nada, mi pobre Juanito!

Me dejó en el pasillo de entrada á nuestra habitación, que yo atravesé para ir á dejarme caer sobre un montón de ropa blanca en el antiguo cuchitril de Carlos y mío.

Estaba anonadado, y me bullían en la cabeza mil proyectos de venganza. Quería matar á Bertín Sicard.

Todo lo que había ganado en dominio sobre mí mismo gracias á los esfuerzos de los que se empeñaban en hacerme bueno, lo había perdido en un minuto, y más para con ello. Era yo verdaderamente todo rencor y todo orgullo. Apenas entraba la idea de Carlos para nada en todo esto; á él era á quien yo quería vengar, más no por él, sino por mí.

Cuánto tiempo estuve allí solo, no lo sé. Sé que llegó un momento en que oí decir á Juliana, hablando con alguno:

—Las señoras de Loudan ya han llegado, y están todas en el salón con unas caras de vara y media. Yo no tengo pinches ni ayudantes de cocina, ya sabe usted, y me vuelvo á mi fregado.

Miré entonces y ví á nuestro buen párroco, el señor Jamond, que tenía cierto aire de susto ó de asombro.

¡Ah, precisamente por aquella misma rendija de la puerta era por donde yo había visto á papá la última noche en su lecho lleno de sangre, tan cambiado... tan cambiado!... Pensaba yo en todo esto, cuando el señor Jamond preguntó:

—Pero, vamos, y al fin, ¿qué es lo que hay en sustancia?

—Ni en sustancia ni sin ella—respondió Juliana,—yo no sé una palabra. Siempre se anda aquí con tapujos. Yo por mí tengo religión como el primero, pero al que me pise le dire: «¡no sea usted animal!» y le llenaré la cara de dedos. A los que dicen «muchas gracias» cuando les pegan, yo les llamo jesuítas.

—¡Ande usted, ande usted á su tarea, hija mía!—la dijo el señor Jamond con dulzura.

Y como ella se volvía para hablar, Olivier, que entraba en aquel momento, la empujó bruscamente.

—¡Ah, diga usted!...—le iba á preguntar Juliana.

—¡Déjenos usted!—la interrumpió Olivier.

Y la dijo esto de tal manera, que Juliana no se lo hizo repetir.

Olivier tenía fruncido el entrecejo y la mejilla pálida. Desde luego ví perfectamente que este iba á enseñarme todo lo que yo no sabía, y me levanté como por instinto para escuchar mejor, mientras el médico cerraba la puerta por donde se había ido Juliana.

—¿Qué hay?—volvió á preguntar el señor Cura.

—Una cosa bastante triste—respondió Olivier, que parecía muy afectado. ¡Es una aberración! Yo no quiero discutir con usted, señor Jamond, sobre ciertas materias, porque le respeto á usted tanto como le quiero; pero aquí tiene usted una casa perdida por causa de esas ideas contra naturaleza que el infeliz muchacho lleva hasta el exceso, casi hasta la locura.

—Hable usted claramente—dijo el señor Cura;—considere usted que yo no sé nada.

Olivier señaló hacia la puerta del salón, y dijo:

—Al lado de allá de esa puerta están llorando.

—Pues entonces entremos.

—No, no entrará usted antes que el conocimiento completo de lo que pasa le haya enseñado á usted su deber. Eramos tres amigos, más bien, tres hermanos, á pesar de la diferencia de nuestras opiniones; aquél que ya no existe, y que ciertamente no tenía esa religión exagerada; usted, espíritu recto y de excelente co-razón, y yo, que tengo las ideas de mi tiempo...

—Si es que están llorando, abriremos—le interrumpió el señor Jamond.

Olivier le cogió la mano, y este solo ademán me oprimió el corazón. Para mí Olivier era el que tenía la clave de todo. La religión estaba en el banquillo: Olivier la acusaba y yo iba á juzgarla; yo, pobre niño metido en aquel agujero, y ya de antemano tenía yo á la religión medio condenada.

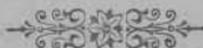
—Es menester que usted los salve—añadió Olivier;—ellos tienen confianza en usted, mientras que yo les soy sospechoso. El casamiento de Carlos y Clemencia está comprometido, si no deshecho. Clemencia, á pesar de su piedad, tiene las ideas que debe tener una mujer destinada á vivir en el mundo. Se va á volver atrás, y yo en su lugar creo que haría lo mismo que ella.

—Mientras que usted no diga por qué...—comenzó á decir el señor Cura.

—Usted lo sabe—le interrumpió Olivier.

—Yo lo sé mal...

—Pues bien, ha corrido hoy en la ciudad el rumor de que nuestro Carlos ha recibido una bofetada, y que para emplear la frase textual de esa novela que se ha esparcido con una rapidez y una exactitud enteramente extraordinarias, Carlos se ha guardado la bofetada en el bolsillo.



Llegada de Carlos.

Nuestro señor Cura guardó silencio. Parecía estar muy afectado. Al fin preguntó repentinamente:

—¿Qué quería usted que hiciera Carlos? ¿Hubiera usted deseado que se batiera en duelo?

—¡Bah!—respondió Olivier,—yo también tengo mi manera de ver las cosas; pero no tenemos para qué disputar sobre eso. Yo tengo mis razones para creer que el hecho de la bofetada es una invención.

—¡Ah!—exclamó el señor Cura lleno de gozo.—Olivier, querido mío; tú serás cristiano un día ú otro. Esto ha sido prometido aquí mismo por una alma que volaba al cielo. El que toma parte en un duelo incurre en excomunión, y Carlos no podía en ningún caso batirse; pero vivimos en tiempo en que la verdad es tan miserablemente atacada, que la imitación evangélica, consistente en «volver el otro carrillo», puede ofrecer peligro para la religión misma. Envalentona al mal, y... en fin, ya hablaremos cuando usted guste, mi querido Olivier.

—No será hoy, mi amigo Cura. No estoy yo aquí por mí; yo voy con usted y detrás de usted. Cuando usted me tutea, yo le tuteo, y en cuanto usted deja de tu-

tearme, lo dejó yo también. Desde la noche aquella en que en este mismo cuarto, como usted acaba de recordarlo, prometí á Dios el sacrificio de mi razón á cambio de un milagro, me he hecho menos extraño á Dios. No se asiste impunemente á la muerte de un santo, que es al mismo tiempo un sabio. Dios no consintió en prolongar la vida de mi mejor amigo, y yo casi le aborrecí más por eso; pero eso me ha hecho desde entonces mirar algo más atentamente hacia Dios. Crea usted que hoy conozco ya el Catecismo de ustedes, y podría sufrir un examen de doctrina. ¿Parece que esto le maravilla á usted un tanto, y me mira usted con un interés que se parece un poco á la esperanza?... ¡Ay! no; no creo más que antes, y estoy quizá menos adelantado en ese camino que nunca, porque he hallado en los libros de ustedes la imprudente negación de la tierra en que estamos, y el punto de partida de esas fiebres mentales que hacen de nuestro Carlos, por ejemplo, un maniático *sui generis* capaz de ser presa del más necio y más desvergonzado de los embusteros. Necesitaba decir á usted todo esto para que usted comprendiera lo demás.

—Y lo demás, ¿es muy largo?—preguntó el señor Cura, mostrando con la mano la puerta de la sala donde lloraban, según había dicho el mismo Olivier.

Por toda respuesta Olivier le ofreció una silla y se sentó á su lado. Yo me aproximé sin ruido hasta el dintel de la puerta.

—Lo demás—continuó Olivier,—me lo ha contado, no de corrido y de un tirón como yo voy á decirselo á usted, sino á fuerza de preguntas, el padrino de

la novia, mi primo Loirier, á quien usted conoce mucho: una excelente persona, la bondad misma, que tiene talento á su manera, pero que ve las cosas de un modo especial y á través de no sé qué amuleto, y mora allá en el quinso piso del cielo. El hombre de las bofetadas, porque merece dos veces este nombre como va usted á ver, es un pariente de aquel Sicard que se llevó los mil quinientos francos de nuestro difunto amigo. Es abogado en lugar de ser empresario, y no es tampoco un malvado, como no lo era el otro Sicard; no vale más ni menos que él: los dos son lo mismo. Yo, al principio, creí que había por su parte odio reconcentrado contra Carlos, porque ese Bertín había pedido también la mano de Clemencia Loirier, y había sido calabaceado; pero nada de eso, la historia es otra: un desvarío y una especulación de cobarde á que ha dado origen y fundamento el mismo Carlos con su manía de convertir á las gentes. Cuando llegó á Loudan, Bertín Sicard, impertinente como todos los cobardes, acababa de tener una cuestión en la Audiencia, con ocasión de una palabra demasiado dura que había arriesgado en un alegato de defensa. Su adversario le había abofeteado en público, y como Bertín no contestara ni exigiera reparación, nadie le había vuelto á hablar: allí, en Loudan, están montados así. ¿Adivina usted lo que hizo Carlos?

—Sí—dijo el señor Jamond;—conozco su corazón: tendió la mano, de seguro, á ese desgraciado.

—Precisamente. Ya les tiene usted amigos íntimos. Bertín Sicard usó á sus anchas de la intimidad, como que no tenía en qué escoger en materia de amigos.

Nuestro Carlos le consolaba lo mejor que podía; y note usted que no le censuro en manera alguna, por más que no sea quizá de muy buen ejemplo alentar así la insolencia forrada de cobardía. Bertín, por su parte, tenía una idea fija, la de rehabilitarse, es decir, obligar á la gente á mirarle como un matasiete. Daba lección de armas y soñaba con fiestas de bofetadas. Sólo que luego no se atrevía á matar una hormiga. Carlos, con su paciencia de ángel, trataba de modificar las ideas de su protegido, y le decía eso que puede ser verdad en filosofía como en religión, es á saber: que hay á veces más valor en sufrir un insulto delante de todos, que en vengarle, con tal que esta manera de obrar sea ordenada ó exigida por una profunda adhesión á una creencia; y partía de aquí para concluir que Bertín Sicard quedaría virtualmente lavado si se hacía cristiano...

—Lavado de sus pecados—le interrumpió el señor Jamond con su sonrisa;—¡curado de su rebelión y amigo de su cruz! Carlos no podía prometerle otra cosa acá en la tierra.

—¡Justo!—exclamo Olivier, que se echó á reir en medio de su cólera y de su tristeza.—¡Amigo de su cruz! ¡Ya, de la cruz de honor! El colgarse un cintajo es el sistema de rehabilitación de Bertín Sicard. Tardé mucho tiempo en comprenderlo, pero el amigo Loirier me ha puesto en autos. Bertín tiene un plan, todo un plan, complicado, absurdo, monstruoso de necedad y de ingratitud, plan que Carlos no hubiera jamás adivinado, por más que Loirier haya tenido conocimiento de él por las confidencias de Carlos, contán-

dole los pretendidos progresos que hacía la conversión de su Bertín. El bueno de Loirier conoce á los hombres, tiene experiencia, y es tan perspicaz como Carlos ingenuo; mas todo esto no le hace nada para que continúe extasiado en admiración del caballero sustituto. Al contrario, se toma doble interés para ponerle en guardia contra su nuevo amigo, y á través de las respuestas de Carlos, abogando á finas veras por la causa de su caridad, por la causa, sobre todo, de la conversión comenzada, mi buen Loirier descubre hilo á hilo toda la trama imbécil y perversa tejida por ese condenado de Bertín para salir del infierno de los cobardes. No es fácil de contar y exponer todo eso, señor Cura; pero ¿se acuerda usted de una historia de un incendio que el señor Huet nos contó cuando la enfermedad de Juanín?

—Perfectamente.

—¿Se acuerda usted de este detalle?... El señor Huet atribufa aquel acto de valor á un joven magistrado.

—Y tú á un abogado.

—Pues bien, aquel era el primer ensayo del sistema de Bertín Sicard, y en aquel momento yo mismo me hacía su cómplice sin saberlo. El verdadero salvador era, en efecto, un joven magistrado, y éste era Carlos. El joven abogado era Bertín Sicard, que ni siquiera había visto el incendio. Pero esperaba aprovecharse de él.

Carlos entraba en casa de Bertín después de la aventura del fuego para lavarse á toda prisa las manos y la cara, que tenía tiznadas. Mientras se lavaba suplicaba á Bertín, que estaba en la cama todavía, que no dijera

nada de aquello; cumplía en esto la letra del Evangelio, que ordena á la mano izquierda ignorar lo que haga la derecha. Una hora después, sin embargo, Bertín aprendía por allí la buena acción de la que Carlos evidentemente no quería que se le atribuyese el mérito, y en seguida surgió en él el pensamiento de colocarse en lugar de Carlos.

—Pero eso es absurdo—murmuró el señor Jamond.

—No tan absurdo, puesto que sabía la firme voluntad que Carlos tenía de permanecer ignorado.

—Entonces es odioso.

—¿Usted lo encuentra odioso? Pues aguarde usted, que todavía es algo peor. Una vez colocado en esta vía de explotar á su bienhechor y á su único amigo, Bertín debía caminar por ella á paso largo. Comiendo se abre el apetito. Carlos mismo era el que, en su afán de humildad cristiana, había abierto la primera puerta; Bertín, viendo allí una hermosa acción de que apropiarse, se la colgó al cuello y se quedó acechando la conciencia de Carlos... que era un verdadero tesoro. Al cabo de unos días, Bertín halló en ella una nueva herencia. Aquella pobre loca, la Chenu, había tratado de ahogarse con su niña, y Carlos había tornado á hacer su oficio... Bertín tenía ya bastante con lo anterior en materia de salvamentos, y pasando á otro orden de ideas, abordó lo que más le interesaba el corazón, el capítulo de su diploma de valentón y de bravo. Por supuesto, que contaba con Carlos para obtener ese diploma. Es muy prudente, aun en el fondo mismo de su manía; antes de arriesgarse quiso tener seguridad formal de que Carlos, obediente á las prescripciones de la Igle-

sia, no se batiría, ni aun cuando sufriera el último ultraje...

—¿Y se atrevió á hacerle semejante pregunta?—exclamó el señor Cura.

—¿Por qué no? A su confesor se lo puede uno preguntar todo.

—Pero la Iglesia no deja al cristiano desarmado ante un ataque brutal. ¡No faltaría más que eso! La Iglesia reconoce á sus hijos el derecho de legítima defensa...

—Me alegro—dijo Olivier,—ya volveremos á eso; pero Carlos tenía para con ese Bertín el papel de apóstol, de consolador y de convertidor. Así es que debió descartar todos los *si acaso*s y los *peros* que hubieran enfriado su elocuencia, pues Bertín quedó enteramente satisfecho, y hace tres días que todo Loudan supo con asombro que el prudentísimo abogado, convertido de repente en un rayo de la guerra, había abofeteado á alguien.

—¿A quién? ¿A Carlos?

—No se pronunció nombre alguno en los primeros momentos. Toda esta maquinación, idiota en sí misma, como la mayor parte de las cosas que hayan de tener gran éxito entre las muchedumbres, fué conducida en sus detalles con una terrible habilidad. La señora de Boisbreant, que estaba en Loudan no ha sabido nada. Aquí es precisamente, en nuestra ciudad, donde se ha ido pregonando la noticia de casa en casa con el nombre de Carlos. He usado la palabra pregonar, porque así se ha hecho realmente: no se habla de otra cosa. Lo menos veinte personas me han contado la historia, y estoy seguro de que usted también la habrá oído.

—Es verdad, también me lo han dicho.

—¿Y usted no lo ha creído?

—No; principalmente por lo que voy á decir á usted: porque al mismo tiempo me han dicho que Carlos y Bertín debían llegar esta tarde juntos en el cabriolé de Bertín.

Olivier movió la cabeza.

—¿Cómo explica usted esto?—preguntó el señor Jamond.

—No me lo explico; pero la comedia debe de tener un desenlace preparado. Si Carlos no ha sido insultado todavía, él lo será. Bertín se cree seguro de la impunidad, y quiere tener su diploma, y le tendrá, aun cuando fuera menester pagarle con sangre, siempre que no sea con la suya. Nada hay tan feroz como un cobarde.

Yo era todo oídos. Herfanme aquellas cosas muy en lo vivo, porque sentía venir la desgracia; pero nuestro buen parroco se encogió de hombros, sonriéndose, y dijo:

—Todo eso es pueril. Consulte usted á mi vicario, el señor Huet, y él le responderá á usted: «Hijo mío, si un pillete de ese jaez le hace á usted una bribonada, se le apalea primero, y después se le perdona».

Olivier le cogió las dos manos, y le dijo con efusión:

—Todo lo que yo le pido á usted es que diga otro tanto al mismo Carlos, bajo distinta forma, cuando llegue el triste momento; es á saber: que la Iglesia no prohíbe rechazar por la fuerza al pícaro cobarde que abusa de la generosidad de un cristiano para despojarle de su honor y cubrirse con él, como el asno se vistió con la piel del león... Y ahora podemos entrar.

Olivier empujó la puerta de la sala. El señor Jamond, al seguir detrás de él, iba diciendo:

—¡Caramba! La Iglesia no solamente no lo prohíbe, sino que lo manda... Yo prometo que este excelente y deseado matrimonio no se ha de desbaratar por una mentira semejante.

Y entraron. Yo me deslicé en el salón detrás de ellos. Habíamos cogido en casa la moda de comer á las cinco, y era ya casi la hora de sentarse á la mesa.

Serían menester páginas enteras para decir la cólera que había yo sentido escuchando aquella conversación. Las últimas palabras del señor Jamond me habían dado, sin embargo, un poco de consuelo; pero en cuanto entré en el salón volví á sentir un gran peso en el alma. Había en todo aquello algo de terrible. Una molestia, una opresión, una angustia, tanto más penosas cuanto que no se desbordaban. Debíamos habernos reunido en algazara y alegría, porque realmente aquello era una fiesta, la única fiesta que nuestra casa había visto después de la muerte de mi padre. La señora de Boisbreant y Clemencia habían llegado á eso de las tres: hacía ya, por consiguiente, dos horas que estaban allí, dos horas que parecían dos siglos. Todos los semblantes llevaban la señal de un indecible cansancio; sólo el valeroso Loirier conservaba un resto de su constante sonrisa. Estaba de pie junto á la ventana con la señora de Boisbreant, que le llevaba de altura la cabeza, cuando no inclinaba un poco su elevado talle hacia mamá, que estaba sentada en el ángulo de la chimenea, y á quien Luisa, arrodillada, prestaba tiernísimos cuidados. Mamá se había sentido

ya por dos veces medio desfallecida. Junto á Luisa estaba Clemencia, sentada en un taburete de espaldas á la hornilla, que no tenia lumbre, dando una de sus manos á mamá, que la miraba á hurtadillas como un bien que se teme perder, y la otra á Ana, que tenia los ojos muy encendidos de haber llorado.

La figura encantadora de Clemencia Loirier no habia perdido aquel carácter de serenidad dulce y un si es no es altiva, que era su propia fisonomía; pero se notaba algún esfuerzo por conservarle. Lo repito: todas aquellas personas reunidas allí, personas que me eran tan queridas, pues ya quería yo á la nueva familia de Carlos casi tanto como á la nuestra, presentaban un cuadro de muda desolación que me desgarraba.

Hay preocupaciones que no se desvanecen y que oprimen con su monstruoso poder á los mismos que las detestan. Hay palabras idolátricas que ejercen la tiranía de las supersticiones. Una de esas palabras vibraba en mis oídos como el sonido de una campana: ¡honor! ¡honor! ¡honor! Y me decía yo, á la vista de aquella escena sin gestos ni palabras: «No son más que mujeres, pero conocen que Carlos está deshonorado».

Y no hay que engañarse: yo estaba completamente en lo cierto. No habia allí más que mujeres, excepción hecha de Loirier, que no participaba en manera alguna de la debilidad común, y que acababa de romper un brazado de lanzas en favor del buen sentido, del verdadero valor y del real y verdadero honor; no habia allí más que mujeres piadosas, tiernas, excelentes, á quienes el pensamiento de la muerte en pecado daba horror, mujeres que se hubieran arrojado todas y cada

una de ellas ante el primero que llegara, ya fuera extranjero, ya desconocido, y hasta enemigo, para estorbarle de batirse en duelo. Y todas ellas estaban ya sin aliento, ahogándose. ¿Por qué? Porque la preocupación las había dominado.

En el momento en que entraba el señor Jamond decía mamá, aspirando con fuerza el frasco de éter que la daba Luisa:

—El señor Loirier tiene razón; jamás es lícito batirse.

—Jamás—repitió la señora de Boisbreant con tono más decisivo,—y siempre nos está mandando perdonar.

—¡Aquí está el doctor!—exclamó Luisa, y aun creo que se quedó con gana de añadir: ¿es el doctor de este mismo parecer?

La mirada de mamá interrogó al señor Cura, que respondió en el acto:

—¡Nuestro Carlos es cristiano y sabe cómo ha de conducirse!—Y se acercó á coger la mano á mamá.

Y el bueno de Loirier, fortalecido su valor con el refuerzo del señor Cura, eligió aquel momento para exclamar:

—No he visto jamás un hombre tan valiente como el caballero sustituto; lo tiene bien probado.

—¡Oh! ciertamente—dijo en su apoyo Luisa.

—Y eso no es de ahora—dijo Olivier atravesando el salón.—Conozco á Carlos desde su infancia, y es el corazón más resuelto que he encontrado.

Mamá murmuró sin darse cuenta:

—Gracias... gracias... Pero, Dios mío, ¡qué desdicha! Entreabrióse en esto la puerta, y apareció Juliana

con el cabello despavorido, diciendo, sin andar en cumplimientos:

—Ya está aquí la sopa: pueden ustedes venir—y volvió á cerrar la puerta en seguida, porque no estaba en traje de servir á la mesa. Nadie pestañeó.

—Ven á darme un beso, Juanín—dijo mamá al verme detrás de Olivier.—No hay que ocultarle nada á este niño.

Y añadió, dirigiéndose al señor Cura:

—Habíamos escrito á Francisco para que viniera; pero felizmente ha contestado que no puede.

—Si hubiera venido...—iba á decir Luisa.

Y Ana acabó la frase con énfasis.

—Ya ven ustedes... ¡un militar!

Iba yo á abrazar á la señora de Boisbreant, que dijo posándome los labios en la frente:

—Sí, eso está bien; pero el señor sustituto es el jefe de la familia.

Después de Loirier, la señora de Boisbreant era allí la más formal; sus palabras no me agradaron.

Me separé de ella y dije con altivez:

—La verdad es que papá había ido una vez al terreno.

El señor Cura me impuso silencio con el dedo.

—¿Pero estarán sordos?—refunfuñó Juliana tras de la puerta.—¡Ya les he dicho á ustedes que está la sopa en la mesa!

—Yo, por mí, desde luego—exclamé ya en plena rebeldía,—si me insultan, pobre del que se atreva. Yo haré lo que papá: me batiré.

—¿Quieres callarte?—me dijo Olivier.

—Si haces en todo como tu padre—dijo con mucha gravedad el señor Cura,—vivirás y morirás en cristiano: Dios lo quiera.

—¡Ah, si él viviera!...—balbuceó mamá saltándose las lágrimas.

—¿No han oído los señores?—insistió Juliana, á punto ya de perder la paciencia.—La sopa se está enfriando. Después no me echen á mí la culpa.

—Déjenos usted—la dijo con cierta severidad Luisa.

—¡Bueno! Para eso no era menester estarse una quemando, ni tener cuidado de poner todas las cosas á freir ó á cocer á su tiempo.

Y desapareció cerrando de golpe la puerta.

Mamá dijo:

—Id á comer, hijos míos.

Olivier, que me tenía por glotón, trató de cogermelo debajo del brazo para llevarme á la mesa; pero yo le rechacé.

Por tercera vez asomó Juliana.

—¿Ya vuelves?—la dije de mal aire, porque tenía yo gana de reñir con alguno.

—No me enfadan las refrontadas—dijo ella,—cuando veo que está la gente desazonada. Es el cartero: trae esta carta con catorce *suses* de recargo.

—¡Francisco! ¡Es de Francisco!—dijo Luisa arrancándose de las manos.

Y habiendo roto el sobre, añadió con aire consternado:

—¡Ha obtenido licencia! ¡viene!

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Aquello fué una explosión. Mamá cruzó sus pobres manos temblorosas, repitiendo:

—¡Esta noche!

—Ese no atenderá á razones—dijo Ana—es militar.

—¡Y tan quisquilloso!—añadió Luisa.

—Lo que es en cuanto á eso—añadí yo,—él le romperá alguna cosa: es bien seguro.

Haba un sí no es de ostentación en la sinceridad de nuestros temores. La verdad es que no nos pesaba tener en la familia un miembro siquiera capaz de meter miedo. La señora de Boisbreant indicó muy discretamente la conveniencia de ir á esperar á aquel terrible Francisco á la diligencia para prepararle, y yo me lancé hacia la puerta diciendo:

—De eso yo me encargo.

—¡Ca, no no!—exclamó Olivier, que me agarró en el momento en que atravesaba el umbral.—Sería la mejor manera de echarlo á perder todo. Quien va á ir á hablar á Francisco soy yo, si la familia me autoriza.

—Vaya usted, doctor, vaya usted—dijo mamá,—y tú quédate, Juanín.

Olivier salió, y el señor Cura me retuvo prisionero. Yo le dije sin alzar la voz, porque mi cólera era entonces tan fría como profunda:

—Ya oí yo la conversación que tuvo usted con Olivier; sé de todo eso tanto como ustedes. Yo quiero ser buen cristiano; pero triste del que quiera hacerme pasar por cobarde.

El señor Jamond me abrazaba para calmarme. Mis

hermanas me sonreían. Yo añadí lleno de vanidad, como todos los niños:

—No me ha de tener usted siempre agarrado. Mi hermano Carlos es muy bueno, puesto que todo el mundo dice que es valiente. Yo no sé si soy valiente, pero el que le ha insultado tendrá que habérselas conmigo.

Miré á Clemencia, la ví palidecer y bajar los ojos. Hubiera querido no haber pronunciado tales palabras, porque comprendí de una manera vaga que acababa de herirla en lo más vivo en la persona de aquel á quien amaba. El señor Cura me soltó. El daño estaba ya hecho. El señor Loirier y la señora de Boisbreant dijeron los dos á un tiempo:

—Caballerito, tu hermano Carlos no ha menester que le venguen.

—Es un niño—murmuró el señor Cura.

Yo me revolví contra él. Esa era mi desesperación: el no ser más que un niño en aquel momento.

—¡Juan, Juan!—dijo mamá;—¿se te figura que no somos todavía bastante desgraciados?

Corrí entonces á abrazarla, y hundí la cabeza en su regazo sollozando.

También ella, con la perspicacia propia de madre, había sentido en el fondo del corazón la humillación que acababa yo de inferir á Clemencia Loirier.

Y ella, que me amaba tanto y que veía mi arrepentimiento, no me devolvió el abrazo. Pero apretó contra su pecho, por encima de mi cabeza, la mano de Clemencia, y la dijo:

—Querida, ¡te hubiera yo amado tanto!

Sentí cómo Clemencia se inclinó para recibir el beso de mamá, y cayó sobre mi frente una lágrima. ¿De quién era?

—¿Es que no van ustedes á comer hasta el día del juicio por la tarde?—dijo Juliana á la puerta del gabinete de papá.—Ahí está el señorito Carlos que sube cantando.

Esto me hizo ponerme en pie, y repetí con indignación:

—¡Cantando!

—¿Viene él solo?—preguntó mamá.

—Así parece—respondió Juliana;—pero voy á ver.

Y casi en el mismo instante oímos en el gabinete de papá la voz de Carlos, que decía:

—¡Hola, buenas tardes, Juliana! ¿Están á la mesa?

—¡No, no hay peligro!—le respondió ella.—Hay días que nadie tiene hambre.

Se me figura que estoy oyendo todavía cada una de estas palabras tan simples, pero que tenían para nosotros tan terrible sentido. Todos pudimos observar el efecto que le hicieron á Carlos, porque precisamente atravesaba el dintel. Carlos paseó una mirada de inquietud en redor de la habitación, diciendo:

—¿Es que tenemos algún enfermo?

Sus ojos habfan buscado lo primero á Clemencia. Anita estaba ya colgándosele del cuello, y Luisa le arrastraba hacia mamá, que me apartaba á mí para estrecharle en sus brazos. Yo me retiré al otro extremo de la sala. A todo esto nadie había respondido á la última pregunta de Carlos, que estaba como asombrado de las grandes caricias que le hacían. Creo haberlo dicho

ya, y quizá no una vez sola: él era de entre todos nosotros á quien se le hacían menos. Mamá le abrazó sobre media docena de veces murmurando:

—¡Pobre hijo! ¡pobre hijo mío!

Cuando se enderezó, todo el mundo se quedó callado, y él como envuelto en aquel silencio. El malestar... quisiera una palabra que dijera más que ésta: la dolorosa ansiedad que llenaba nuestra casa se apoderó de él. Tornó á mirar otra vez á Clemencia, que le sonrió con dulzura, pero con tristeza. Yo miraba todo esto con ojos iracundos desde el rincón adonde me había apartado. No me ocurría la idea de que Carlos estuviera fingiendo, porque conocía perfectamente su inflexible rectitud; pero preguntábame á mí mismo si el sentimiento del honor estaba en él borrado hasta el punto de que no adivinara el peso con que todos estábamos aplastados.

Todos, excepto la señora de Boisbreant y el señor Loirier, porque lo cierto es que hasta nuestro buen párroco tenía cara funeraria.

El señor Loirier saludó al señor sustituto con más afectuoso respeto que nunca. Dijérase que descubría en él una nueva aureola. La señora de Boisbreant fué quien rompió el silencio; su voz era como su semblante: jamás he oído nada más dulce; y sin embargo, me hizo estremecer de pies á cabeza cuando dijo con su calma habitual:

—Querido Carlos, es menester que nos diga usted lo que le ha sucedido.

—Bueno—la respondió Carlos, como quien ha entendido con sola media palabra, porque sin duda ha-

bían hablado muchas veces los dos de la conversión de Bertín.—No crea usted, señora, que he podido adelantar mucho el asunto. He hecho el viaje en su *cabriolet* hasta una legua de aquí, poco más ó menos, que es donde me he bajado para continuar mi camino á pie...

No acertaría á decirnos con qué angustia le escuchábamos. Nadie se atrevió á preguntarle por qué había dejado así el *cabriolet* á una legua de la ciudad. Pero él mismo continuó de su bella gracia, no sin cierto embarazo que cada cual interpretó á su manera.

—Yo creo que el pobre muchacho había almorzado fuerte. Tardó mucho en ocurrírseme que tal pudiera suceder, porque es muy sobrio de ordinario, es bebedor de agua por régimen. Al principio venía yo muy contento. Parecíame su conversión mucho más adelantada de lo que yo podía esperar. «Quiero volverme á Dios, me decía, decididamente todo lo demás no es nada. ¡Ah! la caridad cristiana, ¡qué hermosa es! ¡Ah, qué hermosa es la caridad cristiana! ¡Volver bien por mal! ¡Amar á sus enemigos! Eso es precisamente lo que usted haría, Carlos, si alguno le insultara á usted: le perdonaría; ya me lo ha dicho usted. ¿No es verdad que usted mismo me lo ha dicho?... No soy yo quien ha hecho correr el rumor de que yo salvé á la niña, ni los otros rumores... Yo soy incapaz de esas cosas. Usted es mi amigo, mi único amigo...» Y lloraba, y de cuando en cuando volvía la cabeza para llevar no sé qué á los labios. Yo pensaba que era agua lo que bebía...

—No—interrumpió aquí el señor Loirier;—era coraje.

Y añadió humildemente:

—Perdone usted; el natural vuelve al galope.

—A medida que veníamos avanzando en el camino—continuó Carlos,—se iba poniendo más exaltado. Tan pronto me echaba en cara el pasar por cobarde, á mí que no me bato tampoco, lo mismo que hace él; tan pronto me daba las gracias, como me decía injurias.

—¡Hola, hola!—dijo el señor Cura,—¡injurias!...

—Sí, y después me pedía perdón con las manos cruzadas.

—Pero ¿por qué representaba esa comedia?—dijo mamá.—¿Estabais solos?

—Solos.

—Entonces estaría borracho.

—Enteramente borracho perdido; harto motivo tuve de conocerlo.

—¿Y no usó de violencia?

—¡Oh, ca! ¡el pobre infeliz! ¿No le conocen ustedes? Si es la dulzura misma. Si me bajé del *cabriolet* fué por ustedes, por mamá, por mis hermanas, por Clemencia. Viéndole en aquel estado no quise entrar en la ciudad en su compañía... y cuando le dejé fué cuando montó en cólera. Entonces me llamó jesuíta, y me gritó, llamándome de tú: «Yo te compondré, mojigato...» ¡Ah! daba lástima.

—¿Y antes?—preguntó Clemencia.

No había hablado ésta una palabra desde la llegada de Carlos, que al oírla levantó los ojos para mirarla. Clemencia se puso colorada, pero explicó su pensamiento con claridad, y dijo:

—Quiero decir antes de hoy: ayer ó anteayer, ¿no ha habido nada entre ustedes?

Esto parecía ya un interrogatorio.

—Absolutamente nada—respondió Carlos.

—¿Qué os había yo dicho?—exclamó Loirier con no disimulada satisfacción.—Bien os decía yo que no había en todo eso más que un tejido de mentiras.

La serenidad interior de Carlos era tan perfecta, que ni siquiera preguntó de qué mentiras se trataba.

Pero yo no pude ya contenerme más. Me estaba ahogando, y exclamé esforzando la voz, que se me extinguía en la garganta:

—Carlos, ¿pero tú no ves que todo el mundo está aquí en tortura? ¡Habla como hombre, habla claro! ¡Di á mamá, di á Clemencia que no traes dos bofetadas en tus mejillas!

Clemencia se estremeció y cerró los ojos, mamá dió un salto en la butaca. Todas las manos se extendieron hacia Carlos, mientras que todas las miradas vinieron sobre mí como para confundirme. Aún estoy viendo la mirada del buen Loirier, que me atravesó el corazón como una maldición terrible. El señor Cura, que me quería tanto, dijo:

—¡Este niño es malo!

Carlos tornó los ojos hacia mí lentamente; su mirada era clara y tranquila.

—Juanín mío—me dijo,—no te había visto todavía; ven á abrazarme.

XIII

El corazón de Carlos, y lo que costó mi primera Comunión.

A Juan le temblaba la voz de tal manera, que le costaba trabajo hacerse entender. Detúvose un momento. Todos los que le escuchaban, con una opresión del corazón indecible, respiraron. Había mucho de inusitado y de desgarrador en aquel drama sordo en que los esfuerzos del narrador tendían evidentemente á ahogar la emoción que el mismo despertaba. No quería Juan comunicarnos toda la angustia de su recuerdo; pero á través de la precaución de sus palabras, el auditorio sentía más que nada lo que Juan no decía. Trátabase del corazón de Carlos y del corazón de Clemencia: dos ternuras no conocidas, dos de esas afecciones puras, legítimas y profundas á las que suele Dios conceder la suma total de la dicha posible aquí en la tierra, y de las que hacen en toda su plenitud los santos gozos de la familia.

Juan continuó diciendo:

—Carlos se sonreía; pero yo veía cumplida la predicción: veía sufrir á alguien á quien amaba, y sufrir como para morir. Sabía yo quizá mejor que él mismo hasta qué punto su corazón, su pobre corazón de joven,

estaba lleno de Clemencia. Sentía yo lo vivo de su sacrificio, pero no estaba conmovido; aún no había en mí más que mi cólera y mi orgullo implacable. No olvidéis que os estoy contando aquí mi primera comunión y lo que costó.

No recibí de los que tenían derecho de castigarme el inmediato castigo de mi mala palabra.

En esto se oyó un tumulto en la calle. Sentíamos gritar, y el señor Cura se levantó á abrir la ventana, quizá por distraernos. Mas en cuanto la hubo abierto oímos unas voces ásperas que se desgañitaban diciendo:—¡Abajo el mojigato! ¡Fuera el jesuita! ¡Muera el cobardel!—La señora de Boisbreant y el señor Loirier cruzaron una mirada de angustia. Yo estaba como anonadado por la rabia. Mi madre y mis hermanas se apretaban en torno de Clemencia, que parecía una muerta. Carlos estoy bien seguro de que rezaba. El señor Cura se inclinó de codos en la ventana.

—¡Cuánta gente sale del café—dijo muy bajito,—y llevan á alguno en hombros!

—¡Es él!—murmuró el señor Loirier, dirigiéndose principalmente á la señora de Boisbreant.—Habrá pagado á los granujas de la calle para que griten, y se ha hecho hacer una ovación por los jugadores del café Morel, que por detrás se burlarán de él de seguro.

Trabajo me costó llegar á la ventana; las piernas no me querían tener. El café Morel era un despreciable bodegoncillo, situado al otro lado de la tienda de Roboam, en donde se reunían todos los holgazanes del barrio. Introduje la cabeza por entre los demás, y distinguí una media docena de perdidos que llevaban á

Bertín sobre una mesa. Yo no le había visto nunca, pero ya sabía que era él. Gesticulaba y apretaba los puños, mirando á nuestras ventanas y gritando con voz aguardentosa:

—¡Le he abofeteado! Os juro por lo más santo que le he abofeteado en los dos carrillos delante de dos mil almas, *ida y vuelta, ¡plin, plan!*...

Estas eran las mismas palabras que yo había oído de boca de Goliat-Vaucherant á través de la persiana del obscuro zaquizamí. Todo aquello estaba preparado de antemano evidentemente.

Los transeuntes se amotinaban, la familia de Ro-boam se agolpaba á la puerta. Los granujas volvieron á repetir:

—¡Abajo el jesuíta! ¡Abajo el mojigato!

Y Bertín, que ya no podía más, borracho del todo del mucho coraje que había bebido, se puso á aullar con gestos extravagantes.

—¡Que venga el jesuíta! Yo le reto á que venga. Que venga ese que se atribuye la gloria de mis buenas acciones... Yo soy el que salvé dos veces á la niña, del fuego y del agua. ¡Yo no soy un jesuíta!

—¡Bravo, Bertín, bravo!—decían los pilletes del café Morel riéndose.—El mojigato te tiene miedo, Bertín; eres un valiente.

Y los que tenían más caliente la cabeza, dijeron:

—El mojigato está para casarse, y esto debe incomodarle mucho.

—Vendrá.

—¡No vendrá!

—¡Que nos muestre á la señora mojigata por la ven-

tanal... ¡á la señora mojigata!... ¡á la señora mojigata!...

Retrocedí al interior de la habitación. Era yo de esos niños que encuentran frases de melodrama aun antes de haber pisado el teatro.

—Pero, vamos, ¿qué haces?—le dije á mi hermano;—ya ves que insultan á aquella de quien tú eres protector.

Carlos no pestañeó siquiera. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Clemencia entreabrió los ojos, y me dirigí á ella en mi detestable crueldad.

—Dile por Dios que baje—la dije,—si no voy á bajar yo en lugar suyo.

El señor Cura, el señor Loirier, mis hermanas, y mi madre misma, se apoderaron de mí. Yo luchaba, forcejeaba y mordía. Era yo un corrosivo derramado sobre la llaga de aquellas almas buenas.

Clemencia se había estremecido ligeramente con mis últimas palabras, y se cubrió el rostro con las manos. Carlos levantó los ojos hacia ella en aquel momento, y yo me quedé absorto y con la boca abierta, porque creí que iba á caerse muerto; tan horroroso fué el tinte de agonía que se esparcía por sus facciones. Estaba harto más pálido que papá en su lecho de muerte. Sus ojos, que permanecían enjutos y brillantes con un valor resignado, se habían apagado de repente. Sufría tanto y tan heroicamente, que su angustia me penetró como un acero cortante.

Levantóse con los ojos bajos y sin tambalearse, y se fué junto á Clemencia, á la que dijo muy bajito, y con una dolorosa ternura que en vano aspiraría yo á producir:

—¡Hágase, y bendita sea la voluntad de Dios! Renuncio á ser feliz aquí abajo.

Clemencia experimentó una sacudida profunda. Los demás no lo oyeron. En aquel momento se produjo fuera un nuevo ruido, y la señora de Boisbreant, que permanecía sola en la ventana, dijo:

—Ahí vienen Olivier y un militar.

Todo el mundo se precipitó hacia las ventanas pronunciando el nombre de Francisco. Carlos estaba preso entre los brazos de mamá.

El tumulto aumentaba fuera mientras tanto, pero había cambiado de naturaleza. Francisco, porque realmente era él, acababa de perforar como una bala de cañón el grupo de pilletes del café Morel. La turba dudaba ya. Olivier era muy popular en nuestra ciudad; los pobres no conocían otro médico, y todos los obreros tenían confianza en él. Era precisamente la hora en que los obreros del campo de Marte volvían de sus trabajos. Dejóse ver de repente un gran número de ellos que subía por nuestra calle.

Cómo y de qué manera van y vienen las muchedumbres, giran y se tornan, caen y rebotan, y corren á merced de un capricho, los padres que hay aquí bien o saben; los niños ya lo sabrán demasiado pronto. Quizá andaba por allí el recuerdo de mi padre, cuyos funerales había acompañado llorando algunos meses antes la ciudad en masa. He dicho *quizá*... Lo cierto es que Olivier habló, y que al cabo de cinco minutos la indignación general se había vuelto contra los insultadores.

El día se apagaba rápidamente. Desde nuestra casa

veíamos gente remangándose las mangas de la camisa. Los de Roboam cerraban su tienda; los pilletes huían por todas partes llenos de empellones y de bofetadas. La multitud arrollaba á los gozosos farsantes del café de Morel, que comenzaban á hacer la triste figura. Olivier se veía obligado ahora á protegerles; pero ni su protección bastaba ya, porque aquellos brazos desnudos se calentaban y animaban con el ejercicio. Por casualidad alguno había añadido al nombre de Bertín el nombre de Sicard, que conservaba una funesta popularidad entre los obreros. La quiebra de Sicard había despellejado á una porción de gente, y el banquero quebrado *arrastraba coche* como antes. Esto se dijo, y esto produjo escándalo y excitación, naturalmente. Para colmo de sus desdichas asomaron por allí sus uniformes los pacíficos agentes de orden público. Creyóse al verlos que venían á defender el coche de Sicard, y comenzó á gritar todo el mundo:

—¡Al agua el ladrón!

El agua no estaba muy lejos, y un tumulto va muy de prisa. Los agentes de orden público fueron maltratados; aquello se iba convirtiendo casi en una revolución política.

—Se han apoderado del desgraciado Bertín—dijo la señora de Boisbreant, que estaba á la ventana.

Y al mismo tiempo ascendía un clamor formidable:

—¡Al agua, al agua, tirarle al agua!

—¡Al agua el ladrón!

—¡Al agua Sicard!

Carlos oyó esta vez las voces. Momentos antes no había querido bajar á defender su honor y su dicha, y

ahora tomó la puerta sin decir nada. Pero la verdad es que nadie dudó acerca de sus designios.

—Llevan medio arrastrando á ese Bertín — tornó á decir la señora de Boisbreant, — y han derribado á Olivier...

Cuando yo me puse á la ventana estaba ya obscureciendo. Apenas se distinguía la oleada confusa y tumultuosa de gente que bajaba hacia el río, y se oía á Bertín demandar gracia con voz apagada en medio del tumulto. No se trataba ya de Carlos ni de nosotros. Bertín pagaba al mismo tiempo por sí y por el banco quebrado que arrastraba coche con el dinero robado á los bolsillos de los pobres. La cólera de las masas no corre nunca mejor ni más desembarazada que cuando equivoca el objeto.

De repente ví como un remolino en aquella masa furiosa, un esfuerzo, una lucha. Ví una cosa que penetraba por entre la turba vocinglera.

Después gritaron: ¡Bravo!

Hallábame á cien leguas de pensar que Carlos estuviese en medio de aquel alboroto, y vergüenza me da el decirlo, pero yo no estaba por los que contrariaban la «justicia del pueblo.» A mi rencor, que no se extinguía, ningún castigo hubiera parecido demasiado severo. Habíame quedado solo á la ventana, y hacía vanos esfuerzos por adivinar lo que estaba pasando, porque aún no habían podido encender el farol de enfrente, todas las tiendas estaban cerradas, y la calle estaba oscura como boca de lobo. Cesaba el ruido por la parte del río, y parecía irse aproximando á nuestra casa. Hubo un instante en que aquella lucha invisible se libró bajo nuestra misma ventana.

—Dejadle—se oía decir;—¡éste no es el verdadero Sicard!

—¡Y este jovencito es un valiente! ¡Caramba!

—¡Bien ha ganado el carnero; darle el carnero!

—¡Si quiere llevarle, que le lleve!

Allá en mi país el carnero es el premio de la lucha en tiempo de feria, y por esta palabra fué por lo que yo empecé á comprender algo. Se me figuraba que el movimiento se guarecía en nuestro portal, y bien pronto ya no se oyó nada afuera.

—Si no es por él estaba hecho el negocio—decían detrás de mí en el interior de la casa.—El le ha salvado la vida.

Volvíme á mirar á la habitación. Juliana había traído luz y pude ver á Francisco todo sudando y abotonándose el uniforme. El era el que había hablado. Olivier, aun más maltrecho, apretaba las dos manos de mamá y decía:

—¡Es un león, es un verdadero león!

—¡A esto hemos llegado!—exclamó Juliana en el comedor.—¿Hemos de dejar también meter á Sicard en nuestra casa? ¡Abajo le están reclamando, y son capaces de subir á buscarle!

—Dejadle al caballero sustituto; que bien sabe lo que hace—ordenó el señor Loirier como si fuera el amo de la casa.

La señora de Boisbreant besó á mamá en la frente con cierta especie de lástima.

Apareció Carlos con el traje desgarrado y llenas de sangre las manos y la cara; sostenía en sus brazos una miserable criatura, ó más bien una bestia herida, Bertín

Sicard, molido á golpes, aniquilado por la borrachera, por la fatiga y por el terror. Las piernas ya no le sostenían; sus ojos vagaban en redor sin ver; evidentemente no sabía dónde estaba ni quién le tenía. Deliraba como un idiota en voz muy baja, repitiendo sin darse cuenta:

—Palabra de honor, que le he abofeteado: ¡*plin, plan!* al revés y á derechas, delante de diez mil almas.

La cabeza se le caía sobre el hombro de Carlos, y al oído mismo de Carlos era donde repetía su estribillo, añadiendo con sonrisa estúpida:

—¡Qué ha de venir ¡No vendrá tal! No hay peligro de que se presente el mojigato! Me tiene demasiado miedo.

Todo el mundo escuchaba con la boca abierta, incluso Juliana, que estaba detrás y no oía bien; cuando al fin entendió lo que pasaba, exclamó con indignación:

—¡Es decir, que no estoy soñando! ¡Es la historia que corre por toda la ciudad! ¿Cómo es esto? ¡Este asqueroso es el que ha puesto la ceniza á nuestro señorito Carlos! ¡Y viene á decírnoslo hasta en nuestra casa! ¡Y nadie se mueve!... Que me den la cuenta ahora mismo, porque más quiero marcharme que no ver estas cosas en una casa donde he estado veinticinco años.

—Antes de marcharte—la dijo Carlos sencillamente,—ayúdame á llevar este pobre diablo á mi cama, porque estoy muy cansado.

Juliana, por toda contestación, le volvió la espalda.

No sin vacilar acudió Olivier á ayudar á Carlos, que, en efecto, no podía ya más. El señor Cura, Francisco,

Luisa y Ana, rodearon á mi madre. La otra familia formó otro grupo, colocándose la señora de Boisbreant y Loirier al lado de Clemencia.

Nada se había roto formalmente. Este hecho extraño, Bertín refugiado en nuestra casa, daba á los acontecimientos un carácter imprevisto. Clemencia no había esperado hasta entonces para mostrar su arrepentimiento. Y sin embargo, ¿cuál era su crimen?... Pero cada cual sentía cómo se iba rompiendo un lazo ya querido de todos. Clemencia lloraba. Yo no me atreví á ir á abrazarla.

El señor Cura dejó á mamá por ir á reunirse con Carlos y Olivier, que atravesaban el salón sosteniendo á Bertín por los sobacos. Clemencia seguía con los ojos al señor Jamond, pues comprendía sin duda que iba á hablar de ella, y aun pudiera decir á hablar por ella.

Seguro estoy de que todos los oyentes ven esta escena en que se pronunciaron tan pocas palabras. Todo andaba por dentro. Nadie intentó hacer ningún esfuerzo por detener la dicha que huía. Sólo el señor Jamond dijo á Carlos cuando pasaban á mi lado:

—Has hecho bien, Carlitos ¡pobre hijo mío! Pero ten cuidado con el orgullo. Creo que vas á trabajar para otros y no para ti. Dios no acepta todos los sacrificios.

Olivier añadió:

—¡Carlos, Carlos! He aprendido más en un día sólo, que en toda mi vida. Escucha al señor Jamond, piensa en tu padre, y sigue los impulsos de tu corazón.

—Mi corazón esta lleno—murmuró Carlos con voz desfallecida.—¡Amo como nadie ha amado nunca!

Y Bertín balbucía con la cabeza colgando:

—Mi palabra de honor, que fui el que salvé la niña... Ven acá, mojigato, ven acá y te daré otro par de bofetadas... ¡plin, plan!

Buscaba yo mi cólera anterior, y ya no la encontraba. Todo aquel miserable drama de la calle, que no tenía de fecha más de media hora, se me figuraba que había sucedido hacía cien años. Carlos volvió á entrar al cabo de unos minutos, siempre acompañado del señor Cura y de Olivier. Puedo deciros lo que había pasado entre ellos, mientras Bertín, tirado en la cama como un tronco, estaba ya roncando, pues que Olivier y el señor Cura me lo contaron más tarde ambos á dos con los mismos detalles. Todas y cada una de las palabras de Carlos habían quedado grabadas con caracteres de fuego en su memoria.

El MOJIGATO, ante aquel sacerdote santificado por un largo apostolado, y ante aquel hombre honrado que tenía la desgracia de no creer, uno y otro los mejores amigos de nuestro padre, había abierto su corazón abrasado de amor, de pobre amor terrestre, confesado con la sencillez y la inocencia propia de un niño, pero con el dolor propio de un héroe, al mismo tiempo que el otro amor, el grande, el amor de Dios, arrastraba aquella pasión á su hoguera y la devoraba sin destruirla. Dios les pide mucho á los santos, pero los santos le dan siempre á Dios más de lo que les pide. No ponderéis, sin embargo, la generosidad de los santos, porque en este particular, como en cualquier otra cosa, sólo Dios es el pródigo.

Quando veis á uno que es calumniado y que huye su justificación y su disculpa, así como otros la procu-

ran con ansia, reparad, hijos míos, porque aquello puede ser una lección para toda vuestra vida; meditad, porque debe de haber algo detrás de aquello que os hierre los ojos; meditad é inquirid, porque aquél desdeñado é insultado oculta de seguro detrás de su oprobio un tesoro inaudito de caridad que se inmola. ¿Quién sabe si no es á él á quien Jesús ha dicho: «Bienaventurados seréis cuando os maldijeren los hombres, y cuando os persiguieren, y cuando, mintiendo, dijeren toda clase de oprobios contra vosotros por causa mía. Regocijaos, pues», etc.? ¡Oh! Sí, regocijaos los elegidos que comulgáis la medida del sacrificio.

Muchas veces pienso en aquella hora tan triste y tan hermosa en que el corazón de mi hermano se ofreció en holocausto por mí seguramente, por Olivier, sin duda, y yo creo que hasta por Clemencia misma. Clemencia y Carlos sentían uno por otro una afección profunda que no debía morir jamás, pero que iba á perderse en la inmensidad del amor divino. La ternura de Carlos era mayor que la de Clemencia, con toda la superioridad de su complexión natural... Fué un don precioso al cielo el de aquel juvenil y purísimo amor. Y Dios le pagó al contado á los que fueron designados para disfrutar del beneficio milagroso...

*
* *

Cuando Carlos volvió á entrar en el salón mandó que sirviesen la comida, y quiso sentarse á la mesa al lado de Clemencia... la señora de Boisbreant se le puso al otro lado. Nosotros todos le mirábamos atentamente. Había en su frente tan serena dulzura, que el que más

y el que menos recobraba esperanza. No es menester que os repita que todo dependía de él exclusivamente. Explicó en pocas y palabras con ingeniosísima misericordia el caso de Bertín, pobre espíritu débil, cobarde en extremo, pero más fanfarrón todavía que cobarde, que vivía de vanidosos deseos, herido de repente y enloquecido por las punzadas del público menosprecio y buscando en la extravagancia desesperada de una comedia, absurda como un sueño, el término y complemento de su suplicio. Había en el caso, al decir de Carlos, síntomas de enajenación mental.

Y en este particular es menester advertir que no se engañó ni un ápice la indulgencia de mi hermano. Bertín expiraba al año siguiente en un hospital de locos perseguido por las fantasmas de los desgraciados que él creía haber muerto en desafío.

La comida no fué triste. Se tranquilizó á Juliana diciéndola cumplimientos condicionales expresados en esta forma: «Si la comida no hubiera tenido que estar tanto tiempo esperando, todo hubiera estado á las mil maravillas». Mi madre y mis hermanas sostenían decididas la conversación. *La inclinación natural* del buen Loirier vino también una ó dos veces al galope. Yo era el más sombrío de todos. Olivier se escurrió á los postres. Cuando los demás salíamos del comedor, el señor Cura me cogió por una oreja y me dijo:

—El señor Huet está en su confesonario esta noche.

—Ya iré mañana—quise yo decir.

—¡No por cierto!—me dijo.—Has hecho hoy un pecado más grande que tú. ¡En marcha! No conviene dormirse encima. ¡Ven!—y me arrastró.

Seguíale yo con extrema repugnancia, y en la escalera me dijo:

—Tú crees que estás muy lejos, Juanín, y estás muy cerca.

No le pregunté siquiera la explicación de estas palabras. No tenía gana de comprenderlas.

La calle estaba desierta; no quedaba ni rastro alguno de las agitaciones de poco antes. El señor Jamond me llevaba de la mano. Al cabo de unos cien pasos le oí decir hablando solo:

—¡Qué de felicidades segadas en flor!

—¡La religión es la que tiene la culpa de todo eso!— exclamé yo en una explosión de cólera.—¡Carlos no piensa más que en sí mismo! ¡No ve más que á sí mismo! ¡Busca su salvación pasando sobre el corazón de todo el mundo!

El señor Jamond se detuvo de pronto, y yo creí que me iba á refirir mucho. Por cierto que no esperaba yo otra cosa para responderle en plena rebeldía; pero no me reprendió nada, tan sólo dijo:

—Sobre su corazón es sobre el que pasa; su propio corazón es el que pisa, y nunca sabrá el mundo el amor admirable que había en ese corazón. A tu padre le gustaban los poetas, Juanín, y á mí también. Pues nunca los poetas cantaron más rica, ni más ardiente, ni más lozana juventud... Y hela ahí degollada sobre el altar. ¡Aleluya!

Después, dejando escapar un hondo suspiro y repitiendo sus recientes palabras, tornó á decir:

—Tú has andado el camino durante el sueño. *Te crees muy lejos, y estás ya muy cerca.* ¡Vamos!

Y continuamos nuestro camino, apretando el paso.

La iglesia estaba casi desierta. Sólo quedaban en ella tres ó cuatro niños que esperaban junto al confesonario del señor Huet. No eran todavía más que las ocho de la noche, pero no se veía ya nada sino á favor de las lámparas que arden perpetuamente ante el altar de la Virgen. Al acercarme al confesonario, que estaba al lado de la epístola, distinguí entre la sombra á un hombre arrodillado en el suelo, junto al balaustre mismo del altar de San José. El señor Jamond me cogió de un brazo y me enseñó aquel hombre diciéndome:

—¡Mira!

Yo pensaba en Carlos, y le respondí:

—No es él.

—¡Sí tal!—murmuró el buen sacerdote con una emoción de que yo no aspiré á saber la causa, porque todo me era ya indiferente.—¡Sí tal, es él! ¡Ya está salvado!

El Sr. Jamond hizo la genuflexión ante el Santísimo Sacramento y se salió sin acercarse á aquel hombre. Yo, por mi parte, no rezaba. Me puse en la fila junto al confesonario, y allí me quedé, aunque de mala gana. ¡Oh! ciertamente que yo me creía lejos, pero muy lejos. Más de veinte veces tuve idea de marcharme antes que me llegara el turno. Y bien mirado, ¿qué hacía yo allí?

Me quedé, sin embargo, por pereza de moverme. Estaba como aterido. Al fin salió del confesonario el que estaba antes de mí, y entré yo. Me puse de rodillas sobre la especie de grada que había en la parte interior.

Aquí hay un corto instante que está confuso en mi recuerdo. Sé que lloré algunas lagrimillas, que no querían correr y que se me quedaban entre los párpados

y me escocían. El peso que llevaba sobre el corazón se me iba aliviando con sollozos. Yo hablaba á papá como siempre en mis rabieta, y le decía que Dios le había engañado: nos había encomendado al cuidado de Dios, y Dios nos abandonaba. Eramos más desgraciados que nunca...

El ruido que hizo la rejilla al abrirse me despabiló y me puse á escuchar el eco de unos pasos lentos y pesados que bajaban trabajosamente por la capilla hacia donde estábamos nosotros. Estaba yo seguro de que aquél era el hombre de junto al balaustre de San José. Detúvose junto al confesonario y se arrodilló en la otra rejilla. Aquello me preocupaba.

—Vamos...—dijo el señor Huet en la rejilla, tocándome casi en el oído.—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mío?—añadió al conocerme.—Di el *Yo pecador*.

Obedecí; pero decía para mí: «¿Qué voy á decirle?» Ni siquiera había echado una ojeada sobre mi conciencia.

—¡Vamos!—repitió el sacerdote.—Despáchate, Juanín. Confieso mañana antes de la misa primera. No llores. En tiempo de Pascua no se llora.

—Es que no he hecho el examen—le dije.

—Mal hecho. Pero ¿por qué lloras? ¿Es que lloras al cabo de alegría? Entonces será que alguno habrá pagado mucho por ti, más de lo que tú vales... Vete á hacer examen, y tú volverás.

Diciendo lo cual cerró la portezuela de la rejilla. Yo no me movía. Es verdad que tampoco había nadie que quisiera ocupar mi sitio. Estábamos ya solos en la iglesia el señor Huet, el hombre que se iba á confesar á la otra rejilla y yo.

A partir desde este momento, ya todo viene otra vez claro á mi memoria. ¡Ah, hijos míos! Me acuerdo, me acuerdo de todo lo que sigue, y me acordaré toda mi vida. En cuanto traté de hacer examen torné á ver todo lo que había pasado aquel día en nuestra casa, y de en medio de aquel dolor lleno de cólera salía Carlos como una luz en medio de la noche. No fué esto una visión: lo sobrenatural nos envuelve de continuo, y todo lo que pasa en torno nuestro es milagro, por más que muy pocas cosas son las que llenan la acepción común de esta palabra. Hay millares y millones de milagros que son mucho más milagros que esos en que se niega á creer el vulgo de los incrédulos, esa multitud compuesta de sabidurías pequeñas y de grandísimas ignorancias. Yo ví á Carlos sencillamente en mi pensamiento iluminarse, pero le ví en el momento mismo en que el se había creído abandonado porque Clemencia ocultaba su rostro entre las manos; yo le ví en el minuto supremo de su martirio, en el instante en que el velo de la agonía caía sobre sus facciones transfiguradas, en el instante en que, según los propios términos de su predicción, le había sido dado *sufrir más que para morir*.

Entonces muchas palabras de las que yo había oído aquella noche misma tomaron un sentido brillante. «Yo había andado el camino sin darme cuenta, mientras estaba durmiendo». Me creía *muy lejos* y estaba *muy cerca*, porque Carlos había pasado sobre la dicha de su corazón, y porque había rogado por mí en la hora misma del sacrificio. Carlos mismo era el que me decía estas cosas dentro de mi alma: le oía y le sentía;

yo era uno de los rescatados á precio de su tormento, y el otro redimido se confesaba á dos pasos de mí, antes que yo.

El señor Jamond me había dicho poco antes, cuando estaba todavía sordo: «¡Es él ¡Ha sido rescatado!» Yo no lo había entendido, pero ahora ya lo entendía. Era *él*, el hombre prosternado junto á la balaustrada ante el altar de San José, hijo de David, jefe de la Sagrada Familia, príncipe del trabajo humilde á quien nuestro Señor Jesucristo debió respeto sobre la tierra. Era *él*, el pecador penitente, el médico curado, el incrédulo arrodillado; *él*, nuestro amigo y nuestro bienhechor, aquél á quien el último pensamiento de mi padre había señalado para esta gracia, era Olivier; yo no le había visto, pero sabía que era él, Carlos me lo estaba diciendo; Carlos, que había hecho cumplirse con su sacrificio y con su oración la promesa de nuestro padre moribundo.

Entonces cayó sobre mis manos cruzadas un diluvio de lágrimas, porque la reciente frase del señor Huet me sonaba todavía en los oídos: «Si es que al cabo lloras de alegría, será que alguno habrá pagado mucho por ti; más que tú vales...»

¡Ah, sí! era de alegría, de gozo, de agradecimiento, de lo que lloraba yo al cabo.

Mi corazón gritaba: «¡Carlos, Carlos! ¡Oh! pobre hermano mío querido, á quien llamábamos el *juicioso*, es decir, el económico, el demasiado prudente, quizá el egoísta, ¿qué es lo que has dado á Dios sufriendo más que para morir? ¿Qué es lo que has dado por nosotros que sea más que tu misma vida?»

Á esta pregunta era el señor Jamond el que respondía; sus propias palabras me venían á la memoria: «¡Qué de felicidades segadas en flor! ¡El mundo no sabrá nunca el amor admirable que había en aquel corazón! Jamás ha cantado ningún poeta ni más lozana, ni más ardiente, ni más altiva juventud... y hela ahí degollada sobre el altar!»

Entonces vi yo á Carlos como realmente era, bajo el ropaje de su virtud. Le creíamos viejo, y era joven; le creíamos reservado, y daba á manos llenas su corazón; extremaba el valor hasta arrojarle de cabeza entre la vergüenza de los cobardes, aquel á quien Dios había hecho incomparablemente bravo; le creíamos frío, y era de fuego, apasionadísimo; le creíamos humilde por carácter, y temblaba de orgullo; le creíamos pobre de naturaleza, y era de naturaleza rica y poderosa, de esas que no hacen más que gastarse en excitar la admiración de los hombres.

He aquí lo que yo veía y lo que Olivier había visto también en el momento en que Jesús, con un poco de barro, abrió los ojos del ciego. He aquí lo que Carlos había depositado en el altar con las flores de sus desposorios felices, con los deseos benignamente oídos de su ternura por el corazón mismo de la que amaba.

Vi todo esto. Mi primera comunión costó todo esto. ¡Dios, Salvador mío! ¿No había sido menester el adorable misterio de vuestra Encarnación para mi bautismo, y no iba yo á recibirlos en la Sagrada Eucaristía, que conmemora y consume un sacrificio mil veces más grande que todos los sacrificios humanos?

Pero aun entre vuestros apóstoles hubo un hombre

que quiso ver antes de creer. Ni Olivier ni yo fuimos de esos hombres afortunados que creen antes de haber visto. ¡Nosotros vimos la figura, empequeñecida, es verdad, pero todavía tan grande, de la caridad divina!... Nosotros vimos la sombra de Jesucristo...

Entonces Olivier fué á la iglesia desierta, y besó la tierra. No temáis... tendrá que volver á entrar en pleno día, á la faz de todo el mundo. A mí, niño más duro que el mismo viejo descreído, me tuvieron que llevar medio arrastrando. Y mientras el viejo hablaba al Sacerdote, no al señor párroco Jamond, su amigo de la juventud, sino al pobre vicario señor Huet, de cuyos modales campesinos se había burlado tantas veces, el niño miraba con asombro cómo se abría su propio corazón...

Entonces, en efecto, entonces sólo se rompió en mí alguna cosa que era como una envoltura ó una barrera, y entró en el vacío de mi pecho otra cosa que era el amor, es decir, Dios.

Fué como un torrente de lágrimas interiores, que anegó lo primero mi pensamiento en asombro y espanto. Tuve miedo de mí mismo al mirarme por primera vez en el espejo de una conciencia nueva y desconocida; tuve miedo también de aquella invasión que me destrozaba antes de crearme. Era un vencedor que venía y un dueño. ¿Era también un amigo? Sí, y más que un amigo, un padre; le sentí en seguida en medio mismo de mi angustia, que me llevaba por la mano al arrepentimiento.

Y ciertamente lo que yo experimentaba no se parecía nada á mi sueño, porque yo había soñado con el amor divino muchas veces, desesperando enteramente

de obtener ese don. Lo que yo había buscado siempre era un éxtasis deslumbrador, y lo que había encontrado era un espanto producido por la vista de mí mismo; terror tan repentino y tan profundo, que me hubiera acarreado la desesperación si el día brillante que me mostraba de improviso la mortal enfermedad de mi alma no hubiera sido la vida misma y el camino de la vida, la luz de las luces, la verdad eterna de Dios.

Día precioso y doloroso, resplandor terrible y dulcísimo: Fe, Esperanza, Caridad... ¡Oh Jesús! ¡Oh conquistador! ¡Oh Dios mío adorado! ¿Qué embriaguez de la tierra es comparable el desgarramiento que hacéis Vos al forzar la entrada de los corazones? Cuando todos mis otros recuerdos mueran, el recuerdo de mi primer arrebató hacia la contrición amorosa y perfecta vivirá lloroso, pero radiante. Hijos míos; rezad lo mejor que podáis y llamad con todas vuestras fuerzas la hora bendita al fondo de vuestras conciencias para que halléis allí el milagro del arrepentimiento santificado por el amor. Habéis pecado; nadie está sin pecado: rezad y llorad por amar. «Bienaventurados los que lloran». La contrición es el primer grado de esa escala de perlas hecha con lágrimas de las almas que antes que vosotros subieron al cielo amando.

*
* *

Olivier estuvo mucho rato confesándose. Era el modelo de las personas honradas según el mundo; y era todavía mejor que eso, porque yo no he conocido otro hombre tan bondadoso como él. En el silencio solitario de la iglesia llegaban hasta mí sus sollozos á través de

las tablas que nos separaban, y yo esperaba mi vez con el estremecimiento de los deseos infinitos. Padre nuestro, Padre nuestro. ¡Oh Padre nuestro, que estás en los cielos! Yo también escuchaba el gemido de ternura que levantaba mi pecho. ¡Al fin, Dios mío, al fin ibais á venir á mí! Y á vuestra proximidad vibraba yo como un cántico de pasión esparcida. Hijos míos, ¡cuánto os ama el Señor! Yo sabía todo aquello que se puede saber á vuestra edad, todo menos rezar la plegaria divina. Creador, bienhechor, salvador, santo, santo, santo, poder infinito, misericordia infinita, infinita solicitud, todo infinito, Dios poderoso y grande, sabéis que os suplicaba entonces por la primera vez de mi vida. Yo bendecía vuestro nombre adorable; vuestro reino venía á mí, vuestra voluntad estaba hecha, y yo clamaba junto á Vos por ese pan delicioso que es vuestro, que sois Vos mismo, que ningún hombre merece, y de que todo hombre puede alimentarse con tal que eche fuera de sí el odio y que se arrepienta y que ame.

¡Oh! yo me arrepentía, Jesús Dios mío, yo tenía dolor profundo de haberos ofendido, á Vos que detestáis el pecado porque nos mata, á pesar vuestro, en los brazos mismos de vuestra omnipotencia. ¡Y cuán sinceramente os prometía yo no volver á caer nunca, mediante vuestra gracia, en mis pasadas culpas, cuya multitud me tenía rodeado! En aquella oscuridad completa del confesonario, oprimida entre las manos la frente y vueltas las espaldas á los pálidos resplandores de las lámparas de María, no veía yo sino mis pecados, que se elevaban contra mí, y á Jesús, que volaba á mi socorro adornado de sus misericordiosas heridas...

¿Era hacia mí hacia donde mi Dios corría? Sí; pero no había sido llamado por mí, porque yo torné á ver en aquel momento tan claramente como os veo á vosotros el sacrificio de Carlos, el minuto de agonía en que había él arrancado de su alma toda esperanza humana, y me representé también sobre la almohada del lecho ensangrentado la sonrisa de mi padre, su última sonrisa, que se entreabría y que hablaba:

—Llora, Juanín querido, llora. ¡Qué dichoso eres! Ya ves que el corazón de Dios ha cumplido su promesa: nos ha colmado de dones en el corazón de Carlos. Juanín mío, llora y reza; Carlos os lo ha dado todo á los dos (á Olivier y á ti); á mí me ha tocado mi parte, y á otros, también. El corazón de un santo es la salvación de muchos... 



Salimos por la sacristía el señor Huet, Olivier y yo, porque las puertas de la nave central estaban cerradas. Al pasar por delante del altar de San José, Olivier dijo:

—Aquí es donde he rezado la segunda vez, porque también me había puesto de rodillas la noche de la muerte de tu padre.

 Nos prosternamos allí todos tres; el señor Huet tenía el corazón henchido de alegría, y no hablaba palabra. Sólo murmuró al dejarnos:

—¡Qué muchacho es ese Carlos! ¡Ah!...

Olivier me trajo otra vez, sin hablar tampoco una palabra, hasta la puerta de nuestra casa. Allí me levantó en brazos y me dijo al oído:

—Juanín, *la haremos juntos*. Todo se lo debo á los de tu familia. Lo he sentido en el momento en que

cafa de rodillas. Tu padre había dado por mí su muerte; tu hermano nos ha dado su vida...

Carlos dormía ya cuando yo volví á entrar en casa. Se había acostado después de haber llevado él mismo á Bertín á casa de su pariente Sicard.

Al día siguiente, muy de mañana, partió para Lou-dan, después de haberse informado de mi confesión. Cuando yo le hube contado mis lágrimas, lloró conmigo de alegría lo mismo que yo... No pronunció el nombre de Clemencia.

Y sucedió este hecho, quizá singular, seguramente conmovedor. Después de la marcha de Carlos, el señor Loirier y la señora de Boisbreant se quedaron en nuestra casa con Clemencia, y todos tres continuaron ocupándose de mí como si ningún lazo hubiera sido roto. Ellos y nosotros no formábamos más que una familia. Nadie se disgustaba por hablar de Carlos, cuyo pensamiento era el alma de nuestras reuniones. Una vez que yo pregunté sobre esto al señor Loirier, porque yo no había perdido toda esperanza, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y me respondió:

—El señor sustituto ha comprado, dando en precio su felicidad, la salud de tres almas.

—¿La mía?

—Sí.

—¿La de Olivier?

—Sí... y una tercera que quizá le era todavía más querida.

—¿Clemencia?

—Sí... Aquella tarde hubo un momento en que Carlos se sentía vacilar entre Clemencia y Dios. Pues bien...

Dios quiere ser amado sobre todas las cosas... El señor Cura no ha aprobado del todo la conducta de Carlos.

—Yo lo creo; ¿y mamá?

—Tampoco.

—¿Y usted?

Las lágrimas se le saltaron del todo, y respondió:

—Yo he admirado ese gran corazón quebrantado, y la señora de Boisbreant también, y también Clemencia...

En cuanto á mí... ¿Pero qué importa mi opinión? Esas son cosas superiores á la tierra. Yo estaba, por otra parte, envuelto y arrebatado en la irresistible corriente de mi dicha. El día que alumbra y esclarece toda la vida se acercaba para mí, y yo experimentaba ya el calor en todo mi sér. Yo rogaba fervorosamente por Carlos. Él había pagado mi alegría á precio sobrehumano, pero algo de ella debía extenderse hasta él, porque la carta que me escribía la víspera de mi primera comunión era un himno de alegría, toda embalsamada de sencillez.

El cuarto jueves de Mayo recibí el divino Cuerpo de Jesucristo en mi corazón purificado y todo penetrado de feliz reconocimiento. Conmigo tuve á la Sagrada Mesa á Olivier, á mi madre, á mis dos hermanas, á la señora de Boisbreant, al señor Loirier, á Clemencia y á Carlos, que vino á eso expresamente. Le hallamos cambiado, pero su tristeza era serena. Al abrazarme me dijo:

—Soy dichoso.

*
* *

Calló Juan, y todo el mundo le preguntó:

—Pero ¿qué fué de Clemencia y de Carlos?

—Carlos no mentía nunca—respondió Juan.—Era feliz. Lo que yo quisiera deciros era mi propia felicidad, que él me había obtenido. Yo estaba inundado de ella, como vosotros lo estaréis dentro de unas cuantas semanas. Dios es pródigo, y no tengo yo palabras con que expresar la paz espléndida que Dios derramó sobre nosotros á cambio del corazón de Carlos...

—Pero él, él... ¿qué fué de él?—volvieron á preguntar todas las voces juveniles y ancianas.

Y Juan replicó:

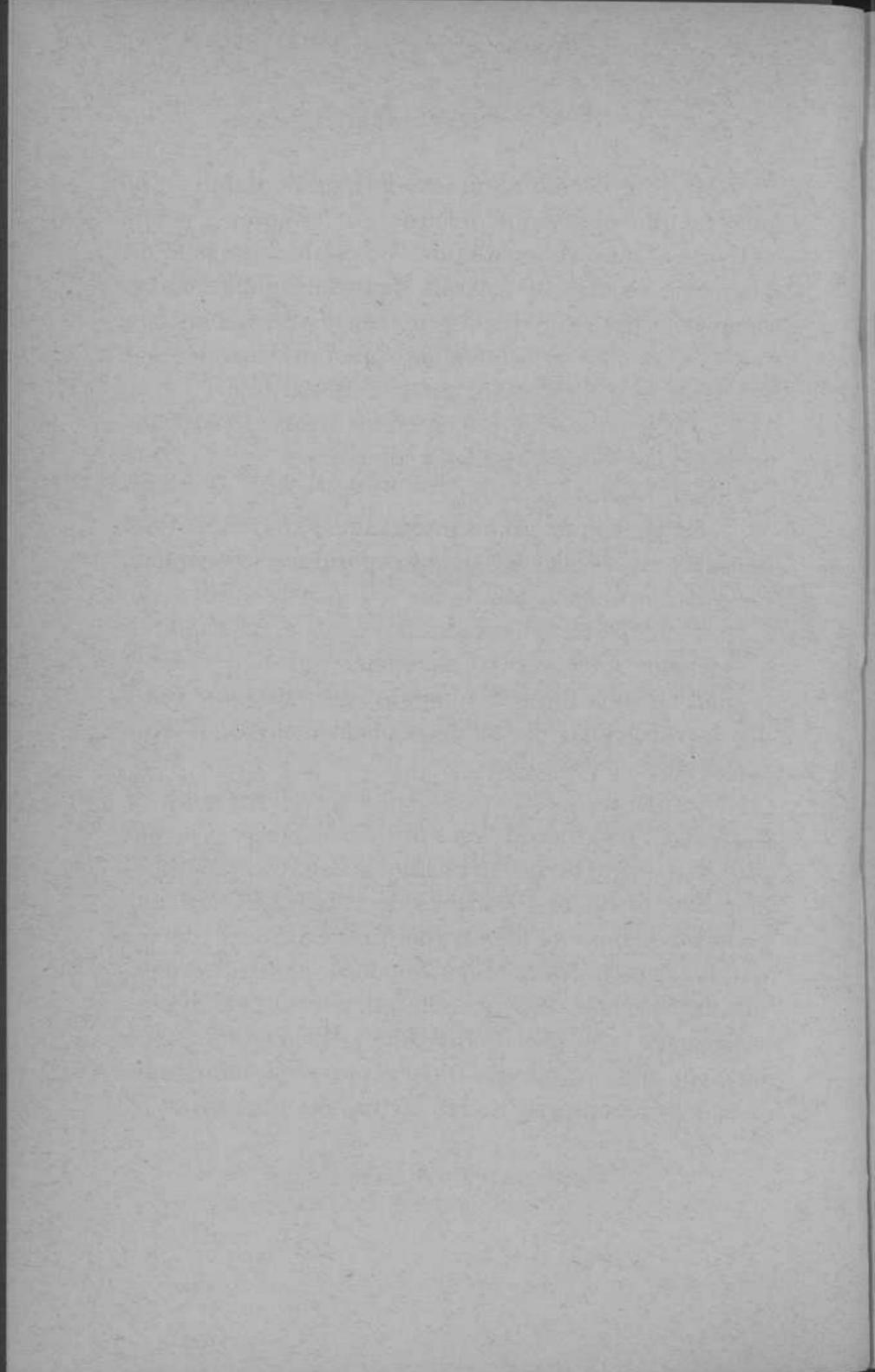
—¿Es decir, que os he interesado por Carlos? Pues eso sería un verdadero triunfo, porque esos caracteres están proscritos por todos los maestros del arte...

Otra vez fué interrumpido por este grito unánime:

—¡Carlos, Carlos!... ¡y Clemencia!

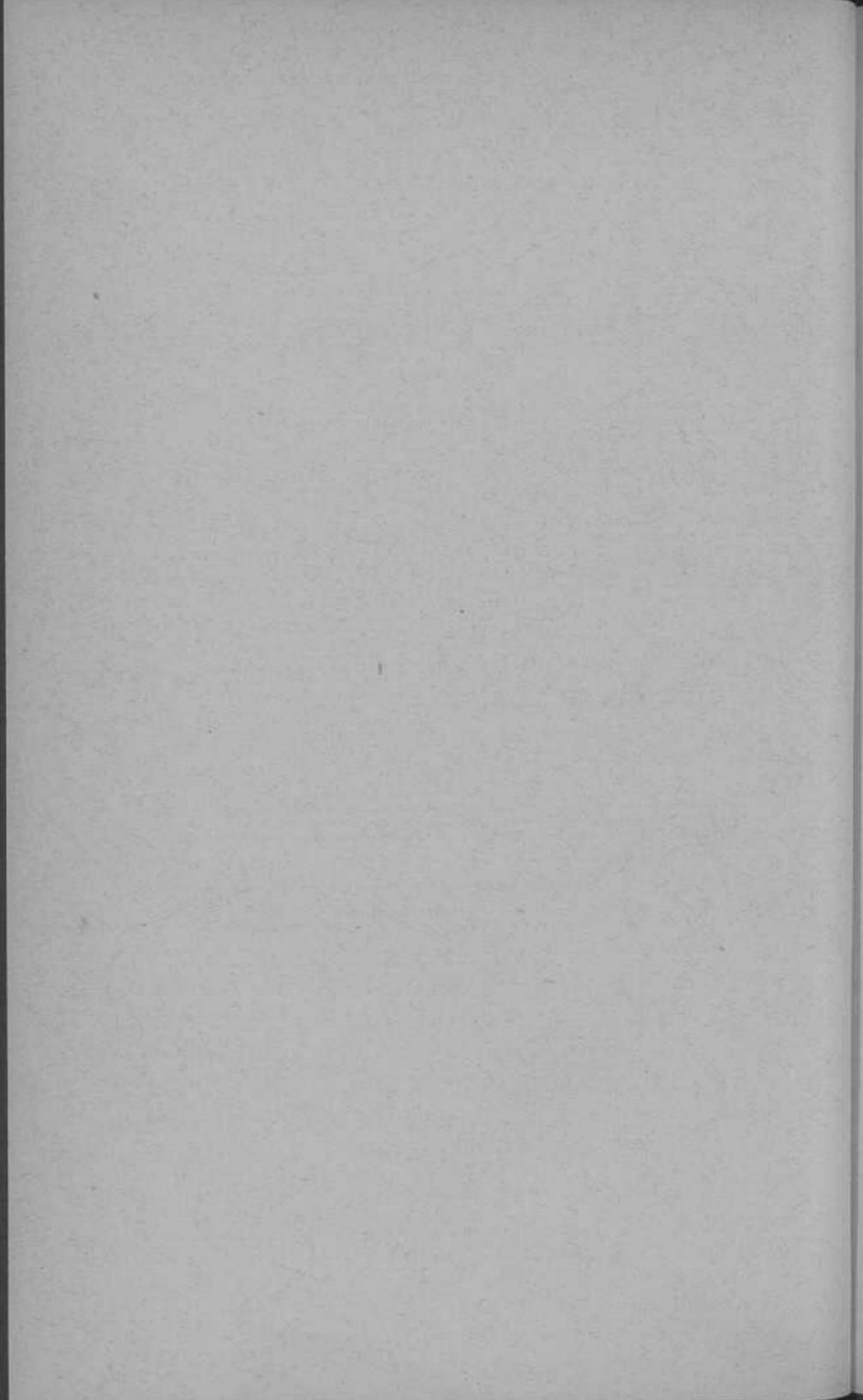
Juan no solía llorar fácilmente, pero esta vez vimos una lágrima rodar por su descarnada mejilla, mientras contestaba:

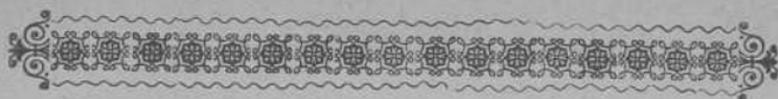
—Ahora que vais á entrar en retiro, hijos míos, rogad por mí é invocad á esas dos almas bellas. Clemencia no se separó de nosotros sino para entrar novicia en el convento de las Hermanas de la Caridad. Carlos no podía abandonar su deber; ¿pero necesito acaso deciros que no se casó nunca? Siguió siendo nuestro sostén y nuestro servidor. Era una admirable ternura la que habían puesto á los pies de Dios ella y él... Vivieron llenos de amor ante los ojos de Dios, y murieron triunfantes, bañados en la alegría de las divinas certidumbres.



ÚLTIMA ETAPA

EL GOLPE DE GRACIA





INTRODUCCIÓN

Á LOS AMIGOS QUE NO TENGO EL GUSTO DE CONOCER

Las tres primeras partes de esta obra han tenido numerosos lectores, y muchos de ellos reclaman con empeño el desenlace. A éstos es á quienes me dirijo en esta página preliminar, porque han llegado verdaderamente á ser mis amigos.

Desde que comencé no he variado mi plan en el conjunto, por más que necesidades diversas le hayan modificado en los pormenores. Quise desde el principio, y quiero todavía, *trazar el itinerario de la Divina Gracia, caminando al encuentro de un pobre pecador llamado Juan, que no la busca, sino que más bien huye de ella.*

Este viaje misterioso se compone de varias etapas; y he debido preguntarme en el camino si sería bueno darlas á todas igual importancia, y si, por ejemplo, debería yo seguir á Juan paso á paso en su marcha á través de la selva de las mundanas aventuras para obtener luego, por el contraste, la mayor cantidad posible de efecto religioso y literario, al llegar á la tarde de esa larga jornada, á la dormida, al umbral austero y

dulce que el orgullo encuentra implacablemente cerrado, pero que abre de par en par ambas las puertas de su hospitalidad al primer aldabonazo de la humildad arrepentida.

En otros términos: ¿qué hacer de Juan, de mi pobre Juan, en la edad de las pasiones? Tal es la cuestión que me he presentado á mí mismo y que he presentado á los que me gufan en la vida. No podía resolverse á la ligera: he fluctuado, he meditado, y sobre todo he oído; de aquí el retraso que ha experimentado la publicación de estos últimos capítulos.

Hasta la hora presente nuestro Juan no es más que un niño. Niño le he mostrado en *La muerte del padre*, niño todavía en *La primera Comunión*; mas he aquí que llega á ser hombre y va á abrirse camino por el mundo. No he olvidado que prometí «la historia de una inteligencia y de un corazón» á vueltas con la sed ardiente que abrasa á nuestro siglo; quiero hacer esa historia, y para eso reconcentro mis facultades. ¿Podría yo, en efecto, hablar hoy como hablaba ayer, en el mismo tono y con el mismo descuido? Y suponiendo que esa brutal batalla de la vida fuera por mí puesta en escena honestamente y con prudencia suma, ¿produciría algo de bien, ó muchísimos males?

Ciertamente que de todo habría: la lealtad de mis esfuerzos acrecentando el bien podría disminuir el mal, pero no suprimirle por entero. Este es el veredicto del jurado espiritual en que yo tenía voz y voto, y que me ha dejado, bien á pesar mío, toda mi libertad.

¿Cómo usar de esta libertad? En el fondo del retiro, en donde Dios me abriga como en un puerto de salva-

ción, ¿conviene á mi conciencia, felizmente pacificada, agitar las otras conciencias, mas que sea con la mejor intención del mundo? Yo, si he de decir verdad, no lo creo. De buenas intenciones está empedrado el infierno, dice el refrán, y los refranes no suelen mentir...

Alguno, sin embargo, desearía quizá una explicación más categórica, y no me niego á darla; hela aquí: Hacía ya mucho tiempo que se me presentaba la dificultad de que vengo hablando, que por otra parte no me inquietaba gran cosa. El que no conserve ningún resto de vanidad en algún rinconcito de su corazón, que me tire la primera piedra. Quiero decir, que tenía yo gran confianza en mí mismo: creía que sabía hacer las cosas, y me juzgaba capaz de evitar el obstáculo, ya que no de romperle. La tinta que me había servido para escribir *Las maravillas del Monte de San Miguel* mojaba todavía mi pluma cuando trazó á lo cimero de una cuartilla en blanco el título de estas páginas nuevas: EL GOLPE DE GRACIA, que prometía con tanta formalidad la peripecia final. Experimentaba yo verdadera alegría en extinguir, por fin, la deuda contraída con los amadísimos lectores de mi primera obra cristiana, deuda á cuyo pago me apremiaban cada día tantas reclamaciones amistosas.

¡Ah! No eran fondos lo que me faltaba para este vencimiento de plazo. Os aseguro que estaba muy bien provisto. Apenas hube entrado en mí, y aun antes de haber registrado el fondo de mis recuerdos, los sentí salir á borbotones. Las muchedumbres no obedecen nunca; mis recuerdos llegaban en tumulto proclamando la república, es decir, el caos en una cabeza que ya no

podía más. El tumulto de su insurrección se enseñoreaba de mí; me dictaban hablando todos á un tiempo y me imponían *su* libro, página extraña, brillante, abundante, indiscreta y generosa que me deslumbraba por su riqueza, que me encantaba por su juventud y que me daba miedo.

De un golpe surgía ante mis ojos aquella cosa improvisada, brotaba como por encanto ya concluída en su conjunto y en sus detalles, viviente, porque yo la había vivido; abrasadora, porque la incursión que osaba yo hacer á través de mi vida pasada tornaba á abrir llagas y refregaba cicatrices que solamente la penitencia tiene el privilegio de tocar sin peligro.

Hubo tentación, no tengo por qué ocultarlo, violenta, pero vencida; y no fué la prueba cosa de un solo día. El ángel malo, que conocía mi debilidad, poníame delante de los ojos como en un espejo el prestigio de un éxito seguro, y me mostraba al lado de un peligro, quizá imaginario, la utilidad práctica de las enseñanzas que encerraba mi ejemplo.

Muchas veces la tentación ya vencida se tornó á levantar en el curso de esta lucha porfiada; el sacrificio fué muy doloroso, y á cada instante la voz del orgullo abogaba por la causa de mis pesares con un ardor que no había yo conocido desde mi vuelta á la obediencia. Decíame aquella voz, como con frecuencia me han dicho tantos amigos competentes, y hasta eclesiásticos respetables: «Los escrúpulos no son cosa de Dios. Guárdate de mutilar tu talento, que te ha sido dado para usarle en su plenitud. Predicar solamente á los convertidos no es, por cierto, una obra digna de ti.

¡Cuidado con el suicidio artístico! Cualquiera que aspire á vencer en el combate contra el mal, ha menester de armas que no estén ni despuntadas ni enmohecidas...»

En definitiva resistí, gracias á una fuerza que no es mía; pero ¡qué de asaltos tuve que sufrir, y cuántas sublevaciones! Estoy yo chapado de una manera, que el choque con un espíritu demasiado laxo me contiene en la vía derecha por reacción; y al contrario, el fariseísmo pomposamente estrecho me saca de quicio, me pone fuera del carril en seguida. No nos engañemos: hay todavía jansenistas mal curados. Cuando yo ponía los pies en ese polvo árido que desconfió de Dios experimentaba como una irresistible necesidad de vengar á la caridad divina. Parecíame que estaba inspirado por el aliento mismo del Ángel, y que tenía que definir la libertad.

Por esta pendiente se va muy lejos y muy de prisa; lo digo porque entonces era precisamente cuando se insurreccionaba el egoísmo de mis recuerdos. En cuanto cerraba los ojos veía sonreír en mi memoria las cosas íntimas á que renunciaba con tanta pena, y sin estar bien persuadido de que tuviera obligación de renunciar; mis pobres alegrías y mis amadísimos duelos, mis ambiciones y la sencillez de mis esperanzas, mis ternuras y mis temores, el drama, en fin, que me pertenecía en propiedad, toda aquella «confesión» que yo había soñado, trágica y familiar á un tiempo, en la cual el arte, copia sincera de la naturaleza, iba á deslizar imprevista alegría aun entre las lágrimas.

Este era mi libro, éste; dos veces mío; le tenía

delante de los ojos, le leía antes de haberle escrito y, por supuesto, le admiraba, ora conmovedor, luego cómico, según la página por donde se abriera, pero siempre verdadero, porque yo había real y verdaderamente llorado todas sus lágrimas y reído todas sus risas...

—¿Tú?—se me dirá.—¿Se trata, en efecto, de ti mismo? Pero entonces, ¿quién era aquel Juan de quien nos hiciste un retrato tan desemejante del tuyo? Le adornaste de muchas buenas cualidades, entre ellas la ciencia y la elocuencia; hasta llegaste á hablarnos de que tenía una chispa de genio. Seguramente ese no podías ser tú. ¿Quién era?...

Todo pecado, aunque sea venial, lleva consigo la penitencia. Esta pregunta, á la que no deja de ser embarazoso contestar, se ha formulado desde el principio y se ha repetido después cien veces. Varios críticos se han tomado el trabajo de resolverla á su modo. Se ha *divulgado* el nombre «probable» de Juan. Es más: se ha encontrado un hombre de suficiente arranque para escribir y para publicar en una forma que más afirmativa no cabe, la declaración siguiente: «El Juan de LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN, era mi padre». Y lo ha firmado.

No tendrfa mucha gracia que yo dijera aquí que ese caballero se ha engañado, porque soy yo más bien quien le ha engañado, poniendo en el frontispicio de mi primer volumen el boceto de una figura grande y original, el retrato del intrépido convertido, que tenía, no me desdigo, una chispa de genio, y quizá alguna otra cosa mejor, profundamente olvidado ya, menos de un año después de la fría mañana en que había yo se-

guido su ataúd y había hablado llorando sobre su sepultura.

Aquel olvido demasiado temprano me hería en lo vivo. Dos veces había sido roto el injusto silencio: la una, por un admirable estudio de Luis Veuillot; la otra, por una hermosa página de Barbey d'Aureville; y desde entonces todo callaba. Obligóme la necesidad á rendir homenaje, aun cuando fuera de una manera indirecta, á aquel espíritu valiente, desdeñoso de gloria mundana, á aquel literato que, el primero de todos, en traje laico, había osado glorificar á Jesucristo en las asambleas de obreros parisienses, con la misma resolución que si hubiera llevado ropa de cura. No le nombraba, porque tenía que referir luego hechos que le eran completamente extraños; pero mi derecho á introducirle en escena (para sus amigos) bajo del velo del anónimo era incuestionable, puesto que él mismo es el que habla en muchos pasajes de mi obra, y he puesto el más exquisito cuidado en reproducir con exactitud su palabra.

Mi objeto al coger la pluma no era otro que hacer á muchas almas participantes de la gracia que yo había recibido; para eso quería dar al público, no ciertamente unas *Memorias*, sino un conjunto de relaciones útiles, y sobre todo rigurosamente sinceras.

La historia privada, con tal que se generalicen los rasgos, puede presentarse con la misma verdad y con no menos provecho moral que la historia de las naciones, porque el destino del hombre no está todo entero en las maniobras de algunos regimientos, ni en la oleada de frases sonoras que anega las salas del espectáculo

político. Por encima de las agitaciones vanas está el esfuerzo de la conciencia delante de Dios. Éste no mete ruido, pero es potente.

No tenemos nosotros palabra en nuestra lengua para caracterizar precisamente esta suerte de historia. En la planta baja del palacio del arte está la novela, cosa envilecida por mil abusos lamentables. En los pisos más altos está el poema, música abandonada, ó que se canta delante de sordos. La cuestión para un libro no es titularse epopeya, como Jocriso puede ahora hacerse duque ó ser hecho presidente; la cuestión es que el libro viva y goce salud para hablar alto y para ser oído desde lejos.

Yo quería ser oído, creyendo que tenía buenas cosas que decir. Yo sabía por mi propia experiencia de narrador que la verdad misma, la pura verdad, cuando se generaliza, necesita de alguno sobre cuyos hombros pueda ser colocada. Este alguno, en lenguaje técnico, se llama el «héroe» de la obra. Este héroe no es nunca completamente imaginario en los libros que nacen viables, pero tampoco suele ser en rigor esta ó la otra criatura determinada. La mayor parte de las veces es un sér compuesto, una selección hecha de entre varias *inteligencias* y de entre varios *corazones*.

No hay que tomar esto por una teoría excepcional: es la regla; y es regla poco menos que universal y muy ilustre.

Al escribir yo mi «historia de una inteligencia y de un corazón» he obedecido sencillamente á esta regla. Si mi héroe no es doble ó triple, recibe por lo menos la vida de más de un origen, y varios elementos de

absoluta verdad se reúnen en él para formar un todo auténtico.

Mas volvamos á mi croquis del Juan que «tenía un destello de genio». Debo creer que se parecía, por cuanto fué reconocido inmediatamente, y sacudió con harta violencia el sueño de los recuerdos entumecidos. Levantóse un clamor simpático; se habló de Juan durante un día entero, y me place proclamarlo aquí: los que lanzaron entonces al público el nombre de Ramón Brucker no cometieron error ciertamente. Era, en efecto, Ramón Brucker, el socialista arrepentido, á quien yo quise representar en la introducción parisiense de mi obra.

Sólo que desde el momento en que se abre la verdadera acción, desde que aparece la familia de provincia y comienza la relación de *La muerte del padre* (1), todo cambia. Los juzgadores literarios de oficio no pudieron engañarse en esto, porque la emoción nativa se distingue fácilmente de la emoción sugerida. Yo amaba y admiraba á Brucker, pero no conocía ni á su padre, ni á su madre, ni á nadie de los suyos; mientras que al magistrado de corazón leal y dulce y de claro talento, al Justo, cuya agonía sonriente he fotografiado, ¡ah! le conocía muchísimo... Y las lágrimas bienhadadas que bañan aquella relación mía manaban de las entrañas mismas de mi recuerdo.

Al contrario, el segundo tomo, enteramente episódico, de LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN (2), es una

(1) Tomo I de LAS ETAPAS DE UNA CONVERSIÓN.

(2) *Pedro Blot*.

anécdota sacada del repertorio personal de mi anciano amigo. Tenemos él y yo este rasgo común: que él se había convertido, como yo he tenido la dicha de hacerlo más tarde. No es él quien me ha restituido á Dios, por más que empleó para ello muchos esfuerzos y mucha elocuencia. Aparte de que mi hora estaba lejos todavía, hubiera sido una mala vergüenza confesarme vencido en frente de aquél con quien tanto había disputado.

Creo yo que no hubiera podido ser reconquistado por una influencia sospechosa de literatura ó de arte, como era la suya. Sentíame cansado de semejantes refinamientos hasta el disgusto, y desconfiaba del talento que servía de herramienta para mi despreciable oficio. Había vivido demasiado entre esos que trafican con la gracia que tienen, ó con la gracia que roban. Me hacía falta dentro de mí la advertencia del sufrimiento, y por fuera el beso de una fe sencilla, perecida á la de los niños.

Bien lo saben los labradores: cuando un terreno ha producido mucho, no le echan trigo ni nada de lo que se cultiva. Lo que necesitaba mi tierra cansada no eran ciertamente simientes de jardín, sino de esos gérmenes que caen en el desierto sembrados por el viento de la Providencia.

En el tercer tomo de LAS ETAPAS (1) ya soy yo otra vez el que vuelve á tomar la palabra, ó por lo menos es el Juan de *La muerte del padre*. Aquel Juan está en su casa, en la casa del duelo; y aquella familia es su

(1) *La primera Comunión.*

familia: la madre, las dos hermanas, Carlos el hermano mayor, cuyo humilde heroísmo ha entusiasmado á tantísimas almas piadosas, le pertenecen y son de su sangre.

Ya que es necesario decirlo todo, yo no me hubiera permitido ciertas severidades contra cualquier otro que no fuera yo mismo. A pesar de los artificios de la relación, el Juan que diseña su propio corazón tan profundamente no puede ser otro que yo, por lo menos cuando se acusa. El autor del libro es, en efecto, el niño rebelde y malo, forzado en el camino del bien por la generosidad sobrehumana (algunos han dicho inhumana) de Carlos, el viejo apóstol de veinte años, anegado en la locura de un modesto y prodigioso martirio.

Ese tercer tomo, cuyo título primitivo era *El Corazón de Carlos*, cuenta cosas que yo mismo he visto, y es la vida de un santo. No debe ser leído, en verdad, por la sabiduría mundana, que no se permite el amor divino sino con una prudente economía, diciendo, como el estribillo de una canción francesa, *pas trop n' en faut*, ó sea que el exceso para nada es bueno, y pensando que, en materia de sacrificios, los menos costosos son los mejores. Es en verdad un libro inmoderado y pródigo el de *La primera Comunión*. Doy gracias á la bondad de Dios porque me ha concedido escribirle; pero repito, recalando bien cada una de estas palabras, que las peronas muy avisadas, muy ilustres y muy numerosas, capaces de encogerse de hombros al oír hablar de la apasionada ternura de los santos, lo mejor que pueden hacer es no abrirle... por más que no hay en él ni ayunos, ni disciplinas, ni cinturones con

puntas de hierro. Carlos, amante de la Cruz, ejerce allí sobre sí mismo una tortura mucho más terrible que todas esas prácticas: se desgarró su propio corazón, y su cilicio está en el interior de su pecho.

Debo añadir, para decir la verdad completa, que el carácter de Carlos, que ha provocado entre las almas piadosas tan fervientes aprobaciones, y de parte de los demás, censuras poco menos que sangrientas, es como el de Juan, un carácter compuesto. Para *hacerle* he juntado dos caridades exquisitas y he mezclado los perfumes de dos amores igualmente admirables; estoy por decir de dos celestiales ternuras.

El presente volumen va á narrar las últimas etapas de la conversión de Juan, y á terminar en *El golpe de gracia*, es decir, en la conversión misma, en la obra misericordiosa del Corazón de Jesús derribando á un alma en el camino de los abismos. También es Juan el que va á tener la palabra, ó por mejor decir, la pluma; el mismo Juan, porque no hay más que uno, que es el que pide aquí perdón públicamente por haber encubierto al principio su humildad ó su orgullo detrás de otro que era mejor que él.

Tomó un día la pluma precipitadamente (y esta es su disculpa), acosado como estaba por la imperiosa necesidad de proclamar su reconocimiento. Quería dar gracias, alabar y bendecir; si no hubiera faltado extensión á su voz, el cántico de su acción de gracias hubiera resonado por todo el mundo.

Sin embargo, en el curso de mi trabajo, y á medida que me alejaba del punto de partida, más de una vez he vacilado; no ciertamente en el fervor de mi gratitud,

que crece sin cesar, sino acerca de la manera que debía escoger para darle la expresión más penetrante. El Juan del frontispicio me había realmente legado, conforme lo he dicho, una relación que hacer y un crimen que denunciar en ella. El crimen era la conspiración de Tartufa materialista, que debía ocupar tan ancho campo en estas páginas. Comencé, pero he tardado demasiado en concluir, porque en este medio tiempo la conjuración de Tartufa ha estallado, como sucede tarde ó temprano con todo depósito de gases corrompidos. Tenemos ya los decretos contra Dios y contra la libertad: tenemos la persecución hipócrita y cobarde. ¿Qué necesidad hay ahora de desenmascarar á Tartufa liberal, cuando él ha dejado ya caer la piel de oveja con que se cubría? Yo le había arrancado á Tartufa un pedazo de la máscara (1), pero no se la acabaré de arrancar: su desvergonzado triunfo reciente ha puesto al descubierto toda la ignominia de su rostro.

Falta el otro legado, la *Relación*, drama conmovedor en que Tartufa indrédulo, aquel Adolfo á quien el bueno del vicario señor Huet (2) no le había podido jamás encontrar el alma, representaba un papel terrible. Esta tragedia, que no era mía, me tentaba por eso mismo; pero renunció á ponerla en escena por dos motivos: en primer lugar, porque alguien ha dicho del Viejo león que me la había contado: *era mi padre*, y esto me quita toda libertad; y luego, porque los amigos de mi libro desean y piden que se aparte cada vez

(1) Véase *Pedro Blot*.

(2) *La primera Comunión*.

más de todo lo que no pertenece á mi propia conversión. Ahí está el bien que se ha de hacer, ó tal es, al menos, su opinión unánime. Se me concede la palabra únicamente para decir la gran cosa que me ha hecho Aquel que es poderoso. Y aun puede ser, pues tan inclinada se halla mi propia conciencia á esta manera de ver las cosas, que en la próxima edición de estas ETAPAS llegue hasta hacer el sacrificio de *Pedro Blot*, escena elocuente, pero extraña á la obra, para restituir por entero la unidad de interés al Juan de *La muerte del padre*, de *La primera comunión* y de *El golpe de gracia*.

Y este Juan mismo, concentrando con energía la savia, la sangre, por decirlo así, de su asunto, que es en parte la inveterada enfermedad de su alma, pero que es, sobre todo, su curación pasmosa y repentina, no tomará de su juventud más que una lágrima sonriente, ni de su edad madura más que un ligero perfume de tristeza: lo menos posible. La acción está en otro lado.

El hombre se agita inútilmente apartado de Dios; lo que algo vale no es, por cierto, el ardor febril del hombre, donde todo es vano, hasta el dolor mal recibido; lo que adelanta no es tampoco el paso del hombre, ciego y rebelde, volviendo continuamente la espalda á su fin; lo que produce no es el esfuerzo del hombre, ni su siembra es la que fructifica.

*
* *

¡Oh sublime obrero, único dueño del trabajo fecundo, Dios bueno, Dios querido, amor infinito, misericordia pacientísima! ¡Oh, Jesús, fruto divino de la flor inmaculada, pan de salud, vino de milagro, bálsamo y

resplandor, dulzura, humildad y omnipotencia! ¡Oh Jesús, Hijo de María! Estáis en todas partes, hasta en el sendero perdido por donde se extravía un pobre desgraciado en la oscuridad de la noche. A la hora bendita hacéis la travesía necesaria, y llegáis á tiempo. Ninguno ha sentido vuestro paso al llegar, y, sin embargo, estáis allí, Jesús mío, en pie, al borde mismo de la muerte... por eso se retira el abismo...

Yo había sido un hombre feliz, un orgulloso. El momento cruel en que la pobreza, especie de peste negra, hace el vacío en torno de los vencidos, me llegaba inesperadamente. No basta en semejantes casos no haber nunca pedido nada á nadie y haber dado siempre. El mundo no tiene memoria para esto; la tiene para lo otro. ¿Cómo sabe él lo que no habéis dicho? Ha ido á escuchar á vuestra puerta, no para celebrar vuestra ruina, es de suponer; pero sí para ponerse en guardia contra ella, estoy seguro. La ruina es un mal que se pega, y es menester tomar precauciones; no es esto maldad de parte del mundo, es prudencia. El alma del mundo vive en una cartera. Esta cartera tiene ojos y alas. En cuanto divisa la temida pobreza echa á volar, y el mundo echa á correr tras de ella.

Y en vano será que la pobreza, cuando la ha conocido el mundo, trate de tranquilizarle, clamando á gritos: *¡No quiero ser socorrida!* El mundo y su cartera tomarían esto por una manera más hábil de pedir, y correrían todavía más ligeros.

Desde hacía muchos años mi oficio de escritor consistía en tomar el pulso al mundo. Había él sido mi maestro, mi cliente al mismo tiempo, y mi escudo.

Hábíale yo mostrado en mis libros muchas veces, conforme á la verdad, capitulando con el demandante armado que le pone una rodilla en la garganta y le exige la vida ó la bolsa; pero desdeñando, por el contrario, naturalísimamente y sin género alguno de compasión, el sufrimiento honrado que se oculta. Me figuré luego ver al mundo puesto en huída por mi infortunio, y sentí una vergüenza que rayaba en horror: era todavía orgullo. No quiero disculparme; confieso mi debilidad, y tengo que emplear cierto valor en exhibirme tal como soy, tomando de entre los gravísimos dolores que me anonadaban una pequeña herida de amor propio para hacer de ella la mayor angustia de mi agonía.

Esto no es ni bello, ni digno, ni bueno, pero lo cuento precisamente para que mi pueril y enfermiza vanidad sea conocida en su verdadera extensión. No será ciertamente el lado menos duro de mi penitencia el haber pegado yo mismo el rótulo sarcástico al instrumento de mi suplicio para rechazar toda simpatía literaria y toda piedad mundana lejos, muy lejos de esta llaga mortal y ridícula, que sangraba con la sangre empobrecida de mi egoísmo. Quiero hablar con sinceridad, aun á riesgo de deshonrar mi desolación.

Sí; tuve miedo al miedo que el mundo iba á tener de mi miseria; y al mismo tiempo una repugnancia sin nombre se apoderaba de mi cabeza y de mi corazón. Hubiera podido combatir, pero aquellas armas, que habían sido las mías, me inspiraban invencible disgusto; quizá no sabía ya tampoco servirme de ellas; pero de todos modos, es lo cierto que no quería.

¿Qué quería, entonces? Esto es precisamente lo úni-

co que no diré, porque lo ignoro. Hay que representarse una fiera medio muerta de rabia y de fatiga; que así es como yo me veo á mí mismo cuando recuerdo aquellas horas...

¡Ah! Pero yo era santamente amado en la tierra, así como en el cielo. ¡Gracias os doy, Virgen y Reina, delicia del corazón adorado de Jesús, gracias os doy con toda mi alma! ¡Gracias quiero daros en todos los instantes hasta el fin de mi vida! En vuestros brazos habíais ido llevando ante ese divino corazón, que es la caridad victoriosa, manojos de oraciones de mis amigos vivos y de mis amigos muertos. Había allí ya en favor mío toda una mies, toda una riqueza de súplicas, acrecentada por vuestra poderosa intercesión, que fuerza á la divina clemencia, y fui sacado de la tumba.

¡Bendita entre todas las mujeres, sobre todos los ángeles bendecida y querida! ¡Amor de la Trinidad Santísima, yo viviré y moriré prosternado delante del corazón de Jesús, donde Vos estáis encerrada, perla de ese tesoro de ternuras, corazón de ese corazón adorable!

Sonrisa de los cielos, vida, dulzura y esperanza nuestra, María, Dueña y Señora de nuestras almas, venid en mi ayuda para que pueda decir con gran sencillez y pureza las alegrías de este *pobre*, sus ilusiones, sus sufrimientos, y la manera como cinco años hace, una víspera de Navidad, el Juan que había naufragado recobró los sentidos en el seno de vuestra misericordia, penetrado del supremo consuelo, arrasados los ojos de lágrimas triunfantes, inundado el corazón en Vos, ¡oh Madre de la Hostia! y dobladas ambas

rodillas sobre la losa que cubre el cuerpo mutilado de vuestro siervo el jesuita P. Olivaint, en aquella capilla hoy día profanada y cerrada, donde los herederos de Raoul Rigault, nuestros amos, tienen tras de llave las reliquias de los mártires.

¡Oh Reina! La mirada de Jesús se ha apartado de Francia; defended á vuestros santos perseguidos. ¡Oh Madre! tened piedad de nuestros queridos hijos, que también lo son vuestros.



La carta de París y el estreno de abogado.

Juan salió de su ciudad natal con dirección á París en una calorosa mañana de Agosto, perfectamente convencido de que caminaba á la conquista del mundo. Tenía veinte años justos, y acababa de recibirse de abogado. Los ocho años que le separaban de su primera comunión, habíalos pasado en el Instituto y en la Escuela de Derecho. No había sido nunca todo un buen discípulo ni un estudiante aplicado, pero no había tenido tampoco lo que se llama una mala conducta. Quizá no hubiera tenido repugnancia en permitirse calaveradas, pero le faltaban los medios. Limitábase, pues, á envidiar un poco á los que podían hacerlas, y trataba de dar á entender que no dejaba de haber hecho algunas. Con esto le bastaba, á falta de otra cosa peor. Las personas que tenían á bien sospechar de él que fuera un criminal rematado prestaban gran servicio á su vanidad, y él las quedaba por elle agradecido.

Era un niño grande: sus aficiones continuaban siendo realistas por tradición de familia, por sentimiento y hasta por vanagloria; tenía efectivamente considerable em-

peño en ser clasificado por la opinión entre la juventud dorada del pequeño círculo aristocrático de su ciudad. Por lo que hace á la Religión, no le importaba gran cosa; defendíala de palabra fuera de casa cuando la veía atacada por los burgueses, porque lo creía de buen tono; pero dentro de su casa la solía tratar bastante mal, por asustar á su pobre madre y deslumbrar á sus hermanas.

Es menester, por lo demás, no engañarse sobre esto: los círculos aristocráticos de provincias vivían en aquel tiempo (el reinado de Luis Felipe) de política mucho más que de Religión, por lo menos su parte bulliciosa y brillante. Verdad es que sus individuos solían censurar á aquella corte burguesa por ser volteriana; pero de lo que más la acusaban era de poco elegante, y de haber abierto el gran salón de las Tullerías á los tenderos. ¡Las Tullerías han visto después tantas otras cosas!

Juan estaba precisamente á la altura de estas pequeñeces que preparaban terribles desgracias; se hallaba muy bien en aquel mundo de hombres dichosos, estrictamente atenedos á conservar la autoridad bajo pena de la vida, y á hacer siempre la oposición; nacía, en cierto modo, como en su elemento en medio de aquel reinado sin valor y sin virtud, en el que hubo, sin embargo, algunos genios de largas alas mal encoladas que se cernían á tientas en la niebla.

Juan daba sus primeros pasos en aquella noche que no era todavía impía del todo, pues aún se encontraba en ella el dios enfático y vago del romanticismo. A fuerza de no ver más que este ídolo teatral, que es muy

pariente de la nada, Juan había olvidado al Dios verdadero. Detestaba á Voltaire, porque Víctor Hugo, el potente pinchador de bestias muertas, había clavado al azar su fuerte alfiler en el tórax del escorpión filosófico para amarrarle á la picota de sus versos; pero detestaba también á los hijos de Loyola, á los oscurantistas, á los frailes, y creía á pies juntos todas las estúpidas mentiras que llenan los libros donde no está Dios.

Leía desafortadamente, y no leía más que por matar el tiempo. Y el tiempo que se mata no muere nunca sin vengarse.

Á los veinte años había ya devorado Juan tan enorme cantidad de sandeces impresas, que estaba en ellas como empapado. De los que han abusado mucho del alcohol dícese que llegan á hacerse á la vez inertes é inflamables, que arden como leña seca cuando se les aproxima una cerilla al aliento. Juan aguardaba la cerilla, y aun la buscaba. Estaba creído de que era una especie de lámpara, y en cuanto llegara á París, ciudad de yesca, de azufre y de fósforo, se le iba á prender fuego é iba á alumbrar á su siglo con sus llamaradas.

Así es que ya había escrito, sin decir nada á nadie, á un primo que tenía en París, antiguo magistrado como su padre, una carta bellísima, redactada con todo esmero y veinte veces copiada, en que expresaba, con un orgullo modesto si se quiere, su deseo de ser llamado á aquel «centro de la luz» en donde toda ciencia se perfecciona, en donde todo progreso florece. Carta que era lo que se llama una obra maestra; por lo menos Juan firmemente lo creía.

Injusticia sería juzgar á París por la muestra ruidosa, brillante, charlatana y escéptica que suministran cada mañana los periódicos de París. Los periódicos no son París: están hechos en París, es verdad, pero por los conquistadores provincianos, que han tomado por asalto el boulevard y suprimido á los parisienses.

Hay un París indígena interior, y muy curioso, por cierto, que yo fotografié tiempo hace en algún lado; un París cuyos naturales se agrupan en familias muy numerosas, generalmente bien acomodadas, de la clase media. Gente prudente que marcha con el siglo, pero poco á poco, hacia las cosas prácticas y ventajosas. Eclécticos á su manera, combaten la aristocracia porque no pertenecen á ella todavía, y no quieren nada al pueblo porque no son de él ya. Todo esto era verdad ayer tarde, pero los cambios van siendo rápidos. Fieles á todo gobierno hasta el momento preciso en que le derriban para pasar por encima, quizá son ya hoy por la mañana la aristocracia misma, á menos que se les haya concedido ya un puesto en el museo de los recuerdos mullidos con paja. Yo me enteraré.

Este París poco conocido, bien instalado, bien abastecido de rentas y superiormente alimentado, no mete mucho ruido. Este sólo es el París verdadero, y es todo lo contrario de la inmensa y febril casa de vecindad á que todo el mundo llama París.

La carta de Juan, ingenua á la vez que presuntuosa, hubiera dado que reír al París de las aventuras y de los periódicos, que se la sabe de memoria por haberla escrito él mismo la víspera del día célebre en que abandonó á Pezenas ó á Quimper para asaltar la capi-

tal; mas el primo magistrado no la conocía: era del otro París, miembro importante de una tribu antiquísima, de los Duverdieux de la isla de San Luis, cada uno de los cuales podía en caso de muerte poner en su esquila funeraria los nombres de cincuenta y nueve subtribus, todas bien conocidas en la industria, en el comercio, en el foro, en la judicatura y en la administración. Hasta curas había en la familia, por más que la mayoría de los Duverdieux estuviesen bien lejos de caer en la «superstición». El primo magistrado, señor Duverdieux (Ernesto), miembro de algunas sociedades sabias, francmasón y vicepresidente del Círculo de la Francia constitucional (estamos en 1832), no era en manera alguna un perdido, sino al contrario: leía el *Journal des Debats*, jugaba muy bien al billar y daba lecciones de gobierno en las reuniones electorales. Madama Duverdieux se llamaba Urania de nombre de pila, había sido bastante fea en su juventud, y hacía versos inodoros, como los de las institutrices inglesas ó los de los pastores protestantes. Estos versos estaban llenos de lagos, de casitas de campo y de montañas. La luna se miraba allí en el espejo de la naturaleza, y de cuando en cuando se veía pasar un dios pálido y desvaído á través de las nubes de frías insustancialidades. No era el Dios verdadero.

Cabalmente aquella familia necesitaba un secretario económico para estos dos fines: poner en limpio los estudios casi políticos del marido, y la trabajosa versificación de la señora. Yo era (voy á ponerme decididamente en lugar de Juan: es más cómodo), yo era un hallazgo; mi carta les gustó á la mujer y al marido por

sus rasgos pedantescos. Un domingo por la tarde, en que estaba yo asomado á una ventana que daba al patio, porque hacía una semana que siempre me ponía allí de centinela á la hora del correo, oí al cartero pronunciar abajo mi nombre, y añadir:—¡Catorce suses!

Bajé los escalones de cuatro en cuatro. Aquél era el precio de las cartas de París. El corazón me latía con tal violencia, que tuve que sentarme en un escalón en cuanto cogí la carta. No podía ni abrirla ni volver á subir.—¿Será una negativa?—me decía.—¡No debí haber escrito tan largol... mi carta era necia. ¡Ah, si la tuviera aquí ahora!...

Y diciendo esto, improvisaba otra acá dentro de mí, la cual me parecía de todo punto irresistible. La misiva de los catorce suses me temblaba, mientras tanto, entre los dedos. Era efectivamente de París, cuyo nombre brillaba entre las manchas administrativas. ¡Allí tenía yo mi felicidad ó mi desdicha! ¿Trafame aquella carta el premio gordo, la fortuna, la gloria, el derecho de combatir y de vencer en este vasto campo de París? ¿Me traía, por el contrario, la condenación, la indigencia, la nada... á perpetuidad?

No sé cuánto tiempo hubiera estado así si no hubiera sentido pasos en el portal. Era mi madre que volvía de la reserva con mis hermanas. Las conocí en la voz, y rompí el sobre bruscamente. ¡Ah, no necesité más que una ojeada! La alegría me hizo levantar, y grité á las que venían, y me querían tanto.

—¡Victoria! ¡He dado en el blanco! ¡Victoria! Ya no me volveréis á ver; pero seguramente que oiréis hablar de mí, yo respondo,

Mamá, que subía la primera, me abrazó al pasar junto á mí; pero no vió la carta.

—¿Qué haces aquí?—me dijo.—Hemos tenido un buen sermón.

—¿Y tú has tenido una buena carta?—me preguntó mi hermana Luisa, mirándome de través.

Anita, que estaba hecha ya una mujer, y muy hermosa, se abalanzo á la carta diciendo:

—¡Es de París! ¡Estaba soñando con ella todas las noches!

Al oír «de París» mamá se detuvo en la escalera, Luisa volvió á bajar algunos peldaños, y me ví rodeado por aquellas tres fisonomías queridas que me interrogaban. Abracé á mamá lo primero, después á mis dos hermanas, todo sin hablar, porque estaba verdaderamente conmovido hasta lo más hondo de mi alma.

—Es decir—balbució mamá,—¿que quieres abandonarnos?

—Sí—la repliqué,—puesto que somos demasiado pobres para vivir todos juntos en París. Y á mí me conviene París, yo quiero vivir en París. ¡Es el gran teatro! Yo os prometo hacer un papel digno de vosotras y de mí.

—El nuevo vicario ha predicado justamente sobre el orgullo—murmuró Luisa.

Y Ana añadió:

—Hace ya mucho tiempo que yo os lo había dicho. Juan hace versos.

—Pero ¿qué carta es esa que has tenido—me preguntó mi madre,—y qué es lo que dice?

En lugar de responderla, la ofrecí el brazo con una

galantería que no había usado jamás, y subimos á casa. Al pasar por delante de la cocina entreabrí la puerta y dije á Juliana, que estaba mojando la sopa:

—Que no entre nadie en la sala.

Un instante después estábamos todos cuatro, mi madre, mis hermanas y yo, sentados junto á la ventana, que daba todavía bastante luz para leer la carta famosa. No era larga, pues para cuando Juliana vino á anunciar que estaba la sopa en la mesa, había yo concluído la lectura. Volví á dar el brazo á mamá para ir al comedor, y mis hermanas me siguieron cabizbajas y silenciosas. Yo había crecido un palmo. Se bendijo la mesa, nos servimos y tomamos la sopa, y luego, en un momento en que Juliana no estaba allí, exclamó Luisa:

—¿Pero le vas á dejar marchar?

Hablaba con mi madre, que se llevó el pañuelo á los ojos, y respondió:

—Ya se hablará de eso después de comer.

—No tengo inconveniente en que se hable—dije yo;—pero os prevengo de antemano que por nada ni por nadie dejo de ir á París.

—Hace falta dinero para el viaje...—empezó á decir Luisa.

Y no acabó, porque en aquel momento volvía á entrar Juliana con el cocido. Yo comí muy bien, no tenía inquietud alguna; pero mi madre y mis hermanas dejaron pasar los platos sin probarlos. Mamá lloraba. Cuando Juliana trató de levantar la mesa yo tiré mi servilleta sobre el mantel, en lugar de doblarla como otros días, y dije:

—Espero que podré volver á veros una vez al año.

Nadie me respondió. Entonces me puse de codos sobre la mesa y empecé á pronunciar un discurso en toda regla, contando y ponderando las numerosas ventajas de la vida de París. Mi primo Duverdieux me ofrecía alojamiento y «una ventajosa remuneración» por un trabajo que no definía muy claramente, mas para el cual me declaraba con especial aptitud, «según la carta mía que tenía delante de los ojos». Dejábame entender que había en el fondo de todo aquello algo de literatura y un porvenir *distinguido*. Hasta casi percibía yo en la carta algo como elogio por mi estilo. Lo que aquella carta, por otra parte, me hacía soñar, no acertaría yo á decirlo ahora con exactitud; pero recuerdo que veía en ella horizontes sin límites. Por supuesto, que el verdadero punto de la cuestión era tener la puerta abierta para entrar en París. Una vez allá, ¡cualquiera me iba á toser á mí! En casa estaba escondido. Allá iba á gozar del aire libre y de la luz plena. Hasta aquel día había vegetado como un hongo en una bodega; al fin iba á vivir y á esponjarme al sol.

Yo creo que mi madre se conmovió, hasta cierto punto, con mi elocuencia; pero Luisa y Ana permanecían impasibles. Cuando al cabo me paré falto de aliento, Luisa dijo:

—Todo eso está en los libros malos que lees á escondidas en lugar de estudiar el Derecho.

Y Ana añadió:

—Ya te he mirado yo el pupitre, y todo le tienes lleno de novelas, y de dramas, y de comedias.. ¿Quieres ser autor, eh?

—¿Y qué?—la respondí;—si Dios me ha dado talento, ¿por qué no he de aprovecharle?

Mis hermanas soltaron la risa las dos á un tiempo. El oficio de escritor, sobre todo en provincias, no pertenecía todavía á cualquiera, y la idea de vivir de la pluma excitaba fácilmente la risa. Desde entonces las cosas han cambiado: ahora se emborriona papel dondequiera, como se repasaban antes las medias ó se daba lustre á las botas. El ser escritor no obliga ya á nada, ni aun á saber ortografía. Luisa y Ana manejaban bastante bien el epigrama, eran ellas dos contra mí solo, y ya iba yo enfadándome, cuando mamá me proporcionó un apoyo que de ninguna manera esperaba. Había reflexionado, y se expresaba así:

—Carlos ha dicho que la vocación de Juan era escribir en los periódicos; bien puede ser: hay periódicos buenos, y esa es una profesión como cualquiera otra. Nuestro pariente Duverdieux es un hombre bien acomodado. Se hará lo que se pueda para el viaje. Yo sólo le pido á Juan que acabe la causa de Planchon aquí antes de marcharse; cuando concluya la defensa él hará lo que quiera.

Esto puso fin á toda disputa. Yo prometí concluir la defensa de Planchon y no escribir más que en periódicos buenos. No siempre he sido fiel á esta última promesa.

En cuanto al asunto de Planchon, debo decir de él algunas palabras, con tanto más motivo, cuanto que ha sido presentado con gran inexactitud por mis biógrafos. Me había yo recibido de abogado y prestado juramento hacía unos meses, y mamá me había conseguido

una causa que defender, por favor especial, en las primeras sesiones de la Audiencia. Esta era la causa de Planchon. Al principio había yo puesto en ella mis cinco sentidos; pero desde que se apoderó de mí la ambición de brillar en París, ya no iba con tanta frecuencia á la cárcel, donde Planchon iba reuniendo para mí las pruebas, harto difusas, de su inocencia. El caso de Planchon no era ciertamente de los mejores. Había robado siete pollos y cinco gallinas de una casa habitada, con escalamiento y fractura.

La cosa escalada no era, á la verdad, más que un pequeño ribazo, ni la cosa fracturada era más que un mal seto de ramas; pero la ley no distingue, y Planchon, que estaba fuerte en Derecho, sabía muy bien que la sortija del presidiario le colgaba ya de la oreja. Me había prometido hacer mi fortuna si le sacaba de aquel mal paso; pero mientras tanto yo era quien le daba á él suses para fumar. Su confianza en mi fuerza oratoria no era más que mediana, pero le habían dicho que sus jueces, antiguos compañeros de mi padre, tenderían á demostrarme alguna benevolencia, y en esto fundaba él sus esperanzas. Era por lo demás un pobre diablo en toda la extensión de la palabra, mezcla de imbécil y de astuto, dividido entre dos pasiones de igual fuerza: su deseo de ser absuelto, y la necesidad de conservar su *reputación* de hábil ladronzuelo de gallinas. En el término de un cuarto de hora protestaba de su inocencia y se alababa de fechorías dignas de la horca.

Contesté á mi primo Duverdieux una carta en estilo sublime aceptando su ofrecimiento, y comencé á hacer

la maleta. En ella hubiera querido meter todo lo que había en casa. Mis hermanas no me ponían pero alguno sobre esto, y mi madre iba añadiendo cada día alguna otra cosa á mi equipaje: hubiérase dicho que me iba á otro mundo. Habíasele escrito también una carta á Carlos, mi hermano mayor, pidiéndole su parecer, y Carlos vino él mismo á traer la respuesta, favorable á mi partida, y aun me dió de tapadillo doscientos francos. Toda mi familia esperaba algo bueno de mí, y hasta mis hermanas, sin dejar de hacerme burla, participaban un tantico de mis propias ilusiones respecto al porvenir. En suma: el caso es que todos me querían mucho. Me querían demasiado.

Dos semanas transcurrieron así entre el recibo de la famosa misiva parisiense y la apertura de los Tribunales. La causa de Planchon tenía señalado el quinto día. Estaba yo bastante bien preparado, y no temía en manera alguna aquella prueba: al contrario, tenía un poco de temor de salir demasiado bien, porque un éxito brillante en el foro hubiera resucitado las resistencias, ya amansadas, de la familia.

Era un miércoles; me levanté de buen humor y bien dispuesto, eché la última ojeada á mis apuntes y me encaminé al Palacio de la justicia después de haber almorzado. Por tres francos alquilé en el ropero una toga y un birrete de abogado, y no dejé de sentir satisfacción al mirarme al espejo con aquel traje. Dos ó tres antiguos amigos de mi padre vinieron al vestuario á estrecharme la mano, y uno de ellos me advirtió que no hablara muy alto al principio, y sobre todo, que no me apresurara. Lleváronme á pasear á la ante-

sala, á esperar el turno, pues había otra causa antes que la mía.

A eso de la una de la tarde vinieron á avisarme para la vista, de lo cual me alegraré no poco: el esperar me enervaba. Al entrar en la sala experimenté una contrariedad para la cual no iba preparado. Se me puso como una niebla delante de los ojos, y seguramente que no hubiera podido encontrar yo solo el banco de la defensa, donde estaba mi sitio. Andaba como un sonámbulo. Mi turbación era tanto más grande cuanto que ni había pensado que podía conmoverme. Ya no sabía yo donde estaba Planchon, mi cliente. El auditorio, compuesto de unas cincuenta personas, me parecía una multitud innumerable. No reconocía ni al presidente ni á los asistentes, ni cara ninguna en el estrado del jurado, que tenía enfrente de mí. La idea de que iba á hablar á toda aquella gente me aplastaba.

Quise mirar los apuntes, y ví palabras á las que mi espíritu desconcertado no encontraba sentido. Acudí á la memoria, y en mi memoria no había ya nada más que Planchon, un inmenso Planchon medio encubierto entre una montaña de pollos y gallinas. Me daba cuenta de una manera vaga de que la vista seguía su curso: las palabras de la acusación fiscal me zumbaban en los oídos. Se interrogó á Planchon, que respondió no recuerdo qué; entraron los testigos en fila, unos tras de otros: el conjunto de sus declaraciones me oprimía como un peso que me hubieran puesto sobre el corazón, pero de lo que cada uno de ellos en particular decía, no entendía nada. Uno de mis amigos, á quien no reconocí, me dijo al oído palabras que

no tenían para mí sentido alguno: creí estar atacado de locura.

Por fin se me concedió la palabra y me levanté temblando. De todo lo que llevaba preparado no me acordaba nada absolutamente: estaba vacío como una botella desocupada, y cuando abrí la boca pienso que fué exclusivamente para pedir gracia; pero en aquel momento se oyó la voz de Planchon. El pobre mozo veía, sin duda, mi ahogo, y protestaba contra la insuficiencia del defensor que se le había nombrado de oficio. Yo no le veía, pero le oí que decía al alguacil:

—Á ese abogadito no le han salido todavía los dientes; pido que se me nombre otro.

Parecióme que se reían en el auditorio, y aquello me hirió en lo vivo. Me rehice y hablé.

Sí, Dios mío, hablé, y hablé como si estuviera muy acostumbrado á informar, con una facilidad que me dejó estupefacto á mí mismo; y conforme hablaba, el velo que tenía delante de los ojos se iba esclareciendo: vi al presidente sonreirme y á los jurados cuchichear unos con otros con evidente benevolencia. Llevaba yo premeditado y arreglado un discurso algún tanto enfático, que felizmente se me borró de la memoria, y en lugar de hablar en aquel tono estuve sencillo y hasta un poco chancero. Presentaba á Planchon pasando á la caída de la tarde junto á aquel riboncillo coronado de una mala sebe desportillada, y echando por pura bondad de espíritu unas migas del pan que iba comiendo á las gallinas que cacareaban al otro lado del seto y á su vista. El pan que comía era pan seco, y le asaltó un mal pensamiento, de que nadie está libre. ¡Hacía

tanto tiempo que no había probado el asado! Su anciana madre, enferma y que no conocía ya el gusto del caldo de puchero, se le presentó delante de los ojos... Cogió una gallina, y luego dos... ¡Ah! No disculpaba yo su acción, tanto menos cuanto que, después de haber cogido las dos gallinas, se apropió de otras dos todavía, y después de otras dos más, y así sucesivamente hasta doce; mas si la falta era desgraciadamente innegable, ¿había justicia para transformarla en delito? ¿Era acaso en aquel ribazo microscópico y en aquellos cuatro mal espetados palitroques, sin espinas siquiera, en lo que pensaba el legislador al escribir en la ley las dos terribles palabras de *escalamiento* y *fractura*, que aumentan con salto enorme la importancia de la pena?

El ribazo se podía salvar de una zancada como un peldaño de una escalera, y el dueño del corral robado, y con el dueño toda su familia, habían podido salir en persecución de Planchon atravesando aquel mismo seto.

La ley se compone de dos elementos: la letra y el espíritu. La letra es su cuerpo, pero el espíritu es su alma. Protestando de mi religioso respeto á la ley, que considera el robo de doce gallinas, ora como un pecadillo insignificante, ora como un atentado de los que merecen las más duras penas, supliqué á los señores jurados que entraran dentro de sus conciencias y se preguntaran á sí mismos si era muy equitativo considerar aquel talud de medio metro como un alto muro, y comparar las ramas entecas de aquel seto con la cerradura de acero de un cofre de seguridad. Era esta una defensa pueril, si se quiere, pero debí estar ocu-

rrente y divertido, pues lo cierto es que logré poner de buen humor á todo el auditorio, y desde aquella misma tarde comenzaron á recibirse en casa muchas visitas de enhorabuena, entre ellas la del mismo presidente en persona.

En la sala de Audiencia todo el mundo estaba contento, excepto Planchon, que encontraba que yo rebajaba el mérito de «su obra». Quejábase de mí amargamente al alguacil que tenía á su lado; y cuando el presidente le preguntó si no tenía nada que añadir en su defensa, dió un paso hacia adelante y respondió melancólicamente:

—Lo que tengo que decir es que el que con niños se acuesta... ya se sabe. Si yo fuera un comerciante rico, ya se hubiera encontrado para mí otro abogado que éste. El talud tiene lo menos cuatro pies de alto, y el seto tiene muchos más troncos de acebo que ramas de sauce. El oficio de raposo no es ya tan fácil, y la prueba es que yo soy el único que gana de este modo su vida en todo el contorno. Tiene su intríngulis, ¿no es verdad? el romper los setos á culadas; y además se destroza mucho la ropa. Y luego, ¿hay muchos en este pueblo que sepan escoger los mejores pollos á oscuras? ¿Y es poca ciencia el saber cogerlos por el pico para que no puen ni alboroten?...

En balde le hacía yo señas para que callara. Planchon continuó hablando así por espacio de cuatro ó cinco minutos en medio de la hilaridad general, dando una verdadera conferencia didáctica para el uso de aquellos de los oyentes que pudieran tener afición al oficio de raposo, ó sea de ladrón de gallinas. Tanto

dijo, que el jurado fué inexorable, y el tribunal le condenó á cinco años de presidio.

Al día siguiente no se hablaba en la ciudad más que de mi primera defensa. Planchon y yo éramos ya célebres; y mi hermano Carlos vino expresamente á decirme que después de un estreno como aquél mi viaje á París era una locura. La carrera se me abría por sí misma: tenía ya la bendición de la risa del público; mi nombre se había formado en un día. Carlos tenía sobre mí grandísima influencia, no tanto por lo mucho que le debía, cuanto por su alegría imperturbable y por su juicio excelente. Guardaba su inagotable y comunicativo buen humor en el fondo de su sacrificio, que no debía tener fin sino con su vida, y por más que hollase con sencillez propia de un cenobita ó de un niño todo interés humano por lo que á él personalmente le tocaba, no he visto hombre de golpe de vista más certero en los negocios cuando se trataba de nosotros, ni más penetrante. Tenía un talento clarísimo, y daba siempre consejo sano como los buenos relojes dan la hora con exactitud, y como el diapasón da el *la*. Yo le resistía, sin embargo, y no le quise hacer caso ninguno.

París me arrastraba hacia sí con poder invencible. El primer lunes del mes de Agosto al amanecer, toda mi familia se dirigía llorando hacia la administración de diligencias, escoltando á Juliana, que ayudaba á un granuja á llevar mi equipaje. Tenía yo el corazón conmovido, y cuando trato de estudiar lo que sentía dentro, vacilo y dudo. Quizá la alegría se sobreponía al pesar aun en aquella hora de la separación; mas, sin embargo, no me atrevía á mirar á mi madre, que iba

á mi lado con la cabeza baja. Juliana estaba de un humor endemoniado, y todo el camino iba buscando quimera con el granuja. Cuando llegamos al corral del parador sentí ensanchármese el pecho. Mamá, que estaba que las piernas no la querían tener, se sentó sobre una cesta á la entrada del despacho, y me dijo:

—He rezado mucho á la Virgen Santísima esta noche. Prométeme que entregarás tu corazón á Jesús todas las noches antes de dormirte...

Apenas podía hablar. Yo la abracé y la prometí de buena fe lo que me pedía; pero me parecía que aquello era tratarme como á un niño. Yo iba á París á librar una batalla seria, y no á entregar á Jesús mi corazón. Era ya demasiado grande para esas «prácticas pueriles.»

—No tengas cuidado—la dije;—soy sólidamente espiritualista. El mundo marcha, y yo no quiero quedarme atrás; pero me inclino hacia la religión y... ¿quién sabe si mi destino no es el de establecer con mi pluma algún rasgo de unión entre el pensamiento moderno y el Catolicismo considerado como filosofía? Tu oirás hablar de mí.

Las madres escuchan estas canciones vacías de sentido, y las prestan asenso. Mamá me echó los brazos al cuello y me metió disimuladamente en el bolsillo la ofrenda de su pobreza al estrecharme contra su corazón.



El viaje y la llegada.

Estaban enganchando los caballos á la antigua diligencia; alrededor de la cual se agrupaban ya los viajeros. Luisa se me cogió del brazo y me dijo:

—Mira, Juanín, nunca te olvides de Dios. Ahí tienes dos luises; he vendido los pendientes, y todavía me queda algo más de dinero. Si te ves en falta escíbeme, pero á mí sola, sin decírselo á nadie.

Y diciendo esto me dió un beso, mientras Anita me cogía por el otro brazo.

—Yo estoy pobre—me decía ésta;—pero he pedido adelantado en el taller de la bordadora, y te traigo cincuenta francos. No te olvides de Dios, y escíbeme antes á mí que á nadie si te ves apurado.

Tenía yo ya los ojos arrasados de lágrimas, é hice ademán de no recibirla el dinero, pero sentí sus labios en la mejilla y se separó de mí con viveza dejándome su regalo en la mano.

—Ahora hasta la vista, señorito Juan—me gritó Juliana en voz alta é inteligible.—París está lejos, y la gente que viene de allá no siempre es gente buena. Aquí está todo mi dinero, que lo acabo de sacar de la Caja de Ahorros, ¿quiere usted llevarlo?

La abracé, aunque con poca gracia, y, por supuesto, no acepté su ofrecimiento. Me desasí de ella hasta con cierta rudeza por acudir á Carlos, que llegaba justamente en el momento en que la administradora de la diligencia daba la voz de mando:

—¡Señores viajeros, al coche!

Carlos tuvo, sin embargo, tiempo de decirme:

—Sé hombre de bien. Entrégate á Dios sin reservas, y ten confianza. No hagas á mamá esperar las cartas; pero si necesitas pedir algo, no escribas á nadie más que á mí.

Un instante después me hallaba rodeado de toda mi familia y cubierto de besos. Conocí entonces cuán tierna y profundamente me amaban; mucho más, por cierto, de lo que yo merecía. Todos los labios que buscaban sitio en mis mejillas hablaban á la vez, y todos me decían una misma cosa: «Pídeme á mí, pídemme á mí, pídemme á mí». Me tenían asido, me llevaban en volandas hacia el coche, y se me deshacía el corazón en una emoción que no había yo previsto.

—¡Vamos... la familia!... ¡Ya no se espera más que por usted!—gritó el conductor no sin enternecerse, por más que procuró ahuecar la voz para disimularlo.

Carlos fué, por fin, quien me arrancó de entre los brazos de mi madre y de mis hermanas, me hizo poner el pie en el estribo, y cerró tras de mí la portezuela. Partió la diligencia, y Carlos me gritaba:

—¡Pídeme á mí si necesitas, y reza á la Virgen!

Me asomé á la ventanilla, y ví á través de mis lágrimas, que brotaban por fin muy abundantes, á mi pobre madre tambaleándose, sostenida por mis dos

hermanas, y extendiendo hacia mí las manos temblorosas. Carlos me volvía la espalda porque hablaba á mamá, consolándola sin duda. Tuve aquel cuadro delante de los ojos la cuarta parte de un minuto apenas; la diligencia salió del corral á galope, y en cuanto entró en la carretera ya no ví más.

Me hundí en mi asiento de esquina tapándome los ojos con las manos. No debía estar muy seguro de mí mismo, pues desde aquel primer momento traté de examinar mi emoción para ver lo que valía. Era realmente profunda, y conocí que, á pesar de las ambiciones que se agitaban en mi pecho, mi corazón pertenecía por entero á aquellos que tanto me amaban. Un sentimiento más fuerte y más dulce que los otros resumía, á decir verdad, todas aquellas ternuras. Mi madre dominaba de lleno en mi corazón. Veíala yo al mismo tiempo tal como estaba un momento antes, dejándome caer sus lágrimas sobre la frente, y tal como acostumbraba á verla en otro tiempo, arrodillada junto á la cabecera de mi cama haciendo sus oraciones de la mañana y esperando á que me despertase. Carlos me había amado de una manera todavía más activa; pero con todo, aquella pobre y santa madre era verdaderamente la sonrisa de mi infancia y la flor de mis recuerdos. Así es que tuve necesidad de engañar mis pesares, que eran casi remordimientos, diciendo interiormente:

—Quiero trabajar para ella en París, y procurarla desde allá una vejez dichosa.

Mas apenas este pensamiento, bueno en sí mismo, hubo nacido en mi mente, ya quedó manchado por mi egoísmo y por mi orgullo. Glorificábame yo en seguida

por adelantado en mis sueños de triunfo. No era ya solamente un solaz modesto lo que yo iba á traer á nuestra pobre casa; era, así de un golpe, el fausto y el brillo. Véame ya como el bienhechor de la familia, sobre la cual brillaba como una estrella. Mi nombre resonaba dentro de mí, y me parecía que todo el universo podía oírle. Las hermanas de un hombre célebre, cuya pluma es una fortuna, se casan bien; las casará mi reputación, me decía yo, y cuando pase mamá, se quedará la gente cuchicheando: «Esa es su madre...»

Cuando me quité las manos de la cara ya se habían enjugado los ojos. París, desconocido, me sonreía en lontananza como una montaña de promesas vagas, pero espléndidas. En suma: en mi ciudad natal no dejaba nada cuya separación me diera pena, fuera de mi familia, de quien me separaba por la primera vez, y casi sonreía de gozo al notar que la casa última que ví al partir fué precisamente el colegio. Raros son los que sienten perder de vista el colegio. La Universidad es una madre de mal natural á quien sus hijos no suelen querer nada. Yo, por mí, le dí un adiós burlón á mi enemigo el colegio, y la maldición cordial que le envié acabó de poner en fuga mis ideas melancólicas.

¡París! ¡París! Yo era ya desde afuera, tanto por mi deseo, como por mi destino, un ciudadano de aquel gran París, mi verdadera, mi única patria, que me aguardaba con las manos llenas de regalillos, de agradables sorpresas y de aguinaldos de todas clases.

Al comienzo del reinado de Luis Felipe, la industria de la locomoción había hecho ya grandes progresos. Bajo el reinado de Luis XVIII se invertían cuatro días

y tres noches en la travesía que yo iba á hacer. Hoy día por el tren expreso se emplean cuatro horas y cincuenta y tres minutos. Nuestra época, tan pobre en mejoras morales, ha realizado beneficios materiales que tocan en lo maravilloso. Así, en materia de moral el desaliento de nuestra época es muy amargo, mientras que desde el punto de vista mecánico no duda de nada. Tenemos talentos ingeniosos que suprimen á Dios como un rodaje inútil, y que para fabricar sistemas de filosofía utilitaria tienen una mano incomparable. Su obra no es obra seria, es verdad, pero como juguete está muy bien trabajada, y vista á diez pasos de distancia, cualquiera pensaría que hay algo dentro.

Pero, nada, todo su mérito consiste en la fachada: el interior está vacío; y en nuestra sociedad, tan cómodamente instrumentada, en que hasta los mismos desesperados tienen toda la facilidad del mundo para morir-se de hambre, todos los niveles van bajando con uniformidad sorprendente. Hemos visto virtudes que no eran más que odres hinchados de viento; talentos que se remontaban por medio de un torno, y genios... Pero genios ya no hay más que uno sólo en el comercio... Dios se oculta.

No tengo nada que decir contra el progreso por los émbolos, ni contra las farmacias en que se destilan los sistemas; ni siquiera me enfado con la literatura que enloda las aceras de la fama. Lo mismo que las conquistas materiales no tienen ni pueden tener para el bien la importancia que se las atribuye, así tampoco esas carmañolas de burdel y esa manera de andar á cuatro patas por lo más fangoso de los malos caminos

literarios no llevan consigo las consecuencias excesivas que son el espanto y el terror de tantos hombres de bien. Eso es una fiebre de carácter purulento, pero nada más que una fiebre. Los siglos pasan á través de los castigos, que están como escalonados, algunos de los cuales pueden tener muy raros aspectos. Nosotros atravesamos un castigo compuesto de progresos materiales soberbios y de insanias morales nauseabundas. Pero no por eso es más dañoso que otro cualquiera.

No importa que Dios se oculte; siempre está presente; y cuanto más el mundo parece apartarse del eje en sus balanceos, cuyo secreto teórico no poseemos, tanto más se aproxima el momento en que se ha de precipitar por sí mismo con una fuerza irresistible hacia el eterno centro de su equilibrio.

*
* *

El interior de la diligencia de París, en que ocupaba yo el asiento número 1, iba completamente lleno por una sola familia, por una de esas familias errantes que comen en todas partes á sus anchas, y que siempre están comiendo. Eran un pobre empleado del registro con su empleada, tres señoritas y tres niños, dos de los cuales pagaban á medio asiento. La Administración les enviaba de Saint Briec á Reims en busca de un aumento de trescientos francos de sueldo. El padre estaba muy flaco, la madre parecía un hacecito de espigas, las tres señoritas, diversamente desagradables, no tenían más que los huesos y la piel, y no he visto en mi vida criaturas tan feas como los tres niños, vestidos, sin embargo, con bastante decencia, y no malos. Lo nu-

meroso de la familia podía pasar: no daban ruido, estaban quietos, y hasta hubieran ocupado bien poco sitio, si no hubieran sido las cestas. Pero las cestas de todos tamaños y de todas formas eran en abundancia tan considerable, que estuve allí como en prensa desde el primer momento.

Todas, absolutamente todas, contenían comestibles. Aquella familia flaca llevaba en víveres mucho más que su peso. Dos cestas tenía yo delante de las piernas, tres cestas sobre la cabeza, y al lado, entre la madre y yo, otras tantas cestas unas encima de otras, que con el movimiento del coche me iban dando periódicamente en el hombro. Todas despedían un generoso olor á ajo. Cada vez que la pirámide de cestas colocada á mi izquierda se caía sobre mí, la madre me pedía perdón con mucha política; y el padre, que era un hombre excelente, me suplicaba que no me incomodara con las cestas que me aprisionaban las rodillas.

A los diez minutos, reloj en mano, la madre abrió disimuladamente su cestito y sacó una corteza de pan y un pedazo de tocino, que comió con los dedos. Los tres niños sintieron en seguida el hambre, y también se les dió pan y tocino; las señoritas tomaron un emparejado de jamón cada una, y el padre se partió una buena tajada de queso diciendo:

—De ver comer le entra á uno gana.

Después de lo cual se echó mano á una especie de dama-juana que contenía agua y vino, y todo el mundo bebió su trago por un vasito de hoja de lata que corrió toda la ronda, no sin ir goteando por todas partes. Sabido es el olor que resulta de estas libaciones; pero es

de advertir que la infección de la atmósfera era ya poco menos que perfecta cuando yo entré, porque la familia venía ocupando el interior desde Saint-Brieuc.

—Ahora que ya es de día—dijo la señora á su marido—léeme la descripción de Reims, ¿quieres?

Las señoritas, amontonadas unas contra otras, cuchicheaban entre sí; al principio creí que rezaban sus oraciones, pero era que recitaban una comedia casera, al paso que se defendían contra los clamores de los niños que tenían cólico. ¡Sabían más de una habilidad las niñas!

El papá desdobló un papelote y comenzó incontinenti la lectura de la descripción de Reims: «..... país agradable, relaciones fáciles, forasteros que van á ver el pórtico de la catedral, vino mejor y menos caro que en Saint-Brieuc; no hay pescados de mar; ternera, de quince á dieciséis suses la libra; vaca, de catorce á quince; carnero, ídem; las aves, á precios accesibles; embutidos de la Lorena, á precios arreglados; manteca, menos abundante que en Bretaña; queso muy barato; alquileres módicos...» Cuatro páginas había de este sabor con muchos pormenores. La madre escuchaba con religiosa atención, y cuando se hubo concluído la lectura resumió los precios de las vituallas en Reims y los comparó en un cuadro, bastante bien hecho, con los precios correspondientes de Saint-Brieuc, sin olvidar nada.

—Habrás que replegarse hacia la salchichería—dijo al concluir.

Y el marido exclamó entonces, con el tono de un hombre que en ocho días no se hubiera desayunado:

—No es mala hora, ya que hablas de eso, para tomar un bocadillo.

La segunda comida tuvo lugar á las dos leguas de camino próximamente. Fué sencilla, pero abundante, y perfumó el compartimiento con tan violento olor á salchichas, que hablando en serio, tuve miedo á asfixiarme. El papá y la mamá bebieron un poco de vino puro, comiendo de postre una tajadita de queso de Italia, cuyo olorcillo me confortó un poco. ¡Ah! Pero el apetito de aquella gente no era contagioso: lo que es á mí de verlos comer no me entraba gana, como decía el empleado.

Los niños devoraban y lloraban su cólico, todo á la vez, sin alboroto, pero no sin otros inconvenientes de que no creo oportuno dar detalles. A ruego del papá, que quería divertirse del todo, las hijas entonaron un nocturno sentimental á tres voces. En aquel tiempo se usaba la guitarra todavía, y las niñas echaban de menos sus guitarras. No sé yo el encanto que aquel instrumento hubiera podido añadir á su música, un tanto aspera, pero que no hacía gran ruido.

«Vivimos para amar», decía la letra.—«Y para comer salchichas»—añadí yo entre mí. No era yo muy sufrido, y ciertamente que no había tenido que sufrir en mi vida una opresión tan completa como aquélla; mas aun á trueque de dar una idea desfavorable de mi corazón, he de confesar que París, hacia donde corría, me suministraba tan gran cantidad de buen humor, que aceptaba mi mal con paciencia, y hasta con alegría si se quiere. Dábame que hacer el adivinar por qué el empleado y su familia vivían escuálidos consu-

miendo una cantidad de víveres tan exagerada. Consideraba la flacura verdaderamente notable de la madre y de las tres hijas; reparaba que los huesos del papá le rompían los codos del gaban que vestía, y que los tres niños, feos y tristes, á pesar de su hambre canina no tenían absolutamente nada entre la piel y los huesos.

Desde la mañana hasta la noche hicieron el primer día cinco comidas principales, entremezcladas con varias colaciones. Ocupábanse en esa tarea con una alegría y una avidez que no puedo encarecer bastante; pero no había en ello exceso ni refinamiento. Las botellas contenían un líquido muy clarete y sinceramente acuoso. Las cestas cuya provisión se agotaba eran sustituidas por otras, y en todas resultaba lo mismo: tocino, salchichas, queso de Gruyere y algunos pasteles de dudosa calidad para las señoritas; mas por lo visto, el que tiene afición á la gula se puede atracar de cosas frugales con el mismo deleite que si fueran manjares deliciosos. Es de advertir que el cólico implacable de los niños no dañaba en nada á su apetito, igualmente implacable.

Entre comida y comida se hablaba, y la conversación era siempre de la calidad de los alimentos, del arreglo de la cocina ó del precio corriente de los comestibles. Ninguno de la familia era de gusto difícil ni delicado. Quizá no siempre habían comido lo que habían querido, porque estas pobres familias de empleados no siempre están exentas de pasar hambre. Y sucede que para las personas que han tenido hambre, la mayor felicidad consiste en tomar el desquite de atracarse como se dejan embutir los pichones.

No eran roñosos: varias veces me ofrecieron media salchicha y medio vaso del vino aguado, de lo que bebían ellos, aun que yo no había hablado todavía una palabra, porque guardaba mi dignidad. Lo que más me incomodaba era la comedia casera, que se recitaba casi de continuo, y el nocturno á tres voces, que se repetía después de cada hartazgo, pues el papá parecía tener necesidad de él para digerir.

En la fuerza del día aquella honrada familia, sus cestas y sus olores llegaban ciertamente á hacerse intolerables á causa del calor; pero no perdí la paciencia ni una sola vez en las setenta y ocho horas que duró el camino; sólo que fueron horas tan alimenticias, que ya la comida se me volvía á la boca. En todo el camino y por toda comida no tomé más que dos sopas en las posadas que encontramos, y tres semanas después todavía sentía pesadez en el estómago. No he podido volver á comer salchichas en mi vida.

* *

El último día, al cabo del camino, había yo visto desocupar sucesivamente todas las cestas. Hacía un calor sofocante, y me parecía que la traspiración mía exhalaba detestable olor á salchichas.

No se vaya á creer que yo había permanecido ocioso en medio de aquella prueba á un tiempo cruel y ridícula. Había llegado á aislarme y había trabajado considerablemente con el primo de París y la prima. No los conocía, es verdad, pero me guiaba en mis cálculos por la carta, y siempre amontonando conjeturas más ó menos románticas, es lo cierto, según pude verlo más

tarde, que mis hipótesis andaban casi siempre muy cercanas á la verdad.

Apoyado en aquellos cálculos de probabilidades, preparaba yo mi entrada, mis contestaciones, toda mi conversación y mi línea de conducta. Examinaba la situación en sus más íntimos pliegues, y andaba, dentro de mí, á caza de medios de hacerme agradable y aun útil, y hasta necesario, si era posible.

Ocurrióme entonces una feliz idea. De repente comencé á mirar á los esqueletos y las cestas que me rodeaban con una benevolencia rayana á la ternura. Dió la casualidad que rechinaba en aquel momento el nocturno á tres voces, y le escuché como un suave concierto, y hasta creo que dirigí paternales sonrisas á los retortijones crónicos de los nenes, que se revolcaban sobre la banqueta siempre con el estribillo de «me duelen las tripas». Y era que me había venido la inspiración de darme á conocer en la casa de Duverdieux, en la comida de familia á que sin duda me habían de convidar, con una escena altamente cómica: la narración de mi viaje, el empleado, la empleada, su descendencia, la pasión de aquella pobre gente, pacífica y flaca, por la manducatoria, pasión que llegaba á constituir una segunda naturaleza, de suerte que cada cual allá para sí mascaba su salchicha, como los indios el buyo, y hallaba, en el abuso incesante del chorizo con ajo, inagotables deleites.

Un poco de filosofía no deja de sentar bien en medio del reir, y un tantico de sentimiento no descompone el gozo. La paciente glotonería de aquella colección de flacos revelaba para mí, ya lo he dicho arriba, pasadas

abstinencias. Aquellos glotones habían ayunado. ¡Pobre escribientillo!—dije para mí.—¿No te acuerdas?... El odioso despotismo que la burocracia está haciendo pesar sobre el mundo está compensado por muchas miserias. En el fondo de aquellas cosas ridículas hallaba yo una lágrima; mi facultad de novelista observador nacía ya.

Á contar desde aquel momento se lo perdonaba yo todo á mis perseguidores: me pertenecían ya, como mi pobre cliente Planchon, el zorro, el que robaba gallinas con fractura y escalamiento. Gracias á ellos, marcando bien todos los detalles verdaderos del cuadro burlesco que presentaban, y respunteando algunos otros rasgos ligeramente exagerados, iba yo á fascinar de pies á cabeza á la familia de Duverdieux y á echar los cimientos de mi fortuna parisiense. Cierto que mis compañeros de viaje no sospechaban nada de esto: desocupaban sus cestas y atracaban sus estómagos sin cuidado alguno de mi éxito en este mundo.

Cerca de Chartres la madre hubo de sufrir una digestión laboriosa, de la que yo también sufrí mi parte no pequeña con verdadero valor. No había sido la señora hasta entonces una vecina agradable; pero en cuanto se declaró indispuesta las inconveniencias aumentaron en una proporción abrumadora. Era verdaderamente una naturaleza heroica: las náuseas y los vómitos y toda la revolución de su estómago no la hicieron perder un solo bocado en las comidas sucesivas, y no dejaba de ser un espectáculo admirable el verla lívida morder su gruesa tajada de queso de Italia, cuya sola vista me daba á mí estremecimientos. Se bajaba en

las paradas del coche, pero se llevaba su tajada consigo. Reims ha debido apreciar aquel gran tipo de mujer, pues que *la sociedad*, al decir del papelón de las descripciones, es allí muy llana y avenible. Supongo que las tres señoritas representarían allí su comedia y ejecutarían su nocturno á tres voces con acompañamiento, y supongo también que algún otro aumento de trescientos francos de sueldo vendría en auxilio de aquellos exófagos tan activos y tan aficionados á la salchichería.

El momento en que les dejé fué uno de los más felices de mi vida. Había olvidado el verdadero gusto del aire respirable, y me pareció que nacía á una atmósfera nueva cuando cesé de aspirar el aliento de aquellos inextinguibles apetitos.

Me bajé del coche, ó más bien me puse en salvo, sin decir nada á nadie, en el corral del parador de diligencias de Saint-Honoré. Estaba blanco de polvo de los pies á la cabeza, pues habíamos tenido tres días de hermoso tiempo. Después de sacudirme un poco mandé bajar mi maleta y se la confié á un auvernés. Conocía yo á París tan perfectamente por las lecturas, que sin preguntar á nadie me volví hacia la izquierda en la calle de Saint-Honoré, y me dirigí hacia el Louvre después de haber dado al mozo las señas de la casa de Duverdieux, muelle de la Tournelle, núm. 7, en la isla de San Luis. Saludé al Puente Nuevo al pasar como á un antiguo amigo, y á la estatua de Enrique IV, que desde lejos había buscado y hallado exactamente en donde la buscaba.

Á medida que iba siguiendo adelante iba creciendo

mi agitación; pensaba en mi madre, y en mis hermanas, y en Carlos mucho más que durante el viaje, y más de una vez se me enaguaron los ojos, por la calle adelante, porque me parecía estar viendo á toda mi querida familia, y á mi madre sobre todo, extendiendo hacia mí sus pobres manos temblorosas en el momento de la despedida, y porque les estaba oyendo á todos, unos detrás de otros, la primera Luisa, después Ana, después Carlos, reclamar el privilegio de acudir en mi auxilio en caso de necesidad: «Pídeme á mí, pídememe á mí, pídememe á mí». Parecíame que me seguían sus voces y sus corazones.

¡Ah! ¡No era sólo para mí para quien iba yo á hacer fortuna! ¡En aquel momento era yo todavía bastante buen muchacho y repartía entre todos ellos mi futura opulencia con una generosidad tan hermosa!

Pero al mismo tiempo iba entre mí haciendo frases, regocijándome y diciendo: «¡He aquí, sin embargo, cómo llegan á este París, enteramente pobres y cubiertos de polvo, los conquistadores que gobiernan el mundo!» No se crea que me reía yo al repetir varias veces la misma canción: lo decía tan formal. Pero nunca jamás he gobernado nada, á Dios gracias.

Verdad es que me iba ocupando también en otra cosa igualmente involuntaria, aunque algo menos simple: en arreglar en mi cabeza la novela de la diligencia para asombrar á los Duverdieux, mostrándoles al primer golpe todo el talento que tenía. Recargaba y embellecía las escenas, buscaba nombres graciosos para el empleado, para su mujer y para las tres señoritas. En las cercanías del Hotel de Ville, por poco no me

atropelló un coche de alquiler, porque yo no veía nada delante de mí, deslumbrado como estaba de antemano por el éxito que iba á alcanzar al entrar en mi familia parisiense.

Estaba lleno hasta rebosar de todos los lugares comunes de mis autores favoritos, y creía pensar porque tenía memoria. Instituíame yo á mí mismo doctor en todas las facultades porque había estudiado en el colegio sin cuidado ni reflexión los vagos eclecticismos de Cousin, que entonces estaba de moda, y los sistemas no tan pequeños, pero igualmente vacíos, de la escuela escocesa; porque había mal cursado el Derecho con el excelente profesor Toullier, que sabía su Código de Napoleón como una cocinera sabe al dedillo el arte de cocinar; porque había vislumbrado la historia á través de Chateaubriand, Thierry y Michelet; porque había declamado en mi estrecho dormitorio medianas traducciones de Shakespeare, girones de Guillén de Castro, á quien Corneille robó *El Cid*, y todos los esperpentos románticos en que había talento y hasta genio, pero cuyo énfasis criminal debía provocar dos terribles castigos: el neo-volterianismo de la escuela llamada del Buen sentido (¡pobre buen sentido!), y la radical ignominia de este sarampión literario que supura hoy en día con un picazón horroroso, y que las imbéciles de las elegancias burguesas sostienen doblemente, ora con sus iras de hombres de bien asombrados, ora con sus curiosidades de papanatas incorregibles.

Estos niños grandes entregados á los negocios, que no creen ya en Dios porque Dios no da prima ni va por la Bolsa, se mueren de aburrimiento, como les pasa

á todos los hombres que se *divierten*; y lo mismo pasa á sus mujeres y sus familias; éstos son los que desde hace quince años pagan para matar el tiempo el aceite rancio de todas las *Linternas* y sirven de Mecenas á todas las poesías de la fermentación larvicultural, cienos, escorias, heces, muladares, podredumbres, naturalismos, realismos, fealdades, suciedades y blasfemias en que la nación más correcta del universo se baña ya hoy día en la *Nana* con una bestialidad tan digna de compasión. Los que han perdido á Dios no saben tampoco dónde están los hombres, y confunden á cualquier payaso enlodado con Homero.

En la época de que hablo no estábamos todavía así del todo. Comenzaba la ruina por el sensualismo, por donde se extraviaban excelentes poetas, dándolo ya todo á la carne; y por el paganismo de las religiones del interés, llamadas fourrierismo, sansimonianismo, cabetismo, introduciendo todas la especulación mercantil bajo sus dogmas; comenzaba asimismo por la boga industrial de las primeras sociedades en comanda, fuegos de paja en los que todo el mundo se quemaba alegremente. Era aquello la primera edad, la infancia, como si dijéramos, de nuestra actual sociedad *práctica ó positivista*, horrible aurora de un día que no podrá acabar bien en manera alguna.

Yo era novato seguramente, pero deseaba instruirme, y no valía dos cuartos más que la época en que entraba. Mi novela de la diligencia, en la que ponía yo infinitos cuidados, era también una verdadera especulación, un puñado de polvo que pretendía arrojar con toda serenidad á los ojos de mis nuevos patrones, que

eran una pareja cuasi literaria. Tenía además otro registro, es verdad, el de mi familia y el de las cosas de Bretaña; mi arco estaba provisto de dos cuerdas; al pasar el puente que conduce á la isla de San Luis me hacía yo la justicia de convenir conmigo mismo en que iba á tomar la posición al primer asalto.

Era ésta una gran casa de color gris bastante triste, como sus vecinos. Antes de atravesar la puerta cochera le rogué á mi auverñés que me quitara el polvo con el pañuelo mío de bolsillo. En seguida pregunté por el Sr. Duverdieux, y el portero, escondido en su taller de sastre, me respondió:

—En el segundo, la puerta de la derecha.

Subimos. El Sr. Duverdieux tenía por fuera de la puerta una mampara forrada de bayeta con burlete y con un doselillo encima. La sirvienta que nos abrió dijo en seguida al verme:

—¡Es el secretario!

Yo no protesté, decidido como estaba á parecer muy hábil; tampoco reclamé parentesco alguno con los señores de la casa, y pagué al auverñés, que dejó mi maleta en el pasillo.

—El señor está en su círculo—me dijo la criada cuando el mozo de cordel se hubo marchado;—la señora está en su sociedad.

—¿No podría lavarme un poco la cara y las manos?—la pregunté.

—Usted tiene su habitación—me contestó inmediatamente.

—¿Quiere usted llevarme á ella?

En el momento en que la criada me iba á contestar,

un hombre de bastante buena estatura, vestido con severa elegancia y ostentando la cinta de una condecoración, entró sin llamar, y me tendió la mano en seguida diciéndome:

—Buenos días, amigo Juan. ¿Se ha hecho buen viaje? ¿Queda buena la familia? Vaya usted á mudarse. Si estoy ocupado, esta noche acompañará á mi mujer al teatro... Isaura, lleve usted al señorito Juan á su *habitación*.

Pasó y entró en la sala sin darme tiempo de contestarle ni una sola palabra. Al desaparecer añadió:

—Cuando esté usted listo le espero á usted en mi gabinete.

No había en todo esto ni la más pequeña chispa de cordialidad, ni siquiera de interés, por lo cual me quedé un poco parado. No esperaba yo encontrarme con un Duverdieux chapado así. Era á la vez mejor y peor de como me le había figurado. Tendría unos cuarenta años, poco más ó menos, era bastante buen mozo é iba muy bien vestido; su semblante no decía nada, pero su continente era varonil; había ya dos cosas que me agradaban: había hablado de «mi habitación», lo cual ponía mi imaginación en ejercicio, y había hablado también del teatro. El teatro era mi locura, y sin hacerme gran violencia, confieso que por el teatro era por lo que yo había deseado á París con más ardiente empeño. En suma: no tenía nada de qué quejarme.

Isaura, la criada, que tenía trazas de ser una pobre mujer, vaciló un poco, y al fin me dijo:

—Lo más breve y sencillo para usted será ayudarme. Hay un ayuda de cámara; pero cuando se le llama no

suele acudir hasta el día siguiente. Coja usted por un lado, y la subimos entre las dos.

Al decir esto me señalaba con el dedo una de las asas de la maleta. Yo no me hice de rogar, y llevándonos mi equipaje, salimos á la escalera, que estaba por cierto bien encerada. Subimos una vuelta, luego dos, luego tres y después una especie de escala por donde la maleta apenas podía pasar. «Mi habitación» era un cuarto de criada alumbrado por un cristal cuadrado que se abría para arriba como la tapa de una caja de rapé. No había espacio para bailar, pero no estaba sucio del todo, y hasta habían puesto en él un tocador por orden de la señora, al decir de Isaura, que me dejó entregado á mis reflexiones.

Aquello verdaderamente no era lujoso: aparte del tocador, que había debido servir para un niño, mi mobiliario consistía en una camita de hierro sin cortinas, mi maleta y dos sillas de paja. Al través de la vidriera se veían las cimas de dos chimeneas y un cañón de una estufa.

Pero yo tenía veinte años, y según la canción, esa es la edad de estar bien aunque sea en un desván. Mientras hacía mis abluciones continuaba yo el monólogo que había comenzado en la calle, y me repetía á mí mismo que todos los grandes vencedores habían comenzado así, en la miseria. Bajé refrescado, completamente repuesto de la fatiga, como lo probé bien desde aquella misma tarde, y vestido con lo mejor que tenía. En la antesala, en lugar de Isaura, encontré al ayuda de cámara, personaje importante, muy estirado, que me dijo con mucha solemnidad:

—¿El señorito es el secretario? La señora desea que pase.

Sentía yo no haberme preparado un poco mientras me estuve arreglando para la entrevista con mi prima, pero respondí inmediatamente:

—Amigo mío, introdúzcame usted.

El criado, que se llamaba Roblot, me pareció un poco escandalizado de mi familiaridad, pero no me contradijo, y me guió á través de varias habitaciones decoradas á lo burgués, hasta una pieza de mediana extensión, mitad despacho, mitad tocador, que tenfa pretensiones evidentes, pero no muy felices, de lujo *artístico*. Todo aquello olfa á musa, y las musas como madama Urania de Duverdieux no tienen el mismo perfume que las rosas. Muchos periódicos, muchos folletos, muchas revistas, muchos libros, albums, estampas, cuadros, bustos, estatuillas, un arco y unas flechas, un ídolo de la India, bordados chinos, papelitos de color de cristal mate en cantidad enorme, un canastillo de conchas y una colección de mariposas: esto era lo que aparecfa al primer golpe de vista. No había entre todo ello ningún objeto de valor, salvo, si acaso, los papelitos de color de cristal mate, sobre los cuales depositaba la señora de Duverdieux las perlas de su inspiración.

Encontréla sentada delante de una mesita de palo de rosa, estilo de Luis XV, con la frente apoyada entre las manos. No se levantó en seguida que entré, con lo cual tuve ocasión de verla bien. Era una de esas fealdades netas que no se disimulan con nada, pero tenía traza, en verdad, de ser una buena persona, es decir,

una pobre mujer, á pesar de su actitud teatral y de las preciosidades mal aliñadas de su tocado. Parecióme, por lo menos, de tanta edad como su marido, si acaso no un poco mayor. Estaba peinada como una niña y vestida con una túnica de color apagado que formaba pliegues esculturales sobre la robusta musculatura de sus espaldas; su nariz redonda tenía una amplitud considerable, y la palidez abotagada de sus mejillas se extendía como un burlete hasta por debajo de los ojos.

Por fin me miró y se sonrió; la sonrisa no la hacía más bonita, pero denunciaba en ella un vivo deseo de ser agradable, y valía más, á mi entender, que la fría seriedad del señor Duverdieux. La saludé muy respetuosamente, y me dijo con una voz dulce y verdaderamente encantadora:

—Las provincias son un semillero viviente que nos envían sin cesar á París un contingente de plantas jóvenes y vigorosas.

Bien seguro estaba yo de haber leído esta frase en alguna parte, y aun de haberla leído varias veces. Allá, en nuestra casa, mi madre y mis hermanas hablaban de su propio pensamiento, y no podía yo saber todavía lo rara que es esta circunstancia en París, donde cada cual charla sus lecturas. Y eso que el *Figaro*, que alimenta diariamente el gusto depravado de cien mil necios llenos de presunción, no se había inventado todavía. Mi prima la señora de Duverdieux bebía en otras fuentes menos públicas. En fin, yo la volví á saludar, porque el sonido melodioso de su voz me había reconciliado con ella, á pesar de su tontería, y la dije:

—¿A usted es á quien debo la contestación favorable á mi carta?

La literata movió la cabeza en sentido afirmativo, pero añadió á media voz:

—Ernesto *también* es una noble inteligencia.

Ernesto era el Sr. Duverdieux. Después de la frase del semillero viviente, aquel *también* era como una circunstancia agravante, y debo confesar que desde aquel momento conocí ya á mi prima Urania tan profundamente como si siempre hubiera vivido con ella.

—Amigo mío—continuó,—usted debe hacer versos; lo he adivinado por el estilo de la carta de usted, y su interesante fisonomía me lo está además indicando bien claramente. Supongo que mis humildes producciones serán conocidas en Bretaña, como lo son en todas partes. Yo no escribo ni por el lucro ni por la gloria, que es cosa vana, sino por cumplir una misión social. El mundo moderno busca el equilibrio entre los antiguos fanatismos religiosos y las peligrosas doctrinas de los reformadores demasiado acelerados, que ven la enfermedad y no conocen el remedio. Dios es un contrapeso que no deja de tener su utilidad. Si no existiera, sería menester inventarle, ha dicho Voltaire, mal poeta, mediano pensador, pero hombre de talento que no creía en el pueblo. Usted viene de un país poco ilustrado, y cae usted aquí precisamente en una morada de luz. Ernesto y yo, aunque con bien diferentes armas, combatimos ambos á dos por la verdad que nace y que va á reemplazar á todos los errores: verdad de moderación, de compensación, de concesión, que no admite nada en absoluto, ni rechaza nada ab-

solamente; que cuenta con todo, que saca partido de todo y que está ya construyendo su templo, de donde serán excluidas igualmente la fe ciega y la negación estúpida. Ernesto es una naturaleza muy distinguida. Él es el que ha encontrado la frase *justo medio* para caracterizar la religión moderna, ó á lo menos á él se la atribuyen, por más que el verdadero autor haya sido yo. Esta frase, por otra parte, es demasiado familiar, y ando buscando otra. Desde las inmortales jornadas de Julio el elemento utilitario es omnipotente en París, y justo es que lo sea; pero es menester revestirle de poesía, como se recubren las píldoras con azúcar. Ernesto no puede prescindir de mí. Aquí va usted á vivir en el corazón mismo de la cuestión vital; si usted tiene talento, como yo creo, el porvenir es de usted... ¿Es usted devoto?... No se avergüence usted; hay cosas bonitas en el Catolicismo.

—Soy creyente—la respondí.

—Yo también. Lamartine está en auge. Es preciso ver hacia dónde va el gusto del público, no para seguirle servilmente, sino para sacar partido de él. Nos hemos de entender muy bien, lo estoy viendo.

En esto sonó una campanilla lejana.

—Es Ernesto—me dijo madama Duverdieux;—no le haga usted esperar. Es, como todos los liberales, un poco déspota. No le añadiré á usted más que una palabra: Usted estará aquí como la nata sobre la leche y más libre que el aire. Tomará usted un pupilaje donde usted quiera, y vivirá usted á su antojo; sólo le ocupará á usted Ernesto por la mañana desde las siete, y yo por la tarde. Por la noche estará usted á mi disposi-

ción cuando sea necesario. Vaya usted pronto; es la segunda habitación después de ésta. Puede usted escribir á su casa que no estén con cuidado, que ha vuelto usted á encontrar en mí á su madre.

Me despidió con esta última palabra, pronunciada de una manera un poco teatral; y cuando atravesaba la habitación contigua oí ya al Sr. Duverdieux, «Ernesto», que me decía:

—Puede usted entrar, Juan.

Abrí la puerta inmediatamente y me encontré en un gabinete bastante grande, amueblado al estilo del imperio. Una biblioteca se extendía alrededor por las paredes, mostrando por todas partes libros de regular tamaño severa y lujosamente encuadernados. Sobre la cornisa del estante había una fila de estatuillas romanas en bronce entre las que se hallaba la de madama Duverdieux, de Musa. No era aquello ni hermoso ni feo, ni rico ni pobre, pero limpio, decente y bien ordenado. El Sr. Duverdieux, muy blanco del cutis, elegantemente vestido, un poco calvo, con el pelo de los lados peinado hacia la frente, hacía allí muy buena figura. Estaba escribiendo de pie, en un pupitre colocado á la altura de un hombre, no lejos de la ventana, y no pude menos de notar al verle que su presencia valía mucho más que la de Urania.

—¿Viene usted del cuarto de la señora?—me dijo.—Es un gran talento, un espíritu enteramente elevado á quien todos más ó menos obedecemos. Con todo, usted no hará nada sino lo que yo le ordene, porque esto es lo más regular. Siéntese usted. Como usted puede figurarse, yo no le he hecho á usted venir sin haber toma-

do antes por allá mis informes. Su familia de usted es exageradamente devota. Pero eso puede corregirse fácilmente, y por otra parte, nosotros no tenemos hostilidad alguna contra la Religión. Al contrario: únicamente se trata de hacerla inteligente. Yo conozco eclesiásticos instruídos y avisados que buscan el medio ortodoxo de convertir al clero á los intereses y á la lógica de la vida real. Ese es el eje. Es menester que la idea práctica tenga entrada en el Catolicismo. Sobre eso andamos trabajando, y puede ser que se consiga. La Iglesia romana, que es en el fondo el único Cristianismo y todo el Cristianismo, comprenderá tarde ó temprano que ha perdido la partida con dejar á los protestantes apoderarse del lado *burgués* de las cosas, y entiendo por eso el lado serio y útil, el lado de los negocios. El mundo no está habitado por héroes y santos, sino por hombres de bien, que son abogados, comerciantes, hombres de ciencia ó de negocios, que se esfuerzan por arreglarse en esta vida un lugar cómodo y hasta brillante. ¿No es este el parecer de usted, mi querido Juan?

Le respondí con un gesto equívoco, pero más bien de aprobación. Quería agradar, y comprendía que mi novela de la diligencia, por más llena de chiste que estuviera, no valdría nada para hacer mi entrada en aquella casa. El Sr. Duverdieux había hablado en tono familiar y casi bonachón, pero su frase era estudiada; su palabra, precisa; hablaba como por un resorte, como muchos que dan conferencias, y como los periodistas que improvisan sobre todo con la ayuda de la memoria. Todo aquello estaba cuidadosamente aprendido y agra-

dablemente recitado. Como organillos repetidores de artículos aprendidos de memoria, su mujer y él hacían buena pareja.

Doy cierta importancia á esta primera conversaci3n, porque *a priori* no era yo enemigo de las «ideas nuevas»—la necesidad de sacudir muchos yugos y de enmendar la ley de Cristo, para hacerla más c3moda, preexistía en mí, como en todo tábano semi-literato que ha aprendido á zumbrar en los Institutos,—y también porque no me había yo encontrado todavía nunca enfrente de lo que se llamaba entonces un *doctrinario*, cosa vaga que es excusado tratar de definir, y que ha introducido en nuestra vida, ya pública, ya privada, un elemento particular de disoluci3n más sutil que la negaci3n misma á que conduce, y más peligroso que las francas aspiraciones del materialismo, que la da miedo. Esta especie de compromiso sin fe y sin holgura, vestido de prudencia sofisticada, no era, ciertamente, una invenci3n nueva: puede decirse que es tan antiguo como el mundo; pero florecía entonces muy especialmente bajo el abono de aquella cuasi revoluci3n de Julio, tan timorata y tan funesta, en la cual verá la historia el hipócrita y cobarde origen de las convulsiones que se anuncian como llamadas á estremecer el fin de nuestro siglo.

Había yo ya bebido aquella tisana en los libros y en las revistas. El tiempo ha andado considerablemente desde entonces, y los sucesos, también; pero el «doctrinarismo», aun teniendo por fuerza que enarbolar menos tímidas escarapelas, ha continuado el mismo, demoliendo sin ruido todo lo que pretende conservar. Este

«doctrinarismo» está extendido por todas partes; es el fruto de la savia burguesa, y es preciso desengañarse, hay doctrinarios hasta entre los cristianos; los hay hasta entre los locos lúgubres, que se lisonjean de apaciguar la bestia revolucionaria dándola á beber largamente todo cuanto quiere de petróleo y de sangre.

Los unos hacen discursos, y alguna vez sermones, en que reconcilian elocuentemente á la Iglesia con el interés mundano, cantando no sé qué *Marsellesa* un tanto confusa, contraria al catecismo, y cuya explosión viene á causar escándalo inesperado en recintos venerables donde cualquiera creería estar al abrigo del escándalo. Los otros, en desquite, entonan parodias de los salmos en lo más profundo de esas covachas que la literatura indecente ha hecho célebres con el nombre de bodegones. Estos como aquéllos ejercen sencillamente un comercio y se ganan su pan de cebada ó de trigo; el doctrinarismo nunca puede ser más que un oficio.

Cuando el oficio es ejercido por bandidos, es peor todavía, porque los bandidos doctrinarios son más dañinos que los otros; pero cuando el contagio se introduce bajo un hábito santo, esto es ya el colmo de la desdicha, y es menester taparse la cara.

La importancia que yo doy á esta conversación, en que permanecí poco menos que mudo, nace también de que fué de hecho, y sin que yo me diera cuenta de ello, una verdadera etapa, y una etapa muy señalada en mi camino, pues que contribuyó á darle su primera dirección desastrosa, no sin despertar en mí bastante vivas repugnancias y algunos escrúpulos. Yo era más

bien por naturaleza enemigo de estos pálidos acomodamientos; pero quería hacerme célebre, y en aquella especie de *Credo* de la indiferencia entreveía un modo posible de llegar al éxito.

Era yo por otra parte un ignorante y un curioso; era, en fin, un vanidoso completo, y me decía: «Lo primero es abrirse camino. Veamos, busquemos un agujero por donde pasar, y conservemos nuestra independencia». Duverdieux, acercándose más á mí, continuó:

—Me ha gustado usted á primera vista, y me había gustado usted ya de antemano por su carta, que respira una ambición honrosa. Es usted inteligente, tiene usted buenos estudios y deseo de saber. Todo eso es muy bueno. Usted estará aquí en una posición admirable para escoger la dirección que ha de tomar. Si le llama á usted el arte, tiene usted á Urania, que no es seguramente una literata, pero que es mucho mejor que eso; para las otras cosas más graves de la vida, aquí me tiene usted á mí. Mis deberes de magistrado me dejan tiempo para combatir con la pluma, y veo acercarse, no sin susto, el momento en que la carrera política se abra ante mí, bien á pesar mío. Para ser usted útil aquí no se trata de saber en particular esto ó aquello, lo que no se sabe se aprende; se trata sólo de ajustar el paso.

En nuestros días casi viene á ser ésta la definición del talento hecha en tres palabras: «ajustar el paso». Quizá usted no comprenda bien el sentido lato de esta consigna; pero en cuarenta y ocho horas alcanzará usted ya á medir todo su valor. No se puede servir de herramienta para nada sino á ese precio; y advierta usted

que la herramienta viviente, cuando está bien concluída, tiene mil ocasiones de ascender á su vez á obrero y de sentarse en las gradas de la escalera social muy cerca de su amo, si no más arriba. Yo también he sido herramienta; quizá soy todavía herramienta puesta en manos de otro más fuerte que yo. Cualquier papel es bueno para quien le sabe desempeñar, y no hay cosa más fácil. Los incapaces son los que desdeñan su papel, ó le ponen mala cara. Dígame usted: ¿es usted legitimista?

—Por ahí van mis simpatías—le contesté.

—No veo mal en ello—dijo con mucha severidad el señor Duverdieux;—tanto más cuanto que las simpatías se las puede uno guardar en el bolsillo. Las opiniones son por otra parte como las situaciones, y se pueden utilizar todas. ¿Ha tentado usted ya á escribir algo?

—Muy poco.

—Tanto mejor. Los primeros ensayos de una inteligencia que no tiene todavía dirección ni fin determinado, pueden hacerla jibosa para siempre. Y en literatura, ¿es usted clásico, ó romántico?

—Yo me inclinaría al romanticismo.

—Me lo temía, por desgracia; es eso una novedad vieja, y como si dijéramos, la moneda falsa de la originalidad. Allá están metidos todo un rebaño de talentos muy ordinarios condenados á aparentar que tienen genio. La moda los sostiene, y la moda les dejará mañana para sostener á otros que quizá ni siquiera valgan tanto como ellos. El siglo literario ha concluído; y no dejará usted de vivir bastante para ver la tinta

poco santa que hoy se estila reemplazada con cieno en el escritorio de los que quieren ser los autores favoritos de París. No se escribirá ya con la pluma de las aves que vuelan y se ciernen en el espacio, sino con instrumentitos de hierro que se pondrán roñosos como los clavos. Mientras que la literatura descenderá muy abajo, la ciencia subirá, se desbordará por los campos de la industria y producirá maravillas útiles. La Babilonia de Europa tendrá esplendores fabricados por la mecánica, que el Asia jamás había ni soñado. No se acertará ya á edificar, es verdad, ni catedrales góticas ni palacios, pero se levantarán decoraciones gigantescas para instalar ferias que serán verdaderos encantos, y divertir á la bestia popular transformada en Nabucodonosor. En torno de estas orgías la miseria será inmensa y mal socorrida, porque la caridad habrá muerto con la religión. Le digo á usted todo esto precisamente para venir á parar á la religión, á la cual tengo miedo por usted.

Aquí yo me sonreí, y él se detuvo. Pero le quedaba todavía algo en el cajón, y continuó diciendo:

—No habrá ya reyes, entiéndalo usted bien, en el tiempo de que le estoy á usted hablando, y que está próximo; pero seguirá habiendo tronos sobre los que se sentarán con las piernas colgando los saltimbambis ebrios, pensando sólo en su vientre y en el de sus familiares, mientras que se irá agravando la pobreza y el desamparo de los pueblos. Conoceremos la tiranía de la materia, y como estas enfermedades del tuétano en las naciones son contagiosas para los primeros jefes de ellas, el equilibrio europeo se estremecerá quizás y se descompondrá.

Entre nosotros los espiritualistas sin exageración ni gazmoñería hay gentes que ven así las cosas, muy negras, y predicen, según un cálculo que aseguran ser matemático, una serie de catástrofes que han de conducir al hundimiento final de Francia, porque los locos charlatanes y ambiciosos, que habrán concitado las venganzas del extranjero contra su país empequeñecido, serán más impotentes que niños cuando se trate de defenderle en su lecho de agonía. La creencia mía personal no va tan adelante. A mí me cuesta trabajo admitir estas consecuencias excesivas de una situación en apariencia próspera, pero que encierra, lo confieso, muy serias amenazas para lo futuro. Francia no morirá; es á mis ojos una rueda necesaria en la máquina del mundo. Por otra parte, bien se pueden apostar ciento contra uno á que las personas de la edad de usted, y mejor las de la mía, tendrán tiempo de vivir y de morir, es decir, de procurarse una buena posición y de disfrutarla antes del cumplimiento de estas lúgubres profecías.

Pero no es menos cierto que el grano está ya sembrado, que se ven ya apuntar los primeros tallos y que todo hombre prudente debe tener ojo avizor sobre los progresos de semejante vegetación, cuya cosecha esperan los intrigantes y los ciegos, y de la que las clases pobres, que trabajan honradamente, no recogerán más que la paja. Y aquí es donde viene naturalmente la cuestión religiosa con la cuestión política. ¿Cuál de las dos es la más palpitante? No importa: son conexas. En mi casa no podrá usted ser, ni legitimista á pendón desenvuelto, ni católico ultramontano; esto es lo que

me proponía dejar sentado. ¿Me ha seguido usted en mi razonamiento hasta llegar aquí?

—Perfectamente—le contesté.

—¿Tenía usted ya idea de esto que acabo de decirle?

—He leído muchos periódicos y muchas revistas.

Duverdieu me hizo con la cabeza un signo de aprobación, y prosiguió:

—Yo los hago... nosotros los hacemos. Ahora comienza á dársenos en la prensa un nombre que expresa bien el papel que pretendemos desempeñar durante el desarrollo de los hechos revolucionarios de que no somos ni partidarios descabellados, ni adversarios irreconciliables: se nos llama *conservadores*. Este nombre implica la idea de lazo que todo lo engavilla y recoge, venga de donde viniere, admitiendo todos los puntos de partida. Somos numerosos y estamos ya á medio entendernos; la hora del peligro hará quizá, cuando suene, que nos entendamos del todo, aunque lo dudo. Nuestro lazo de unión es el interés común á todos los hombres que tienen algo que perder. Entre nosotros los hay, y muchos, que miran la religión como un asunto de poquísima importancia para los tiempos que alcanzamos. No tienen razón. La seguridad misma de que se ha gozado en la época de la Restauración, y de que gozamos todavía por unos días más, es la que ha puesto así á la religión á los pies de los caballos. En plena paz se desdeñan las salvaguardias, cuya necesidad se siente por instinto en tiempo de guerra. Al primer amago de peligro social saldrá la religión de su encierro, lo sé perfectamente; es más, lo espero y lo quiero; pero entendámonos: yo quiero una religión que

pueda servirnos y que no haya de hacernos daño. No tengo fe en la religión de las cruzadas bajo Luis Felipe de Orleans, en 1833, y no veo tampoco muy claro lo que podríamos hacer de bueno con la religión de los jesuitas...

Paróse otra vez y me miró, buscando evidentemente mi aprobación; que por cierto le dí, sin necesidad de reflexionar. Tenía yo la cabeza llena de diatribas contra las cruzadas, y detestaba á los jesuitas, á quienes conocía principalmente por haberme dormido en el colegio sobre *Las Provinciales* de Pascal. Comenzaba á comprender el pensamiento del Sr. Duverdieux, y no le hallaba malo. Se parecía por algunos puntos al mío propio, formado ó sacado del barullo de mis lecturas. Mi pariente continuó de nuevo:

—Si á usted le parece, mi querido Juan, no nos trataremos de primos así á diario; yo le llamaré á usted Juan y usted me dirá *señor*, sencillamente. Aunque soy liberal, me gustan las apariencias de la jerarquía; no hemos de ser menos amigos por eso. Y vuelvo á mi tema. Precisamente porque siento la necesidad de una religión es por lo que la quiero buena, ó por lo menos aceptable para las mayorías. No se hará nada ya, fuera de las mayorías, con imponer una manera determinada de ver las cosas por medio de la prensa. Hablaba usted de periódicos y de revistas; nosotros tenemos ya varios de unos y de otras, cuya influencia va creciendo, y que sostienen con talento la idea de la conservación. Desgraciadamente estamos un poco faltos de disciplina; no tenemos un principio común, ó mejor dicho, no tenemos prin-

cipio absolutamente ninguno: nuestra voluntad de «no ir demasiado lejos» no es un principio. Cada uno de nuestros grupos coloca el «demasiado lejos» donde le place, y lo mismo pasa con cada individuo de cada grupo. Yo tengo mi grupo, en el que tengo influencia hasta cierto punto; cuenta en su seno hombres de valer que gobernarán á Francia por algunos días ó por algunos años antes del vuelco final, y que impedirán quizás el vuelco, aunque yo no lo creo así. Algunos de ellos ayudarán más bien á volcar: los que creen que se puede moderar á la revolución.

Es éste un deseo generoso, pero pueril, ó senil, como se quiera, y que fundará, sin embargo, más de una fortuna política, de esas que compran el poder con fondos perdidos, cantando: «después de mí, el diluvio». La revolución no se modera; abusa de sí misma y de todo, llevando el sofisma á sus últimas y más implacables consecuencias, y haciendo sufrir á la verdad misma violentas fermentaciones que la transforman en mentiras capitales. Bebe esas ideas desde la mañana hasta la noche, y no puede vivir más que en estado de borrachera...

No hay más que un freno posible para la revolución, y es la religión. En este punto mis amigos no están todos de acuerdo conmigo, pero he ganado á los más inteligentes, y andamos buscando una religión *posible*, es decir, un principio superior que pueda ser adoptado por las mayorías y no ponga obstáculo ninguno á la marcha de los negocios. Naturalmente, la primera en que pensamos fué el protestantismo, que reina en países á la vez muy prósperos y muy pacíficos. ¿Conoce usted bien el protestantismo?

—No, señor—le contesté;—allá entre nosotros no hay protestantes.

—Si me hubiera usted respondido que sí á bulto, como hacen generalmente los chicos cuando sufren un examen, le hubiera puesto á usted una mala nota. Yo no le conozco tampoco, y eso que he querido explorarle y examinarle con muy benévola atención, y me inclino por instinto hacia su punto de partida: el libre examen. He buscado á los protestantes, les he estudiado, pero no les conozco. Son, por lo común, muy buenas personas, sinceramente apegadas á lo que ellos llaman su fe; pero su fe no la he podido conocer nunca. Es una fe múltiple, fugitiva, inalcanzable. Cada cual tiene la suya, que nunca es la misma de su vecino. Sólo en Inglaterra he encontrado quinientas *Iglesias* diferentes, y en cada *Iglesia*, diferentes fracciones que no están de acuerdo entre sí. Lo cual se parece á nuestro gran rebaño conservador. En fin: después de mis investigaciones he vuelto con la certidumbre de que el protestantismo, ó eso que se llama así, no sólo no servía para ser contrapuesto como freno á la revolución, sino que era la revolución misma; y de que si los países en que florece se han librado hasta hoy de las fiebres que se declaran en Francia, no es ciertamente á favor ó por causa del protestantismo, sino más bien á pesar del protestantismo. Se está haciendo, por otra parte, en esos países un trabajo de retorno al catolicismo, que no está exento de esperanzas y de humanos temores. Muchos disputadores protestantes acaban en ateos; y este fenómeno espanta á todo el mundo, aun á los que no se interesan nada por Dios para Dios, pero que preten-

den permanecer con respecto á él en los términos de una neutralidad comedida.

Y esta viene á ser la posición en que estamos nosotros los conservadores, partidarios decididos de la libertad de discusión mantenida dentro de límites prudentes. Descartado el protestantismo como fatalmente revolucionario, quedaba el cisma griego, que no significa nada, y la ley de Moisés, practicada por gentes excesivamente serias, pero detestables para la propaganda á causa de la poca simpatía que inspiran los judíos. Por supuesto, que no he llegado en mis investigaciones hasta Mahoma ni aun hasta Brahma. De este estudio aquí resumido ha sido el resultado la probabilidad, por no decir la certeza, de que sólo la fe católica es la que se conserva todavía sana, homogénea y capaz de suministrar un enorme poder de resistencia.

Hay en ella una organización admirable, que ciertamente no estoy yo lejos de mirar como sobrehumana. Si las sociedades secretas nos espantan, es porque han plagiado á los Jesuítas y han aplicado la gran teoría de la obediencia á sus fines de ciega destrucción. Necesitamos, pues, el catolicismo, es indudable, y sin embargo no podemos nosotros entrar en el catolicismo, porque repugna á la ligereza de nuestras costumbres y contradice á nuestro espíritu de empresa. He aquí un círculo vicioso, ¿qué dice usted de esto?

—Yo aguardo y escucho—le respondí.

—Muy bien; voy, pues, á concluir: Jesús es la abnegación, el sufrimiento, el sacrificio. Yo no sé si Lutero y Calvino eran egoístas, ni me importa gran cosa; lo que sé es que no querían obedecer ni sufrir, y yo par-

ticipo en este particular muy de veras de su vocación, y usted lo mismo. ¿Cómo haríamos para gozar de los beneficios de la ley de Jesús sin vivir mártires? A usted le parece esto imposible, ¿eh? Tanto más cuanto que he comenzado por establecer que la fuerza principal del catolicismo está en su maravillosa unidad, y cuanto que el pensamiento de introducir en esta unidad un nuevo cisma ó una nueva reforma no puede ocurrirle á un hombre razonable que desee conservar á esta unidad todo su poder para explotarle en su provecho. Nadie empieza por estragar ó embotar el arma de que quiere servirse...

No, nosotros somos más listos que todo eso. Nosotros acometemos un problema cuya dificultad tenemos bien medida. Nosotros no tenemos ningún derecho al título de cristianos: lo sabemos, y no ambicionamos semejante derecho; pero nuestros intereses de conservadores son, en muchos puntos, los mismos que los de la Iglesia, y sin incorporarnos á ella podemos vivir junto á la Iglesia en un estado de cordial neutralidad. La cuestión viene á estar en saber si ella tiene necesidad de nosotros, como nosotros podemos tener necesidad de ella. Ahora bien, nosotros creemos que es menester entenderse. Los tiempos actuales son tiempos de concesiones, de medias tintas, de justo medio; nuestro gobierno se llama la cuasi legitimidad, y nunca en otras épocas menos inteligentes hubiera osado la usurpación semejantes burlas; pero ahora todos estamos llenos de *casis*, de *punto menos que*, de *al poco más ó menos*, y esto nos permite vegetar. Sin embargo, el trabajo se va haciendo sin estrépito; los hombres y las

cosas cambian poco á poco. El elemento burgués tiene también su fuerza. Considere usted lo que va pasando. Aquí nos tiene usted ya mucho más lejos de los De-Maistre y de los Bonald que del diluvio. El liberalismo se ha introducido, si no en la Iglesia, á lo menos en los escritos y en los discursos católicos; se sube al púlpito y mezcla con las más elevadas y ardientes aspiraciones católicas, ideas que son primas carnales de las nuestras. Lamennais irá muy lejos si continúa corriendo; Lacordaire es un potro fogoso á quien el freno exaspera y que llegará á dar coces; Montalembert, hijo de los cruzados, admite muy bien las diferencias notables que existen entre el reinado de San Luis y el reinado de Luis Felipe.

En definitiva: el mundo marcha, y los que ven á Dios en todas las cosas no pueden ciertamente desconocerle en las cosas de este siglo. Nada se ha hecho sin él, y si él lo hubiera permitido, el buen Carlos X sería todavía feligrés de San Roque. Para el que mira bien los acontecimientos, el sentido de las palabras se amansa poco á poco hasta hacer nacer la idea de que Dios es práctico, y que no es imposible, por consiguiente, el concordar el libre examen, hábilmente manejado, con la abnegación, ni la diplomacia de los negocios con el sacrificio. ¡Palabras!

Entiéndalo usted bien: todas esas cosas serán de hoy en adelante puras cuestiones de gramática; tenemos la palabra y tenemos la pluma; y quizá se podrían aclarar, arreglar, aderezar, ya que no resolver, multitud de problemas tenidos por inaccesibles, con palabras, con nada más que palabras. ¿No hay en esto toda una filosofía?...

III

Mi primera velada en París y el almuerzo de casa de Duverdieux.

Ernesto Duverdieux calló, y parecióme francamente satisfecho de lo que acababa de decir. Hallábale yo más fuerte de lo que me había figurado; su lenguaje era de calidad pasable. No había nada que fuera precisamente nuevo para mí en aquellas consideraciones, que corrían ya desde hacía mucho tiempo por los papeles llamados liberales; pero encontraba yo que mi primo y patrón las dejaba caer de bastante alto. No predicaba ciertamente sobre la montaña; pero estaba por lo menos en un balcón de entresuelo, y esto basta para dominar á los que pasan por la calle. Por otra parte, él reconocía explícitamente la vaga necesidad de una alianza cualquiera entre las debilidades de su cálculo y la fuerza de la Iglesia, y—cosa rara, pero imposible de negar—mi fe en la potencia inmortal de la Iglesia subsistía poco menos que intacta, á pesar de mis desfallecimientos, en no sé qué rincón de mi espíritu.

Era, á la vez que un instinto, un recuerdo de mi familia cristiana. Mi primera comunión estaba tan lejos, que yo no la distinguía ya ni aun en confuso, pero la sentía todavía, y las cariñosas enseñanzas de mi her-

mano Carlos persistían, sin que yo me diera cuenta de ello, en un pliegue de mi conciencia enferma, como esos perfumes que se resisten obstinados en los dobleces de un vestido.

De ahí viene que aun en las épocas más malas de mi vida haya pasado yo siempre por católico. A pesar de mi larga indiferencia y de las oscilaciones de mi moral privada, no he escrito jamás una línea ni he pronunciado una palabra contra la religión, y el redactor en jefe de cierto periódico francmasón, donde publicaba yo mis novelas durante el Imperio, me decía: «Usted suda catolicismo y legitimismo».

Y era cierto, por más que yo hablara muy rara vez de lo uno y de lo otro. Estaba como impregnado de verdad aun estando siguiendo con miserable apatía los senderos ocupados por los obreros del error. Veía yo ya, ó mejor dicho, había visto desde la primera mirada que eché sobre la historia contemporánea, no solamente la mentira, sino también la inutilidad profunda y fatal de eso que se llama la revolución. Bastaba con interrogar, no á los libros parlanchines, sino á los hechos conocidos, para ver, con tal claridad que no deja lugar á duda, que sólo en vida de Luis XVI, si las concupiscencias por un momento combinadas de la Montaña y de la Gironda no hubieran tronchado aquella cabeza de martir, el *progreso* hubiera andado más camino pacíficamente y por sola la fuerza de las cosas, que lo que hemos andado desde entonces en cien años caminando con sudores de sangre y por entre desgracias terribles. El crimen no puede nunca servir para nada.

Esta frase: «Los principios del 89», es una frase vacía de sentido, como la mayor parte de las palabras que conducen y guían el mundo político. La fecha del 89 es doble. Hay el 89 de Dios, etapa necesaria en la historia y castigo providencial de un siglo corrompido hasta más allá de todos los límites; y hay el 89 de Voltaire, el enemigo del pueblo, el dependiente asalariado de Satanás. El primer 89 medicinaba á una sociedad enferma de peligro; el segundo 89 envenenaba á esta misma sociedad y la emborrachaba con alcoholes deletéreos, donde templaba por infusión la blasfemia del maestro saltimbanquis, que quería alimentar á los pobres con paja, y á quien los pobres sin Dios adoran como á un Dios bajo la fe de sus pedagogos, los enciclopedistas de taberna, que ganan la vida arruinando á la tierra por escupir al cielo.

Mi primo Duverdieux y su doctrina, á la vez superficial y muelle, halagaban al mismo tiempo lo poco bueno que quedaba en mí y los cálculos forjados por mi egoísmo ambicioso. Yo quería subir, aunque no sabía á qué. Perdíase la mirada de mis ojos en las sinuosidades de aquel camino mal trazado que se me abría delante, y seguramente pensaba yo marchar por él más de prisa y llegar más lejos que mi guía mismo.

Esta primera entrevista duró más de dos horas, y escasamente pronunciaría yo media docena de palabras en tan largo espacio de tiempo. Mi primo era de esos hombres que se escuchan cuando hablan, y ponen de muestra todo lo que tienen, sin tomarse el cuidado de aprender nada de los otros. Lo cual, por otra parte, es propio de todos los de su escuela: en cuanto creen sa-

ber algo se ponen á enseñar, y continúan enseñando cuando tienen conciencia de no saber. He conocido después acá cierto número de oradores de conferencias y de redactores de revistas, chapados por el mismo modelo, poseedores de un ligero fondo que no se aumenta jamás, pero que se exhibe y se extiende como el vino que dan en los colegios, de lo cual una sola cántara produce abundancia de cubas. Todo esto es precioso en las tiendas llamadas literarias. El industrial descarado que fundó, por aquel tiempo precisamente, la más célebre de todas las revistas doctrinarias, quería mucho á esta clase de personas, y las llamaba sus «rellenadores». Un escritor que sepa ortografía—decía él,—y pueda producir de un día para otro sobre un asunto dado una hoja impresa sin poner nada dentro, esto es, sin decir nada, es tan útil para una recopilación bien hecha, como el depósito de la borra en una casa de embalajes.

Se necesitan, en efecto, heno, ó paja, ó estopa, para acolchar los artículos de sensación. Un buen rellenedor de cauchú cuesta diez veces menos y vale diez veces más que un hombre de genio.

Dados los señores de que hablaba y el genio que tenían, el obscuro comerciante de sofismas podía muy bien tener razón. Algunos de ellos ya están muertos y hasta olvidados; otros duermen en la Academia, y otros continúan todavía sus pobres ejercicios en medio de la indiferencia con que se acogen las cabriolas sin soltura de clowns de demasiada edad. Todos pertenecen á la categoría de aquellos á quienes «Dios les hace burla», según expresión de la Escritura Sagrada.

Pero su escuela ha empollado huevos, puesto que hemos visto trabajar por turno al centro izquierdo, á la *Commune* y al oportunismo. En este mundo las cosas neutras engendran casi siempre el mal. El centro izquierdo parece estar bastante enfermo, la *Commune* se encuentra hecha un encanto, y el oportunismo, aunque lleno de reumas, la mira con buenos ojos, convidándola á comer Jesuítas en familia.

El *progreso* brota y va definitivamente á florecer. Dentro de poco podremos ver los frutos maduros del doctrinarismo. Ese culto de la falsa razón, de la moderación en el mal, del liberalismo mentiroso, de la conservaduría egoísta, de la conciliación sin caridad, de la tolerancia sin fe, del indiferentismo, en fin, en todos sus grados, sin alcance ni entusiasmo ni conciencia habrá producido de aquí á medio siglo lo siguiente, á saber: la falsa razón, una locura bestial; la moderación cobarde, una orgía de excesos furiosos; el liberalismo, la dictadura ó la anarquía; la conservaduría, la ruina; la conciliación hipócrita, una guerra intestina seguida con ciego encarnizamiento; la tolerancia, el ateísmo asesino; la indiferencia, el despertar convulsivo de todos los odios. Y por fin y cabo de todo, el conjunto de tan diversas delicias pondrá en movimiento una carmagnola extravagante, bailada sobre lagos de sangre, bajo el cañón quizá del extranjero, hasta la hora en que la patria se eche boca abajo ante el primer sable que aparezca, implorando con sollozos la tiranía de un rey gendarme que pueda cerrar la fiesta poniendo sobre ella el pesado tacón de su bota.

Aquel día el *Diario de los Debates*, cesando de can-

tar la *Marsellesa*, entonará sus antiguos cánticos y comenzará su primera sección *París* por esta leal profesión de fe: «Bien sabe todo el mundo que nosotros hemos sido siempre devotos de la bota y de su tacón...» Lo cual será la pura verdad, pues que este profeta mayor del doctrinarismo ha dado lustre liberalmente á todas las botas, antes de descarcañarlas todas.

Detrás de la mesa del señor Duverdieux, á la sombra de los cinco bronces, veíase una mesita en que no había nada más que una mano de papel rayado intacta y una escribanía erizada de plumas. Un taburete se escondía casi por entero detrás de la mesa.

—Aquí es donde usted ha de trabajar—me dijo el señor Duverdieux.—Si es usted de la madera de que se hacen los escritores, dentro de seis ú ocho meses sabrá usted presentar una cuestión de economía, y adornarla y acomodarla de manera que se le pueda servir al público en una revista seria. Yo no soy periodista, á Dios gracias, ni siquiera escritor de revista, pero me sirvo de la publicidad para exponer mis ideas. Como magistrado no necesito secretario, y mis trabajos del tribunal no se entenderán con usted, salvo en los casos de mucho apuro; pero soy miembro del comité directivo del Círculo de los Economistas, plantel de los hombres de Estado del porvenir, eclécticos ante todo, desnudos de preocupaciones, liberales, pero conservadores en política, en moral, en religión y en francmasonería. Franklin ha vencido el rayo llamándole á sí; Jenner ha vencido á las viruelas propagándolas; nosotros seremos la vacuna de la viruela social y el pararrayos de la tempestad de las ideas. Es un gran papel éste nuestro, que

ha de reportarnos honra y dinero. El joven á quien usted va á reemplazar aquí me comprendía bastante bien, lo cual no siempre es fácil, porque mi pensamiento se remonta á veces muy alto y descubre horizontes utilitarios que el vulgo no distingue al primer golpe. Desgraciadamente para él, tenía buena voz, y Urania es amiga de las artes hasta el extremo: ya me ha echado á perder varios discípulos. El predecesor de usted, en lugar de seguir la carrera que yo le facilitaba, se ha contratado de tenor en el mes pasado: va usted á oírle esta noche si Urania le lleva á usted con ella al teatro para que anote usted sus impresiones al vuelo. Siéntese usted en ese sitio, que es desde hoy el suyo, y redácteme usted como ensayo, lo mejor que usted pueda, las consideraciones que le acabo de exponer. Usted estará aquí como el pez en el agua, y no tendrá usted jamás ni un minuto para aburrirse. Son ahora las cuatro; á las cinco puede usted irse á comer, para lo cual acostumbro dar hora y media; de suerte que usted volverá aquí á las siete menos cuarto lo más tarde. Si Urania no le necesita á usted ni yo tampoco, tendrá usted la noche libre; no abuse usted de ella, pero no se prive usted de nada por escrúpulo ó por abstinencia. El hombre inteligente obedece á dos leyes, una de las cuales se refiere á su salud, y la otra á su bolsillo. Este axioma no contraría á ningún Evangelio. En ocho días le habré yo á usted juzgado y sondeado, y entonces hablaremos seriamente del sueldo que usted ha de ganar.

Cogió el sombrero y se fué, dejándome aturdido, contrariado, casi triturado. No sé por qué, precisamen-

te en aquel momento me ocurrió la idea de que la cabeza de mi primo Duverdieux estaba vacía como una nuez vana; y en cuanto al corazón, no había podido describir ni rastro de él en su conversación verbosa. Se me tomaba enteramente por un criado, y además iba á tener dos amos, debiendo servir al uno de escribiente; á la otra, de paje. No me convidaban á comer ni siquiera el primer día, lo cual marcaba de una manera descortés mi posición de sirviente.

Entonces fué ya cuando me sentí desterrado en un mundo desconocido y antipático, en donde habría de estar aislado seguramente, y quizá considerado como enemigo. El recuerdo de mi verdadera familia me oprimió el corazón con súbita violencia. Entonces torné á ver nuestra pobre casa y los corazones tiernísimos que moraban en ella. ¿Qué estarían haciendo mi madre y mis hermanas? ¿Hablarían de mí?... Viniéron-me ganas irresistibles de llorar; mas no eran buenas todavía aquellas lágrimas, porque nacían de mi orgullo herido y de mi despecho.

Las enjuagué bien pronto, avergonzado de lo que yo dentro de mí llamaba mi debilidad, y me senté en el antiguo taburete del tenor, que iba á ser de allí en adelante mi sitio. Comencé en seguida á escribir por ahuyentar mis impresiones, hartamente penosas. A lo primero escribía al correr de la pluma, pues la tarea era para mí muy fácil; positivamente estaba yo tan fuerte como mi primo, ó mejor dicho, tan débil. Mas luego me paré al cabo de una veintena de líneas, porque se apoderaba de mí una inquina sorda. Estaba siendo ya de oposición sin darme cuenta de ello todavía. ¡Me

alojaban en un cuarto como de una criada, á mí que era pariente! ¡Y siendo pariente me mandaban á comer á un tabernáculo desde la tarde de mi llegada! Las consideraciones de Duverdieu me parecían necias, ridículas y despreciables á través de aquella doble afrenta. Tuve deseos de pulverizarlas, pero ¿dónde me refugiaba si él me despedía?

La prudencia medio me contuvo. Con todo, sin ceder por entero á mi deseo hostil, no pude menos de llamar á derecha y á izquierda de mi «redacción» á esas dos colosales potencias por entre las cuales pretende deslizarse el estrecho sendero de los economistas: á Dios y al diablo. Conocía bastante bien la Iglesia por las antiguas lecciones de Carlos, y conocía quizá mejor todavía, gracias á la vagabundería de mis lecturas, las teorías de la reivindicación socialista, que, después de haber pasado por delirios monomaniáticos, comenzaban á afirmarse esueltamente. Carlos Fourrier había ya fundado la *Falange* y resumido en ella el esfuerzo sofisticado que venía estirando desde el reinado de Napoleón I; Víctor Considerant y madama Gatti de Gamond estaban casi de moda. Por otro lado, los Sansimonianos, ridiculizados como secta, hacían individualmente mucha fortuna. Agustín Thierry estaba con ellos; tenían también á Augusto Comte, Olinda Rodríguez y el Padre Enfantin, toda gente de industria y de egoísmo resuelto, que estaba llamada á probar al mundo, por medio de sus discípulos los Pereires, no ciertamente el valor moral de su dogma ó su eficacia para mejorar la suerte de los proletarios, sino la fuerza sorprendente de la mecánica mercante que mane-

jaban, aplicándola sin escrúpulo al monstruoso enriquecimiento de la judería.

No se vaya á creer que los agentes de la Commune en 1871 hayan inventado nada de nuevo; como ni tampoco los manipuladores de los congresos obreros de hoy día, que pasean sus pretendidas novedades por toda Francia, negando el alma á gritos y convidando para un porvenir próximo á un festín de caníbales en el que la burguesía incrédula será la que pague todos los gastos. Los congresos obreros la toman con los curas para dar el cambio, así como el oportunismo persigue á los religiosos para halagar á los congresos obreros. Es una simple lucha de hipocresía entre los radicales hartos y los radicales hambrientos. Los congresos obreros saben muy bien que mienten cuando hablan de la opulencia del sacerdote; la verdadera caza para ellos es el *millón*, y ellos saben perfectamente dónde está el millón.

Fingen aferrarse en sus antiguos odios contra los conventos, las casas rectorales y los palacios de los nobles; pero todo esto está notoriamente empobrecido desde hace tiempo; el millón no ha estado nunca entre los Jesuitas, diga lo que quiera la leyenda imbécil, y no está tampoco en el barrio de San Germán. La calzada de *Antin* y la calle del *Sentier* se han apoderado de él con la ayuda de los principios del 89, que jamás han servido para otra cosa. ¡Al millón, al millón!

La banca, la industria, el comercio, son el millón. Cuando el comercio, como hemos visto desde hace algún tiempo, cuando la industria, cuando la alta banca se hacen ateos por unanimidad, por cobardía, por se-

guir al oportunismo en su campaña extravagante, por mezclarse en el movimiento, por aparentar compasión ó simpatías hacia el proletariado, que parece haberle llegado su hora feliz y que les acecha con ojo codicioso, le alta banca, el comercio y la industria se cogen los dedos, como vulgarmente se dice. Ellos son el millón, ellos son lo que aguza el apetito de los congresos obreros; en cuanto el reloj suene marcando el instante de la comilona universal para los que de verdad han tenido hambre y sed por largo tiempo, los convidados, en mangas de camisa, dejarán á un lado á las monjas escuálidas, á los curas de bolsillo exhausto por la caridad, y aun quizás á los nobles, viejas reliquias de una era pasada, para arrojarse sobre el mismo millón en carne y hueso, es decir, sobre la banca gorda, sobre la industria obesa, sobre el comercio apetitoso de puro grueso, y sobre toda esa gordura del oportunismo trufado de apostasías, de cobardías y de obscenidades.

Antes de poner todas estas aves en el asador, se las desplumará; y durante la operación se las permitirá gímotear un *mea culpa* tan tardío como inútil.

Entre el pobre que posee la fuerza bruta, y los millones, que son cobardes y carecen de toda fuerza, no habrá más que una barrera: Dios, que es obediencia, resignación y caridad. Los millones han desconocido á Dios: su codiciosa y violenta y trémula tartufería ha clavado á Dios en la cruz; ya no hay barrera: bien hecho. El pobre pasa por la brecha que el mismo millón le ha abierto; el pobre sube como una marea; el pobre come del millón y se burla del millón comiéndole...

Todo esto es Justicia, no por lo que respecta al pobre, que será castigado después de haber devorado; pero por lo que respecta al millón, nacido casi siempre del fraude y muerto en la vergüenza de su cobarde traición.

Caerán curas en esta orgía de venganza ciega, no digo que no, porque el millón ha engañado al pobre, y su dedo impío ha señalado al cura para el sacrificio, acusándole de estar nadando en oro. Y por otra parte, hacen falta víctimas puras para aplacar la cólera del cielo; pero mientras los engordados con la usura medirán con horror la implacable sima de la eternidad en que se hundén, el mártir, rogando por sus verdugos, emprende el vuelo hacia la gloria, y así cada uno será pagado según lo que sus obras han merecido.

En la época de que hablo, estas cosas grotescas y trágicas á la vez no existían sino en estado de delirios ó pesadillas; pero hay locos lúgubres que son profetas para el mal. Entre los que entonces divulgaban el *Contrato social* en paráfrasis ineptas, ninguno tenía ni una chispa del genio enfermo de Rousseau; pero detrás de ellos se alzaba el fantasma del 93 como prueba de que entre nosotros todo desvarío, toda pesadilla es realizable, y de que en ciertas horas malditas el pueblo más valeroso y más espiritual de la tierra puede echarse boca abajo ante la feroz tiranía del ateísmo.

La historia tiene enseñanzas para la muerte como para la vida: anima y alienta á la mentira casi tanto como á la verdad. El 93 parodiado por la *Commune* será la inmortal esperanza del hombre-mono, á quien la «ciencia» moderna ha enseñado sus bestiales orígenes, mostrándole que su destino es el del puerco, go-

loso de trufas y de inmundicias. Dios quiere la prueba hasta el fin de los tiempos, y tolera en cierta medida los esfuerzos de Satanás.

*
* *

Escribí hasta las cinco, redactando á mi manera la disertación del Sr. Duverdieux, y á las cinco, en vez de irme á comer, como tenía derecho á hacerlo, continué escribiendo. No sentía cansancio. Y no era un resumen lo que hacía, sino más bien una amplificación, abundando aparentemente en el sentir de mi modelo, pero dejando ver, por una parte, la imposibilidad de engañar á Dios apoyándose en la Iglesia sin tener obediencia; la nada de las tendencias llamadas liberales, camino resbaladizo donde excelentes almas tropiegan desde el primer paso contra los aplausos interesados del mundo, contra la tentación de servir á dos señores... de suerte que el libro tan ensalzado de tal escritor elocuente y cristiano (al poco más ó menos), el sermón tan aplaudido de tal fogoso predicador, arrebatado por el torbellino de la palabra, por el deseo de asombrar, por la inconsciente é irresistible pasión de agradar á las turbas, no pueden jamás comprometer á la Iglesia, que no tiene ni pasión ni vanagloria, y que cercena si es necesario á los más elocuentes si se extravían, como el jardinero aplica la podadera á las ramas perjudiciales, cuando estos mismos elocuentes, después de haber pecado, no detestan públicamente su error— y por otra parte, mostrando por medio de los ejemplos, que mis lecturas me suministraban en abundancia, las

consecuencias posibles de los pretendidos principios, sirviendo de punto de partida á las teorías de la escuela á que mi primo pertenecía.

No creo que aquel trabajo, hecho de prisa, tuviese valor serio; pero no tuve tiempo de volverle á leer. En el momento en que garabateaba la última línea entreabrió la puerta M. Roblot, el importante ayuda de cámara, y me dijo:

—La señora no le necesita á usted esta noche.

Puse mis cuartillas escritas sobre el papel blanco, porque mi mesita de escribir no tenía cajón, y salí de casa con un poco de disgusto de no acompañar á mi prima al teatro, pero contento de tener puesto mi mejor traje para afrontar las aventuras de mi primera velada libre en París.

*
* *

Las siete daban en la iglesia de San Luis de la Isla cuando yo bajaba la escalera del Sr. Duverdieux. Hacía buen tiempo y mucho calor. Tuve primero idea de ir solo á la Comedia-Francesa, donde representaban aquella noche una obra de Casimiro de la Vigne, pero el muelle que seguía me condujo al puente que va á dar á Nuestra Señora, y entré en la Cité, donde me entretuve dando vueltas alrededor de la negra Catedral, cuyos elevados pináculos doraba todavía el sol poniente. Se acababa de publicar la novela de Víctor Hugo, y tenía llena de ella la cabeza. Estuve allí mucho tiempo admirando la maciza ligereza de sus dos torres iguales, gigantescas hermanas cuyos detalles vino poco á poco

á bañar el crepúsculo vespertino. Mentiría si dijera que mi pensamiento se elevaba hacia Dios; no pensaba más que en mí mismo y en lo que yo llamaba «mi destino».

Quería yo vivir sobre la tierra; las cosas del cielo no me inquietaban. Estaba en París, la ciudad fantástica que había flechado sobre mí, á través del espacio, las promesas de su sonrisa, que me había llamado, atraído, arrastrado; abordaba al fin el campo de las misteriosas batallas que mis sueños de niño impaciente aguardaban. Todo era vago en mis deseos bulliciosos; pero todo aparecía velado de espesas brumas. Deseaba yo todo lo que se puede desear en materia de éxitos y de gloria; pero no habría sabido decir todavía con precisión: quiero esto ó aquello. Mi ambición, tan incierta como codiciosa, estaba en estado de crisálida, sin ojos y sin alas y cegada por la borra del capullo.

Son raros en el mundo los que saben lo que quieren, y son los muy pequeños ó los muy grandes. Yo no era ni grande ni pequeño, tenía la talla de todo el mundo; pero seguramente hubiera promovido querrela contra cualquiera que me hubiese hecho la injuria de medirme así; tenía yo convenido conmigo mismo que en la vida me haría lugar entre los fuertes: estaba decidido.

Ante la magnífica enormidad del templo, que las sombras envolvían y agrandaban, no pensaba en Dios, lo repito, y me sería difícil decir á punto fijo en qué pensaba. Estaba en París. Se había levantado el telón sobre el drama de mis futuras luchas, del que se había representado ya la primera escena. ¿Debía yo mirar á Duverdieux como uno de los escalones vivos de que pensaba servirme para escalar la fortuna? Había en él

dos hombres: el funcionario que vivía de su empleo, y el especulador intelectual que buscaba fuera de su empleo las ganancias de su juego principal y de su verdadero comercio. Era un talento de tercer orden, ó de cuarto, y yo me consideraba muy superior á él; pero tenía sobre mí la gran ventaja de poseer una posición y probablemente alguna influencia. Por contrapeso, yo estaba libre y él tenía un lazo que le sujetaba. Yo podía seguir mis impulsos, mis entusiasmos libremente, á carrera tendida, lo cual á él le estaba vedado.

La noche cerraba del todo; yo dejaba á Nuestra-Señora anegada en la sombra, y atravesaba el otro brazo del Sena para dirigirme hacia el barrio latino, adonde llegué bien pronto sin haber tenido que preguntar á nadie. Mis reflexiones continuaban, y mientras que mis pasos seguían muy derechos por las calles que suben al Odeón, mi espíritu perambulaba, incierto y vagabundo, mucho más allá de lo que alcanzaba la vista. Debo confesar que no había en el fondo de mi meditación nada más que palabras más ó menos sonoras: «combatir, sufrir, arriesgarlo todo á la primera probabilidad favorable». La cuestión de saber á qué iba á aplicarse mi heroico esfuerzo apenas me ocupaba. Estaba en París, y esto me satisfacía; el entretenimiento confuso que tenía conmigo mismo me encantaba positivamente y me apasionaba. Sentía impulsos de cantar y de parar á la gente en la acera para desahogar mi triunfo interior, que me inflaba como el viento infla una vejiga.

Recuerdo que en la calle de San Jacinto y San Miguel sentí apetito á pesar del enfadoso recuerdo de

las salchichas de la diligencia, bastante vivo todavía para alejar de mí toda idea de entrar en un restaurant; compré un panecillo en una panadería, y una libra de ubas á un vendedorcillo, que las llevaba en un carrito de mano, y sin interrumpir mi paseo hice mi primer festín dentro de los muros de París. El pan estaba tierno, las ubas agrietas; entre todo me había costado doce suses, y luego advertí que me sobraba la mitad, de donde deduje que con aquella cantidad, dividida en dos, seis suses para el almuerzo y seis para la comida, podía vivir como un príncipe en París, reemplazando las ubas, según la estación, con unos higos ó un poco de queso.

Y no vayáis á creer que esta niñería fué un pensamiento vago, como mis sueños sobre el porvenir, no; aquí se trataba de números; yo pude seriamente establecer mi cálculo, que me llenó de alegría tranquila é hizo nacer en mí la agradable certeza de que estaba en realidad al abrigo de toda contingencia. Con veinte francos podía vivir todo un mes, y vivir bien; lo cual importaba doscientos cuarenta francos al año; tenía yo, pues, en el bolsillo lo menos dos años de buena comida. Ahora bien: en el caso en que Duverdieux se portara mal, ¿no era ésta una seguridad admirable? Y en dos años, ¿qué raras fortunas no reserva París á los que pueden esperar así tranquilamente?...

Luego saludaba de lejos las galerías del Odeón, que era ya entonces la feria de los malos libros, y el hotel Corneille, célebre en provincias como refugio de estudiantes camorristas... Llevaba mi objeto: volví á la izquierda en la calle del Infierno, y seguí la cerradura

mal conservada del jardín de Luxemburgo. Este barrio, ahora tan esplendoroso, era entonces uno de los más negros y más pobres de la ciudad; pero gracias á un viejo plano, circundado de malísimas estampas, que estaba colgado desde hacía muchos años en la oscura calleja donde tenía yo mi cama, sabía que la calle del Infierno me conducía al Observatorio, y que á la derecha, volviendo hacia el bulevar, encontraría el famoso pandemonium del barrio de las Escuelas, la Gran Choza, cuya descripción había leído tantas veces en mis libracos del gabinete de lectura. Y á la Gran Choza iba yo sin apenas habérmelo propuesto.

Todo pasa en este mundo perecedero; la Gran Choza, que estaba entonces en todo su esplendor, cayó en desgracia pocos años después y fué remplazada por la Alquería de las Lilas, otra feria del mismo género, pero un poco más elegante. En aquel tiempo en que florecían las montañas rusas y los columpios mecánicos, los «escolares», como se titulaban los estudiantes de la facción romántica, no trataban todavía de socialismo ni aun de ateísmo; en materia de cantos nacionales no conocían apenas más que el *Larifla, fla fla*. Entré yo en su ventorrillo mediante una moneda de diez suses, y miraba aquel pobre y villano recinto con cierto respeto. Había una sala de baile medianamente alumbrada, y una orquesta bastante desafinada, pero se divertía uno allí lo mejor que podía, ó por lo menos lo procuraba, pues la animación faltaba por completo, aunque no la desvergüenza.

Todos aquellos estudiantes parecían buenos muchachos, y las señoras estudiantas, generalmente de más

edad que ellos, bailaban con frecuencia tapándose la cara con el pañuelo, ejecutando con tristeza tal cual paso más que atrevido, que la guardia municipal vigilaba sonriéndose.

He visto después en el barrio de los Campos Eliseos la «Gran choza» de los ciudadanos diputados y senadores, que se llama el baile Mabilie. Este está mejor alumbrado y es más indecente; bien que en este festín de las alegrías financieras y políticas, las damas, mejor pintadas y menos pobremente adornadas, suelen ser conducidas por viejos chochos. Sería muy curioso un libro que se podía escribir sobre el aburrimiento profundo é incurable que sopla como una ironía á través de los placeres de París. Con el trabajo que ciertas gentes se forman para combatir este aburrimiento podrían moler muchos molinos.

No era esta ciertamente mi opinión, sino otra bien diferente, la noche de mi llegada. Era yo un idólatra de París desconocido, que se iluminaba para mí con todo el prestigio de mis lecturas. Los libruchos frívolos y los periódicos de ingenio no son sino un eterno prospecto de los goces parisienses confeccionados para los papanatas por los papanatas. Esta literatura se engaña, y engaña con necias elocuencias. Yo tenía el buen deseo de encontrarlo todo encantador, y la necesidad de admirarlo todo, como la noche en que más tarde vi declamar por primera vez los versos de *Hernani*. Las alegrías asmáticas y los énfasis juveniles rabiosos tienen entre sí más de un punto de semejanza independientemente de la condición de su sér, que les es común, y que consiste en este hecho principal:

la encaprichada complicidad de los compradores con el vendedor. Hay estupendos éxitos políticos que no tienen otro origen, y tal cual pobre hombre de Estado ha vivido los escasos días de su voga efímera dejando hervir completamente sola el hambre canina de su pobre clientela. *Asinus asinum...*

El grito de sublime misericordia lanzado por Jesús muriendo en la cruz: «Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen», es la expresión de la verdad eterna. En el inmenso rebaño que nuestros fariseos conducen nadie sabe lo que hace, ni los pastores, ni los perros, ni los borregos.

Estuve allí como una media hora, antes de confesarme á mí mismo que hubiera querido más estar en otra parte. No me ocurría la idea de mezclarme en la danza, ni de sentarme ante una de las mesas del café, pero miraba no sin un poco de envidia toda aquella gente que aleteaba, y saltaba, y se escurría, y circulaba, y fumaba, y bebía. Mi forzada abstención me pesaba como una inferioridad, y aunque en vano hubiera buscado una mujer hermosa entre los rostros desvergonzados que hormigueaban en mi redor con trajes llamativos, me obstinaba en encontrar á aquello «cierto carácter» y me decía sin creerlo demasiado:—Es curioso esto; volveré.

Aquel día estaba yo de verdad muy cansado para hacer mi entrada en el mundo. Esta excusa me daba el derecho de marcharme, y cuando iba á usar de él me encontré cara á cara... ¿con quién diréis? Apostaría doble contra sencillo á que no lo adivináis... Con mi prima la musa, con madama Urania Duberdieux. Difi-



cilmente habré experimentado más desagradable sorpresa en mi vida. Mi primer movimiento fué volver la espalda; pero ella me había ya reconocido, y con aquella voz armoniosa y delicada que cuadraba tan mal con su pesada estructura, me dijo sin turbación ni sorpresa:

— Buenas noches, amigo Juan. Casi esperaba yo encontrarle á usted aquí.

No me pasaba á mí lo mismo ciertamente con respecto á ella, y bien debió de ver hasta qué punto estaba yo asombrado, porque dejó el brazo del caballero con quien iba (un viejo de cabeza de estopa, muy canoso, con el pelo largo y espantado), para acercarse á mí. Con ellos estaban dos estudiantes con la pipa en la boca, uno flaco, muy alto y muy rubio, peinado á lo sauce llorón, y otro rechoncho, de muy mala facha, con las manos hundidas en los grandes bolsos de un pantalón de húsar, la cabeza crespa coronada con una bofna blanca sucia, y el rostro barbudo como un cepillo de los de cazar las arañas en el cielo raso. Estas tres personas se pusieron á mirarme curiosamente, y entendí al barbudo que preguntaba á los otros dos:

— ¿Ese es también de acá?

Urania me cogió el brazo sin ceremonia, y me dijo bondadosamente:

— Esto, para usted, es de su edad, y no hay en ello nada malo: Yo por mí no estoy aquí para bailar. El apostolado tiene sus exigencias. No hable usted nada con Ernesto, que conoce mis trabajos, es cierto, pero que quizá encontraría mal escogido el lugar de nuestras reuniones, por más que no estemos el baile y nos-

otros bajo la misma llave. Va usted á ver de lo que se trata. Tengo en ello empeño, y le invito á usted para que no se tome el trabajo de adivinarlo.

En seguida se volvió hacia sus compañeros, para añadir:

—Señores, les presento á ustedes mi nuevo secretario.

—Pero ¿es de los nuestros?—volvió á preguntar por segunda vez el rechoncho.

En lugar de responder, Urania continuó, designándome los con la mano:

—Tres de nuestros más encantadores poetas modernos: León Bousignol, de la Academia de Béziers; el señor vizconde de Marteau, laureado de Tolosa, y Pedro Contentin, autor del *Río de Lágrimas*.

Bousignol era el viejo gris de cabeza de estopa. El vizconde era el barbudo rechoncho y crespo, y Pedro Contentin era el sauce llorón. Nos saludamos: Bousignol, de la Academia, me tendió la mano diciéndome en tono bondadoso:

—El secretario de nuestra amable presidenta no puede ser para nosotros más que un amigo.

Contentin aprobó melancólicamente con la cabeza, y el barbudo concluyó:

—Entonces es de los nuestros.

Esto fué para mí como un diploma de admisión en la Sociedad de los poetas franceses, de que Urania era la reina.

—Amigo Juan — me dijo ésta, no sin solemnidad,—va usted á asistir á nuestra sesión en calidad de miembro adjunto; bien entendido que no será usted

titular sino después de haber formulado petición y sufrido las pruebas. Marchemos, señores, que estamos ya retrasados.

Volvió á coger el brazo de Bousignol y dimos vuelta al edificio que servía de café, para entrar en una especie de soportal vecino. Nos encontramos luego en una pieza bastante grande, donde había cuatro ó cinco filas de banquetas ocupadas por una veintena de «poetas franceses», hombres y mujeres. No estaba prohibido fumar. Me senté, puesto que era ya «de ellos», entre Contentin y el crespo, y me puse á examinar la sala. Había un estrado con una mesa de tapete verde y tres sillones. Urania se sentó en el del medio, teniendo á su derecha á Bousignol, y á su izquierda á una señora de edad que llevaba una cofia de terciopelo encarnado sobre sus cabellos blancos, cortados en forma de brocha. Aquello era la oficina. La señora de edad, vicepresidente, era nada menos que Atala Mormichel, autora del poema *Eva*, que tenía setenta y dos cantos. Su familia la hacía encerrar de tiempo en tiempo como loca, pero no era mala.

La poesía está muerta, según se nos viene diciendo hace años, y muchas gentes se duelen de la catástrofe. Apenas nos habíamos sentado cuando el rechoncho me dijo muy bajito:

—Yo he entrado aquí por causa de madama Choquet, aquella que está allá atrás mondando una naranja; pule arrogantemente la cantata, y esto es un poco de mi género; pero se está mejor en la *Concurrencia*, á causa de los refrescos, que allí los paga la Rusa. Aquí es una ruindad, no se sirve nada.

Le pregunté lo que entendía por la *Concurrencia*, y aprendí que era otro santuario poético abierto en la calle de Laharpe, en casa de un sombrerero cuya mujer había hecho una tragedia. La Rusa que pagaba los refrescos era, por supuesto, princesa, como todas sus compatriotas, y celadora de la emancipación de las damas. Además cultivaba la canción amorosa y fundaba religiones...

No, por cierto, la poesía no está muerta; la guitarra de Orfeo es verdad que no hace ya bailar á los morrillos; pero á la hora en que escribo encontraréis todavía en París una increíble cantidad de esos templos mal iluminados, oscuros, consagrados al culto de la rima; las personas del bello sexo están en ellos siempre en mayoría, y de ellos es de donde salen las ciudadanas superiores á la ortografía y á su sexo, que reivindicán para las musas el derecho de ser electoras, diputadas, *senatrices*, académicas ó *miembros* de cualesquiera otras corporaciones.

Por mi parte, yo no vería en ello inconveniente. Las locas no son más locas que lo que son de locos los locos, y yo quisiera que hubiese en la Cámara algunas de esas convulsionadas cuando se nos va á votar la ley del divorcio, por ejemplo. El melodrama político que se representa en redor nuestro no contiene en sí ninguna verdadera alegría... ¿Por qué no introducir en él la farsa? Esto prolonga á veces la agonía de las obras silbadas.

La Sociedad de poetas franceses situada en la Gran Choza se llamaba la «Alianza de los Poetas Modernos». Había además, según decía el rechoncho, otros tres ó

cuatro parnasillos en el barrio Latino solamente, sin contar el salón de los señores Gagne, que se hizo tan célebre durante el mando de Napoleón III, y la «iglesia» del Mapah, donde se rimaban curiosos ditirambos en honor del alma concentrada, que era á la vez mamá y papá, padre é hija, hijo y madre, tío y sobrina, tía y sobrino... No, no; la poesía no estaba muerta entonces, y la poesía está también ahora muy bien de salud. Apostaría yo á que tenemos *intramuros* más de cien capillas desconocidas, y casi otras tantas *extramuros*, dedicadas á ese prolijo idiota á quien los «poetas franceses», los «poetas modernos», los «poetas del porvenir», montañeses desalentados del Pindo, rivereños constipados del Bermejo, llaman sin reirse su Apolo. La rima es pobre, pero es dura de morir; cuando se os anuncie que agoniza, no os pongáis de luto: la vanidad es inmortal.

Alguien ha escrito á propósito de los clubs esta verdad profunda: «Todo tartamudo tiene necesidad de pronunciar un discurso». Según este principio, es evidente que toda criatura humana incapaz de escribir en prosa tiene necesidad de hacer versos y de publicarlos. De aquí las sociedades parnasianas, destinadas á servir de exutorio á la plétora de presunciones reconcentradas. Los ahogados esperan de ellas un soplo de aire; los extinguidos, un poco de luz, y los que abren tales oficinas agitan uniformemente delante de su quejumbroso rebaño una esperanza embriagadora, el sueño de verse impreso...

La sesión se abrió con una alocución de la presidenta Urania, que á la verdad no hablaba del todo mal, y

á quien lo dulce de su voz hacía que se la escuchase con gusto. Supe en seguida á lo que llamaba ella su «apostolado». Todo el que abre la boca en público tiene que proclamarse consagrado á alguna cosa: Urania Duverdieux, mujer de mundo, poetisa provista de un editor (que ella pagaba), se había consagrado á la obra de hacer penetrar el *arte serio* en lo más profundo de las selvas latinas, patria del placer un poco salvaje. No era en manera alguna intolerante; por el contrario, no despreciaba en principio ni la danza desgredada, ni los jarros de cerveza, ni ninguno de los demás goces que se daban allí; pero quería introducir una divinidad nueva en el «templo de la juventud»: el ARTE, en el gran arte que resucita las almas.

Verdad es que no tenía ella el gran arte en el bolsillo; lo que cantaba era fofo y aprendido de memoria, como las tiradas de Ernesto Duverdieux, su marido, pero creía en su cetro con cascabeles, declamado y pregonado con una fe tan robusta, que á mí mismo me contagié por algunos instantes. Me dieron ganas de reír al reconocer al final lo absolutamente vacío de tantas frases inútiles reunidas para llegar á esta conclusión insidiosa: «Que todos los miembros de la Sociedad de poetas franceses verían al fin sus lucubraciones impresas si consentían en sufragar los gastos de un órgano especial del que Urania sería la redactora en jefe, y León Bousignol el director gerente».

Se la había aplaudido fuertemente hasta este momento, en el que hubo un frío muy marcado en las banquetas. Los «poetas franceses» detestan la cuestión del dinero, cuando es dinero que hay que dar; y el re-

choncho hizo observar á media voz que la *Concurrencia* también fundaba un periódico, pero con los rublos de la Rusa.

León Bousignol pidió la palabra en el acto. Evidentemente había sido profesor en alguna parte. Declaró en frases abundantes y floridas, aunque un poco marchitas, que estando ya reunidos, ó poco menos, los fondos para el *Tyrteo*, órgano de la joven Francia poética, la oficina no necesitaba de nadie, y sólo por un sentimiento de fraternidad, la honorable presidenta había querido invitar á todos á participar de las ventajitas que corresponden al accionista fundador. Y los que rehusaban sembrar no tendrían en definitiva sino un derecho muy contestable á los provechos de la cosecha.

Reinó el silencio, durante el cual la música rabiosa del baile hizo irrupción en la sala, y Atala Mormichel se levantó para declarar: 1.º, que ella suscribía cinco acciones del *Tyrteo*; 2.º, que ella iba á leer un fragmento del canto sexagésimo tercero del poema *Eva*. Las banquetas aplaudieron y se desocuparon, pero los que iban ganando la puerta volvieron sobre sus pasos á la voz del vizconde rechoncho que decía:

—No tengáis miedo; ya está ahí la familia.

En efecto: un grupo de tres señores, un primo de Atala y dos de sus sobrinos, entró sin escándalo, y subió al estrado.

—Vamos, querida — ordenó el primo, — vente á acostar.

La pobre vieja musa de la cofia de terciopelo encarnado volvió á enrollar dócilmente su inmenso manuscrito, y se dejó conducir como una niña.

—Cuando tengamos la publicidad del *Tyrteo*—dijo Urania,—París y las provincias conocerán la opresión de que es víctima nuestra venerable vicepresidente. ¿Alguno desea un turno de lectura?

Todo el mundo había vuelto á la sesión; todo el mundo abrió la boca á la vez, y yo pude medir la importancia del «apostolado» ejercido por Urania Duverdieux. El turno de la infortunada Atala, mártir de su familia, fué repartido entre cinco ó seis inspirados jóvenes de uno y otro sexo, que sucesivamente subieron al estrado y nos leyeron cosas harto graciosas, tan pronto cómicas como trágicas y siniestras.

No hubo nada muy malo, ni nada muy bueno; todo estuvo á un nivel, en el que Tarquino apenas hubiese encontrado alguna columna bastante alta que desca-bezar. La patria francesa no tendría probablemente vital interés en ver publicadas aquellas composicioncillas mediocrementemente pulimentadas; pero debo confesar que una canción mitad báquica, mitad polaca, declamada por el crespo vizconde, tenía francamente sabor al terruño latino y contenía audacias bastante originales. No tuvo éxito; sólo yo fui á cumplimentar al barbudo, que me respondió:

—En la sociedad de la Rusa, cuando uno acaba le dan de beber;—y volvió á encender su pipa.

Urania leyó un simple soneto, que fué muy aplaudido. Sabía ella perfectamente el oficio, que consiste en probar que los lagos están muy bien al pie de las montañas; y por otra parte, el soneto desde Boileau ha gozado siempre de distinguido favor en las solemnidades parnasianas, lo cual se debe, sin duda, á que

este piadoso cáliz no puede jamás prolongar el suplicio del auditorio más allá de sus catorce versos.

Urania levantó la sesión alrededor de las diez, y me ofreció un sitio en su coche para volverme á casa. Ibamos solos, pues León Bousignol vivía al lado del Observatorio. Urania me pidió en seguida mi opinión sobre la velada, y se la di de tal manera que la encontró muy agradable.

—Ernesto y yo—me dijo—tenemos cada uno nuestra misión, y no nos estorbamos uno á otro; es ésta una condición bien necesaria en las familias que hacen vida intelectual. Yo tengo el dominio del arte; él se encierra en sus estudios filosóficos; pero estamos unidos en un pensamiento común de expansión, de eclecticismo y de moderación. Le hago un poco de misterio (esto para gobierno de usted) de mi apostolado en el barrio de los Estudios. He establecido mi cuartel general en el corazón mismo de la salvajería. El arte colonizará esas pampas, donde las semillas, apenas nacidas, prometen ya una espléndida y abundante cosecha.

¡Deje usted que aparezca el *Tyrteo*, dieciséis páginas en octavo mayor, de las que doce serán para la poesía, con el retrato grabado de algún poeta en cada número!... Bousignol tiene diez años demás; yo quisiera suprimir las pipas y aclimatar el cigarrillo, pero no me gusta hacer nada bruscamente. Usted tiene allí un papel importante si quiere. Ensaye usted hacer una ligera reseña de la sesión, sin hablar de la pobre Atalanti de mí...

Llegamos á casa. Subí á mi guardilla y traté de recordar un poco. Me refa yo solo al acostarme á la luz

de la luna, porque se me había olvidado comprar una caja de cerillas.

La pareja Duverdieux me parecía cómica del todo. ¿Qué había que esperar para mí en aquella casa en que el marido y la mujer se ocupaban con gran seriedad en manipular pensamientos ambiciosos que me parecían puros juguetes?

Dieron las once en el reloj de San Luis de la Isla, y ya iba yo cerrando los ojos cuando llamaron á mi puerta. Miré y ví una línea de luz que marcaba el dintel. Como tardaba yo en responder, creyendo que sería alguno que se habría equivocado, una voz, la propia voz de Duverdieux, me dijo con mucha dulzura.

—Soy yo, querido primo; ¿duerme usted?

Salté de la cama y abrí la puerta. Ernesto entró en bata con su palmatoria en la mano.

—Vuelva usted á acostarse—me dijo;—no juguemos con los reumas, que impiden de trabajar. Está usted sólidamente constituido, caramba. No me pesa el haber tenido ocasión de conocerlo *de visu*; eso hace falta para la lucha. Esta noche hemos tenido una sesión importante en el Círculo; el momento de obrar se aproxima. Cuando vine, he querido revisar el trabajo de usted, que encontré sobre la mesa. Es frondoso, pero un poco tierno. Hay en él mucho de usted, y no hay bastante mío; usted alega allí por su cuenta, aparte de mis ideas, y á veces contra mis ideas. Tiene usted algún talento, pero entre malezas; necesita usted ser dirigido, peinado y podado; yo me encargo de eso. Cuando acababa de leer sentí entrar á Urania. Me ha parecido que usted subía detrás de ella. He de decir á

usted que Urania me ha torcido varios asuntos. El arte tiene su lado bueno, pero es un bicho pequeño, y yo le creo á usted capaz de perseguir caza mayor. ¿Estuvo usted con ella en la reunión? Sí, ¿no es verdad? Veo que tiene usted dificultad en contestar, porque ella le habrá recomendado á usted silencio; pero yo tengo allí á alguien muy barbudo y con boina en el Sanhedrín de los «poetas franceses», detrás de la Choza. Urania es el honor en persona, y tiene ya edad para tener juicio; yo la dejo ignorar que lo sé todo, porque á ella la gustan esos secretillos, en el fondo de los cuales no hay más que pasión por el arte; de manera que puede usted hablarlo todo. Pero piense usted que el arte, por lo regular, se muere de hambre, ahora como en otros tiempos, y que en la escuela donde yo quiero meterle á usted se aprende á ser un publicista influyente, un diputado, hasta un ministro...

Me parecía que había cenado bien. Mientras yo le respondía con franqueza contándole mi paseo por el barrio Latino, mi encuentro con su mujer y la sesión poética, miraba él mi guardilla, y me interrumpió para decirme:

—Urania es la que le ha alojado á usted aquí. No tiene el tacto necesario para ciertas cosas á pesar de su bella inteligencia. Usted se expresa con elegancia. Vale usted más que las bromas malaventuradas de la Choza; quiero que sea usted instalado más decentemente. Tengo un cuartito detrás de mi gabinete; allí le tendré á usted á la mano, y usted estará cerca de mi biblioteca. Si la manía católica le sigue á usted, pensamos en utilizarla, ó en curarla. Habrá manera de

arreglarlo todo. Yo le ofrezco á usted cien francos al mes para comenzar, y le aseguro á usted el porvenir.

Y con esto me tendió la mano con aire de bondad y apretó la mfa llanamente. No era ya el mismo hombre. Al marcharse me llamó por segunda vez querido primo, y añadió:

—Mañana almorzará usted con nosotros. Discreción para con Urania. Reflexione usted ó duerma, como mejor le plazca, pero si usted quiere, su negocio está hecho. Buenas noches.

Quedé, no sólo muy contento, sino repleto de sueños de vanidad. No había esperado yo un éxito semejante. Evidentemente aquello era el efecto de mi prosa. Trataba de releer mis frases en mi memoria, y me hice la justicia de convenir conmigo mismo en que era capaz de hacerlo mejor todavía. ¡Ah, este París!... ¡La rica ciudad!... ¡Publicista influyente, diputado, ministro!... Dormí poco. París me había hecho desde lejos fantásticas promesas, pero ¡cuánto las sobrepujaban estas esperanzas! Y todavía no hacía un día que estaba en París. ¡Todo esto la noche misma de mi llegada!

Ya venía el alba cuando, al fin, se me cerraron los ojos, y la voz de Germán me despertó en el primer sueño. Había dado grandes puñetazos á mi puerta, y después me gritaba:

—La señora le llama á usted; vístase usted aprisa porque no la gusta esperar.

Bajé y encontré á Urania ya instalada en su escritorio de palo de rosa, rodeada de sus papelitos azulados. Su fealdad abotagada y lívida me pareció mucho ma-

yor que por la mañana. Acababa de comer unas sopas de ajo, cuyo perfume llenaba la habitación.

—Buenos días, mi querido Juan—me dijo con aquella voz encantadora que maravillaba como si se oyese cantar á un gusano de seda.—Ya ve usted que mis gustos son alpestres. Este rústico desayuno me lleva por un instante á mis lagos y á mis montañas. ¿Qué impresión ha sacado usted de nuestra sesión de anoche? Ernesto entró en mi cuarto ayer cuando vino del Círculo. Parece que ha leído algunas líneas de usted, y usted le agrada. Su deseo es ayudarle á usted y elevarle, ¿sabe usted? El no tiene nada contra Dios, ni yo tampoco.

De la gótica aguja de la alta torre hermosa
un místico sonido se esparce por el viento;
el viajero se para, la campana piadosa
al rumor de la tarde mezcla su dulce acento.

Es bonito, á pesar de los epítetos que riman. El sentimiento religioso no daña. Entre paréntesis: la idea de colocarle á usted en el sexto piso no era mía, como él le ha dicho á usted, sino de Ernesto mismo; ha cambiado de parecer, lo cual le sucede frecuentemente, como á todos los hombres de inteligencia. Yo por mí quería ponerle á usted con nosotros, y ofrecerle á usted nuestra mesa. Dejemos á Ernesto el placer de creer que él ha inventado esta combinación; á mí me gusta oscurecerme. Otra historia: Ernesto desea ahora que usted me llame mi prima; yo no me opongo. Va usted á ser enteramente de la familia. Usted dará conmigo una mitad de su vida al arte, que conduce á todo, y la

otra mitad con Ernesto á la economía política. Usted ha nacido devoto, pero créame á mí: eche en seguida un poco de agua en su catolicismo, y se encontrará usted muy bien. Cuanto más mitigada la religión, más seduce; es como los perfumes. Las que los usan con exceso incomodan á sus vecinos... ¿Encuentra usted que haya alguna diferencia entre la conversación de las damas de su pueblo y la manera como yo le hablo?

Yo no la veía ya. Acababa de pasar á su gabinete de vestirse, y todo esto se me decía con la voz más musical que yo he oído nunca. No pude hacer menos que concederla el cumplimiento que me pedía, y tuvo la amabilidad de quedar de ello muy contenta. Bien pronto reapareció, cubierta la cabeza con una nube de muselina que no la sentaba nada bien.

—Tengo mucho que hacer esta mañana—añadió,— y deseo probarle á usted. Siéntese usted en mi propio sitio, y vamos á probarle á usted en seguida desde el punto de vista del arte puro. Le doy á usted el asunto para una composición en verso. Usted los hace, se lo conozco yo en los ojos. Atención. He aquí el argumento: una llanada donde los soldados de Carlos V y los de Francisco I se encontraron en otro tiempo al pie de la montaña. La hora, el medio día; la soledad; un anciano mendigo apoyado en un palo y guiado por una niña, pasa á la fuerza del sol: está abrumado de fatiga y bebe en la fuente. Un águila se cierne en los aires, y un pajarillo canta. Algunos rebaños pacen en la lejanía...

Esto es todo, ya ve usted el cuadro. Cincuenta ó sesenta alejandrinos, forma de episodio ó de fragmento.

El mendigo puede hablar, ó puede callarse, á elección de usted. Tiene usted por delante toda la mañana. Invoque á las musas.

Al decir esto abrió ella misma delante de mí un cuaderno, y me dijo marchándose:

—No está usted sujeto á tarea, ¿eh? Si necesita varios días se le darán: ya sabe usted.

Había yo leído en alguna parte la historia de un novelista casi célebre que hacía trabajar á los jóvenes porque él era incapaz de escribir una línea. Rara vez se encuentra París sin poseer una ó varias curiosidades de este género, que muestra con orgullo á los viajeros extraños. Me ocurrió la idea de que quizá mi prima Duveldieux se dedicaba á hacer poesías, como otras hacen tirantes ó babuchas de orillo. Sentí sus pasos, un poco pesados, cuando se alejaba por el pasillo, y me sentí con la buena voluntad de rimar la poca cosa que me había encargado.

No se engañaba ella, por otra parte, pues yo hacía versos, que no eran buenos, con una facilidad deplorable.

Escribí de una sentada gran número de ellos al correr de la pluma. Mi mendigo tenía una gran frente despoblada, pero toda llena de filosofía. La niña lloraba dulcemente de fatiga y de hambre siguiendo el lecho seco de un torrente. El sol quemaba, y bajo la hierba amarillenta del campo de batalla, los soldados enterrados desde hacía tres siglos maldecían de los conquistadores.

No era aquello más vacío ni más tonto que la generalidad de las composiciones en verso que están en

curso; me acuerdo hasta de un pasaje en que la Historia, dormida en aquellos prados, se despertaba de repente para tomar la palabra, lo cual tenía buen talante académico.

Sin dejar de escribajear miraba yo la multitud de papelitos del color de un vaso de agua que llenaban la mesa. Algunos ostentaban la escritura de Urania; otros pertenecían á diferentes manos; éstos contenían uniformemente versos mediocres; los que Urania había trazado por sí misma tenían á la vez faltas de gramática y de medida, y casi tuve yo, sin haberla buscado, la prueba indudable de que mi prima la musa ignoraba completamente su oficio. La sospecha que yo había rechazado al principio como una locura era fundada: estaba empleado en una fábrica de poesías.

Había yo posado la pluma y meditaba entre burlón é inquieto, cuando se abrió la puerta con estrépito dando entrada á un buen mozo muy bien vestido y peinado por el peluquero.

—Quiero ver cómo se ha hecho mi reemplazo—decía á Germán, que le disputaba el paso;—es una curiosidad natural; no estaré mucho tiempo. Ya sabe usted que yo no parloteo contra los patrones.

Volvió á cerrar la puerta dando con ella en las narices al ayuda de cámara, y vino junto á mí, continuando sin punto ni coma:

—Yo soy el tenor; la patrona ha debido de hablarle á usted del tenor, y el patrón, también; nos despedimos quedando como buenos amigos. Yo hubiera podido ser «poeta francés» como otro cualquiera, ó machacador de economía política; los dos oficios reunidos producen

mil escudos al año á los que los desempeñan muy bien; pero se halló á lo mejor que yo tenía una renta de 30.000 francos en el fondo del gañote, y he preferido esto. No se está mal aquí, no son mala gente. ¿Usted ha venido de provincias?

Se inclinó sobre mi trabajo, y le recorrió con franqueza.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó.—Esto es *el mendigo y el campo de batalla*. ¡Conocido! Lo he ejecutado. Mañana tendrá usted *las orillas del lago*, y el patrón le enseñará á usted á recortar la Religión católica para que pueda entrar en el local del justo medio. Trabajan como dos negros el patrón y la patrona para no hacer nada absolutamente. El patrón avanzará hasta el Palacio, aunque no sepa ni Derecho: apunta á la Cámara y al Instituto; la patrona se ha procurado poco á poco una gran publicidad, y quizá llegue á hacerse célebre, aunque... Pero usted habrá visto ya sus borriones, ¿verdad? No se asombre usted demasiado: este es París. Que vaya usted á la derecha, que vaya usted á la izquierda, hallará usted aquí siempre la misma burla. Cada casa de París es un taller montado en toda regla, donde alguien se aprovecha del labor que no hace, y mi director, que es tenor también, gana su dinero sin cantar, porque canto yo.

En esto sacó del bolso un billete de palco, que puso sobre la mesa, y me tendió la mano añadiendo:

—Hace usted muy hermosos versos, pero con eso se puede morir uno de hambre. A mí, los treinta mil francos de renta que tengo en el gañote no me producen todavía más que cien luisés. Diga usted á la pa-

trona que se representa esta noche *Zampa*, y que vaya, que hablaremos de su ópera cómica. Yo apuesto á que usted no ha oído nunca dar el *sé* natural de pecho á plena voz. No se encuentra eso casi nunca en provincias; yo le pago á usted un asiento para que vaya á oírme si le place...

Acepté la invitación; el tenor no me desagradaba á pesar de su pomada. Al marcharse me disparó este horóscopo:

—Esto es una caricatura del templo de Apolo y del de su colega el falso dios que preside casi la política. De aquí se sale á hortera ó á escribiente de procurador. *Tu Marcelus eris...*

Cuando se hubo marchado me quedé pensativo. Con su charla de aprendiz de cómico de la legua había dado cuerpo á las sospechas que yo tenía, y había traducido en su lengua mis temores. Aún no hacía veinticuatro horas que habitaba yo en casa de Duverdieux, y creía ya sabérmela de memoria. Me engañaba: despreciaba completamente á aquellos especuladorcillos en cuya casa estaba hospedado, y no era capaz todavía de apreciar la cantidad de astucia burguesa que contenían en disolución las aparentes candideces de su fantasía. Desde entonces aprendí á no fiarme de los cándidos de París, tanto menos cuanto la herramienta de su industria parece más inocente y menos seria. París es la patria de los milagros humildes. No os riáis jamás de ninguna cosa por extravagante que parezca; todo puede allí servir para todo. La prueba es que Ernesto y Urania habían de hacer su camino.

Ernesto murió de diputado. Urania no pudo jamás

aprender á hacer un verso, y sin embargo, ha gozado su gloriecilla de poetisa, y su salón figura todavía en buen lugar entre los nidos de las musas del reinado de Luis Felipe. Bajo el imperio, Ernesto y Urania llegaron á ser bastante fuertes para figurar á la cabeza de la tribu Duverdieux, y formaron un centro que no carecía de importancia en el mundo liberal.

El Sr. Thiers iba á su casa, y su hotel de la calle de Provenza protegía notoriamente las artes. ¿Qué artes? Ellos habían hecho una excelente fortuna explotando quimeras sobre las cuales injertaban ciertas cosas que disimuladamente producen dinero.

Después de la guerra y de la Commune, Ernesto adquirió una posición preponderante en el más flexible y acomodaticio de los periódicos doctrinarios. En la Cámara de Versalles se sentaba en el centro izquierdo. Detestaba la República, y contribuyó poderosamente á establecerla; tenía horror á Gambetta, y le franqueó el camino.

Cuando iba envejeciendo, á fuerza de fracasar en su empresa de retocar la moral de Jesucristo para hacerla corriente, práctica, judía y negociable, para darla, en una palabra, dimensiones conformes al cuadro de su periódico, fué poseído del odio más terrible contra la verdad, rebelde siempre á sus mejoramientos, y llamaba á los cristianos, que le fastidiaban, *clericales*. No fué él quien dijo «el clericalismo es el enemigo», pero él había preparado y hecho posible esta declaración de guerra, y cuando la oyó caer de las alturas del gobierno, exclamó de buena fe: «¡Eso es lo que yo temía! ¡La Iglesia está muerta!»

Su canto del cisne fué un artículo que compró á cualquier otro, y donde aconsejaba al Papa que se hiciera oportunista para impedir á los jesuitas devorar el universo, y sobre todo la Universidad. Los liberales le echaban de menos. Urania, después de su muerte, continúa reconciliando en verso (que no paga muy caro) los siete pecados capitales con el Evangelio. No tiene mala idea contra Dios cuando es prudente, pero le aconseja el progreso.

He anticipado los acontecimientos, dando estas noticias, porque no tendré más adelante el tiempo ni el espacio necesarios para narrar detalladamente los hechos y hazañas de esta excelente pareja.

Volviendo á mi primera mañana parisiense, recuerdo que había versificado hasta las diez, y en el momento en que Urania volvió á entrar en el despacho estaba escribiendo á mi madre. Urania leyó lo primero mis versos con gestos de desagradable incompetencia. Después me dedicó á destiempo algunas críticas y muchos elogios, prometiéndome que, gracias á la dirección que ella imprimiría á mis disposición natural, no podría yo menos de subir muy alto.

—Para comenzar—me dijo,—le haré á usted el más grande servicio que una persona ya célebre podría hacer á un principiante desconocido: yo corregiré, yo misma, ese ensayo lleno de promesas, y le daré asilo en mi próxima colección de poesías escogidas, en que aparecerá con mi propio nombre... ¿Qué es ese otro papel?

—Es una carta á mi madre—la respondí.

Ya lo sabía ella, pues su mirada oblicua había ya recorrido la primera llana. La alargué la carta, en la que

afortunadamente había frases amables acerca de ella y de la reunión de la víspera; pero lo que más la chocó fué un párrafo en que yo contaba mi cohabitación en el interior de la diligencia con la devoradora familia del empleado de Propiedades. Debo decir que el párrafo era corto, bien presentado y extraordinariamente gracioso. Había yo compendiado y condensado en él los chistes que tenía preparados desde la víspera para «hacer efecto» á mi entrada en la familia Duverdieux. A mi madre y á mis hermanas las gustaba reirse, y las servía yo allí de buena gana un plato muy de su gusto. Urania no era de suyo ni alegre ni triste: era una musa burguesa en toda la extensión de la palabra; es decir, un producto neutro, sin carácter marcado, sin sonoridad, animada de ambiciones ficticias y viviendo de sueños ridículos, pero una mujer, en definitiva, de carne y hueso, hasta una buena mujer cuando nada exasperaba las niñerías de su orgullo. Iba mucho al teatro y leía muchos periódicos, lo cual la llevaba hasta á sentir lo cómico indirectamente y por comparación... Después de haber leído una docena de aquellas frases más fué presa de una irresistible hilaridad, que se tradujo en saltos de su robusta persona y en este elogio equívoco:

—¡Esto es una escena del *Palais Royal*!

Nos avisaron que estaba servido el almuerzo; se me cogió del brazo y me dijo cuando entrábamos en el comedor:

—El escribir en prosa me es insoportable; ya le ensayaré á usted para las escenas habladas de mi ópera cómica.

En cuanto nos sentamos á la mesa me provocó á que volviese á contar con más pormenores el generoso y paciente apetito de mis compañeros de viaje. No deseaba yo otra cosa, pues tenía vivo deseo de brillar y estaba perfectamente documentado y ensayado sobre el asunto, al que había dado muchas vueltas en mi interior en los dos últimos días de mi viaje en diligencia, preparándome para contarle con toda la sal y la gracia posible, como ahora se me pedía que lo hiciese. Excuso decir que exageré y bordé la cosa muy por encima de la verdad; hice una novela de las que llaman de observación, y aun el grave Ernesto se desarrugó, confesando que poseía yo en grado muy singular el don de excitar la risa, no obstante las serias disposiciones que al mismo tiempo tenía para abordar trabajos más importantes.

Uranía me codeaba, orgullosa de haberme *inventado*; tuve un éxito notabilísimo, y aquel matrimonio reventador de inteligencia creía haber encontrado en mí el filón de su fortuna. Hasta nacía ya la competencia entre marido y mujer respecto á mí, de quien cada uno de ellos, sin mostrar su juego, pensaba servirse como de un mueble que se puede apropiarse á cualquier uso.

Yo veía con claridad todo esto, y hasta veía mucho más de lo que realmente existía, con lo cual mi vanidad se iba inflando poco á poco. Antes de terminar el almuerzo, y eso que no fué muy largo, ya abrigaba yo bastantes ilusiones para merecer dentro de poco ser puesto á la puerta de la calle.

IV

Mi protector Berthelot.

Muchas veces me he preguntado qué hubiera sido de mí si hubiera echado raíces en casa de Duverdieux. Urania observaba, así lo creo, una conducta honorable, y no tengo motivo para pensar que su marido no fuera un hombre de probidad. Bueno será añadir que estas palabras «honorable» y «probidad» han de tomarse en sentido liberal y prudentemente moderado, excluyendo toda idea de virtud elevada ó de novelesca delicadeza.

En París el *honor*, según se le entiende en el mundo práctico, tiene buen cuidado de no cernerse á alturas caballerescas. Allí están el código de Napoleón y sus tolerancias, que constituyen una línea de nivel ras con ras del suelo, por bajo de la cual no es prudente sumergirse; y eso es todo. Lo que no está prohibido con sanción penal, es filosóficamente permitido; y yo conozco venerables conciencias, ya políticas, ya comerciales, que se verían no poco embarazadas si la Administración revisara las pesas y medidas de que se sirven para discernir el mal de que abominan de palabra, del bien que en realidad las molesta.

No fué, sin embargo, por escrúpulos por lo que dejé

mi alojamiento del muelle de Tournelles, donde no tenía por qué quejarme de nadie; estaba yo bien lejos de ser un rigorista, y aceptaba sin repugnancia ninguna la moral corriente, que me parecía un traje cómodo, elástico y ancho. Acordaos de que yo quería *llegar*, y sabía que para eso no hay que ser prisionero del uniforme.

Cerca de tres meses estuve con los Duverdieux, que me trataban como primo y fundaban en mí grandes esperanzas. Ganaba yo allí bien el poco dinero que me daban, encima del alojamiento y la comida; pero no pretendo haber hecho demasiado en relación con el salario recibido, porque, bien mirado, reconozco que mi trabajo no servía de nada. Rimaba versos bastante malos para Urania, que los echaba á perder más todavía pretendiendo enmendarlos; la hacía diálogos para su ópera cómica, que ha sido representada después, y aun ha durado lago tiempo en la escena á causa de la música, de que ella era *igualmente autora*, teniendo el talento de comprar todas las glorias á buena cuenta. Para Ernesto confeccioné cierto número de disertaciones con reminiscencias de mis estudios, dándolas nueva forma. Él firmaba encima con su tinta blanca y linfática, haciendo de ellas artículos de revista, y me solía decir:

—Usted firmará el próximo.

El próximo, naturalmente, no llegó nunca; pero no fué por esto por lo que yo me marché: mi ambición no iba en manera alguna por el mismo lado que la suya, y tenía yo bastante buen sentido, ya que no bastante virtud, para despreciar el oficio miserablemente inútil

y disolvente que practicaban él y sus similares. Cuando se piensa que estos antiguos estudiantes, incapaces de aprender nada, hablan sin cesar en nombre de la ciencia; cuando se piensa especialmente que sus cuadernos de temas solemnemente pregonados en el mundo de las medias-letras, de la media-elegancia y del egoísmo y medio, que es el centro izquierdo de la sociedad francesa, pasan por representar el nivel más elevado de nuestros «estudios superiores», se siente uno tentado á querrellarse de la gran memoria de Gutenberg, sin el cual la mediocridad imbécil no tendría medio de tirar veinte mil ejemplares de sus menores caprichos de retórica constipada.

No extrañéis este movimiento de impaciencia, que no he podido reprimir.

Tengo conciencia de que no exagero nada al afirmar que nuestra agonía actual es obra de esas medianías doctrinarias que seducen á los ignorantes adinerados. Jamás ha hecho el pueblo una revolución, es decir, el pueblo de los trabajadores. Toda enfermedad política nace del esfuerzo envenenado de un burgués (así sea príncipe) hereje, jansenista, socialista, enemigo de Dios, es decir, de los hombres, amigo desordenado de sí mismo, especulador sin freno, que no ha retrocedido ante la empresa de comprar la fama ó el dinero al precio de la salud misma de la patria. Hay algunos grandes entre estos pillos que han muerto envueltos en la hipocresía final, y á quienes la historia ciega continúa incensando; los hay gordos cuya obesidad insolente aplasta nuestra era; los hay sobre todo pequeños, que han comprendido la industria de la

asociación, y que, afónicos como están y desesperando de hacerse oír con su propia voz, se asocian para toser juntos en una revista.

Estos son tanto más disculpables, cuanto que seguramente no conquistan ni la gloria ni la riqueza. Hacen la fortuna y la posición de un director judío ó auvernés, que les recompensa pasando sobre sus cabezas.

Este director es el hombre de genio de la banda; sólo le falta la ortografía: es como M. Thiers; NO TIENE NADA CONTRA DIOS, pero no quiere á Dios en su revista por no desagradar á los lectores «inteligentes», que encuentran que Dios «está gastado»; y habéis de notar que es tan conservador como un rey, ó por lo menos tanto como un presidente de República.

Lo he procurado con empeño, pero jamás he conseguido evaluar en cifras conocidas la bestialidad heroica de esos *conservadores* que pretenden conservar algo pactando con una mano con los pedantuelos de la demolición universal, y descartando con la otra mano la ley misma, la única ley de solidez, de fuerza y de duración, descartando á Dios, que ha creado al hombre para la vida y le ha rescatado de la muerte.

Me marché de casa de Duverdieux, pero debo confesar que no fué por indignación ni por disgusto. Me aburría y tenía ambición: esta es la verdad. Sería injusto si me quejara de Ernesto ó de Urania con respecto á nuestras relaciones. Estaban contentos uno y otro de mi caprichoso trabajo, y me hacían admirables promesas; pero no había nada absolutamente en ellos

que me gustara. Su casa estaba llena de *casís*, y de *poco más ó menos*, pero vacía de virtudes, y también de vicios. Me hacían los dos el efecto de monedas vivientes que no tenían ni el rótulo ni el peso, y repasando sus nulidades me preguntaba á qué alturas no me sería dado á mí aspirar en un mundo en que monedas tan pobres tenían su especie de curso.

En suma: difícil me hubiera sido caer en peor lugar, por más que ellos no fuesen malas personas; «su nada» se pegaba como una fiebre palúdica.

Cuando los dejé valía un poco menos que el día de mi llegada. Lo que me quedaba de fe huía por todos mis poros sin que me diera cuenta de ello, porque no me preocupaban estas cosas: había aprendido á mirar sin asombro toda especie de tráfico, y también á no indignarme contra ninguna paradoja. No era ciertamente un adepto de la religión doctrinaria, porque hay en mí un buen sentido nativo y un orgullo de raza que me han guardado siempre de los contagios de la burguesía, pero de hecho no pertenecía ya á ninguna religión; y si me sublevaba todavía contra la necedad solemne de los pedantes que afirmaban que el catolicismo «había pasado», era por instinto, ó más bien reminiscencia vaga de las robustas enseñanzas de mi hermano Carlos.

— Mi primera comunión, verdaderamente milagrosa, y Carlos, que la había obtenido con su sacrificio, permanecían en mí ocultos, pero fieles como mi ángel bueno. Veo de ello un testimonio en el hecho de que la hipocresía de los fariseos de la falsa conservaduría sudando la mentira del liberalismo, y las concesiones péfidas ó

ineptas, me han repugnado siempre más enérgicamente que la desvergüenza misma del materialismo. Estas dos enfermedades conducen á la misma muerte social exactamente; pero en la época de que hablo la una era la epidemia reinante, y la otra, no. Por cada ateo declarado había millones de egoístas, prudentes según el mundo, calculadores de traiciones mitigadas, y que se dejaban resbalar á cuál mejor por indiferencia, por interés ó por simple miopía, á lo más profundo de la sima revolucionaria, en que Francia desde entonces ha estado tantas veces para perecer y pudrirse. Dios salvará á Francia.

¿Estaba yo mismo exento de hipocresía? No me atreveré á afirmarlo, porque escribí á mi madre, para explicarla mi salida de la casa de Duverdieux, una larga carta sentando principios elevados, sólidos, claros, que estaban ¡ay, Dios! bien lejos de pertenecerme. No era por continuar mis estudios ó desempeñar un empleo serio por lo que desertaba yo de aquel templo, mal servido por el doctrinarismo y la poesía fugitiva; no tenía otro empleo como indicaba, ni había de tenerle tan pronto. La verdad era que había entrado en relaciones con el tenor de Urania y algunos otros individuos de la Sociedad de poetas franceses, todos mordidos más ó menos por la tarántula «dramática»; además, cuando volvía de las Escuelas había encontrado á uno de mis antiguos camaradas de la Facultad de Derecho (la de nuestra ciudad), que ocupaba en París la posición de estudiante de noveno año y que disfrutaba entradas para los más oscuros teatros del bulevar; se llamaba Berthelot y pasaba por gran conocedor de las

cosas de «entre bastidores». Dificilmente habría encontrado jamás en mi camino un mozo más necio y más ignorante que él; pero todos los poetas franceses le respetaban porque había colaborado, al menos él lo decía, en muchos melodramas románticos.

Berthelot me explicó el teatro, «la ciencia del teatro», sin reirse y con un énfasis muy particular. Esta ciencia tomaba en su boca sabores tanto más apetitosos, cuanto que el no sabía de ella la primera palabra. Era un niño viejo, pues tenía cerca de treinta años, no feo, buen mozo, dotado de cierto talento de pillería y conocedor de las fórmulas publicadas por los periodicuchos que tienen entrada gratis en los saloncillos próximos al escenario donde los «artistas» de la baja escena procuran matar alegremente los entreactos.

Jamás he respetado tanto á ningún hombre. La idea de que Berthelot frecuentaba el trato de los comediantes y aun de los autores, me anonadaba y me galvanizaba al mismo tiempo. Por causa de él me despedí de mis patronos bastante bruscamente, sin guardar todas las formas requeridas; me había él concedido su colaboración para un gran drama histórico titulado *Catalina Cornaro*, destinado á rasgar de una vez los velos de la política veneciana. Bocage desempeñaría el papel de Febo de Lusignan; diez cuadros de espectáculo. La dirección el teatro Porte-Saint-Martin prometía contratar á madama Dorval para el papel de reina.

Berthelot moraba en un hotelito amueblado de la calle de Cujas, detrás del Panteón; yo alquilé un cuarto amueblado al lado del suyo por el precio de 25 francos, es decir, 50 francos al mes contando el alquiler

del mismo Berthelot, que yo pagaría, como era justo. Por supuesto, que para mí fué desde entonces una honra y un gran placer el convidarle á comer todos los días, y á almorzar también, y aun á cenar. El comía bien, y no le gustaba lo que no era bueno. Con él, no solamente no recibía yo sueldo, sino que hacía para él gastos que eran enormes, dada mi situación. En recompensa Berthelot *me aprendía el teatro*, y me contaba sus conversaciones con Bocage á propósito de *Catalina Cornaro*. Naturalmente, el actor encontraba soberbia la idea de nuestro drama, y estaba ya metido, según la expresión técnica, en el pellejo del personaje.

Yo trabajaba como un negro; todo lo que me decía Berthelot era aceptado por mí como si lo dijera el Evangelio: creía yo á pies juntos que él pasaba cada noche una hora en el cuarto de Bocage, y que madama Dorval seguía por él escena á escena los progresos de nuestra obra, que tenía ya la extensión de media docena de tragedias, pues yo escribía todo el día de sol á sol, y casi toda la noche.

Teníamos un plan garabateado en papelitos como los borradores de Urania, el cual se modificaba sin cesar, y después yo no le seguía; el parecer de Berthelot era que había que dar rienda suelta á la inspiración; y Casimiro Delaviñe le había dicho que él no había conservado del plan primitivo de su *Luis XI* más que el título y la indicación final: *Cae el telón*. No he comprobado la autenticidad de esta anécdota; sólo puedo decir que Berthelot no tenía dificultad en atribuirse relaciones brillantes de que carecía. Cuando más tarde encontré en mi camino literario al actor Bocage y

á la comedianta Dorval, me informé acerca de Berthelot y de nuestro drama... La Dorval y Bocage no conocían á Berthelot, ni habían oído jamás hablar del drama.

Esto tiene poca importancia en sí; lo anoto, sin embargo, porque de ello se deriva una lección que no carece de utilidad. Los papamoscas como yo, atacados de ansias de éxito y de ruido, encuentran todos á Berthelot desde su primer paso en París. Cada Berthelot varía sus ilustres amistades y relaciones según la vocación del palomino que pretende desplumar; á él, estad bien persuadidos, le es tan fácil frecuentar el trato de Lambert como el de Molière; lo mismo le cuesta comer á diario en la Academia que en el Senado.

Un día Berthelot, el mío, me enseñó en el bulevar un hombre de apariencia respetable, y me dijo:

—¡Callal! ¡Ahí tienes á ese viejo farsante de Chateaubriand! Apuesto á que va á hacer como que no me ve... me teme.

En efecto: al autor de *Atala* siguió su camino, como podéis suponer, sin dar señales de conocer á Berthelot, y éste añadió en seguida:

—¡Estaba seguro!

Y ciertamente, por aquella vez no mentía.

Berthelot me abandonó la víspera del día en que, por fin, había de presentarme á Bocage, á la Dorval y al director del teatro Porte-Saint-Martin. De todas las pobres larguezas de que me habían colmado al partir mi madre, mi hermano y mis hermanas, no me quedaba ya ni un *luis*, y Berthelot lo sabía. Había llegado para él la hora de buscar en el bosque de las Escuelas, tan ameno para semejante caza, otro cándido, padre de

otro drama en mantillas. París está lleno de estos corredores de quimeras y de sus inocentes chasqueados. No hay que quejarse de haber sido escaldado como yo lo fui; el conjunto de estas quemaduras constituye la experiencia, que siempre es necesario adquirir y que nunca se compra al fiado.

Yo la pagué á dinero contante, y la pagué muy cara, y no guardé mucho luto por la pérdida de todo mi pobre dinero, pues incontinenti me puse á obrar mal para ahogar la pena que tenía por haberme abandonado mi «colaborador». Estábamos en pleno carnaval, y entré en la vida de los estudiantes perdidos que me rodeaban; y durante el resto del invierno, por medio de menudas deudas contraídas dondequiera sin dignidad, y gracias también á varias apelaciones que hice al cariño de Carlos, de mi madre y de mis hermanas, cuyos generosos auxilios robaba positivamente, pues les hablaba de «mis trabajos», que no existían, y de «mis esperanzas», que no tenía ya, pude seguir pobremente el tren de mis zambrosos y alborotadores camaradas.

En aquel tiempo todavía el carnaval se acababa el Miércoles de Ceniza. Yo había pasado toda la noche precedente en un baile de máscaras; me desperté al día siguiente del martes gordo á eso de las cuatro de la tarde, en el alojamiento de un compañero que me había hecho poner una cama de tijera en su mismo cuarto, pues yo no tenía ya domicilio propio. Tenía la cabeza pesada y me sentía terriblemente cansado. Vino el mozo del hotel á arreglar el cuarto de mi amigo, y me dejó entender que mi presencia le molestaba.

Voy á contar la cosa exactamente como pasó, pues conservo de ella muy vivo recuerdo. Estábamos cuatro amigos en el hotel. Francisco de B..., el que me había metido en su cuarto, Julio M... y Luis de la Ch... Pregunté al mozo: «¿Dónde está Francisco?» Francisco acababa de salir. «¿Donde está Julio?» Lo mismo. «¿Dónde está Luis?» También lo mismo. «¿Y por qué no me despertaron?...»

El mozo se sonrió maliciosamente y se encogió de hombros. Entonces sentí oprimido el corazón, porque empecé á comprender la cosa... Hacía ya quince días largos que estaba yo completamente sin dinero. El mozo añadió al enrollar mi colchón:

—A mí nada me va en ello, pero «estos señores» han dicho que era ya mucho fastidiar.

Aquella misma tarde hice llevar mi maleta, vacía en sus tres cuartas partes, dejando para «aquellos señores» una tarjeta en que me despedía de ellos reconociéndome su deudor. Aquí es donde verdaderamente comienza mi vida.



V

El paisaje de la calle de los Cinco-Diamantes.—Mi pastelera.—Trabajos infructuosos.—El hambre.—Un nubarrón retrasado.

Salí del hotel de «aquellos señores» un poco antes de las cinco de la tarde, escoltado por el auvernés que conducía mi maleta y sin tener absolutamente nada en el bolsillo. Entré en una relojería, donde vendí un guardapelo que me había regalado mi hermana Luisa, pues el reloj hacía ya largo tiempo que había llevado el mismo camino, y pasé los puentes sin saber todavía donde iba. Mi única voluntad clara y bien definida era la de alejarme del barrio de las Escuelas. Sin pensarlo había respondido á la primera pregunta del auvernés respecto de nuestra dirección: «Al mercado de los Inocentes.»

Cuando estuvimos al fin de la calle de la Moneda, prolongación del Puente Nuevo, tomó á la derecha y comencé yo á pensar dónde me iba á detener. No me ocurrió otra idea más que la de mirar los carteles colgados á la entrada de los portales. No había muchos, porque es aquél un barrio muy popular donde los alojamientos no huelgan. Con todo, después de haber pasado del mercado, en la calle de Aubri-le-Boucher di-

visé á la puerta de un pastelero un cartel que decía: «18 FRANCO AL MES, bonito gabinete amueblado, por meses ó por quincenas».

—¡Aquí!—le dije al auvernés.

Y diez minutos después estaba instalado en el «bonito gabinete», que era un feo guchipero, muy oscuro, que daba á la famosa calleja de los «Cinco-Diamantes», tan estrecha que las personas gordas no podían pasar por ella, al decir de Mercier el del *Cuadro de París*. El paisaje que se percibía desde mi ventana consistía en un viejo paredón gris, que limitaba la vista á los cuatro pies de distancia; podía yo casi tocarle estirando el brazo, y me defendía del sol tan completamente como si estuviera en el sótano.

Pero no había que tratar de defenderse del sol en aquella tarde de Febrero en que entré yo en posesión de mi «paraíso», que así había calificado la pastelera su gabinete. Caía la niebla cuando se me introdujo en él con una palmatoria encendida como si fuese hora de acostarse, después de haberme hecho subir cuatro pisos por una escalera de caracol cuya primera vuelta estaba tapizada de lonjas de ternera aseadamente colgadas y mechadas con tocino. Mis nuevos patrones acumulaban la profesión de figonero á la de pastelero, y proveían de ternera mechada á las gentes de oficio que pululan alrededor de los mercados desde la calle de los Lombardos hasta el Puente de San Eustaquio. No miré siquiera lo que había al otro lado de la ventana, que estaba cerrada, y pedí en seguida un trozo de carne fiambre porque el estómago me lo reclamaba á gritos... ¡Como que no había probado bocado desde la co-

mida del día anterior! Naturalmente, me sirvieron ternera mechada, que era el plato de la casa.

Hacía ya tiempo que yo no me cuidaba gran cosa de las leyes de la Iglesia. Comer de vigilia ó de carne el primer día de Cuaresma me era indiferente. Estaba destinado á ejercitarme dentro de poco, bien á pesar mío ciertamente, en abstinencias terribles que bien pocos cristianos conocen. Comí mal que bien, y como hacía frío en aquella especie de caverna, donde no había chimenea, me metí en la cama después de mi comida, teniendo cuidado de poner sobre la mesa de noche lo necesario para escribir. Había formado el propósito de trabajar, y quería comenzar en seguida. Traté de hacerlo, pero no pude; y no era que el sueño me rindiese, sino que reflexionaba casi seriamente por primera vez después de mi llegada á París. Mis horas se habían ido perdiendo una tras de otra en todo aquel espacio de tiempo, y ciertamente no había hecho nada bueno; pero hablando con propiedad, tampoco había hecho nada que fuese malo, á parte de algunas majaderías de estudiante. No puedo decir que tuviera remordimientos, y sin embargo, mi corazón estaba oprimido. Lo que me hacía sufrir cruelmente era el orgullo, ó más bien su pariente el amor propio.

El orgullo es un pecado que hincha, y yo, al contrario me sentía literalmente aplanado, de manera que no había sitio en mí donde cupiera á aposentarse el orgullo. Estaba vencido; lo reconocía y trataba en vano de persuadirme que había luchado. La evidencia me aplastaba. En casa de los Duverdieux, como con Berthelot, como más tarde en el barrio de las Escuelas, no había

habido más que la nada en mi espíritu y en mi corazón. Me había esforzado, es verdad, un instante y había trabajado con fiebre en aquel drama que yacía en el fondo de mi maleta con el resto de mis camisas y de mis calcetines; pero sin dirección y sin convicción, como los malos estudiantes hilvanan sus tareas de castigo.

Y ahora todavía tenía yo, allí junto á mí, papel, pluma y tinta «para trabajar»... Esto me parecía una burla. Trabajar... ¿Cómo? ¿en qué? ¿Qué iba á hacer? ¿qué sabía hacer?... Quería ejercer un oficio; quería producir para vivir. Pero los que se dedican á un oficio cualquiera sin haberle aprendido se mueren de hambre. La literatura, tal como yo la entendía en aquel momento, era para mí verdaderamente un oficio; pero solamente un genio puede ejercerle sin aprendizaje, y en aquella noche de desconsuelo no estaba para dejarme embaucar por ilusiones. No veía más que el lado sombrío.

Había hecho por bastante tiempo, y muy neciamente por cierto, prueba personal de las dificultades que impiden abordar los teatros; me habían dicho las vallas que se levantaban ante el dintel de los periódicos, pobres mesas, pobremente servidas, alrededor de las que los convidados de fama defienden con encarnizamiento salvaje su asiento y su plato contra los apetitos que rondan por fuera. Y en cuanto á los editores, mi paso á través de la batahola carneril llamada Sociedad de poetas y franceses, me hacía mirar sus oficinas como los santuarios inabordables del egoísmo y de la impertinencia.

Hay ciertamente un *quantum sufficit* de verdad en el pensamiento de que ciertos comerciantes, engordados por el talento de otro, desconocen el talento y le desprecian con la odiosa ingratitud del billete de banco hecho carne; pero yo exageraba este átomo hasta la altura de una montaña, y de una sebe de zarzas hacía una muralla de granito.

Y allí estaba yo en mi agujero sin armas, sin relaciones, sin dinero, sin talento quizás, pues todavía no había probado que le tuviera. ¡Ah! Yo ví la miseria, fantasma negro, levantarse á mi cabecera, la ví amenazadora y horrible, menos horrible, sin embargo, de lo que es en realidad, como había yo de experimentarlo bien pronto; me sentí abandonado de los demás y de mí mismo, hasta un punto formidable; tuve miedo hasta temblarme la médula de los huesos.

Aquella noche fué horriblemente larga. Después de tantos años todavía conservo su dolorosa y siniestra impresión como una llaga mal curada en el fondo de mis recuerdos. La casa toda dormía hacía dos horas, y también la ciudad; yo velaba siempre soñando en el vacío, buscando con angustia la solución de un problema demasiado vago en sus términos para que la solución fuese posible. La vela humosa iba mermando en mi palmatoria; á cada instante me decía yo: «Hay que trabajar», pues tenía conciencia de que no había un minuto que perder, y me parecía que cada segundo que pasaba se llevaba consigo una probabilidad de mi salvación.

¡Hay que trabajar! Tenía yo en mi portamonedas los pocos francos del guardapelo, y los contaba muchas

veces, no para saber el total, que conocía perfectamente, sino por un movimiento maquinal y desesperado. Tenía con ello para no morir enteramente de hambre durante ocho ó diez días á lo sumo. ¿Qué podía hacer en ocho ó diez días? Me devanaba los sesos dolorosamente, y en vano. La idea de rogar á Dios no me ocurrió: tan bajo había ya caído. Tenía como una escoria alrededor de mi corazón.

Por lo demás, el pensamiento de utilizar mi título de abogado no se presentó tampoco á mi espíritu mientras buscaba una posibilidad de vivir, ni tampoco pensaba en que pudiera encontrar un empleo. Carlos me había dado varias cartas de recomendación para eclesiásticos influyentes y para altos miembros de la magistratura, y casi no las había mirado. La palabra trabajar para mí significaba estricta y exclusivamente escribir: dijera que tenía hacia ello verdadera vocación, si esta palabra no estuviera en desacuerdo con el uso frívolo que más tarde había de hacer de mi pluma.

¡Hay que trabajar! Esto para mí quería decir hay que lanzar sobre el papel una historia apasionada, original, incisiva, capaz de excitar violentamente la curiosidad, y de reportar á su autor mucho dinero y mucha reputación. Mucha reputación sobre todo, pues lo que vivía más flôreciente en mí, en el fondo de mi miseria, era la vanidad, tan dura de matar. La reputación, por otra parte, trae consigo la riqueza. Esbozaba yo entre dos suspiros, que á veces llegaban á ser gemidos, sueños de gloria, de lujo y de triunfo; y luego volvía á caer en lo más hondo de mis terrores apretando entre las dos manos mi cabeza que ardía, y de-

lirando con angustia creciente: ¡Hay que trabajar, hay que trabajar!

Todas las horas de la noche pasaron así; no dormí ni un minuto, pero no trabajé tampoco. Mi cerebro parecía estar á la vez vacío y atormentado. Desde mi llegada á París, y aun desde antes de salir de casa, había tomado la costumbre de anotar todas las ideas que me ocurrían y podían suministrarme asunto para una pieza ó una novela. Tenía de esto un gran almacén. La memoria no me fué infiel cuando la pedí cuenta de este pobre tesoro. Todas mis ideas, sin exceptuar una sola, respondiendo á mi llamamiento, vinieron en masa, pero yo las rechazaba con desdén á medida que se presentaban. Muchas de entre ellas han sido más tarde por mí puestas en obra. Ellas fueron la primera materia de la mayor parte de los libros prematuros y demasiado numerosos que he sembrado á derecha é izquierda de mi camino en la vida; pero aquella noche en que tenía tanta necesidad de tener confianza en mí mismo, ninguna de mis imaginaciones me pareció factible ni viable. Hacía sufrir á cada una de ellas un examen rápido, y ante esta prueba ninguna quedó en pie.

Otras ideas me ocurrían de vez en cuando que acogía con esperanza, para rechazarlas bien pronto hacia el montón de desperdicios que se acumulaba en torno mío; parecíame que estaba rodeado de aquellas cosas muertas, y que entre ellas me sumergía. Rápidamente crecía en mí la convicción de que me había engañado en absoluto sobre mis aptitudes; me sentía impotente hasta un grado que me es imposible expresar, y en mi parálisis moral gastaba, sin embargo, un esfuerzo tan

intenso, que un sudor frío me corría por la frente en gruesas gotas.

Los ruidos de la calle, donde comenzaban á sonar pasos sobre el pavimento, me anunciaron la mañana. Mi patrona la pastelera llamó bien pronto á sus criados dando gritos en la escalera de la casa; mi candela agonizante inclinaba su pábilo sobre el metal de la palmatoria. Miré hacia la ventana para ver nacer el día; pero no ví sino una noche muy negra.

—Son ya más de las seis—gritaba la buena mujer con energía,—y el horno está frío, y la tienda sin arreglar... ¡Vamos, holgazanes, á ganar vuestro pan!

Yo cogí, por fin, la pluma, como si aquellas voces hubieran sido para mí un espolazo; la mojé en tinta y extendí el papel delante de mí sobre la colcha.

¿Era aquél el trabajo á quien tantas veces había llamado en vano y que se despertaba *in extremis*? ¿Iba yo á los últimos resplandores de la vela expirante á ganar mi pan y echar sobre el papel algunas líneas que contuvieran un germen ó una esperanza?...

¡Ay de mí! Me da vergüenza confesarlo: mientras la luz moría á mi cabecera tuve tiempo de manchar una página blanca, y mi pluma corrió, en efecto, por el pan, pero no para ganarle, sino para mendigarle, pues lo que escribí fué una carta dirigida á mi familia indigente. La parálisis que entorpecía mi espíritu no me impidió hacerla persuasiva, hacerla apremiante, hacerla elocuente, pues sabía hasta qué punto llegaba en mi familia la falta de recursos y cuán poca probabilidad, por esta causa únicamente, tenía de ser escuchado.

Aquello era una cobardía. Por cuarta ó quinta vez

pedía yo limosna á aquéllos que carecían de lo necesario. Me habían dado ya todo lo posible. Me habían dado más de lo posible, y yo había disipado en las pobres locuras de mi carnaval de estudiante lo que les era estrictamente indispensable. Era también una mentira, porque desde el fondo de mi impotencia, y en el momento en que la experimentaba en mí mismo con tan dolorosa certidumbre, exclamaba al fin de mi carta: «¡Estoy trabajando, estoy trabajando!» «¡Un último socorro y la batalla está ganada! Soy vencedor, llegaré al pináculo, y entonces no me olvidaré de los que me han suministrado las armas...» Lo repito: esto era mentir odiosamente. Yo escribía esto á la hora misma en que mi ojeada medía con desesperación la distancia espantosa que mediaba entre mí y el primer paso que había que dar para llegar al éxito.

Cuando acababa, mi vela dió su última llamarada y se apagó. La ventana comenzó á dar un poco de claridad; la abrí y vi, inclinando la cabeza hacia fuera, que era casi de día, no en la calleja de los Cinco-Diamantes, sino allá más lejos, en la calle de Aubri-le-Boucher, por donde yo había entrado la víspera. Esto me dió idea de la claridad que podría reinar en mi celda en pleno medio día. Me vestí: estaba quebrantado de fatiga, como si hubiera pasado toda la noche haciendo gimnasia. Me senté á los pies de la cama con las piernas colgando y esperé así el día que no había de llegar. Volví a darme á pensar laboriosa é inútilmente, y me dormí. Me desperté transido de frío. Golpearon á la puerta, y entró mi hospedera diciéndome:

—He leído en el periódico que había algunos que

alquilaban habitaciones amuebladas para matarse cómodamente. Como usted no rebullía siendo ya las cuatro de la tarde, he venido á ver...

Era mi patrona una mujer gruesa, vestida con cierto lujo por causa del mostrador. En París los obreros suelen hablar menos mal que los tenderos; es verdad que la clase más ignorante es la burguesía. Quise reirme de la ocurrencia de la pastelera, pero me hirió interiormente el pensamiento que no me había ocurrido del suicidio, y hube de confesarme que era cosa sencilla en el negro desamparo en que me encontraba. No tuve idea de salir; pedí que me trajeran pan, un trozo de carne y una corta provisión de bujías, lo que se hizo inmediatamente después que mi hospedera tomó nota de mi nombre y de mi profesión (me declaré abogado) y de mi último domicilio. Pagué al contado mis dos comidas y la bujía; me quedaban algo menos de tres francos cuando la pastelera me dejó no sin decirme que el barrio era bueno para la juventud, y que había allí muy cerca de su casa, en la la calle de los Lombardos, frente al Buen Pastor, un baile de familia, cuya entrada era libre y donde se pagaban por cada contradanza cuatro suses. Era frecuentado—añadía—únicamente por personas de bien, señoritas del mercado y señoritos de la droguería al por mayor. Allí se hacían casamientos.

Esto me distrajo un poco; comí con buen apetito mi trozo de ternera, prometiendo ir á buscar en el fondo de aquel baile una novela de costumbres cómicas. Habría para morirse de risa con los casamientos que se fabricaban en aquel baile, y se podría deslizar episódi-

camente en el libro la voraz familia de la diligencia con su insaciable posteridad. Mis disposiciones no eran ya las de la víspera; tras del postre, mojé alegremente la pluma en tinta y me pareció que iba á escribir sin esfuerzo muchas cosas alegres; pero vi las dificultades de este extraño oficio, que consiste en discursar ante un auditorio ausente y en fijar sobre el papel la palabra muda. Ayer no hubiera podido hacer nada, porque el pensamiento se me huía: los asuntos que se presentaban á mi imaginación la daban náuseas, como el alimento que se ofrece á un estómago enfermo; hoy sucedía todo lo contrario: las ideas me acudían en tropel y me parecían todas igualmente simpáticas. Hubiera querido no desechar ninguna, y era el hombre más preocupado del mundo en medio de aquella muchedumbre sonriente que me llamaba de la derecha, de la izquierda, de delante y de atrás, de abajo y de arriba. El drama y la comedia se amotinaban, se lanzaban y empujaban alrededor de mi espíritu irresoluto: veía yo por todas partes cosas interesantes y encantadoras fáciles de poner por obra, que me solicitaban enérgicamente. No sabía á cuál atender.

Para colmo de fantasías, un proyecto, una aspiración, yo no sé cómo decir... una *combinación práctica* surgió del fondo de mi cerebro sobreexcitado de repente. Al primer aspecto la encontré ridícula y la acogí con una carcajada, pero bien pronto se impuso bruscamente á mi pensamiento con mayor fuerza que la que yo había empleado en ridiculizarla.

¿Qué buscaba yo en definitiva? ¿Qué era para mí aquella tarea literaria que tanto trabajo me costaba em-

pezar? Un comercio de pequeña ganancia, un medio muy pobre y muy venturero de no morirme de hambre. Lo único que me quedaba de mis fiebres de la víspera era el miedo; esto es decir poco: el terror, muy natural y muy razonable, de sucumbir bien pronto al hambre en mi impotencia y en mi abandono. Era yo un náufrago perdido en medio de este Océano de París, donde nadie me tendería el varal de salvación. Tenía conciencia cierta del peligro que corría, mortal y casi inevitable.

Ahora bien: como tabla de salvación, aquella combinación mía no era de despreciar. Repugnaba un poco á mi presunción, á mi vanidad, á mis ambiciones; pero la necesidad carece de ley, y yo la veía de ejecución fácil. No se trataba de otra cosa que de ir al *baile de familia*, al que mi pastelera me había invitado, y allí mostrarme amable. Allí «se hacían matrimonios». Mi combinación consistía en malcasarme con una bailadora acomodada de la calle de los Lombardos, hija de un droguero ó heredera de una vendedora de pescado. Era una torpe caída para un aspirante al éxito, al esplendor, á la gloria; pero yo había visto en mi país á muchos nobles retocar su escudo, deslustrado por la indigencia, con una doradura semejante. Al conocerse la aventura en nuestra casa, me acuerdo bien, nos burlábamos un poco de ella, pero luego las cosas volvían á seguir su curso poco á poco. Al cabo de pocos meses ya no se hablaba de ello. Yo ni siquiera era noble. Y en cuanto llegara á tener bajo los pies el trampolín de la seguridad, cuando no tuviera ya que pensar en el cuidado prosaico de vivir, me lanzaría indudablemente de un

solo salto hacia mis destinos. Y entonces, una vez que yo estuviera en el pináculo, ¿quién había de ir á rebuscar el origen de mi mujer? En Francia no hay más que un apellido en la familia, y ese es el del hombre, y yo pensaba hacer el mío bastante sonoro para apagar en redor de él todas las murmuraciones. Bien pronto me dieron lástima mis escrúpulos... La mayor parte de esas buenas mujeres vendedoras de langostas—me decía yo—tienen excelentes rentas y casa propia... á más de que no se casa uno con la familia. La joven podía no ser mal parecida del todo; yo la educaría y la daría el barniz del mundo...

Una vez á caballo sobre esta fantasía seguí mi camino: nada me apenaba; ni siquiera pensaba en mi peculio personal, que era de tres francos menos algunos céntimos. No se trataba más que de deslumbrar á aquellas buenas gentes, y me consideraba muy capaz de conseguirlo; así llegué al fin de mi segunda velada sin haber todavía escrito ni una línea.

Mas esto apenas me inquietaba: me consideraba ya casado, y no tenía otro cuidado que el de afinar prontamente á mi mujer teniéndola bajo la coyunda; y, á cierta distancia, á mi suegro y á mi suegra, con quienes por lo demás pensaba portarme como buen hijo, en la medida de lo posible, sin permitirles nunca familiaridades. Era la media noche, y me pareció que tenía bien ganado el descanso: me acosté, y dormí como un bendito.

A la mañana desperté lleno de valor; hubiera deseado salir un poco, pero me abstuve de ello por no perder un solo minuto de trabajo. ¡Ah! Ya no me domi-

naba la pereza, y me prometí maravillas de aquella larga jornada que iba á pasar con la pluma en la mano. El sueño de mi casamiento con una rica se había evaporado. Ya no quería yo nada de aquella pescaderilla, pescada en la calle de los Lombardos. El arte es un talismán: lo que yo pretendía aquella mañana era no deber nada á nadie más que al arte puro, y combinaba en mi cabeza un breve drama poético, una novela muy corta pero muy llena de ternura y de interés, una especie de idilio en prosa que iba á ser, según yo, sencillamente una obra maestra de emoción y de frescura. En aquella especie de preparación se me ocurrían frases ya hechas y derechas y llenas de encanto; yo mismo las admiraba francamente al pasar, sin molestarme en fijarlas sobre el papel. Tan seguro estaba de mi memoria.

Sólo que... hacía un frío muy vivo que me mordía, y el aterimiento de las manos evocó en mí el deseo de un cuarto bien claro, calentado por una gran chimenea donde chispeará una buena lumbre. Seguramente se estaría muy bien entre aquellas paredes vestidas de blanda tapicería, y ya me veía acariciado perezosamente en un sillón de seda de China, con los pies sobre una blanda alfombra donde se hundían como entre la hierba...

Jamás había atravesado el dintel de un agente de cambio, ni de un banquero, ni siquiera de un rico industrial; pero me dije: «Así se debe estar en las casas de los favorecidos del dios Dinero»; y en seguida emprendí un nuevo viaje.

¿Por qué no manejar millones?... De eso siempre

quedará algo... Me acordé del éxito de mi famosa carta al primo magistrado, y la maldije un poco, pues ella era la causa de todo lo que había sufrido en París; pero bien podía volver á empezar. Había yo obtenido en el colegio un premio de Aritmética en mi clase, donde nadie sabía sumar... ¡Caracoles! ¡Una buena idea! No había más que escribir una carta elocuente al primer agente de cambio de cuyo nombre y señas tuviese noticia. Tenía yo muy buena mano, hacía superiormente las cifras. El hombre de la Bolsa me respondía: «Venga usted». Yo llegaba á escape, me insinuaba... Algunas veces también es necesaria la imaginación en los negocios, me hacía mi huequecito, adquiría el empleo...

¡Ay de mí! Lo que hacía era soplarme las uñas, que me dolían de frío, y volver los ojos tristemente á mi ventana, que sólo dejaba pasar una media luz grisacia y crepuscular en pleno medio día. Mi silla dura me daba dolor de riñones; mi estómago tenía desfallecimientos, y dije, finalmente: «Jamás podré hacer nada aquí».

¿Haría algo en otra parte? No escribí al agente de cambio, y no hice tampoco el idilio. Me sentía hundir en la impotencia, y estuve cinco días enteros en mi cuarto oscuro sin salir, sin producir ninguna cosa. El sexto día recibí contestación de mi familia.

En la carta venían cien francos de Carlos y cincuenta de mi madre; mis hermanas no poseían ya nada que pudieran vender. La carta en sí era corta y triste; se me trataba en ella con amabilidad, pero se me decía que me volviera á casa. Evidentemente, aquello era el

último esfuerzo. El dinero que después de mi llegada á París había recibido de casa en diferentes partidas era, ciertamente, para mis necesidades bien poca cosa; pero era lo bastante para dejar vacía la pobre casa indigente.

Sentía con amargura aquella situación penosa que me oprimía el corazón, aparte de toda preocupación egoísta; pero lo que me hirió sobre manera fué el terrible pasaje en que mi madre me llamaba al país. Ya estaba yo juzgado, lo comprendía; no se esperaba ya nada de mí; habían debido de decirse, yo lo oía como si hubiera asistido á la conferencia de familia: «No puede salir adelante, es menester que vuelva».

Entre todas las horas dolorosas que había ya pasado, aquella fué la más cruel. Era demasiada verdad que yo *no podía*, tenía de ello conciencia; la empresa en que me había empeñado locamente era superior á mis fuerzas hasta tal punto, que me había quedado desfallecido antes de subir el primer peldaño de la escalera.

¡Pero volver!... ¡Volver al redil, vencido, deshonrado, con la marca de la impotencia en la frente! Recordaba con desesperación las ambiciones que yo había pregonado; repasaba dentro de mí mismo mis cartas llenas de fanfarronadas; nuestros conocimientos de allá, nuestros amigos, sabían todos á qué alturas había yo aspirado... París estaba entonces muy separado de las provincias; los que se lanzaban á la conquista de París, y París hacía volver rabo entre piernas, formaban una clase aparte entre las víctimas de la irreconciliable y puntiguada malevolencia de campanario. Yo mismo había conocido algunos, y me había burlado de ellos

sin piedad; así es que escuchaba por adelantado mis propios sarcasmos nuevamente editados y vueltos contra mí.

Y todavía no era á la ciudad á quien tenía yo más miedo, sino á la familia misma. Todos eran buenos en mi casa, todos tenían buen corazón; pero Luisa y Ana tenían la burla en la masa de la sangre, especialmente Luisa, que la llevaba hasta el extremo con la mayor naturalidad y como sin malicia; mi madre, que era incapaz de hacer daño á una mosca, picaba inocentemente algunas veces hasta cierta profundidad, y el mismo Carlos, aquella alma santa, tesoro de generosa misericordia, tenía frases justas y al parecer muy sencillas, capaces de traspasar de parte á parte el orgullo más tupido.

*
* *

Me ahogaba en mi cuarto sin luz y sin aire, y como quien emprende la huida, salí por primera vez después de una semana y me eché á vagar por las calles. Era un día de nieve deshaciéndose: el suelo estaba cubierto de una capa gris y medio helada de varias pulgadas de espesor. Fui á cobrar mis bonos al Correo, y el dinero que recibí me hizo daño al mirarlo. Entré en San Eustaquio al salir de la oficina, y noté que hacía un poco menos frío que en la $\frac{1}{2}$ calle. Hice la señal de la cruz junto á la pila del agua bendita por antigua costumbre, pero no recé nada.

Hacía ya muchos meses que no había rezado. Tampoco me fijé en la iglesia, muy hermosa, á pesar del triste estado en que el gobierno la tenía. Me senté no

lejos de la puerta grande de la izquierda, y lloré sin darme cuenta del motivo de aquellas lágrimas. Aquella nave lateral estaba desierta, y no creo que hubiera tampoco nadie en la del centro; nunca las casas de Dios estuvieron más abandonadas que bajo el reinado de Luis Felipe. Al cabo de un rato me levanté porque tenía hambre, y pasé por delante de la estatua prosternada de la Virgen en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores.

Caí de rodillas involuntariamente y dije el *Sub tutum praesidium*, que Carlos me había enseñado cuando yo era rapaz: «Bajo tu amparo nos acogemos santa Madre de Dios: no desoigas nuestras súplicas en nuestras necesidades; mas líbranos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita!»

Debo añadir que todas las noches balbucía esta oración antes de dormirme, conforme á la promesa que tiempo atrás había hecho á Carlos... En aquel momento tuve quizá un vago deseo de elevar por fin y verdaderamente mi corazón á Dios, pero no cedí á él, y me fuí á tomar una sopa á un restaurant, después de lo cual continué mi *flaneo* melancólico patuqueando por la bazarrina.

Me detuve por casualidad delante de un gabinete de lectura, y me entretuve mirando los títulos de los libros amarillos, que provocaban á los transeuntes. Me tenté el bolso en que me pesaban mis treinta piezas de á cien suses, y me dije sin mucho entusiasmo: «¡No podría hacer cosa más estúpida que gastarlo en libros! Tratemos de hacer algo antes de caer al agua definitivamente!»

Era éste el latigazo final. La veleta de mi pobre cerebro daba otra media vuelta. Todos aquellos títulos de tomos en octavo, atestados de fruslerías á la moda, se me subían poco á poco á la cabeza. Alargué el paso para volver á ganar la calle de Aubri-le-Boucher, y recuerdo que los títulos de las novelas en boga me repicaban en los oídos por el camino como toques de campanas: ¡*El manuscrito verde!* ¡*Entre las once y las doce!* ¡*La caverna del muerto!* ¡*La danza macabra!* ¡*La noche del cementerio!* Era aquella la hora de la agonía romántica, y merezco aquí seguramente un premio de memoria por exhumar los títulos de todas aquellas lúgubres tonterías, enterradas desde hace tanto tiempo en lo más hondo del olvido.

Cuando llegué á casa de mi pastelera tenía ya trazado mi plan, el plan de mi suprema batalla. Pagué lo poco que debía; dije adiós á mi cuarto negro, sin echar siquiera una mirada al paisaje de la calle de los *Cinco-Diamantes*, y partí con el mozo de cordel de la esquina, que llevaba mi maleta. Pensaba yo irme á un barrio muy lejano para hallar un cuartito lo más barato posible y vivir en él del aire á poco menos, de modo que hiciera durar mis ciento cincuenta francos tres meses cuando menos, seis meses acaso. Estoy bien lejos de pretender que el buen sentido fuese mi fuerte, pero la realización de este sueño no era una cosa imposible: la caridad de Carlos, mi hermano, habfa hecho en otro tiempo una habilidad semejante, y aun más difícil.

Mi mozo y yo atravesamos todo el barrio de San Martín para llegar á la calle de San Antonio y á los contornos de la Bastilla, donde aún no aparecían las an-

chas aberturas que el segundo imperio había de practicar en ella. Un poco por bajo de la iglesia de San Pablo divisé una vía desolada que iba hacia la trasera del Arsenal; entré por ella, y me condujo por los antiguos terrenos del cercado real, donde Luis XII tenía sus jardines, hasta una calle como de provincia, enteramente desierta, en la que la hierba crecía abundantemente entre los adoquines. Al entrar en ella leí en la esquina el rótulo de *La Cerezal*, y al cabo de unos cincuenta pasos me detuve ante una casona deteriorada que tenía encima de la puerta un estrecho y largo balcón sostenido por columnas de madera pintadas de gris.

Había en el balcón carteles, muchos carteles, ofreciendo á los transeuntes departamentos pequeños, medianos ó grandes, cuadras, cocheras, almacenes, cuartos independientes y simples gabinetes.

Mientras miraba los rótulos, el portero, tan deteriorado como la casa, salió á la puerta; entramos en negociaciones, y cinco minutos después hacía yo subir mi maleta á un gabinete amueblado, de precio de doce francos al mes, que era una pieza enorme que tenía una chimenea ruinosa tapada con cascotes de yeso y tres soberbias ventanas, á las que faltaban varios entrepaños y trozos importantes de las vidrieras.

Incontinenti el portero, Jobret, improvisó las reparaciones más urgentes, pegando con obleas números de *El Correo Francés* en los cuadros en que faltaba el cristal. Él mismo me hizo la cama en un catre de tijera, y me ponderó mucho una estufa de hierro fundido que, según decía, quemaba muy poca leña. Me prome-

tió además reformar, poniéndole nueva paja, el asiento de la única silla existente, que estaba roto, y empalmó un bastón á la tabla que constituía mi mesa de escribir de modo que sirviera de cuarto pie. Era bastante buen hombre, y pienso que el alquiler de aquellas ruinas era el beneficio que percibía por cuidarlas.

Habida consideración al ancho espacio que iba yo á ocupar, no puede decirse con verdad que el alojamiento fuera caro, pues tenía derecho de pasearme á lo largo de la estancia desamparada, donde no había más que grietas, polvo y restos de las destrozadas ensambladuras curiosamente esculpidas en otro tiempo, y ahora hechas trizas y amontonadas en los rincones, donde el pavimento presentaba todavía alguna solidez. Había sido aquello un hotel, ó mejor dicho, las dependencias de un hotel, en tiempos en que M. de Sully, el general de la Artillería, alojaba á sus familiares en los alrededores del Arsenal; y un industrial había comprado aquellas ruinas para demolerlas y establecer allí algún comercio. Había sitio en abundancia; mis tres ventanas con vidrieras de papel daban á unos jardines más allá de los cuales se extendían las antiguas dependencias del convento de los Celestinos, que estaba convertido en cuartel de Caballería; la vista era magnífica y había aire puro en abundancia.

En cuanto me dejó el portero Jobret, después de haberme mostrado todas las bellezas interiores de mi dominio, abrí una de las vidrieras temblorosas que se me quiso quedar entre las manos, y me puse de codos á la ventana; experimentaba un considerable bienestar bebiendo el aire puro de fuera. El deshielo continuaba, el

tiempo estaba suave. Sonaban por todas partes toques de cornetas con sus alertas alegres y fanfarrones, mientras que un rayo de sol hacía brillar la simulada batalla de los húsares que maniobraban en los vastos patios de los Celestinos. Me sentí renacer; todo aquello por el momento me agradaba mucho, y en mis disposiciones optimistas calculaba que aquellas llamadas y aquellos movimientos belicosos á una justa distancia, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos de mí, habían de sacudirme la somnolencia, haciendo en mí el efecto que en un reloj parado hace la primera vuelta de la llave que le dá cuerda.

¡Qué lástima me daba ya la prisión de mi pastelera! El implacable paredón de la calle de los Cinco-Diamantes se levantaba ante mi alegría para desaparecer inmediatamente, como una decoración de teatro que cambia de vista, y mostrarme la escampada llanura en donde quinientos soldados de Caballería, cruzando sus líneas rápidas, lo mismo que un párrafo entrelaza sus trazos, corrían en sonoro y gracioso galope. ¡Además tenía yo 150 francos en el bolsillo, con los que podía vivir allí el tiempo necesario para escribir media docena de obras maestras!...

Bueno; pues no escribí obras maestras, como puede suponerse; pero es lo cierto que trabajé honrada y valerosamente. La enfermedad de mi espíritu había tenido fin. Estaba desembrujado. En las primeras semanas pasaba quince ó dieciséis horas de un tirón de codos sobre la mesa escribiendo; y eso que solía tener frío, mucho frío; la lluvia entraba en mi habitación con el viento, y el monótono ruido de las cornetas ya no me

divertía como al principio; pero continuaba escribiendo con heroica obstinación.

¿Era bueno lo que escribía? Algo había bueno. *La Revista de París*, de M. Buloz, publicó una fantasía titulada *El club de las focas*, que hizo bastante ruido, y de la que se han hecho después innumerables ediciones. No cobré nada por ella, porque *La Revista de París* no pagaba nunca el primer artículo de un autor nuevo. Verdad es que casi nunca le publicaba el segundo.

No es mi intención enumerar mis trabajos en todo el tiempo, bastante largo, que me duraron los 150 francos. Pero lo cierto es que no gané absolutamente nada, ¡y eso que escribí un número inconcebible de cuartillas! En las últimas semanas vivía de un gran queso de Holanda que había comprado en el mercado, haciéndome este razonamiento: no dejaré de tener todos los días dos suses para pan.

El razonamiento no resultó cierto. Tenía todavía más de una cuarta parte del queso cuando ya carecía del pan y de cualquier otra cosa que pudiera vender para comprarlo. Comí queso sin pan el primer día que me faltó éste, y continué escribiendo; el segundo día hice lo mismo; el tercer día me sentí mal en el momento en que llevaba el queso á la boca. Todavía tenía un gran trozo; pero la repugnancia que dió en excitar en mí desde entonces era invencible.

Me acosté, porque las náuseas atormentaban mi pobre estómago, debilitado ya por tan largo ayuno, y me dije: «Puede ser que me vaya á morir de esto»; pero esta idea no era ni seria ni sincera. No creía yo que se-

mejante desenlace fuese posible; y en efecto, en cuanto me acosté cesó todo malestar. Me dormí, y tengo recuerdo de que al cerrar los ojos me tranquilizaba pensando: «Si estuviera en peligro me ocurriría la idea de llamar á un cura».

Cuento esto para dejar bien establecido que nada me separaba de la Religión sino mi indiferencia, que había pasado á ser arraigada costumbre. Llamar á un cura en el último momento me parecía una cosa natural y sencilla; pero esta sumisión, apenas razonada, á las impresiones de mi niñez, no levantaba, ni por asomo, mi pensamiento hacia Dios. Yo era un neutro, y añadido que esta indiferencia es quizá el foso más profundo que puede cerrar al alma los caminos de la salvación. Como obstáculo, es decir, para estorbar, no hay nada que resista tanto como la inercia; y nuestros modernos ingenieros militares han tenido razón en sustituir las murallas de sillería de granito con la tierra removida. Un criminal franco, un perseguidor, hasta un ateo, está frecuentemente, sin saberlo, próximo á la gracia; su rebeldía es una cima, una punta que atrae las misericordias del rayo; pero el indiferente, bien puede viajar en dirección á Damasco sin que ninguna bienhechora catástrofe le derribe jamás en el camino.

*
* *

Continuaba acostado el cuarto y el quinto día, durante los cuales no había comido absolutamente nada. Estaba como entumecido y sufría poco. La mañana del sexto día me desperté muy débil, más aún de espíritu que de cuerpo, al sentir un ruido cuya naturaleza no

conocí al pronto. Comenzaba á clarear el alba. El invierno había concluído. Estábamos en los últimos días de Abril, y sin embargo, experimentaba yo una sensación de frío extremadamente vivo, que me fué explicada por un golpe de viento tan crudo, como si estuviese durmiendo á la estrella. Me pareció que aquel viento arrastraba consigo torbas de nieve.

Creí soñar, por de pronto, y atribuía aquella pesadilla á la fiebre, cuyo escalofrío me hacía dar diente con diente. Pero no soñaba: la nieve me azotaba la cara verdaderamente, y había caído sobre mí tal cantidad, que al derretirse había empapado y encharcado la ropa de cama.

Se repitió el ruido con tal fuerza que me espabiló completamente, y me senté en la cama, tiritando como estaba, y pasmado hasta la médula de los huesos. Pensé que el viejo y destartado casón se derrumbaba sobre mí. En efecto: á los primeros albores del crepúsculo vi que una de mis ventanas se desplomaba en medio del mayor estrépito, mientras las otras dos, que tenían todos sus cuadros de papel deshechos por la tormenta, dejaban pasar la nieve en verdaderos torbellinos. El viento penetró en tempestad por la nueva abertura, más ancha que las otras; todo crujió en redor de mí: las puertas de las habitaciones ruinosas que confiaban con la mía golpeaban sin cesar como si alguno las sacudiera con toda la fuerza de su brazo.

Con lo poco que me restaba de voz grité: ¡socorro! pero apenas me oí yo mismo. El huracán había entrado al asalto, colérico y rabioso. La puerta vacilante situada al lado de mi cama se vino abajo y quedó deshecha.

en menudos pedazos de madera carcomida. La pieza enorme que cerraba tenía sus ventanas descuajaringadas como las de la mía; la corriente de aire y de nieve se lanzó por esta nueva vía, y llegando á su colmo el bamboleo del edificio, se rompieron un sin número de tablas viejas rechinando y dando chasquidos horrosos.

No era aquello en rigor más que un nubarrón de Marzo que se había retrasado hasta Abril; pero un nubarrón monstruo que anduvo cerca de hacer concluir por un brusco naufragio la pobre y oscura travesía que estaba yo haciendo por el Océano de la vida. No me fiaré mucho de mis impresiones de aquel momento, porque mi cerebro casi no regía, y lo que queda en mi memoria es como un *totum revolutum* de febriles locuras; pero me fué dado volver á ver aquel miserable alojamiento después de haber recobrado la salud, y declaro que no había allí nada en pie. Aquello era todo una ruina, un conjunto de astillas, de retazos, de escorias amontonadas ó esparcidas entre lodo en ciega confusión. Parecía que un río desbordado había pasado por encima de una demolición desparramando los escombros.

La borrasca había comenzado, sin duda, mientras yo dormía; el viento venía del Sur, lanzando la lluvia y la nieve sobre los cuadros de papel que reemplazaban á los cristales en las ventanas; éstas habían ya resistido muchas rachas de viento, pero todo tiene un término: un cuadro de papel humedecido acabó por ceder, después dos, después tres, y una vez establecidas así las corrientes del aire, la tarea fué fácil y rápi-

da. Yo me había despertado en lo más fuerte del estruendo, cuando la habitación, abierta por todas partes, fué invadida por la nieve. Á partir del momento en que la puerta colocada detrás de mí se desplomó, y en que el torbellino pasó por encima de mi cabeza, ya no vi más que abominable confusión.

Hay que darse cuenta de mi estado: yo no sabía nada de lo que me sucedía, ni estaba siquiera bien seguro de estar despierto y de no sufrir el paroxismo del delirio de los hambriados: todo mi sér desfallecía por la falta prolongada de alimento, por el frío, por un malestar profundo, un vacío, una angustia que no me explicaba en aquel momento, y el terror aplastante que me anonadaba no tenía, para mí, nombre definido. Me parece que balbucí mi *Sub tuum praesidium*, sintiendo llegar mi última hora y llamando en mi ayuda á la Santísima Virgen, pero no me atrevería á afirmarlo.

Debí tratar de levantarme; de esto me parece que estoy más seguro, puesto que se me encontró, algunas horas después, tendido sobre el pavimento, en medio de escombros de toda clase, entre la nieve medio derretida, y tengo, en efecto, una vaga memoria del largo esfuerzo que hice para abandonar mi lecho bañado en agua congelada, pero recuerdo de mi caída misma, y de lo que á ella se siguió, no conservo absolutamente ninguno.

¿Cuánto duró mi desvanecimiento? Una buena parte del día, según parece, pues en el instante que volví á abrir los ojos los hirió el sol del medio día. Hacía buen tiempo. Estaba todavía tendido sobre la bazzarina, á tres ó cuatro pasos de mi cama, enfrente justamente

de la ventana arrancada; sólo me habían puesto una almohada bajo la cabeza, y oía en torno mío un verdadero concierto de necedades. Mi habitación estaba casi llena de vecinos y de curiosos: la calle de La Cerezal acudía toda entera al espectáculo. El débil movimiento de mis pupilas, vueltas á cerrar apenas se habían abierto, no fué notado por nadie; y los asistentes, comerciantes en pequeño y rentistas no muy en grande, continuaron tranquilamente su conversación bien animada, cuyo asunto era MI MUERTE. En efecto: la primera frase oída por mí fué ésta, que pronunciaba una mujer vieja tentándome los pies desnudos:

—Ha debido *irse* muy de mañana, porque está ya frío como el mármol. ¿Se ha avisado ya á la policía de que hay aquí un muerto?

Otra mujer habló del cura, añadiendo:

—Aunque esto sería como la mostaza después de comer; éste ya ha partido y ya ha llegado... ¿Qué ha dicho el médico?

—El doctor no ha venido todavía—respondió la voz de Jobret, mi portero-propietario que estaba detrás de mí.—He llamado á uno bueno.

—¿A quién?

—A ese que trabaja con su sortija.

Hubo un murmullo de aprobación; era allí muy conocido aquel médico.

—No debía tener más de veinte años—dijo la vieja hablando de mí.—¿En qué se ocupa? ¿Qué hacía?

Mi portero la contestó:

—Nada. Manchaba papel de día y de noche.

—¡Pobre joven!—se dijo en todo alrededor.

Jobret añadió:

—No se debe de ganar mucho en eso, seguramente. Más de una vez he tenido que subirle parte de mi sopa...

Esto no era cierto, y yo quise protestar. Este fué el primer esfuerzo de que tuve conciencia; pero no me produjo resultado alguno: mis labios rígidos no se bollaron y ningún sonido salió de mi garganta. Traté entonces de mover los brazos, que se resistieron igualmente, y mis párpados tampoco pudieron abrirse por segunda vez. Mi última comida tenía cinco días de fecha... Todo el resto de mi cuerpo estaba igualmente inerte. La idea de una parálisis general me rozó el cerebro; pero la inteligencia estaba en mí tan deprimida, que tuve miedo de estar verdaderamente muerto. Seguía entendiendo, sin embargo, y pensando, pero no experimentaba sensación alguna, y lo más extraño es que no tenía ni hambre ni frío.

—Es chocante—repuse mi portero Jobret, que se inclinó sobre mí;—parece que ya se va poniendo verde.

Esto me dió algo de pena; pero en aquel momento gritaron hacia la puerta:

—¡Aquí está el médico de la sortija, el doctor Chenoux, que se hace anunciar como brujo en los periódicos!



VI

El milagro de la sortija.

En el instante en que era anunciado el famoso doctor Chenoux hubo en la concurrencia una ondulación seguida de silencio, y alguien hizo una entrada que me pareció solemne. Este alguien vino derecho á mí, y dijo antes de examinarme:

—¿Puede tenerse idea de semejantes salvajerías en la capital del mundo civilizado? ¡Un muerto de frío... y de hambrel ¿Es que el Sena se ha desbordado por aquí?

—Dice bien—declaró la vieja;—el hecho es que parecen éstos los fragmentos de una barraca de feria echada al agua, y *pescada* otra vez. Mirad cómo ha pasado el nubarrón á través de todo esto. No daba yo veinticinco suses por la cabaña entera.

El doctor dejó mi brazo, que tentaba, y apoyó su oído contra mi pecho, diciendo á media voz:

—¡Felizmente traigo mi sortija!

Debo confesar que la concurrencia no se ocupaba ya mucho ni de él ni de mí, porque mi portero, tomando con autoridad la defensa de sus ruinas, respondió á la vieja en tono profético:

—No es ésta la mejor ocasión de rebajar el valor del inmueble, en el momento en que *esos señores* le visitan

para su negocio, que va á poner el barrio á flote y á triplicar de súbito el precio de los terrenos de alrededor.

—¿Qué señores?—preguntaron muchas personas á un tiempo.

—Las personas del coche, aquí presentes en la casa; los empresarios que han pagado por mirar en los planos de la villa. Vosotros no habéis oído nunca hablar del bulevar de Enrique IV, ¿no es verdad? Pues bien; pasará justamente por aquí, por donde estamos, cortando del hotel Lambert á la columna de Julio por el futuro puente Sully. Esto no se hará en esta semana; pero está ya trazado en el plano desde largo tiempo. París va á salirse del circuito de la Bolsa para venir hasta el Arsenal, y una heredad de mil escudos producirá veinte mil libras de renta entre la calle del Amizclero y el Canal. Uno de esos señores es quien ha descubierto al pobre joven difunto al reconocer y medir el terreno para establecer la gran fábrica; entonces me ha llamado para que subiera, y como me llamó desde el balcón y yo estaba á la puerta de abajo, toda la calle se ha enterado de que había una desgracia, y la gente ha subido tras de mí, muy contenta de ver los estragos y la catástrofe... Lo cual no impide que esos señores hayan comprado la barraca en algo más de veinticinco suses, yo os lo aseguro, yo que voy á ser el conserje de la fábrica que se funda con un capital de 1.800.000 francos. ¡Nada más que eso!

Todavía no se contaba entonces por centenas de millones, como ahora. Se produjo no poca emoción entre las gentes de la calle, á quienes la futura vecindad de la fábrica interesaba; pero la atención general se vol-

vió hacia mí bruscamente porque el doctor decía en alta voz, levantándose:

—Habéis de saber que este pobre muchacho no está muerto.

Inmediatamente se formó un círculo en redor de nosotros dos, y el doctor añadió:

—Es una fortuna que hayan ido á buscarme á mí... Ya he resucitado otros muchos con mi sortija bio-eléctrica...

No sé yo si la vieja sería una comadre del médico; pero ella exclamó al punto:

—La sortija bio... no sé bien cómo concluye el nombre, pero es una invención que ha comenzado á venir anunciada en mi periódico todos los días junto á los biberones de Darbo y los cigarrillos de Raspael. Yo desde luego atestiguaré si se quiere que he tentado los pies del joven y estaba rígido como un santo de yeso.

Varios opinaron en este sentido, y mi resurrección no fué ni siquiera puesta en duda. No hay nada que excite la desconfianza de los burgueses más que los verdaderos milagros hechos por Dios. Aquí por lo demás la operación había sido hecha con destreza y muy limpiamente. Mientras me auscultaba el pecho el doctor Chenoux había deslizado en mi dedo del medio una sortija formada de dos metales visiblemente distintos, y mientras que los ambiciosos indígenas de la calle de La Cerezal escuchaban el poema de mi portero prolongando los esplendores del bulevar de Gante hasta la isla de San Luis, el astuto Chenoux había destapado junto á mis narices un diabólico frasquito que

contenía no sé qué farmacopea capaz de hacer saltar el cerebro de un rinoceronte. Yo respiré aquello, sufrí un sacudimiento terrible, y en el momento en que Chenoux mostraba en mi dedo su famosa sortija bio-eléctrica, anunciada en todos los periódicos como poseedora de maravillosas propiedades, me levanté del suelo dando un salto de trucha acompañado de un resonante estornudo, y dije mirando por primera vez á la multitud creciente que me rodeaba:

—Un pedazo de pan es lo que yo quisiera.

La mayor parte de las mujeres se lanzaron á la escalera abajo, y dos minutos después tenía yo que escoger entre media docena de platos de sopa que me ofrecían por la derecha, y por la izquierda, y por todas partes. El doctor Chenoux, en medio de un grupo de crédulos no muy satisfechos de la propia salud, explicaba cómo había él diagnosticado á primera vista mi muerte por inanición, aun cuando mi permanencia sobre la nieve medio derretida hubiese podido apresurar el funesto desenlace. Enumeraba sus más recientes curas, que eran auténticas, y en verdad muy sorprendentes; con lo cual vendía sortijas á las voladas, y repartía prospectos abundantemente.

Yo había creído en el primer instante que me iba á tragar todos aquellos platos de sopa en menos tiempo que lo que se gasta en decirlo: las encontraba un excelente olor; pero la caritativa buena voluntad de mis vecinas, que eran todas amigas más en aquel momento, no tuvo necesidad de poner freno á mi voraz apetito; y cuando Chenoux las gritó de lejos:—No le hagáis atragantarse,—ya había yo rechazado mi primer plato

apenas empezado: á las tres cucharadas, el estómago se me negó.

Traté de tenerme de pies, pero temblaba y me tambaleaba; se me obligó á sentarme en un sillón todo remendado de Jobret, que le había subido precisamente expreso para mí de su habitación, y volví á perder el conocimiento; en tanto que mis bienhechoras barrían en un poco de sitio alrededor de mí, y me ponían paja debajo de los pies. Chenoux me hizo volver en mí con la ayuda de su talismán y de algún otro medio menos milagroso. En el momento en que me despertaba le oí pedir noticias de mí al portero Jobret, que le respondió:

—Ha hecho usted una bonita cosecha con la sortija, tanto mejor para usted; pero mi inquilino no estaba tan hambriado como todo eso. La prueba es que acabo de encontrar en su alacena un trozo de queso de Holanda como la mitad de mi cabeza. Me debe su alquiler, ¿sabe usted? y es bien seguro que no le pagará á usted su resurrección en billetes de Banco, mas puesto que escribajea, si adornara un poco la historia de la sortija para los periódicos...

—¡Que dé testimonio de la verdad desnuda;—le interrumpió Chenoux con dignidad,—y yo le hago entrar en el hospital, pues no puede quedar aquí esta noche; y si su artículo es de ruido, no solamente le hago merced de mis honorarios, sino que le asisto gratis á perpetuidad! Yo soy así.

No fuí al hospital. Había en la misma calle de La Cerezaal otra casa vieja, más pequeña que la de Jobret, y menos ruinoso, donde moraban dos modestas familias: en primer lugar, un antiguo soldado de Napoleón, que vivía de su retiro de comandante... con su mujer, ya muy vieja, y su hija, viuda de un músico, la que escribía artículos para los periódicos de modas. No he visto nunca mejor gente. Chenoux era considerado como un profeta en la familia á causa de los reumatismos del anciano jefe, que creía en la sortija bio-eléctrica. Este se apellidaba Déniel, y su hija viuda se firmaba con el apellido de su marido difunto, madama Lacroix. La segunda familia, igualmente honrada, compuesta de una madre, un hijo y una hija, tuvo una grande influencia sobre mi vida. He puesto en escena en otro tiempo aquella aventura terrible y emocionante en que tuve la desgracia de estar mezclado. Aquí, me lo he prometido á mí mismo, nada diré de aquellas horas en que el alma humana camina en medio de la tempestad de las pasiones. Ni las lágrimas mismas podrían expiar estos poemas de la juventud que se extravía, si el arrepentimiento no extiende sobre ellos el doble velo del silencio y de la oscuridad. Dios no perdona más que los recuerdos mudos, á los cuales la penitencia cava una tumba inviolable.

El comandante, su mujer y madama Lacroix conocieron la historia de mi resurrección por Chenoux, que en su buen deseo de dar, gracias á mí, una sonora autenticidad á su «milagro», me pintó á sus ojos como una especie de Chatterton, á quien una protección ilustrada abriría un excelente porvenir.

Les propuso hasta pagar él mi pensión sabiendo que no corría peligro de que le cogieran por la palabra, pues los conocía bien. Y en efecto: el viejo matrimonio y su hija madama Lacroix, emocionados por el cuadro de mi lucha solitaria, vinieron á buscarme á mi barraca derribada y me llevaron consigo. Tuve en su casa asiento á la lumbre y á la mesa, como si fuera hijo de la familia. El artículo del milagro fué escrito por mí en cierto modo bajo el dictado de Chenoux, porque yo no me acordaba de nada. No quise firmarle por no darme en espectáculo, pero madama Lacroix consintió en poner al pie su nombre, y le llevó á *La Sylfide*, órgano del «mundo elegante», donde fué insertado é hizo algún ruido.

La Sylfide, muy bonito cuaderno de papel satinado, había sido fundado poco antes, y era el «primer negocio» de un periodista, después muy famoso, que ha gozado en nuestros últimos tiempos de una influencia verdaderamente extraordinaria. Madama Lacroix me puso en relación con él, y se estableció entre él y yo, no diré que una amistad estrecha, pero sí un compañerismo que ha tenido sus altos y bajos á través de los años. Era un hombre de dinero, pero no un mal hombre. Si hizo algún mal, como todos hacemos, también hizo no poco bien, y la grande ayuda que aportó recientemente á la obra de San Vicente de Paúl, de Auteuil (1), le valió la inestimable gracia de la buena muerte.

(1) Nuestra Señora de la Primera Comuni6n, asilo de hu6rfanas del abate Roussel.

La Sylfide publicó también mi novela bretona *Rolán-pie-de-Hierro* (1), y otras muchas novelas cortas que casi todas habían sido compuestas, antes de mi naufragio, en mi cuarto de las tres ventanas con *vidrieras* de números de *El Correo Francés*. La sacudida había sido muy dura; había yo padecido demasiado, material y moralmente, para que en mi salud no quedaran huellas; estuve mucho tiempo lánguido, falto de apetito y de sueño, pero el valor me fué volviendo, y mi juventud al fin se sobrepuso. Hice uso feliz, aunque tardío, de las cartas de recomendación de Carlos, que me dieron entrada con algunos eclesiásticos distinguidos y con varios miembros del partido legitimista; llegué á ser uno de los redactores ordinarios de *La Cotidiana* (hoy día *La Unión*), dirigida entonces por el yerno de Carlos Nodier, de *La Francia*, que el señor Girardin no inspiraba todavía entonces, y sobre todo de *La Unión Católica*, que se refundió con *El Universo*.

Mi literatura tenía un color bastante incisivo; era yo cristiano de pluma y hasta *Chuan* (legitimista insurrecto) bajo Luis Felipe; pero esto brotaba de mi escritorio solamente, y á lo sumo puedo decir que era cosa de mi naturaleza y de mi gusto artístico, inclinado á todo lo que hacía oposición al diluvio de necedades burguesas, cuyos primeros síntomas había aborrecido en casa de Duverdieux.

El corazón no entraba por mucho en esa mi manera de escribir, ni tampoco el verdadero sentimiento

(1) Reeditada por Victor Palmé,

religioso. No sé siquiera si me ocurrió una sola vez agradecer á Dios profundamente las gracias tan manifiestas de que me había colmado en mi situación tan desesperada.

Las cosas habían cambiado rápidamente. Al cabo de muy poco tiempo pude despedirme de los Déniel y de madama Lacroix, diciéndoles con verdad que ya estaba en estado de sostenerme á mí mismo. Les hice un regalo, mal escogido, ciertamente, y que quizá les hiriera, porque valía bastante dinero. Antes de esto había ya devuelto á nuestra casa de Bretaña los últimos 150 francos de mi madre y de Carlos, en una carta más bien orgullosa que tierna, que contenía esta frase imbécil: «Ya os había dicho que vencería». Mi éxito, sin embargo, no estaba todavía del todo bien marcado; pero lo poco que ya tenía me hinchaba, y en el cuartito que alquilé, en la proximidad de los periódicos donde escribía, puse muebles de mucha apariencia aunque no me costaron caros.

Antes de cerrar este capítulo, que apenas está compuesto más que de omisiones, quiero decir, al menos, que continué siempre siendo amigo de mis buenos y queridos Déniel y de su hija, la viuda de Lacroix, que todavía vive. El «famoso» brujo Chenoux no hizo fortuna á pesar de mi artículo. No pudo pagar sus anuncios, y murió en Santa Pelagia. Después de él muchos otros doctores han inventado la electricidad. El portero de mis ruinas, Jobret, tuvo mejor éxito y fué conserje, y después empleado, y después condueño de la fábrica de «aquellos señores» que hacían bronceos é indecentes, de esos que se venden como objetos

de arte; y acabó por ser verdaderamente propietario de una casa construída al lado de la fábrica, en el sitio mismo adonde toda la calle de La Cerezal acudió á ver mi resurrección. Esta casa da al bulevar de Enrique IV, que él había predicho, pero que todavía no ha traído todas las elegancias de París á los alrededores del Arsenal.



VII

Algunos de mis folletines.—Mi grave enfermedad y mis desposorios.

No son mis memorias lo que escribo, que no interesarían á nadie; pero debo decir en pocas páginas cuál fué mi carrera literaria y cómo dió principio mi éxito, antes de abordar el verdadero drama que es asunto de mi libro. *El Correo Francés*, periódico doctrinario liberal, cuyos números habían tapado mis ventanas sin cristales, vino á visitarme una mañana á mi gabinete, pobre todavía, pero muy mono. *El Correo Francés* costaba entonces 80 francos al año, como todos los demás periódicos políticos «grandes», y su tamaño era justamente la mitad del de los periódicos de hoy día. La dirección de León Foucher, que había de ser más tarde ministro del primer presidente de la República, le había dado notoriedad pero no prosperidad.

Estábamos en la aurora de la gran boga de las novelas en folletín, y el *Diario de los Debates* acababa de publicar los *Misterios de París*, de Eugenio Sué, que habían doblado su número de suscritores. *El Correo Francés*, soñando con una especulación parecida, había encargado los *Misterios de Londres* á un escritor demócrata, hermano de un astrónomo ilustre, cuyo ape-

llido lleva hoy uno de nuestros embajadores. El escritor había hecho la novela y la había remitido, pero el periódico no la había aceptado.

Yo, por mí, tenía en curso de publicación mi segunda novela bretona *El Lobo Blanco* (1), que era celebrada hasta cierto punto. La visita del *Correo Francés*, representado por Anténor Joly, su director literario, tenía por objeto hallar en mí quien reemplazara al hermano del astrónomo. Tuvimos al pronto algún trabajo para entendernos; Anténor Joly hablaba muy bajo, cuando no voceaba estentóreamente: estaba sordo como una tapia. Sin embargo, con ayuda de unos papeletos, que él llevaba siempre consigo en abundancia, las negociaciones concluyeron por tomar carácter inteligible; él cuchicheaba ó gritaba, yo respondía por gestos ó por escrito. Era un hombre fino, muy entusiasmado; había leído *El Lobo Blanco* la víspera; sus ofertas fueron, del primer golpe, seductoras, y luego dió respuesta satisfactoria á todas mis objeciones.

No tenía yo las opiniones del periódico, y se lo dije. El me respondió: «Usted seguirá teniendo sus opiniones propias, que serán respetadas». Me repugnaba venir en cierta manera á continuar la obra de un escritor célebre, tomándole la mitad de su título. «Lejos de imitarle—se me dijo—le combatirá usted; usted es bretón y católico, y nosotros damos carta blanca á sus severidades contra el protestantismo y contra Inglaterra.» En fin, yo no conocía á Londres más que por

(1) Reeditada por Victor Palmé (Colección de mis obras expurgadas).

mis innumerables lecturas, y se me prometieron montañas de descripciones y reseñas de Londres, y *El Correo Francés* se comprometió á pagar para mí los gastos de un viaje de príncipe que recordaría aquel de Guillermo el *Conquistador*. Yo había de tener una casa como los más encopetados tenores de la diplomacia, y mis «agregados» estarían encargados de corromper la policía londinense para que «la gran Babilonia», sentada como una gran pesadilla sobre el pecho de Irlanda católica, no pudiera ocultarme ninguna de sus llagas secretas.

Sólo me se puso una condición: era preciso comenzar en seguida; el primer capítulo había de aparecer antes de concluir la semana.

¿Tendré necesidad de decir para disculparme que era un muchacho? El pensamiento de correr por encima del pabellón británico se me subió á la cabeza violentamente. No miré ni los peligros ni las dificultades de la empresa. Acepté, prometí y firmé un tratado. Anténor Joly me contó más dinero, quizá, del que yo había visto en toda mi vida, y un cuarto de hora después mi pluma galopaba sobre el papel.

Es cierto, no digo que no: semejante salto, tan poco mesurado, merecía una caída; pero yo me sabía de memoria mi *Revista Británica*, como todo lo que se publicaba en Londres, en Edimburgo, en Glasgow. No conozco un hombre que haya abierto tantas páginas como yo. Además yo adoraba el arte cristiano, admiraba apasionadamente á O'Connel y tenía contra la molicie calvinista, contra John Bull, verdugo de Irlanda, contra el azote de la conquista comercial un odio ardiente y

profundo... ¡*Mont-joie, Saint-Denis!* (1). Tomé carrera con los ojos cerrados y salté por cima del foso, todo asombrado yo mismo de no haber caído en él de cabeza.

¿Era bueno aquello que improvisaba así á la carrera y sin reflexión? Respondo que *no* con toda sinceridad; pero yo era impetuoso, era joven, y estaba saturado de una burla corrosiva y despiadada. Hubo en mi obra lujo de sarcasmos, y lo cierto es que metió mucho ruido.

No creo que sea posible encontrar hoy un solo ejemplar de aquella primera edición de los *Misterios de Londres* publicada bajo el seudónimo resonante de *Sir Francis Trolopp*. El libro ha sido reimpresso después hasta la saciedad; nadie podrá contar las ediciones. Ha sido corregido, retocado, refundido por mí frecuentemente y siempre muy mal. No forma parte de la colección de mis obras expurgadas. Espero meterle en ella algún día, ó suprimirle del todo si no soy capaz de hacer de él un buen libro.

El éxito fué inaudito; mi seudónimo se hizo europeo en unas cuantas semanas y traspasó el Océano. Anténor Joly me traía á montones las diatribas y los ditirambos que la prosa de *Sir Francis* suscitaba. La prensa inglesa echaba espuma; los norteamericanos, por el contrario, se alegraban y nos enviaban sus periódicos arrayetados de rótulos formidables erizados de admiraciones: ¡¡¡ACONTECIMIENTO POLÍTICO!!!... ¡¡¡ESPANTOSAS RE-

(1) Grito antiguo de guerra en Francia, parecido á nuestro ¡*Santiago y á ellos!*

VELACIONES!!!... |||DESCUBRIMIENTOS DE LA MÁS ALTA IMPORTANCIA!!!... |||INGLATERRA DESENMASCARADA!!!... Allá, todo lo que decía *Sir Francis Trolopp* se tomaba en serio, hasta las burlas más arriesgadas...

Al momento la obra fué traducida en todas las lenguas, y la falsificación belga pasó el texto Francés á Ruisa en cantidades prodigiosas.

Entre la primera y la segunda parte de mi relación, cuando hice mi famoso viaje de embajador, con «mi casa» era yo casi un personaje y tuve asalariado mi agente de policía, que me mostró cosas innobles, pues las noches de Londres son todavía más sórdidas que las de París. Por dicha, el arte podrido cuya liquefacción empapa hoy día las plumas realistas no había sido todavía inventado para timbrar con el sello de la deshonestidad suprema la literatura republicana. Hice yo una selección (¡ay de mí! muy poco severa) y no manché el papel con todos los anglicismos que me habían sido exhibidos mediante pago. Mas á pesar de esta reserva, el Londres de aquel tiempo presentaba tal riqueza de *misterios* grotescos ó terribles, era Inglaterra tan poco y tan mal conocida entre nosotros, que ciertas cosas, como las miserias irlandesas del barrio de San Gil, por ejemplo, espantaron la conciencia de los parisienses, que siguieron con estupefacción el espectáculo de aquella hambre mortal, contagiosa como el cólera y matadora por montones de aquellos millares de desterrados en las cuevas de la parroquia maldita, á dos pasos de la calle de Oxford, la soberbia; muy cerca del Strand, inundado de millones; muy cerca de la Cité, donde el tráfico obeso revienta de apoplejía como un

saco demasiado repleto de oro, y muy cerca también de la iglesia de San Pablo, cuyo deán protestante come más dinero del que se necesita en Francia para pagar á los ocho ó diez hombres de Estado que componen un Ministerio! La golosura pública se echó sobre estos contrastes á pesar de la tendencia católica del libro, muy pronunciada desde el punto de vista del arte, y Río Santo, mi héroe, tratando de crear una Irlanda viril para lanzarla contra la tiranía inglesa, llegó á ser el «león» del día hasta en Londres.

Fué un éxito completo y muy sonado. El *Correo Francés*, tan helado de ordinario, tuvo su hora de boga calenturienta, y la especulación que había intentado con mi nombre desconocido fué afortunada y feliz hasta tal punto, que todos los directores de periódicos asediaron mi puerta.

Permanecí fiel á Anténor Joly, y al año siguiente le di una gran novela parisiense de tanto éxito como se necesitaba para poder desenmascararme con esplendor y poner mi verdadero nombre en lugar del seudónimo. No diré aquí el título de esta novela, que he rescatado de los editores y la he suprimido; no se la encontrará ya en ninguna librería.

Al otro año de más adelante Joly tuvo la dirección literaria de una inmensa hoja que tuvo un éxito fulminante y efímero. Se llamaba *La Época*. El señor Granier de Casgnac, el padre de Pablo, nuestro valiente orador, era su redactor en jefe, y Mirés hacía los fondos. Yo les di *El hijo del Diablo*, drama rabioso, gran barullo de aventuras, al cual se le prodigó una publicidad verdaderamente extravagante. No diré nada

de la novela, que hizo muchísimo ruido y levantó á *La Época* en unas cuantas semanas. Era seguramente mucho menos notable que la publicidad que se hizo en su redor, de la que las personas ancianas de París se acuerdan todavía. Las paredes fueron tapizadas de un cabo á otro de la ciudad con gigantescos anuncios pintados por un procedimiento del todo nuevo, y que se veían desde una legua. Eran éstos, verdaderos cuadros de color llamativo, representando el combate de *los tres hombres rojos* delante del lecho de la condesa Margarita. No se habían visto, ni se volvieron á ver, anuncios semejantes; costaban un precio loco, pero alistaban los suscritores por batallones. Figuraos: ¡*Los tres hombres rojos!* ¡Leéd *La Época!*... Yo, en realidad de verdad, no me metí en ello para nada.

Entre tanto llegó el Carnaval. Anténor Joly tenía el genio del reclamo, y Mirés no *regateaba*. Se hizo construir un carro monumental... ¿Era un carro ó un palacio con ruedas? El interior, decorado como un teatro, representaba una sala gótica del antiguo castillo de Bluthaupt, donde estaba el lecho de la condesa, rodeado de tapices con escudos de armas. Los tres hombres rojos estaban allí de pie bajo los largos pliegues de sus mantos de escarlata. Ocho hermosos caballos con lujosos caparazones arrastraban el carro, que iba seguido de toda una caballería muy brillante, representando los vasallos del conde Gunthero, ó más bien los de la *Época*, porque cada paladín llevaba un nombre de escritor de fama sobre su escudo, y la multitud que celebraba el Martes Gordo creía ver desfilar delante de ella en carne y hueso á los escritores favoritos del folletín,

Mery, Gozlan, Roge de Beauvoir, y hasta la buena Jorge Sand, que no sospecharía allá en el fondo de su mirada del Berry el audaz abuso que se hacía de su nombre. Hubo comienzos de procesos, pero Anténor Joly era poderoso porque todo el mundo le quería, y pudo refugiarse tras la disculpa del Carnaval.

Yo no sabía nada de todo esto: sólo se me había dicho que *La Epoca* y *El Hijo del Diablo* serían dos coches que figurarían en la mascarada, lo cual no me importaba gran cosa. Cuando bajaba al jardín de las Tullerías, por mi paseo acostumbrado, fui detenido en la plaza de Vendome por la innumerable multitud que rodeaba el cortejo. Al pronto no supe de lo que se trataba; pero millares de voces que aullaban el título de mi libro me abrieron los ojos en seguida. Caía ya la noche; de pronto hubo una explosión musical: las dos orquestas que acompañaban al carro estallaron á la vez tocando la obertura de *Robin-des-bois*, mientras las antorchas se encendían alrededor, y el salón gótico resplandecía iluminado.

Entonces, en medio de bravos frenéticos, ahogando los ¡ah! ¡ah! los silbidos y los cantos de gallo, se prendió una rueda de fuegos artificiales, en la que se destacaron pronto estas palabras: ¡LEED LA EPOCA!, encima de la cama, cuyas cortinas se abrieron ampliamente, y se vió rodeado de gloria el cuadro-anuncio de Anténor Joly, que vivía, puesto en escena espléndidamente; el famoso cuadro-anuncio tan conocido como el obelisco de Luqsor, ó la cúpula de los Inválidos: el asesino, envuelto en negro manto blandiendo su cuchillo sobre el niño, la admirable hermosura de Margarita, acostada

con el recién nacido hijo del Diablo en sus brazos, y los tres hombres rojos de la leyenda, aparición heroica, inmóviles, silenciosos, poniendo sus espadas desnudas delante del hijo y de la madre.

Había lo menos diez mil personas en la concurrencia, y este espectáculo se había repetido veinte veces ante las turbas, sin cesar renovadas, que aplaudían ó protestaban, según su diferente humor. La prensa toda hizo como las muchedumbres: aplaudió y protestó tan alto que al día siguiente *La Époque* y *El Hijo del Diablo* eran la locura de París, en toda la extensión de la palabra. Yo era formalmente extraño á esta farsa deslumbrante, y aun me hirió un poco en mi orgullo porque daba cierto aire de espectáculo de feria, ó de comedia ambulante, al éxito de mi pobre libro; pero no me inquieté nada, ni aun por las animosidades que suscitó contra mí, pues tenía la calma que me daba mi perfecta inocencia.

Yo era vanidoso, es verdad, pero me conocían muy mal los que me acusaban de haber deseado y hasta provocado semejante ovación, cuyo carácter ridículo no podía menos de ofender mi orgullo.

La cuento aquí, no diré por modestia, pero porque me evita hablar más largamente de mis éxitos frívolos.

Desde entonces tuve, en efecto, *comercialmente* mi puesto en las letras: un buen puesto. Mis obras, tan numerosas que se sucedieron sin interrupción por largos años, no me hicieron decaer, y entre tantas publicaciones hechas de prisa, un cierto número de libros trabajados con más conciencia me conquistaron la esti-

mación entre las personas de gusto. Fui amigo de casi todos los literatos célebres.

¿Cuál era entre tanto mi vida? A los ojos del público pasaba con buen derecho por inofensiva. Era yo en toda la fuerza del término vulgar lo que el mundo llama un «hombre honrado», y no creo que jamás nadie haya podido acusarme de haber hecho el mal ni en la más venial medida: el mal tal como le entiende el mundo. Yo hacía favores con buena voluntad porque así era mi gusto y mi naturaleza, y con buena voluntad también perdonaba la ingratitud porque conocía la miseria profunda del género humano, pues mi oficio era estudiar á los hombres. Trataba de obrar como leal compañero con mis rivales, y los artículos que se publicaban acerca de mí me representaban como un caballero de la pluma.

¡Ay de mí, triste caballería aquella de que Dios está ausente! ¡Pobre virtud la de los hombres de bien que no ven nada ni más allá ni por encima de los deberes impuestos por la ley social! Cuando miro á distancia mis sentimientos, mis actos de entonces, me asombro del vacío extraño en que mi alma se ahogaba. Yo vivía para vivir, para vivir bien, como suele decirse. Tenía, en efecto, una existencia fácil, cómoda, elegante, si no fastuosa, y abundantemente llena de todas las satisfacciones que pueden proporcionar las victorias del amor propio, y ese otro éxito que tiene por objeto el dinero. Había instantes en que casi me era permitido tomar mi creciente reputación por una gloria.

¿Era feliz? Mi deber es continuar siendo franco y no exagerar nada en la expresión de mis arrepentimien-

tos. Mentiría si dijera que era feliz; pero mentiría también diciendo que era desgraciado. En medio de mi prosperidad literaria suficientemente dorada, y no inquietada por ninguna amenaza de ruina, una sola cosa hubiera podido turbar mi sueño moral: la voz de mi conciencia juzgando con equidad los errores discretos y casi decentes de mi vida privada. Me conducía mal tranquilamente, legalmente, como está, en cierto modo, recibido y convenido en nuestra sociedad que los jóvenes puedan conducirse mal. Conozco personas imbuídas en la filosofía de los *prudentes* del mundo que desconfían de los jóvenes «demasiado juiciosos», y aun los desprecian, y que adquieren reputación de *espirituales* y amenos conversadores sosteniendo su vana paradoja en salones burgueses muy *honrados*.

Yo no era demasiado juicioso. Estaba bien lejos de eso. Los errores de mi juventud, que he prometido pasar aquí en silencio, no eran cosa de un día. Atravesaban una gran porción de mi carrera, y esta larga irregularidad no me dió nunca remordimientos. Es preciso que Dios dé una voz á la conciencia en estas materias que la ley social acaricia ó desdeña, y Dios estaba ausente de mí.

Yo tenía Dios, ciertamente, en el fondo de mis recuerdos de la infancia, hasta hablaba de Dios con mucha frecuencia en mis libros (realmente mejores que yo, á pesar de sus defectos, que lamento); pero era un Dios lejano, un Dios vago, un Dios artístico, por decirlo así, y cuando me elevaba alguna vez, á pesar mío, hasta el verdadero Dios de mi madre y de Carlos, me daba un poco de vergüenza... á contra sentido; es de-

cir, que no me avergonzaba de vivir olvidado de Dios, sino de pensar en él algún momento: se me figuraba que, á mi edad de hombre, me entretenía con un juguete de mis primeros años. Era Dios para mí una cosa envejecida y marchita como las flores que encuentra uno entre las hojas de un libro que no ha vuelto á abrir hace mucho tiempo.

Si aquel Dios de otro tiempo, aquel Dios de mi provincia y de mi catecismo hubiera tratado de hablarme de la moral de mi situación, creo que me hubiera sonreído con el benévolo desdén con que las niñas, aun las mejores, tienen la sinrazón de oponerse frecuentemente á los sanos consejos de su abuela.

Nuestros tiempos modernos, éste era mi interesado parecer, tienen libertades nuevas; las cosas viejas, en París sobre todo, se van poco á poco, y la moral de los catecismos no ha sido hecha evidentemente para las gentes que tienen notoriedad en el bulevar.

Han sido necesarios largos días y acontecimientos bien tristes para enseñarme que esta filosofía neciota es la madre, ó por lo menos la tía de todas las revoluciones, y el origen de esas pestilencias contagiosas que no atacan jamás al pueblo sino después de haber envenenado á las clases altas.

Tenía yo contra los remordimientos otra muralla á más de mi indolencia, y era la pasión singular que sentía por mi trabajo.

Juzgaba, á la verdad, mis fruslerías como si fuesen alguna cosa útil ó grande, y me sucedió más de una vez en mis conferencias públicas traducir, con un calor rayano á la elocuencia, las ideas que tenía res-

pecto á la influencia enorme de la novela sobre nuestras costumbres.

Algunos me decían: «Va usted demasiado lejos», y se equivocaban, pues en esta vía no se puede ir nunca bastante lejos. La novela tiene fantásticos medios para insinuarse, penetra por todas partes, y pudiera producir casi tanto bien como produce de mal... Que ciertamente produce muchísimo, sea por las lucubraciones vitriolosas de los energúmenos que especulan con la curiosidad de lectores novicios ó gastados, sea por las soserías asfixiantes de los incoloros de uno y otro sexo que explotan el comercio de pastelería rancia, á que los vendedores de papel impreso llaman *novela moral*.

Buenas almas maternales que dirigís familias ó abris bibliotecas á la inocencia, guardaos del azúcar pegajoso cuando no es de legítima calidad; guardaos de él más todavía que del petróleo desvergonzado. El petróleo es menos dañoso que la pomada, porque inspira desconfianza desde luego á los olfatos jóvenes por su detestable hediondez, mientras que la pomada suave, dulzarrona é hipócrita, tranquiliza á los necios con la mentira de su perfume, y aun cuando sea incolora, mancha.

Deseo ser bien comprendido: estoy á cien leguas de pretender que mis novelas de entonces puedan ser colocadas entre las que producen algún bien; un árbol malo no puede dar buenos frutos, y nada de cuanto salía de mí era capaz de atraer las almas hacia los caminos luminosos por donde yo no iba; digo solamente que yo pertenecía todo entero á mi obra, puramente literaria, y en ella gastaba un esfuerzo ardiente y paciente cuya

continuidad me ponía al abrigo de toda reprensión interior.

Durante años y años nada me solicitó fuera de esta laboriosa quietud. Nadie me advirtió nada; entiéndase que yo no tenía confesor, y los que me amaban á lo lejos, desde mi país natal, no sabían el secreto de mi vida íntima, que nadie ignoraba alrededor de mí, y que no perjudicaba en nada á las apariencias de estimación universal de que me veía rodeado.

Así marchaban las cosas; yo tenía treinta años, y mi prosperidad, asentada sólidamente para lo sucesivo, era superior á todas mis ambiciosas esperanzas, cuando comencé á padecer una enfermedad nerviosa que los médicos atribuían al prolongado exceso de trabajo. Es cosa segura interesar vivamente á todos los curiosos, tanto á los que gozan de buena salud, como á los valedudinarios, sondeando esos maravillosos misterios de la patología moderna, á que nuestra ciencia, después de tanto griego y latín, llama sencillamente *enfermedades nerviosas*, como para confesar que la facultad no entiende de ello ni gota; y mi neurosis era tan particularmente rara en sus síntomas, que me cuesta trabajo resistir á la tentación de decir algo de ella; pero el tiempo me aprieta demasiado, y el espacio también: tengo prisa de llegar á sucesos más serios que mis fatigas de obrero de la pluma y que las miserias de mi salud quebrantada. Estuve enfermo dos años, y me dirigí sucesivamente á los más célebres entre los hijos de Esculapio sin obtener ningún alivio. Toda mi sangre estaba en mi cabeza ardiendo; tenía las manos y los pies ateridos; la calle me espantaba; trataba de huir del ruido de los coches,

y me parecía que el pavimento se hundía bajo mis pasos temblorosos; no podía comer nada, y cada medicamento nuevo que me daban me hacía empeorar rápidamente.

Todas las noches, entre diez y once, que estuviese en mi casa, ó en tertulia, ó en el teatro, *me moría*; y afirmo que no hay exageración ninguna en la frase, pues experimentaba de repente la debilidad, la angustia y el vacío espantoso y desolador que acompaña al instante supremo. Entiéndase que no trabajaba ya. Mis ideas vacilaban y se borraban. Me veía deslizar hacia la tumba con un descorazonamiento tristísimo. No estaba resignado: la muerte en que iba cayendo me daba horror. Lloraba á menudo horas enteras y no rezaba jamás. Siento frío en toda mi sangre cuando recuerdo las horas de aquella agonía desesperada.

Me trajeron una mañana un hombre vestido de negro, con corbata blanca, que no hablaba muy correctamente el francés, pero que tenía una enorme reputación de curandero. Los médicos oficialmente en boga le conocían todos y le trataban de charlatán, no sin confesar que hacía curas sorprendentes. Era el doctor homeópata A. P., obrero armero muy hábil en su juventud, y que, según su propia afirmación, no había aprendido á leer hasta los treinta y cinco años cumplidos. Dió la casualidad de que conocía yo á varios de sus clientes, los cuales todos estaban unánimes á su favor y contaban de él maravillas. Me agradó del todo á pesar de su lenguaje ardanés, que hubiera debida ofender mis pretensiones de purista. Era de muy buena figura, muy enérgico, y al mismo tiempo in-

genuo. Las mujeres tenían confianza en él como en un sacerdote.

Me examinó largamente, hablando de unas cosas y otras de una manera que no me parecía muy coherente; por ejemplo: se alabó con la buena voz natural que tenía de ser francmasón y católico á la vez, lo cual me trajo á la memoria la extravagancia de un personaje de zarzuela que quería ser negro y blanco, todo al mismo tiempo. Se lo dije, y tuvo la bondad de responderme que yo no entendía nada de eso, y me formuló, después de haber reflexionado, este plan verbal, que reproduzco textualmente:—Usted no está malo ni poco ni mucho; pero se está usted muriendo aprisa. Hay que comer bien, beber bien y dormir bien. Tire usted esas medicinas por la ventana, y véngase á comer á mi casa esta tarde.—Acepté la invitación. Por la noche creí que me iba á poner á la puerta de la calle cuando le confesé que no había destruído todavía todos mis antiguos medicamentos.

Tenía una mujer gorda, de muy buen humor, y una hija muy tímida que no decía nada. Las dos le escuchaban como un oráculo. Sólo la hija hizo la señal de la cruz antes de sentarse á la mesa para rezar muy bajo el *Benedicite*. Comí bastante bien, cosa que no me había sucedido hacía algunos meses. El doctor habló todo el tiempo, y yo le escuchaba con interés, porque me explicaba familiarmente el sistema de Samuel Hahnemann, su maestro, especialmente desde el punto de vista de mi estado particular, y de las enfermedades nerviosas, ese lado verdaderamente fantástico de nuestras miserias corporales.

Su casa estaba en la plaza de Lou-Vois. No me creía yo capaz de andar cinco minutos, y sin embargo, después de comer me llevó á pie hasta la avenida Montaigne, en los Campos Elíseos, donde Friat tenía entonces su soberbio establecimiento de gimnasia. Llegué rendido de fatiga, lo cual no le impidió meterme en manos de los profesores, que me lanzaron á las cuerdas, tambaleándome como estaba, y me bañaron literalmente de sudor forzándome á levantar sus pesas, á saltar sus barras paralelas y á maniobrar con sus mazas y sus palancas.

Cuando la lección hubo concluído, el doctor me volvió á mi casa en coche, después de haberme hecho desnudar y haberme inundado de agua fría. En el camino quiso continuar mi educación medical, pero yo le dejé hablar solo. Me envolvieron en las mantas ya medio dormido, y no desperté hasta el otro día, después de medio día, con un apetito devorador.

Era un hombre excelente, que cogía mucho cariño á sus enfermos. Al abrir los ojos le ví, de pies á mi cabecera, con un plato en la mano en el que vaporeaba un soberbio trozo de rosbif cercado de patatas. Hice por costumbre un movimiento de horror á la vista de aquel manjar que me inspiraba desde tan largo tiempo un invencible disgusto, pero el doctor me dijo:

—Va usted á tener que pedir otro tanto.

Ataqué con valor al trozo, y, á la verdad, almorcé como un príncipe.

Desde la tarde de este primer día pude ya trabajar un poquito. Mi alegría era extremada y no tenía igual mi reconocimiento para con aquel hombre admirable

que hacía entrar la vida en mí nuevamente, sin aproximarme ni una droga á los labios. Iba por mi pie al gimnasio de Triat, y algunos de mis amigos que me encontraron en el camino se quedaban estupefactos, porque me tenían ya por muerto. Mi impotencia para el trabajo, mi languidez, que parecía una parálisis, mis crisis de la noche, en las que cotidianamente sufría todas las angustias morales y físicas de los que entregan el alma, eran cosas conocidas en París. Aquel día y los siguientes, mis camaradas, al enterarse de la restauración tan rápida, y diré casi súbita, de mi sér, mermado hasta el aniquilamiento, me acusaron de haber representado la comedia de los agonizantes, ó por lo menos de haber sido un moribundo imaginario.

Cuanto á lo de la comedia, no creo que sea necesario negarlo, y cuanto al hecho de haber sido mártir de mi imaginación, respondan por mí mis largos y mortales sufrimientos. En suma, y aun admitiendo que hubiera algo de desorganizado en los rodajes de mi pensamiento, la fulminante curación de un mal imaginario que mata á un hombre, ¿no puede ser citada entre las curas heroicas?

Yo no soy un sabio; me declaro incompetente para apreciar la suma de ciencia almacenada en la buena cabeza de mi doctor, que no sabía leer á los treinta y cinco años; pero si admito la vulgar verdad del proverbio «el poeta nace...» creo todavía mucho más en este otro axioma: «el médico nace», ó por lo menos *el curandero nace*. Eso es un don de Dios como la justeza de la voz ó la perspicacia de la vista; la ciencia perfecciona ese don, le dirige y le asegura; no le crea en nin-

gún grado: está hecho de amor, de observación, de clarividencia y de experiencia.

Añado que ese don no vicia casi nunca por sobreabundancia la atmósfera de nuestras Academias, saturadas de tanta sabiduría teórica, y que ese don es, sin embargo, el principio, la razón de ser y el alma de la profesión médica, pues importa poco á los que padecen ser entendidos «sabiamente» en su padecimiento; lo que piden ante todo á Dios y á los hombres es ser curados. ¡Gloria á los médicos que curan! Son rarísimos.

Mi doctor ha muerto; no puedo, pues, ser sospechoso de tocar el bombo para proporcionarle clientes; tenía él por otra parte muchos más clientes de los que le hacían falta. He vivido años en su intimidad y hasta en su familia, he visto de muy cerca el mucho bien que hacía, he admirado el desinterés algo exagerado de su práctica, pues las sumas considerables que ganaba tan lealmente apenas han producido para sus hijos una modesta comodidad; pero no es esto lo que me llama más la atención, ni es esto de lo que quiero hablar. Lo verdaderamente notable en aquella casa abierta y bendita, cuyo dueño no llevaba ningún título ni tenía siquiera sobre su pecho la cruz de honor que no se rehusa á nadie, lo que me ha dejado un recuerdo profundo y tierno es el número, es la continuación de los salvamentos obrados, es la permanente afluencia de gentes que acudían á *dar las gracias*.

Obreros, burgueses y aristócratas llegaban allí en verdadera turba, no para quejarse, sino para dar gracias y bendecir. Había allí regalos en todos los rincones, especialmente de pobres objetos aportados por

el reconocimiento de los pobres: humildes flores, imágenes piadosas, estatuitas votivas que las familias indigentes arrancaban de sus pasillos para darlas al bienhechor y llevarle buena fortuna. Por la fiesta de San Agustín, que era su patrono, he visto «manifestaciones» en su escalera, donde flores y follajes se amontonaban, y no se sabía donde poner el pie en los cuartos, transformados en parterres. Era feliz con eso: cada tiestecito de verdura le repetía el nombre de una familia consolada ó de un amigo vuelto á la vida.

Yo soy uno de aquellos amigos, y el lector no llevará á mal que yo también deposite, al pasar sobre la tumba de aquel hombre excelente, el pobre ramillete de mi amistad agradecida. El me dió más que la salud y más que la vida, pues su hija es la bien amada madre de mis hijos y debo á esta valerosa compañera de mis trabajos toda mi felicidad sobre la tierra y toda la esperanza de mi descanso eterno.

El buen doctor pasó varias semanas antes de darme ningún medicamento homeopático; ponía cuidado en que yo fuese exacto en la asistencia al gimnasio de Triat, donde llegué bien pronto á ser un saltador de mucha fuerza, y animaba grandemente el gusto que yo tenía por las carreras á pie. «Ejercite usted sus piernas—me decía,—pues son de buena calidad. ¿De qué serviría regarle á usted ahora siendo como es usted una planta sin raíces? Cuando escriba usted sus memorias, ha de decir que yo le he vuelto á usted á poner en plomo sin botica».

Esta era la verdad pura. Yo había abusado de la medicina alopática, y su tratamiento consistía por de

pronto únicamente en descargarme de las drogas oficiales que me asesinaban; con esto y la gimnasia obtuve un nivel de salud muy tolerable: buen apetito, buen sueño, y no padecía más que de la cabeza en las horas de trabajo intelectual. Al cabo de un mes, cuando yo estaba ya en buen pie de salud, el doctor atacó estas últimas incomodidades con la terapéutica de Samuel Hahnemann. Esto fué más largo; la enfermedad nerviosa era vieja en mí, y estaba arraigada profundamente; creo que fué necesario lo menos año y medio para expulsarla por entero; mas al fin recobré toda la fuerza y toda la alegría de mi juventud.

Una tarde pude escribir á mi madre: «Yo era un reloj parado; este charlatán de este doctor se conoce que tenía la llave que hacía falta para dar cuerda á mi mecanismo, y aquí me tiene usted arreglado de nuevo; hoy, día 15 de Enero de 1854, he escrito ocho horas sin molestia, sin cansancio, y dejo mi trabajo con la misma disposición que un chico que escucha la campana de la recreación».

Mi madre me contestó: «¿Has dado gracias á Dios?...»

El bueno del doctor también me había aconsejado ir á confesarme; pero me había dicho al mismo tiempo: «Si usted quiere yo haré que le reciban de francmasón...» Confieso que no me pesa demasiado el no haber entonces entrado en relaciones con el valiente cura que dirigía tan liberalmente su conciencia.

No, yo no había dado gracias á Dios, ó lo había hecho muy mal y solamente con los labios; pero los cuidados que me prodigaba mi doctor constituían el comienzo de una aventura que marcaba una de las prin-

cipales etapas de esta vía tan larga y tan tortuosa por donde Dios me conducía para volver á él.

Por aquel tiempo fui herido de un gran dolor. En el momento mismo en que yo recobraba la salud vigorosa de mis juveniles años, alguien cayó enfermo cerca de mí, demasiado cerca; alguien que había ocupado muy ancho lugar en mi vida, y que en otro tiempo, en los días difíciles de mis primeras luchas, me había dado pruebas de admirable adhesión. La desconsoladora relación de esta enfermedad, que terminó con la muerte, está entre las que no debo hacer. El drama de mi juventud, y esto es todo lo que me es permitido decir, tuvo este desenlace bañado de lágrimas. Que la infinita misericordia de Jesús, muerto por nosotros, se extienda sobre aquella alma noble y buena...

*
* *

Quedé quebrantado por mi profunda pena, y no tenía ni siquiera el consuelo de llevar luto. Huí de mi casa, que tanto había amado antes, y que me inspiraba desde entonces una repugnancia invencible; allí abandoné todos los objetos que eran mi alegría; no quería volver á ver nada de lo que había sido durante tan largo tiempo el encanto de mis ojos.

Una mañana el doctor vino á visitarme en el asilo que había yo escogido al azar, y me encontró entumido y en una especie de aniquilamiento. «Véngase usted conmigo—me dijo,—tendrá usted una familia». Rehusaba yo aceptar el ofrecimiento porque sus palabras me hicieron pensar en mi familia de allá lejos, en mi madre, en Carlos y en mis hermanas; allí estaba mi refugio

natural, y resolví partir para renovar mi sér en aquel baño de sinceras y grandes ternuras.

Pero ¿qué decirles? Ó más bien, ¿cómo decirles la desolación de mi alma? La respuesta á esta pregunta no podía hacerse esperar. Sabía yo que era muy amado en aquella casa querida, donde todos y cada uno me esperaban y me deseaban siempre; no tenía más que manifestarles mi falta, al mismo tiempo que mi pena, para encontrar allí, abiertos para recibirme, todos los brazos y todos los corazones: lo conocía, lo sabía á ciencia cierta.

No; no fué eso lo que me detuvo, y casi no me atrevo á confesar el único motivo de mi repugnancia á buscar consuelo allí donde estaba seguro de hallarle completísimo, porque este motivo indica hasta qué punto estaba yo miserablemente alejado de Dios. Entre el cariño de mi familia y mi desamparo, tan ávido de hallar consuelo, no había más que un obstáculo: *la idea de Dios*, que yo tenía por instinto, sin darme cuenta de aquel terror. Me sabía yo de memoria á todos los de casa, á mi madre, á Carlos (á Carlos sobre todo), á Luisa y á Ana; les veía de antemano mezclar sus lágrimas con las mías en aquella sala de visitas donde estaba ya de pensamiento en medio de ellos: ya era casi feliz.

Pero llegaba un momento en que alguno me cogía aparte... Quizá mi madre la primera... ó más bien Carlos, que me oprimía contra su corazón y me hablaba muy bajo, al oído, del gran remedio, del único remedio contra los agudos dolores de aquí abajo.

Cosa singular: yo me revolvía contra este remedio

sin negar acá dentro de mí su heroica eficacia. Creía en él todavía confusamente, en un rincón de mi conciencia, y porque creía en él me daba miedo. Era necesario para usar de tal remedio reformar á la vez toda mi vida y toda mi literatura. ¡Cruel esfuerzo! Era necesario de todos modos comprar el consuelo con una pena nueva y más *activa*. No razonaba yo seguramente con esta claridad: mi cobardía abogaba por su causa vagamente, pero la ganaba á poca costa. No me atrevía yo á ponerme delante de Carlos ni de mi madre, que me aconsejarían volver á Dios, en el amor tiernísimo que me tenían, y me quedaba en París en el fondo de mi abandono desesperado; y la soledad pesó bien pronto sobre mí tan fuertemente, que después de haber rechazado la hospitalidad que me había ofrecido mi doctor, iba yo mismo á pedirle un asiento á su lumbre y á su mesa.

Era él muy bueno y me recibió encantado; y su mujer y su hija, que apenas me conocían, me trataron en seguida como si fuera de la familia. Me instalé en su casa llanamente como suele decirse, é hice la vida que hacían ellos, tan diferente de la mía. No había allí un átomo de arte, ni de nada de cuanto apasionaba mi inteligencia. No había ni un punto de contacto entre la manera de pensar del buen doctor y la mía. Su mujer tenía, es verdad, sinceridad y finezas muy singulares, pero envueltas en un moho burgués, de manera que yo no la quería sino por la gran amistad que me demostraba. En cuanto á su hija, joven de carácter dulce y firme al mismo tiempo, como pude ver por casualidad en diversas circunstancias, y muy piadosa también sin

yo saberlo, pues no tenía apenas ocasiones de manifestarlo, no me sería fácil decir cuán poco la veía y qué mal. Vivía mucho en su cuarto y mucho en la iglesia, y se mostraba más bien seria que alegre. Yo no la hacía caso, y su madre, muy ocupada en contarme mañana y tarde los novelescos éxitos de su marido, llegado de repente á la celebridad como médico después de haber sido hasta la edad madura un modesto armero iliterato, hasta el punto de no haber podido comenzar sus estudios de fisiología sino haciéndose leer por otros las obras de texto, la madre, digo, no hablaba jamás de la señorita María sino de paso y como se hace mención de un niño.

La verdad es que habiendo ido yo allí por huir de Dios, que me habría sido impuesto, ó al menos muy insinuado, por mi verdadera familia, parecía haber caído admirablemente. La buena señora no era molesta sobre este particular; y el doctor tenía un catolicismo empenachado de libres fantasías, que no amenazaba en manera ninguna turbar mi soñolienta indiferencia. Estaba yo muy bien allí para conservar el sueño de mi espíritu; aquellas buenas gentes conocían la historia de mi duelo y comprendían mis lágrimas. Había yo ido á buscar cerca de ellos el reposo, ó más bien el embotamiento del ánimo, y le hallaba entre testimonios de afecto sencillos y conmovedores. No trabajaba ya ni *pensaba*, pero mi dolor se transformaba en una perezosa melancolía, en la que me complacía interiormente hasta un punto difícil de expresar.

Pasaba el tiempo, sin embargo, y me asaltaba el temor de tener que dejar pronto mi asilo. No me sentía

nada inclinado á volver á comenzar la batalla de las letras, y la idea de volver á quedar solo enfrente de mí mismo, sin defensa contra mis recuerdos, me daba escalofríos.

La Providencia tiene rodeos adorables. Por huir de Carlos y de mi madre tan querida, en quienes temía yo la presión de Dios abandonado, había tomado al azar una vereda de travesía cuyos andares me conducían á pesar mío al objeto mismo de mis terrores. Sin yo saberlo, mi ruta conducía al combate, y cuando buscaba las blanduras de un reposo absoluto iba hacia esos trabajos dolorosos y deliciosos, hacia esas fiebres, y esas alegrías, y esas angustias que hay que atravesar para llegar al gran amor.

Dormía yo en el cuarto del doctor, y una mañana que desperté pensando que mi permanencia en una casa extraña duraba demasiado, le dije respondiendo á mis escrúpulos:

—Todo iría perfectamente, amigo doctor, si yo fuera su yerno.

—¿Qué dice usted?—me preguntó, pues realmente no me había comprendido.

Se lo repetí; no me comprendió tampoco, y tuve que explicarle la preocupación que me afligía. El se echó á reir buenamente y me respondió:

—A fe, mi amigo, que no he pensado en eso más que usted.

Aquel «más que usted» era un hallazgo, porque seguramente yo no pensaba en ello tampoco. La madre entraba en aquel momento riendo aún más alto que su marido. Había oído la pregunta y la respuesta. Se fué

derecha á mí, que me estaba poniendo la bata, y me estrechó la mano fuertemente diciéndome:

—¿Está usted seguro de haber mirado atentamente siquiera una vez á mi hija en la vida?

Era aquella una negación tan positiva, enunciada con un interrogante al final, que casi me dió vergüenza de mi ligereza. Me preguntaba yo interiormente si la señorita no tendría quizá algún defecto de conformación física que no hubiera yo echado de ver hasta entonces.

—Usted está loco—me dijo al mismo tiempo el doctor,—no por querer casarse con nuestra hija, que vale más que nosotros, sin exceptuarle á usted; pero está usted loco en creer que puede parecerme demasiado el tiempo que vive usted en nuestra casa. Cada uno pone su orgullo en lo que le parece: yo no comprendo los escrúpulos de usted; pero si le disgusta á usted debernos un poco de sopa y la colocación de dos colchones en mi pobre cuarto, consiento en hacer con usted el oficio de hospedero: arréglese usted con mi mujer, y pague usted su pensión.

La madre redobló la carcajada, y me cogió el brazo para llevarme á tomar chocolate; sentía hacia mí sincero afecto. Después del desayuno y cuando el doctor se hubo marchado á hacer sus visitas, me dijo:

—María no quiere casarse, estoy casi segura, y usted por su parte tiene mucha necesidad de no estar solo. Si usted se casara con ella, ¿permanecería usted siempre con nosotros?

Contesté afirmativamente con cierto calor, y en realidad no era á la señorita María á quien yo había pe-

dido atolondradamente en matrimonio, sino más bien al doctor y á su buena y corpulenta señora. Mi único móvil era no separarme de aquella familia, que era para mí como una almohada en que reposaba tranquilamente.

La madre puso un poquito de seriedad en su alegría, y me dijo levantándose para ir á peinarse:

—Bueno, ¿quiere usted que hable á María?

Debí de responder afirmamente, aunque no tengo de ello recuerdo preciso. Lo cierto es que seguí sin hacer á la señorita María más caso que antes, y que al fin de la semana me había olvidado de mi petición completamente.

Otras tres semanas próximamente se pasaron, y comenzaba á restablecerse en mí el antiguo equilibrio. La monotonía, aun en lo bueno, fatiga nuestra inconstancia. Tuve ideas de vivir y de ser libre como antes; miraba con deseo hacia el bulevar, y el demonio de la pluma volvió á entrar en mí, es decir, en mi imaginación. No amaba ya con la misma ternura mi almohada, donde había dormido tan apaciblemente, y tenía ya sed de lo de fuera. Un día tomé la firme resolución de marcharme, sólo que, pensando en ella de la mañana á la noche, no hallé ni la ocasión ni el valor necesario para hablar del caso, y decidí dejar para el día siguiente mi declaración.

La oferta de hacerme pagar mi pensión tan galante y sencillamente hecha por el doctor se había quedado en lo hablado, y en eso tenía yo pie para entrar en materia. Pasé la noche rumiando mi tema, pues tenía, á la verdad, algo así como remordimiento.

No dije nada al doctor al levantarnos; no sé qué cosa me impedía desplegar los labios; pero después del chocolate, solo ya con la madre, hice coraje, como suele decirse, y empecé:

—Tengo que decirle á usted una cosa.

—Y yo también á usted—me respondió ella, cogiéndome el brazo,—una cosa que nos gusta muchísimo á mi marido y á mí, tanto más cuanto que no la esperábamos: María, por fin, se ha decidido...

—¿A qué?

La pregunta se me escapó como una liebre espantada. Yo no estaba ya en el asunto. La buena de la madre había dudado antes de acabar su frase: yo quería sencillamente saber á qué se había decidido María; mi pensamiento estaba cien leguas de la verdad, y el recuerdo de las frases cambiadas entre nosotros, la mañana en que había yo pronunciado la palabra yerno, estaba ausente, si es que no completamente difunto.

Fué aquel un momento bastante penoso: la buena madre me miró con aire triste, como si la hubiera herido, y yo no comprendí su mirada, como tampoco la expresión de asombro que se mostraba en su semblante.

Ella guardaba silencio y yo también. Por fin una sonrisa un poco forzada apareció en sus labios, é inclinando hacia mí la cabeza, me dijo muy bajito:

—¿Es que verdaderamente se había usted olvidado?... No hay en ello gran mal. Y ahora, ¿qué es lo que usted tenía que decirme?

Quedé cortado, porque en aquel mismo instante se esclareció mi recuerdo y lo comprendí todo. Sin quererlo casi y sin pensarlo, una mañana había yo pedido

á María en matrimonio. Era cierto, ó á lo menos así lo habían entendido, y mi memoria me repetía ya con precisión las propias palabras de su madre: «¿Quiere usted que hable á María?»

En efecto: había *hablado á María*, y María estaba, por fin, *decidida*. No se me había dicho á qué expresamente, pero todo lo hacía adivinar: yo no era rechazado.

¡Y precisamente cuando recibía esta respuesta favorable, según parecía, era cuando yo iba á despedirme y á tomar vuelo!

Mi situación era, en verdad, difícil, y tenía bastante de cómica, por más que en el fondo se tratase del asunto más serio del mundo, de la felicidad ó la desgracia de toda mi vida.

Por increíble que parezca, apenas pensaba yo en esto; era extraordinariamente niño á pesar de mi edad viril, y he continuado siéndolo en muchas cosas. Lo que me llamaba más vivamente la atención era lo gracioso del caso, que me recordaba ciertas situaciones de sainete. Mi papel me parecía verdaderamente lastimoso ante aquella familia en que había encontrado tan decidido amparo, y á cuyo jefe debía hasta la existencia misma. No era yo culpable de ingratitud positiva, pero no podía menos de juzgar duramente la caracterizada tontería de mi actitud.

Y heme aquí ya lanzado por esta vía, no cuidando más que de poner un poco de orden en mi conducta exterior, sin pensar en la gravedad del paso que iba á dar. La idea del matrimonio, sacramento establecido por Dios, y el principal de los contratos que el hombre puede firmar en este mundo, no hizo más que rozar

mi imaginación de pasada, pero no tocó ni se aproximó siquiera á mi corazón. No tuve más que una idea, una sola: la de salir galanamente de aquel paso, en que me había metido de una manera ridícula.

La tentación de «casarme con la familia» se volvió á apoderar de mí: todo el mundo me agrada allí, á excepción de mi futura, que no me desagradaba, porque no la había juzgado todavía ni buena ni mala. Era menester concluir: yo tenía edad más que suficiente; seguir adelante no podía hacerme daño, y perder á mis mejores amigos era, por el contrario, un desastre.

Yo no sé si he tenido alguna vez talento, pero aquella mañana le encontré y le empleé á puñados, explicando mi distracción con una gracia llena de honradez, de respeto y de cordialidad; la buena de la madre bebía mi elocuencia: estaba encantada literalmente y enternecida. Al fin me abrió sus brazos, diciendo:

—Usted nos quiere como nosotros le queremos á usted, y vamos á ser dichosos todos juntos.



VIII

La batalla de los primeros días.— Los años prósperos.— La herida de misericordia.

El casamiento estaba decidido; abracé á la madre de todo corazón, y convinimos en los preliminares inmediatamente. Podíamos tratar á nuestro talante del negocio porque ella era la dueña absoluta en la casa. Por lo demás, los intereses que se habían de aportar por las dos partes no eran cosa de gran importancia; yo no tenía nada absolutamente más que mi pluma, un poco enmohecida por entonces, y mi futura, casi desconocida, tampoco tenía gran cosa.

Su padre no había sabido explotar su fama, y á pesar de la riqueza incomparable de su clientela, vivía poco más que al día. No era, pues, un casamiento de dinero ni por asomos; y cuando se habló del notario, yo no pude menos de sonreirme; pero mi futura suegra me dijo con autoridad: «Cobraremos lo que se nos debe; María será rica...» Se equivocaba.

Quedó convenido que yo no separaría jamás á la madre y á la hija, y que nuestro domicilio sería su misma casa. Esto podía pasar por dote. No hubo ni sombra de discusión.

El bueno del doctor se puso contentísimo. No había

nunca dudado de mí después de mi famosa petición, pero desconfiaba un poco de su hija, que no parecía tener afición al matrimonio. Supo la gran noticia cuando volvió de hacer la visita, y se puso á cantar con toda la fuerza de sus pulmones. Nunca le había yo oído cantar así, y ciertamente no cantaba bien, pero me conmovió aquella su alegría porque demostraba que me quería mucho. Cuando María entró en el comedor á la hora del almuerzo la miré con atención por primera vez en mi vida. No era de las que se ven bien así al primer golpe; pero percibí, sin embargo, desde aquel momento como un reflejo del oro puro de que era su corazón, y quedé maravillado como el viajero que después de haber recorrido un país á lo largo y á lo ancho, hace de repente un descubrimiento inesperado.

Era mucho menos tímida de lo que yo creía, y si al principio no aparecía del todo como era, no tenía ella la culpa, pues por su parte no trataba de disimular nada. Esto me gustó; pero con mis hábitos de novelista y de autor de comedias, tuve desde aquel momento un vago temor de no ser el más fuerte en caso de tener que luchar contra ella en el porvenir, y no era un temor del todo quimérico.

En lo mejor de nuestra luna de miel surgió entre nosotros un *casus belli*, y María, en su ignorancia completa del mundo, queriendo hacerlo bien, tomó un mal partido. Inmediatamente su madre, aún más ignorante que ella, se puso de su parte con la violencia que la era natural; y el buen doctor, que tampoco sabía más que ellas fuera de su profesión, echó á un lado todas sus pretensiones de catolicismo, hacia el cual poco antes

trataba de atraerme sin conocerle íntimamente, y se convirtió en un francmasón melencólico, partidario casi del divorcio. Si el desenlace de la contienda hubiera dependido de la pasión demasiado ingenua de los padres, hubiera ocurrido un desastre, porque yo estaba del todo en mi derecho y ellos me habían herido con una imprudencia extraordinaria.

En el fondo no deseaba yo ni buscaba más que dejarme perezosamente gobernar; pero admitir *en principio* ese estrapajo socialista, impregnado de la suciedad de todas las tabernas: *la igualdad de derechos* entre el marido y la mujer, repugnaba á mi razón aún más que á mi orgullo. Tuve idea de marcharme á América.

Y me marché, en efecto, fuera de casa por tres días, que empleé enteros en poner en claro esta verdad: «hay que educar de nuevo completamente á toda la familia». Mi mujer merecía la pena superabundantemente, sin hablar del matrimonio mismo, que merece todo trabajo, y cuya buena conservación nunca podría costar demasiado cara. Volví el cuarto día.

La guerra estaba concluída porque yo había querido. No hablé siquiera de llevarme á mi mujer, como había tenido intención de hacerlo; perdoné llana y sencillamente á los dos viejos, mis amigos, excelentes corazones que se habían equivocado, como con frecuencia le pasa á todo el mundo, y volví á coger mi pluma de escritor con un entusiasmo que quizá no hubiera sentido sin el choque de aquella decepción pasajera tan completamente imprevista.

Pero no me limité á eso: me hice principalmente educador, disimulando, es verdad, esta mi nueva pro-

fesión lo mejor que podía. Mi mujer llevaba ya en su seno nuestro primer hijo; traté de mostrarla el mundo sin salir al mundo, ó por lo menos de inculcarla, sin que se diera cuenta, cierta suma de conocimientos, de verdades usuales que están en el mundo como la hierba al borde de los caminos, pero de que no se tenía noticia en casa de aquellos mis buenos amigos, que *no habían tenido tiempo de ver*, pues que habían trabajado de obreros lejos del mundo hasta los treinta y cinco años, y en seguida, sin transición apenas, una especie de torbellino, un éxito fantástico los había transportado á la nueva vía, por donde andaban como en un sueño.

De mi oficio de pedagogo enmascarado no tengo mucho que decir. Ponía en él un empeño pacienzudo y una buena voluntad que merecían recompensa. Esperaba llegar muy pronto al resultado apetecido, porque veía grandes progresos obtenidos en poco tiempo y los atribuía generosamente á mi esfuerzo. Era un error: me las había con un alma que tomaba otras lecciones que las mías. Habría logrado yo ciertamente mucho más de lo que esperaba si hubiera hablado en nombre de Dios; pero Dios estaba ausente de mi enseñanza, y no cuidaba yo nada de introducirle en ella.

¿De dónde tomó la jovencilla de ayer, si no fué de mí, la ganancia opulenta que tuvo en algunas semanas? No tenía yo lo que hacía falta para adivinarlo, y asistía como un ciego al maravilloso trabajo que se operaba cerca de mí, tan cerca, que yo creí de buena fe ser el autor. Llevaba mi ilusión hasta reconocer las flores que nacían en su espíritu y en su corazón, y me

decía: «Este soy yo; todo esto nace de mí; la estoy creando de nuevo; será verdaderamente obra mía».

¿Y cómo expresar mis alegrías orgullosas? No he dicho todavía cuál era mi profundo amor hacia ella, y cuán bien aquella unión extravagante y fría en su origen, cuán bien había providencialmente resultado.

Iba ella á ser madre, y no sé qué fenómeno de floración se verificaba alrededor de su alma. Aquella sacudida que se había producido en los primeros meses de su vida de mujer por la cariñosa sinrazón de sus padres, había dejado en ella como una cicatriz: el pensamiento de haber alejado á su marido del hogar, aunque no fuese más que por tres días, quedaba en el fondo de su alma como un remordimiento oculto. ¡Ah, mis lecciones, mis pobres lecciones! ¡El trabajo que yo me tomaba para pulimentar aquella alma, brillante ya como un cristal!...

No hay orgullo en reconocer la mano de la Providencia obrando así en el claro-oscuro de la vida más humilde. Nuestro casamiento, que yo he contado en dos palabras, venía á ser de esos en que cada uno de los novios saca, cerrando los ojos, un número de la lotería. Yo, por mí, había tenido la intención simple de huir de la soledad «casándome con una familia» que me gustaba. No son éstas las verdaderas bodas, y la unión así contraída peca por su base.

Llegó el caso de que la familia ya me gustaba menos. Yo no guardaba rencor, pero me había visto obligada á perdonar. ¿Por qué mi mujer, que había sido la causa aparente del choque, se quedaba fuera de todo penoso recuerdo? El lazo que existe entre suegro, sue-

gra y yerno, es delicado, no se puede negar, y está sujeto á mil peripecias; pero yo había sido arrastrado al matrimonio por el padre y por la madre más que por la hija. ¿Cómo pude yo cambiar tan pronto hasta el punto de que la hija iba ganando para conmigo todo lo que sus padres perdían? ¿Cómo se agrandaba su figura á medida que las de ellos se iban borrando? ¿Por cuál misteriosa bendición, pasando al lado de mis lecciones sin comprenderlas demasiado, se levantaba ella mucho más alto que las cimas adonde yo hubiera querido elevarla?

La piedad naciente tiene un perfume que lo penetra todo, especialmente la piedad que crece sin cultivo rociada por la gracia, como los robustos árboles silvestres cuya semilla dejó caer el viento en tierra fértil y desierta. No carecía yo de olfato moral, y hubiera podido desde luego resolver el problema que se planteaba ante mi admiración; pero me gustaba más asombrarme del triunfo de mis pretendidas conquistas. Era feliz en toda la extensión de la palabra, y eso me bastaba; no tenía necesidad de Dios. Por eso quise figurarme que no le veía, mientras su providencia trabajaba para mí tan cerca de mí.

Hubo una cuna que se llenó de flores y de sonrisas. Nuestra hija mayor, Josefina, acababa de nacer. Era una hermosa niña tan alegre, que aún me canta el corazón á través del recuerdo de aquella primavera. Jesús la ha tomado por esposa. Yo la he entregado encantadora á la persecución, con una alegría sin límites. La hermana María Gabriela, este es ahora su nombre, ternura exquisita de mi corazón, no leerá acaso jamás estas lí-

neas. ¡Virgen-Madre, guardadla su inmensa felicidad sobre la tierra y en el cielo!

Al lado de la cuna, el doctor y su mujer se volvieron locos; allí adoraban al ídolo rosado que era la alegría de la casa. Me había yo casado con María por ellos algunos meses antes, y al presente, si continuaba siendo para ellos un buen amigo, era precisamente por María. Cada hora que pasaba me la hacía parecer mejor; se animaba á mostrarme las fervientes confianzas de su pensamiento cuando el muy amado angelito dormía entre nosotros dos, y con frecuencia me quedaba admirado, literariamente hablando, ante la robustez infantil de su fe, llena de valor y también de discreción, que se afirmaba con tierna simplicidad y con altivez candorosa.

No hablábamos jamás de religión, así como suena; yo me creía en esto, como en todo, mucho más fuerte que ella; pero había, sin embargo, evitado la batalla por medio de mis famosas lecciones, entremezcladas de anécdotas y de chistes.

Sin premeditación y sin cálculo, tenía ella innata la victoriosa prudencia de los conquistadores del apostolado, que dejan entrar al enemigo en su recinto y allí le encierran. En aquel tiempo me hubiera yo reído á carcajadas si alguno me hubiese dicho que María, mi mujer niña, mi discípula, á quien yo enseñaba el abecedario de las cosuchas mundanas, tenía la pretensión de convertir á su maestro. Y sin embargo, es bien cierto que en aquella escuela donde yo era el profesor titular, era yo sólo el que aprendía. La cadena del trabajo comenzado en otro tiempo por mi hermano Carlos se reanu-

daba sin yo saberlo; nuevos jalones se iban fijando en mi camino, en un camino que había que abrir. Yo no cambiaba de dirección, pero se preparaba ya un movimiento lejano, que otros, en defecto mío, percibían acaso, pues mi madre y mis hermanas sintieron á primera vista por María un cariño apasionado y hasta respetuoso.

Cuando yo se la presentaba la tarde de nuestra llegada al país, mi madre me dijo al darme un beso lleno de lágrimas: «¡Es la que Carlos te había escogido!» Y Luisa, á la mañana siguiente, me decía: «Yo no sé por qué me hace pensar en nuestro Carlos». ¡Cómo la hubiera querido!

El nombre de Carlos recordado así, á propósito de María, tenía una significación que no se me ocultaba pero que me guardaba de revelar. Entre mi madre y mis hermanas, mi temor era precisamente el de que la conversación recayera hacia el lado de la religión. Hablaban de Carlos en pretérito porque ya no existía. Si Dios me deja, escribiré algún día el último episodio del largo y amoroso sacrificio que constituyó su vida. Mi nombre había sonado en sus labios casi al mismo tiempo que exhalaba su último suspiro. Me quería santamente, y había dicho: «Juan volverá á ser nuestro». Mis protectores en el cielo eran numerosos y poderosos.

El nacimiento de mi hija había inaugurado para nosotros un período de gran prosperidad material; deseaba yo para aquella querida niña una herencia espléndida, y esto aguijoneaba mi esfuerzo, cuya singular fecundidad ha asombrado siempre á mis amigos y á

mis enemigos. Tenía yo mucha invención; y no creáis que lo digo por alabarme, porque es una cualidad bien mediocre. Yo encontraba sin buscar, removiéndole ligeramente los asuntos, y creo que habría podido escribir media docena de volúmenes cada año durante varias existencias, nada más que con las «situaciones» almacenadas por mí en el fondo de mi negro calabozo de casa de la pastelera de la calle de los Cinco-Diamantes. Mi facilidad de ejecución estaba tan desarrollada, que venía á ser peligrosa; así es que, en lugar de envanecerme de ella, la deploro. Este don frívolo y engorroso que se llama *facilidad*, es uno de los más funestos regalos que el hada Carabosa de la leyenda podría depositar en la cuna de un desgraciado recién nacido destinado por su mala estrella á ser literato. Nuestras madres no han parido sin dolores; nada viable se puede producir sin el trabajo. Los que se alaban de crear sin fatiga, al correr de la pluma, mienten, á no ser que sean meros fabricantes de necedades. El viejo Boileau, que se equivoca tan á menudo, ha dicho la única verdad cuando ha escrito este verso, desesperación de todas las insuficiencias:

«Veinte veces volved al taller vuestra obra.»

Se puede afirmar sin temor de engañarse, que la facilidad del escritor es la dificultad para el lector, y que las obras límpidas y hermosas que parecen fluir como de un manantial, son el producto de un labor heroico.

¿Es esto decir que la verba, la clásica verba de los poetas, no sea más que una palabra vana, y que se hayan de preferir á la riqueza de las imaginaciones abun-

dantes las menudencias indigentes de los que buscan la bestiecilla, ó el agua de jabón, batida como crema, de los merengueros académicos? Sobre esto no puede haber cuestión. Entre varias enfermedades no es necesario elegir ninguna.

Otras cunas vinieron después de la primera, y cada una de ellas aumentó mi ambición. Para hacer la fortuna de aquel pueblecillo naciente junté el teatro á la novela, y comencé á «poner á aparte», como dicen las amas económicas. La boga me era fiel á pesar de la modestia de mi vida interior; por lo raro del caso merece citarse. El público pagaba á mi pluma sueldo de ministro; y tengo el consuelo de decir que, á pesar de mi alejamiento de toda práctica, y aun de toda preocupación religiosa, jamás llegué á escribir nada que pudiese ofender directamente á la Religión.

En aquella época, en que los partidos no estaban «en armas» como hoy, los novelistas publicaban sus obras en folletines, donde les caía, sin elección. Yo fui redactor literario de *El Siglo*, de *El Tiempo*, del *Diario de los Debates*, de *El Constitucional*, de *La Prensa*; los directores de estos periódicos desconfiaban ya un poco de mis opiniones *atrasadas*. Permanecía yo fuera de la fe viva, pero mis recuerdos de familia daban á mis obras olor cristiano, como si fuesen mi misma naturaleza.

Me acuerdo de un detalle. En los comienzos del reinado de Napoleón III fué cuando oí pronunciar por primera vez la palabra *clerical*, con la ayuda de la cual tantos desgraciados plumistas, verdugos hambrientos de curas y frailes, llegan hoy en día á untar un poquito

con manteca su pan seco. El buen M. Havín, uno de los más dulces fariseos que he conocido en mi vida, dirigía entonces *El Siglo*, de tendencias casi republicanas, con las que él en el fondo no estaba del todo conforme. Me había pedido un libro, y accediendo á su petición estaba yo publicando en su periódico aquella cosa de buen humor titulada *El Jorobado* con un éxito monstruoso, que ha sido uno de los asombros de mi carrera. Un día, halagado por la ebullición tempestuosa de su marmita de suscripciones, me dijo: «Si usted quiere pasarse del todo á nuestro campo, le haremos un puente de oro. Sólo que ha de andarse usted con cuidado, porque estos señores dicen que piensa usted en carlista y en clerical».

Comprendí que aquella era una manera disimulada de pronunciar la palabra jesuíta, y me dió risa; confesé á M. Havin que tenía mi puesto en la conspiración legitimista, y que iba todos los días á la misa política; á continuación de lo cual no me ocultó que él, en Normandía, era un buen feligrés, y que estaba muy á bien con su párroco. ¡Ah! ¡Lo más desolador del paisaje de nuestro tiempo es la extensión y la espesura de la inmensa selva de los farsantes!...

Cuando tuvimos cuatro niños, nos pareció á mi mujer y á mí que ocupábamos demasiado sitio en casa del doctor, y determinamos apartarnos con disimulo, pretextando buscar el aire puro del campo en los alrededores de París; después alquilamos un hotelito en Bretaña, cerca de Lorient, á la orilla del mar. Así se operó la transición, y luego, á la vuelta, tomamos una casa separada, dejando á mi suegro y á mi suegra con su hijo

enfermizo, que vivía á costa de grandes cuidados. Así continuaron las cosas hasta la invasión prusiana, en la monotonía de una felicidad demasiado apacible para ser contada. Cuando el imperio fué derribado por la zancadilla de aquellos que habían de envilecer prodigiosamente á Francia, teníamos ocho hijos, y sin ser ricos, gozábamos de un desahogado bienestar que no debía nada á nadie más que á mi pluma, puesto que yo había venido al mundo sin patrimonio alguno, y mi mujer no había recibido nada de sus padres.

*
* *

Había visto yo ya veinte años antes, en 1848, la obra de los pobres diablos de la República; así es que el día nefasto en que estos desgraciados, arriesgando una revolución bajo el cañón del enemigo, para saciar su grotesco apetito de poder, se agarraron en corro, constituidos en «gobierno» por un centenar de granujas conservados en aguardiente como las ciruelas, vi á Francia arruinada, y lo que es peor, deshonrada. Excepto Julio Simón, hombre de saber y de talento, arrastrado por su ambición al montón de los impotentes, no veía ni uno, yo que los conocía á todos, no veía ni uno sólo capaz de resistir un minuto la presión del populacho. Aquel «seminario» democrático de abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, profesores sin cerebro, y ateos que estofan á fuego lento cada cual su religioncita, de que él es el Cristo, no ha sabido ni sabrá jamás producir más que los instrumentos de nuestra mortal vergüenza. Pueden hallarse entre ellos hombres probos, con tal que estén atontados hasta la ce-

guera y enfermos de una congestión de egoísmo; pero la mayoría son polichinelas de madera blanca tallados con cuchillo en Catilinas, que quieren gozar á todo trance, gozar y enriquecerse por cualquier medio y en cualquier tráfico, gazar sin descanso y enriquecerse siempre, y gozar y enriquecerse todavía más, aunque sea á cien pies bajo el lodo, y aunque sea entre sangre hasta el cuello.

*
* *

Fuí elegido presidente de la Sociedad de literatos por la cuarta vez; antes me había sucedido Julio Simón en aquel puesto, y esta vez había de reemplazarme Edmundo About. ¡Cuán lejos de mí están hoy estas camaradas, que seguirán siéndome tan queridos á pesar del precipicio que nos separa! ¡Y qué magnífico papel habría podido desempeñar en el mundo la Sociedad de literatos, defendiendo la verdadera libertad del pensamiento, inseparable de la verdadera fe! Los que se llaman librepensadores no lo entienden así; pero es un triste privilegio el de tener derecho al error y derecho á la mentira. Por más que registro mi corazón no puedo descubrir en él ninguna especie de ternura para la libertad de engañar á otros, ni para la libertad de engañarse á sí mismo.

Volví á mi vida laboriosa, pues tenía necesidad de ella para engañar mis inquietudes y mis tristezas. Mi espíritu enfermo fué tentado al mismo tiempo de una ambición que nunca había tenido: un maestro y amigo, á quien quiero tanto como le admiro, me sugirió la idea de ser académico. Confieso voluntariamente esta

fantasía de inmortalidad, que no me duró mucho tiempo. Hice una media docena de visitas por todo extremo agradables, en las que cada visitado me prometió su voto; en la sétima (en casa de M. Nisard) se me dijo: «Yo he hecho que le dijeran á usted que contara con mi voto, y no retiro mi palabra; pero no será esta vez: se presenta M. Dumas, hijo, y tenemos una deuda de familia que pagar».

Sentía yo muy vivo afecto por Alejandro Dumas, cuyo padre era mi maestro, y por más que estuviese muy lejos de participar de las ideas que él toma por morales ó filosóficas, no me costó nada retirarme y dejarle el campo libre; lo hice voluntariamente á causa de su talento deslumbrante, y desde entonces no he tenido ningún nuevo acceso de fiebre académica: mi octava visita está todavía por hacer. Pienso que no la haré jamás, porque tengo otras ambiciones, y la inmortalidad que yo persigo no es de esa índole. Los que viven de rodillas no necesitan semejantes penachos.

No me convenía ya escribir en cierta prensa; olfateaba la guerra sin cuartel que iba á surgir entre las opiniones, y veía con desaliento las discusiones pueriles de los partidos honrados, que se creían todavía seguros del porvenir y daban con sus envidias la medida de su cruel incapacidad. Sabía yo que la facción republicana, mucho más pobre todavía, no tenía á nadie, fuera de los energúmenos sin valor que saben aullar en las horas malas, y encrespar el pelo como los lobos; pero no saben más que eso. Me había fijado en las habilidades y aun en la elocuencia de tal tribuno en jefe, que, habiendo pescado muchos millones en agua más que tur-

bia, llena los riachuelos de redes con la esperanza de encontrar preso en ellas el pez de sus sueños, que se llama el IMPERIO. Nadie había dicho todavía: «¡El clericalismo es el enemigo!» Mas ¡era eso tan fácil de decir! ¡Y la pura ley de Cristo inspira un odio tan lógicamente necesario á todo hombre que no quiere arreglar el balance de su propia concienal...

A medida que los partidarios de la probidad, demasiado débiles de cabeza y de puños, y estorbados además por la pérdida alianza de los doctrinarios del centro izquierdo, perdían pie, veía yo subir la ola de los inútiles, de los viciosos, de los ignorantes divagando en nombre de la ciencia, de los tiranos disparatando en nombre de la libertad, toda la turba, en fin, espesa é innumerable, de los satélites de la República, seguros para echar á perder cualquier oficio. Cuando éstos gallean se acerca el tiempo en que el sufragio universal aclame á Barrabás proscribiendo á Jesús.

Había, por otra parte, un síntoma terrible: todos los espíritus *prácticos* dotados de algún olfato volvían la casaca con presteza, y los últimos lacayos de librea imperial se echaban al hombro la carmañola todos á un tiempo. El pobre arquitecto de tanto talento que restauró Pierrefonds, y cuya adhesión cariñosa á la familia imperial me había antes enternecido en Compiègne, me hizo temblar con la brutalidad de su palinodia; quedé triste, humillado y disminuído. Jamás he sido bonapartista, pero mi respeto afectuoso por aquellas dos cabezas coronadas de espinas, el emperador y la emperatriz, había crecido con su infortunio...

Sentí un disgusto cada día mayor en mi trabajo, cuya frivolidad me angustiaba; pero, cosa extraña, continuaba sordo á aquellas advertencias, y no me llevaban hacia Dios; por el contrario, me parecía que Dios abandonaba á los suyos, y le tenía por ello una especie de ojeriza quisquillosa. Cuanto más Dios me llamaba, más resistía yo en presencia de aquello que me parecía una dimisión de la providencia.

Mi última novela mundana fué escrita para M. de Villemessant, como lo había sido la primera; no sé por qué me pidió aquel libro, pues no teníamos la misma manera de ver las cosas. Mi novela ciertamente no valía gran cosa, pero en una discusión de intereses, en que él trataba de aminorar el precio, que era el mismo que yo cobraba siempre hacía quince años, me habló, como Gil Blas al Arzobispo de Granada, de mi decadencia. Inmediatamente me creí perdido sabiendo la influencia verdaderamente extraordinaria que él tenía en el boulevard. Le propuse suspender la publicación, y volví á casa aplastado como si en la calle me hubiera caído una piedra sobre la cabeza.

Así salió de entre el nublado la mano sobrenatural que iba á cogerme por el cuello. Digo las cosas en su pequeñez y en su sencillez. Aquel golpe insignificante, de que yo me habría reído tan valientemente algunas semanas antes, me quebrantó y me aterró como si mi reputación desfondada hubiese abierto de repente un abismo bajo mis pies. Tuve miedo por mi familia, en la que no había lujos, pero que estaba montada en un pie bastante costoso. Todas las educaciones de mis hijos se estaban haciendo á la vez; tenía seis en establecimien-

tos excelentes, escogidos en tiempo en que el precio de la pensión no nos importaba nada. Miré á mi presupuesto con ojo atento, cosa que jamás había hecho hasta entonces, y este acceso de prudencia me condujo á una locura, como suele acontecer á las personas desprovistas de experiencia en los negocios.

No había yo jamás jugado á la Bolsa ni aun especulado, y me vino la idea de jugar ó especular; pero en presencia de tantas educaciones pendientes, de la cifra de nuestros gastos necesarios y de la ruina literaria que el pobre M. de Villemessant no había quizá tenido intención de dejarme entrever tan completa, el pánico se apoderó de mí y pedí consejo á un financiero experimentado, á quien creía, y todavía le creo, hombre de bien. Siguiendo su parecer realicé mis fondos y les empleé en valores extranjeros, que producían intereses elevados, de manera que casi doblaba mi renta. No daba en ello alta prueba de inteligencia, nadie está más convencido de ello que yo; pero tenía mi idea, que por simple que fuese, á mí me parecía verdaderamente plausible.

Me decía yo: «estos fondos de Estado subsisten ya desde largo tiempo, y no van á desaparecer de un golpe precisamente en el momento en que yo los compro. Una de dos: ó Villemessant se engaña, y yo evitaré la caída intelectual con que ha tenido á bien amenazarme, ó yo me voy á volver idiota poco á poco según su profecía; en el primer caso, yo volveré á vender mis fondos turcos tan pronto como el éxito de mi próxima obra le haya desmentido públicamente; en el segundo caso, mis hijos podrán continuar su educación

sin que su padre y su madre se vean obligados á retirarse á un desván. Y cuando las educaciones vayan siendo menos numerosas volveré á tomar renta francesa, como es el deber de un buen patriota.

Este razonamiento no hubiera satisfecho á un hombre prudente, pero á mí desgraciadamente me satisfizo del todo y se hizo la operación, después de lo cual dormí tranquilamente.

Cuando el agente de cambio me envió mi paquete de obligaciones sentí gran respeto hacia aquel tesoro en papel. Los títulos otomanos eran tan hermosos, tan frescos, tan grandes, y tenía tal cantidad de ellos, que sentía al contemplarlos cierto orgullo: me creí rico y pensé que debía tener una caja de caudales. La idea germinó y creció; era un nuevo plan de avaricia, y ordené hacer un armario en la pared para colocar allí en secreto mi caja, que no quería tener á la vista de todo el mundo. Fué hecho el armario y fué escogida la caja, pero no tuvo tiempo de ser entregada y no llegó á mi domicilio.

El mismo día en que la esperaba recibí un despacho concebido en estos términos: «Venda fondos turcos todos. Embajador Rusia ha aconsejado quiebra al Sultán». He olvidado el nombre de aquel embajador tan verdaderamente ruso, que continuaba á su manera la política de Pedro *el Grande*. Era verdad: el zar comenzaba, estafando á lo griego, su sangrienta comedia de guerra de Oriente, y antes de poner en movimiento los cañones escanciaba al pobre y embrutecido Gran-Turco el veneno de un consejo diabólico que había de sembrar la perturbación en toda Europa y arruinar para

siempre el crédito del imperio otomano. Los hijos de Mahoma hubieran parado el golpe portándose honradamente; mas para salvajes la tentación era demasiado fuerte; escucharon la pillería cosaca, y murieron de ella á pesar del brutal heroísmo que derrocharon después en prolongar su agonía.

Yo corrí á la Bolsa, pero no corrí con bastante velocidad; el telégrafo parleteaba sin cesar entre Constantinopla y París. Los departamentos y pasillos de la casa del dinero me eran enteramente desconocidos, y me costó gran trabajo encontrar á mi agente de cambio; cuando al fin me junté con él, cada uno de mis luises no valía ya más que diez francos en el mercado.

—¿Hay que vender?—me preguntó mi hombre.

Como se ve, no se trataba ya de cortarse un brazo, sino de ser dividido al medio, como un palomino asado. La enormidad de esta pérdida me espantó; quise pedir consejo en lugar elevado, y dejé la Bolsa con la cabeza perdida. Los consejos que recibí de los personajes políticos fueron contradictorios; se me dieron noticias muy curiosas sobre la política turca, y un poderoso del día me propuso poner en novela las probidades de la diplomacia rusa. ¡Bueno estaba el tiempo para novelas!

Estuve dudando todo aquel día, y la única cosa inteligente que hice fué desencargar mi famosa caja de caudales.

A la mañana siguiente dudaba todavía; mis fondos continuaban bajando; el tercer día volví á mi casa con la certeza de estar arruinado completamente. Aquello había concluído. Tengo todavía en el fondo de mi baúl

mis soberbios papeles turcos con sus viñetas, siempre tan hermosas, y con sus admirables sellos; no se han tomado siquiera el trabajo de cambiarse en hojas secas como los cequfes de *Las mil y una noches*.

Me encerré en mi gabinete para reflexionar. Los objetos de arte que me rodeaban me hicieron daño al verlos, porque tenía que decirles adiós para siempre. El pensamiento de mis hijos me traspasaba el corazón con herida mortal.

No tenía ya nada, absolutamente nada, y tenía ocho hijos, sin contar á mi familia de Bretaña, á quien ya faltaba Carlos. Sólo para la educación de mis hijos necesitaba cada año una suma que me parecía enorme.

¿Era verdad, sin embargo, aquel naufragio completo hasta lo absurdo y lo imposible? ¿No quedaba ningún recurso, ninguna esperanza? Mis parientes por la sangre estaban pobres, pero los padres de mi mujer no la habían entregado el dote... Mi pobre suegra acababa de morir, y el buen doctor gozaba un amplio bienestar... No pensaba yo, sin embargo, acudir á él, y tenía mis razones. El me había salvado la vida en otro tiempo, y por otra parte, ¿no me había dado bastante dándome á su hija? Todavía me reconocía yo su deudor. No, no había recurso; la pena de dinero era para mí pena de muerte.

Era día de vacaciones, oía yo á mis hijos reír y jugar ruidosamente; sus alegrías llenaban la casa. ¡Ah, qué diferencia! Yo había conocido la miseria, es verdad, me había faltado el pan, pero era yo solo. Ahora me parecía aceptable mi agonía de la calle de la Cerezal, pues alrededor de ella no había hijos.

No acertaría á decir hasta qué punto aquellas risas y aquellos juegos me desgarraban. Reconocía yo las voces á través de las paredes, y aquellas voces me decían: «¿Qué vas á hacer de nosotros?» Les veía pasar en verdadera tropa: Josefina (ahora sor María Gabriela), reina desde la cuna, ya una señorita, alta, hermosa, brillante por el talento y el saber, exquisita por el corazón, pero ambiciosa y orgullosa; Augusto, noble joven destinado á la carrera militar; Pablo, orgulloso de su nombre, que quería ya ver respetado; María y Juana, la una dulce, la otra vivaracha, ambas pensionistas; Juan y Pedro, dos escolantes; y Magdalena, la pequeña, viviente sonrisa, corazón de su madre.

¡Cuán á menudo había yo cerrado los ojos para llamarlos así en mi sueño y contar la riqueza de mi paternal tesoro! No había ayer en el mundo entero un hombre tan feliz como yo ni tan consciente de su felicidad. Todas aquellas preciosas criaturas, igualmente amadas, poblaban sin cesar mi soledad; de lejos como de cerca, las tenía siempre alrededor de mí; ellas eran mi valor, mi inspiración, mi vida.

¡Y aquellas largas conversaciones que su madre, ávida de saborear sus grandes alegrías, ó sus pequeñas penas (que son también dulces como los besos de los hijos), encontraba siempre demasiado cortas! ¡Qué de castillos en el aire! ¡Qué de sueños encantadores!... ¡Salvador Jesús, yo os doy gracias desde lo más profundo de mi alma! Yo era malo y no lo reconocía. Nada de aquella alegría tan hermosa me atraía hacia Vos. En la ceguera de mi vanidad pensaba que todas aquellas cosas me eran debidas porque vivía honradamente,

obrero laborioso, buen padre y buen marido, según el mundo. ¡Salvador Jesús, apóstol infatigable, cuya obra de salud no se cansa jamás, gracias con ambas manos, gracias, gracias!... Interrumpo esta línea con los ojos bañados de lágrimas, y me postro de rodillas ante la imagen adorada de vuestro sacratísimo Corazón. Jesús, mi maestro, mi rey, me hacía falta aquella angustia para conocer vuestra mano bendita, y Vos me la disteis en la inmensidad de vuestras misericordias... Tened piedad de mis hijos, Señor; por su madre y por mí, gracias, gracias. La faz contra la tierra y el alma ahogada, os damos las gracias en la plenitud de nuestro amor.

¡Oh Dios! Sostened mi pluma para que no quede muy por bajo de mi tarea presente.

Hay espíritus que no verán quizá vuestra milagrosa generosidad en aquella hora suprema de mi vida, y me dirán, como me han dicho tantas veces: «¿Qué tenías tú de qué convertirme, si eras un hombre de bien?»

¡Ah, era un hombre de bien, colmado de todos los bienes y que no había llorado ni siquiera una lágrima besando los clavos de la Cruz! ¿Se puede ser un hombre de bien permaneciendo ante el soberano Bienhechor en ingratitud apática y en egoísta indiferencia? Salvador, divino Salvador, en este momento hacéis con Francia lo que hicisteis conmigo: la mano de vuestra suprema caridad está sobre ella, hacedla comprender el beneficio de sus vergüenzas y el precio inestimable de sus dolores.

¡Virgen Santa, que lloráis con la frente entre las manos, obtened del Padre de los cielos que la amada patria de Martín el monje, del rey Luis y de Vicen-

te de Paúl escuche como yo la voz divina del sufrimiento!

No hay nada de drama en mi pobre historia. Algunos se van á reir pensando: «Esto es llano como la bancarrota de un judío». No se ve nada, en efecto, en el fondo de todo esto, más que un poco de dinero perdido por un hombre desgraciado; pero cada uno recibe la herida que conviene á su valor ó á su debilidad.

Hizo falta un rayo para aterrar á San Pablo; yo no necesitaba más que un lloro.

*
**

Permanecí solo casi todo el día en mi gabinete, tratando de sondear mi situación y de hallar una salida. Tuve muchas veces deseo de huir, porque el gozoso ruido de mis hijos me desgarraba el corazón; pero me faltaba la fuerza. Pasé el día sentado en el mismo sitio ante la mesa con las manos cruzadas sobre las rodillas. Una hora antes de comer me dió vergüenza de mi abatimiento, y dí un paseo por el cuarto diciéndome en voz alta:

—Bueno, ¿y qué? Yo era quien lo había ganado, y yo soy quien lo he perdido. A nadie debo nada.

¿Por cuánto tiempo sería esto verdad? Dejé de pasear é incliné la cabeza hasta que un nuevo esfuerzo menos espontáneo me hizo enderezarme diciendo: «Hay que volver á empezar, esto es todo, yo trabajaré doble y seré menos esmerado. El público no nos tiene en cuenta el trabajo que nos tomamos por escribir bien: le gusta la tarea hecha al galope; en tres años quiero ganar lo que he perdido.

Esto no era del todo imposible, y es muy cierto que al vulgo de los lectores no le gustan las obras esmeradas; ¿pero cómo vivir durante esos tres años? Me ocurrió la idea de que muchos me debían dinero, y me hizo sonreír: no tenía grandes ilusiones sobre este particular.

Me llamaron para comer, y respondí: «Que no me esperen», y me volví á sentar aturdido como si hubiese sufrido un nuevo golpe. Al cabo de media hora entró mi mujer y me preguntó:

—¿Es que no estás bien?

Guardé silencio; había vuelto á caer en lo más hondo de mi descorazonamiento. Mi mujer vino á sentarse junto á mí y me miró:

—¿Es verdad?—me dijo dulcemente.

Yo no sabía de qué me hablaba, pero tenía necesidad de desahogar mi corazón.

—Sí—la respondí,—es verdad.

—¿Quieren hacer modificaciones en tu manuscrito? ¡Vaya una gracia! Se le darás á otra empresa... Vamos, ven á comer; los niños están tristes.

La cogí las manos y se las besé.

—¿Qué tienes?—me preguntó con voz trémula y bastante asustada.

Entonces se lo dije todo. Ya había ella oído hablar de la baja de los fondos turcos, pero se resistió á admitir así de buenas á primeras la extensión de nuestro desastre; lo que la convenció fué mi abatimiento mismo. Por fin la ví palidecer cuando balbució:

—¡Nuestros hijos!...

No acabó de expresar su pensamiento; quedamos en

silencio un minuto; después se dejó caer de rodillas y me preguntó:

—¿Quieres rezar conmigo?

Su acento me conmovió. No lo dí á conocer y la respondí:

—¿Por qué no?...

Y como añadió: «Eso, si no sirve, no puede hacer daño», ella comenzó en seguida: «*Padre nuestro que estás en los cielos...*» Yo me puse de pie y crucé las manos sin querer casi. Las palabras del *Padre nuestro*, tan familiares en mi infancia, produjeron en mi entendimiento una impresión muy viva que me costaría trabajo definir: parecíame que las escuchaba, ó á lo menos que las comprendía por primera vez. Traté de responder: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, pero no pude; mi memoria se turbó; en cambio respondí al *Ave María* corrientemente, porque la rezaba, aunque sin devoción, todas las noches al acostarme, así como el *Sub tuum praesidium*, en virtud de una promesa hecha á Carlos primeramente, y después á mi madre. Cuando hubo concluído, rezó el *Ave verum Sacramentum* y la *Salve Regina*, todo en latín. A la *Salve* doblé la rodilla. ¡Gracias Virgen María, Virgen Madre!

Me abrazó antes de levantarse, y me hirió un poco su aire demasiado contento. ¿Tenía ella ya el secreto de Dios? Yo, por mí, estaba bien lejos de saber adónde iba, y sentía, al ver su sonrisa casi triunfante, haber llevado un poco lejos mi complacencia.

La escena terminó allí porque vinieron á buscarla para volver á llevar los muchachos al colegio. Consentí

en abrazarles y decir buenas noches á los pequeños, que iban á acostarse. Magdalena, colgada de mi cuello, se me rió y me dijo: «Pones un gesto como yo cuando voy á llorar». Hice por contenerme. La vista de aquellos desgraciados me oprimía el pecho con violencia.

Mi mujer partió con los tres colegiales; yo quedé solo y volví á sentarme frente á la mesa. El sitio en que había estado arrodillado caía precisamente bajo mis pies; no volví apenas á pensar en ello, pero sentía mis mejillas humedecidas por causa de los hijos, á cuya vista me había dado un vuelco el corazón. Lo que yo sufrí y pensé en aquella hora de soledad esperando la vuelta de mi mujer, importa poco; quiero aprovechar este instante para decir cuál era mi situación frente á ella con respecto á la religión.

Hacia á la sazón cerca de veinte años que ella trataba de volverme á Dios con una paciencia, con una prudencia, con una discreción que no hay palabras para explicarlas suficientemente, porque hay en ellas esfuerzos incesantes, hechos de detalles y de matices de los que, en cierto modo, nada se ve por fuera. La menor equivocación puede comprometerlo todo, la menor imprudencia puede echarlo todo á perder, y así es que se ven en las familias tantas buenas intenciones que conducen á resultados deplorables.

Nosotros estábamos el uno respecto del otro en un pie de paz absoluta. Ella había conseguido poder hablar conmigo de religión cuando quería, pero no abusaba. Yo tenía la misma fe que ella; pero en la práctica era un indiferente endurecido. Esta situación era peligrosa entre todas, porque no tenía ni la adverten-

cia ni el despertador del remordimiento. Mi indiferencia era un sueño lleno de seguridad. La última hora suele sacudirle; pero ¿quién puede responder de su última hora? La indiferencia puede ser, y es con frecuencia, la más definitiva de las condenaciones.

Yo no era un malvado completo: mi orgullo no pasaba los límites del pavoneo ordinario; pero la terrible idea de inspirar compasión al público y á mis amigos me desconcertaba del todo. Al mismo tiempo sentía un terror pueril, pero muy vivo, por la desconfianza que mi miseria iba á inspirar á las personas que de algún modo me estaban obligadas y que moralmente me debían asistencia. Entré bruscamente en la categoría de los desgraciados á los que se tiene miedo. Las personas de talento y de posición huían de encontrarme en la calle. Tuve una especie de sueño desvelado y lleno de encuentros lamentables, donde las tres cuartas partes y media de mis conocimientos, y la casi totalidad de la otra media cuarta parte, desfilaron ante mis ojos.

¡Revista abominable! Unos me compadecían, ¡cosa odiosa! Otros me sonreían con aire reservado; otros me confesaban fuera de propósito un contratiempo que habían tenido en sus negocios; otros volvían la cabeza francamente, mirando á otro lado por no saludarme. No recuerdo haber pasado un minuto más penoso en toda mi vida.

*
* *

Mi mujer volvió del colegio poco antes de las nueve, y quedé estupefacto al verla con el semblante de todos los días. Su serenidad me ofendió. Tomó asiento en el

mismo sitio donde había estado poco antes y trató de reanudar la conversación en el punto en que la habíamos dejado. Yo no me presté á ello. Fué una lucha de un cuarto de hora próximamente.

Nunca me ha dicho que el temor de un suicidio cruzara entonces por su mente, ni yo mismo pensé en tal cosa un solo instante con seriedad; pero de un momento á otro veía yo nacer y crecer en su semblante, que no ocultaba ninguna de sus impresiones, una desazón que era reflejo de mi flaqueza desolada.

—¿Quieres que me vaya?—me preguntó al fin.—
¿Tienes que trabajar?

Hice seña de que no con la cabeza, y después de unos momentos de silencio dije:

—¿Volveré á trabajar alguna vez?..

Aproximó su silla á la mía, é hizo un esfuerzo por sonreír. Me agradó, dentro de mi tristeza, verla interesada y decidida.

—Si no te molesto—replicó,—háblame. ¿Cuánto tenemos todavía, al poco más ó menos?..

—Nada—la contesté yo.

Pronuncié esa palabra casi con dureza, y creí ver una lágrima al borde de su pupila.

—¡Ah!—me dijo—¡cómo sufres!... ¡Habías trabajado tanto para ganarnos ese pobre dinero!

Hice un gesto de fatiga, pero ya no me propuso retirarse; tenía algo que decirme, lo conocí bien á pesar de mi postración. Quizá adivinaba yo vagamente lo que me amenazaba, pues me puse un poco en guardia mientras parecía estar buscando las palabras.

—Tú padeces mucho más—añadió con vacilación,—

somos muchos; pesaremos enormemente sobre ti. Y ¿sabes lo que me da miedo?... Nuestros hijos son buenos, pero se creen ricos. Josefina, particularmente, no sabrá ser pobre.

Acababa yo de decir con desaliento: «¿Volveré a trabajar?» Y sin embargo, ahora respondí altivamente:

—¡Yo tengo mi pluma!

Pero casi inmediatamente después hundí la cabeza entre las manos y sollocé por entre los dedos, que se me incrustaban en las mejillas:

—¡Nuestros hijos tendrán razón para abrumarme, pues los he reducido á la mendicidad!

Sentí que me besaba en la frente, repitiendo con voz temblorosa:

—Nuestros hijos son buenos... son buenos...

Después añadió estrechándome entre sus brazos:

—¡Y hay un Dios que ve la herida de tu corazón!

Esto era lo que yo aguardaba, y me estuve quedo, pues la sola idea de abordar una discusión religiosa en tales circunstancias me ponía la carne de gallina. Sabía bien, sin embargo, que no podía evitar el asalto, porque mi mujer estaba llena de su gran deseo hasta hacer explosión, aun cuando conservaba las apariencias de la calma más absoluta. Su pasión... he estado á punto de escribir su *triunfo*, la saltaba del alma.

Ya había leído yo sus esperanzas en su mirada aun antes de haber salido ella para el colegio; ese era el origen de aquella alegría extraña y desnaturalizada que me había parecido inexplicable en el primer momento, y yo traducía así su designio. Ella contaba con aprovecharse de mi caída para encadenarme sin defensa, ate-

rrado ya como estaba. Yo me había arrodillado antes: había hecho mal, lo sentía.

Mientras yo callaba pensando así, me dijo de repente:

—El Padre Hervé (1) estaba en el locutorio, y me dió para ti muchos recuerdos.

El Padre Hervé, Jesuita, era prefecto de estudios en el colegio de Vaugirard, donde mis hijos estudiaban; hombre de talento, de saber y de gran carácter, que nos demostraba sincera adhesión. Iba yo á verle bastante á menudo; se interesaba en mis éxitos frívolos y no ejercía de propagandista conmigo. Lo mismo debo decir de los demás dignatarios de la Compañía de Jesús, entre los que contaba yo ya numerosos amigos.

Acepté los recuerdos del Padre Hervé con un movimiento de cabeza y guardé silencio, no queriendo favorecer el ataque que evidentemente comenzaba. De nada me sirvió, porque ella apoyó su frente contra la mía y añadió con voz firme:

—No le he hablado de nuestros asuntos, como puedes suponer; no tenía permiso tuyo para eso; pero nada más que el verle me ha hecho comprender cuánta necesidad tienes de Dios *ahora*.

—Todo el mundo tiene necesidad de Dios—la respondí yo,—y siempre.

Se levantó al momento, y yo añadí con tono casi amargo:

(1) El R. P. H., que ha muerto recientemente, y á quien mi cariñoso agradecimiento guarda luto, no se llamaba precisamente Hervé. Por respeto callo su nombre, que es el de un santo.

—No has esperado tú á ver al Padre Hervé para pensar así, pues desde antes de verle has cantado victoria dentro de ti misma... Bueno, tienes razón, yo tengo necesidad de Dios, terrible necesidad, hoy más que ayer, si es posible. Tú sabes que somos del mismo parecer sobre eso, y te apruebo que hayas escogido este momento, que es siniestro, pero propicio. Voy á reflexionar, voy á recordar, voy á descender al fondo de mi conciencia. Tú crees ¿no es así? que lo que me pasa es una advertencia cruel...

—No, cruel, no.

—Formal, si quieres; pienso como tú, la acepto como tal, ¿estás contenta?

—No— me dijo,— porque Dios acaba de llamarte, y vacilas; tú no has merecido castigo según el mundo: ¿eres tan bueno! Esa es la clemencia de Dios que te despierta en la desgracia; yo la siento, yo la veo... y tú estás indeciso... Eso que acabas de decirme, ¿no me lo has dicho ya y repetido muchas veces bajo una forma ú otra? Tú quieres pagar, pero pides un plazo y buscas el camino más largo...

—Entonces, ¿crees que miento?

—Jamás creeré yo que tengas intención de engañarme; pero que te engañas á ti mismo.

Era esto tan exacto, que permanecí unos minutos sin responder, y cuando volví á tomar la palabra fué para atacar otro muy diferente orden de ideas.

—Razonemos—la dije:—en principio, tu estás en lo cierto; yo admito que Dios me ha *advertido* en su misericordia y quiero sinceramente no resistir á su llamamiento; lo prometo, es cosa hecha, pero hace falta

tiempo. ¿Has reflexionado que á partir de hoy mismo tendré, en toda la fuerza de la expresión, que dedicarme á ganar la vida, á mantener día por día á nuestros hijos?

—¿Y qué?

—¿Y qué?... Que no está en mi carácter el hacer las cosas á medias. Si una vez soy cristiano, y quiero serlo, lo seré en la más alta medida que me sea dado alcanzar.

—Nunca lo serás demasiado.

—De acuerdo; pero considera conmigo nuestra situación en su realidad. Yo abandono hoy ó mañana el trabajo de que vivíamos, en el momento mismo en que se nos hace imposible vivir de otra manera que con el producto cotidiano de mi trabajo.

—¿Quién lo dice?

—Yo, y digo la verdad; no quiero que te quede ninguna ilusión sobre eso. Bueno; pues el Evangelio prohíbe servir á dos señores, y la vanal sabiduría de las naciones proclama también que una puerta ha de estar abierta ó cerrada. ¿Has pensado en mi pluma? ¿Qué podría valer mi vuelta á Dios si no produce la conversión plena y entera de mi pluma?... ¿Y cómo puedo trabajar en el mundo en que estamos con una PLUMA CONVERTIDA?



IX

**Mi resistencia.—El P. Hervé.—El corazón de Carlos
y el golpe de gracia.**

Evidentemente, la cuestión era para nosotros de vida ó muerte; pero ni eso hizo retroceder á mi mujer. Pronunció muy bajo el nombre de Luis Veuillot, respecto del cual yo no había ocultado nunca mi admiración, y el de Montalembert, como para mostrarme lo que los cristianos saben hacer en las letras y á qué altura podían cernerse las *plumas convertidas*; pero la respondí con una sonrisa desanimada, sin preguntarla siquiera si era razonable que yo, obrero de última hora, pudiera improvisarme un puesto, por humilde que fuese, detrás de aquellos grandes maestros. Mentiría si pretendiera que mi argumento era completamente de buena fe; ante todo yo buscaba huir ó ganar tiempo, pero mi razonamiento no dejaba por eso de tener su fuerza. Y continué sentando que había dado en el clavo, como suele decirse.

—Lo primero que hay que hacer, no me lo negarás, es dejar mañana todos los periódicos que nos dan de comer y que no son resueltamente católicos, y dejar también á mis editores. ¿Dónde encontrar otros periódicos prestos á publicar mis obras de cristiano nuevo?

¿Los hay siquiera? Yo no los conozco. ¿Y otros editores? ¿Con quién remplazaría yo á los amigos á quienes bruscamente voy á volver la espalda en el momento mismo en que me es tan necesaria su amistad?...

Hablé así largo rato, y no digo que exageré porque bien pocos días después experimentaba hasta qué punto había expuesto con moderación los términos exactos del problema, cuya solución, casi imposible, iba á abordar de frente.

Hay que pensar, al leer esta página, que se trataba de la existencia misma de mis hijos. Resumo, efectivamente, en una sola línea el resultado necesario de mi cambio de vida tal como yo le entendía: yo no tenía ya en el mundo recurso alguno más que mi trabajo, que en las condiciones ordinarias hubiera bastado á sostener mi familia, y de buenas á primeras suprimía el producto de mi trabajo. ¿Qué me quedaba? Nada.

Era evidente que mi mujer había comprendido la situación y que estaba conmovida, principalmente por lo tocante á nuestros hijos, detenidos en sus estudios. Lo ví tan claro, que no llevé más adelante mi demostración creyendo tener ganada la batalla, al menos por el momento, y la cogí las manos para concluir preguntándola con aire de triunfo:

—¿Qué harías tú en mi lugar?

Ella, que tenía los ojos bajos, los levantó fijándolos en mí, y aún estoy viendo á través de mis recuerdos la límpida serenidad de su mirada.

—Tú nos quieres mucho—me dijo en voz baja, pero con un acento tan penetrante que me llegó hasta los más íntimos pliegues del corazón;—yo nunca te he que-

rido tanto, y en tu lugar, haría lo mismo que tú vas á hacer: Dios te ha llamado, y Dios no engaña nunca; corre derecho á Él sin mirar siquiera los estorbos del camino. Él es quien nos ha dado nuestros hijos queridos; sabe cuántos son, lo mismo que nosotros, y el pan de cada día se lo tiene preparado desde la eternidad. ¿Cómo les vendrá? Él lo sabe. Coge resueltamente el buen camino y no temas hacer daño á los que te son tan queridos por cumplir tu deber. Yo en tu lugar, iría á confesarme mañana, muy de mañana, después de haber dado gracias á Dios esta noche con toda mi alma, y de dormir luego tranquila apoyando la certidumbre de mis esperanzas sobre el corazón de Aquel que murió en la cruz por nosotros. Él te ha llamado porque te quiere, y puesto que te ha llamado, te aguarda.

Diciendo esto sonreía dulcemente, y yo me sentí presa de una emoción desconocida: era el primer contacto de la verdadera fe. ¿Estaba convertido? ¡Oh! no, ciertamente, pues tenía vergüenza de las lágrimas, que me quemaban dentro de los párpados; pero dije, queriendo á todo trance estar solo para interrogar al enigma de aquella turbación repentina, en que había como un soplo de alegría en medio de la persistencia de mi angustia:

—Vamos, voy á seguir tus órdenes. Trataré esta noche de dar gracias á Dios lo mejor que pueda, y mañana me iré á confesar.

Me levanté al decir esto, y ella hizo lo mismo; su sonrisa era algo contristada; me dijo buenas noches como de ordinario y en el mismo tono. Esperaba de mí algo más, y quizá yo también.

Me subí á mi cuarto... No, no, yo no estaba convertido porque no traté siquiera de dar gracias á Dios como acababa de prometerlo.

El soplo vago de verdadera fe que me había tocado de improviso no fué vano del todo; mas era en cierto modo inherente á la presencia de la que le había despertado, y en su ausencia no le sentía ya de la misma manera. No me quedaba más de él que la emoción sorprendente despertada en mi conciencia por aquellas palabras tan sencillas que recordaba muy bien. Empecé á pasearme por la habitación, y así estuve cerca de una hora. Después sentí un poco de fiebre, que creció rápidamente, y la fatiga me obligó á meterme en la cama, no sin hacer mi corta oración maquinalmente como todas las noches. ¡Cuán lejos estaba de Vos, oh María, Madre Inmaculada, cuando balbucía sin pensar las palabras que me ponían bajo vuestro socorro!

Apenas acostado sentí un gran malestar, parecido á los que experimentaba cuando padecía la enfermedad nerviosa; pero no sentí como entonces la idea de la muerte: tenía la cabeza llena de delirios. Algunas gentes «caritativas» me han acusado de especulación por haberme refugiado en la oración con mi pobreza: aquella noche ensayé innumerables especulaciones más ó menos extravagantes, merced á las cuales me levantaba de mi caída; mas puedo afirmar que ninguna de aquellas especulaciones se relacionaba con el catolicismo; en cambio las había que iban en sentido diametralmente opuesto, pues con frecuencia directores de periódicos y libreros me habían dicho que mi boga no tendría límites si quisiera salpimentar un poco mis

obras con pimienta de blasfemia, que no cuesta cara, y que agrada tantísimo á la jovialidad obtusa del sufragio universal. Fui tentado, me examiné, me convencí de que en ese género abyecto y fácil llegaría yo de un salto á las audacias que dan golpe; tuve la visión de un libro, improvisado en cuatro días, muy semejante á los que hoy llevan la gala en el campo de la moda asquerosa, y hasta conté lo que me valdrían los millones de ejemplares vendidos... lo cual me dió náuseas, y pasé.

Tengo casi por cierto que si yo hubiera podido inventar en el acto una mecánica iteraria, ó poco menos, malsana y hasta criminal, pero que no manchase notoriamente los dedos del escritor, hubiera cedido, á lo menos de pensamiento, á la tentación en aquella noche de angustia; lo que me preservó fué mi turbación misma, que me hacía incapaz de concebir nada preciso. Era aquello una caza confusa y fugitiva en que perseguía desesperadamente una pieza imaginaria que no tenía forma ni nombre. Lo que recuerdo con más claridad es que la idea de la confesión prometida sobrenadaba, pues me puse más de una vez á discutir el valor de mi compromiso, diciéndome á mí mismo: «Eso sería una debilidad y casi una burla. Yo iré á estrechar la mano al buen Padre Hervé y le diré que haga entrar en razón á María, que se ha valido de la ocasión de hallarme yo derribado en tierra, para ponerme el pie sobre el pescuezo. Quiero levantarme, y me levantaré; mas para ello no es menester hacer nada que me moleste».

Me dormí en medio del ciento uno de mis proyectos. El cuarto de mi mujer estaba tocando al mío; sentí

que estaba despierta, y varias veces creí oír la llorar; me daba mucho miedo una nueva controversia.

Mi sueño fué doloroso aún más que agitado; pensaba y discurría bajo un fuerte aplanamiento; desperté muchas veces antes de amanecer, siempre con la idea fija del P. Hervé, que me impacientaba cada vez más.

Mi último sueño fué largo y pesado: desperté, cuando era ya muy de día, al ruido que hizo mi mujer al llevarme el chocolate. Estaba literalmente molido de cansancio, pero con bastante lucidez de espíritu á pesar del sentimiento de vaga tristeza que me oprimía el corazón. María estaba dulcemente alegre, según su costumbre, y me preguntó:

—¿A qué hora vas á ir?

Yo hice un gesto como de quien no entiende lo que se le pregunta, y ella añadió en seguida:

—A confesarte.

Estaba en su derecho, pues que yo lo había prometido; pero ella me había acostumbrado desde hacía años á una tan completa independencia, que me extrañó su pregunta. Dejé entrever un poco de descontento, y la respondí con negligencia:

—No había vuelto á pensar en ello; tenemos tiempo: yo veré.

—¡Ah!—dijo ella mostrando francamente su disgusto—¿todavía estás en eso?

Pero en el mismo instante recobró su agradable sonrisa y añadió:

—Tienes traza de estar muy quebrantado.

Después habló de otra cosa sin hacer ninguna alusión á nuestros negocios. Yo me vestí en traje de casa

y bajé á mi despacho cuando me anunciaron al barón X... que se había hecho introducir en la sala prevalido de nuestra intimidad. El barón era un hombre de mucha fama y realmente de gran valer, que me demostraba ferviente reconocimiento por un servicio político que de pura casualidad había tenido ocasión de prestarle. Era un ambicioso de honores solamente, pues tenía el corazón desinteresado, y había hecho mucho bien. Ya tenía mucha edad.

Era amigo de los poderosos, y por más que yo no lo fuese, iba á verme con frecuencia dándome excelentes consejos á propósito de mi afición á la vida retirada. «No pierda usted jamás sus relaciones—me decía constantemente,—ni abdique nunca; permanezca usted siempre visible y no se ponga usted ni un solo día fuera de la circulación. Las personas á quienes no se ve, están muertas.»

La conversación que tuvimos aquel día fué la última; nunca volvió después á pasar el dintel de mi puerta. Por carambola aquella conversación ejerció tan grande influencia en el cambio de dirección ante el que yo vacilaba, que no me es posible pasarla en silencio.

Encontré al barón instalado en la butaca que escogía ordinariamente y con los pies arrimados á la lumbre, porque hacía frío.

Era un antiguo senador del Imperio, y había recibido recientemente el cordón de la Legión de Honor, el grande; distinción, por cierto, bien merecida. Le llevaba justamente aquel día debajo del paletó porque iba luego al ministerio, donde había pedido audiencia para

dar las gracias. Después de estrecharle la mano le dije:

—Tengo siempre mucho gusto en ver á usted; pero hoy más que nunca, porque tengo que pedirle á usted consejo. Usted es hombre de creencias religiosas...

—Sí—dijo él interrumpiéndome,—eso sí.

—Y es usted al mismo tiempo—continué—un hombre de mundo, del gran mundo.

De nuevo me interrumpió para preguntarme riéndose:

—Amigo mío, ¿es que va usted á casar á su hija?

—No; todavía no—le respondí.

Examinábale yo con atención inusitada. Después de la catástrofe él era el primer termómetro viviente que me venía á la mano. Su pregunta «¿es que va usted á casar á su hija?» me entristeció, pero hice por disimularlo, y continué:

—Estoy pensando en hacerme católico; ¿qué me dice usted?

—En tesis general digo que eso no es malo. Yo soy católico, y quiero serlo sobre todo en mi última hora; pero usted está bueno... ¿Tiene usted algunos motivos?...

—Sí, un motivo muy grave.

—No será alguna desgracia de familia, y me alegraré...

—Barón, somos bastante amigos para poder hablarle á usted con toda claridad; no hay para qué andarle á usted con misterios: estoy completamente arruinado.

Su semblante se embrunó de una manera que no me pareció buena.

—¿Ha jugado usted?—me dijo.

—No; tenía toda mi fortuna en fondos turcos.

Levantó las manos al cielo al oírme con un gesto que ciertamente no expresaba profunda admiración á mi buen sentido.

—¡En fondos turcos!—repitió inflando sus mejillas.—¡Toda la fortuna en fondos turcos!... Amigo mío, me ha dado usted un golpe terrible diciéndome eso sin preámbulos; me deja usted trastornado... Mi audiencia es á hora fija; hablemos poco y aprovechando el tiempo. ¿Qué quiere usted pedir al catolicismo?

—La tranquilidad de la conciencia y la resignación.

—¿Es decir, que se dispone usted á abdicar? ¡No lo haga usted nunca!

—No, abdicar, no; pero reformar: pensar, hablar, escribir, según una regla nueva para mí, sosteniendo una creencia que va á ser en adelante la mía.

—¿Todavía no lo es?

—Es necesario que lo sea.

—¿Por qué?

—Porque lo quiero así.

El barón tenía un hermoso semblante, todo enrejado de arrugas, que contribuían á que gesticulara admirablemente; hizo un gesto de displicencia y dijo:

—Podía preguntarle á usted por qué lo quiere así, pero se acerca la hora de mi audiencia; vamos al fondo. ¿Debo entender que usted quiere desplegar la bandera enteramente?

—Enteramente.

—¿Encuentra usted en ello alguna ventaja?

—No sé lo que usted me quiere decir con eso.

—Pienso en sus hijos. ¿Se le asegura á usted una posición en el partido?

—No—respondí yo con cierto desdén.

—¿No le prometen á usted nada?

—Nada.

—Entonces... Óigame, amigo: yo le quiero á usted mucho; usted marchaba bien, con paso seguro y en una buena vida; no vaya usted á dar una caída como la cometa cuando pierde la tensión. Usted no tiene traza de fanático, y con San Pablo tampoco le encuentro á usted la menor semejanza. ¿Conoce usted bien el personal?

—¿A los católicos? Menos que usted, seguramente, barón.

—¡Oh! Lo que es yo conozco á todo el mundo; trato de cumplir mis deberes para con todos, pero no me dejo envolver por nadie para quedar en circulación con plena libertad. El afiliarse es siempre una tontería, á menos que se encuentre en ello un interés mayor; y esto está tan aceptado como axioma por los que conocen la vida, que se considera á todo hombre afiliado como hombre pagado.

—Nadie me ha propuesto comprarme, ni yo tampoco estoy de humor de venderme.

—Eso yo soy el primero en afirmarlo y sostenerlo; usted ha vivido siempre hecho un Don Quijote, y ha tenido usted éxito como tal; pero usted está arruinado y no sabrá usted ocultarlo, y el cambio de frente de usted coincidiendo con su ruina será materia de muchos comentarios. El catolicismo está amenazado, siente venir la guerra y busca soldados, naturalmente: se dirá que

usted en un momento difícil se ha contratado con el reclutador.

—Y se mentirá.

—La historia no se escribe de otra manera: la verdad anda por los dominios de la poesía romántica. Yo le digo á usted que es un mal negocio darse apariencias de mercader cuando no se tiene tienda de nada; el tráfico no tiene otra excusa que la ganancia: si usted no tiene en perspectiva una ganancia fuerte, estese usted quieto. He dicho.

No le repliqué nada esta vez; pensaba á pesar mío en la frase que él acababa de pronunciar. «El catolicismo busca soldados...» La idea de tener que combatir no me había ocurrido hasta entonces, y en la situación de espíritu en que me hallaba confieso que me agradaba mucho. El barón consultó á su reloj y continuó diciendo:

—Yo soy muy viejo, he vivido mucho; ya volveremos á hablar; mas por hoy, son las nueve y media, no dispongo más que de cinco minutos, y le diré á usted de prisa lo que me resta decirle. No abdique usted, no pierda usted sus relaciones, permanezca usted visible; á los ahogados siempre se les considera culpables. ¿Qué gana usted con la evolución que medita? Usted mismo acaba de responderme: nada. ¿Y qué es lo que usted pierde? Mucho; esto soy yo quien lo afirmo; en primer lugar, pierde usted sus muy numerosos amigos. Los católicos como usted pretende serlo no están en la circulación, forman grupo á parte; no se les quiere, y todo lo que toca á la masonería, es decir, un pueblo enorme, los detesta mortalmente, este odio es

injusto, no pretendo negarlo; la masonería es una tienda contra la Iglesia, pero nada hay más poderoso que una tienda.

Yo, que vivo tan cerca de los católicos, me llevo muy bien con ellos, y me valgo de su caridad para ejercer lo que ellos llaman con desdén mi filantropía; sin embargo, les juzgo así: es indudable que carecen por completo de atractivo; no son compañeros agradables ni en el arte ni en los negocios; pasan por aborrecer el talento, salvo algunos religiosos muy listos y algunos grandes obispos humanizados por el brillo de sus propios dones. Sus escritores, que se marchitan sobre el tallo falto de rocío, podrían informarle á usted á este propósito. Tienen virtud, es verdad, pero es una virtud restrictiva y molesta; tienen prudencia, pero es una prudencia que hiela; tienen pudor, pero es un pudor que agarrota y aprisiona. En una palabra: son unos santos desagradables, un tanto cautelosos y celosos, y además muy mal mirados en la Bolsa. Se desconfía de ellos como Atenas desconfiaba de Arístides, y quizá con más motivo. Podría citarle á usted ejemplos curiosos y tristes. He conocido algunos en el caso de usted que han llegado á ser las bestias negras para sus mejores camaradas, y que se han hecho sospechosos aun para las personas de su familia... Amigo mío, la corriente no va hacia ese lado, sino al revés. Hay que morir en Dios; pero hay que vivir en la tierra.—

Se levantó, me apretó la mano con calor y dijo al despedirse:

—En resumen: va usted á arrojar á sus amigos por la ventana y hacer una recolección de enemigos: esto

merece pensarse; piénselo usted, y después de pensarlo, si se mete usted decididamente en la Iglesia, créame usted, no envíe muchas esquelas dando parte.—

Se marchó á su audiencia y, ya lo he dicho, no le volví á ver en mi casa. Dos años después murió como buen cristiano y como merecía por el mucho bien que había hecho toda su vida.

El barón fué la causa de que yo fuera á ver al P. Hervé aquel día mismo. Hay en mí un mal espíritu de oposición del que Dios se ha valido algunas veces para empujarme hacia el bien sin yo saberlo y aun contra mi voluntad propia. Había yo dicho aquella mañana: «tenemos tiempo: yo veré»; era esto una amenaza de semanas y quizá de meses de espera; mas cuando el barón se marchó estaba yo excitado como si tuviera enfrente á un Ernesto Duverdiér más fuerte, más experto y menos infecto del doctrinarismo, aunque tan prudente como mi primo y primer patrón, que acababa de morir con el mosquete al brazo, pero con la culata para arriba, en el batallón, siempre derrotado, del centro izquierdo. El recuerdo de Aristides, citado por el barón, me venía á la memoria y me hacía pensar en Cristo, de quien el justo de Atenas es la figura pagana... Pero todo esto no era más que el *arte*; mi emoción de la noche antes se había desvanecido.

Salí antes de almorzar, sin ver á mi mujer, á eso de las diez de la mañana. ¿Iba á cumplir mi promesa? No lo parecía, pues volví la espalda á la ruta que conducía hacia Vaugirard. Vivíamos en la avenida de Ternes, y bajé á los Campos Elíseos: tenía necesidad de aire. No pensaba ya apenas en mi ruina; pero las palabras

del barón pesaban sobre mi como un fardo, y la fiebre de la noche anterior me atormentaba sordamente; me sentía desgraciado á tientas, en medio de una niebla que no trataba de disipar. Cuando la imagen de mi mujer se me aproximaba, la rechazaba por instinto; lo mismo hacía con mi madre y con Carlos, que me miraban desde lo alto y rogaban por mí con gran fervor á los pies de Dios.

Anduve paseándome de aca para allá bajo los árboles de los Campos Elíseos como una media hora; después atravesé la plaza de la Concordia para entrar en el jardín de las Tullerías. Subí derecho al palacio derribado; hacía mucho frío: el pálido sol de Diciembre jugaba con las ruinas. Jamás aquel espectro de granito me había parecido tan elocuente. Me sentí apenado por la agonía de la Francia realista, pero al mismo tiempo experimenté como un consuelo egoísta haciendo entre mí la cuenta de todas las glorias que habían vivido radiosas en aquel terrible recinto, para caer heridas del rayo.

Volví la espalda á aquella amarga burla que resume tan dolorosamente las decadencias del país donde reinaron Carlo Magno y Luis XIV; pasé á través del jardín del Príncipe Imperial, otro testigo de funesta catástrofe, y me perdí bajo los viejos árboles contemporáneos de la última Médicis. Llegué al centro del bosque solitario, y allí me detuve oprimido por un recuerdo personal. Allí había yo compuesto casi todos mis libros. Durante buen número de años, de los que los primeros se remontan hasta mi juventud, iba yo á sentarme allí todos los días, siempre solo con mi papel y mi lápiz. Nada

había cambiado en aquella soledad, y allí volví á encontrar fielmente reunidas todas las impresiones del tiempo pasado. Algunas de entre ellas databan de mucho antes de mi casamiento: mi vida entera estaba en aquel recinto.

No había por allí un alma, sin duda por el frío ra-bioso que hacía; apoyé la frente contra un árbol, y mis ojos se inundaron de lágrimas. No explico los hechos, no hago más que contarlos... No estaba yo todavía determinado del todo á cambiar de ruta, y sin embargo, decía adiós llorando á la ruta hasta entonces recorrida, como si mi proyecto de volver bridas estuviera ya realmente decretado. No había nada de esto, y sin embargo, yo me hablaba allí á mí mismo como había hablado aquella mañana al barón, haciendo en cierto modo mi balance (una novela de balance) para una situación moral cuyo inventario no estaba comenzado todavía. Ni una sola vez había pensado seriamente en mi promesa de conversión desde que había salido de casa, y eso que hacía ya unas cuantas horas. Lejos de avanzar en este sentido; había retrocedido bastante. Nada había en mí de ánimo de convertirme, nada absolutamente.

Pero nada hay en nosotros, todo está fuera y encima de nosotros. Aquellas lágrimas que no me enseñaron nada entonces, porque no las comprendía, eran elo-cuentes testigos que descubrían el designio de Dios y contaban á un sordo el misterio mismo de su destino.

Eran las cuatro de la tarde cuando dejé las Tullerías; y tenía hambre, pues no me había desayunado. Descendí al Sena con intención de volver á mi casa por la

rampla del trocarero. Era infatigable andador, y al llegar al puente del Campo de Marte me dije: «Tengo tiempo de ir á abrazar á mis hijos á Vaugirard; estrecharé la mano al P. Hervé, si está en casa, y mi mujer no tendrá nada que pedirme...»

¡Pobre corazón! No podía yo contrariarle en tales momentos. Empecé á andar á grandes zancadas, y aunque las calles de aquel barrio son largas como los días sin pan, aún no era de noche del todo cuando llamaba yo á la puerta del colegio, señalada, si mal no recuerdo, con el número 391 de la calle de Vaugirard. Pregunté lealmente por el Padre Hervé. ¿Confesaré que tenía mucha esperanza de no encontrarle en aquel momento?... El Padre Hervé tenía los minutos contados, y no he conocido un hombre más cargado de ocupaciones; pero me acechaba desde hacía mucho tiempo, y *sabía que me cazaría*; él mismo me lo ha dicho, y empleo su propia expresión. Tenía dada orden de recibirme á cualquier hora que fuese, y ciertamente no me figuraba yo lo bien preparado que tenía el acechadero. Me gustaba estrecharle la mano de vez en cuando por su distinguido talento, y le contaba entre mis numerosos amigos.

Fuí introducido en seguida, no al salón de visitas, sino á su cuarto, que era doble, pues se componía de un despachín para los asuntos del colegio y otro departamento para dormitorio. Todo ello estaba *tapizado* de libros de estudio y de carpetas administrativas, excepción hecha del sitio que ocupaba la cama y del que ocupaba el oratorio, que tenía una imagen de la Inmaculada, y en la parte superior un crucifijo.

Voy á escribir la relación exacta de lo que pasó entre nosotros, porque aquel fué el instante psicológico, como ahora se dice, el minuto mismo de mi transformación total, que yo creía tan lejana y que se manifestó de repente, operada como estaba de antemano en un escondrijo de mi corazón, desconocido hasta para mí. El Padre Hervé comenzó por darme noticias de mis hijos, que ya no se me permitía ver porque la recreación había concluído momentos antes; en seguida se enteró de los acontecimientos políticos, que no eran ya ni buenos, ni bellos. Yo sentía cierta inquietud, porque la promesa hecha á mi mujer en la noche anterior me venía al pensamiento mucho más seriamente de lo que yo había creído; por otra parte, estaba muy resuelto á no cumplirla, por lo menos aquella noche.

—¿Publicamos alguna cosa nueva?—me preguntó el Padre.

Le respondí, á pesar mío, por la cuestión misma que ya se me había otra vez escapado de los labios en términos un poco diferentes, y dije, perdiendo de repente mi jovialidad:

—¿Volveré yo á publicar alguna cosa?

Antes de acabar de pronunciar la frase, ya me pesaba de haberla dicho; porque una de dos: ó no tenía sentido ninguno, ó anunciaba una confidencia. El Padre lo comprendió así, y su actitud de oyente atento me interrogó. Yo continué en seguida buscando manera de cambiar el asunto.

—No hay que eternizarse; me siento ya cansado. He debido contarle á usted esto: un periodista muy hábil me hizo entender un día con bastante dureza que

yo había dicho ya, y aun repetido más de lo conveniente, todo lo que tenía que decir aquí abajo.

El Padre se sonrió y replicó:

—Soy campesino; también hay gente hábil entre nosotros, á la manera misma que el gran periodista de usted: la pareja de bueyes más hermosa del mundo, en la feria resulta defectuosa y enferma para el chalán que quiere comprarla. Usted conoce demasiado bien al que ha tratado de comprarle sus bueyes en la feria, para que le inquiete á usted eso que usted llama su habilidad. No, no es eso...

Se interrumpió, sonriendo siempre, y el tono de sus últimas palabras me hizo sospechar que estaba enterado de mi desgracia.

—¿Ha visto usted á mi mujer?—le pregunté.

—Sí—me respondió;—de paso ayer tarde cuando vino á traer los chicos; parecía venir muy de prisa, y no me habló... Pero, vamos, no he necesitado ver á nadie. Usted tiene alguna pena...

—Tengo muchas—le respondí con cierta sequedad.

El Padre cambió de tono inmediatamente para añadir:

—Es verdad que no somos conocidos antiguos; pero usted vino á esta casa por el Padre Olivaint; yo quiero mucho á los hijos de usted, quiero y respeto á su mujer y espero que usted... No se enfade usted conmigo, y dígame lo que le aflige. Nosotros pasamos por hechiceros, bien lo sabe usted, y ¿qué tiene de extraño?... Somos «compañeros de Jesús».

—Pues bien—exclamé yo jovialmente, por salir de una situación que me parecía embarazosa,—mi mujer,

ya que hablamos de ella, me ha enviado autoritariamente á confesarme. ¿Se dan todavía billetes de confesión? Yo no le he visto á usted nunca fruncir el ceño... Crea usted que yo no me burlo de lo que es respetable; sólo que no me quiero confesar.

—¿Hace mucho tiempo que usted no lo ha hecho?— me preguntó cogiendo en la mano su crucifijo.

—¡Oh, sí! hace muchísimo tiempo. Mi primera comunión fué buena, muy buena, pero muy difícil; yo se la contaré á usted cuando tengamos tiempo, no ahora... ¿Por qué se me envía así á confesarme? ¿Adivina usted que hay alguna historia?

—Yo sé—murmuró llevándose la cruz á los labios— que la bondad de Dios no tiene límites.

Había una ternura tan profunda en su mirada, que mi frente se inclinó, á pesar mío, mientras balbucía:

—¡Ah, Padre! ¿Verdaderamente va usted adivinando?

—No tema usted—me dijo, para calmar la insurrección de mi orgullo,—no tema usted que yo le tenga lástima; yo adivino, efectivamente, ó más bien, yo siento que usted ha sido herido profundamente y que está usted representando delante de mí la comedia de su indiferencia, porque usted no ha comprendido aún todo el beneficio de su herida.

—Padre mío, ya han tratado, sin embargo, de explicarme la buena fortuna que he tenido en perder por entero y de un solo golpe lo que poseía en el mundo.

El Padre Hervé apoyó sobre mi brazo, al oír esto, su mano, que temblaba, y se quedó como asustado. No era el mismo gesto del barón, pero era una consternación semejante.

Esto me agradaba por espíritu de contradicción, como la primera vez, y proseguí con más calma:

—En cuanto á mi comedia de indiferencia, se engaña usted dos veces, Padre; la indiferencia sería sencillamente falta completa de corazón enfrente de lo que les espera á mis hijos y á su madre, y además no estoy en estado de representar comedias de ninguna especie: desde ayer estoy aterrado y como paralizado.

Entonces dijo en voz baja y con un acento que no acertaría á remedar:

—¡Lo ha perdido usted todo!

Yo le hice en cuatro palabras la historia de mi ruina, y él no habló ya más; creo que rezaba. Era una alma grande, y en toda ella ardía el fuego de la caridad. No me engañaba respecto de su silencio; pero ya lo he dicho: lo que me ofendía más cruelmente era la compasión. Hice un movimiento para retirarme, y su mirada me suplicó que me quedara. Después de algunos segundos añadió con dificultad, porque estaba emocionado, aún más que yo mismo:

—¡Lo ha perdido usted todo, todo! Hágase como Dios lo quiere, pues su bondad es infinita. El golpe que acaba de herirle á usted ha alcanzado también á otros muchos de entre los padres de nuestros alumnos, que han perdido unos más, otros menos; pero usted... ¡todo!

—Sí—dije yo, tratando de sonreirme—yo soy el que he sacado el premio gordo.

—Yo lo creo—dijo él muy bajo.

Tenía los ojos casi cerrados, y me parecía que estaban humedecidos. No explicó su postrera frase, y añadió tendiéndome la mano:

—Usted ha prestado un servicio (1) á nuestra Compañía; el P. Olivaint pensaba que le sería á usted pagado, pero no entendía que por nosotros. Hay en casa de usted una gran cristiana; yo le conozco á usted y le quiero por ella, aún más que por sus libros y por usted mismo. Me habla de usted con tanta frecuencia como de sus hijos mismos; por ella está usted continuamente á los pies de Dios. No se asombre usted de la rica, de la cruel herencia que le cae á usted, y sobre todo, no tema el sermón que cree usted ver ya suspendido de mis labios; no soy yo quien le ha de convertir... ¿Ha hablado usted ya de sus asuntos á algún otro?

—A una sola persona—respondí.

Y le hice el resumen de mi conversación con el barón. Para hacer comprensible aquella parte de ella en que yo había anunciado resueltamente mi intención de *hacerme* católico, tuve necesidad de mencionar la especie de compromiso contraído por mí la noche antes para con María. Él meneó la cabeza y dijo:

—No ha hecho bien; me había prometido no atormentarle á usted.

(1) Al fin del segundo Imperio corrió el rumor de que el ministro de Instrucción pública meditaba la expulsión de los Jesuitas porque un Padre profesor del colegio de Burdeos había azotado á un alumno. La cosa trascendió al público, y los periódicos avanzados dieron con sus clamores una muestra de las infamias que dicen ahora. Yo defendí á los Jesuitas en el *Paris Journal*, no desde el punto de vista religioso, sino levantando la bandera de los padres de familia, que temían por su libertad amenazada. El artículo era incisivo y duro, y tuvo una resonancia extraordinaria; debo citar este hecho curioso: M. Francisco de Sarcey en aquella batalla rompió también su lanza en favor de los Jesuitas.

—¡Oh!—exclamé yo, deseoso de hacer justicia.—No sabré agradecérselo á usted bastante, Padre mfo, si es usted quien la ha inspirado la admirable discreción que ha usado siempre para conmigo. Por otra parte, ese pobre compromiso no era de primer orden, pues yo interrogaba esta mañana al barón principalmente para reforzar los motivos que tenía para no cumplirle.

El Padre no solía bromear; pero su sonrisa tomó de repente una expresión de jovialidad, mientras me preguntaba:

—Veamos: ¿qué le ha dicho á usted el bueno del barón para volverle á usted en contra nuestra?

No me hice de rogar, y añadí todavía por mi cuenta algunos trozos bastante vivos al cuadro poco benévolo dibujado por mi antiguo amigo. Cuando hubé acabado, el Padre, que me había ido animando y como aprobando con gestos bien perceptibles, dijo frotándose las manos:

—Hay mucho de verdad en todo eso, demasiado. Nosotros los cristianos somos pobres criaturas como los demás, y Dios permite que los santos se prueben entre ellos; pero bajo esta enfermedad de nuestra carne humana hay la sobrenatural virtud de la caridad, á la que el filántropo amigo de usted ha tratado así como por bajo de pata. Nosotros amamos á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos, por el amor de Dios. Oiga usted: puesto que hemos hablado de literatura, quiero resumirle á usted un argumento jesuítico; digo resumir porque tengo también que dirigirle á usted un memorial, y no quiero que duerma usted aquí. ¿Ha reflexionado usted en el éxito colosal

y bien merecido de *Tartufa*? ¿Se ha dado usted cuenta de lo que prueba este éxito enorme en favor de los católicos?

—No—le repliqué;—sé que se ha dicho que Molière había querido fustigar en *Tartufa* la hipocresía de un jansenista conocido...

—No es eso. Yo admiro á Molière tanto como usted pueda admirarle. Dado su genio, ha debido de tener una idea más amplia y más elevada; él ha medido buenamente el valor social medio del verdadero cristiano, así como la suma media de estimación que este valor conquista generalmente, á pesar de la oposición de los tontos y de los pillos; y después de tomadas estas medidas, expone en la picota como tipo de soberana astucia un pagano que gana su vida disfrazándose de cristiano. ¿Por qué? Porque en nuestras sociedades ninguna categoría de hombres, fuera de los cristianos, merece semejante respeto ni semejante confianza. Y no hablo ya como el barón, su amigo, de nuestros grandes obispos ni de nuestros santos religiosos; me basta llamar la atención de usted hacia el común nivel de los católicos prácticos para ponerle á usted en la imposibilidad de negar esta verdad palmaria: que hay entre los católicos menos vicios que entre los que no lo son, muchos menos, y que hay entre los católicos muchas más virtudes. De ahí *Tartufa*, que es como el lobo alrededor del redil, y de ahí también la abundancia de odios interesados que han hecho el éxito de *Tartufa*.

Buscaba yo una respuesta, pero el Padre cortó la conversación añadiendo:

—Vamos á mi memorial ahora. Yo conozco á toda la

familia de usted, allá lejos, en el país de Bretaña, así á los vivos como á los muertos, y usted cree adivinar por qué les conozco. Tengo el mismo santo patrón que su hermano Carlos, que le sirvió á usted de padre... Carlos se llamaba, ¿no es así? Usted me dijo hace un momento que había hecho usted una buena primera comunión, «muy buena y muy difícil»; me ha prometido usted la historia de su primera comunión para más tarde, para «un día que tuviéramos tiempo». Yo tengo tiempo ahora, usted también; quiero la historia: este es mi memorial.

Bien fácil me hubiera sido poner más drama en esta página sin hacer traición á la verdad, porque el trabajo estaba comenzado ya dentro de mí, que tenía de ello conciencia aun antes de que hubiera sonado el nombre de Carlos. Había yo llegado á eso de las cinco, y eran ya más de las seis. A partir de la mitad de aquella sesión larga, y aunque la conversación no parecía dirigirse hacia ningún determinado objeto, me dominaba la idea de que me costaría trabajo salir de allí tal como había entrado. Pues bien: *yo no quería*, y me defendía, disimulando mis esfuerzos, contra un ataque todavía velado, ó más bien del todo invisible.

Podría yo subrayar los misteriosos incidentes de aquella lucha, explicando la táctica del asaltante y las paradas del asaltado, ambos inmóviles en apariencia; pero he preferido reproducir con minuciosa exactitud las palabras pronunciadas. No me gustan los escritores que desconfían de mi inteligencia, y no he querido yo desconfiar de la inteligencia de mis lectores.

En aquel momento me pareció que el ataque se

desenmascaraba demasiado abiertamente, y me levanté sacando el reloj.

—Mi querido Padre—le dije;—la historia no es corta, y se come á las siete y media en nuestra casa, que por cierto no está muy cerca de aquí. No rechazo lo que usted llama su memorial, porque nunca le rehusaré á usted nada; pero le dejo para la próxima audiencia, puesto que hablamos la lengua de palacio. No insista usted; estoy en ayunas desde ayer á medio día.

No me cogió la mano, que yo le tendía para despedirme. Creo que no había visto mi ademán: tanto le dominaba su preocupación. Le miré y parecía sufrir y palidecía por momentos.

—¡Este es el día!—balbució, añadiendo con penoso esfuerzo:—La campana de la cena va á sonar, ¿quiere usted que le suban un plato de sopa?

—No, por cierto...—comencé yo á decir, tratando de tomar la cosa á risa.

Me tapó la boca casi imperiosamente y repitió con una voz apenas perceptible:

—Este es el día y esta es la hora.

Yo lo sentía y lo sabía también, que dí un paso hacia la puerta para huir; pero el Padre me trancó el paso resueltamente.

—¿De modo—exclamé conservando el tono jovial—que estoy prisionero? He leído *El Jesuita* de Splinder, y no creía todas aquellas cosas negras que cuenta; mas parece que son verdad. ¿Qué torturas son las que voy á sufrir en vuestra casa, querido Padre?

Quiso todavía sonreirse; pero dos lágrimas rodaron por sus mejillas. En el momento en que yo llegaba, por

fin, á coger el picaporte para abrir la puerta, me abrió paso y me dijo:

—La hora se ha perdido y ha pasado. Déjeme usted que le abrace, porque si usted se marcha así, ya no volverá usted nunca. He rogado á los muertos de usted y no me han oído.

—Sí, sí—le dije,—abracémonos; pero crea usted que no es un adiós para siempre. Estoy más iniciado de lo que usted cree; yo volveré, volveré bien pronto.

Quizá no le mentía, pero no estoy de ello muy seguro. Le tendí los brazos muy amistosamente, pero me sentí apretado entre los suyos con una energía que me sorprendió, mientras su boca decía pegada á mi oído, mojado con sus lágrimas:

—¡Hombre desdichado, juguete del enemigo! Los muertos queridos de usted están aquí alrededor nuestro llorando; su madre, su padre, su hermano, y sé de una persona que vive todavía que nada la consolará. ¡Oh, hijo mío!... aunque por la edad podría usted ser mi padre, nos está prohibido hacer lo que estoy haciendo con usted... Le quiero á usted tanto y es tan ardiente mi deseo de hacerle á usted dichoso, que he olvidado la prudencia. Si se marcha usted esta noche así, está más apartado de Dios que por la mañana, porque ha resistido usted obstinadamente á su misericordia... Me desgarrá usted el corazón, porque rechaza usted la gracia que le cerca por todas partes, huye usted de su salvación...

Me apretaba fuertemente contra su pecho, y sus palabras brotaban entrecortadas de sollozos... Ya no hacía yo por desasirme, mas permanecía inmóvil é iner-

te. Si es menester decirlo, diré que aquel desbordamiento de pasión me parecía en extremo intempestivo, inútil y hasta inconveniente, extrañándome tanto más cuanto que el P. Hervé era el más comedido de los hombres.

Se calló unos instantes, en que creo que hablaba con Dios. Yo no estaba nada conmovido y juzgaba ridícula mi situación... Pude creer un momento que él pensaba lo mismo de la suya, pues me dejó bruscamente para dar un paso atrás y enderezarse.

—Mi querido amigo—me dijo, volviendo á tomar su correcta actitud de hombre de mundo, con frase cordial y reposada,—ya no le retengo á usted. He ido demasiado lejos; le pido á usted que me perdone y me permita explicarle en dos palabras la insistencia, quizá un poco pesada, con que he pretendido obtener de sus propios labios el relato de un hecho particular de su vida. Yo conozco ese hecho...

Se detuvo porque yo no pude contener un gesto de asombro y de incredulidad; pero repitió después de un breve silencio:

—He dicho que conozco ese hecho, aunque imperfectamente...

Le interrumpí porque no quería dejarle mentir, y dije resuelto:

—Eso es sencillamente imposible.

—Mi querido amigo—me dijo bajando los ojos y la voz, y quedándose delante de mí como la imagen de la humildad,—nada es imposible para Dios.

—¡Padre mío—le dije,—mucho cuidado! Eso es el fondo mismo de mi corazón, donde jamás ha penetrado

mirada humana. Mi mujer misma no ha podido contárselo á usted, porque lo ignora...

—Yo no lo sé todo—prosiguió,—ya se lo he dicho á usted; se me ha mostrado el corazón de su hermano Carlos, joven y encendido en amor puro, en el primer amor, sacrificando con un heroísmo que el mundo no pudo comprender su amor, su ternura, sus legítimas esperanzas...

Repetí varias veces el nombre de Carlos... Su corazón ¿había hablado al Padre desde el cielo? ¿Había allí un milagro? No pude yo, sin duda, contener la expresión de este pensamiento, pues el Padre me respondió así:

—No; Carlos, su hermano, es un santo que está en el cielo. Yo lo creo; pero no se me ha aparecido.

—Entonces, ¿quién ha podido decirle á usted lo que mi mujer misma no sabe?

—Un testigo, un testigo del sacrificio.

—¿Ha estado usted en mi ciudad natal?

—Nunca.

—¿Vió usted en París á mi pobre madre?

—Tampoco. No pregunte usted más... Tenemos no lejos de aquí, en la parroquia vecina, una casa de Hermanas de San Vicente de Paul, cuya superiora viene á vernos con frecuencia. Se llama la madre San Carlos. Es bretona, del país de usted, donde se llamaba en el mundo, la señorita Clemencia Loirier... (1).

—¡Clemencia!—exclamé yo—¡Carlos! ¡Carlos!...

Fué aquello una explosión, pues al escuchar las últimas palabras del Padre yo ya no respiraba. Todos los

(1) Véase *La primera comunión*.

dolores y todas las alegrías del drama de mi infancia volvieron á entrar juntos en mi corazón, hinchándole como para hacerle estallar. Carlos estaba allí en la sencillez desgarradora y casi gozosa de su martirio... Yo ví su joven semblante tal como brillaba á través de sus lágrimas en la Santa Mesa el día de mi primera Comunión. ¿Puedo escribir que ví también su alma radiante de ternura que me llamaba irresistiblemente?... Estaba vencido. La ola de lágrimas que saltaba de mis ojos apenas me dejaba hablar... Creo que hablé; mas no sé lo que dije, fuera de repetir varias veces: ¡Carlos! ¡Carlos! ¡Carlos! El Padre, que lloraba también, pero de alegría, levantó su crucifijo y murmuró:

—¡He aquí el Dios de amor, el Dios del sacrificio! ¡He aquí el Dios de Carlos, á quien Carlos quiso imitar en su cruz!... Hijo mío, póngase de rodillas.

Yo no me puse de rodillas, pero caí de lo alto de mi orgullo con un gran suspiro de libertad como si de repente hubiera arrojado lejos de mí el fardo aplastante que me abrumaba.

—Aquí, no—me dijo el Padre Hervé, que hablaba ya como amo.

Y enarbolando su crucifijo me mostró el altarcito que tenía en su dormitorio. Me arrastré hacia allí ayudado por él y me prosterné con avidez ante la Virgen Madre y ante su divino Hijo. El Padre recitó por mí en alta voz la confesión, que yo ya no sabía.

—Hijo mío—me dijo,—querido hijo mío, en nuestra vida de prueba tenemos alguna vez éstos días dichosos, que pagarían abundantemente largos años de miserias. No pretenda usted ahora confesarme sus pecados, pues

que no ha podido usted todavía hacer examen de conciencia. Dígame solamente que se entrega usted á Dios de todo corazón.

—¡De todo mi corazón quiero ser de Dios, Padre mío! — declaré yo, tomando, sin necesidad de buscarle, el acento de los que se comprometen solemnemente.

A él le costaba trabajo contenerse de proclamar el triunfo de su caridad.

—¡Bien he rogado—decía besando los pies del crucifijo;—sí, he rogado ardientemente y largo tiempo para obtener esta gracia que colma mis deseos! ¡Ya es usted cristiano! Pero no soy yo quien le ha convertido á usted; mis esfuerzos personales habían fracasado. Tampoco ha sido su padre, ni Carlos; éstos han rogado mucho por usted, pero han rogado en vano desde los días de la juventud de usted hasta la hora bendita en que la mano de la divina Misericordia le ha herido á usted con la herida que salva. La salvación de usted viene de más alto que nosotros, viene de la Hostia, de la pura y radiante Hostia que un recuerdo bendito ha traído á la memoria de usted con las gracias incomparables de la primera Comuni6n. Hijo mío, usted había desertado de Dios: Demos gracias á Dios del fondo de nuestro corazón. No había olvidado usted del todo á María; demos gracias á María Inmaculada, canal milagroso por donde se reparten todas las clemencias del cielo. Rece usted conmigo.

Hizo la seña de la cruz para recitar con fervorosa sencillez las divinas palabras del *Padre nuestro* y del *Ave María*, después de lo cual se puso de pie y me le-

vantó cogiéndome por los sobacos. Su repentina alegría era como la de un niño.

—¡Vamos, vamos!— me dijo.—En marcha! Ahora soy yo quien le echa á usted. Si sabe usted correr, puede aprovechar el tren que va á pasar dentro de cinco minutos. Le esperan á usted allá. Volverá usted mañana: haga usted examen y comenzaremos nuestra confesión general... Buenas noches y hasta mañana, si Dios quiere.

*
* *

Abrió la puerta y me empujó hacia fuera. Cuando la hubo cerrado le oí comenzar á cantar el *Te Deum* con toda su voz, que era muy hermosa, pero que aquella noche parecía temblona y entrecortada por los sollozos de su alegría.

Yo eché á correr, como se me había ordenado, haciendo en ello mi primer aprendizaje de obediencia. Parecíame que todo se alegraba en torno mío, y que mi pecho respiraba ya el aire del cielo. Sonreía á la imagen de Carlos, diciéndola como transportado: «¡Amo á Dios! ¡Quiero amar á Dios!» Alcancé el tren que el Padre me había indicado, y que me dejaba á la puerta de mi casa al cabo de media hora. El camino fué como un sueño, y sentía no poder comunicar á la gente que encontraba hasta qué punto era dichoso.



Mi segunda Comunión.—La desconfianza.—La carta al Sagrado Corazón.—Mis hijos.

Al llegar á casa, mi pobre mujer, que acudió ansiosa á preguntarme, se sintió levantada en mis brazos y me oyó decirle al oído: «¡Ya está hecho! ¡Ya amo á Dios; ya soy de Dios!»

Estuvo á punto de ponerse mala de alegría; y yo quise enojarme con ella á pesar de mi reciente conversión, pues hubiera querido verla cantar y bailar. La comida fué un poco seria, porque no nos atrevíamos á hablar abiertamente del asunto delante de nuestros hijos; ¡pero qué velada más deliciosa! No sabré decir, entre ella y yo, cuál de los dos estaba más gozoso. Para ella era una sorpresa, porque después de la manera como me despedí de ella por la mañana, había pasado todo el día sin esperanza. Nuestra conversación se prolongó hasta la saciedad, yendo y viniendo á través de los incidentes de mi entrevista con el Padre. Nunca la había yo contado la historia de mi primera comunión, y fué menester hacerla de ello una relación tierna hasta llorar.

Hicimos la oración de la noche juntos por primera vez, y no la mandé marcharse sino para comenzar el examen de mi conciencia.

¡Qué contraste entre esta noche y la precedente! Tenía yo á Jesús á mi cabecera y le confiaba con fe tranquila el porvenir de mis hijos. No decía yo todavía: «¡Dichosa ruina!» porque aún no me daba cuenta exacta de la necesidad absoluta del golpe que me había herido; pero aceptaba sin esfuerzo la vida de casi completo desamparo que de repente reemplazaba á nuestra comodidad y abundancia. No me explicaría bien si llamara resignación aquel estado de mi espíritu, porque la resignación supone lucha consigo mismo, y yo no tenía lucha que sostener. No veía mi desgracia, no la sentía; todo era en mi quietud y reposo.

Recuerdo haber expuesto una vez esta circunstancia á un amigo querido de buen corazón, pero que no conocía las cosas de Religión, y las veía á través de una preocupación desfavorable. Aquel amigo me consternó dejando caer estas cuatro sílabas: *egoísmo*.

Pensaba en mis hijos, á quienes, según él, mi cambio de vida condenaba á la pobreza. ¿Era verdad? ¿Había yo olvidado á mis hijos? ¿Les había sacrificado sin tener en cuenta más que mi bienestar? ¿Era egoísta en el sentido de que la alegría de mi conversión me había, por el momento, aislado de toda la tierra?

No estaría bien responder que *no*; y el Evangelio, lejos de reprobar este género de egoísmo le preconiza, y hasta se le ordena á los santos. Pero yo no era santo; ¡quiera Dios que lo sea algún día! Ante aquella acusación hecha por un hombre que me quería bien, eché una mirada sobre mí mismo y no encontré el egoísmo de que se me acusaba. Al contrario, el amor á la familia se había desarrollado en mí en proporciones ex-

traordinarias. Me parecía, y era verdad, que no había sido padre, en el sentido más noble de la palabra, hasta entonces.

No, Dios al volver á entrar en nosotros no mata nada más que el mal: da á todo buen instinto robustez y nueva vida; no, mis pobres hijos, en aquella noche de mi conversión, no fueron ni rechazados fuera de mí ni olvidados; les tenía á todos de la mano, y si no me inquietaba su porvenir era porque se les presentaba á Dios, que me los había dado, y le decía: «Henos aquí á todos, Bondad infinita; cuidad de nosotros, que no tenemos á nadie más que á Vos».

Y Jesús, que una vez descubrió el fondo de su divino corazón en la parábola del hijo pródigo, derramaba sobre mi miseria un tesoro de misteriosas promesas. Allí era donde estaba mi fuerza, mi valor y mi inexplicable tranquilidad.

* * *

El examen de toda mi vida fué largo y doloroso; pero hay una dulzura tan penetrante en las punzadas de la verdadera contrición que nace del amor!

Yo removía con espanto, es verdad, el montón de acciones criminales, de pensamientos perversos y de palabras detestables, que precipitaban en lo más hondo uno de los platillos de mi balanza moral, mientras el otro, el que debía contener el bien, estaba vacío y se elevaba cada vez más; pero seguía con avidez buscando otras faltas para arrepentirme de ellas y expiarlas. Y á través de mi abundante disgusto de haber ofendi-

do á la infinita bondad tan largo tiempo, con tanta frecuencia y tan cruelmente, se deslizaba un pensamiento, en cierto modo literario, y me decía: ¡He aquí la imagen de esa cosa, al parecer tan pura, que el mundo llama un HOMBRE HONRADO!

Dormí poco; á otro día muy temprano atravesaba el bosque de Bolonia para volver á Vaugirard, y todo el camino fuí todavía examinándome; quería encontrar más de que arrepentirme, ¡y encontraba tanto! El Padre Hervé me escuchó en confesión; tenía una paciencia admirable: la prueba es que no se le agotó conmigo. La confesión fué muy larga, y todavía le pedí que me dejara volver al día siguiente. Consintió en ello después de fortalecerme con nobles y consoladoras palabras.

Era un gran corazón, todo embalsamado de amor divino, y todavía en la intimidad de mi alma escuchaba con frecuencia el sonido de su voz tan austera y tan dulce.

Volví al día siguiente, en efecto, y también el subsiguiente: yo hubiera querido prolongar mucho más aquella purificación que recibía en el tribunal de la penitencia. Pero se aproximaba la Noche-buena, y al cuarto día el Padre Hervé me echó la absolución y me citó para la mañana siguiente en la capilla de la calle de Sevres, donde había de decir misa á las seis, en acción de gracias, por mi intención.

*
* *

Han cerrado como si hubiera sido una mansión impura aquel venerado santuario de Jesús, donde el altar de los mártires, al lado del de la Inmaculada,

reunía tan piadoso concurso de ternura. Los asesinos de la *Commune* tienen su desquite, y la Pasión de Nuestro Señor aún no ha concluido. El Padre Hervé ha muerto santamente en el año último, y no ha visto con sus ojos perecederos las cosas monstruosas que había previsto con los ojos de su alma. Por delante de la puerta cerrada y sellada de la capilla, la áspera usura, el tráfico hambriento y los despiadados negocios pasan sin detenerse ni descubrirse; pero Pedro Olivaint y sus compañeros están allí, al otro lado del tapiado dintel, bajo el mármol de sus tumbas, tan fértiles en milagros, y á la puerta del santuario todos los días manos misteriosas deshojan flores.

*
* *

La mañana del 24 de Diciembre de 1874, la víspera de Navidad, mi mujer, mi hija mayor y yo salimos muy de mañana y fuimos á pie en peregrinación á la calle de Sevres. Pasamos silenciosamente por los Campos Elíseos desiertos. Era mi segunda Comunión, distante más de cuarenta años de la primera. Yo sufría todos los terrores y todos los escrúpulos que atormentan á los niños en el día más grande de su vida, y no sentía ya los consuelos sobrenaturales del primer día, que esperaba ver redoblados en aquella hora. No estaba preocupado por el desastre material, ni pensaba en él; mas ¿era yo digno de acercarme á la sagrada Mesa? ¿Lo había confesado todo? ¿Nada había omitido? ¿Nada se me había olvidado? Mi memoria, ansiosa y violentamente turbada, me asaltaba con reclamaciones. Las cosas que había

dicho me parecía que no las había dicho bien, y faltas innumerables, enormes como crímenes, las había pasado en silencio. Veinte veces estuve para volverme. Mi hija me veía penar y me preguntó:

—Padre, ¿qué tienes?

Aún no tenía veinte años, y acababa de salir del convento. Era cristiana, pero el sentimiento religioso no la ahogaba. Creí notar un poco de burla en su pregunta, me asaltó la cólera y la contesté ásperamente. Nuevo escrúpulo terrible que me obligaba á desistir de la Comunión.

El Padre Hervé me lo había advertido, y yo sabía, por consiguiente, que aquella mañana mi camino estaría erizado de obstáculos y de trampas; me había aconsejado rezar, y no pude. Satanás encontraba en mí un viejo aprendiz deplorablemente ignorante en el arte de defenderse; llegué á la calle de Sevres desconcertado, descorazonado, aturdido.

En vez de entrar en la capilla, corrí á la sacristía, donde el Padre se preparaba para la santa Misa. En cuanto me vió, vino hacia mí sonriéndose y me dijo:

—¡Oh! El negocio es rudo; ya lo sabía yo; estamos mal preparados, ¿no es eso? Póngase usted ahí: ya le escucho, hijo mío.

A las primeras palabras que pronuncié arrodillado, me interrumpió diciéndome:

—Ya se ha confesado usted de eso.

Lo mismo me dijo á la segunda vez, y era verdad.

—Veamos—continuó.—¿Ha pecado usted ayer por la noche ó esta mañana?

Le conté mi cólera contra mi hija. Cambió entonces de tono, y dijo:

—Eso es diferente; es preciso poner cuidado.

Después de haberme absuelto añadió:

—Vaya en paz: arrepíentase de todo corazón de los crímenes de su vida, diga con la fe del Centurión el *Domine non sum dignus*, dé gracias á Dios fervorosamente y ruegue por mí.

La misa se celebró en el altar de los mártires; yo estaba colocado ante el mármol de Pedro Olivaint, cubierto de coronas. Aquella hora tan corta ha dejado en mí recuerdos que aún lucen como detrás de un velo. No distingo nada á través de aquella bruma, sino una alegría sobresaltada que parecía más bien un dolor, pues la confianza me abandonaba á cada instante. Al alzar me arranqué por entero fuera de mí, mediante un gran esfuerzo, para entregarme todo á Dios sin reservas, y ni aun sentí confianza de que mi ofrenda fuese aceptada. El enemigo de las almas se encarnizaba contra mí hasta el último minuto.

«¡Dios mío, yo no soy digno de que entréis en mi morada; pero decid solamente una palabra y mi alma será sana!» Cuando el P. Hervé pronunció por tres veces esta súplica maravillosa, yo la repetí fervorosamente golpeándome el pecho; pero me pareció que no alcanzaba fruto. Me levanté con los demás y dejé mi sitio igual que todo el mundo, porque allí cemulgaba todo el mundo. Vacilé al dar los pocos pasos que me separaban de la balaustrada de donde pendía el blanco mantel del festín. Me acordaba, sin embargo, de mi primera comunión en el momento en que ponía mis manos

bajo aquella tela. Carlos estaba allí, pues yo les dije á él y á mi madre: «¡Rezad, rezad y suplicad para que esta hora no sea la de mi condenación!» Acudí también á la santísima Virgen por medio de aquel pobre *Sub tuum praesidium* que me había salvado. Los ojos me escocían, pero no podía llorar.

«Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna», pronunció la voz alterada del P. Hervé, mientras ponía la Hostia admirable entre mis labios.

—¡Oh Dios!—pensé yo.—¡Heos aquí! Creo firmemente que sois vos, ¡y no muero de amor!... No estoy condenado; lo conozco, y os doy por ello infinitas gracias; pero ¿dónde están los arrebatos de mi ternura? ¿dónde está mi alegría?

Volví á mi reclinatorio envidiando amargamente el fervor de los que me rodeaban. Di gracias con tibieza; estaba seguro de no haber comulgado mal; pero si había comulgado bien, ¿por qué continuaba turbado?

Al cabo de algunos minutos, incapaz de continuar en mi sitio, salí de la capilla antes de que mi mujer y mi hija acabaran sus oraciones. Volvimos á casa silenciosamente. Me fué necesaria toda la mañana, pasada de rodillas en mi gabinete, delante del antiguo crucifijo de marfil (recuerdo de mi madre conservado siempre sobre mi mesa de trabajo en memoria de ella), para llegar por fin á ver á Dios presente dentro de mí, á sentir el divino calor de su beso, á celebrar, en una palabra, solo como estaba en el silencio encantado de mi meditación, mi alegría creciente y la pródiga abundancia de mis lágrimas.



Después del almuerzo confié á las dos compañeras de mi peregrinación lo que había sufrido y la ola de bálsamo divino que la Hostia derramaba ya sobre mi martirio de algunas horas. Cualquier cosa daría yo por tener la carta, bañada de lágrimas, que aquel día mismo escribí al P. Hervé dándole cuenta de las pruebas completamente inesperadas de aquella mañana y de su felicísimo término.

Pero quiero transcribir algunas líneas que encontré al día siguiente mal escritas en la cuartilla interrumpida de mi última novela, que no ha sido ni será jamás acabada. Esas líneas, trazadas en el sitio mismo en que mi obra frívola había sido cortada por la mano de la misericordia, eran como la raya que se tira debajo de una columna de cifras y que cierra la cuenta. Esas líneas cortaban mi vida en dos trozos, que no podían ya ni aproximarse ni unirse. La novela que yo trataba de publicar pertenecía por contrato al periódico *Le Gaulois*, que iba á comenzar la publicación dentro de pocos días.

Buen trabajo me costó obtener la rescisión del contrato. Ahí van esas líneas, adiós á mi pasado, meditación y oración de la hora presente llena de gratitud y golpe de vista lanzado al porvenir.

«Esta cuartilla comenzada es de otro yo; me parece que tiene ya cien años, ya no sabría acabarla. No es mala ni buena; pero yo quiero hacer el bien, ó por lo menos hacer lo mejor que pueda en el porvenir. Soy deudor, y trataré de pagar. Dios ha pasado sobre mi miseria, y sólo al fiado ha entrado el perdón en mi alma. Señor, yo no era digno, pero dijiste tan sólo una

palabra y fué sana mi alma. Mi deuda es inmensa; quiero morir solvente.

>No escribiré ya nada que no sea para Dios. Para con la divina misericordia, el más pobre puede extinguir la deuda más pesada, dándose todo entero: me daré todo entero sin reservar nada. ¿Qué importa mi debilidad? ¿Qué importa mi ignorancia? Yo templaré mi pluma en la sangre purificada de mi corazón, y cantaré desde hoy hasta la hora de mi muerte el cántico sin fin de mi acción de gracias.

>¡Oh Trinidad Santa, Santa, Santa, insondable misterio, milagrosa unidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios! ¿Qué daré yo á vuestra Omnipotencia por todo lo que ella ha dado á mi nada, que no puede nada porque no sabe nada? El Verbo se ha hecho carne y ha vivido para morir rescatándome de la muerte eterna. Él ha establecido por el Sacramento de la Eucaristía, entre su opulencia y mi pobreza, entre su fuerza y mi flaqueza, el lazo prodigioso de la comunión, que me permite elevar hasta mi soberano Criador el vuelo de mi ternura, y de Él he recibido en el Sacramento de la Confirmación el soplo, el aliento ardiente y divino del Padre y del Hijo; el Espíritu Santo, que me levanta por encima de mí mismo, prestando al vuelo de mi amor terrestre las alas de oro del celeste sacrificio.

>¡Jesús, que derramasteis el mismo fuego sobre la frente augusta de María, igualando así en vuestros beneficios al último de los hombres con la primera, con la más gloriosa de las criaturas, seáis alabado en todas partes, alabado siempre, y bendecido y adorado; dejad caer sobre mí la mirada de vuestra gracia, no para vol-

verme la riqueza que me habfais dado, y que me habéis quitado por elección de vuestra clemencia, sino para que yo os ame, oh mi Dios y mi Redentor, como vos queréis ser amado de vuestros hijos, más que á todas las cosas de este mundo, más que á mí mismo, para que os sirva única y santamente en mi libre esclavitud, para ser vuestro en cuerpo y alma con toda mi voluntad, con toda mi inteligencia, con todas las fuerzas de mi sér, y para que obtenga de vuestra bondad la gracia soberana de ver á mis pobres hijos, todos sin excepción, siguiendo la hermosa vía por donde camina su madre, subir con nosotros hacia el abrigo sacratísimo de vuestro Corazón, y con nosotros entrar en él.

»Jesús crucificado, Jesús resucitado, que estáis dentro de mí desde esta mañana; Jesús, hijo de María, mi Rey, mi dueño, mi padre, mi Dios, mi todo, yo os amo hasta desear morir de amor al pie de vuestra cruz! ¡Haced que os ame mil veces más!»

*
* *

Aquellas cuartillas, de las que la última me sirvió para escribir esto, eran ya numerosas, pues formaban la primera parte casi completa del libro condenado al olvido, y fueron tiradas en un cajón, de donde acabo de exhumar las líneas precedentes.

Jamás he tenido tentación de releer aquel trabajo. El asunto no era bueno. El periodista influyente de quien he hablado antes, pisoteando mi vanidad me había metido, como suele decirse, la pulga en la oreja. Escribiendo aquellas pobres páginas buscaba yo apasio-

nadamente un éxito, y esta ambición pueril es mala consejera. Desde aquel tiempo, en efecto, ya los inquietos y los locos que persiguen esa caza que se llama la boga, no cuidaban de perseguirla por senderos honrados, sin extraviarse. Pero puede afirmarse que no se había llegado como hoy día á arrojarse de cabeza en el fango, para salir enlodado de fétida fama hasta por cima de los ojos.

Nadan en la basura los escritores de hoy en día, y sirven el cieno puro á los golosos perfumados de sus sórdidos bodegones; y yo me pregunto: ¿de qué infamias y de qué obscenidades tendrán apetito la república y el progreso el día de mañana?

*
* *

Pasé algunos días en rezar y pensar: mi pluma reposaba. No ocultaba á nadie la dicha que había conseguido; pero no la publicaba, y no tenía otro deseo que el de trabajar en la oscuridad para subvenir á las necesidades de los míos. Sin embargo, la cuestión que ya otra vez había planteado, se me volvía á presentar siempre: ¿trabajar en qué? ¿trabajar dónde? Pedí consejo á los que desde entonces iban á dirigir mi vida, mas sobre este punto no sabían ellos mucho más que yo. Se me dijo que mi nuevo deber estaba en quebrantar en mí toda vanagloria y en resignarme á las ocupaciones más penosas. En teoría admití de grado estas verdades pero de la teoría á la práctica hay lo mismo que, según el refrán, del dicho al hecho.

Hacía bastante tiempo que nadie me solicitaba, y que

yo no solicitaba á nadie tampoco. La idea de acudir á los periódicos cristianos, que antes me habían juzgado severamente, y á los editores que no sabían mi historia, me causaban extrema repugnancia, ó, para hablar con más exactitud, verdadero terror.

Se me dijo también que la misión de un novelista católico era grande, y que las obras de imaginación á las cuales se las acusaba con justicia de haber producido muchísimo mal, podían, por el contrario, hacer mucho bien. Yo contestaba que las novelas católicas que yo conocía eran, salvo muy raras excepciones, soberanamente fastidiosas, con frecuencia inútiles, á veces hasta peligrosas, si no completamente perjudiciales; con especialidad las de las innumerables señoras y señoritas que cultivan el campo limitado de esta pequeña literatura. Se me replicó, no sin exceso de benevolencia: Usted ensanchará el campo; usted enaltecerá el género.

Se me dijo, en fin, que mis antiguas obras, más de la mitad, contenían partes irreprochables, y que mediante un trabajo, que se calificaba de «ligero», las haría yo susceptibles de producir algún provecho á la sociedad cristiana. No se trataba más que de revisarlas en conciencia con seria atención.

Este trabajo *ligero* me ha llevado ya cinco años de increíbles fatigas; todavía no he concluído. Por otra parte, á pesar de la cariñosa aprobación de mis guías, no sé si le he hecho del todo bien. No hay ya en aquellas obras nada de malo, de esto estoy seguro. Pero ¿hay algo de bueno?

No era ocasión de reflexionar largo tiempo, pues no

teníamos ninguna especie de recursos, y había que vivir. Debo decir, aunque no sea más que para proclamar aquí mi agradecimiento, que los Jesuitas de Vaugirard, movidos de compasión, habían por sí mismos reducido la pensión de mis hijos casi á nada, y que el convento donde estaban mis hijas imitó bien pronto este ejemplo; pero una casa que ha sido rica es pesada de sostener, y la desgracia que tapa la fuente de los ingresos no detiene de un golpe los gastos.

Un día hice acopio de valor y abordé á un editor que me había recomendado el Padre Hervé mismo. Me recibió fría y políticamente. Creo que él conocía mi nombre de escritor de una manera vaga, y el Padre le había contado mi conversión. No tengo por qué quejarme de él, pues que aceptó la oferta que le hice de un libro para una revista que publicaba; mas cuando le pedí la cuarta parte escasamente de lo que me pagaban mis antiguos periódicos, pareció tan asombrado, aunque por bondad no puso reparo alguno, que me entristeció.

Creía yo hacer un regalo, y se me hacía casi una limosna. Para colmo de mala fortuna, la pobre revista estaba dirigida por una escritora... Yo soy partidario de la ley sálica.

Entré en la iglesia al salir de la librería, y recé devotamente para no ceder al descorazonamiento que quería anonadarme. Trabajando mucho á aquel precio un joven sin obligaciones, con el talento ágil y la mano suelta, podría ganar la vida; ¡pero yo, viajero ya cansado y con el pesado bagaje de mi familiar...

La iglesia era San Germán de los Prados. Entré hasta el fondo sin echar una ojeada á las maravillas de su real

arquitectura, y me arrodillé sobre el pavimento ante la Virgen. Allí, entre la vergüenza y la pena que tenía de haber tropicado así al primer paso, supliqué con toda mi alma, humillando mi vanidad quebrantada, ahogando el grito de mi necesidad y forzando mi pensamiento rebelde á resignarse sin murmurar. La tarea fué larga y ardua, pero puse en ella el esfuerzo entero de mi corazón, y no creo haber implorado jamás á la Virgen María con una voluntad más enérgica de aplastar el egoísmo de mis deseos ó de mis pesares.

Me levanté ya tranquilo, y salí de la iglesia. Al volver á mi casa, á pie como de costumbre, traté por primera vez de dedicar mi paseo á Dios, andando y rezando, práctica á que muy rara vez habré faltado después. Hasta entonces trabajaba constantemente cuando paseaba, ideando y planeando mis libros; desde aquel día he reemplazado en mis paseos el trabajo con la oración.

*
**

Al concluir la relación de esta última etapa, beso los pies traspasados del crucifijo colocado sobre mi mesa de trabajo, al alcance de mi mano y de mis labios, el cual me fué donado por mi querido amigo y primer confesor el Padre Carlos Hervé, que ruega por mí desde un mundo mejor. Doy gracias á Jesús, mi divino Salvador, á María su Madre-virgen y á San José, por la dicha que he tenido de no ceder ni una sola vez á las pesadas y crueles tentaciones que me solicitaban en el curso de este largo viaje; creo que estoy verdaderamente convertido, puesto que he podido vencer en esta

lucha contra mí mismo mediante el socorro de la Sagrada Familia, de quien mi querida hija se ha consagrado sierva. Ya he dicho en otra parte en pocas palabras, humedecidas de lágrimas (1), la bella historia de su vocación emocionante y suave como un milagro: mi hija era gran parte de nuestra vida, era como mi secretaria; su sonrisa era la primera alegría de nuestra casa, en la que hubo profunda tristeza á la hora de su separación; pero todas las noches en nuestra oración damos gracias á Dios por habérnosla llevado.

Otros dos de mis hijos, Juan y Pedro, se hicieron aprendices en un taller de la fe, y uno de ellos, Juan, ha sido ya echado del convento durante su noviciado como si fuera ya un verdadero fraile, y ha contado luego en una carta, elocuente á fuerza de emoción, las violencias de que su comunidad ha sido víctima.

Esto ha sido de tres hijos míos, de los ocho que ya tengo ofrecidos á Dios. De entre los que aún nos quedan, puede la Bondad divina dejar á nuestro lado aquellos sobre los cuales no tenga especial mira. Pero si quiere escoger más, y aun cuando el divino y doloroso signo los marque á todos y á todas, ¡ah! yo se los doy desde luego en lo que dependa de mi propia voluntad; yo los doy al ejército de la religión, con ó sin uniforme; los doy al combate, los doy á la persecución y al martirio.

Salvador Jesús, cogedme por la palabra: he dicho que TODOS.

(1) Discurso pronunciado en la asamblea de católicos de 1879 sobre el Sagrado Corazón de Montmartre.

Y por toda esa riqueza de mi corazón que os habré así regalado, os pido una gracia, una sola ¡Dios mío! Cuando suene la hora de los verdugos y sean llamados los que han de confesar la fe con su sangre, concededme el honor, dadme la dicha de estar, con todos los hijos que me habíais confiado, en el camino glorioso que conduce al Calvario, de sostener allí el paso de los que vacilen, si los hubiere, de apresurar la marcha de los fuertes, y de subir el primero!

FIN



INDICE

TERCERA RELACIÓN DE JUAN

La primera Comunión.

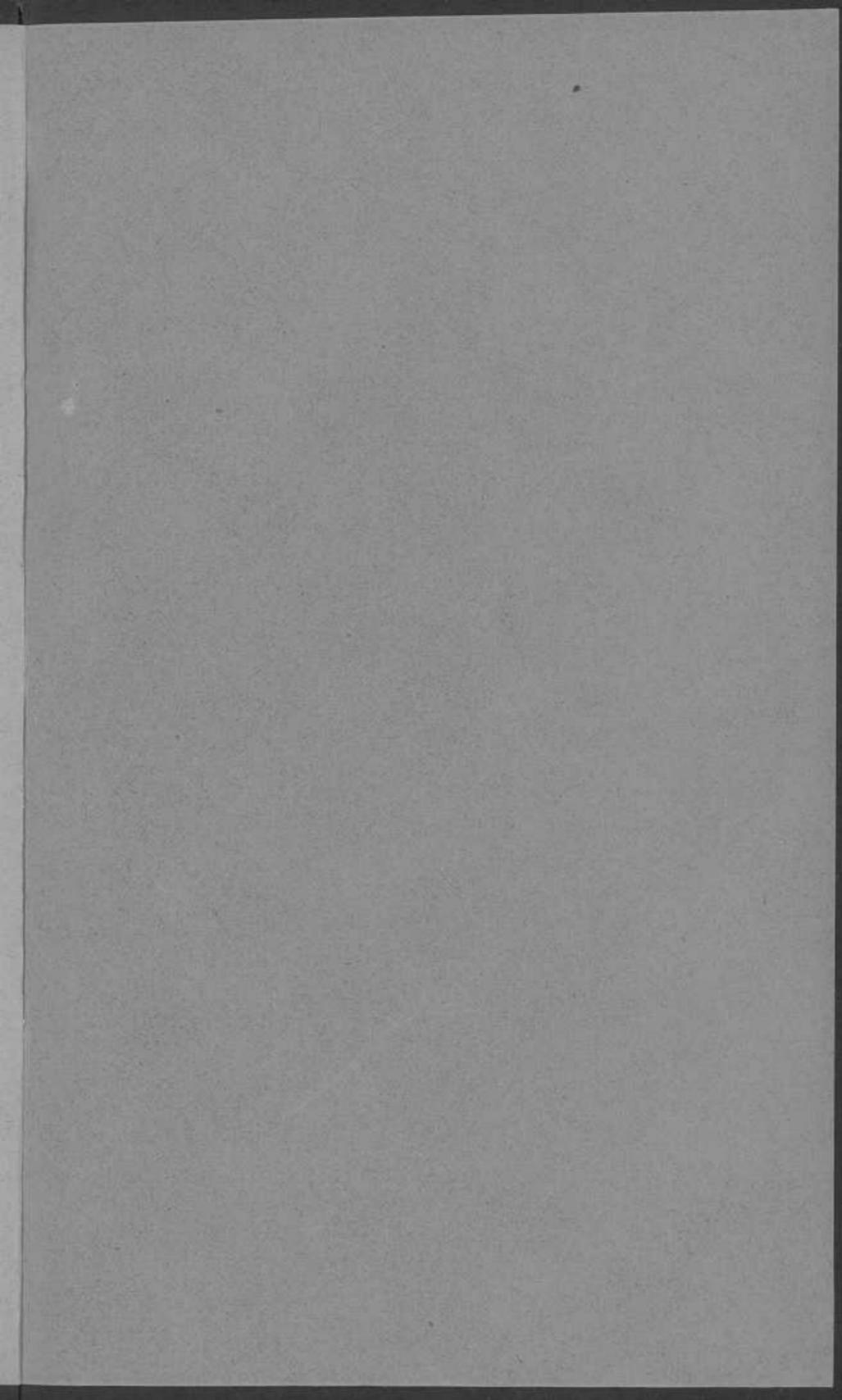
	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	7
I.—Donde Juan no alcanza gran éxito ante el público que le escucha.—La rama viviente del tronco muerto.....	16
II.—El presupuesto de Carlos.....	36
III.—De mi amigo Adolfo y de una mala acción que yo hice.....	53
IV.—.....	70
V.—El vicario Huet y el alma de Adolfo.....	83
VI.—Triunfo de Adolfo.—Cuchillo puntiagudo.....	95
VII.—Los amigos de la misa primera.—El habilitado de pelo de ratón.....	112
VIII.—El frac viejo de papá.....	137
IX.—Historia de un incendio.....	147
X.—El vaso y el perfume.—La gran noche de Carlos.	177
XI.—El ratoncito gris.—Clemencia	214
XII.—Llegada de Carlos.....	256
XIII.—El corazón de Carlos, y lo que costó mi primera Comunión.....	276

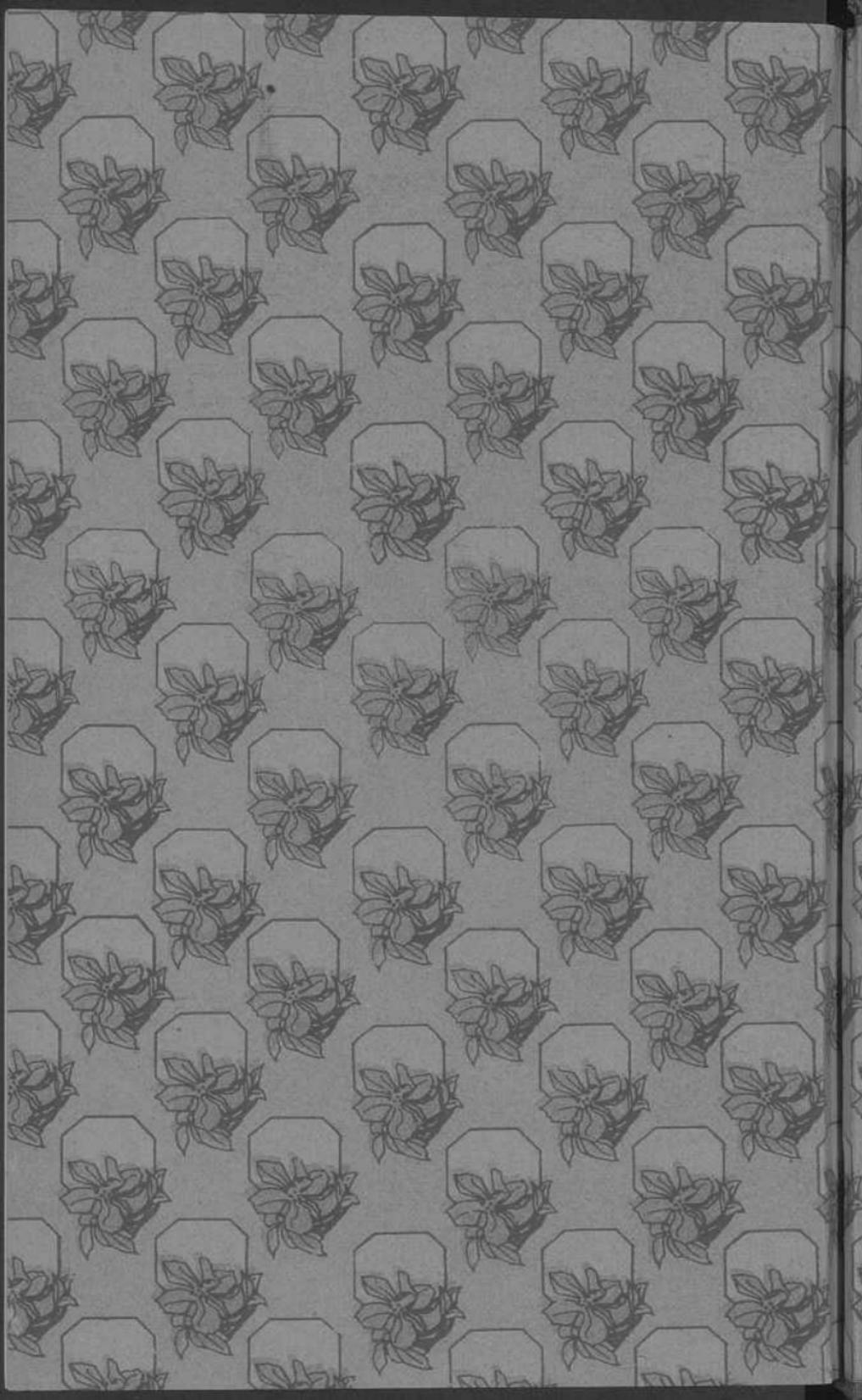
ULTIMA ETAPA

El golpe de gracia.

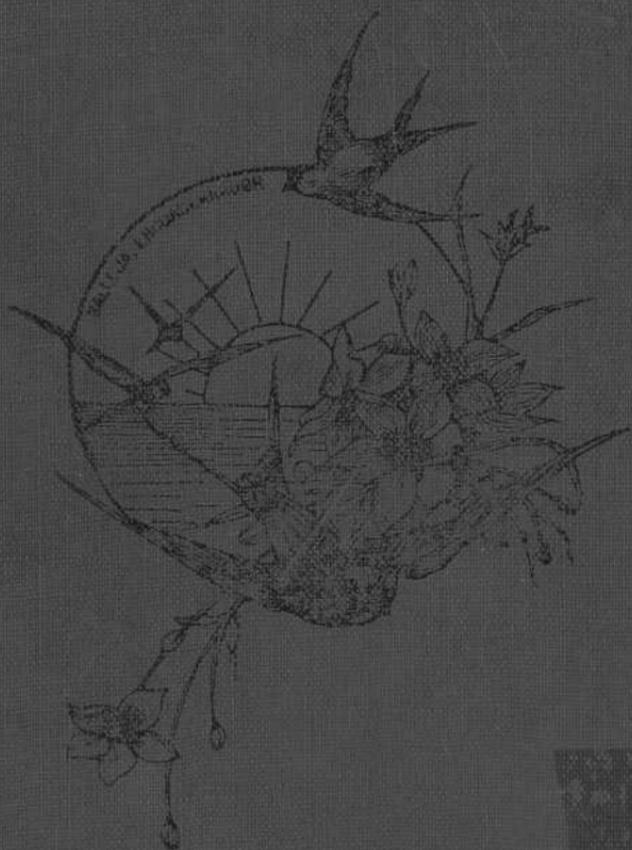
	<u>Págs.</u>
Introducción.....	305
I.—La carta de París y el estreno de abogado.....	323
II.—El viaje y la llegada.....	341
III.—Mi primera velada en París y el almuerzo de casa de Duverdieux.....	380
IV.—Mi protector Berthelot.....	422
V.—El paisaje de la calle de los Cinco-Diamantes.— Mi pastelera. — Trabajos infructuosos. — El hambre.—Un nubarrón retrasado.....	433
VI.—El milagro de la scrtija.....	462
VII.—Algunos de mis folletines.—Mi grave enfermedad y mis desposorios.....	472
VIII.—La batalla de los primeros días.—Los años prósperos.—La herida de misericordia.....	503
IX.—Mi resistencia.—El P. Hervé.—El corazón de Carlos y el golpe de gracia.....	535
X.—Mi segunda conversión. — La desconfianza. — Adiós á mi pasado.—Mis hijos.....	566











20432

AS DE UNA CONVERSIÓN TOMO II